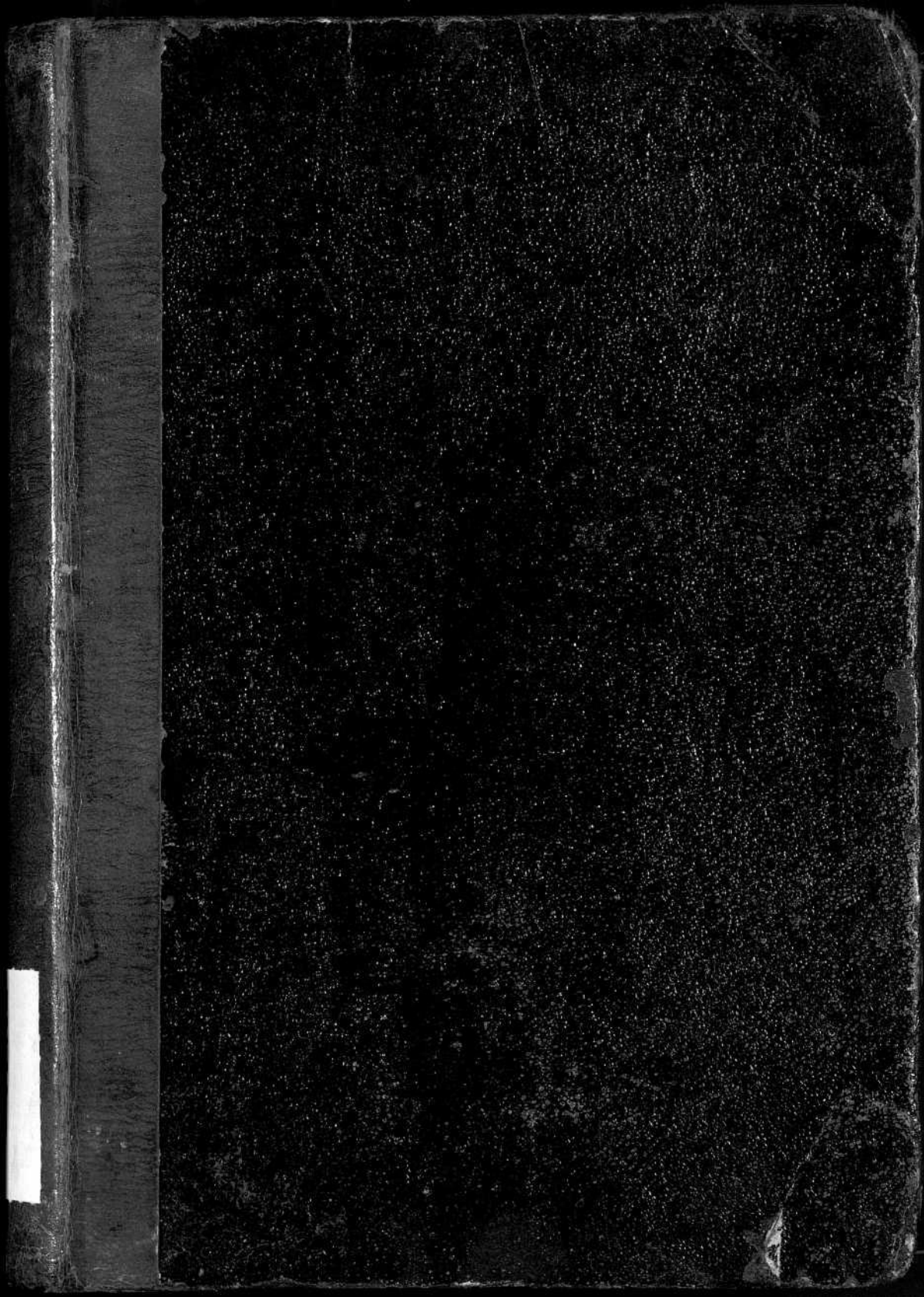




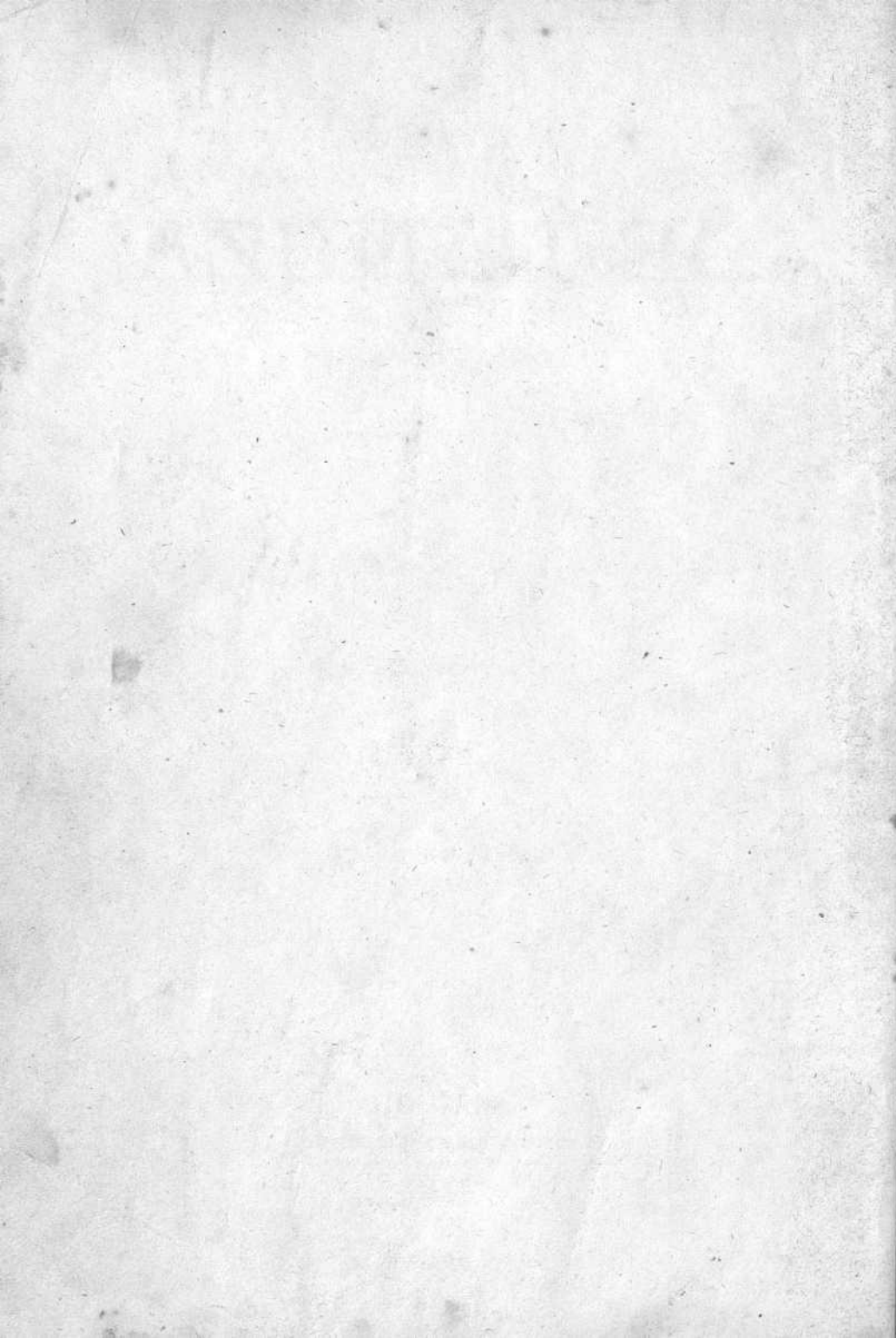
FABRICA DE LIBROS RAYADOS
Y TALLER DE
ENCUADERNACION
PLAZA DE S. CINES
Esquina a la de Cuatro Santos.
DE
MARCIAL VENTURA

50.E^{dg}
A

2003
C66

T. 148251

C. 1190632



DOÑA BLANCA
DE LANUZA.

(RECUERDOS DE LA CORTE DE FELIPE II.)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

E. Leijóo de Mendoza.

SEGUNDA EDICION.

~~~~~  
**TOMO PRIMERO.**  
~~~~~

MADRID.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juanelo, núm. 19.

1866.

ANUAL DE

DE LA MUZA.

(1900-1901)

EDITADO POR

Esta obra es propiedad de los Editores.

Editorial de la Muza

DE LA MUZA

TOMO PRIMERO

1900-1901

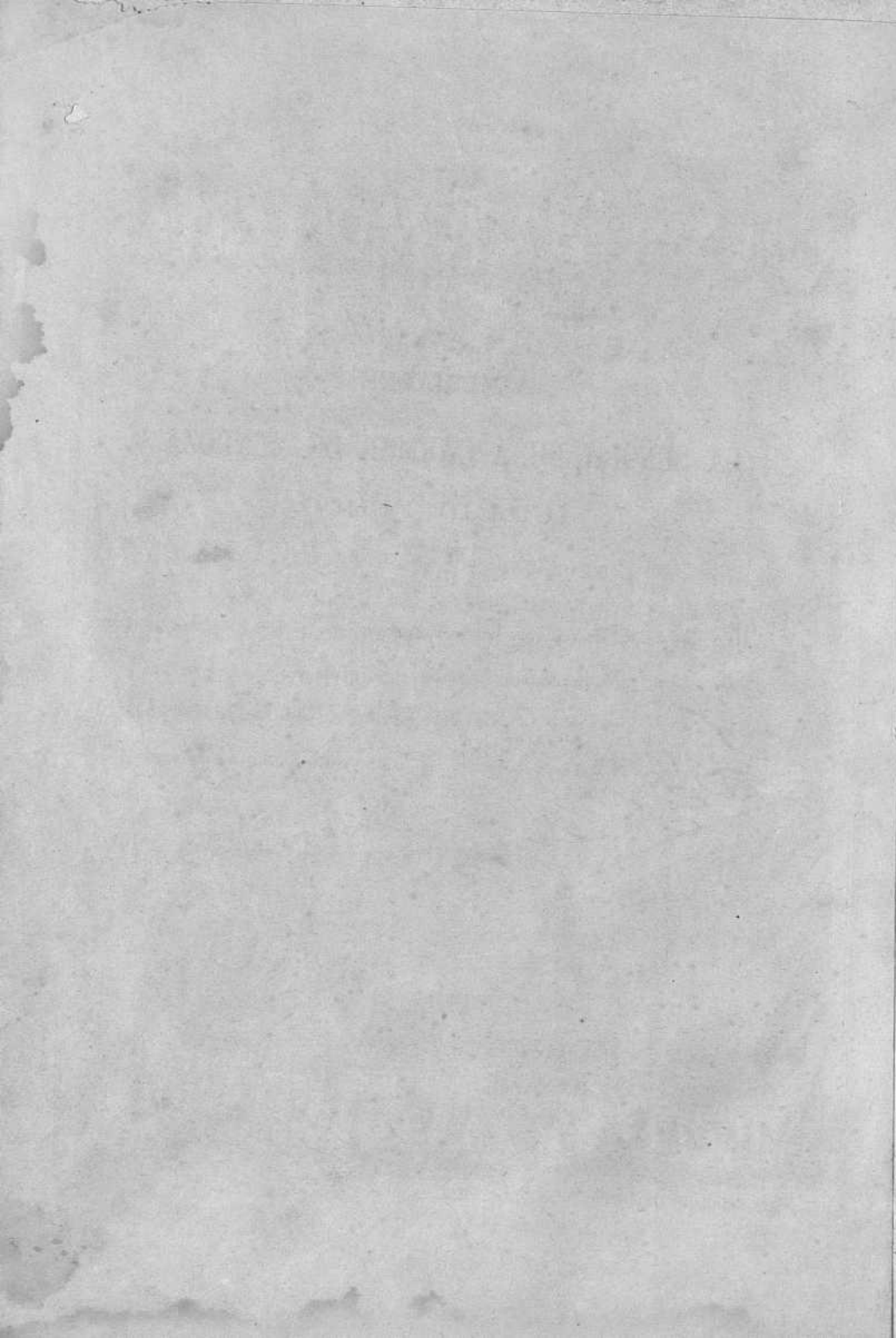
Imprenta de Manuel Romeros

1900

R. 115789

DOÑA BLANCA de LANUZA





A MI MADRE
LA SEÑORA DOÑA CARMEN DE MENDOZA,
VIUDA DE FEIJÓO.

Madre mía, dedico á V. esta obra, no por su gran mérito literario, sino por el cariño que á V. profeso.

Que ella le sirva á V. de distracción en las largas noches de invierno, y que le haga recordar á la persona que más le ama.

E. Feijóo De Mendoza.

A MI MADRE

LA SEÑORA DOÑA CARMEN DE MENDOZA

VILLOA DE TRIUNFO

Me acordaba de ti, madre mía, cuando me acordaba de ti,
cuando me acordaba de ti, cuando me acordaba de ti,
cuando me acordaba de ti, cuando me acordaba de ti,
cuando me acordaba de ti, cuando me acordaba de ti,
cuando me acordaba de ti, cuando me acordaba de ti,

PARTE PRIMERA.

REDENCION POR AMOR.

LIBRO PRIMERO.

EL CORSARIO NEGRO.

CAPITULO PRIMERO.

Un combate en el mar.

La noche del 23 de Setiembre de 1578, cruzaba el golfo de Nápoles, procedente, al parecer, de Sorrento, una galera que se balanceaba sobre las olas empujada por el fuerte viento que hinchaba sus tres velas latinas. Los remeros permanecían inmóviles, y la galera, meciéndose sobre el abismo, navegaba lentamente como si no tuviera á bordo ninguna persona que la dirigiera.

Y con efecto, á excepcion de los sesenta remeros, que más que hombres parecían estátuas, ningun otro se veía sobre cubierta, y los apagados faroles colocados junto al timonel, daban á la misteriosa embarcacion un aspecto extraño y nada tranquilo.

Pero en el momento que la presentamos á nuestros lectores, acababa de tener lugar una tempestad horrorosa, y las nubes que el huracan habia condensado en el horizonte, lanzaban de tiempo en tiempo relámpagos brillantes que iluminaban la fantástica embarcacion y el mar que la sostenia.

A favor de estos súbitos resplandores, podíase ver que la galera estaba pintada de negro, llevando en la popa una bandera, negra tambien, en la que se leia con letras blancas la palabra «*Venganza*,» y debajo de la bandera el escudo de las armas de España y el retrato de un rey, cuyo rostro estaba cruzado por una línea negra.

Este rey era D. Felipe II.

Por las ventanas de los dos únicos camarotes de la galera, reflejábase una ténue claridad, como si su interior estuviese débilmente iluminado, y la falta de luz, el tétrico color de la embarcacion con su siniestra bandera desplegada, el silencio en que yacía, sus movimientos pausados y lúgubres, su cordon de hombres sobre cubierta, todos estos detalles la daban un aspecto tan extraño, que la asemejaban á un mónstruo desconocido arrojado sobre las olas por la pasada tempestad, para sepultar en su cavernoso seno todos los buques que se pusieran á su alcance.

Pero ¿á qué país pertenecia aquella galera? ¿Quién la mandaba? ¿Por qué no aprovechaba los remos para anclar en Nápoles y guarecerse bajo su puerto, toda vez que la tormenta ya habia pasado y no podia temer que las olas la estrellasen contra los bastiones?

De pronto oyóse entre el ruido del aire y el golpeteo de las olas, la voz robusta de un hombre, que cantaba en dialecto maltés una barquerola melancólica y dulce como el

canto de la alondra al extender su vuelo. Aquella voz se fué acercando poco á poco, y últimamente se dejó oír con ella el ruido de los remos al batir las olas encrespadas.

Era indudablemente alguna lancha pescadora que la tempestad habria lanzado lejos de la playa, y que por un milagro de Dios, volvía á ésta sin haberse sepultado en los abismos.

Al cabo de unos cuantos minutos, y cuando ya el canto del pescador se oía distintamente muy cerca de la misteriosa galera, abrióse la escotilla de uno de los camarotes, y se presentó en la cubierta un hombre.

Este hombre se acercó á la banda, y después de haber escuchado por un momento el canto del pescador, dió un grito parecido al graznido del águila, y á este grito el canto cesó de repente.

—Bertuccio, exclamó aquel hombre con voz de mando, una luz á popa y larga la escala. Amaina las velas é introduce á Perugino en mi camarote.

Y sin esperar el cumplimiento de sus órdenes, volvió á desaparecer por la escotilla.

Bertuccio hizo lo que se le acababa de ordenar, y poco después trepaban por la escala y saltaban sobre cubierta otros dos hombres, que eran sin duda los tripulantes del barquichuelo que hemos llamado pescador por ignorar cuáles eran sus condiciones.

—Buenas noches, amigo Bertuccio, dijo uno de ellos sacudiendo con un brusco movimiento de cabeza el agua que empapaba sus cabellos. ¿Y el capitán?

—En su camarote.

—¿Despierto?

—Siempre vigilante. El ha sido quien ha contestado á tu canto.

—¿Ha causado averias la tempestad?

—Ninguna; pero sigueme, porque el capitan quiere verte.

—Y yo á él. Tengo que darle algunas noticias!

—¡Por la Santa Madona! ¿Hay presa?

—Creo que sí.

—¿Y lucha?

—Es muy probable. Pero vamos, pues no hay tiempo que perder.

Y volviéndose al compañero que habia subido con él á la galera, añadió siguiendo á Bertuccio:

—Pietro, á tu sitio, y oido á las órdenes.... Si los enemigos se aproximan, enciende luces y prepara la gente.

Perugino y Bertuccio se presentaron al capitan.

La cámara de éste era un magnifico salon no muy grande, pero adornado con un gusto verdaderamente oriental. La púrpura de Tiro, los espejos de Venecia, las telas de Persia recamadas de oro, los encajes de Flándes, las lámparas de alabastro, en las que ardian perfumes de la Arabia, todo lo que la imaginacion puede soñar de espléndido y magnifico se encontraba alli en armonioso conjunto, transformando el camarote en una estancia de hadas, en un palacio encantado.

El dueño de todas aquellas maravillas era, sin duda, un hombre que se veía tendido negligentemente en un cómodo divan.

Era un jóven de treinta á treinta y dos años, alto, esbelto y arrogante. Vestia un sencillo traje de terciopelo negro, y estaba armado completamente. Su rostro no podia ser más

hermoso ni su conjunto más admirable. Tenia el cutis moreno, bronceado por el ardiente sol de Italia; sus ojos, de un color indefinible, poseian una mirada que no podia olvidarse nunca; sus negros cabellos destacaban una frente pálida y hermosa, y su barba, negra tambien, completaba la varonil belleza de aquel hombre, que por su aptitud, por sus miradas, por la expresion de su rostro, por su acento, parecia uno de esos genios privilegiados que brillan de siglo en siglo, héroes desde la cuna, y cuyos nombres pasan á la posteridad en las más bellas páginas de la historia.

—¿Pero quién era aquel hombre?

—El capitan de la misteriosa galera. Nada más podemos decir por ahora.

—Bertuccio se retiró despues que hubo presentado á Perugino.

—El cielo te guarde, le dijo el capitan sin moverse de su asiento. ¿Qué has visto por ahí? ¿Qué nuevas traes?

—Señor, la tempestad ha echado á pique algunas galeotas, galeazas y pataches, y todavía la mar está muy gruesa, y algunas otras se hundirán en los abismos. Gracias á esto, una pequeña flotilla que izaba bandera española ha sido dispersada, y la capitana se ha quedado sola y se dirige hácia aquí.

—¿Estás seguro, Perugino?

—Tan seguro, como que he pasado mi bote junto á su casco, y por un milagro del cielo no hemos perecido.

—¿Y trae bandera española?

—Y gente de guerra. Junto á sus faroles encendidos he visto á un soldado de los tercios de Castilla apoyado en su arcabuz.

El capitán se levantó al escuchar estas palabras. La melancólica expresión de su rostro había desaparecido como por encanto, y su mirada sólo expresaba en aquel momento un odio profundo, inextinguible.

—Está bien, dijo á Perugino. Atacaremos á esa galera, pues por lo que acabas de decirme, preveo que es á mí á quien busca en estas costas.

—¿A vos, capitán?

—Indudablemente. Sabes que hace un año corro por estas aguas atacando á todas las galeras del señor rey D. Felipe II y saqueándolas sin miedo á su poder. El tirano que se sienta en el trono español me ha jurado un odio á muerte, y arma sus mejores buques para que me persigan y me maten. Pero... ¡por Cristo! El Corsario Negro es invencible, y no ha nacido aún quien pueda hacerle retroceder. Felipe II no perdona, y esa flotilla que has visto venía á atacarme... Ataquémosla, pues, guerra á muerte con todo lo que pertenezca á ese bandido. Echemos á pique esa galera, y sírvame su gente de remeros en las mias.... Vamos, Perugino, arriba y al combate....

—Una observación, mi capitán.

—Habla, muchacho.

—Si desgraciadamente caéis herido, ¿adónde quereis que se os conduzca?

—Al convento de Franciscos de Sorrento: ya sabes que los buenos padres me aprecian mucho; y si esto no es posible, á Nápoles, á casa del armero de Costa. Tengo en todas partes amigos, y sólo me aborrece Felipe II, así como yo no aborrezco á nadie más que á él.

—Mi capitán, haceos justicia. No solamente no odiais á

nadie, sino que sois el ángel protector de todos los desgraciados de Italia. Dios no puede abandonaros porque sois bueno, y todos vuestros servidores daremos con gusto nuestras vidas por salvar la vuestra.

—Y tú el primero, ¿verdad; mi buen Perugino?

—Señor....

—Ya lo sé; eres honrado y leal.... honrado y leal como todos mis servidores.... ¡Oh! ¿por qué consiente Dios ciertos crímenes?

E inclinando la cabeza ante el peso de algun recuerdo terrible, murmuró con acento desfallecido:

—¡Beatriz!... ¡Beatriz!... ¡Pobre Beatriz!...

Empero este relámpago de debilidad pasó veloz sobre su frente.... irguióse altivo, sereno, y poco despues se hallaba sobre cubierta.

Su mirada escudriñó el oscuro horizonte, y vió á corta distancia la galera real que le habia indicado Perugino.

Entónces mandó encender las teas, subir á sus hombres de armas y preparar los cañones.

Ya era tiempo.

De la galera enemiga, inmóvil como la torre de un fuerte, brillaron dos relámpagos, y dos balas saltaron sobre la cubierta del buque corsario, hiriendo á tres ó cuatro hombres.

El combate ya habia dado principio.

El Corsario Negro respondió á aquellos fuegos con los suyos, y la lucha se generalizó. La sangre corria por la cubierta de la galera, y más de doce hombres yacían moribundos ó exhalando gritos de dolor; pero sus proyectiles habian causado tambien destrozos en la galera enemiga, porque á la luz de los disparos veíase su tripulacion correr

desalentada, indicando ese desórden precursor de las retiradas violentas.

Entónces el Corsario que, impasible ante el peligro, no se habia movido del puente, mandó virar de bordo, preparar los gárfios y aproximarse á la galera enemiga para tomarla al abordaje.

A impulsos de los remos y el timon, la negra galera giró pausadamente y avanzó unas cuantas brazas, sin dejar por esto de disparar sus cañones.

Este movimiento juntó á las dos galeras, y sus bocas de fuego callaron para dejar oir la mosquetería y los golpes, casi siempre mortales, de las espadas y las hachas de abordaje.

Por un momento los soldados del rey retrocedieron aterrados; pero el jefe que los mandaba, muy jóven, á juzgar por su voz, los arengó deteniéndoles, y los soldados volvieron á animarse.

—¡Señor capitan! exclamó uno de estos resistiéndose á obedecer á su jefe, mandadnos pelear con hombres y no con espíritus malignos. Ese Corsario Negro ha hecho pacto con Satanás, y nos vencerá siempre.

—Alférez Martinez, le contestó el capitan con voz vibrante y sonora, ¿dejareis que los piratas insulten el retrato de nuestro rey y la honra del pabellon nacional, que es nuestra honra?

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando una descarga enemiga mató al alférez é hirió á seis ó siete hombres.

En el entretanto, el Corsario Negro, comprendiendo que aquel hombre era el jefe de la escuadrilla, saltó al buque

enemigo con varios de sus soldados que le siguieron.

La tripulacion de la galera real comenzó á ceder aterrada, dejando solos frente á frente del Corsario y su tropa, al jefe de la escuadrilla y á D. Pablo Lujan, segundo de la capitana.

Pero bien pronto éste último cayó en tierra para no levantarse más, y el jefe se quedó solo.

El Corsario se dirigió á él y le miró. Por un momento tuvo lástima de aquel hombre, jóven y bello como él, que se le ponía delante abandonado ya de sus tropas. Entónces se detuvo y bajó la pistola que empuñaba en su mano derecha.

—Ríndete, jóven héroe, le dijo: las armas no son iguales.... estás solo.

—Jamás, exclamó el capitan de la galera del rey: Juan de Lanuza no se entrega á un bandido.

—Ríndete, volvió á decirle el Corsario.

—Nunca.... ¡muere, ladron!

El capitan disparó su arcabuz, y el pirata se balanceó por un momento y cayó en tierra.

—¡Animo, muchachos! exclamó el contramaestre Moya. El virey acaba de matar al Corsario Negro, y la galera pirata es nuestra.... ¡Al abordaje!

Pero la aturdida tripulacion no pudo moverse, porque en el mismo momento el Corsario se levantó con la pistola empuñada, y dirigiéndose al contramaestre Moya, le dijo:

—No quiero matarte, porque has comido en mi mesa y dormido bajo mi techo; pero como eres de los más peligrosos, te inutilizo.

Y le rompió una pierna de un balaze.

En seguida se dirigió al capitán para hacerle prisionero; pero un casco de metralla hirió al joven, que soltó la espada y cayó de costado sobre el puente.

Los soldados le creyeron muerto, y huyeron despavoridos, dejando que los piratas saltasen sobre la cubierta y se apoderasen de todo.

Con la caída del jefe de la flota, el combate podía darse por terminado y la galera del rey vencida. Así lo comprendió el pirata, que mandó suspender los fuegos y que trasportaran los heridos á su galera con todo lo que hubiere de valor en el buque.

Después se inclinó sobre Lanuza.

—¡Matadme! exclamó éste desesperado; más vale morir que vivir sin honra.... matadme, yo os lo ruego....

—Nó: sois un héroe, y yo respeto á los héroes.

—¿Y quereis que viva sin honor?

—No le habeis perdido por vuestra derrota.

—¿Y qué cuenta daré al rey? ¡Ah, imposible!

—Nó, volvió á exclamar el Corsario: sois un valiente, habeis sido herido.... y un hombre herido ya no puede hacer nada ¿Qué más podeis dar á vuestro rey que la sangre que estais vertiendo?

Juan de Lanuza cerró los ojos desvaneciéndose; pero de pronto los abrió, dió un grito y trató de incorporarse.

—¿Qué teneis? le preguntó el pirata.

—¡Dios mio! exclamó el joven mirando hácia la cámara de popa. ¡Ved!.... ¡está ardiendo el camarote!... ¡Cielo santo!... ¡Por compasion! añadió alzando sus manos suplicantes al Corsario, que le miraba dulcemente; salvad á mi hermana, que se halla en la cámara de popa.... ¡Ved!... ¡está ar-

diendo el camarote!... ¡quizás ya sea tardel... ¡Dios mío!
¡Blanca!... ¡Hermana mía!...

Y volvió á desmayarse.

El Corsario se incorporó.

—Perugino, Pietro, Bertuccio, exclamó con voz imperiosa, trasladad á la galera este herido y cuidadle.... ¡Cuatro hombres á la cámara de popa!... Pronto.

—Señor, está ardiendo, exclamó uno, viendo la columna de humo que salía por la escotilla.

—Y qué, ¿tendreis más miedo al fuego que á los soldados de Felipe II? Venid, hay que salvar á una pobre mujer que morirá quemada si no acudimos.

Nadie se movió.

—¡Perugino! volvió á exclamar el Corsario, ciego ya de cólera.

—Señor, le contestó el jóven, es imposible penetrar en la cámara.... Está ardiendo y perecerán los que intenten abrirla.... Es imposible salvar á esa mujer.... moriríamos sin conseguirlo.

—¡Miserables! ¡cobardes! gritó furioso el Corsario lanzándose por la escotilla con un hacha de abordaje: tendríais valor para matar á un enemigo indefenso, y no le teneis para salvar á una mujer.

Una bala de cañon habíase introducido en la bodega incendiando las provisiones del buque, y la cámara de popa, situada encima, se hallaba ya caldeada como un horno encendido. Por las junturas de los tabiones salían gruesas espirales de humo, que inundaba la escalera, y el Corsario se detuvo por un momento, porque sentia ahogarse.

Por fin, impulsado por su noble corazon encontró la

puerta de la cámara, y dió en ella un terrible hachazo, y luego otro y otro. Al tercero la puerta se desprendió hecha astillas, y la corriente de aire que llenó la escalera dió la vida al Corsario en aquel momento supremo.

Un minuto más, y habria perecido.

Al penetrar en la cámara oyó dos gritos agudos y penetrantes, y vió á dos jóvenes que, con el cabello destrenzado, pálidas, la mirada extraviada por el terror y convulsas de miedo, se refugiaban en el ángulo opuesto del camarote y caian de rodillas exclamando:

—¡Dios mio! ¡El Corsario Negro!



¡Dios mío! ¡El Corsario Negro!



CAPÍTULO II.

Un duelo con la muerte.

Al oír el grito de las mujeres el Corsario Negro, se detuvo á la entrada de la cámara fijando sus negros y hermosos ojos en las dos jóvenes, que le contemplaban con terror.

Las dos eran bellas, muy bellas. A pesar del desórden de sus vestidos y de sus cabellos, no podia contemplárselas sin que el corazon latiese entusiásmado.

El pirata creyó tener delante de sí dos apariciones celestes, pero su corazon no dió un latido; y frio, casi severo, avanzó al centro de la cámara.

Blanca de Lanuza se llamaba una de ellas, y era hermana del jefe de la escuadrilla que habia caído herido en el combate y hecho prisionero por el Corsario.

La otra se llamaba María, y pertenecía á la servidumbre de la anterior, siendo su camarera de más con-

fianza, porque hija de su nodriza, habían vivido siempre juntas.

Blanca tenía unos veinticinco años, y aunque era alta y delgada, su talle poseía una elegancia inexplicable. Blanco su cutis, pardos y rasgados sus ojos velados por largas y sedosas pestañas negras, ancha y dominadora su frente, pequeña su boca y encarnados sus labios; la hermana de Lanuza, bella en aquel momento de angustia y de terror, debía ser admirable en las situaciones normales de su vida, cuando sus labios sonriesen y los colores de la rosa tiñeran sus mejillas.

El traje que vestía, á pesar de su desórden, aumentaba la belleza de Blanca de Lanuza. Constituía una túnica de brocado blanco y azul, muy descotada, que dejaba al descubierto su hermoso y torneado cuello; y encima otra segunda túnica más pequeña, que no la pasaba de las rodillas, en la cual se veían bordadas las armas y cuarteles de la casa de Lanuza y Urrea. En el cuello lucía un rico collar de perlas, que parecían avergonzarse al verse suspendidas sobre el alabastrino cutis de la joven.

Blanca, artísticamente considerada, no era hermosa; pero al mirar con atención su rostro, se sentía uno tiernamente atraído hacia ella por un encanto infinito. Además, en sus ojos, que tenían un imperio extraño, se leía algo de grande y magnífico en el porvenir de aquella mujer; y su frente, altiva y levantada, parecía modelada para ceñir una corona.

Su camarera María, que tenía casi su misma edad, poseía un rostro moreno y agraciado, unos ojos vivos y expresivos, una boca pequeña é incitante, y unas formas que con-

vidaban al amor y á la sensualidad. Habia algo en su tipo de la odalisca árabe, que hacía hervir la sangre y latir las sienes con su magnético fuego.

María, al ver al Corsario, ó por mejor decir, al ver abierta la puerta de la cámara, trastornada por el terror, olvidóse completamente de su señora, y se precipitó fuera como una gacela perseguida, y no tardó en subir al puente, siendo trasladada por Perugino á la galera del Corsario.

Este y Blanca quedaron solos.

A pesar de lo violento de la situación y de la premura del tiempo, pues cada vez las llamas avanzaban más y más alrededor de la cámara de la española, hubo un momento de silencio, porque ni Blanca ni el Corsario podían hablar de emoción.

Durante aquel silencio, oíanse las maderas de la galera crugir lentamente, y el ruido vago y confuso de la tripulación del buque negro, que celebraba su victoria con gritos y aclamaciones.

—Tranquilizaos, señora, dijo por fin el Corsario con voz dulce é insinuante: no vengo á insultar vuestro dolor, ni haceros daño ninguno. Vengo á salvaros.... Seguidme; el incendio avanza, y dentro de algunos minutos nos cortará la salida.

—¡Jamás! exclamó Blanca irguiéndose como una reina. ¿Yo seguiros? ¿A vos, asesino de mi hermano? ¿Qué habeis hecho de él?

—Vuestro hermano se halla en este momento más seguro que vos y yo.

—Mentís.... mentís....

—Señora....

—Si Juan viviera, habría venido á libertarme. ¡Sois un malvado!... le habeis muerto.

El pirata hizo un movimiento de cólera, pero trató de reponerse.

—Os juro por lo más sagrado, que vuestro hermano vive y se halla en mi galera. Se encuentra levemente herido y no ha venido por eso. Vamos, señora, venid, ó no tendremos tiempo despues; el fuego amenaza hundir el buque.

Y con una elegancia digna del mejor caballero de la corte, se adelantó hácia Blanca y la ofreció su mano.

La jóven retrocedió vivamente, y sus pálidas mejillas se tiñeron con el más subido carmin.

—¡Atrás, asesino! exclamó con un horror indecible. Prefiero morir mil vecés á deberos la vida.... La muerte ántes que ser vuestra prisionera.

—¿Cómo, señora? ¿habeis creído que al salvaros de una muerte inevitable era para destinaros á la esclavitud? ¿Tan mal os han hablado de mí? ¿Tanto horror os inspiro?

—Sí, sí, tanto, que prefiero mil muertes á que toqueis un solo cabello de mi cabeza.

El pirata se estremeció de cólera, y miró rápidamente en torno suyo. Vió entónces que el fuego avanzaba cada vez más, y que la salida era ya casi imposible. Entónces lanzó un rugido como el del leon cuando se encuentra cogido en el lazo, y dió un paso hácia la jóven para sacarla violentamente de la cámara aprovechando aquellos últimos instantes; pero en el mismo momento oyóse un estruendo horroroso, y algunas maderas cayeron encendidas á sus piés.

La retirada ya estaba cortada, la fuga era ya imposible. No se veian más que llamas por todas partes, y la puerta

de la cámara parecía la boca de un horno encendido.

El aire atmosférico empezaba á faltar á nuestros dos personajes, pues aunque las ventanas estaban abiertas, un humo inmenso rodeaba á la galera exteriormente, y apenas podia penetrar en su interior.

—¡Maldicion! gritó el Corsario desesperado. Ya no hay huida posible, y mañana dirán mis enemigos que el Corsario Negro ha dejado quemar á una mujer.

Y pálido, aterrado, miraba á Blanca; y Blanca, que habia caido de rodillas al ver las llamas que empezaban á penetrar en el camarote, comenzó á perder el valor ante la horrible proximidad de la más horrible de las muertes, y olvidando su orgullo, se levantó y se aproximó al Corsario.

—¡Oh! ¡Por la Virgen del Pilar, salvadme si aun es tiempo!

—Ya es demasiado tarde, la contestó el pirata con acento lúgubre y terriblemente siniestro. ¿Por qué no me habeis seguido hace un cuarto de hora? Ya estariais al lado de vuestro hermano, y.... ¡Ah! necio de mí, que no os he sacado á la fuerza.

—¿Pero no podeis salvarme? volvió á exclamar Blanca, presa del delirio del terror. ¿He de morir aquí.... quemada.... como una relapsa, como una hereje? ¡Dios mio!... ¡Dios mio!

—Si no se hubiera hundido la escalera... Si mi gente pudiese romper la armadura del techo...

—¡Oh! sí... sí... llamad... mandad... yo os lo suplico, os lo ruego.... Es horrible morir así...

El pirata se llevó la mano á la frente buscando un medio de salvacion, pero no encontró ninguno.

Entretanto, la hermana de Lanuza le miraba como una loca, y le tenía sujeto por una muñeca.

Pero de pronto el fuego, que habia calcinado ya el piso de madera que sostenia á Blanca y al Corsario, apareció por entre las junturas de las tablas; y la española, al verle á sus mismos piés, dió un grito agudo y se desmayó.

El pirata comprendió que habia llegado el momento supremo, que no podia dudar ni vacilar un solo instante, porque el fuego concluiria por hundir el piso de la cámara, y sería precipitado con Blanca en el fondo de la bodega, donde pereceria irremisiblemente.

Ante este pensamiento se despojó á toda prisa de sus armas y de parte de su vestido; cogió el hacha de abordaje, y con su prodigiosa fuerza empezó á dar golpes en una de las ventanas, hasta que abrió una ancha salida.

Después cogió á Blanca en sus brazos.

—¡Dios mío! exclamó levantando los ojos al cielo, dadme fuerzas para salvarla.... No sé si podré nadar con ella, pero la salvaré, ó moriremos los dos.

Y se arrojó al mar.

El abismo se abrió para recibirlos, y un minuto después oyóse un estampido horrible. El mar y las nubes se tiñeron de color de fuego. Los fragmentos encendidos cruzaron el espacio y cayeron sobre el mar como una lluvia de centellas; y después todo volvió á quedar en silencio.

El fuego habia llegado á la Santa Bárbara, y la galera real acababa de volar en menudos fragmentos.

Todo habia concluido.

CAPÍTULO III.

Antecedentes.

Debemos á nuestros lectores algunas explicaciones, que no les hemos dado por no interrumpir el curso de la narracion, pero que son indispensables para que no ignoren los antecedentes de los personajes que hasta ahora les hemos dado á conocer.

Seremos parcos en este terreno por temor y por prudencia, pero algo debemos decir, y lo haremos brevemente.

Los dos jóvenes que hemos dado á conocer á nuestros lectores, eran hermanos gemelos é hijos de D. Juan de Lanuza, Justicia mayor de Aragon, y uno de los más nobles caballeros de España.

Los dos hermanos se habian querido siempre con un inmenso cariño, y desde sus primeros años Juan habia sido el protector y el caballero de su hermana. Siempre habian vivido en el castillo de Ambeler, situado á poca distancia de

Zaragoza, y en él había trascurrido su infancia como un idilio continuado, sin que la más pequeña nube turbara su dulce dicha.

Un día, Blanca tenía entónces nueve años, pasó una gitana por delante del castillo, y la niña, que se hallaba paseando con su hermano y su madre Doña Catalina de Ureña, se empeñó en que la vagabunda la dijera el porvenir que la esperaba. La gitana examinó la mano derecha de la niña, y despues de mucho tiempo de observacion y haciendo varios gestos extraños, la dijo que sería reina. Doña Catalina lo celebró en extremo, dando una magnífica propina á la gitana; y cuando ya ésta iba á retirarse, el niño Juan tambien quiso saber su *buenaventura*. La gitana cogió riendo la mano del niño, pero al mirarla dejó de reir, y dirigió á la tierna criatura una mirada de compasion aterradora. Doña Catalina quiso preguntarla qué porvenir era el de su hijo, pero la ambulante profetisa se negó á ello, dando mil excusas y alegando que no podia descifrarle, porque las rayas de la mano eran muy poco determinadas.

Desde aquel día, Juan, que no tardó en olvidar su propio augurio, no echó en olvido el de su hermana, llamándola continuamente *la reina*, y en sus juegos infantiles la formaba algunas veces tronos de flores, en que la hacía sentar, fingiendo despues rendirla pleito homenaje.

Ahora bien, la prediccion de la gitana habia influido, y mucho, en la educacion de la jóven; pues andando el tiempo y cuando la niña pudo ya raciocinar, casi llegó á creer que el límite de su destino era un trono; y que habia nacido para reina.

Esto dió á su carácter cierta reserva orgullosa, que fre-

cuentemente se confundía con una altiva dignidad, aunque de vez en cuando no era así; pero á excepcion de estas aspiraciones algun tanto imprudentes, Blanca poseia el corazón más bello del mundo, y tierna, compasiva, dulce, cariñosa, era el ángel tutelar de todos los desgraciados, y su nombre bendecido, no solamente en Zaragoza, sino en todo el Aragon, porque á todas partes habian alcanzado sus beneficios y se pronunciaba su nombre con veneracion y respeto. Distante algunas leguas del castillo de Ambeler existia una hermosa posesion, propiedad de D. Gonzalo Perez, secretario único de D. Felipe II. Este D. Gonzalo tenía un hijo que habitaba con su madre en la indicada posesion, y que era de la misma edad de Blanca, poco más ó menos.

La vecindad y las simpatías de los niños los unieron bien estrechamente, y á pesar de la diferencia de sus caracteres, continuamente estaban unidos y asociados para sus juegos y travesuras.

Pero el hijo del secretario de Felipe II se alejó del país para ir á estudiar á Salamanca, al mismo tiempo que su madre daba á luz una linda niña, que tuvo Blanca en la pila bautismal, poniéndola por nombre Constanza, y dedicándose á ella con todo su cariño, meciéndola gravemente, llevándola en brazos y prestándola con infantil gravedad todos los cuidados que exige un recién nacido.

Al cabo de cinco años, el señor Gonzalo Perez presentó á su hijo Antonio en el castillo, de vuelta de su viaje á Salamanca, trasformado ya en un bello y arrogante jóven. Blanca, que entraba entónces en la adolescencia, le miró ruborizándose, y le amó.

Amó á Perez con ese frenético entusiasmo del primer amor, que nada puede igualarle, porque se asemeja á la flor primaveral que aún no la ha secado el calor del estio. Creyóse correspondida, y se entregó á esa dulce y deliciosa embriaguez que hace parecer más brillante el sol, más floridos los campos, más hermoso el mundo.

Blanca amaba con delirio y era poeta sin escribir versos, porque la mejor y más hermosa poesía tiene su origen en el corazon de la mujer. La poesía no está en rimar, y la enamorada doncella hallaba su poesía en el dulce y suave aroma de las violetas, en el trinar de los ruiseñores, en el murmullo de la fuente. Todo esto para ella representaba poesía y amor. ¡Amor! le decia la brisa que agitaba sus cabellos.... ¡Amor! le cantaba el amante jilguerillo.... ¡Amor! le susurraba la fuente.

Mas ¡ay! todo tiene un término. Gonzalo Perez se llevó su hijo á la corte y el rey le nombró su mayordomo.

Cuatro años despues y por la muerte de su padre, Antonio Perez fué nombrado secretario de Estado.

Hasta esta época, siguióse entre los dos jóvenes una correspondencia tierna y sencilla; y Perez, al encontrarse en esplendor, quiso ver á Blanca y á su familia, ó por mejor decir á su madre, que se habia retirado enferma á su posesion, contigua al castillo de Ambeler, en donde recibia los tiernos cuidados de la familia de Lanuza.

Antonio Perez, seguido de pajes, escuderos y literas, se presentó á su madre y á sus amigos, demostrando hasta en los detalles más insignificantes de su persona, el orgullo y la ambicion que habian gangrenado su alma.

Vió á Blanca y ratificó sus promesas de casamiento, así

como el de su tierna hermana Constanza con el jóven Juan de Lanuza.

Poco despues su madre, enferma gravemente, conoció que iba á morir muy pronto, y ántes de exhalar el último suspiro, y delante del Justicia mayor de Aragon, entregó á Antonio la mano de Blanca y á Juan la de Constanza, que iba á cumplir dieziseis años. Aquello era ya casi un matrimonio santificado con la bendicion de una moribunda.

Constanza, Blanca y Juan la lloraron mucho; pero Antonio, atento sólo á su porvenir y temiendo que su compañero en la secretaría de Estado, Gerónimo Zayas, le usurpase el favor del rey, apresuróse á volver á la córte, llevándose á Constanza, no sin asegurar á sus antiguos amigos que la separación sería muy corta, pues desde Madrid pediría á D. Juan Lanuza la mano de Blanca, y daría la de su hermana á Juan, verificándose las bodas en un mismo dia.

Blanca vió partir á Antonio con el presentimiento de que iba á olvidarla, y no se engañó la pobre jóven.

Pocos dias despues de su partida, la hija del Justicia mayor recibió una carta de Perez, dirigida á Doña Ana de Mendoza; en ella se hablaba de amor y de intrigas cortesanas. La jóven al leerla se desmayó, porque comprendió que Antonio era el amante de aquella mujer, y que al escribir á las dos juntas, habia cambiado las cartas.

Blanca, indignada, escribió á su falso amante rechazándole; y al recibir Perez su severa carta, se admiró y aún se aterró, porque amante de Doña Ana de Mendoza, que á su vez lo era de Felipe II, su carta á ella y que Blanca poseia, podia hacerle mucho daño. Escribióla reclamándosela, pero Blanca no se dignó contestarle, y nada volvió á saber de él.

La decepcion que habia sufrido arrancó á la jóven todas sus esperanzas y alegrías. Se encerró en el castillo de Ambeler, sin querer seguir á sus padres á Zaragoza, y vistióse de luto como si la muerte le hubiera arrebatado una persona querida.

El castillo le traía á su memoria tristes y desgarradores recuerdos de su pasada dicha, y gozaba con estos recuerdos como si no tuviera delante de sí por su belleza, por su cuna y por su alma, un porvenir más brillante que el que podia haberle arrebatado Antonio.

Un año despues de permanecer en el castillo, el rey nombró al hijo del Justicia mayor gobernador de Nápoles, en el acto de serle presentado por su padre, dándole entre otras varias, la espinosa y difícil comision de aprehender á un célebre corsario que robaba y saqueaba todas sus embarcaciones, y contra el cual nada habian conseguido los más esforzados capitanes que habia enviado á su persecucion.

Juan de Lanuza aceptó complacido su nuevo y honroso cargo, y habiéndole dicho Blanca que no queria separarse de él porque se moriria de tristeza, obtuvo el permiso de sus padres y se la llevó consigo.

Poco ántes de la partida de los dos hermanos, Antonio Pérez se habia casado con Doña Juana Coello, lo cual acabó de herir la destrozada alma de su primera amante.

He aquí explicados los antecedentes que necesitan conocer nuestros lectores, y el por qué Blanca de Lanuza se encontraba con su hermano en el momento de ser atacada la galera que les conducia por el horrible Corsario Negro.

Ahora, proseguimos.

CAPÍTULO IV.

Después de la catástrofe.

Quando Blanca abrió los ojos, se encontró en el elegante camarote del Corsario Negro, reclinada en un divan y vestida con una sencilla túnica de seda de color de naranja con fleco de plata.

Con aquella túnica y su abundante y negro cabello destrenzado y cubriendo sus hombros, la encantadora niña se asemejaba á una de aquellas hermosas atenienses que asistían pensativas y silenciosas á las sábias discusiones del Areópago.

Al abrir los ojos lanzó un suspiro y paseó su mirada errante por todos los objetos que la rodeaban, como tratando de reanudar sus ideas y robustecer sus recuerdos; pero de pronto vió á un jóven reconstado en el divan opuesto al suyo, y lanzó un grito de alegría, levantándose y dirigiéndose á él.

En aquel jóven habia reconocido á su hermano.

—¡Loado sea Dios! exclamó precipitándose en sus brazos y derramando un torrente de lágrimas en el delirio de su alegría. ¡Al fin vuelvo á verte, hermano mio!... ¡Oh! ¡no has muerto! ¿Pero qué ha pasado aquí? Esta cámara no es la de la capitana.

—Nó, hermana mia.

—¿Quien te ha salvado y me ha salvado? Esto parece un sueño.... Juan.... mi querido Juan.... responde.

Y hablando así le estrechaba contra su seno, sin notar que estaba muy pálido y decaído.

Però una voz sonora, un acento dulce, aunque severo, contestó á la jóven por su hermano.

—¡Cuidado, señora! la dijo. Observad que D. Juan de Lanuza está herido y podeis hacerle daño.

La jóven se volvió con presteza, y reconoció al Corsario Negro, de pié á su espalda en una actitud grave y digna.

La presencia del pirata hizo volver en sí á la hermana de Lanuza, que, presa de un horror instintivo, retrocedió unos cuantos pasos aproximándose á D. Juan, como buscando su proteccion.

—¡Cómo, señora! exclamó el Corsario sonriéndose tristemente. ¿Huí de mí sin haberos hecho daño ninguno?

—¿Sois el Corsario Negro?

—Sí, señora.

—¿Y me preguntais por qué huyo de vos? ¿Acaso no sois vos el que ha herido á mi hermano, el que ha incendiado nuestro buque, el que nos ha cargado de cadenas?

—¿De cadenas? ¿Dónde las teneis, señora?

—Sin duda es un favor que quereis hacernos; ¿pero nos negareis que estamos presos?

—¿Nó en verdad?

—¿Y quereis no inspirarme horror? ¿Vos? ¡Un bandido!

—El pirata se mordió los labios de cólera.

—Juan cogió las manos de su hermana.

—Blanca mia, la dijo, ten prudencia, y sé más justa con el Corsario Negro. No olvides que á él, sólo á él, debemos la vida y que ha expuesto la suya por salvarte.

—¡Por salvarme!

—Sí, hermana. Gracias á su valor, á su serenidad, á su nobleza, puedo estrecharte entre mis brazos y volverte al lado de nuestros padres.

—¡Dios mio! ¿Es posible? exclamó Blanca juntando las manos y mirando con sus hermosos ojos al pirata, que se sonreía con su triste sonrisa mirándola tambien.

—Y tan posible, señora, añadió el Corsario Negro con la más absoluta indiferencia. Cuando caísteis desmayada y ví que las llamas se habian apoderado del buque, tuve lástima de vos; no quise que vuestra belleza fuese pasto del mar, y como no érais mi enemiga, me decidí á salvaros. Con este objeto y al impulso de mi hacha, abrí una terrible brecha en el camarote, me despojé de mis armas, cogí con mis dientes ¡perdonadme! una de vuestras hermosas trenzas, y levantándoos en mis brazos me precipité con vos al abismo. Hundímonos en él como si jamás debiéramos salir; desasíme de vuestros brazos y comencé á nadar. Por desgracia, al desprenderme de vos, vuestra trenza se habia arrollado á mi cuello oprimiéndome como una argolla y estrangulándome poco á poco. Las

fuerzas comenzaron á faltarme. La mar estaba muy gruesa, y las olas me empujaban como á un imperceptible átomo. Por un momento creí perecer ahogado, ó estrellado contra los cascos de los dos buques, entre los cuales nadaba sin poder salir; pero haciendo un supremo esfuerzo, comencé á pedir socorro, y mis soldados echaron al mar algunos botes. Uno de estos nos recogió. Os traje aquí al lado de vuestro hermano y de vuestra camarera, y el bandido, como me habeis llamado, tuvo á más dicha que haber conquistado una corona, haberos podido arrebatarse á los brazos de la muerte.

Blanca se acercó al Corsario sonriéndose dulcemente, y con lágrimas en los ojos le tendió su mano, que aquel estrechó con indiferencia y frialdad.

—¡Oh! perdonadme, le dijo. Soy una ingrata.... Os debo la vida y.... Gracias, señor, por mi hermano y por mí.

—Nada me debeis; por cualquiera hubiera hecho lo mismo. El deber así me lo ordenaba, y aunque pirata, señora, soy un esclavo del deber.

—Habeis hecho más que cumplir con vuestro deber, exclamó Juan. Habeis expuesto vuestra vida por salvar la de dos enemigos; y si no estuviera prisionero, os juro que sabría demostraros mi gratitud.

—No os inquieteis por tan poca cosa. Procurad hacer llevadera vuestra prision, y os doy mi palabra que en mi casa nada os faltará, como tampoco á vuestra hermana.

Juan y Blanca suspiraron tristemente.

—Gracias, señor, repuso el jóven. Pero vuestra casa es al fin una prision y con ella la deshonor. Yo, que ofrecí al rey prenderos y conducirlos á España, soy el vencido, el humi-

llado.... ¡Oh! nunca tendré valor para comparecer á su presencia.

—¿Y por qué? ¿Acaso podrá Felipe II acusaros de cobardía? ¿No habeis sido herido? ¿No habeis sido vencido por el fuego más que por mis armas?

Lanuza calló por algunos instantes.

—Escuchad, señor, dijo al Corsario despues de algunos momentos de silencio. Ya que hablais de mi prision, permitidme preguntaros en cuánto estimais mi rescate y el de mi hermana. Mi padre os lo enviará en seguida, y podremos regresar á nuestro país. Despues de mi derrota, no tengo valor para presentarme en Nápoles como virey.

El Corsario se encogió de hombros, y contestó con desden al jóven:

—Vuestra hermana es libre y puede marchar á donde quiera. Si desea volver á España, dispuesto está para conducirla cualesquiera de mis buques; yo no prendo á mujeres, ni pido dinero por su rescate. En cuanto á vos, ya es otra cosa.

—¿Y en cuánto estimais el mio?

—Eso depende del rey de España, contestó el pirata con voz sombría y cubriendo su rostro una extraña nube: en las prisiones del Santo Oficio tiene presos á dos de mis más queridos servidores, San Pietro y Belonaro. Su vida me responde de la vuestra, su libertad de vuestra libertad.

—¡Dios mio! gritó Blanca aterrada.

—¡Qué decís! exclamó Lanuza.

—Tranquilizaos, añadió el Corsario Negro haciendo un esfuerzo por sonreirse. A mi lado ningun mal os pasará. Entretanto os dejo solos para que descanséis, advirtiéndoo

que caminamos hácia mi palacio, al que llegaremos dentro de tres ó cuatro horas. La cámara de vuestra hermana está contigua á ésta, y si algo necesitais llamad, pues cerca tenéis para vuestro servicio á un paje y á vuestra camarera. Adios; tranquilizaos y dormid bien.

—Una palabra, señor, exclamó Lanuza con anhelo: ¿me permitís que escriba á mi familia, participándole lo ocurrido, y á S. M. las condiciones que poneis para concederme la libertad?

—Seguramente. Mañana pienso tambien escribir á Felipe II.

—¡Vos! exclamó Blanca admirada.

—¿Os asombra? ¿Acaso tiene algo de particular que escriba yo al rey?....

La jóven bajó la cabeza.

—Señor, le dijo, como sois un hombre fuera de la ley y perseguido tan duramente, creí que....

—Os comprendo.... pero entre el rey y el pirata hay una cuenta por saldar, y hasta tanto que se liquide, mis buques destrozarán los suyos, y los suyos á los míos. Es la reciprocidad de la guerra. Además, tambien nos enviamos mutuamente nuestros pliegos y tenemos nuestros embajadores.

Blanca miró al Corsario más asombrada todavía. Efectivamente, todo cuanto sabía y habia oido referir de aquel hombre singular, era misterioso y enigmático; pero la pobre niña, por grande que fuera su curiosidad, no se atrevió á dirigir al pirata ninguna pregunta directa que pudiera enfadarle.

—¿Conque me autorizais para escribir á mi familia y al rey? le dijo Lanuza.

—Ciertamente, en llegando á mi palacio podreis hacerlo.

—¿Y os encargareis de que los pliegos lleguen á su destino?

—Con los mismos. En Madrid tengo yo emisarios.

—Gracias, señor.

—No debéis dármelas; y si vuestra hermana quiere irse con su familia, puede marchar en el buque, ya os lo he dicho.

—¡Oh! yo no me separo de mi hermano, gritó Blanca.

—No me opongo, haced lo que gustéis, señora; pero reflexionadlo bien.

—Estoy decidida.

—Os acompañará vuestra camarera María y....

—Nó, nó, ya lo he dicho.

—Como gustéis, volvió á repetir el Corsario inclinándose respetuosamente: en ese caso, os repito mi deseo; dormid bien y descansad. Hasta mañana.

Y saludando cortés y galantemente á la hermosa jóven, dió su mano á Lanuza y salió de la cámara dejando solos á los dos hermanos.

CAPITULO V.

El amor de una rica-hembra.

A las cuatro ó cinco horas de navegacion, Blanca y Juan llegaron al palacio del Corsario, verdadero paraíso, pero el cual los dos hermanos no podian comprender en dónde se hallaba situado, pues entraron en él de noche. Unicamente podian presumir que se hallaban en Italia, por la belleza del país, las muchas flores y la brisa suave y perfumada que refrescaba sus rostros, así como que el palacio se hallaba á orillas del mar, pues desde la galera negra habian sido conducidos á él en elegantes y cómodos esquifes.

Desde el momento en que los dos hermanos pusieron el pié en el palacio del pirata, éste los rodeó de cuidados, poniendo á la disposicion de los heridos su médico árabe Sidi-Mahomet, anciano de gran sabiduría, el cual aseguró que la herida de Juan era muy insignificante, y la de Moya, de una curacion muy próxima.

El Corsario destinó al joven Lanuza una elegante habitacion en compañía del contraamaestre, y separada de la de su hermana por una mampara de terciopelo.

Nada más elegante y rico que la habitacion de Blanca. Las paredes eran de maderas olorosas con embutidos de oro; las mesas de mosaicos árabes llenas de jarrones del Japon con odoríficas flores; los muebles de laca de la China; los cortinajes de telas de la India, vaporosas y ténues como nubes de brillantes colores, y sobre todo la multitud de flores que se veian por todas partes, trasformaban aquella habitacion en un jardin encantado, pero un jardin en miniatura. Las ventanas daban á un bosquecillo de naranjas y limones cuyas doradas frutas casi se podian aleanzar con las manos, y por entre sus frondosos y brillantes ramajes se veia el mar como una cinta de plata perderse por intervalos en el horizonte, hasta confundirse en el cielo.

La alcoba era un reducido espacio donde la comodidad más sibarita nada hubiera podido exigir. El lecho se alzaba sobre un estrado, y era en sus detalles y en su conjunto un verdadero lecho virginal. De cedro del Líbano con incrustaciones de nácar, le cubrian enteramente cortinas de seda blanca, sujetas con cordones y borlas de oro.

El dormitorio de la camarera María estaba cercano y separado sólo del de Blanca por una puerta con cristales.

Semejante lujo era efectivamente deslumbrador y sobrepujaba á todo lo que habia visto la hermana de Lanuza. Como debe suponerse, la impresion que la produjo tenia que ser muy favorable para el Corsario, y con efecto, este hombre maravilloso tomaba á la vista de Blanca proporciones gigantescas.

Además, el pirata trataba á la jóven como el más cumplido caballero; y si todo aquel lujo revelaba que era rico, su conducta revelaba que era noble. Nunca se presentaba en la habitacion de la española sin pedirla permiso, y en más de una ocasion demostró que era un hombre de una instruccion profundísima. Con efecto, Blanca le oyó hablar un dia cinco idiomas: el español con ella; el francés con Juan; el italiano con Perugino; el inglés con su paje Jorge y el árabe con Sidi-Mahomet. Poseia una conversacion agradable y un criterio profundo y recto, y su genio, su carácter, era dulce y bondadoso, á pesar de su reserva, excepto cuando se le hablaba de Felipe II.

Tantas cualidades excitaron la admiracion y la curiosidad de Blanca, y con ese deseo vehemente é innato en la mujer de averiguar el origen de todos los misterios ó situaciones equívocas, trató de estudiar el carácter del Corsario, para sorprender el secreto de su odio al monarca español y del misterio que rodeaba su vida.

Trabajo inútil casi siempre y comprometido con frecuencia, porque la imaginacion de la mujer carece del frio raciocinio del hombre, y no puede investigar ciertas causas sin dejarse arrastrar por el delirio que produce todo trabajo fijo y lento.

Blanca sólo pudo averiguar lo que ya sabía; que el Corsario Negro tenia un corazon noble y un alma grande; que pesaba sobre su pasado un remordimiento ó uno de esos sucesos que jamás se olvidan; que odiaba á Felipe II con todo su corazon, y que tal vez su vida entera no tenia otro objeto más que la venganza.

Pero la española, á pesar de su orgullo y del involunta-

rio respeto y aun temor que le inspiraba el pirata, abrió su corazon al interés, y tras el interés vino la compasion, y tras la compasion el amor. La progresion es indefectible y casi siempre cierta, cuando la casualidad une á dos almas jóvenes y apasionadas, hermosas y libres en sus aspiraciones.

Blanca amó al Corsario sin conocerlo, sin adivinarlo siquiera. Cuando se apercibió de su nuevo sentimiento era ya muy tarde, porque su amor era ardiente, impetuoso y absoluto como su alma. Entónces se estremeció, se aterró; presintió los males que aquel loco amor iba á producirla en su porvenir; pero ya nõ podia contenerle. Habíase desbordado su alma, y el dique no podia existir en ella misma; habíase descubierto como los antiguos Celtas y se habia dejado herir.

La pobre jóven habia vivido en una ilusion que no era lo que ménos habia contribuido á colocarla en aquel estado; habia creído su alma muerta para la pasion. Su amor por Antonio Perez habia sido tan completo, tan absoluto, que, al desaparecer de su corazon por la indigna conducta del que lo habia inspirado, creyó que su corazon habia muerto para siempre. Un año lloró sus desgraciados amores, y durante este año, dos nobles caballeros que pidieron su mano, fueron desechados, porque, como decía, «Yo no amaré ya nunca, y yo no quiero casarme sin amor.»

¡Oh! el corazon no muere: es un error creerlo así; podrá estar aletargado, dormido; pero morir, sólo cuando ya no late, entónces es cuando muere.

Blanca se habia hecho la ilusion á los veinticinco años de que ya no volveria á amar, y esta idea la perdió. Entregóse sin reserva á la contemplacion del misterioso

desconocido, analizó su conducta, observó su belleza, trató de estudiarle; y aquel estudio, aquella observacion y aquel análisis la perdieron.

La hermana de Lanuza quiso entónces luchar para vencerse. Sentíase avergonzada de amar á un corsario, á un ladrón, ella, la hija de un noble tan poderoso como el Justicia mayor, la rica-hembra de Aragon, ella que habia soñado con una corona real....

Describir las lágrimas que la hermosa jóven derramó en su lecho por esta pasion que la sonrojaba, es imposible. Parecía que todos leian en su frente aquel amor que la conducia al delirio; pero á pesar de su vergüenza no podia dominarle.

Para colmar su dolor, para aumentar sus penas, Blanca conoció, ó por mejor decir adivinó, que no era correspondida. Ni una palabra tierna ni afectuosa habia recibido del Corsario, ni un obsequio, ni una galantería.

Y con efecto, el pirata, preocupado hondamente con la idea sombría que parecia perseguirle de continuo, no podia haber observado el cambio de la jóven, y Blanca se veia precisada á ocultar aquel amor, porque temia que se hiciera público, y fuera la primer persona que la despreciase el mismo hombre que adoraba tanto.

¡Oh pobres mujeres, que siempre tienen que ocultar ó disfrazar sus sentimientos, porque el pudor así lo exige! ¡Pobres mujeres, que tienen que sufrir el martirio de sentirse ahogar por los latidos de su corazón, sin poder decir ni una palabra al hombre que los provoca! ¡Pobres mujeres, que tienen que aceptar en silencio y sufrir callando la más crítica posicion de la vida, el más santo y puro anhelo del alma!

La mujer, toda ella sentimiento, tiene que obrar así. Se lo manda el pudor, y el pudor es su mejor escudo, y sólo puede alcanzar de sus luchas el consuelo de haber cumplido con sus deberes, de haber dominado al corazon, de haber vencido lo que es en el hombre invencible.

Y este consuelo no es ni pueril ni pobre. Es la tranquilidad de la conciencia lo que lleva consigo; la conviccion de haber cumplido con el más sagrado de los deberes. ¡Ay de la mujer que le olvida, y atendiendo sólo á la sensibilidad de su corazon, tiene la débil complacencia de descubrir el estado de su alma! ¡El mismo sér á quien ama, es el primero que la desprecia!

La hermana de Lanuza tenia la conciencia de sus deberes y ocultó aquel amor en lo más recóndito de su pecho. Cuando despues de luchar comprendió que no la era posible dominarle, se resignó con su triste destino, lloró mucho.... mucho, pero lloró en silencio, y en silencio sufrió tambien.

Pero tan continuada lucha mata el alma, y Blanca comenzó á perder el sonrosado de sus mejillas, el color de sus labios y la radiante expresion de sus ojos.

El pirata no dejó de observar aquella mudanza, pero lo atribuyó al pesar de verse léjos de su país y de su familia, limitándose á prestarla los más solícitos cuidados, cuidados que aumentaban el mal de la jóven en vez de disminuirle.

La misma sospecha que al Corsario asaltó al jóven Lanuza, por lo que rogó á Blanca que se volviese al lado de sus padres. Mas la jóven tenia energía para sufrir y callar, no para separarse del pirata, y se negó resueltamente, pretextando que era un padecimiento vulgarísimo que no tardaria en desecharle.

Esto, sin embargo, no fué así. El vulgarísimo padecimiento, como decia la pobre víctima, se fué agravando más y más, hasta que alarmó seriamente á su hermano y al Corsario.

Insistieron nuevamente en sus deseos, pero Blanca continuó negándose, por lo que el pirata, compadecido de ella, se ofreció á acompañarla en sus paseos por el jardin, con toda la frecuencia que sus asuntos se lo permitiese.

Desde luego comprenderán nuestros lectores que la medicina no dejaba de ser oportuna, y Blanca aceptó, aunque tardó mucho en decidirse; pero como aquella solicitud del Corsario no era hija de su amor, y aunque lo hubiera sido, quizás Blanca no le hubiera aceptado, la medicina surtió muy pocos efectos favorables, y el malestar y demacracion de la jóven iba haciéndose cada vez más visible.

Un dia.... Pero esto lo referiremos en otro capítulo, porque es preciso descansar un poco.

CAPITULO VI.

Un paseo á la luz de la luna.

Un dia (dos meses despues de la prision de los dos hermanos) Blanca se encontró bastante mala, y sólo á la caída de la tarde pudo dejar el lecho para aspirar la dulce brisa del crepúsculo, perfumada con el aroma de las flores.

La jóven, medio tendida en un canapé, colocado cerca de la ventana, miraba los plateados rayos de la luna, que empezaban á iluminar con su blanco resplandor las copas de los naranjos y limoneros. Blanca estaba pálida y enflaquecida, y vestia una sencilla túnica de raso blanco con encajes, y adornaba sus cabellos una corona de verbena.

Juan, su hermano, se paseaba de un extremo al otro de la habitacion conversando con su contramaestre Moya, completamente restablecido ya de sus heridas.

María se hallaba en la alcoba arreglando algunos trajes.

Reinaba en la habitacion el silencio, sólo interrumpido por el murmullo de la conversacion que seguian Lanuza y el contraamaestre.

Blanca, iluminada por los poéticos rayos de la luna, estaba encantadora, y su lánguida y dulce fisonomía la hacía parecer una fantástica vision.

De repente se abrió una puerta, y apareció en su dintel el Corsario.

—Perdonadme, señora, dijo dirigiéndose á Blanca, despues de saludar á Lanuza y Moya; he querido saber por mí mismo el estado de vuestra salud, y por eso me he atrevido á venir.

—¡Oh! gracias, le contestó la jóven con voz débil.

—Si permitís que os manifieste la segunda idea que me ha traído aquí, lo haré con vuestro permiso.

—¿Por qué nó, señor?

—Pues bien, prosiguió el Corsario. La noche está hermosísima, y la luna ilumina el jardin con sus rayos argentinicos. ¿Os sentís con fuerzas para dar un corto paseo por el jardin ó por el bosque? Sé que estais muy débil, pero si no rechazais mi brazo os lo ofrezco.

Blanca se ruborizó, porque era la primera vez que el Corsario la hablaba con tan tierna solicitud; y no atreviéndose á decidir por sí sola, miró á su hermano como pidiéndole consejo.

Lanuza comprendió aquella mirada.

—Teneis razon, dijo al Corsario. La noche está deliciosa y el paseo que proponeis á mi hermana quizás la haga mucho bien. Ya que teneis la bondad de ser su caballero, dadle el brazo. Moya y yo os seguiremos.

Blanca, convulsa de felicidad, se levantó, y apoyándose levemente en el brazo del Corsario Negro, salió con él de la habitacion, seguida de Moya y Lanuza.

El pirata condujo á sus prisioneros á un bosquecillo de naranjos. Lanuza y Moya á los pocos paseos tomaron asiento para seguir hablando con más comodidad, y entónces el Corsario se adelantó con la española unos veinte pasos y se detuvo tambien.

El cielo tenia un hermoso color azul, y el astro de la noche se ostentaba esplendoroso y magnífico, bañando la naturaleza con esa dulce luz que no puede el pincel reproducir.

Blanca, silenciosa y entregada á sus pensamientos, no habia abierto sus labios, y por fin exhaló un suspiro ahogado, que excitó la curiosidad del pirata.

—Señora, la dijo afablemente, vos suspirais, y suspirais con bastante frecuencia. ¿Os sentis mal?

—¡Oh! sí, exclamó la jóven conmovida. ¡Estoy muy enferma!

—¿Entónces para qué os habeis negado á consultar á Sidi-Mahomet? ¿No teneis confianza en sus conocimientos? Pues os aseguro que es en verdad un hombre de ciencia. ¿Por qué no habeis seguido mis consejos?

La hermosa jóven se encogió de hombros.

—No hay cura para mi enfermedad, dijo al Corsario. Mi padecimiento es del corazon.

El pirata la miró con sorpresa, y una leve sonrisa compasiva plegó sus labios, al mismo tiempo que decia á la jóven:

—¡Ah! señora.... en este momento comprendo vuestro dolor.

—¿Qué queréis decir?

—La enfermedad que os aqueja es moral.... y en verdad, señora, que he sido un torpe en no haberlo comprendido.

Blanca se estremeció. ¿Habria adivinado aquel hombre su secreto?

—¿Qué habeis pronunciado? le dijo mirándole fijamente. ¿Qué queréis decir?

—Perdonadme, señora; deseais volver á España.

—Os juro que nó.

—Sí, y deseais volver, porque en ella habeis dejado algun digno caballero que reina en vuestra alma, á quien habeis jurado amar siempre. Si esto es así, ¿por qué no aceptais mis ofrecimientos? Disponed de una de mis galeras y partid.

Blanca sintió una nueva herida y se sonrió con desprecio.

—Perdonad, dijo al pirata. Sin duda alejado del mundo y tal vez de las mujeres, habeis olvidado leer en sus ojos la verdad...

—Señora....

—Yo no amo á nadie.... á nadie, ¿habeis oído, señor? Me hizo el amor mucho daño y le temo....

—Tanto mejor, repuso el Corsario con cierto sarcasmo doloroso, tanto mejor si no amais.... El amor es una utopia, y sobre todo en las mujeres.

Blanca le miró asombrada, porque aquellas frases, bien poco galantes, dirigidas á una mujer, le revelaban el alma del Corsario mucho más de lo que habia descubierto de ella en aquellos dos meses. En la mirada de aquel hombre misterioso y extraño se leía un gran dolor, una desesperacion inmensa, infinita; sólo así se comprendian aquellas frases,

que habian brotado sin duda del corazon, á pesar de todos los esfuerzos de la voluntad.

Pero colocada ya en aquel terreno la española, no pudo contenerse.

—Señor, dijo por fin al Corsario, creo que os engañais completamente. Injuriais á las mujeres al creerlas incapaces de amar, es decir, de poder sentir. Creo que sólo puede amar con toda su energía el alma noble y sensible de la mujer; ella que tanto sacrifica á su amor, es la única capaz de comprenderle. El hombre es egoista, y ante el egoismo todos los sentimientos se disfrazan ó desaparecen.

El Corsario volvió á sonreirse con ironía.

—¿Decís, señora, dijo, que la mujer es noble y sensible?

—Sí.

—¿Y que ella sólo comprende el amor?

—¡Oh! sí.

—¿Y llamais egoista al hombre?

—Egoista y cruel como las fieras, prosiguió Blanca dejándose arrastrar por su entusiasmo. Egoista y cruel como las fieras, os he dicho, y ratifico mi frase. ¡Amor! ¿qué entiende el hombre por amor? Conseguir ó no conseguir. Obtener ó no obtener. ¿Puede el hombre imaginarse lo que sufre una mujer cuando ama? ¿Puede apreciar la lucha que se ve obligada á sostener casi siempre entre sus deberes y su pasión? ¿Conoce ni uno solo de los quejidos que exhala el alma enamorada de la mujer? Nó. Paga sus favores con desprecios; siempre tiene una disculpa para cohonestar su olvido; y si obtiene lo que desea, se cansa, y si no lo obtiene, se fastidia y la abandona. Este es el hombre, señor, el hombre que, segun decís, es el

único que sabe amar, el único que rinde culto en su alma al verdadero amor. ¡Ah! ¡cuán ciego estais! ¡Qué locura!

El Corsario miró á Blanca con la mayor extrañeza y como si le sorprendiese lo que oía. Luego la contestó con gravedad:

—Creo, señora, que juzgais al hombre con una manifiesta injusticia, y que le juzgais así porque no le comprendéis. De todas vuestras afirmaciones no puedo concederos más que una: la de que el hombre hace un comercio del amor de la mujer, debiendo hacer una religion. Pero el hombre es tambien engañado, vendido, sacrificado por la volubilidad y ambicion de su compañera, sin que le quede el derecho de quejarse, pues ni aún esto le es permitido.

—¡Ah! exclamó la española, veo que no conoceis el corazon de la mujer.

—Ni vos tampoco el del hombre, contestó el Corsario con fuego.

Blanca lanzó un suspiro.

—¿Qué teneis? la preguntó el pirata despues de un momento de silencio.

—Nada, señor, un triste recuerdo.... Si no temiera incomodaros, y ya que esta noche parece que estais más comunicativo, os referiria un episodio de mi vida en corroboracion de mis ideas.

—¡Qué decís!

—He sufrido mucho por el amor....

—Os creo, exclamó el Corsario: vuestras palabras respiran verdad y angustia; esa angustia cruel que sólo comprende el que tambien la ha sufrido.

—¿Tambien vos? repuso Blanca animándose progresiva-

mente. ¿Tambien habeis padecido uno de esos dolores que jamás se olvidan?

—Sí, señora, tambien, dijo el Corsario inclinando la cabeza con amargó desaliento.

—¡Ah! ya qué el cielo nos ha reunido esta noche.... confiémonos mutuamente nuestros dolores. Ahora comprendo que hay en vuestra vida algun secreto doloroso. Confiádmelo, no temais me burle de él.... Cuando se ha padecido lo que yo, siempre se respeta la desgracia.

—Señora, repuso el Corsario vacilando.

—¿Por qué vacilais?

—Perdonad.... estais débil y no debo excitar vuestra atencion con el relato de mis desgracias.

—¿Acaso no me creeis digna de saberlas? Entónces me callo. No quiero que atribuyais á una simple é imprudente curiosidad mi vivo deseo por conocer vuestra vida pasada. Callemos, pues, señor, y.... volvamos al palacio.

El pirata titubeó por un momento, y se puso delante de la jóven, como oponiéndose á que se retirase.

Despues, y viendo un banco de césped allí próximo, llevó á Blanca y la obligó á tomar asiento.

Hay momentos en la vida que el alma necesita expansion. Blanca y el Corsario estaban en uno de esos momentos. De palabra en palabra habian llegado casi á las confidencias, y el pirata sentíase impulsado á abrir su corazon á aquella noble jóven que le hablaba como jamás habia oido hablar á ninguna mujer.

—Os doy gracias, señora, la dijo, sentándose respetuosamente á su lado, por dignaros escucharme. Sí, tengo necesidad de confiaros mis dolores, como vos la teneis sin duda de

confiarme los vuestros. Permitidme ser vuestro amigo y suplicaros que me concedais vuestra amistad. Hablemos, señora. Vuestra sinceridad excita la mía, y no sabeis el bien que me haceis. Os lo diré todo.... todo.... mi odio á Felipe II, mi venganza, las causas que me han obligado á esta vida aventurera, todo os lo diré, señora, todo. Pero tambien me confiareis vuestras penas, ¿no es verdad, Blanca?

—Os lo he prometido y jamás faltó á mis palabras, exclamó la hermosa jóven con una verdadera alegría, y sintiendo que el soplo vivificador de la dicha consolaba su alma y la comunicaba mayores fuerzas.

—Pues bien, añadió el Corsario, ya os escucho.... Para revelaros toda mi vida, necesito que me animeis con el ejemplo. Hablad señora.

—Escuchadme.

CAPÍTULO VII.

Un recuerdo al pasado.

—Junto al castillo de mis padres, situado á dos ó tres leguas de Zaragoza, habia una quinta que pertenecia, hace veinte años, al señor Gonzalo Perez, secretario de Felipe II. Su esposa, digna y excelente señora, vivia en Madrid con su marido y un hijo que por aquella época contaba tres ó cuatro años más que yo; pero sus continuos padecimientos la obligaron á retirarse á su quinta por consejo de los médicos, y como su esposo no podia acompañarla, su hijo marchó con ella.

Esta circunstancia nos unió. Los niños simpatizan fácilmente, y un mes despues éramos excelentes amigos mi hermano, el hijo de aquella señora, Antonio Perez, y yo.

—¡Qué escucho! ¿El actual secretario de Estado compañero de Zayas?

—El mismo, señor.

—¡Ah! proseguí. Ya me son vuestros dolores doblemente interesantes.

Blanca lanzó un suspiro y prosiguió:

—En medio de todos los juegos comunes á los niños trascurrió nuestra infancia, hasta que llegamos á esa época de la vida en que el alma despierta á emociones más profundas y terribles.

Sin saber cómo, Antonio y yo nos amamos, y nuestro amor, que empezó con la adolescencia, iba adquiriendo raíces á medida que el tiempo trascurría. Entónces tuvimos que separarnos. El padre de Antonio le mandó llamar á Madrid para que siguiera los estudios, y poco despues partió de la corte para la universidad de Salamanca. ¡Con cuánto anhelo esperaba la época de las vacaciones para poder volverle á ver! ¡Cuán dichosa era cuando llegaba el dia de su vuelta al palacio, y salíamos á esperarle su madre y mi familia, y le veíamos aparecer en el horizonte! ¡Cómo palpitaba mi corazón en aquellos momentos y cuán intensa y leal era la mirada que amantes nos dirigíamos! Para colmo de nuestra dicha, sus padres y los míos aprobaban nuestro amor, y completamente felices, Antonio, no sé cuáles serían sus sentimientos, pero yo puedo aseguráros que no pensaba en el mañana. ¡Ay! cuando es el alma dichosa, la basta con el presente.

—Es cierto, señora, es cierto.

La hermana de Lanuza lanzó un suspiro y prosiguió:

—Así trascurrieron algunos años, y Antonio concluyó sus estudios, yendo á pasar una temporada al lado de su madre, cada vez más enferma, y de una hermana que Dios le habia concedido durante aquel tiempo.

Entonces empezaron mis inquietudes. Antonio era ya un jóven, y no sé por qué, su carácter se habia modificado, y se habia vuelto sombrío, severo, orgulloso. Ya no tenia para mí aquellas dulces confidencias que tan dichosa me hacian, ni me participaba sus proyectos, ni me comunicaba sus emociones. Decíame que me amaba como siempre, pero no era así. Algun tiempo despues pude ya convencerme de que el corazon de Antonio no latia por *su esposa Blanca*, como me llamaba en sus momentos de delirio; y cuando pasado algun tiempo volvió á Madrid, su despedida, aunque tierna y apasionada, me afectó mucho, porque me dió la medida de su amor. ¡Ay! no tardé en desengañarme. Poco tiempo despues, la madre de Antonio cayó enferma, y viuda de su esposo D. Gonzalo, llamó á su hijo, que habia sustituido á su padre en la secretaria de Estado, residiendo por este motivo en la córte. Antonio acudió como siempre, frio, ceremonioso, reservado, con un séquito digno de un príncipe.... La ambicion y la vanidad de la córte habian gangrenado su alma. Su madre le recibió como recibe una madre al hijo que va á ver por última vez, y á los dos ó tres dias, delante de mis padres y pocos momentos ántes de espirar, nos llamó á mi hermano y á mí, y reuniendo todas sus fuerzas, que eran las últimas de su vida, cogió mi mano y la colocó sobre la de Antonio, y despues la de Juan, dándosela á su hija Constanza. No sé si os he dicho que durante aquel tiempo la noble señora habia tenido otra hija, á quien puse en la pila Constanza, y de la que mi hermano está enamorado perdidamente. Pues bien, señor, prosiguió Blanca lanzando un suspiro al recordar aquella época de su vida, mis padres aceptaron los proyectos de la moribunda y dieron desde en-

tónces el nombre de hijos á Antonio y á Constanza. Despues de semejante acto, parecia imposible que ninguno de nosotros rompiese aquellos lazos, atreviéndose á deshacer lo que habia hecho una madre moribunda; pero Antonio Perez está perdido, y.... los rompió.

—¡Ah! esa conducta es muy digna de él.... Descansad, Blanca.... Esos recuerdos parece que os afectan demasiado.

—Os equivocais, señor, respondió la jóven fijando sus hermosos ojos en el rostro del pirata: os equivocais. He olvidado completamente á Antonio Perez, y ni un suspiro exhala por él mi pecho. Soy muy orgullosa.... perdono un insulto, una ofensa, tal vez un golpe; pero un desprecio, una traicion, nunca. Antonio Perez me olvidó por la pasión más miserable.... Antonio Perez se atrevió á pedirme cuentas de mi desvío acusándome de él; Antonio Perez ha pretendido sujetarme al dorado carro de su ambicion, sin comprender que Blanca de Lanuza no ha nacido para esclava, y su traicion y su desprecio han secado mi alma, y han borrado de mi mente hasta los recuerdos más queridos de aquel mi primer amor. El engreido secretario de Felipe II no me inspira odio, sino desprecio; se aborrece á un enemigo cuando es grande, y Antonio Perez no es digno de mi odio. Pero perdonad, señor, he interrumpido el hilo de mi historia, que deseo conozcais por completo. Hay momentos en que el alma busca las confidencias, y encuentra una dulce felicidad en comunicarse á otra alma.... Prosigo.

—¡Oh! sí, sí, proseguíd, señora, proseguíd.

Blanca continuó:

—A pesar de los ruegos de mi familia, y sobre todo de las súplicas de mi hermano, Antonio se llevó consigo á su

hermana para establecerse en la corte, y salió del castillo de mis padres algunos días despues. Desde entónces no he vuelto á verle. Un dia recibí una carta con sobre para mí, pero escrita á Doña Ana de Mendoza, y al leerla me desmayé. Aquella carta, que habia llegado á mis manos por una equivocacion providencial de los sobres, mató por completo mis esperanzas. En aquella carta se hablaba de amores, de intrigas, de sobornos.... hasta de crímenes. Antonio Perez se desataba en improperios contra el rey, porque, segun decia, le robaba el amor de aquella señora, y entre otras cosas, la aseguraba una y mil veces que su amor por Blanca de Lanuza habia sido una comedia y que podia vivir tranquila. ¿Comprendeis, señor, el efecto que me causaria esta carta?

—Sí. Continúad.

—Al principio lloré mucho; era el primer desengaño que recibia mi alma, y me abrumó. Siempre la primera herida es la más grave para el hombre de armas que empieza su carrera. Despues reflexioné, analicé la conducta de Antonio Perez, la comparé con la mia, y como soy muy orgullosa, comprendí que valia mucho ménos que yo, y la cólera dejó su lugar al desprecio. Guardé la carta y nada dije.

Al cabo de algunos días recibí otra, en la que el falso amante me hablaba de amor y de proyectos para el porvenir, indicándome como de pasada, que si habia recibido una carta suya para Doña Ana de Mendoza, se la devolviera, pues era el hilo de una intriga inocente. Mi silencio le obligó á escribirme otra vez, y luego otra y otra, hasta que viendo la inutilidad de sus misivas, me remitió una amenazándome con olvidarme si no le contestaba. Tampoco ob-

tuvo respuesta, y quemé esta carta como sus anteriores, á excepcion de la dirigida á Doña Ana, que guardo por si alguna vez la necesito.

Mi orgullo y mi dignidad se habian rebelado contra la torpe conducta de Antonio, pero no sin que el corazon se destrozase en la lucha. El huracan no pasa por la vega frondosa donde florecen los almendros, sin que estos se tronchen y se ajen.... Aquella terrible decepcion pasó por mi alma como el huracan.... Un velo sombrío cubrió mi frente, á semejanza de esas nubes precursoras de la tormenta que cubren el sol, y desde aquel instante dejé de sonreir y me vestí de negro. Mi alma habia quedado huérfana del alma que habia creído su compañera, y debia vestir de luto, que es el traje de la muerte.

Un año despues supe que Antonio Perez se casaba con Doña Juana Coello, y supe que se unia á ella sin amarla, para ocultar mejor sus amores con la princesa de Eboli, para engañar al rey, á quien tanto debia y tan ingrato era.

La noticia de su casamiento, debo deciros la verdad, señor, me afectó más de lo que yo creia. No podré explicar por qué, puesto que yo no confiaba en nada; pero es lo cierto que me hizo llorar, y la herida del corazon, no cicatrizada del todo, volvió á destilar algunas gotas de sangre. Por fortuna, no tardé mucho en dominar mi emocion, y puedo aseguraros que fué la última.

Despues, queriendo visitar la Italia, quise aprovechar el nombramiento de mi hermano para virey de Nápoles, y á pesar de las indicaciones de mis padres, creyeron sin duda que me convendria distraerme y que yo les proponia este

viaje con dicho objeto, y concluyeron por acceder, encargando á mi hermano que no me abandonase en ningun peligro.

Ya sabeis lo demás.

Ahora decidme si no tengo motivos para dudar de los hombres y de sus mentidas protestas, cuando uno, el que yo creia más leal que todos, me ha engañado de una manera tan infame.

—Es cierto, señora, pero vos misma lo acabais de decir. Os habeis confiado en un hombre creyendo que os sería leal; pero no lo fué, lo cual no quiere decir, ni prueba que todos los hombres sean desleales.

—Todos, señor, todos.

—¿Todos? exclamó el Corsario sonriéndose melancólicamente.

Blanca le miró por un momento, y en aquel instante hubiera dado cualquiera cosa por adivinar la intencion de aquella frase; pero no pudo contestarla, porque el Corsario prosiguió diciendo:

—Nada me sorprende, señora, cuanto me habeis dicho de Antonio Perez; hace tiempo que le tenia por un miserable, y veo que no me he equivocado. ¡Oh! ¡digno criado de tal amo! Os lo aseguro. Así únicamente comprendo el favoritismo de Perez y la armonía que parece reinar entre él y Felipe II, armonía que no es otra cosa más que la necesidad que tiene el vicio de asociarse al vicio para conseguir su perverso fin. Grandes han sido vuestros sufrimientos, pero ¿qué valen en comparacion de los míos? Oídme y grabad en vuestro corazon cada una de mis palabras, y despues juzgareis.

—¡Cómo! ¿habeis padecido más que yo?

—Mucho más, señora, repuso el pirata sonriéndose amargamente. Oidme, oidme y sabreis por qué me llaman el *Corsario Negro*, y por qué aborrezco tanto al rey Felipe, y por qué me vengo de él destruyendo todos sus buques. Yo tambien tengo necesidad de hablar, pero nadie más que vos, señora, sabrá mi vida, y confio en vuestra lealtad de que á nadie, ni aun á vuestro hermano, se la confiareis. Es preciso que el Corsario Negro continúe siendo un misterio para todos.

—Y lo será, exclamó la española anhelando conocer la historia de aquel extraño personaje. Os prometo guardar el secreto en lo más recóndito del corazon.

—Así lo creo, señora, y os doy las gracias. Oidme.

CAPÍTULO VIII.

Fernando.

El Corsario se quedó un momento pensativo, como para evocar y coordinar sus recuerdos, y despues de pasarse la mano por la frente, dijo á la hermana de Lanuza:

—Vos, señora, habeis tenido padres, hermanos, familia; sabeis de dónde venís y podeis referir á vuestros hijos los nombres y las hazañas de sus antepasados; pero yo no he conocido á mis padres, é ignoro por desgracia á quién debo la vida. Recien nacido fuí depositado en el convento de San Francisco el Grande de Madrid, dentro de una canastilla de juncos con un pergamino para el prior, que decia así:

«Reverendo Fray Luis: Cuidad de ese desgraciado niño, pues por él se ha cometido un crimen horrible. Dadle una educacion noble y que siga el estado eclesiástico, pues como jamás ha de conocer á sus padres, es el único que le conviene. Bautizadle, poniéndole los nombres de Fernando, Cárlos, Isidoro, y haced de él, con la misericordia del cielo,

un sábio y un santo como vos. En ese bolsillo va lo suficiente para que podais atender á sus necesidades, y ese anillo es lo único que le queda de su padre. Hacedlo por Dios, y que su misericordia os conserve siempre en su gracia.»

En efecto, en el canastillo encontró el prior una bolsa con mil florines y esta sortija.

El pirata sacó de un dedo una sortija y se la enseñó á la jóven.

Blanca la miró atentamente. Era un anillo de oro con armas como si hubiera servido para sellar; pero las armas estaban del todo borradas, y sólo examinándolo con atencion se notaba el pico de una águila que sostenia una rama de laurel.

La jóven volvió la sortija al Corsario, que la colocó en su dedo, y prosiguió diciendo:

—Como veis, señora, yo tengo motivos para quejarme desde el momento en que mis ojos se abrieron á la luz, pues mi pasado era el vacío ó el misterio, y Dios me condenaba á no saber nunca el nombre de mi madre.

El digno prior cuidó de mí con el mayor cariño hasta la edad de quince años, durante los cuales aprendí á leer y escribir el latin, el aleman, el italiano, el inglés y el francés. Mi protector, siguiendo las indicaciones que se le hacian en la carta, quiso inclinarme al sacerdocio, pero yo tenia una aficion tan decidida por la carrera de las armas, que supliqué encarecidamente al buen prior me recomendase á su sobrino Rafael de Lara, capitán de piqueros, para que me admitiese en su compañía. Por espacio de algunos años Fray Luis se opuso con toda la entereza de su carácter,

pero concluyó por ceder, y á los dieziocho años salí del convento, entrando como alférez en la compañía de su sobrino Lara.

Durante una temporada puedo aseguraros que fui dichoso. Entregado completamente á mi libertad, sin que nadie me lo estorbase, porque mi capitan me queria mucho, me entregué á los placeres del mundo con esa impetuosidad de los pocos años y de la sujecion del convento, siempre violenta para un jóven.

Rafael de Lara era viudo y tenia una hija educándose en las Huelgas de Búrgos, la cual vino al lado de su padre al año de estar yo con él.

La jóven Beatriz era encantadora, no tanto por su hermosura como por su gracia y juventud. Mi corazon de jóven, casi de niño, gracias á mi educacion y á la soledad en que habia vivido siempre, palpitó de emocion al ver sus encantos, y me enamoré de Beatriz como un loco, como un frenético. Hay en las primeras pasiones cierta impetuosidad y delirio, hija tal vez de la inocencia, que puede ocasionar tantos daños como la violencia en los sentimientos de un hombre, y yo amé á Beatriz con impetuosidad, con delirio. Además, yo nunca habia amado; no conocia ninguna de las dulces afecciones de la familia, y educado por una persona extraña, mi vida se deslizaba sin experimentar ningun afecto profundo, y por eso amé á Beatriz con una passion insensata, mezcla de todos los sentimientos que se hallaban comprimidos en mi corazon; la amé como hijo, como amante, como hermano. En ella deposité cuanto cariño puede encerrar el corazon humano, y tuve la inefable dicha de conseguir ser correspondido.

—¿Fuisteis amado por Beatriz? exclamó Blanca interrumpiéndole.

—Sí, señora.

—¡Ah! entónces vuestra alma se inundaría de luz, y al despertar por el sentimiento de su prolongado letargo, creeríais nacer á otro mundo más bello y más hermoso.

El pirata lanzó un suspiro y miró á la española.

—¡Oh! continuad, continuad, prosiguió ésta. No sabeis cuánto me interesan esos detalles.

El Corsario prosiguió:

—Como entónces era yo bueno, é ignoraba que la mujer es voluble, me apresuré á informar de nuestro amor al padre de Beatriz, el cual, noble y desinteresado, no se opuso, á pesar de que podía esperar para su hija un enlace más brillante, y me prometió casarme con ella de allí á un poco de tiempo.

El Reverendo Fray Luis aprobó tambien mi proyectado enlace, y me dijo que el dia que me casase me entregaria el bolsillo con los mil florines, los cuales conservaba intactos, no queriendo que jamás pudiera yo decir que me habia educado por interés.

Lara quiso entónces informarse de quiénes eran mis padres, pero sus pesquisas é indagaciones fueron inútiles; el más impenetrable misterio envolvía mi nacimiento. Convencido por fin de que nada podía alcanzar, desistió de su idea, y volvió á prometerme la mano de su hija, si era hombre honrado, para lo cual pensaba renunciar á mi favor su cargo de capitán de piqueros, segun cédula especial que tenia del rey.

Ya veis, señora, que todo parecia sonreir á mi felicidad

y que el destino, cansado de perseguirme, iba á proporcionarme un porvenir de ventura. Y con efecto, dichoso podia llamarme si conseguia la mano de Beatriz y lograba ser á los veinte años de edad capitan de una compañía; pero como todas las dichas son sueño cuyo despertar es horrible, la mia desapareció tambien, empezando mis desgracias por la muerte de Luis de Lara, que aconteció algunos meses más tarde. El noble capitan, ya moribundo, ratificó su promesa y bendijo nuestro matrimonio, entregándome la cédula de cesion á mi favor de su destino, firmada por Felipe II y por el secretario de Estado.

Con este motivo y á pesar de mis gestiones, Beatriz se retiró á pasar el luto en compañía de su tia la condesa de Medina, rica y noble señora, pero ambiciosa y vana como ninguna.

Nuestro enlace se difirió hasta pasado algun tiempo, á lo cual no tuve inconveniente en acceder, porque yo veía á Beatriz todos los dias en la casa de su parienta, no obstante la frialdad y descortesía con que siempre me recibia esta señora.

Algun tiempo despues, comencé á observar que siempre que se hablaba de nuestro casamiento delante de la condesa de Medina, la noble señora mudaba diestramente de conversacion; pero no me atrevia á pedirla explicaciones, tanto más, cuanto que Beatriz me tranquilizaba prometiéndome una y mil veces que no sería de nadie mas que mia, y que la condesa no se oponia á nuestra boda, aunque no era muy de su gusto.

Con tales promesas y esperanzas, yo, señora, que confiaba en Beatriz como en Dios, dejaba crecer y crecer mis

amorosos delirios, y lo mismo dormido que despierto, lo mismo en el campo que en la ciudad, sólo ocupaban mi mente ideas de sin fin ventura, de dicha inefable.

Así trascurrió un poco de tiempo, creo que dos ó tres meses, hasta que un día, impaciente de amor, me atreví á recordar su promesa á la condesa de Medina, manifestándola mi deseo de casarme con Beatriz lo más pronto posible. La orgullosa señora escuchó mis palabras con una sonrisa cuyo verdadero significado no comprendí entónces, y me aseguró que al finalizar el año del fallecimiento de Lara sería esposo de Beatriz.

¿Qué habia de hacer? Dióme tantas y tales razones, tan poderosas algunas de ellas, que ofrecí esperar ocho ó diez meses, y esperé. Cuando llegó el día tan deseado para mí, viendo que nada se me decía, dije á mi prometida que recordase á su tia la promesa que habia hecho, y así lo verificó, mandándome llamar la buena señora para participarme su oposicióñ al proyectado enlace, el cual era una locura, segun decía. Al verme engañado pedí explicaciones, y la condesa lanzó una carcajada; tratábaseme como á un chico ó á un necio, y me despedí de la noble condesa lanzando imprecaciones de cólera. Pero me esperaba el golpe más terrible. Aquel mismo día procuré y conseguí hablar con mi amante, que me recibió con una frialdad é indiferencia desgarradoras.

Creí volverme loco. El desamor de Beatriz era para mí la realizacion del más grande de los imposibles, y en medio de mi dolor me estremecí de espanto.

Trascurrieron algunos dias sin que á pesar de mis esfuerzos pudiese hablar á mi prometida. La ingrata huía de

mi, y al comprender yo que su amor habia desaparecido, al comprender que la soledad de mi vida volvía á aparecer en torno mio, sentí un amargo desaliento, como el que experimentaria sin duda el hombre que se encontrase solo en el mundo, y supiese que él sólo habia quedado con vida por disposicion del Eterno.

Pero mis desgracias empezaban entónces.

—¡Todavía más! exclamó Blanca conmovida.

—Sí, repuso Fernando con acento lúgubre y terrible, más, mucho más. Lo que os he referido hasta aquí, por triste, por doloroso que sea, no es repugnante ni infame; pero lo que aún me resta que deciros es más infame y repugnante que doloroso y que triste. Ya veis, señora, como mi vida es tambien oscura y lúgubre; pero dentro de algunos momentos acabareis de persuadiros que vuestros dolores son pálidas sombras al lado de los míos, y que si vuestro corazon se ha secado prematuramente, mi alma se ha envenenado ántes de tiempo. ¿Pero estais cansada, señora?

—¡Oh! nó, nó, seguid... proseguíd... Despues de la indiferencia de vuestra amada, poca impresion podria producir la desgracia mayor que os aconteciera.

—¿Por qué no, señora? ¿Ignorais que la progresion del dolor es indefinida, y que no cabe en la razon humana abarcar todas sus manifestaciones, toda su extension? ¿Ignorais que una desgracia sólo aparece como la más horrible miéntras no la sigue otra? ¡Ah! en medio de vuestros sufrimientos no habeis aprendido tanto, porque no es tanto lo que habeis sufrido. Esperad á oirme hasta el fin y juzgareis mejor.

Cierto dia, un amigo mio, compañero de armas, que conocia á Beatriz y sabía lo que habia pasado, me dijo reser-

vadamente que mi prometida tenia otro amante á quien la infame condesa de Medina acogia muy bien. ¡Pobre loco! No quise creerlo.... dudaba aún, y para convencerme empecé por vigilar la casa de la condesa. Al cabo de un mes de espionaje nada ví que justificase las sospechas de mi amigo; y ya iba á creer que éste, impulsado por su amistad, habia calumniado á Beatriz, cuando se me ocurrió que aquel supuesto amante á quien yo no habia visto, podia entrar de noche en la casa. Cambié las horas de mi espionaje, y á las tres noches mi recelo se convirtió en certeza, la noticia de mi amigo en una verdad, el desamor de Beatriz en una traicion inicua.

Un hombre embozado hasta los ojos en una capa negra y seguido de otros dos, entró en la casa de la condesa por una puerta, que abrió con una llave que sacó del bolsillo.

La puerta volvió á cerrarse, y yo me quedé solo. Solo nó, mi mente ardia y en torno mio parecian bailar mil fantasmas ensangrentados, que se reian de mí y que me señalaban con sarcásticas carcajadas la cámara de mi prometida profanada por otro hombre. Cuando el delirio me trastornó por completo; cuando mi cabeza, hecha un volcan, ya no podia raciocinar ni sujetar ningun pensamiento, escalé el jardin de la casa y entré en el patio; ya en él, subí por un balcon apoyándome en el tronco de una higuera, y recatándome como un ladron, me encontré en un estrado, que atravesé hasta ir á parar á una galería. Aquel terreno me era ya conocido, y me detuve para respirar. Al cabo de un momento de expectativa, cuando ya trastornado completamente iba á dirigirme á las habitaciones de Beatriz, oí voces en una de las cámaras próximas. Era la condesa de Medina, que

hablaba con dos hombres, los cuales eran sin duda los acompañantes del misterioso galán. ¡Oh! no sé lo que sentí al oírlos....

Ya no me quedaba duda. Beatriz me engañaba, amaba á otro... Apreté mi abrasada frente con ambas manos, porque tenia calentura, y sin saber lo que hacía, como obedeciendo á una inspiracion más fuerte que mi voluntad, salí de la galería, bajé al jardín, cogí una escalera de mano que usaba el jardinero para podar los árboles, la arrimé á la ventana de la cámara de Beatriz, que yo conocia, y subí resueltamente por ella, con la espada desenvainada cogida entre los dientes.

Al llegar á la repisa de la ventana me detuve... oí un leve murmullo, hablaban en voz baja; pero aproximé el oído á la ventana, y miré y escuché....

Beatriz estaba allí, más hermosa que nunca, y vestida con un lujo deslumbrador... Beatriz estaba allí sentada en un diván al lado de un hombre cuyas facciones no podia distinguir, porque se las ocultaba la sombra circular que proyectaba la pantalla de una magnífica lámpara de pórfito que alumbraba la habitacion, pero cuyo traje era de terciopelo negro bordado de perlas y diamantes.

Mi amada le sonreía y le decía palabras amorosas. ¡Oh! pálido de rabia, furioso de celos, oí sus frases amorosas y sus protestas de cariño. ¡Qué cúmulo de infamias! Ya no podia quedarme la menor duda.... aquella mujer que yo habia querido hacerla mi esposa, estaba deshonrada é envilecida.... era la manceba de aquel hombre....

Loco ya, un vértigo pasó por mi mente, y sin saber lo que hacía ni lo que podia resultar, aparté la cortina, empu-

¡Jé las persianas, salté sobre la ventana y me precipité en la habitación con mi terrible espada en la mano.

Beatriz exhaló un grito y se desmayó al reconocermela. El hombre se levantó y echó mano á su daga. Entónces mis ojos se fijaron en su horrible fisonomía, en su rostro de hiena, y le reconocí.... Era Felipe II.

—¡El rey!

—El rey, señora, vuestro rey.... Entónces dejé caer la espada, y como un demente volví á la ventana, salté al jardín y eché á correr, llegando á mi casa delirante, loco, con una fiebre ardiente que me tuvo un mes postrado en el lecho.

Y el Corsario inclinó sobre el pecho su cabeza, y lanzó un suspiro, que era mas bien un rugido de venganza.

La hermana de Lanuza, aterrada, sobrecogida por su acento, por el torrente de sus palabras, no se atrevió á interrumpirle, y le miró con una expresion dulce y benévola. Blanca iba ya creyendo que efectivamente sus desgracias habian sido muy inferiores á las del Corsario, y sintió por éste una verdadera compasion.

Fernando, por último, levantó la cabeza, y continuó diciendo:

—Beatriz, señora, habia sido mi único cariño, y al verla impura, deshonorada, convertida á mis ojos en un sér despreciable, sentí ese amargo veneno del desengaño que se filtraba en mis venas y emponzoñaba mi sangre; porque como ya os he dicho, Beatriz no era para mí únicamente la amante, lo era todo, y el desengaño heria tambien á todo. Por eso al cabo de los años, cuando la reflexion pudo obrar, aborrecí á la mujer en Beatriz y desprecié por una á la especie entera. Es verdad que yo habia colocado á aquella mujer por encima

de todas, como un mitho, y mi odio fué por lo tanto universal.

Muy pronto Beatriz de Lara atrajo la atención de la corte como amiga del rey, y me sentí lleno de vergüenza por haberla amado. Creyendo que mi voz y mis consejos podrian volverla al buen camino, me presenté un dia á ella en el suntuoso palacio que habitaba, regalo de un rey libertino, y allí reproché su conducta; pero me oyó impasible. Aquella mujer tan pura se habia convertido en una Mesalina.

El Corsario calló, y Blanca, creyendo que habia concluido, le dijo afectuosamente:

—Grande y terrible fué vuestro desengaño, pero habeis sido injusto con las pobres mujeres al suponerlas á todas capaces del delito de Beatriz.

—Es posible, señora.... pero sólo vos me habeis convencido de lo contrario.

—Sólo yo....

—Sí, Blanca; pero permitidme concluir, aún no he concluido. Todavía no lo sabeis todo.

—¿Hay más?

—Hay la gota de agua que la hace derramarse en el vaso que la contiene; hay ese exceso de crueldad en la suerte que arranca las creencias y vuelve al hombre ateo en religion y excéptico en sentimiento; hay ese algo más, que la mente no puede justificar ni prever nunca, porque es como una monstruosidad de la desgracia.

—¡Dios mio! Me haceis temblar, señor.

—Beatriz no pudo perdonar mi atrevimiento, y se vengó cruelmente.

—¿Tuvo valor para vengarse?

—Y de un modo horrible.

—¡Oh! esa mujer es inicua.... Su venganza es su mayor delito.

—Nó, es sólo el complemento de sus delitos. Aquella misma noche fui preso y conducido á un castillo por orden del rey. Cuando salí de él era ya viejo.... habia estado preso diez años.

—¡Diez años!

—Sí, señora, diez años dia por dia. ¡Ah! en este tiempo se fué amontonando en mi corazon la más amarga hiel, y en mi alma la venganza contra el rey, que abusaba de su poder de una manera tan inicua. Tuve algunos momentos furiosos en que me arrancaba los cabellos, desesperado moridia los hierros de mi prision y juraba una venganza implacable al rey hipócrita y perverso; pero aquellos ratos fueron cada vez ménos frecuentes, hasta que sólo quedó en mi alma como una luz sombría el deseo de la venganza.

—¡Qué diez años, señora! ¡Qué suplicios y qué tormentos en este tiempo! No me dí la muerte, porque siempre he creído que el suicidio es la más grande de las cobardías, y la esperanza de vengarme me alentaba.

A los treinta años y diez de prision, pude escaparme con el carcelero, á quien llegué á dominar, y que es Peruginó, uno de mis más fieles servidores.

Quando me ví libre, mi primer cuidado fué informarme de la suerte de Fray Luis, mi protector y mi maestro.

El noble anciano habia muerto agobiado de pena por la deshonor de su sobrina y mi prision, y Beatriz tambien habia muerto desesperada al verse olvidada por el rey, que ya en aquella época amaba á la princesa de Eboli. En cuanto

a la vieja condesa causa de todos estos males, el mismo Felipe II la habia desterrado de la corte, despues de haber lanzado sobre su frente el estigma de la reprobacion.

Entónces, al ver que sólo vivia el tirano monarca, á él circunscribí mi odio y juré vengarme.

El Reverendo Fray Luis habia dejado para mí depositada en manos seguras una fortuna regular, y con ella armé una poderosa galera, y acompañado de Perugino, me hice á la vela para el golfo de Nápoles y me trasformé en pirata.

Desde entónces empecé á ser la pesadilla del rey, y en un año que llevo pirateando, le he arrebatado muchos millones, que he dado á los pobres, á las iglesias y á los conventos. Hoy soy poderoso y temible, dispongo de dos galeones, seis galeras y cuatro galeazas.

Mi venganza sigue y seguirá.... por ella vivo, por ella aliento.... ella me sostiene y me da fuerzas. Pero no estoy satisfecho todavía. En el reino de Nápoles tengo muchos amigos dispuestos á ayudarme, y espero un gran golpe de mano para hácerme dueño de la Sicilia.

Ya verá ese perverso rey de lo que es capaz el Corsario Negro, ya que por él he perdido mi tranquilidad, mi reposo, mi porvenir y hasta mi vida, porque no es vivir como vivo yo. Ved pues, señora, cómo he sido mucho más desgraciado que vos. Ved por qué me encuentro, jóven aún, convertido casi en un viejo; vez por qué odio á Felipe II, y por qué soy pirata, y por qué persigo sin piedad á todos los buques reales.

He conságrado mi vida á una venganza justa, ¡y por Dios que he de verla satisfecha!

El Corsario calló fatigado, y Blanca le miró compadecida.

CAPÍTULO IX.

Consejos infructuosos.

Después que el Corsario hubo concluido su narracion, reinó un momento de silencio, porque ni él podia hablar, afectado hondamente con el recuerdo de sus desgracias, ni Blanca se atrevia á interrumpirle, porque creia debia respetarle. Por fin, el pirata se pasó la mano por la frente y miró á la española.

Entonces ésta se atrevió á hablarle.

—Fernando, le dijo con su más dulce acento, vuestra historia es desastrosa y terrible, y os sobra razon para quejaros de las mujeres y aborrecer al rey. Mas permitidme daros un consejo.

—Hablad, Blanca; sois un ángel, y nada podeis decirme que no sea bueno y santo.

—Pues bien, ya que me creéis buena, oidme. No debeis, amigo mio, entregaros á esos horribles planes de venganza,

porque la venganza es la pasión más terrible, y si todos los ofendidos se vengasen, no habría sociedad posible, no existiría el mundo. Nó, Fernando, nó. Dejad al Omnipotente el cuidado de castigar al malvado. No queráis usurparle sus atribuciones castigándole por vuestra propia cuenta, y recordad aquel precepto divino *«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»* ¿Creeis que Dios deja sin castigo á los perversos? Nó. El que causa algun mal es al fin castigado. Dios pesa y mide los sufrimientos de los que padecen, y por ellos castiga al que injustamente los ha causado. Dejad, pues, vuestra venganza, yo os lo ruego, y acordaos de Fray Luis, que os diría lo mismo si viviese. Haced como yo.... vengaos despreciando y compadeciendo á los que os hicieron sufrir, porque ¡ay de ellos! Dios los ha medido ya con la vara de su justicia.

Y al hablar así Blanca, elevaba al cielo sus hermosos ojos, en cuyas puras pupilas se reflejaba el rayo de la luna, asemejándola á una de aquellas profetisas de la antigüedad, que veían con los ojos del alma los futuros sucesos, y lloraban tristemente las desgracias que iban á caer sobre sus hermanos.

Fernando se estremeció por una emoción inexplicable, pero movió á un lado y á otro la cabeza en señal de duda y de incredulidad.

—Nó, Blanca, nó, dijo á la española. Vos sois mujer y por eso habláis así. A la mujer, cuando se la ofende, sólo le queda el triste recurso de sus lágrimas, pero el hombre no puede llorar y necesita vengarse.

—¡Cuánto os engañais! ¿Creeis que la mujer no puede vengarse acaso porque es débil? Pues su misma debilidad le

puede proporcionar más ocasiones. Yo misma, si el día en que me ví tan infamemente engañada por Antonio Perez hubiera querido vengarme, ¿habría tenido más que mandar al rey la carta que yo habia recibido dirigida á la princesa de Eboli? ¿No hubiera sido esto la perdicion de mi rival y de mi amante? Ciertamente que sí; ¿pero sería yo más venturosa? ¿habría detenido por eso la rueda de mi destino? No en verdad: mis sufrimientos habrían sido los mismos, y si el mezquino placer de la venganza podia alegrarme algo, sólo lo sería por algunos momentos; despues perdía ya el derecho de quejarme, porque el que se venga se ha hecho ya justicia y no tiene derecho á pedir más.

—Sin embargo, señora.....

—Dejadme proseguir, continuó Blanca inspirada. Vos quereis vengaros de Felipe II, que es vuestro enemigo, y para vengaros de él teneis que sacrificar muchas víctimas que ningun daño os han hecho. ¿Qué diríais si todos los deudos de los soldados y marinos que caen bajo el filo de vuestra espada quisiesen vengarse de vos y os persiguiesen como á un hombre que les arrebatara la vida de sus hermanos sin que estos le hubiesen ofendido? ¿No estarian en su derecho, segun vuestras ideas? Ciertamente que sí; y ¿qué sería entónces el mundo si todos pensasen lo mismo? ¡Ah! contened vuestros deseos de venganza.... deteneos en su resbaladiza pendiente.... no tenteis á Dios.... Todavía podéis ser feliz, Fernando; echad una mirada en torno vuestro, quemad vuestra horrible bandera y pedid á Dios perdon por el daño que habeis hecho á sus criaturas.

—Señora.....

—Aún no he concluido, prosiguió Blanca, mirando cada

vez más afectuosamente al Corsario. No creais que yo pienso así por necesidad, nó. Si me hubiese querido vengar de Pérez, no me hubiera faltado resolución ni valor. No me he vengado, porque odio la venganza, porque creo que es un delito, un crimen tan grande como el que se desea castigar con ella, y me ha aterrado siempre la idea de colocarme al nivel del agresor, dándole derechos para quejarse, y quizás para quejarse con justicia. Además, la venganza es como la piedra arrojada por una honda: lanzada al espacio, es difícil saber á dónde irá á parar; y creedme, pero debe ser muy triste precipitarse en el abismo del odio para vengar una ofensa, y despues de vengada mirar el camino recorrido y hallarle cubierto de sangre.

Blanca guardó silencio, y viendo que el pirata nada la decia, se sonrió con aire de triunfo.

—¡Oh! amigo mio, le dijo, convenceos de mi razón y dejad de perseguir á los servidores de Felipe II.

Fernando alzó la cabeza y la contestó tristemente:

—¡Perdonar á ese infame rey que tanto daño me ha hecho; que perdió y deshonoró á la mujer que yo amaba, convirtiéndola en un sér despreciable, y que no satisfecho todavía, me tuvo en una prision diez años.... que fueron diez siglos de tormento!... Nó... jamás.... Es imposible.... Os admiro, Blanca, pero no puedo imitaros.

—¿Y por qué?

—Sin duda porque no lo quiere el cielo.

—¡El cielo decís! ¡Ah! no insulteis á Dios.... Mirad, añadió indicando al pirata la estrellada bóveda del cielo, mirad, Fernando.... Dios os habla por boca de una débil mujer. ¡Dejad, dejad esta vida! ¡no más venganzas.... no más san-

gre, no más horrores!... ¡Bastantes inocentes han perecido, y vos sois responsable de sus vidas!

La actitud de Blanca era noble y enérgica. Su bella figura, iluminada por la luna, sus cabellos agitados por un débil vientecillo, todo en ella inspiraba en aquellos momentos veneración y respeto.

El Corsario se encontró subyugado, y contestó con acento grave:

—Teneis un encanto irresistible para convencer. Al oiros comprendo que os interesais por mí como una amiga verdadera, y quiero demostraros que soy capaz de la virtud desde hoy....

—¡Cómo, cedéis!

—Sí, Blanca.... no más venganza.... no más sangre....

La hermana de Lanuza iba á caer de rodillas para dar gracias á Dios por el triunfo que su palabra habia conseguido, cuando se oyó una gritería inmensa, y una multitud de piratas se presentaron en el jardín dando voces de muerte.

La española se levantó estremeciéndose, mientras que Fernando se adelantaba grave y firme á recibir á su, al parecer, sublevada gente.

—Capitan, exclamó el que los capitaneaba, que no era otro que Bertuccio, ¡venganza! ¡venganza!

—¿Qué es esto? ¿Qué os conduce así? ¿Qué ha pasado?

—Señor, exclamó Perugino, vengo de Madrid: los infelices San Pietro y Belonaro han sido públicamente ahorcados por mandado de Felipe II. Yo mismo he leído los carteles que les pusieron en las espaldas, los cuales decían que aquellos traidores bandidos estaban ya castigados, y que lo mis-

mo haría la ley con su jefe el malvado Corsario Negro.

El pirata se puso lívido de cólera al oír esta noticia.

—¡Bien por Dios! exclamó impetuosamente. Ese rey perverso é hipócrita me desafía y no cede; pues bien, acepto el reto y veremos. ¡Venganza! amigos míos, prosiguió con mayor ardor. ¡Guerra á muerte al rey hasta que nos apoderemos de la Sicilia, ó todos caigamos en su poder. ¡Ah! guerra interminable.... ó tú ó yo, Felipe II.

Blanca se estremeció, porque adivinó que sus buenos consejos eran ya perdidos, y que aquel hombre tan noble y desgraciado iba á precipitarse de nuevo, con aquella noticia, en el torrente fatal de la venganza.

Lanuza y Moya, enterados ya de la fatal nueva, se presentaron aterrados, pues aunque de gran valor, temían el primer ímpetu de la cólera de los piratas.

El Corsario Negro se repuso, y dijo con tranquilidad volviéndose á sus servidores:

—Amigos míos, San Pietro y Belonaro han sido cobardemente asesinados, como acabais de saber. Yo os juro que su sangre será terriblemente vengada. En Nápoles tenemos gente que nos ayudará: á Nápoles, y dentro de ocho días. Preparémonos para luchar hasta que vencamos ó muramos todos; caiga en nuestro poder el reino de las Dos Sicilias, y despues ya veremos quién se atreve con nosotros.

Mil aclamaciones de alegría respondieron á Fernando, mas Perugino impuso silencio y prosiguió:

—Capitan, apruebo en nombre de mis compañeros vuestro proyecto, pero no he concluido todavía.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Bastante, señor.

—Pues acaba pronto, le dijo ya no val el cristall bou

—El rey D. Felipe II no se ha contentado con mandar ahorcar á nuestros compañeros, sino que sabiendo la derrota y prision de D. Juan de Lanuza, ha nombrado al duque de Alba gobernador de las Sicilias con una poderosa escuadra, y á estas horas ya se encontrará en Nápoles. Su principal misión es la de apoderarse de vuestra persona. Felipe II cuenta ya segura vuestra derrota, y se regocija al creer que el terrible duque de Alba va á haceros prisionero.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios del Corsario, mientras Blanca se estremecía de terror al oír aquellos preparativos para destruir al pirata.

Moya y Lanuza continuaban impasibles junto á Fernando.

—Muy bien, magnífico, exclamó el Corsario con cierta satisfaccion orgullosa. El rey D. Felipe me da la importancia que merezco, y me hace comprender que no ignora la clase de enemigo á quien se prepara á combatir. ¡Conque el gran duque de Alba, ese hombre que durante tantos años ha sido el terror de los flamencos; ese hombre que mandó matar al noble Egmony, que hizo correr la sangre á torrentes en los Países-Bajos; ese hombre que tuvo el inaudito descaro de mandar hacer su estatua á costa de los flamencos y colocarla delante del castillo de Amberes (1), ese hombre es el destinado á batirme! Muy bien, no le conozco, pero le aborrezco por sus crueldades y su orgullosa tiranía. No le temo.... le desprecio. Quizás venga á combatirme para caer en mi poder.... ¡ah! si ésto sucediera, habia de enviar

(1) Histórico.

su cabeza al rey Felipe en una caja de plata. Lo dicho, amigos míos.... á Nápoles dentro de ocho días; veremos cómo la defiende ese orgulloso general que tanta fama ha alcanzado. ¡A Nápoles!...

—¡Viva nuestro noble capitán! exclamó entusiasmado Perugino.

—¡Viva el Corsario Negro! gritaron sus compañeros, arrojando al aire sus sombreros y sus gorras.

—Gracias, mis buenos amigos, contestó Fernando, sin que su rostro demostrase la más pequeña emoción por aquella ovación tan completa, gracias; confiad en mí y no dudeis que serán vengados, y bien terriblemente, os lo aseguro, vuestros desgraciados compañeros.

—Bien pronto podemos empezar nuestra venganza, exclamó Bertuccio, señalando á los dos hermanos y á Moya. Matemos á nuestros prisioneros como Felipe II mata á los suyos.

—¿Qué intentais? gritó el Corsario.

—Nada, señor; las represalias están permitidas en la guerra... sangre por sangre, vida por vida.

Y al decir esto sacó su cuchillo, y se aproximó á Lanuza y Moya seguido de sus compañeros.

Moya y Lanuza retrocedieron dos pasos; el primero pálido de terror, el segundo impassible como una estatua. Blanca palideció tambien, y sus ojos se fijaron en el Corsario.

Fernando, siempre impassible y sereno, se colocó delante de sus prisioneros y sacó su daga, única arma que llevaba consigo en aquel momento; describió con ella un círculo rápido, y dijo á Bertuccio, que se colocó á su alcance:

—Cuidado, amigo mío; vas á herirte sin que sea mi voluntad hacerte daño.

Esta maniobra contuvo á los amotinados piratas, que formaron un semicírculo delante de su jefe.

—Capitan, exclamó uno de ellos, eso no es justo. Dejadnos matar á esos españoles, ya que sus compatriotas han ahorcado á nuestros dos amigos.

—Sí, sí, dijo otro. Bertuccio lo ha dicho.... vida por vida.

—¡Matarlos! ¡matarlos!... ¡Mueran! ¡mueran!

—Si os empeñais, exclamó el pirata echando fuego por los ojos al verse desobedecido, no os lo impediré porque sois muchos, pero os advierto que mi brazo es fuerte y mi acero mortal. El primero que se aproxime lo irá á contar al otro mundo y no será el único que caiga.

—¿Es decir que estais decidido á defenderlos?

—Decidido á que paseis por mi cadáver ántes de que llegueis á tocarlos.

La actitud imponente del Corsario.... el acero que brillaba en su mano, su fuerza hercúlea, su decision, su serenidad, desarmaron á todos los piratas, que permanecieron inmóviles y con respetuoso silencio.

Algunos se retiraron, y otros envainaron y ocultaron sus armas.

Fernando, siempre tranquilo, guardó tambien la suya y dijo á su gente:

—Amigos míos.... íbais á cometer un asesinato y arrojar sobre vuestras cabezas una mancha indeleble, deshonorosa.... Eso hubiera querido el rey de España para tener algo de que acusaros.... Nó, nó, amigos míos; los servidores del Corsario Negro no deben ser asesinos, y ménos

asesinos de mujeres y de hombres indefensos que valen tanto por su valor como nosotros. Demos al infame rey el ejemplo en nuestra conducta, que vea el mundo entero que respetamos como sagradas las personas de nuestros prisioneros cuando nuestros enemigos sacrifican despiadadamente á los nuestros que caen en su poder, y confiad en que nuestra justicia adquirirá prosélitos y nuestro nombre no será maldecido. En el momento del combate la defensa es propia, pero despues de la victoria, ni una gota de sangre debe deramar el vencedor. ¡Cómo! ¿Queriais hacer lo que hace Felipe II, lo que hace el duque de Alba?

—Perdon, capitan, exclamó Bertuccio con respeto. La ira nos habia trastornado; castigadnos si lo creeis en justicia.

—Nó.... retiraos; y tú, Bertuccio, y tú, Perugino, preparad todo lo necesario para la expedición.... Ya os lo he dicho, ántes de ocho dias á Nápoles: el duque de Alba nos estará esperando, y es descortesía hacerle aguardar mucho.

Despues de dichas estas palabras, los piratas volvieron á dar vitores á su digno capitan, y se retiraron con Bertuccio y Perugino á la cabeza.

Nuestros personajes volvieron á quedarse solos.

—Gracias, señor, dijo Lanuza á Fernando. Nos habeis salvado por segunda vez la vida, y estad seguro de nuestro reconocimiento.

—He hecho lo que he debido hacer. Soy esclavo de lo que creo mis deberes. Si no lo hubiese creido así, estad seguro que habria dejado á mi gente consumir su venganza en vuestras personas.

Y volviéndose á Blanca, añadió:

—Señora, siento este acontecimiento, porque ha debido asustaros.

—¡Oh! nó, le replicó la española. Me ha conmovido, porque nunca me habia hallado en una situacion semejante; pero os aseguro que me ha sido doblemente satisfactorio.

—¿Satisfactorio?

—Sí en verdad.... Nos habeis dado otra prueba de vuestros nobles sentimientos.

Y bajando la voz, le dijo casi al oído:

—Gracias, Fernando; sois más grande de lo que yo creia.

El pirata lanzó un suspiro de inmenso placer al escuchar aquel especie de aparte, y feliz, como no lo habia sido hacia diez años, dió su brazo á la española, y la dijo con voz que procuraba hacer serena:

—Venid.... Os habreis afectado alguna cosa, y debemos descansar.

Y volviéndose á Moya y Lanuza, prosiguió:

—Venid tambien y tranquilizaos. Mi gente me respeta porque me ama.... A mi lado estais tan seguros como si estuviérais en Madrid; nada temais.

Moya y Lanuza le siguieron.

CAPÍTULO X.

Los dos hermanos.

Aquella noche ninguno de los dos hermanos pudo dormir. Juan de Lanuza la pasó toda ella leyendo y releiendo una carta que Perugino le habia llevado de su amada Constanza, la hermana de Antonio Perez, y el pobre jóven, que amaba á su prometida con la impetuosidad de la primera pasion, sentia un dolor infinito al verse separado de ella, y más aún al presentir que su detencion por el Corsario se prolongaria mucho tiempo, gracias á la escena ocurrida aquella misma noche.

Además, la conducta de Felipe II empezaba tambien á disgustarle y parecerle cruel y egoísta, porque preferia satisfacer su venganza en los dos servidores del Corsario que tenia en su poder, á salvar la vida á uno de sus más fieles vasallos que habia derramado su sangre por obedecerle y que sufria una triste prision por su fidelidad y patriotismo.

Esta idea que se apoderó del joven disminuyó mucho el entusiasmo que le inspiraba el monarca, empezando á sentir por el Corsario Negro una verdadera admiracion al verle tan noble, tan digno, tan justo.

Sumido en estos pensamientos, que no podian ménos de herirle, porque afectaban á su amor y al respeto que sentia por el rey, vió entrar por la ventana de su cuarto los primeros albores del dia sin haber podido cerrar los ojos.

Entónces se levantó, llamó á su paje, y pasó á la cámara de su hermana para darla los buenos dias segun tenia de costumbre.

Con gran admiracion suya encontró á Blanca ya vestida y contemplando, sonriendo, desde la ventana de su habitacion, el bosquecillo de naranjos y limoneros del jardin, cuyas flores de azahar perfumaban el ambiente, llevando al alma una sensacion de dulcísima dicha.

Juan no esperaba ciertamente encontrar á Blanca ya despierta, pero ménos esperaba ver en su rostro los colores de la rosa y en sus labios los del clavel, cuando la vispera se hallaba enferma y pálida, y los sucesos de la noche anterior no habian sido en verdad muy á propósito para devolverla la salud y los colores.

¿Pero por qué este cambio? Vamos á decirlo.

Durante aquella noche, Blanca se agitó inquieta en su lecho, sin que el sueño viniese á cerrar sus párpados. La enamorada joven, al saber la historia del Corsario; al recordar las nobles cualidades de aquel hombre tan hermoso como digno, el amor que ya hacía estremecer su pecho tomó proporciones gigantescas y terribles. El alma de Blanca, grande, ardiente, impetuosa, no podia amar sino de un modo

también impetuoso y ardiente, y recordando uno por uno todos los sucesos que Fernando la habia referido y todas las palabras que habia pronunciado, sintió un vehemente deseo de conseguir su amor para sacarle de su vida aventurera é infame, redimiéndole con su cariño y haciendo de él un completo caballero.

Ante esta idea, Blanca no se avergonzaba ya de su cariño al Corsario, porque encontrábase rehabilitada á sus propios ojos, puesto que si es verdad que amaba mucho, también lo es que el objeto de su amor era digno de ella. Sólo en la vida de aquel hombre habia una mancha, una especie de nube oscura.... su odio al rey y su venganza, á la cual sacrificaba todos sus más bellos sentimientos. Pues bien, Blanca se proponia con su amor desvanecer esta nube, borrar esta mancha; y entónces ¿qué caballero de Aragon ni Castilla podria igualarse en nobleza y en sentimientos al Corsario? Ninguno seguramente: la hermana de Lanuza no debia por lo tanto avergonzarse ya de su amor, y no se avergonzaba.

La enamorada jóven oró y lloró aquella noche para que su amor fuera correspondido por el Corsario, y oidos sus consejos, apartarle de su vida de aventuras y hacerle desistir de su implacable y terrible venganza; oró y lloró, decimos, hasta que llena de fé y de esperanza se quedó dulcemente dormida.

¡Ah! ¡qué imágenes tan dulces la sonrieron en su sueño! ¡Sin duda los ángeles alados de Dios, mensajeros invisibles de su bondad, acariciaron y acompañaron aquella noche á Blanca revelándola con su misterioso lenguaje el porvenir más hermoso que puede soñar la fantasia!

Tan sólo el alma de la mujer es capaz de esas sublimes abnegaciones ante las cuales el hombre siempre retrocede. Allí donde hay dolor, ella se presenta á mitigarlo; allí donde hay un sufrimiento, sus lágrimas son las primeras á consolarle; allí donde hay una deformidad moral, allí se presenta solícita á curarla con sus dulces y amorosos consejos, ó á ocultarla con esa exquisita delicadeza que jamás el hombre comprenderá como debe.

La jóven, herida de muerte por el indigno proceder de Antonio, habíase comprometido á no amar nunca; pero al encontrar un hombre más desgraciado que ella, y noble como ella, y digno de ser feliz, olvidó su propósito, dió alas á su corazón, campo á su mente, y amó á aquel hombre para hacerle feliz, y sobre todo para volverle al camino de la virtud haciéndole olvidar su venganza, es decir, para trasformarle por completo, para redimirle, como decia en su dulce y apasionado lenguaje.

Fortalecida con este pensamiento, ya no temió á la muerte, que podia separarla de Fernando, ni se la ocurrió que el jóven pirata podia no amarla; pues tal era la fé y la esperanza que tenia en su proyecto, que no dudaba poder conseguirlo.

Además, Blanca estaba dispuesta á todo; á no retroceder ante ningun sacrificio, por doloroso que la fuera, á excepcion de su honor, pues virtuosa y altiva, ántes se dejaria morir que arrastrarle por el lodo, no pudiendo comprender en sus rígidos principios que hubiera mujeres tan despreciables que se olvidasen de él y sin él pudiesen vivir.

Como el alma humana tiene algo de la perfectibilidad de Dios, puesto que como él es infinita y eterna, toda idea

sublime que acepte y desarrolle para convertirla en hecho en armonía con su esencia, la comunica una tranquilidad tan grata, que es sin disputa la fase más envidiable de la dicha. Cuando esto sucede, el espíritu regenera en parte á la materia y la vitalidad parece adquirir mayor energía. Por eso Blanca se habia transformado; por eso habia vuelto el color á sus labios y mejillas; por eso su mirada era diáfana y brillante; por eso encontraba en la naturaleza todos sus encantos; por eso, en fin, habian desaparecido de su rostro todas las huellas de la enfermedad, y de su alma todos los efluvios del dolor.

Cuando Juan de Lanuza la miró, no pudo ménos de asombrarse y decirla con la mayor sorpresa:

—¡Dios mio! mi querida hermana.... ¿sabes que estás desconocida?

—¿Y por qué? le respondió la jóven sonriéndose y arojándose en sus brazos.

—¡Oh! deja que te contemple.... Creí hallarte llorando y afligida por el temor de que nuestra prision se prolongue por mucho tiempo, y te encuentro sonriendo y satisfecha. ¿Qué significa esta trasformacion?

—¿Te disgusta acaso?

—Nó en verdad, pero me admira.

Blanca se ruborizó intensamente, y dijo á Lanuza:

—Hoy me encuentro mejor de salud.... El paseo de anoche me hizo mucho bien.

El jóven la dirigió una mirada escudriñadora.

—Pues es extraño, la dijo. La escena que anoche presenciaste, en la que nuestras vidas corrieron un gran peligro, me temí que agravara tu mal. ¿No era esto lo más propio?

—Sí.

—Pues te aseguro que no lo comprendo.

Blanca se ruborizó más todavía, y no pudiendo resistir la mirada de su hermano, bajó sus ojos y guardó silencio.

Juan de Lanuza comenzó á impacientarse.

—Hermana mia, exclamó por fin con acento de dulce convencencion, indudablemente que te ha sucedido alguna cosa extraña que no te atreves á revelarme. ¿Cómo, si no, habias de permanecer tan silenciosa, sin dirigirme una palabra de consuelo, cuando sabes que estoy desesperado por hallarme tan léjos de Constanza? ¿Cómo no habias de haberme preguntado cuáles eran mis proyectos y qué pensaba escribir á nuestros buenos padres y á mi prometida? ¿Cómo no me habias de haber dicho algo del Corsario, de ese hombre singular, que reúne la astucia del ladron á la sangre fria del héroe, el vil deseo de la venganza á la conducta más noble que he conocido?

—Tienes razon, le contestó la jóven como si respondiese más bien á su corazon que á su hermano. Ese hombre es generoso y digno, digno y generoso como ninguno.

—No era ese el concepto que tenias formado de él.

—Es verdad.

—Yo siempre te dije lo mismo, y tú me contestabas lo contrario.

Blanca palideció, porque comprendió que empezaba á venderse y que su hermano habia comprendido algo de su secreto. Esta reflexion aumentó el sonrosado de sus mejillas y la impidió contestar á Juan.

Tan extraña conducta no podia ménos de alarmar al jóven.

—Blanca, la dijo despues de un momento de silencio y fijando en su rostro su mirada, algun tanto severa, desde que estamos en esta casa pasan por tí cosas bien extraordinarias. Los primeros quince dias soportaste con resignacion el cautiverio; despues enfermaste, hasta inspirarme serios temores; ayer estabas lánguida y demacrada, y hoy te veo satisfecha con los colores de la salud en tu rostro y la expresion de la alegría en tu mirada. ¿Qué te sucede? ¿Por qué estos cambios? ¿No poseo ya tu confianza? ¿Tienes secretos para mí?

—¡Oh! nó, hermano mio, contestó la jóven con ternura. Tú siempre poseerás mi cariño.... y.... —

—¿Qué te detiene? ¿Qué te sucede? ¿Qué quiere decir esa mudanza que noto en tí de algunos dias á esta parte, y hoy más que nunca?

Blanca bajó su linda cabeza y lanzó un suspiro.

—No tengo nada, murmuró con desaliento.

—¡Ah! ¿no tienes nada y suspiras? prosiguió su hermano, cada vez más alarmado. ¿No tienes nada? Eso no es cierto.

—Te juro....

—Eso no es cierto, volvió á repetir Juan impaciente.

Blanca conoció que ya no podia fingir, y se cubrió el rostro con sus manos.

Juan creyó que lloraba, y bueno siempre, procuró apaciguar su cólera, y dijo á Blanca con acento cariñoso:

—Vamos, vamos, querida hermana mia, no llores, y si tienes alguna pena depositala en mi corazon. ¿A quién mejor podrás confiar tus dolores? ¿Qué queja puedes tener de mí? ¿No te he complacido siempre en todo?

—Sí, es cierto, exclamó Blanca.

Y de pronto, no pudiéndose ya contener, ocultó su rostro en el pecho de su hermano y murmuró débilmente dando libertad á sus lágrimas:

—¡Perdóname.... hermano mio.... perdóname, porque te he engañado!

Lanuza se estremeció.

—¿Que me has engañado dices?

—Sí.

—¡Oh! ¡habla por Dios! ¿En qué me has engañado?

La joven empezó á llorar más fuerte, y murmuró casi desfallecida:

—¡Oh! ¡le amo.... le amo!

—¿A quién? preguntó Juan con una angustia indecible.

—¡A Fernando! ¡al Corsario Negro! Me he violentado por ahogar este amor y no he podido.... Luché por vencer esta pasión, y ella es más fuerte que mi voluntad.... ¡Perdóname, hermano mio, por haberte engañado!

Lanuza palideció y se pasó la mano por la frente. Una idea horrible cruzó su imaginación, y al resplandor siniestro de esta idea, el pundonoroso y honrado joven sintió recorrer su cuerpo un escalofrío de espanto.

Súbito, como obedeciendo á un rápido pensamiento, cogió las manos de su hermana y la miró como un demente; después lanzó un suspiro de inmensa felicidad, y soltando á su hermana, cruzó las manos sobre el pecho y exclamó completamente enajenado:

—¡Oh! ¡Mentira!... ¡mentira! ¡Es imposible, Dios mio!

Blanca, al oír esto, levantó su frente altiva, y dijo al joven:

—Juan, ¿has dudado de mí?

—¡Oh! sí, sí, por un momento.... Pero ya lo ves.... ya no dudo.... ha sido un pensamiento horrible que no era verdad. ¿No era verdad, hermana mía?

—Nó; me llamo Lanuza, y basta.

—¡Oh! gracias, gracias.... Dios te lo pague.... no sabes el peso que me has quitado de aquí.

Y el jóven se llevó la mano al corazon, al mismo tiempo que estrechaba á su hermana con todo el delirio de su inmensa alegría.

Blanca prosiguió diciendo:

—Soy una loca en amar al Corsario, mi querido Juan, lo conozco; pero no puedo con mi corazon. Mucho tiempo he permanecido sin querer confesármelo á mí misma; pero ya no he podido engañarme.... le amo.

—Blanca, repuso Juan con acento afectuoso, eres demasiado noble y digna para que yó me atreva á aconsejarte lo que debes hacer; pero recuerda que eres hija de un noble, que corre por tus venas la sangre de un centenar de héroes, y que el hombre á quien amas es un rebelde, segun las leyes de nuestro reino; un hombre colocado fuera de la sociedad por su conducta, y cuya cabeza está pregonada por Felipe II; un hombre que no tiene más porvenir que el cadalso, muerte deshonrosa é infame.

—Por eso le amo.

—¿Por eso, Blanca?

—Sí; óyeme un momento. Voy á abrirte mi corazon y juzga despues. Al poco tiempo de estar aquí, conocí aterra-da que amaba á ese hombre. Ya conoces mi corazon y sabes mi entusiasmo por todo lo extraordinario y sublime. El carácter, la vida, las costumbres del pirata, tenían que im-

presionarme por su mismo misterio y extraña grandeza. Cuando conocí que le amaba, me avergoncé de mi amor, pero ya era tarde. Anoche, empero, me refirió su vida.... ¡Ah! tú sólo le conoces como corsario; yo puedo ya apreciarle como hombre... ¡Oh! mi querido Juan.... ¡qué alma! ¡qué corazon el suyo! es imposible oírle sin llorarle.... una loca venganza le arrastró á la vida que lleva.... una venganza, no diré justa, pero sí disculpable, porque el hombre que hoy es su enemigo le arrebató todo cuanto hay de más santo en el mundo.... familia, mujer, porvenir, honor. Pues bien, Juan.... en medio de su conducta presente, ese hombre, noble y digno, á quien la sociedad calumnia llamándole ladrón, ese hombre no está pervertido ni tiene el alma podrida. Mi amor me ha sugerido una idea bendita emanada del cielo.... El nada sabe de mi amor, porque soy tan altiva que me moriría de vergüenza si lo supiera; pero quiero que me ame para *redimirle*, para sacarle de su estado abyecto, para volverle al camino de la virtud, para regenerarle, para hacerle bueno como tú, noble como tú y digno como tú. ¡Oh! hermano mío.... mi intencion no puede ser más pura, y tengo confianza en que Fernando se salvará. Mi cariño le defenderá de todas sus desgracias, le cercará de cuidadosas atenciones, será el bálsamo que cure las heridas de su alma.... y confío en conseguirlo. Le amo mucho para que no me ame tambien; y si me ama Fernando, se habrá salvado, porque le habrá redimido el amor.... ¡Oh! sí, hermano mio, te lo prometo.

Lanuza, que habia escuchado á su hermana con una admiracion casi respetuosa, la besó cariñosamente en la frente, y la dijo con afectuosa gravedad:

—Eres una loca entusiasta que nada reflexionas y quieres convertir tu amor en un poema, sin acordarte que vives en el mundo. Si el Corsario llega á conocer tu amor y lo desdén, ¿qué harás? Si por el contrario, te corresponde y renuncia á su venganza, ¿vas á casarte con él, tú, la noble hija del noble D. Juan de Lanuza, Justicia mayor de Aragón? ¿Cómo te atreverías á presentarte en la corte esposa del Corsario Negro? Y esto en el caso improbable de que Felipe II perdonara á ese hombre y le levantara la condena que pesa sobre él, lo cual me parece imposible en el carácter severo del monarca. ¡Ah! reflexiona en este terreno, hermana mía; tu amor es una locura, pues aún después de conseguido tu objeto, habrías santificado tu pasión, pero no justificado tu conducta á los ojos de la sociedad. Después vendrían las sospechas, las dudas, los desprecios; nadie querría asociarse á tí, y nuestros nobles parientes serían los primeros en negarse á reconocer como individuo de la familia á un oscuro pirata, cuyo nombre es un misterio y cuya vida es un misterio también.

Blanca suspiró, y contestó á su hermano con ademán resuelto:

—Te cansas en balde. Mi estrella quiso que amase á Antonio Perez, y le amé, á pesar de todas las desgracias que produjo. Hoy el destino me obliga á amar al Corsario Negro, y le amaré aun cuando se oponga el mundo todo; hay más, aun cuando yo misma me opusiera. No hay remedio, mi querido Juan, la suerte de las criaturas está ya decidida por Dios; salvaré á Fernando, y si es digno de que algún día le confiese mi pasión, la Iglesia la santificará é irá á vivir con él al extranjero. España no es todo el mundo.

Yo bien sé que la corte de Felipe II no me admitiria; pero ¿qué me importa? Nunca he pensado vivir en la corte, porque ya sabes á qué se han reducido siempre todos mis sueños de ventura.

—Sí, pero tú...

—Sea como sea, prosiguió Blanca. Yo adoro á Fernando y redimiré sus faltas con mi amor. Por lo demás, puedes tranquilizarte, hermano mio; ya sabes cuáles son mis ideas, conoces mi orgullo, y bien puedes asegurar que antes me verás muerta que envilecida. Aborrezco el injusto criterio de la sociedad y el raciocinio de las personas vulgares, y esto me comunica fuerzas para dar con mi conducta á la una y á las otras el más mínimo pretexto para que se burlen de mí. Tengo un alma apasionada, pero tambien una razon fria, un corazon ardiente, un criterio severo. Recuerda mi conducta con Antonio.

—Sí, digna y noble, es verdad.

—Pues bien; dudo que muchas mujeres en mi situacion hubiesen podido obrar de aquella manera. Ni una queja salió de mis labios, ni una vez tan sólo me humillé rogando al mal caballero que tan fácilmente me olvidó, y no obstante, tú fuiste testigo de mi dolor, de mis lágrimas, de mi tristeza, porque le amaba mucho.

Blanca calló, y Juan, no sabiendo qué decirle, permaneció tambien silencioso, procurando encontrar una razon que hiciera desistir á Blanca de sus amorosos proyectos con el Corsario; pero no siéndole posible, y considerando por otra parte que quizás el tiempo se encargaria por sí solo de vencer á su hermana, se resignó á que pusiera por obra sus proyectos, bien convencido, sin embargo, de que su ho-

nor nada sufriria, porque conocia como la suya propia el alma de su hermana y el noble orgullo que formaba la base de su carácter.

Con esta idea se levantó del divan en que se habia sentado, y dijo á Blanca ligeramente entristecido:

—Hermana mia, por última vez te aconsejo que medites bien lo que piensas hacer. No te falte valor en el momento supremo y....

—Vive tranquilo, Juan.

—Pues hasta luego; voy á ver si hay proporcion de que algun buque del Corsario lleve mi respuesta á Constanza y á nuestros padres. Si la hay, volveré para que tambien les escribas.

Y cogiendo la mano de Blanca, se la besó respetuosamente y salió de la habitacion.

La jóven se quedó sola.

—Con estas ideas se levantó del diván en que se había sentado, y dijo á Blanca ligeramente contristado:

—Hermana mía, por el amor que me tienes, CAPÍTULO XI.

—Hermana mía, por el amor que me tienes, bien lo que quieras hacer. No te falta valor en el momento supremo ¿verdad?

—Vive tranquilo, Juan.

—Pues hasta luego; voy á ver si hay proporción de que

alguna parte del Corsario haya en respuesta á Constante. Y á nuestros padres. Si la hay, volveré para que también los escribas.

Y cogiendo la mano de Blanca, se la besó respetuosamente.

Contiguo á la habitación de Blanca había un pequeño pabellon octógono, cerrado por cristales de colores, y desde el cual se bajaba al jardín por una escalinata de piedra.

La hermana de Lanuza, despues que se hubo quedado sola, con el objeto de distraerse algun tanto, fué á bajar á dar un paseo por el jardín, y levantándose de su asiento se dirigió á la puerta que ponia en comunicacion el pabellon con su cámara.

Todavía conmovida y con los ojos húmedos recorrió el pestillo de la puerta y la abrió, retrocediendo asustada, porque sus ojos se fijaron en el Corsario Negro, que se hallaba en el pabellon sentado y pensativo, como si un pensamiento profundo le ocupase.

Blanca se acordó entónces de la confidencia que acababa de tener con su hermano, y preguntó al pirata con la más grande angustia:

—¡Dios mío! ¿vos aquí? ¿Hace mucho tiempo que estais en el pabellon, señor?

El Corsario la miró con los ojos radiantes de alegría, y la contestó con nobleza:

—Hace más de una hora que estoy aquí.

—¡Oh! gritó la jóven poniéndose pálida de vergüenza y apoyándose en la pared para no caer, entónces os habreis enterado de mi conversacion con Juan.

—La he oido toda.

—¡Dios mío! ¡qué sonrojo! repuso Blanca cubriéndose el rostro con sus manos.

—¿Y por qué, señora? añadió Fernando con respeto; vos sois tan pura, tan noble y digna, que ninguna de vuestras palabras debe ni puede avergonzaros.

—Pues bien; si quereis conservar mi aprecio, olvidad todo lo que habeis oido.

—¡Oh! decid al sediento que rechace el agua, al ciego que no quiera ver; más fácil es esto que yo olvidar lo que he oido desde aquí. Señora.... yo, con mi alma gastada, mi corazon seco.... no puedo explicaros lo que pasa por mí, no puedo deciros nada.... Blanca, sois un ángel. Desearia poderos pagar vuestro noble y sublime interés.... Poco vale mi vida; pero tomadla; es lo único que tengo.

La hermana de Lanuza pareció titubear por un instante, y nada dijo al Corsario. Pero despues avanzó tranquila, serena, majestuosa al centro del pabellon, cogió una mano al pirata, y le dijo:

—Venid, venid á donde estuvimos anoche.

Fernando obedeció como un niño y siguió á Blanca, hasta llegar al asiento que habian ocupado la noche ante-

rior. Ya en él, se sentaron, y la hermana de Lanuza dijo al pirata, despues de un momento de silencio:

—Fernando, lo quiere el destino ó la Providencia. Es verdad que os amo para haceros bueno.... mi amor, más que amor, es una religion.... quiero redimiros, libraros del abismo que vuestra venganza ha abierto á vuestros piés y en el cual os precipitará más temprano ó más tarde. Habeis oido lo que he dicho á mi hermano; pues bien, casi me alegro ahora de que lo hayais oido, porque así habreis comprendido que Blanca de Lanuza, á pesar de su inmensa passion, nunca será la esposa de un hombre reprobado por la sociedad. ¿Qué es lo que me ofrecéis en cambio de este amor?

—Todo, señora, hasta mi vida. Conservo cada una de vuestras palabras grabadas en el corazon.... pero....

—¿Qué? Decid....

—Sois muy buena; vuestra bondad puede engañaros y dar el nombre de amor á lo que sólo sea compasion.... ¡Oh! yo os admiro.... estoy dispuesto á amaros con delirio; mas ¡ay! si me engañáseis sería terrible....

—¿Estais loco? ¿Creeis que una mujer de mi edad puede equivocar la compasion con el amor? Nó, Fernando; os amo.... por amor; pero este amor ya sabeis el sacrificio que os exige: si no estais dispuesto á hacerle, dejadme....

—Perdonadme si dudo, prosiguió el Corsario con ansiedad: conoceis mi herida, sabeis á dónde me condujo la desesperacion, y sabeis cuál ha sido el origen de mi venganza. Pues bien, señora; si hoy volviera á confiar en el amor de una mujer, si pudiera tener fé en su afecto, ¿sabeis cuán intensa sería la passion que yo la consagrarse? ¡Amor!

¡Oh! esto es poco.... La prodigaria un agradecimiento tan sincero, que sería una frenética adoracion, una idolatría; pero compadecedme, Blanca, he sufrido tanto, que dudo de todo....

—Fernando, le contestó Blanca, ¿se os figura que una mujer que en algo se estime, en la posicion que yo me encuentro, os engañaría? Nó.... nó, creedme.... Cuando á pesar de mi dignidad y de mi orgullo os hablo así, ya conoceréis si estaré segura de mí misma.... Os amo porque sois bueno y noble; os amo porque conozco que sois infeliz y que caminais al borde de un precipicio que tiene que absorveros como los remolinos profundos del mar. Aunque no me correspondais os amaré, porque mi cariño es desinteresado, porque no quiero que esa frente noble esté envilecida con la reprobacion de todo un pueblo. Necesitais á vuestro lado un sér que se ocupe de vos más que de sí mismo, y yo quiero serlo.... Yo no quiero que vuestra cabeza caiga bajo el hacha del verdugo, porque al morir vos yo tambien moriria, y no quiero morir sin haber disfrutado de alguna felicidad en el mundo. Por eso os redimiré de vuestras culpas; por eso sacrificaré mi felicidad por la vuestra.... por eso os amo.... ¿Dudais ahora?

El Corsario, loco, ahogado de emocion, cayó de rodillas á los piés de Blanca, y poniendo las manos sobre su frente, dijo:

—¡Ah! es imposible dudar al escucharos, ángel de bondad y abnegacion. ¿Quién soy yo, hijo de padres desconocidos, que ni sé cuál es el nombre que debo llevar; quién soy yo, cuya cabeza está pregonada por un rey y sólo espera la ocasion para caer en poder del verdugo; quién soy yo para que vuestra caridad quiera elevarme hasta vos, que

sois digna de una corona? Vos, rica y noble, y yo miserable pirata, ¿qué títulos puedo presentar para que vuestros padres no me maldigan y me permitan amaros?

—¡Qué títulos! exclamó Blanca con un ademan verdaderamente régio: los de la nobleza del corazón, los de la grandeza del alma. Yo os lo digo, yo, la ilustre progenitora de cien y cien nobles ascendientes.

—¡Ah! sois tan buena, que quereis engañaros.... ¡Cuánto daría yo por poderos ofrecer una corona!

—No hace falta; me basta con vos para ser feliz.

—Yo conquistaré una posición digna de vos y de mí.... Sólo os ruego que, cuando vaya á ofrecérosla, no me rechacéis.

—¡Oh! nó, exclamó Blanca cogiéndole las manos con cariño: vos, si quereis, podeis ser un general tan grande como D. Juan de Austria, ó como lo es D. Alejandro Farnesio. Teneis voluntad para todo y....

—¿Creeis que puedo yo valer mucho?

—Sí, sedlo por mi amor.

—Pues decidme por dónde debo empezar.

Blanca se quedó un momento pensativa, y despues dijo á Fernando con acento grave:

—Antes de nada debeis poner en libertad á mi hermano. Juan tiene en España numerosos amigos, y una vez allí, procurará que el rey D. Felipe os otorgue el perdon con condiciones honrosas. Despues de conseguido esto, os dirigireis á Parma, y al lado de Alejandro Farnesio podeis llegar á ser un digno capitan.

—¿Y vos ireis á España con vuestro hermano? repuso el Corsario palideciendo.

—Ciertamente, contestó admirada Blanca.

—¿Y me abandonareis á mi dolor?

—Mi dignidad no me permite otra cosa.

Fernando cerró los ojos y cruzó su mente una de esas sospechas tan propias de los que sólo están acostumbrados á luchar con la desgracia; una de esas sospechas casi siempre injustas, y siempre dolorosas y frias como el soplo de la muerte.

—Muy bien, señora, dijo á Blanca con una calma glacial: ¡cuánto os habreis estado riendo de mí! sabíais sin duda que yo estaba escuchando en el pabellon, y os habeis valido de este ardid para engañarme.... para conseguir la libertad de vuestro hermano, porque respecto á la vuestra ya sabeis que la teneis. Pero os habeis engañado; he podido dejarme arrastrar un momento por el hermoso horizonte que me descubrian vuestras mágicas palabras, vuestro acento dulce y afectuoso; pero la ilusion ya ha pasado.... la emocion ha sido vencida, y ahora, señora.... todo ha concluido.

La hermana de Lanuza no pudo hablar en algunos segundos. El asombro, la ira, ocuparon su mente por algunos instantes, y su corazon comenzó á palpar como si quisiera salirsele del pecho. La ofensa que acababa de recibir, en el momento mismo en que abria su alma confiada y dichosa, era demasiado grave y brusca para que no trastornase su razon y la hiciese palidecer.

Efectivamente, Blanca palideció y sus ojos despidieron un rayo de colérica dignidad. Levantóse fria y severa, indicó al Corsario la calle de árboles que se perdia en el pabellon, y le dijo con un acento que no parecia el suyo:

—¡Marchaos! ¡Idos de mi presencia! ¡Sois un miserable!

Habia tal dignidad en estas palabras, que Fernando, ya casi arrepentido de su conducta, y conociendo que habia sido grosero, trató de sincerarse.

Pero Blanca, á sus primeras protestas le interrumpió con mayor energía:

—Idos os he dicho, exclamó: ¡Sois un infame! Yo he estado loca algunos dias, y eso es todo.

—Señora....

—¿Me amenazais acaso?

—Señora, volvió á repetir el pirata, ¿qué quereis decir al llamarme infame? Responded, responded, yo os lo ruego.... ¡infame! ¡miserable! ¡Ah! vos no sabeis lo que habeis dicho.

—Solo sé que os mando me dejeis sola. Me habeis dirigido un insulto tan grosero, que nunca podré perdonárosle.

—Señora....

—Idos, no me obligueis á que os lo repita.

Y como viese que Fernando continuaba inmóvil, casi aterrado de cólera y de pena, le dirigió una mirada de reina ofendida, y echó á andar hácia el palacio, diciendo al pirata:

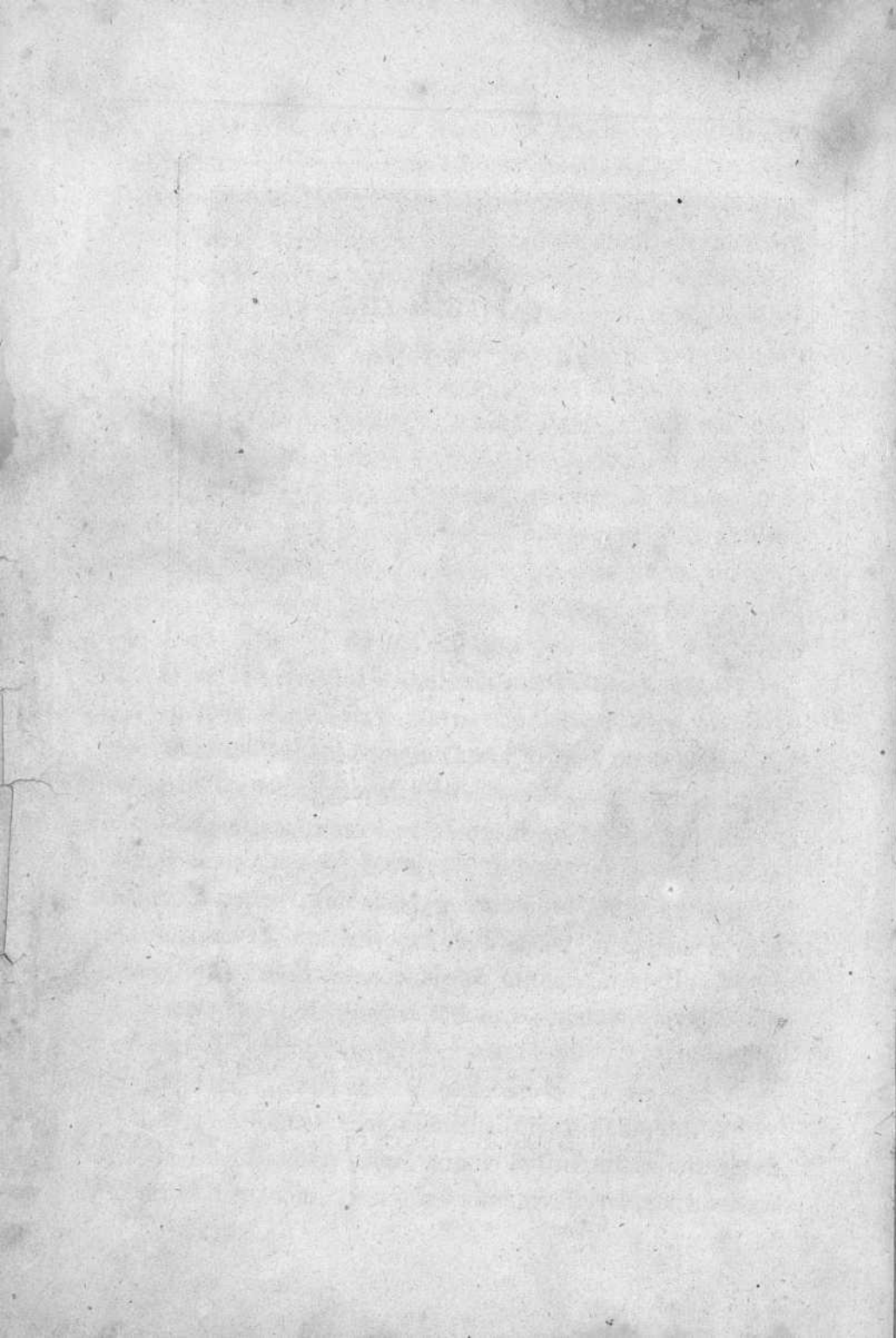
—¡Ah! soy vuestra prisionera y quereis sin duda obligarme á que os escuche; pues bien, ya que sois tan poco caballero, yo seré la que me marche.

Fernando la vió marchar como un sonámbulo: no se atrevió á detenerla ni á arrojarse á sus piés para pedirla perdon; pero cuando la vió desaparecer detrás del peristilo, cayó sobre el banco anonadado de pena y exclamando con todo el dolor de su corazon:

—¡Dios mio! ¿qué es lo que he hecho?



Idos, no me obligueis á que os lo repita.



CAPÍTULO XII.

Poder del amor.

Por espacio de ocho dias Blanca se empeñó en no salir de su cámara, y para apartarla de esta idea fueron inútiles las palabras de Juan y aún las súplicas del Corsario, que hubiera dado su vida por conseguir el perdon de la jóven.

Blanca se obstinó en no dejarse ver de nadie más que de María.

Sin embargo, la hermana de Lanuza sufría mucho en silencio, no tanto por la duda injuriosa que la habia manifestado el pirata, cuanto porque conoció lo difícil que sería persuadirle á que abandonara su venganza en vista de su conducta.

Y con efecto, el receloso y suspicaz ve siempre una oculta intencion en las acciones más sencillas, y como la desconfianza instintiva es una de las pasiones más difíciles de dominar, hay momentos en que el amor más intenso y

más grande se aburre tambien y se hastia cuando tiene que luchar con tan continuas dudas y recelos.

En este caso se encontraba Blanca con Fernando. Este, á causa de los sufrimientos que ya conocemos, dudaba de todo, y sin fé en nada, las mejores acciones le parecian lazoz para engañarle.

En el primer momento la española, justamente ofendida, pensó dejarle seguir los impulsos de su destino y los lances de su fortuna; pero amaba á Fernando con toda la vehemencia de su corazon, y halló en el fondo de su alma nuevo valor para proseguir su obra, mayor fé para continuar su noble propósito. Angel de abnegacion, comprendió que en las ideas del Corsario su sospecha no era un absurdo, y compadeciéndole se decidió por fin á continuar su obra, sin hacer caso de las desconfianzas ni recelos que pudieran asaltar la mente de Fernando. ¿Qué le importaba todo esto, si tenia el porvenir para justificarse? ¿qué valia dejar pasar sin correctivo una frase más ó ménos injuriosa, si al fin de la jornada la victoria sería suya y Fernando se encontraria salvo?

Todos estos sentimientos conmovieron su alma, todas estas ideas cruzaron su imaginacion durante aquellos ocho dias que no quiso salir de su habitacion ni dejarse ver de nadie; pero al último se estremeció de dolor y angustia al saber que al dia siguiente Fernando dejaba el palacio y partia para Nápoles á ponerse á la cabeza de los descontentos que se habian alzado contra Felipe II.

Entónces Blanca tembló por el Corsario. ¿No era en extremo fácil que pereciese en la guerra que iba á emprender? Y si salia vencedor, ¿no se separaba más de Blanca,

pues al levantarse con el reino de Nápoles no era ya un simple vasallo rebelde al rey, sino que cometia contra su patria un crimen de alta traicion? ¿Y podia ser Blanca de Lanuza la esposa de un traidor? Era imposible.

Durante algunas horas Blanca sufrió tanto, que empezó á comprender la necesidad de hacer un último esfuerzo para arriesgar el todo por el todo; y fija en esta idea, pálida de emocion y desconfiando de sí misma, hizo avisar al pirata que deseaba hablarle por breves momentos.

Fernando creyó soñar, y se estremeció de alegría; pero bien distante de suponer las verdaderas intenciones de la jóven, creyó que le llamaba para pedirle algun favor pueril, y se presentó á la española conmovido, es cierto, pero aparentando una serenidad que estaba bien distante de sentir.

Blanca creyó por un momento que Fernando se arrojaría á sus piés pidiéndola perdon de su injusta sospecha, y al ver su severidad y firmeza, lanzó un suspiro y sintió desgarrársele el corazon, porque temia ser vencida.

Hizo sin embargo un supremo esfuerzo, y para poder estudiar mejor el ánimo del pirata, pretextó que le habia llamado para suplicarle la dejara volverse con su familia.

Desgraciadamente, en semejantes ocasiones una palabra sincera suele evitar el conflicto; pero sin duda los ángeles malos intervienen siempre y la sinceridad se disfraza cuando no se oculta por completo.

Fernando se inclinó con respetuosa etiqueta delante de la jóven, y la dijo friamente:

—¿Me habeis mandado llamar, señora? ¿qué teneis que ordenarme?

—Tengo que pedir os una gracia, señor, le contestó la española con la misma reserva.

He sabido que mañana partís para Nápoles á atacar al duque de Alba. Esto es el principio de una guerra, larga tal vez y seguramente desastrosa. Soy mujer y no me encuentro con valor para permanecer en el mismo campo de las operaciones; y como siempre me habéis dicho que soy libre, creo que hoy ratificareis esa palabra y pondreis á mi disposicion una galera que me trasporte al lado de mis padres en compañía de María.

Fernando, preciso es decirlo, en todo habia pensado ménos en que Blanca deseara volver á España; y demostrándole este deseo que su sospecha no habia sido tan inverosímil como habia creído, procuró dominar su emocion para no dar á la española el espectáculo de su debilidad.

—¡Cómo, señora! la dijo despues de un momento de silencio, ¿deseais marcharos, abandonando á vuestro hermano que tanto amais? ¿tan mal os encontrais aquí?

—Ciertamente no me encuentro muy bien, y por eso quiero volverme al lado de mis padres, si es que me lo permitís.

El pirata lanzó un suspiro.

—Libre sois, señora, como el primer dia, dijo á la jóven con acento apagado; pero os ruego que mediteis bien esa resolucion.

—Es irrevocable, contestó Blanca con firmeza.

—Bien, señora, bien; dentro de tres horas estará la galera á vuestras órdenes.

Y haciéndola una fria reverencia, Fernando se dispuso

para salir, porque el dolor le ahogaba, y conoció que ya no podia disfrazarle por mucho tiempo.

Pero Blanca, engañada á su vez por la aparente serenidad de Fernando, y viendo que su dignidad la obligaba ya á convertir en hecho aquel viaje, no pudo detener su dolor, sintió oprimírsele el pecho de pena, y á pesar de su orgullo, dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Fernando vió aquellas lágrimas, y ya no pudo contenerse.

—¿Llorais, señora? la dijo con vehemencia; ¿llorais? ¿por qué lloráis?

—Yo.... yo no lloro.

—¡Oh! sí, sí....

—No tengo nada.

—Nada ¡Dios mío!

La española empezó á sollozar fuertemente sin poder ya contener el ímpetu de su desbordado dolor; y Fernando, que en aquel momento leyó en el corazón de su amante como en un libro, vió en aquellas lágrimas todo un poema de amor, y cayó de rodillas á los piés de Blanca y la cogió sus manos, que estrechó contra su pecho.

—¡Oh! perdonadme, Blanca, exclamó, perdonadme si os he ofendido, pero os habeis mostrado conmigo bien cruel. No habeis tenido compasion de mi dolor, y no habeis comprendido cuán agostada y recelosa queda el alma que sufre tanto como ha sufrido la mia.... ¡Ah! compadecedme, pero no me desprecieis.... Me habíais hecho concebir una loca esperanza.... me habíais entreabierto un paraíso de inefable dicha, tan bello y tan hermoso, que no atreviéndome á creer en él, acogí en mi mente la idea que tanto os ha ofen-

dido. ¿Por qué no me perdonais? ¿No habeis podido comprender en estos ocho dias que deseaba pedir os perdon? ¿Por qué no habeis querido recibirme?

—Porque no sois digno de ser perdonado, contestó la jóven con vehemencia; salvar al que no quiere salvarse, ni aun la sublime caridad de Dios lo consiente. Me decís que no he comprendido vuestra alma porque no he sufrido lo que vos.... ¡Oh! sí, sí, pero desgraciadamente está sobre vos vuestra desconfianza, y yo no puedo amaros.... Dejadme partir y olvidadme.

—¡Oh! no os marchareis, Blanca, ¡no por Dios! ¡Tened compasion de mis desdichas! ¡no me dejeis al borde del abismo!... Completad vuestra obra.... Apartad de vuestra mente toda idea de desconfianza.... yo necesito de vuestra presencia como las flores la del sol; yô necesito ver, y sois la luz; necesito esperar, y sois el ángel de la esperanza; necesito sentir un dulce afecto, y me amais.... ¡Blanca! ¡Blanca! quedaos, quedaos.

Y el Corsario cruzó las manos sobre el pecho con una expresion tan patética y apasionada, que la jóven comprendió que poseia el verdadero amor de aquel hombre y que podía esperar redimirle.

Inundada de alegría, dichosa como nunca, oyendo los latidos de su corazon, que parecian confundirse con los de su amante, inclinó su hermosa cabeza, y dijo á Fernando, casi al oido y en voz baja, dulce como una música, como los sonidos del arpa de David:

—Fernando, os perdono.

—¡Me perdonais! gritó más bien que dijo el enamorado Corsario.

—Si, os perdono, porque no soy rencorosa, porque debo perdonaros. Pero si quereis que os ame, es preciso que sigais mis consejos. Ya sabeis que deseo arrancaros de vuestra posicion actual; en fin, ya sabeis lo que deseo.

—Si, y todo os lo concedo.... todo os lo doy, mi vida, mi alma, mi odio á Felipe II; pero quedaos, no os marcheis, Blanca, no os marcheis.

—Así lo haré, si haceis lo que voy á deciros.

—Hablad, hablad.

—Es preciso que desistais de atacar al duque de Alba. No quiero que seais el jefe de los malcontentos, porque al levantar á Nápoles contra su legítimo monarca cometeis una traicion horrible, un delito horrible. Es á vuestra patria á la que ofendeis, no á Felipe II; es á vuestra patria á la que provocais á una nueva guerra.... son vuestros compatriotas los que han de verter su sangre por vuestra culpa. ¡Ah! vos no habeis meditado en todo esto.

Fernando inclinó la cabeza como abrumado por el peso de aquella peticion, pero su amor dominó por fin á su venganza, y levantó su frente con altivo y noble orgullo.

—Gracias, Blanca mia, exclamó; vuestras palabras me han iluminado. Seré digno de vos; os juro desistir de mi idea, y parto ahora mismo para imponer á mis gentes la paz como ántes les he mandado la guerra.

—Entonces, Fernando, mi amor será el escudo de vuestra redencion. Me quedo.

—¡Oh! gracias, gracias.

Y el pirata, ébrio de felicidad, cogió la mano de la española y estampó en ella un ardiente beso.

—Ahora dejadme, le dijo Blanca sonriéndose de alegría al comprender que su amor iba á ser fecundo. No os detengais. Impedid que vuestra gente comience las hostilidades, y procurad no dar pretexto al duque de Alba para que ejerza con la crueldad que acostumbra el poder que le confiere nuestro rey. Es preciso evitar la efusion de sangre, porque, sabedlo, Fernando, toda la que llegue á verterse caerá gota á gota sobre vuestra cabeza.

—¡Oh! sí.... sí.... corro á impedirlo. ¿Pero me amareis siempre, Blanca?

—Siempre.

—¿Me lo jurais?

—¿Desconfiais aún, Fernando?

—¡Ah! nó, nó, exclamó el pirata estremeciéndose; no desconfío, pero amadme siempre.... siempre; porque si me engañais, no sé qué sería de mí. El odio que apagais en mi alma volveria á renacer todavía más horrible; y si ahora sólo odie á un hombre, quizás entónces aborreciera á la humanidad entera.

—Pues tranquilizaos.... Apartaos del abismo á cuyo borde caminais, y.... os juro amaros siempre.

—Y yo os juro tambien seguir vuestros consejos.

—Pues á eso sólo aspiro.... Fernando.... Dios nos hará felices.... Confíad en él y esperad. Marchaos ahora.

Fernando volvió á estampar otro beso en la mano de Blanca, y loco de alegría salió de su habitacion trasformado en otro hombre.

.....
.....
.....

Cinco ó seis horas despues, los deseos de la española se habian cumplido. Fernando desistió de atacar á Nápoles, y los sublevados se encontraron sin jefe.

Por aquel entónces, la proyectada sublevacion no pudo pasar de proyecto.

FIN DEL LIBRO

FIN DEL LIBRO

CAPÍTULO XIII.

La partida.

Un mes hacía que Blanca y el Corsario se entregaban á las dulzuras de su amor, y durante este tiempo, la hermosa española casi habia conseguido trasformar por completo las ideas del pirata.

Despues de hacerle desistir de su proyectado ataque contra Nápoles y obligádole á licenciar la mayor parte de su gente, no pudo conseguir que, olvidando su odio al rey Felipe, consintiera que Juan partiese á España para alcanzar su perdon.

Ante esta idea, Fernando se estremecia de cólera y se limitaba á decir á Blanca que no le recordase este asunto y que se contentara con su promesa de no volver á hostilizar á su enemigo.

La hermana de Lanuza no perdió por esto la esperanza de alcanzar la completa rehabilitacion del Corsario; pero

conoció que tal vez muy tarde abjuraria de su odio á Felipe II, y para no perder las ventajas que ya habia conseguido, aconsejó al Corsario, que ya que no queria doblegarse ante el rey, se alistase bajo las órdenes del duque de Guisa y adquiriera en sus tercios la posicion social que le faltaba para poder aspirar á su mano.

Fernando, ciego de amor é iluminada ya su alma con un rayo de la luz divina, accedió, aunque dolorosamente impresionado, á los consejos de Blanca, y ésta se apresuró á escribir una carta al duque de Guisa solicitando para el Corsario una plaza en sus valientes tercios.

Enrique de Lorena debía algunos favores al padre de Blanca, y no tuvo inconveniente en acceder á la peticion de la jóven, señalando al Corsario un puesto de capitán en sus guardias. La guerra contra los hugonotes ardía entónces en Francia, y el duque de Guisa, jefe y cabeza del partido católico, necesitaba hombres de valor y de genio que le ayudasen en su empresa.

Entretanto, Juan de Lanuza, disgustado y sombrío siempre, por verse separado de su amada Constanza, para nada intervenia en los proyectos de los dos amantes, pensando tan sólo en su jóven prometida, en sus padres y en su querido país.

El Corsario aceptó el puesto que por mediacion de Blanca se le señalaba en el ejército francés, y conociendo que ya comprometido no podia demorar mucho tiempo su partida, parecia que deseaba apurar todo su amor en aquellos últimos dias que podia pasar al lado de su amante.

Un día, Blanca y Fernando se hallaban paseando por el jardín, felices y dichosos, hablando de su amor y de encan-

tadores proyectos para el porvenir, cuando un paje les anunció que D. Juan de Lanuza deseaba hablarles en aquel momento, porque habia recibido una carta de su familia.

La española se alarmó seriamente, y seguida del pirata corrió á la habitacion de Juan.

Este se hallaba recostado en un escabel, pálido y abatido. Tenia una carta en la mano, y toda su fisonomía revelaba la mayor agitacion.

Blanca se acercó á él anhelante y conturbada.

—¡Dios mio! ¿qué tienes? ¿de quién es esa carta? ¿qué dice?

—Toma y lee, contestó el jóven con la más grande angustia.

Blanca cogió la carta, y leyó:

«Me van á casar con el marqués de los Velez. ¡Corre! ven á salvar á tu

Constanza.»

La lectura de esta corta misiva cayó como un rayo sobre los dos amantes; pero Blanca sintió arder en su pecho una santa cólera, y arrugando el papel exclamó con energia:

—¡Ah! ¡qué infamia! ¡Dios mio! ¡qué hombre es Antonio Perez!

—¿Sospechas que sea Antonio el culpable?

—¿Pues quién sino él se atreveria á tiranizar á Constanza?

—Tienes razon. ¿Y qué puedo yo hacer por salvarla? exclamó Juan con amargo desaliento.

Blanca y el Corsario se miraron: éste palidecio y se llevó la mano al pecho; despues se aproximó á Juan de Lanuza.

—Y bien, le dijo, ¿qué pensais hacer en trance tan terrible? ¿no es Constanza vuestra prometida? ¿no la amais? ¿no os ama ella? ¿no pensais correr á defenderla?

—¿Y vos me lo decís? exclamó el jóven; ¿qué puedo hacer? ¿no soy vuestro prisionero?

—Estais libre desde este instante, repuso Fernando con acento sombrío. ¿Podiais creer que os retuviera aquí cuando tanta falta haceis en España? Dentro de dos horas una de mis galeras estará á vuestra disposicion. Podreis iros.

—¡Oh! ¡cuán noble sois! exclamó Juan estrechando, ébrio de alegría, las manos del pirata. Jamás olvidaré vuestra noble conducta, y creed que mi mayor dicha será devolveros en algun tiempo toda la felicidad que en este momento me concedéis.

—Sí, agradecédmelo mucho, replicó Fernando con un acento inexplicable de pena, agradecédmelo mucho, porque no sabeis el horrible sacrificio que hago por serviros.

Blanca se estremeció y dejó caer sus brazos á lo largo de su cuerpo, pero no pudo pronunciar ni una palabra.

—Partid, pues, prosiguió el Corsario, partid, y salvad á vuestra amante de la horrible tiranía de su hermano. Si es digna de vos, debéis procurar hacerla dichosa.... Sois noble y no consentireis que se cometa tan ruin perfidia. Corred.... os llama vuestra amante; pide el apoyo de vuestro brazo, sois caballero, y estoy seguro que sabreis defenderla.... Sed feliz.

Y sin esperar la respuesta de Juan de Lanuza, se pasó la mano por la frente y con paso precipitado salió de la habitacion.

¡Ah! aquel hombre noble y digno, valiente, sereno ante

el peligro, severo en sus costumbres, excéptico hasta entonces, sintió que habia llegado el momento de separarse de Blanca, y no quiso dar á los dos hermanos el espectáculo de sus lágrimas.... porque aquel hombre lloró: —

Juan y Blanca se quedaron solos; aquel trastornado de alegría, porque era libre para volar á socorrer á su amante, y ésta silenciosa y lúgubre, pálida de emocion, convulsa de pena.

—¡Pobre hermana mia! la dijo por fin comprendiendo su dolor. ¡Cuánto sufres por mí! Ese hombre es ciertamente un modelo de hidalguía, y no extraño ahora que le ames como le amas.

—Eso tenia que suceder, repuso la española procurando contener las lágrimas que una en pos de otra corrian por sus mejillas. El momento de la separacion era inevitable. La carta de Constanza no ha hecho más que anticiparla algunos dias.... pero yo no sé por qué me aflijo.... estaba resignada, y ahora cuando llega el momento de la separacion tiemblo.... me faltan las fuerzas; y yo que tanto he sufrido sin quejarme.... ya lo ves, lloro ahora como una niña. —

—¡Ah! ¡cuánto amas á ese hombre!

—Sí, le amo mucho.

Despues de estas palabras, que la jóven pronunció pausadamente, pretextó que iba á reunirse con María para preparar el viaje, y se retiró á su cámara.

Ya en ella, sola, sin testigos, dió rienda suelta á su dolor y comenzó á llorar con la mayor amargura.

Una hora continuó sumida en su pena sin acordarse más que de Fernando, y así hubiera continuado por mucho tiempo, porque habia perdido hasta la voluntad para mo-

verse, cuando el pirata se presentó en su habitación, tan pálido, tan conmovido como ella.

La española, al verle, no pudo detenerse y se arrojó en sus brazos llorando.

—Blanca, la dijo el pirata aproximando sus labios á la pura frente de la jóven; Blanca, la galera os espera ya.... Venid.... sed fuerte ahora.... Vamos á separarnos, quizás para siempre.... he podido diferir por algun tiempo este cruel instante, pero vuestro hermano hace falta en España, y vos teneis que seguirle. Amadme mucho.... mucho.... como ahora.... ¿Me olvidareis, Blanca?

—¡Ah! exclamó la jóven con la más cruel amargura. Por Dios os pido que no me atormenteis con vuestras dudas. He prometido amaros siempre; y si vos cumplis tambien vuestras palabras, si os haceis digno de mí, Blanca de Lanuza os entrega desde este momento su mano. ¿Quereis que os lo jure?

—¡Oh! nó, creo en vos como en Dios.... os creo, Blanca, os creo.... En este instante me siento con fuerzas para vencer todos los obstáculos que se opongan á nuestra union. Sereis mi esposa, Blanca.... Yo tambien os amaré siempre, y cuando creais que soy digno de poseeros, cuando pueda daros un nombre noble y conocido, correré á vuestro lado para que coroneis vuestra santa obra, vuestra union bendita. Tomad, os doy el único don que perteneció á mi padre.... Recibidlo, pues, como el anillo de desposada.

Y le entregó la sortija que siempre llevaba puesta en su dedo.

La jóven la besó, la puso en su mano derecha, y cogiendo el puñal que el Corsario llevaba en su cintura, cor-

tó con él una de sus hermosas trenzas, y se la dió sin poder pronunciar una palabra.

Fernando la colocó sobre su pecho, y despues de un momento de abstraccion en que sus ojos se confundieron en una sola mirada, exclamó con infinita amargura:

—Blanca, sólo la muerte puede ya romper nuestros juramentos. ¡Quiera Dios que no seais una segunda Beatriz!

—Y vos un Antonio Perez!

—Que el cielo me mate ántes, dijo el pirata.

—Sí, que sea maldito el perjurio, exclamó Blanca.

—Que lo sea, añadió el Corsario.

Despues de estas palabras, Blanca alargó sus manos á Fernando, y éste las retuvo por algunos segundos estrechándolas contra su pecho con un éxtasis embriagador.

En esos momentos de delirio en que dos almas parecen confundirse en una, se olvida el mundo como se olvida la materia, y el tiempo transcurre sin sentir, porque el tiempo no existe para las almas. En su amorosa abstraccion Blanca y Fernando habrian permanecido sin acordarse de nada quizás muchas horas, ¿quién sabe? pero les sacó de su arrobamiento la voz de Juan de Lanuza, que en la habitacion inmediata daba algunas órdenes á María.

Aquella voz despertó á los dos amantes, que se estremecieron; y Fernando, algo más tranquilo, dijo á Blanca, al mismo tiempo que la puerta de la habitacion se abria y Lanuza se presentaba en su dintel:

—Si quereis escribirme, una de mis galeras estará continuamente en el puerto de Cádiz ó Barcelona para recibir y traerme vuestras cartas; así como si os viéseis en algun peligro, envidme el anillo que acabo de daros, y aun

cuando sea por encima de todo, correré á salvaros. ¿Lo oís, Blanca?

—Sí, le contestó la jóven separándose de él y reuniéndose con Lanuza.

Poco despues se dirigieron á la playa y se embarcaron en la galera.

Entónces supieron con asombro que se hallaban en la patria del Tasso, en Sorrento.

Fernando subió á la torrecilla del palacio, y allí permaneció triste y sombrío contemplando la galera que se llevaba á su amante, hasta que el buque desapareció como una gaviota detrás de la línea azul del horizonte.

—¿Y por qué no se le da un poco de agua? — dijo el

hombre.

—Sí, le daré la jeringa separadora de él y poniéndola

en la boca.

—Después se dirigieron a la plaza y se encontraron

en la plaza.

—Entonces subieron con cuidado que se hallaban en la

parte del Taso, en concreto.

—Entonces subió a la torre de la plaza y allí per-

maneció firme y con el corazón contenido en la plaza que se

hallaba en un momento. Hasta que el punto desapareció como

una gaviota volando en la línea del horizonte.

LIBRO SEGUNDO.

LOS DOS FAVORITOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos nuevos y dignos personajes.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la villa de Madrid, córte del muy poderoso rey D. Felipe II, y á describirles otro género de escenas y acontecimientos, necesarios para reanudar el hilo de nuestra obra.

Por la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á referir, existia en la calle de la Almudena, frente á la iglesia de Santa María, un antiguo edificio de piedra ennegrecido por los años. Su arquitectura parecia pertenecer al órden bizantino y era uno de los palacios más antiguos de la villa y córte.

Entrábase en él por una puerta de encina á un ancho zaguán, en medio del cual se veía una hermosa escalera que conducia á una galería, á la que daban las puertas de diferentes habitaciones.

En el momento en que damos á conocer á nuestros lec-

tores este edificio, serian las nueve de una noche del mes de Junio, y hacia un calor insoportable, por lo que estaban abiertos la mayor parte de sus balcones, viéndose por uno de ellos una sala ricamente amueblada é iluminada por dos lámparas de plata que pendian de su estucado artesonado. A su débil y vaga claridad divisábanse dos personas sentadas en un estrado, y que parecian sostener una amorosa y animada conversacion, á juzgar por las mútuas miradas que se dirigian y las voluptuosas actitudes en que se hallaban colocadas.

Eran una dama y un caballero.

La dama ya habia pasado de la primera juventud, pues tendria unos treinta y cinco años de edad, siendo no obstante un tipo perfecto de belleza. Era alta y de formas mórbidas; su rostro, blanco y nacarado, tenia esa palidez nerviosa que tanto excita la pasion; sus negros y rasgados ojos poseian una expresion indefinible, ya se fijasen voluptuosos, ya severos, expresando en sus negras pupilas toda la efervescencia de las pasiones más profundas; sus cabellos, negros tambien, caian en flotantes hondas sobre sus blancos y desnudos hombros, completando tan armónico conjunto una boca pequeña de labios encarnados y brillantes, siempre húmedos, que parecian no poder entreabrirse mas que para pronunciar dulces frases de amor. La belleza de esta mujer no podria tener muchas rivales, y era imposible contemplarla sin que el corazon palpitase y la sangre hirviese en las venas; pero al mirar sus negros ojos, adivinábase algo de satánica en aquella mirada, y el alma sentia una vaga inquietud, como si presintiese que el amor de aquella mujer tenia que ser funesto.

La severidad de su traje convenia muy bien á su arrogante hermosura. Vestia una ancha túnica de brocado negro muy descotada y de mangas perdidas, por las que aparecían unos brazos preciosos, blancos como el mármol y adornados con brazaletes de oro, llevando en el cuello una crucecita, tambien de oro, pendiente de una cinta de terciopelo negro.

Esta dama era una de las más principales de la corte, y se llamaba Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, duquesa de Pastrana, Condesa de Melito, y amiga declarada del señor rey D. Felipe II.

El caballero que se encontraba á su lado tendria unos treinta años de edad, y era de una elegante figura, esbelto y gracioso. Sus robustos hombros sostenian una encantadora cabeza adornada de cabellos castaños, que llevaba recortados alrededor, segun la moda de la época. Su color moreno no carecia de atractivo, y tenia los ojos de un azul oscuro como el cielo en un dia de tempestad. La boca, de labios finos, revelando la astucia, sombreábala un fino bigote negro, y su sonrisa, dulce y amorosa en aquel instante, debia de ser dura y sarcástica en las situaciones comunes de la vida.

Vestia unas calzas de raso blanco con gregüescos de terciopelo rosa, y sus zapatos, tambien de terciopelo, tenian hebillas de diamantes. La ropilla era de raso violeta bordada de perlas, sosteniendo con un cinturon de oro una espada cuya empuñadura se hallaba cubierta de rubies.

Este elegante y suntuoso caballero era el señor Antonio Perez, secretario de Estado de Felipe II, y á quien nuestros lectores desearán conocer por lo poco que de él les hemos dicho hasta ahora.

Pero antes de presentarlos en escena, debemos imponer á los lectores en algunos antecedentes de la vida de estos dos personajes, y vamos á hacerlo con la más posible brevedad.

Doña Ana de Mendoza y de la Cerda se habia casado á los quince años con D. Ruy Gomez de Silva, noble pero anciano caballero, pues tenia más de cincuenta. La jóven, que no se habia casado por amor, no pudo encontrar en su viejo esposo el cariño ardiente y entusiasta que convenia á su alma de fuego, y reconcentró en sí misma todas sus ilusiones, pudiendo permanecer pura hasta los veinticinco años, y teniendo que sufrir durante aquellos diez de matrimonio todas las enfermedades de su esposo, y sobre todo su genio irascible y violento.

Doña Ana, con todo el esplendor de su belleza, al analizar su posicion meditó sobre el árido porvenir que la esperaba, y comenzó á vacilar en la fé que hasta entónces la habia sostenido pura. De la duda á la negacion no hay más que un paso, y un paso se da en un segundo. Un dia el ángel del mal colocó en una cacería á Felipe II al lado de la princesa de Eboli: el rey la miró y ella miró al rey; Felipe II no era jóven, pero ceñia una corona, y Doña Ana dió el mal paso; por vanidad y por pasion amó al rey, olvidando sus deberes, despreciando el nombre que deshonoraba y que no era suyo, y paseando con altivo orgullo su mirada desdeñosa sobre aquella córte, que empezó por murmurar de ella y concluyó por arrastrarse á sus piés, cuando la vió poseer toda la confianza del monarca.

Pero ¡infeliz de la mujer que olvida por un solo instante sus deberes! Cometida la primera falta, las demás son siem-

pre inevitables, y Doña Ana de Mendoza, á la muerte de su marido, como si el rey no bastara á satisfacer su ardiente corazón, quiso tener otro amante, y fijó sus ojos en Antonio Perez.

Por aquella época, la amistad de Doña Ana con Felipe II no pasaba de una murmuración, que se ocultaba temerosa en los más apartados ángulos de los aristocráticos salones; pero Doña Ana fué madre, y el rey, loco de alegría, no quiso ya continuar disimulando, y señaló á la princesa una renta cuantiosa, hízola grande de España, y nombró á su hijo duque de Pastrana, autorizando que la corte entera le reconociese como príncipe y le designara con el nombre del infante bastardo.

Ahora bien; Antonio Perez habia sido la única persona que habia tenido con Doña Ana fácil acceso y una comunicación no interrumpida, porque siendo el secretario de Estado la persona que más confianza inspiraba al rey, de él se habia valido para intermediario en sus relaciones con la princesa.

Esta circunstancia fué la que puso en contacto al favorito con la favorita; y siendo Doña Ana de una belleza de primer orden, y Antonio Perez impresionable y ambicioso, no titubeó en mostrarse afectuoso con aquella mujer que podia satisfacer, á la vez que su ardiente fantasía, la sed de ambicion que le dominaba.

Poco despues de sus relaciones con Doña Ana, fué cuando el secretario de Estado envió equivocadamente á Blanca de Lanuza una carta escrita para aquella, así como á ésta remitió la destinada á su prometida. Este desliz, que pudo acarrearle el odio de la princesa, no hizo más que au-

mentar su cariño, porque la princesa se dió por vengada con que Perez rompiera sus relaciones con la hija del Justicia mayor.

Desde aquella época, los amores de la princesa con Antonio fueron en aumento, llegando el cinismo y descaro de los dos favoritos á autorizar tácitamente las más escandalosas murmuraciones de la corte. Estas murmuraciones llegaron, aunque muy vagamente, á oídos del monarca, y el secretario, que presintió la tormenta que le amenazaba, no tuvo más remedio que desvanecerla casándose con Doña Juana Coello.

Antonio miraba á la princesa con una dulcísima embriaguez, y fijos sus ojos en los negros y rasgados de Doña Ana, no se atrevia á pronunciar ninguna palabra, porque hay momentos en que la emocion que siente el corazon es tan fuerte, que no puede expresarse con los labios.

Doña Ana esperaba ciertamente alguna frase de las que tan dulces sonaban en su oído, pero viendo que su amante nada decia, exclamó ligeramente incomodada:

—¡Dios mio! Antonio, cualquiera que te viese aseguraria, sin temor de equivocarse, que te hallas fastidiado á mi lado. ¿Es que te acuerdas de Doña Juana?

—¡Oh! no me digas eso, repuso Antonio como si despertara de un sueño profundo; ya sabes que no amo á mi esposa, y que sólo por tí he sacrificado al casarme las emociones más dulces de mi alma.

—Es cierto; pero ¿quién tiene la culpa más que tú? ¿Acaso sin tus imprudencias habria llegado el rey á sospecharse nada? Pero no hablemos más de ello.... Hace una hora que has venido, y nada me has dicho aún de la causa que te

ha impedido venir á verme en cuatro dias.... ¡cuatro dias sin parecer por aquí, ingrato!...

—Es verdad, pero culpa sólo á mi funesta estrella. El asunto de Escobedo me abruma, Ana.

—¿Y por qué?

—Ya sabes que se me acusa de su muerte; ya sabes que su hijo Pedro ha desistido de su querella; pues ahora se ha presentado pidiendo justicia contra mí un oficial de mi secretario, llamado Mateo Vazquez.

—¿Y temes á ese subordinado tuyo?

—Ana, esto es un misterio; no me atrevo á hacerle daño, porque se me figura que es sólo un instrumento del rey, y sería empeorar mi causa.

—Vamos, Antonio, tú deliras.

—Nó. El asesinato de Escobedo ha producido mucho ruido, y Felipe II no quiere que quede impune ese atentado: me temo que el rey lo ha revelado todo al presidente de Castilla y obispo de Córdoba, D. Antonio Pazos, porque despues de una conferencia que ha tenido con el rey, ha llamado al hijo de Escobedo, y éste ha desistido, retirándose de la demanda.

—Pues entónces....

—Sí, pero Mateo Vazquez se presenta intransigente, y aunque sin derechos para reclamar, ha reclamado; y lo que es más grave, no se ha intimidado con las amenazas del presidente de Castilla, á quien tambien ha visto.

—¿Sabes que no lo comprendo?

—Ni yo, Ana, te lo juro.

—¿Estás cierto que los hombres que empleaste no te han engañado?

—Ciertísimo; les iba en ello la cabeza. Todos sirven en Nápoles y en los Países-Bajos desde aquella noche fatal, y sólo Juan Mesa es el que permanece á mis órdenes, viviendo de incógnito en Madrid. ¡Ah! me temo una desgracia, una desgracia horrible si esto se complica.

Doña Ana se estremeció y se estrechó contra Perez, como si quisiera protegerle, pues aunque de corazón animoso, amaba mucho á aquel hombre para no afligirla la tempestad que parecia amenazarle.

Antonio Perez pasó un brazo por la torneada cintura de la princesa, diciéndola con acento persuasivo:

—¡Té estremeces, Ana! ¡Ah! lo creo.... Si el rey me abandona, ó mis enemigos triunfan y Felipe II tiene que hacer justicia, entónces soy perdido.... ¡Oh! además ahora temo otra cosa.

—¿Otra cosa? Habla.

—Hasta ahora no me he acordado de la carta que equivocadamente envié hace un año á mi prometida Blanca de Lanuza; y no me he acordado, porque embriagado con mi fortuna, he creído que jamás me abandonaria. Pero esa carta, como sabes, no he podido recogerla.... obra en su poder; habla de tí, y.... si Blanca quisiera perdersenos....

Pero de pronto se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar aquella idea espantosa, y prosiguió:

—Sin embargo, creo que calumnio á Blanca de Lanuza.... Si hubiera querido valerse de esa carta, nunca como cuando la recibió.... Nó, nó, Blanca es noble y jamás cometerá tal villanía.

Doña Ana se mordió los labios, porque, á su pesar, tenia

celos de la hija de Lanuza; pero procuró serenarse, y dijo á Perez:

—Entonces no te apure más que lo de Escobedo. Animo, Antonio; esta noche estás tímido y receloso, viéndolo todo de color siniestro; ya procuraremos vencer á tus enemigos, deshacernos de ese Mateo Vazquez y convencer al monarca.... Lo más importante es que Felipe II continúe en su ignorancia, ó por lo ménos en sus dudas, respecto á nuestro amor.

—¡Oh! sí, sí, repuso el secretario de Estado, tienes razon, Ana; pero ¿no seria más prudente que nos alejáramos de la córte? Tú eres rica, yo tambien; ¿quieres que nos vayamos á Francia, léjos de Felipe II, á quien hoy tengo un miedo horrible? ¡Oh! allí viviríamos dichosos el uno para el otro, sin temer á nuestros enemigos y felices con nuestro amor, sin otra clase de cuidados ni afan.

Era necesario que la pasion que sentia Antonio Perez por Doña Ana de Mendoza fuera una de esas pasiones que llenan por completo el corazon, para que hubiese pronunciado aquellas palabras y admitido aquella idea, que nada tenia en verdad de razonable.

Además, la princesa amaba á Perez, y le amaba mucho, pero no tanto que por él se atreviera á perder su privanza y renunciar á su posición, por más equívoca que fuese; pues la mujer vana y pervertida que ha sacrificado á su vanidad y al vil interés su decoro y su nombre, es incapaz de abandonar la senda del vicio hasta conseguir por completo sus deseos.

Así fué que Doña Ana se sonrió con disimulado desprecio á la extraña proposicion del secretario, y le dijo mirándole con la expresion más fascinadora de sus ojos:

—Antonio, esta noche estás insoportable, y estoy segura que mañana, cuando recuerdes lo que me has dicho, te llamarás loco y estúpido. Nunca te he visto tan trastornado, y ciertamente que tus negocios andarán bastante mal, cuando á pesar de tu acostumbrada sangre fría, han conseguido amilanarte y aterrarte. ¿Cómo quieres que pudiéramos irnos á Francia, demostrando con semejante conducta los lazos que nos unen, y haciendo en el corazon del rey una herida que no se cerraria jamás? ¿Crees que Felipe II se olvidaria de la ofensa, y crees que habria en el mundo ningun rincon donde su odio no pudiera alcanzarnos?

—¿Y qué hacer?

—Déjame continuar; esta noche no te se ocurre ninguna idea razonable, y yo tengo que pensar por los dos. Me parece, Antonio, que exageras el peligro que te amenaza. El rey es nuestro, le dominamos por el amor y por la complicidad en algunas de sus más equívocas acciones. Me ama mucho, y tú le eres necesario; creo, pues, que á pesar de todos tus enemigos, el rey te conservará en su gracia.

—Tal vez tengas razon, exclamó el acongojado secretario; Felipe II me parece que no desconfia por ahora, pero tengo mil enemigos que me atormentan y me persiguen. Además del hijo de Escobedo y de Mateo Vazquez, el duque de Medinaceli ha jurado vengarse de mí, y el duque de Alba y marqués de los Velez secundan sus proyectos, porque tambien me odian. Ya sabes que este último quiere llegar á ocupar mi puesto en el corazon del rey, y....

—¡Pobre muchacho! exclamó la princesa sonriéndose é interrumpiendo á Antonio con cariñosa compasion; veo que no eres astuto ni tienes talento más que para resolver los

asuntos de S. M. En los que te pertenecen estás completamente desorientado. Permíteme que me encargue de ellos.

—¿Y qué vas á conseguir?

—Salvarte y salvarme.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente. Tus mayores enemigos, y digo mayores porque son los más poderosos, son el duque de Alba y D. Pedro Fajardo. Pues bien, al primero se le da que hacer en la guerra, se le nombra jefe de cualquiera expedicion, y ya no vuelve á acordarse de la política; y en cuanto al segundo, yo poseo el secreto, no solamente de inutilizar sus tiros, sino de trasformarle en nuestro más decidido aliado.

—¿Pero cómo?

—Vas á saberlo. Las mujeres adivinamos mucho más pronto que vosotros los secretos del corazon; y gracias á esa perspicacia, hace mucho tiempo que aquí, en mi casa, adiviné que D. Pedro Fajardo estaba perdido de amores.

—Pero eso....

—Espera, espera.... ya encontrarás el cabo.... De un hombre enamorado se hace un dócil instrumento, cuando se le puede halagar su pasion y darle esperanzas de que conseguirá el objeto de su desvarío. Pues bien, el marqués de los Velez, ya ves tú si no nos rendirá pleito homenaje cuando le digas: Señor marqués, amais mucho á una bella niña y desearíais casaros con ella; tomad su mano y sed dichoso.

—¿Y quién habia de decir eso, yo?

—Justamente. ¿Quién sino tú puede ofrecer á nadie la mano de Constanza?

—¿Es de mi hermana de quien D. Pedro está enamorado?

—Sí. ¿Qué dices ahora?

—Que tu idea es admirable, pero que mi hermana no consentirá nunca en casarse con el marqués, porque ama á Juan de Lanuza con todo su corazon.

La princesa soltó una carcajada.

—¡Qué tontería! dijo á Perez. ¿Vas á ocuparte del amor de una niña de dieziseis años que no sabe lo que es amor, y que ama á Juan como amaria á un hermano?

—De todos modos, Ana, mi dignidad no me permite ofrecer al marqués la mano de Constanza. Arréglalo tú, y entónces acepto.

—En buen hora, dijo la princesa; déjalo á mi cuidado, que no te haré hacer ningun papel ridículo. El rey de España será quien ofrezca al marqués la mano de Constanza.

—¡Cómo!

—Negocio concluido. Ahora márchate, pues espero á Felipe II. Santoyo me lo avisó esta mañana.

El rostro de Perez se nubló, y un relámpago de celos pasó por sus ojos como una llamarada sombría.

—¿Es decir que esperas al rey?

—Sí, le respondió la princesa enrojeciendo.

Perez se levantó con violencia, y clavó su mirada en la encendida fisonomía de su amante con una expresion indefinible de cólera y desaliento.

Doña Ana comprendió lo que aquella mirada queria decir, y levantándose tambien, dió su mano al secretario.

—Amigo mio, le dijo, no cometas ninguna imprudencia, y espera y sufre como yo. El rey está muy achacoso, y el dia ménos pensado.... Despues seremos libres. Yo no amo á nadie más que á tí.... Yo tambien sufro, porque es muy pe-

noso fingir un amor que no se siente; pero ante la necesidad tiene que callar el corazon. Serénate y no dudes que vencerás á todos tus enemigos.... Ahora más que nunca nos es preciso disimular y acudir á la más estudiada hipocresía.... Suframos por un poco de tiempo, y despues habrán terminado nuestros dolores. Por el pronto haz porque el duque de Alba se aleje de Madrid, y envíale á pelear á cualquiera parte, que yo me encargo de que el rey ofrezca al marqués de los Velez la mano de Constanza. La circunstancia de estar ausente Lanuza favorece nuestros proyectos, y no dudes que tu hermana no se opondrá á casarse con Fajardo.

—Pero ¿y si se opone?

—No se opondrá; pero si tal sucediera, creo que sabrias hacerte obedecer.

—Sí.

—Pues entónces hemos concluido. Adios.

El secretario cogió la torneada mano de la princesa y la llevó á sus labios con amoroso respeto.

—Adios, la dijo palideciendo de emocion. Mañana te espero á la una en la casita del bosque. ¿Irás, Ana?

—Sí, te lo prometo.

Antonio volvió á estrechar la mano de la princesa, y levantando un tapiz desapareció por una puerta secreta, perfectamente disimulada en las mōlduras de la pared.

La princesa de Eboli volvió á ocupar su asiento en el divan, y muy poco despues, la puerta por donde el secretario habia desaparecido volvió á abrirse, y en ella se presentó un hombre embozado hasta los ojos.

Era el rey D. Felipe II.

CAPÍTULO II.

El rey D. Felipe II.

Al presentar en escena á Felipe II no podemos resistir á la tentacion de copiar algunos párrafos de la excelente historia de este monarca, escrita por D. Evaristo San Miguel.

Siendo Felipe II como rey y como hombre una figura gigantesca, más gigantesca aún por las contradicciones en que han incurrido los que de él se han ocupado, pues al mismo tiempo que unos le conceden todas las perfecciones imaginables, otros le suponen todos los vicios posibles, y siendo además uno de los principales personajes de este libro, hemos creído que en conciencia debíamos retratarle con la mayor exactitud y fidelidad.

Al creerlo así, hemos dudado de nuestras propias fuerzas y nos ha parecido, más conveniente que seguir los impulsos de nuestra inspiracion y nuestras notas, copiar al citado escritor en lo que se refiere á las prendas físicas y morales

de este monarca, en la seguridad de que así llenamos más cumplidamente nuestro objeto.

«.....Por lo que nos dicen los historiadores contemporáneos y la inspeccion de los retratos que dejó el Ticiano de Felipe II en sus mejores años, se puede asegurar que fué un hombre de algo ménos que mediana talla, de cuerpo no grueso y bien proporcionado, de facciones varoniles y bastante agraciadas, si el aire de seriedad y hasta de severidad que respira su rostro, no neutralizasen todo cuanto tiene de juvenil y pudiera parecer hasta agradable. Fué esta gravedad ya desde su niñez el distintivo de todas sus palabras, de sus acciones y hasta de los movimientos más insignificantes de su vida. Se puede decir que este rey jamás fué niño. Desde sus primeros años llamaron la atencion de sus ayos y maestros lo breve de sus dichos, lo agudo y grave de sus réplicas. Observó desde sus primeros años un *decorum* severo en sus acciones más indiferentes, y exigió que los otros guardasen la misma etiqueta en cuanto decia relacion á su persona. Dicen de él que no cantó nunca. Añaden que apenas se reia; y aun cuando esto se puede traducir por un rasgo de adulacion á la severa majestad que en él resplandecia, se puede creer que sus momentos de alegría y rasgos de jocosidad fueron muy raros, si los hubo, en algunos momentos de su vida. Como empezó á gobernar cuando no salia de sus primeros años, y todavia se hallaba como en la niñez, no es extraño que la seriedad que influyen generalmente los negocios, unida á su carácter natural y á la alta idea que tenia de su condicion social, le hubiesen hecho el personaje más sério, más grave, más circunspecto de su siglo.»

«.....Se puede decir con fundamento que le enajenó
»más personas esta cualidad de serio en sus maneras y pala-
»bras que el mismo carácter de severidad, de dureza y hasta
»de crueldad de que se resintieron muchos de sus actos.
»Ninguno se acercaba á su presencia sin algun sentimiento
»de temor; los principales personajes de su corte miraban
»ansiosos si en su rostro se descubria alguna señal de des-
»agrado, y se sentian como colgados de palabras cuya
»aspereza ó critica punzante podia llevar la muerte al fondo
»de sus corazones. Ninguno le hablaba sin pesar con cuida-
»do sus palabras. Cuantos se le presentaban por primera vez,
»ó bien por negocios propios, ó bien en nombre de alguna
»corporacion, se cortaban en sus discursos; y muchas veces la
»vista penetrante que fijaba Felipe II en el orador recorrien-
»do toda su persona, echó á perder las arengas más bien ele-
»vadas y aprendidas de memoria. Más serios resultados pro-
»dujeron á veces algunos dichos ágríos del monarca. El
»libro ya citado (1) menciona un presidente de órdenes, á
»quien llevó al sepulcro una mirada suya mezclada con al-
»guna reprension, por haber revelado á la reina Ana ciertas
»cláusulas de su testamento; y un virey del Perú, á quien
»sucedió lo mismo, por haberle dicho Felipe II que le habia
»enviado á Indias *no para que matase reyes, sino para que*
»*sirviese á reyes.*»

«.....En medio de esta seriedad, de que nunca se aparta-
»ba, oia el rey muchas veces con paciencia á los que venian
»á solicitarle, y suspendia los ímpetus de su severidad al
»oir ciertas respuestas cuya justicia le hacia fuerza. Se cita

(1) Dichos y hechos del rey Felipe II.

»entre otros el caso de un guardian de San Francisco, en
 »cuya celda se habia ocultado un tal D. Gonzalo Chacon, á
 »quien el rey buscaba. Averiguado el lance, hizo el rey venir
 »á su presencia al religioso, y le dijo con acento airado:
 »*Fraile, ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro rey y á*
 »*encubrir un delincuente tal? ¿qué os movió?* Arrodillado el
 »guardian levantó los ojos, y humildemente respondió:—
 »*La caridad.* Al oírle el rey dió dos pasos atrás, y repitió
 »dos veces: *¡La caridad! ¡La caridad! Volvedle luego bien*
 »*acomodado á su convento,* dijo al alcalde de córte que le
 »acompañaba. *Si la caridad le ha movido, ¿qué le hemos de*
 »*hacer?*»

«.....La instruccion de Felipe II no era vasta. Debíó de
 »ser poco aprovechado en humanidades, y sobre todo en las
 »lenguas vivas, y lo demuestra el que cuando la ceremonia
 »de la renuncia de los Estados de Flandes en su favor por
 »Cárlas V, encargó al que despues fué cardenal Granvela,
 »respondiese á los Estados en su nombre en lengua france-
 »sa, excusándose de no hacerlo él mismo por no haberla de-
 »prendido.»

Esto así, y suplicando á nuestros lectores nos dispensen
 si les ha parecido largo este retrato, proseguimos.

Felipe II, al entrar, saludó á la princesa quitándose su
 sombrero de terciopelo negro y besándola la mano..

Doña Ana le recibió con los ojos bajos, y ruborizándose
 fuertemente, se acercó al rey y le abrazó con cariño. Des-
 pues le cogió de una mano, y fué á sentarse en el mismo
 divan que momentos ántes habia ocupado con Antonio
 Perez, y sonriéndole como habia sonreído al favorito.

Despues de un momento de silencio, la princesa conoció

que Felipe II no se hallaba muy satisfecho aquella noche, y con esa astucia de mujer que no la abandonó en los días más aciagos de su vida, dijo á su real amante echándole los brazos al cuello:

—Esta mañana me avisó Santoyo que vendria V. M., y ya le esperaba con impaciencia y.... con celos. ¡Cuánto habeis tardado, señor! sin duda ha detenido á V. M. en el alcázar su otra Ana que teneis en él.

La princesa de Eboli hacía referencia á Doña Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II é hija del emperador Maximiliano.

El rey continuaba severo y grave, á pesar del cariñoso recibimiento que habia tenido, y Doña Ana, no desanimándose por esto, prosiguió con acento de dolorosa reconvencion:

—Ya veo, señor, que la Ana del alcázar tiene más suerte que esta otra pobre Ana que os está hablando y á quien V. M. no quiere oir.

Felipe II se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar una idea que le pesaba demasiado.

—Siento haberte hecho esperar, dijo por fin á la princesa, pero los asuntos de Estado me han detenido más de lo que yo queria, y.... Pero dejemos esto, princesa; aquí vengo para descansar de tan enojosos asuntos, y ni aún esto me es permitido. Hablemos de otra cosa.

—Como gustéis, señor, exclamó Doña Ana, algun tanto resentida porque el rey no la manifestaba la causa de su disgusto; sin duda V. M. ya no tiene confianza en mí cuando no me abre su corazon cómo otras veces.

Y la princesa fijó sus negros y hermosos ojos en el rostro pálido del monarca con una expresión de amor tan profun-

da, que el rey se estremeció, contestándola cariñosamente:

—Ana mia, te equivocas si es cierto que lo crees así. Tú eres la única persona que no me engaña, lo sé, y por eso te amo tanto y te descubro mi pecho....

—¡Oh! señor....

—Sí; pero hay á veces cosas que tiñen de rubor las mejillas, que avergüenzan, que humillan mi dignidad, y no me atrevo á decírtelas.

—¿Y qué es ello, señor?

—No te lo digo, Ana.

—¡Oh! perdonadme, pero quiero saberlo. ¿Por qué, como otras veces, no desahogais conmigo vuestras penas? ¿Acaso los flamencos han hecho alguna de las suyas?

—Nó.

—¿Se han vuelto á rebelar los portugueses?

—Nó, volvió á repetir el rey con aire sombrío. Los portugueses quedaron escarmentados, y por algun tiempo no se atreverán á levantarse.

Doña Ana se estremeció.

—¿Será por desgracia la conducta de la nobleza con Antonio Perez la causa de vuestros disgustos?

—Esa causa existe todos los dias, pero ahora tampoco es eso, Ana.

—Entónces, señor, replicó la princesa lanzando un suspiro de felicidad al ver que sus temores eran infundados, entónces os aseguro que no lo comprendo; ya sabeis cuán torpe soy.

El rey se aproximó entónces más á la princesa.

—Ana, la dijo bajando la voz como si temiera ser escuchado: Felipe II, rey de dos mundos, el rey más fuerte y po-

deroso de Europa, el hombre en cuyos dominios nunca se pone el sol, como dicen mis aduladores, tiene por enemigo á otro hombre más fuerte que él.

—¡Dios mío! ¿Amenaza á V. M. alguna nueva guerra?

—Sí; pero.... ¡ay de ese hombre si cae en mi poder!

—¿Pero quién es, Felipe?

El monarca se quedó pensativo por algunos momentos.

—Ana, dijo á la princesa despues de unos instantes de silencio, ¿recuerdas que hace algunos dias envié á Juan de Lanuza, hijo del Justicia mayor de Aragon, de gobernador de Nápoles?

—Sí, señor, me acuerdo.

—¿Y recuerdas tambien que le di el mando de una escuadrilla para que pudiera combatir y prender al célebre pirata que llaman el Corsario Negro?

—Y bien, señor.

—Pues mira y lee; esta carta fué entregada esta mañana en palacio á uno de mis pajes por un hombre desconocido.

Doña Ana, sorprendida, cogió la carta, la abrió y leyó conmovida lo siguiente:

«Rey Felipe: Hace quince dias que destrocé y tomé en el golfo de Nápoles vuestra poderosa galera capitana, y lo mismo hubiera hecho con las otras dos si una tempestad no las hubiese alejado de aquellas costas. En ella hice prisioneros á vuestro nombrado gobernador de Nápoles D. Juan de Lanuza, y á su contramaestre Perez de Moya, que por cierto es un caballero que vale tanto como D. Juan.

»El gobernador, á pesar de su juventud, se defendió como un valiente, y sólo se entregó cuando la galera estaba destrozada, muertos sus soldados y amenazando el fuego

sepultar á los pocos que aun quedaban con vida. ¡En verdad, pobre y miserable rey, que no sois digno de tener tan bravos servidores!

»Por ahora D. Juan de Lanuza, que pertenece á vuestra primera y más querida nobleza, y el señor Perez Moya, que es uno de vuestros bravos marinos que más valen, son mis prisioneros, y teneis que tratar conmigo de poder á poder.

»Hace un año que teneis encerrados en las prisiones del Santo Oficio dos de mis más queridos servidores, San Pietro y Belonaro. La vida de Lanuza y Moya me responden de las de mis amigos, y hasta que estos regresen libres á mi lado, vuestros dos vasallos comerán tambien el pan de la esclavitud.

»Ahora guardaos, porque mi venganza os persigue.

El Corsario Negro.»

—¿Qué os parece, Ana? exclamó el rey, pálido y convulso de cólera, cuando la dama hubo concluido de leer la singular misiva; ¿qué os parece? ¿Veis que un miserable pirata se atreve á insultar al que llamais Felipe el invencible? ¡Oh! daria la mitad de mis reinos por poder castigar á ese infame....

Doña Ana miró por un momento al rey, y luego se sonrió con increíble asombro del colérico monarca.

—¿Os reís, señora? la dijo con acento destemplado.

La princesa dejó de sonreír, pero no se inmutó por eso.

—Perdonad, señor, exclamó mirando al rey como sabía que le electrizaba. La carta es insolente, y su autor merece un terrible castigo; pero no creo que sea digno de llamar vuestra atencion. Bien sabeis que á todos esos piratas se les destruye con bien poca cosa.

—Sí, pero el Corsario Negro es un pirata increíble. Posee en Nápoles tanta influencia como yo, y....

—Perdonad otra vez; pero ya que os habeis dignado hacermes esta confianza, permitid que os haga algunas reflexiones.

—Hacedlas, ¡vive Dios! pero pronto.

—¿Qué pensais hacer?

—¿Yo? gritó el monarca, asombrado de que la princesa dudase de su arrojo. ¿Estais loca, señora? ¿creeis que mi furor se ha exaltado porque no sepa qué hacer? Mañana mismo serán ahorcados los piratas que tengo en mi poder, y pasado, el duque de Alba partirá á Nápoles y arrasará la Sicilia si ese hombre no se me entrega. D. Pedro de Toledo es el único capaz de prender á ese infame bandido.

—Tiene razon V. M., contestó Doña Ana, que en los proyectos del rey veia los suyos, puesto que se alejaria de la corte el mayor enemigo de Antonio Perez. El duque de Alba nunca está más satisfecho que cuando se halla en la guerra.

—Es cierto, Ana.

—Verdad que el Corsario cumplirá su terrible promesa y sacrificará á D. Juan de Lanuza y al contramaestre; pero....

—¿Qué me importa? exclamó el rey con una severidad que estaba muy cerca de la fiereza: los servidores de Felipe II han nacido para eso, y no puedo titubear entre salvar á ese jóven y transigir con el Corsario. Lo siento, pero así lo reclama mi dignidad, que es la dignidad del país.

—Entónces, señor, si tan decidido estais, tranquilizaos. ¿A qué vuestra cólera?

—Esta maldita carta....

—Rompedla y haced lo que habeis pensado.

—Felipe II volvió á pasarse la mano por la frente, y procuró serenarse.

—Tienes razon, Ana, dijo á la princesa; no hablemos ya más de tan enojoso asunto. Y dime, ¿hace mucho tiempo que no has visto á Antonio Perez?

La dama palideció levemente á tan inesperada pregunta, pero trató de no aturdirse, á fin de dominar la situacion, si por acaso tenia necesidad de ello.

—Hoy mismo le he visto, señor, dijo al rey con la más aparente indiferencia; hoy le he hablado, y por cierto que me ha encargado mucho recomiende á V. M. un empeño que tiene.

—¿Qué es ello? dijo Felipe II frunciendo las cejas y disgustado; ¿desea acaso el señor secretario de Estado alguna nueva dignidad? ¿No está aún satisfecho con su posicion? ¿Por ventura quiere más encomiendas? Pues os advierto, señora, que la ocasion no es la más propicia para conceder mercedes, y ménos á un hombre á quien la opinion pública ha empezado á acusar del asesinato de Escobedo, ya lo sabeis, señora.

—Sí, pero ese asunto no es más que un pretexto para derribarle. La córte le tiene envidia, y....

—Callaos, Doña Ana, repuso el rey con acento frio y reservado; no defendais á Antonio Perez, puesto que yo no le amo: el pueblo lo dice; yo no creo al pueblo, pero lo dice. Por lo demás no es esta ocasion para discutir esa sospecha del vulgo. ¿Qué quiere, pues, el señor secretario?

—Pediros una gracia, y demostraros con esa gracia, que desea captarse la amistad de uno de vuestros más fieles servidores, aunque este caballero es uno de sus más terribles

enemigos. Por eso me he atrevido á recomendaros su petición.

—¿Pero qué es lo que quiere?

—Que V. M. ofrezca al noble D. Pedro Fajardo la mano de su hermana Constanza Perez.

—¿Y quién le ha dicho al señor secretario que el marqués de los Velez querrá casarse con su hermana?

—Se ha enamorado de ella como un loco, y una vez unidas las dos familias, cesarian todas las rivalidades, y vuestros dos más fieles y entendidos vasallos se dedicarían á vuestro servicio y aunarian sus esfuerzos en obsequio de V. M.

El semblante del rey, severo hasta entónces, comenzó á desarrugarse algun tanto.

—Eso es otra cosa, Ana, dijo. Confiésote que me agrada esa idea; y una vez que Fajardo está enamorado de la bella Constanza, se la ofreceré y seré su padrino de boda.

—Pues si V. M. lo permite, yo seré la madrina, repuso la princesa sonriéndose y satisfecha de haber conseguido del rey que ofreciera al marqués de los Velez la mano de Constanza, pues de este modo libraba á Antonio de su más terrible enemigo.

—¡Ah! ese enlace va á ser el iris de paz de los dos mejores servidores que el cielo os ha concedido.

—Dios lo quiera, Ana, porque te aseguro que aborrezco esas malhadadas rencillas entre mis vasallos, que no basta á extirpar mi prudencia. ¡Es Antonio Perez tan ambicioso!...

—Un poco, señor, pero en cambio os sirve bien y con una lealtad sin ejemplo.

—Ya lo sé; pero te suplico, Ana mia, que no hablemos

más de estas cosas; replicó Felipe II pasando su brazo por la cintura de su amante y haciendo un esfuerzo para olvidar completamente todos sus negocios de rey. No hablemos más de política; he venido aquí á distraerme, á olvidarla; y hasta ahora no hemos hablado más que de ella.... ¡Qué fatalidad, que el rey nunca puede dejar de ser rey!

La princesa se sonrió con voluptuosa coquetería, y aproximando sus labios al oído de Felipe II, le dijo casi en voz baja:

—Pues ahora, Felipe mio, deseo que lo olvides todo por mí y que no te acuerdes más que de mí. Ahora quiero ser la reina. ¡Ay! ¡son tan cortos estos momentos en que puedo mirarte y hablarte como al más querido de los hombres, sin que el brillo de tu corona me haga estremecer y bajar la vista, y sin que los cortesanos y palaciegos me obliguen á permanecer muda á tu lado!...

—¿De veras, Ana?

—¡Oh! bien lo sabes, Felipe.

El monarca se estremeció de alegría.

Hay momentos en que el dulce acento de la mujer querida penetra en el corazon como una de esas melodías tiernas y sentimentales que parecen hablar al alma con el lenguaje del cielo, momentos en que se olvida todo, en que sólo se respira amor, en que el alma no puede sentir tanta dicha y se entrega aletargada al sueño mágico de la felicidad.

En esos momentos todos los hombres son iguales. Lo mismo el rey que el esclavo, el sábio que el ignorante, el poderoso que el mendigo, olvidan sus asuntos, sus cadenas, su ciencia, su dominacion, sus dolores, para no vivir más que con esa vida del alma, especie de éxtasis, que parece

trasportarla á otro mundo donde la felicidad es eterna.

Felipe II amaba á Doña Ana de Mendoza quizás como no habia amado á ninguna mujer. Viejo ya, parecia haber revivido con aquel amor que le recordaba los hermosos tiempos de su juventud; y sedienta su alma de amor, alma grande como su gloria, grande hasta en sus errores y fanatismo, amaba á la princesa con esa intensidad del último amor, que parecen los últimos esfuerzos de la naturaleza que se ve morir.

Felipe II amaba á Doña Ana con ese ciego exclusivismo de la verdadera pasion que nada respeta, y que lo mismo puede conducir al heroismo de la virtud como al delirio del crimen; le amaba, en fin, como solo se ama una vez en la vida.

CAPÍTULO III.

Constanza Perez.

Al otro día y á las ocho de la mañana, veíase una niña encantadora en una de las habitaciones de la casa de Antonio Perez.

Esta cámara estaba adornada con gusto y sencillez, y tanto se le podía llamar tocador como oratorio. Las paredes estaban cubiertas de estuco con arabescos, el pavimento con estera de juncos, y las banquetas y sillones eran de cuero de Flandes con clavitos de plata.

La cámara tenia dos ventanas, en las que se veian enredaderas de pasionaria y de jazmin, y entre las dos una mesa de encina tallada caprichosamente con un espejo y objetos de tocador.

Frente por frente de esta mesita se alzaba un pequeño retablo con un frontal de raso carmesí y un dosel de terciopelo azul que cubria una hermosísima imagen de la virgen

del Pilar. A los piés de ésta se hallaba colocado un crucifijo de marfil, y delante del altar un reclinatorio con un libro de oraciones abierto.

El sol iluminaba completamente la estancia, y algunos atrevidos pájaros se apoyaban en las ventanas, que daban á un extenso jardín, en el que se veían muchas y bellas flores, oyéndose el canto de los ruiseñores y el leve susurro de las abejas, que, trabajadoras incansables, volaban de planta en planta robando á las flores el jugo para fabricar su panal.

Sentada en un alto sillón al lado de una de las ventanas, se veía á la niña que hemos mencionado, y que era muy niña en verdad, pues acababa de salir de la infancia para entrar en la adolescencia. Tendría unos dieziseis años, y nada más poético ciertamente que su figura.

Era de estatura baja y sumamente delgada; su rostro oval tenía esa blancura nacarada, tanto más hermosa cuanto la naturaleza es avara en concederla. Las mejillas, con el dulce color de la rosa entreabierta, eran quizás un poco lánguidas, pero daban á su fisonomía un suave tinte de castidad y pureza. Sus ojos, de un azul pálido, reflejaban su alma, tranquila como un lago sereno; y sus cabellos, de un rubio brillante que caían en bucles alrededor de su frente y cuello, completaban el aspecto angelical de aquella niña, que más que belleza de la tierra parecía un ángel del cielo.

Al mirar su dulce boca, comprendíase que aquellos labios no podían pronunciar más que frases tiernas y sensibles, y al contemplar en conjunto toda su persona, se adivinaba en ella una de esas naturalezas faltas de energía que no han nacido para dominar y que se dejan morir ántes de

sostener una lucha, sacrificándose por todos, y sólo teniendo lágrimas para llorar sus dolores.

Vestia una ancha túnica de seda azul celeste, púdicamente cerrada hasta el cuello y sujeta en el talle por un cordón de plata con borlas.

Esta niña se llamaba Constanza Perez, y era hermana del secretario de Estado, ahijada de Blanca y prometida esposa, como ya saben nuestros lectores, del jóven Juan de Lanuza, á quien amaba con toda su alma.

Constanza tenia en sus manos una banda de seda roja, que sin duda destinaba para su prometido, pues estaba concluyendo de bordar en ella las iniciales entrelazadas de su nombre y el de Juan. De vez en cuando alguna fugitiva lágrima caía sobre el bordado, lágrima que la niña besaba religiosamente como si fuera un tributo á sus ausentes amores.

De repente se abrió la puerta de la cámara, y entró un paje como de unos veinte años, con el rostro radiante de alegría.

Este jóven, uno de los compañeros de infancia de Juan de Lanuza, que habia nacido en su servicio y que adoraba á sus señores como á Dios, habia entrado al cuidado de Constanza Perez por indicacion de su jóven amo, con el objeto de proteger á la niña y tener á aquel al corriente de todo lo que la sucediera.

El jóven se adelantó hasta el centro de la habitacion, y dejó de sonreír al ver llorar á Constanza.

—¡Ah! señora mia... la dijo, ¿es posible que habeis de estar llorando casi siempre?

—¿Y eso te extraña, Luis? le contestó la jóven. ¿Ignoras acaso por qué lloro?

—Nó, señora, pero...

—Un mes va á hacer que Juan y Blanca se embarcaron en Cádiz, y nada hemos sabido de ellos.

—Sí, es verdad, pero no debeis afligiros tanto, porque sin duda habrá escrito á mis señores.

—¿Y crees que nó se hubiera acordado de mí? replicó Constanza ruborizándose.

—Ya lo creo, prosiguió el jóven con afectuosa malicia. Eso no era posible; y como nunca suceden en el mundo cosas imposibles, mi jóven señor no os ha olvidado ciertamente.

—¿Y si le ha sucedido alguna desgracia?

—No es creible. En la posicion oficial que ocupaba, habria llegado ya á nuestros oidos.

—¡Ah! tú que sabes cuánto le quiero y que estás enterado de todo, ¿te parece posible que pueda yo vivir dichosa ni tranquila, cuando estoy separada de Juan y de mi buena madrina, únicas personas que me quieren en el mundo, y en cambio me hallo en la córte al lado de mi hermano Antonio, que se opone á mi enlace con Juan porque Perez aborrece á Blanca? ¡Dios mio! Tú, mi buen Luis, ya sabes todo esto; no me preguntes, pues, por qué estoy triste ni por qué lloro....

—Sí, señora, sí, contestó el paje metiendo cautelosamente la mano en su escarcela, todo lo sé, y puedo aseguraros que comprendo perfectamente la posicion difícil en que estais; pero... tranquilizaos un poquito, un poquito, señora mia, para que podais leer esta carta.

Luis sacó de su escarcela un pergamino, que enseñó á su jóven ama con aire de triunfo y sonriéndose lleno de alegría.

—¿Qué es eso? exclamó Constanza incorporándose, ¿una carta?

—Sí, señora.

—¿De Juan por ventura?

—Sí, señora.

—¡Oh! ¿por qué no me la has dado ántes? ¡Dios mio! dámela, dámela....

Constanza arrebató la carta á Luis, y rompiendo el sello la desdobló, empezando á leerla ávidamente.

Pero la jóven, á medida que iba leyendo, su semblante palidecia, y al acabar se dejó caer en el sillón y prorumpió á llorar con la mayor amargura.

—¿Qué sucede, señora? preguntó el paje asombrado de aquel dolor, ¿qué nuevo peligro amenaza á mi amo?

Constanza le alargó el pergamino.

—¿Olvidais, señora, que no sé leer? dijo el paje tristemente.

La hermana del secretario de Estado, ahogada por las lágrimas, volvió á leer la carta para enterar de su contenido á Luis.

Esta decia así:

«Constanza mia: Estoy prisionero del Corsario Negro, lo mismo que Blanca. Este hombre es bueno y humano, y nos trata muy bien; ¡pero infeliz de mí! Dios sabe el tiempo que durará nuestro cautiverio. El Corsario Negro ha escrito á Felipe II, y segun el rey le conteste, así dispondrá de nosotros.... ¡Oh! amada mia, ten paciencia, porque la desgracia nos persigue. Inmediatamente que recibas estas letras, manda á Luis á Zaragoza para que ponga en conocimiento de mis padres el triste estado en que nos hallamos. Tú re-

signate y espera, que yo jamás te olvido; y acuérdate mucho de tu madrina y de tu prometido.

Juan..»

—¡Dios mio! exclamó la jóven, despues que hubo concluido la lectura de esta carta, ¿qué va á ser de mí? ¡Ah! si Juan muere, si ese pirata le sacrifica á su odio ó resentimiento.... ¿Pero qué puedo hacer? Si yo tuviera el valor y la energía de mi madrina.... ¿Qué me aconsejas, mi buen Luis? ¡Oh! habla.... te has quedado aterrado como yo.

—Con efecto, el *buen Luis*, como le llamaba Constanza, no presumiéndose ni remotamente que la carta encerrase tan tristes nuevas, habíase quedado atónito, helado, sin saber qué decir, porque el pobre paje nada ó muy poco podia hacer para salvar á su señor. Empero la necesidad hace fuertes á los débiles, y despues de un momento de meditacion, Luis creyó haber encontrado una idea salvadora, y dijo á Constanza procurando serenarse:

—No lloreis más, señora mia; hoy mismo partiré á Zaragoza, y allí lo arreglará todo el poderoso Justicia mayor, mi honorable amo. El escribirá ó se entenderá con el rey, para que haga lo que quiera el Corsario, y todo se habrá conseguido. Mis buenos amos volverán á España.

La hermana de Antonio Perez alzó la cabeza, y un rayo de esperanza brilló en sus ojos.

—Sí, sí, Luis, dijo al paje, marcha á Zaragoza, pues D. Juan de Lanuza, al saber la prisión de sus hijos, revolverá el mundo entero para que sean libres. Su poder en Aragón es inmenso, y Felipe II no querrá disgustarle.

Y cogiendo el pergamino, lo enrolló y se lo entregó al

paje; pero entónces pudo observar que estaba tambien escrito por el reverso.

Apoderóse nuevamente de él, y leyó aquella especie de post-data, que empezaba así: «Un pirata, servidor del Corsario, será el que te dará esta carta. No trates de buscarle, pues tan misterioso como su amo, no le encontrarias, y te podria suceder alguna desgracia. Si algo quieres enviarme ó decirme, manda á Luis á la casa número 30 de la calle de Leganitos, y un hombre que en ella encontrará, me dará tus recuerdos. Silencio absoluto sobre esto, pues se compromete mi vida si lo revelas.»

Concluida la lectura, Constanza, que se habia animado algun tanto, se dirigió apresuradamente á su mesita, y cogiendo un pergamino, escribió en él:

«Mi amado Juan: He recibido tus letras, y en este momento parte Luis á Aragon á dar á tus padres la tristísima noticia de tu prision y desgracia. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido al leer tu carta! Pero ya sé que no he nacido para ser dichosa, y pediré á Dios fuerzas para resignarme.... ¿Qué se han hecho los felices dias de Ambeler?

»Adios, adios; recibe el corazon de tu

Constanza.»

La niña cerró la carta, la selló y se la entregó con la otra al paje.

—Toma, le dijo, apresúrate á llevar esta carta á la calle de Leganitos, número 30, y se la entregas al hombre que en ella vive, segun dice Juan. No le hagas preguntas sospechosas y guarda el secreto, porque ya has oido cómo nos

lo advierte Juan. Despues, con el pergamino, al señor de Lanuza. ¡Corre, vuela, mi buen Luis, pues los momentos se me hacen años!

El jóven guardó los pergaminos en su escarcela, y arrodillándose á los piés de Constanza, la dijo besando su mano con cariñoso respeto:

—Señora... os juro cumplir fiel y lealmente la noble comision que me habeis encargado, y os prometo regresar á vuestro lado lo más pronto posible, porque no se me oculta el abandono en que quedais.

—Yo rogaré á Dios para que me dé fuerzas y corone tu viaje de un feliz éxito.

—Gracias, señora, gracias.

Y Luis, inclinándose reverentemente, se alejó con lágrimas en los ojos.

Constanza se dejó caer fatigada en el sillón, y sacando de su seno un medallon de oro, besó muchas veces dos rizos de cabellos que contenia, uno de su madrina y otro de su prometido. ¡Pobre niña!

Cuando más abstraída estaba en su contemplacion, su camarera Florinda penetró en la sala.

—Señora, la dijo, abajo os espera una litera, enviada por la princesa de Eboli, la cual os ruega paseis á su casa, pues tiene que hablaros.

Constanza palideció, porque sentia por Doña Ana un horror instintivo; y no presintiendo nada bueno de aquella extraña conferencia, solicitada más extrañamente todavía, contestó á su camarera:

—¿Dices que Doña Ana de Mendoza desea hablarme? ¿Quién te ha comunicado ese recado?

—Uno de sus pajes que acompaña á la litera.

—¿Trae algun billete?

—Nó, señora.

—Entónces no sé si debo acudir, Florinda.

—Os advierto, señora, que con los pajes de la princesa viene un escudero de vuestro hermano. El señor está en el palacio de Eboli.

—¡Ah! eso es otra cosa, repuso Constanza, apresurándose á recoger su bordado y enjugar sus lagrimas. Si mi hermano espera, no debo hacerle aguardar. Ven, Florinda, ven, ayúdame á vestir.

Y Constanza desapareció con su camarera en otra habitacion, de la que volvió á salir vestida, sencillamente, pero en traje de corte.

Turbada é inquieta, sin saber por qué, bajó las magníficas escaleras de la casa, subió á la litera y se dirigió á los portales de Santa María, procurando encontrar en su mente la causa de aquel aviso tan rápido y aquella conferencia, al parecer, tan interesante.

CAPÍTULO IV.

Un golpe terrible.

Doña Ana de Mendoza se apresuró á contar á Perez cuanto el rey le habia manifestado la noche anterior con referencia al Corsario Negro y á la prision de Lanuza, todo lo cual oyó el secretario regocijándose interiormente, y manifestando á la princesa que debian acelerar en lo posible el proyectado casamiento de Constanza con D. Pedro Fajardo.

Cuando así lo creian más oportuno, el marqués de los Velez se presentó á Antonio, á quien dijo que Felipe II le habia ofrecido la mano de Constanza, por lo que iba á pedirselas á él y á darle las gracias por concedérsela.

Este paso, dado por D. Pedro Fajardo con la lealtad que le era propia, no dejó de sorprender á los dos favoritos, pues nunca podian esperar que el rey tomase tan pronto cartas en el asunto; pero ya seguros de su victoria por este

lado, y pareciendo á Antonio de buen agüero la facilidad con que el monarca habia accedido entónces á sus deseos, convino con la princesa en apresurar lo más pronto posible el proyectado enlace.

Así son los placeres y alegrías del mundo. Frecuentemente, lo que es para unos motivo de alegría, es para otros causa de dolor, como si Dios no hubiera dado á la humanidad más que una cantidad fija de felicidad, y nadie pudiese ser feliz sin hacer á otro desgraciado. D. Pedro Fajardo era feliz, porque iba á satisfacer su amor con el beneplácito del monarca; Antonio Perez, porque aquel matrimonio iba á proporcionarle la poderosa ayuda del que hasta entónces habia sido su más terrible enemigo; y la princesa tambien era feliz, porque, gracias á su talento, libraba á su amante de un rival en el favor del rey, y adquiria con su conducta mayores derechos á la gratitud del secretario. Sólo en aquella familia la desgracia iba á herir á Constanza, especie de víctima propiciatoria, sacrificada en las aras de la ambicion de su hermano, de la diplomacia de la princesa y del amor del marqués.

Tan sólo la infeliz ahijada de Blanca, niña pura é infantil, era la que perderia su dicha. No repuesta aún de la triste noticia de la prision de su amante, iba á sufrir otro golpe para el que no estaba preparada.

Doña Ana de Mendoza y Antonio Perez esperaban á Constanza en un magnífico salon de columnas de mármol con tapices de Flandes, y cuyos balcones estaban medio cerrados, á fin de que el calor no incomodase ni penetrase por ellos el aire cálido y seco del verano.

Constanza, al entrar, se aproximó á la princesa con cier-

ta timidez que no estaba exenta de aversión, pues no podía olvidar que aquella mujer habia sido la causa del rompimiento de Antonio y su madrina.

Doña Ana la recibió con un afecto hipócritamente exagerado, y besándola con cariño, la dijo con la mayor dulzura:

—Mi querida niña, seais bienvenida á esta casa que tan raras veces quereis favorecer con vuestra presencia. Pero hoy no he querido eximiros de vuestra venida, porque el señor Antonio Perez comerá conmigo, y deseo que nos acompañeis á la mesa. A la tarde os llevaré al prado de San Gerónimo, y allí os hablaré de un asunto que os interesa mucho y que estoy segurísima ha de causaros honda alegría.

—Señora princesa, repuso la jóven, inclinándose con fria dignidad, os doy gracias por vuestro recuerdo, y aun que vuestra compañía me es en extremo agradable, por hoy no puedo disfrutar de ella.

—¿Cómo?

—Antonio, segun decís, es vuestro convidado, y tengo ofrecido á su esposa, mi querida hermana Doña Juana, que irá á hacerle compañía todos los días que Perez tenga que dejarla sola. Hoy, por lo tanto, es uno de estos días, y no debo faltar á mi palabra. Ya que Juana no puede tener al esposo, tendrá á su hermana en su mesa.

Perez se puso encarnado hasta el blanco de los ojos, por la terrible lección que, con su sencillez casi infantil, acababa de darle Constanza.

La princesa se mordió los labios con despecho.

—¿Cómo? la dijo, ¿me desairais, niña mia? ¿Desairais á vuestro hermano?

—Lo siento, señora; pero Juana me quiere mucho, y hoy me espera.

—Como gusteis, replicó la de Eboli algún tanto resentida. Sois libre de pasar el día al lado de las personas que más apreciéis; pero entonces toinad asiento, pues vamos á tratar de un asunto grave. Vuestro hermano me ha suplicado que os participe una noticia que ha de haceros muy dichosa.

—Sí, mi querida hermana, replicó Perez con dulzura; tenemos que darte una noticia que nos agradecerás en extremo.

—Y bien, ¿qué es ello?

—Comprendo vuestra curiosidad, querida niña mia; repuso la princesa sonriéndose; pero no seré yo quien os la participe, sino vuestro hermano; el señor Perez, á quien de derecho corresponde.

El secretario se quedó inmóvil y sin saber qué decir, pues demasiado sabía el golpe tan rudo que iba á dar á Constanza.

La amada de Lanuza, sobrecogida por un extraño miedo, miraba unas veces á la princesa y otras á Antonio, como queriéndoles preguntar qué tenían que decirle; hasta que viendo que los dos permanecían callados, no pudo ménos de decirles verdaderamente sobresaltada:

—Pero ¡Dios mío! ¿qué cosa ó noticia es esa que no os atreveis á decirme, y sin embargo es satisfactoria?

El secretario bajó la cabeza en vez de contestar á su hermana, y como ésta se habia dirigido á los dos, la princesa no tuvo más remedio que hablar:

—Mi querida Constanza, dijo á la niña, el marqués de

los Velez D. Pedro Fajardo os amaba hacía mucho tiempo; y habiéndolo sabido el rey, que se esmera en vuestros adelantos, os ha propuesto á D. Pedro para esposa. No creo necesario deciros, niña mia, que el marqués aceptó complacido, que ya ha hablado y reconciliádose con vuestro hermano, y que éste es un brillante enlace, porque el de los Velez es riquísimo y uno de los nobles que más cerca se hallan del monarca.

Doña Ana calló, esperando sin duda que la pobre niña hiciera alguna demostracion de asombro, por lo ménos; pero Constanza permaneció inmóvil, silenciosa y como abstraída.

—¿Qué me contestais? la preguntó por fin la princesa.

—Que eso no puede ser, señora, exclamó por fin la desgraciada jóven. No puede ser, porque sabe mi hermano que soy la prometida de Juan de Lanuza.

—Es verdad, añadió con desden Antonio Perez; pero esos son compromisos de niña, á los que la mujer no debe atender de ningún modo.

—¿Qué dices?

—Sí, Constanza. Cuando empeñaste tu palabra á Juan, eras una niña que no sabías lo que te hacías. La boda que S. M. el rey se digna proponerte por nuestra mediacion, es tan brillante como tú ni aun en sueños podías esperar.

—¡Pero si yo no soy ambiciosa! replicó Constanza con acento de amargo reproche; yo me contento con muy poco, y creedme, basta á mi felicidad Juan de Lanuza y su castillo de Ambeler.

La princesa soltó una burlona carcajada.

—Vuestra hermana es una niña loca que no sabe lo que

la conviene, dijo al secretario. ¡Su Juan y Ambeler! Vámos, hija mia, ¿quereis por ventura hacer del matrimonio un idilio pastoril? En ese castillo, vuestro esposo os cogeria flores, y vos le cantaríais romanzas con vuestra linda voz.... ¡Qué bello!... ¡Ah! sois una inocente, hija mia.

—Tal vez tengais razon, señora, repuso Constanza, herida en lo más profundo de su alma por el tono sarcástico de la princesa, tal vez tengais razon; pero eso creo que consiste en que vos y yo vemos el matrimonio de muy distinta manera. Desde el dia que me case, quiero vivir exclusivamente dedicada á mi esposo; y como nada han de importarme los halagos mentidos del mundo, he de ser feliz con muy poca cosa.

Doña Ana palideció de cólera. Era ya la segunda vez que aquella sencilla niña la echaba indirectamente en cara sus faltas; y no atreviéndose á hablar, por no decir una inconveniencia, guardó silencio.

Perez adivinó lo que sufría su amiga, y ya disgustado por las réplicas de su hermana, la dijo bruscamente:

—Constanza, no creo que hayas venido á discutir aquí tu manera más ó ménos exacta de juzgar el matrimonio; no creo tampoco [que tengas la pretension de considerar tus opiniones más rectas ni más prudentes que las de la señora princesa y mias....

—Pero hermano mio....

—No creo, en fin, que te hagas la ilusion de esperar que bastarán tus razones para convencernos, cuando no es nuestra voluntad la que te manda, sino la del rey, como ya te hemos dicho.... Por lo tanto, no se trata aquí de lo que puedas querer, sino de lo que te conviene, de lo que es pre-

ciso ejecutar. El marqués de los Velez te quiere para esposa, y es preciso, indispensable, que admitas su mano.

Constanza palideció y comenzó á temblar.

—¡Dios mio! dijo á su hermano. Tú no puedes hablar de veras.... Sabes cuánto amo á Juan de Lanuza y....

—Tu matrimonio con Lanuza es imposible.... sábelo ya de una vez para siempre.... ¿Ignoras, acaso, que es mi enemigo, como lo es su hermana?

—¡Oh! pero ¡Dios mio! Antonio, ¿no conoces que esa boda es mi sentencia de muerte?

—Ya te tranquilizarás; nadie se muere de amor.

—No me obligues á ser perjura con Juan.

—No hay tal perjurio; los juramentos no obligan cuando no hay libertad para cumplirlos.

—Es cierto, replicó la princesa. Desechad ese temor religioso, si en algo puede afectar vuestra resolución, porque ya sabéis que vuestro hermano ha estudiado teología.

—¡Pero señora, exclamó Constanza, llorando por fin como una Magdalena, si yo no amo al marqués de los Velez, ni aún siquiera le conozco!...

—Niñadas, replicó Perez. ¿Qué falta hace que le conozcas? Demasiado le conocerás despues. Además, ya te lo he dicho, y te lo repito por última vez: el rey lo quiere, y es preciso que le obedezcas.

La pobre niña lanzó un ahogado suspiro.

Antonio prosiguió, frio é impasible:

—Inútiles son esos lamentos, Constanza.... Resígnate y prepárate á recibir por esposo á D. Pedro Fajardo dentro de tres dias.

Constanza se incorporó y lanzó un grito. En medio de

su abatimiento habíase acordado de participar á Juan y á Blanca el compromiso en que se veía, pues una vaga esperanza la hacía concebir la idea de que aquellas dos personas que tanto la querían, encontrarían un medio para salvarla, á pesar de su cautiverio, y esta esperanza era imposible si el matrimonio se verificaba en tan breve tiempo.

—¡Dentro de tres dias! contestó aterrada á su hermano.

—Sí.

—¡Oh! ¡por favor.... por nuestra pobre madre que nos mira desde el cielo.... yo te suplico, Antonio, que no seas tan cruel!... Concédeme un plazo más largo.... ya sé que no puedo resistirme.... pero dentro de tres dias, sin conocer á D. Pedro Fajardo.... Un mes de término, y te juro obedecer sin exhalar una queja, te lo juro.

¡Pobre niña! en aquellos momentos, la próroga que pedía tal vez fuera su salvacion.

El secretario permaneció impasible; pero la princesa, sea porque la inspirase lástima el dolor de la jóven, ó porque, segura de su triunfo, creyese que nada podia perder con aquel plazo, se levantó, cogió la mano de la jóven y la dijo afectuosamente:

—Hija mia, vuestro hermano sólo exige de vos el sacrificio de casaros con el marqués de los Velez, porque es un mandato de S. M.; pero no tiene inconveniente en concederos ese plazo de treinta dias que le pedís para tratar á vuestro futuro esposo, ¿no es verdad, Perez, que se lo concedéis?

—Si vos me lo pedís tambien, se lo concedo.

—Pues bien, serenaos, hija mia.... Dentro de un mes cumplireis vuestra palabra.

—¡Oh! sí, sí, exclamó la jóven, que en aquel momento creyó haberse salvado; dentro de un mes seré la esposa del marqués de los Velez.

Despues de estas palabras cayó desvanecida sobre el divan, y Antonio la llevó á su casa, despidiéndose de la princesa hasta aquella tarde, y anunciándola que podia avisar á D. Pedro Fajardo la resolucion de su prometida.

No creemos tener necesidad de decir que dos ó tres dias despues de esta escena, fué cuando Constanza remitió á Juan de Lanuza y á su madrina la carta en que les decia que iban á casarla, carta que, como sabemos, fué el origen de la libertad de los dos hermanos.

CAPÍTULO V.

Violencia.

En medio de las zozobras más terribles, Constanza iba viendo desaparecer un día y otro, sin que la esperanza que la había animado por un momento pareciera realizarse.

Ya habían trascurrido veintiocho días desde la escena que hemos narrado en el capítulo anterior, y la pobre hermana de Perez veía aproximarse el momento fatal cada vez con más terror y mayor duelo.

Ocupada su alma completamente con el amor de Juan de Lanuza, no podía sentir ni aun siquiera afecto á D. Pedro Fajardo, y por más que conocia las raras prendas de aquel caballero, no podía mirarle sino con aversion. Para la pobre niña, el marqués de los Velez era el instrumento de su desventura, de su eterna desgracia, y en medio de sus pocos años y de su inocencia, comprendia como un vago presentimiento lo horrible de aquella union indisolu-

ble con un hombre á quien no amaba ni jamás podría amar.

A cada momento creía que iba á ver á Blanca y á Juan aparecer en su habitacion para salvarla, pero los momentos trascurrian uno en pos de otro, y nada....

Constanza iba á ser la esposa de Fajardo.

Entónces, como ahora, un carácter enérgico y decidido hubiera deshecho por sí propio aquella tormenta; pero la pobre niña, demasiado jóven y demasiado débil, no podia luchar, y luchar contra su hermano, contra la princesa de Eboli, contra el mismo Felipe II. ¿No la habian dicho que el rey tenia decidido empeño en que se verificase aquella boda?

De idea en idea, de temor en temor, de esperanza en esperanza, la hermana de Antonio vió aproximarse el momento fatal, sin atreverse á decir que nó ni á su hermano ni á su futuro esposo; pero cuando se retiraba á su cámara deshacíase en sollozos, y entónces desahogaba su corazon el inmenso dolor que le oprimia.

A medida que se acercaba el instante fatal, la desesperacion de Constanza iba en aumento; y dos dias ántes de cumplirse el plazo marcado, hallábase en su cámara, vestida de riguroso luto y pálida como la muerte, cuando su hermano abrió la puerta, presentándose á su vista ceñudo, frio y reservado.

Constanza, al verle, se puso lívida y se llevó la mano al pecho. Despues fué á incorporarse, pero no pudiéndolo conseguir, lanzó un suspiro y miró á su hermano de una manera angustiosa.

Antonio Perez, silencioso y grave, se sentó al lado de su hermana y la miró tambien.

Hubo un momento de silencio; hasta que el secretario se atrevió á hablar.

—Constanza, dijo á la jóven, hoy hace veintiocho dias que me ofreciste casarte con D. Pedro Fajardo trascurrido un mes: este plazo cumple pasado mañana, y vengo á decirte que ese dia se verificará tu enlace en la capilla del real alcázar, siendo tus padrinos S. M. y Doña Ana de Mendoza. ¿Supongo que estarás dispuesta?

—¡Oh! hermano mio, exclamó la jóven cruzando las manos sobre su seno, eso es imposible.... yo no amo al marqués y seré con él muy desgraciada. He querido amarle y no me ha sido posible.... ¡Por lo más sagrado te ruego que no me sacrifiques!

—Constanza, eso es ya una locura.... ¿Quieres que se deshaga tu boda ahora que todo está dispuesto? ¡Imposible! La corte entera está ya convidada, y es preciso no darla motivos para que se burle de mí. Además, el rey lo manda.

—El rey no quiere más que lo que desea Doña Ana de Mendoza, y ella no tiene más voluntad que la tuya.

—¿Y qué quieres decirme?

—Además, prosiguió la jóven sin hacer caso de la interrupcion de su hermano; además, el marqués de los Velez no querrá casarse con una mujer que le aborrezca.

—No te canses, repuso el secretario con la más completa indiferencia; la resistencia es inútil, y las lágrimas no conseguirán mejorar tu suerte. No tienes por qué quejarte; me pediste que te diera un mes de plazo, y te le di; ya ha trascurrido, y no hay más remedio que obedecer.

—Es verdad, dijo Constanza con desesperacion. Yo creí

que alguna cosa imprevista desbaratase este horrible casamiento.

—Muy bien; ¿esperabas sin duda que hubiesen venido en tu socorro tu gallardo amante ó tu hermosa madrina? Mas ¿quién sabe lo que será de ellos? Tal vez el Corsario Negro habrá dado cuenta ya de sus personas.

Constanza se estremeció como si la hubiese picado una víbora, y miró á su hermano con cólera.

—¡Cobarde! le dijo. ¿Tienes valor para insultar en mi presencia á las dos personas que más quiero? ¿Tienes valor para suponer, con maldita alegría, que habrán perecido y no pueden libertarme? ¡Ah! tienes un corazón perverso, Antonio, y Dios ha de sujetarte á grandes pruebas.

—Eso no te importa.

—Sí.

—Nó. Ahora calla y prepárate á obedecerme.

—¿Que te obedezca?

—Seguramente.

—¿Has dicho que me case con D. Pedro Fajardo?

—Sí.

—¡Ah! pues yo no me casaré con el marqués de los Velez, exclamó Constanza con una firmeza y decision que hizo retroceder asombrado al secretario; nó, no me casaré, te lo juro....

—¡Constanza!

—Diré ¡nó! á la princesa; ¡nó! al rey; ¡nó! al pié mismo del altar.

Antonio se estremeció y la miró con desconfianza. Si aquella débil criatura tenia un momento de resolucion para cumplir lo que ofrecia, se perdian todos sus ambiciosos pla-

nes de engrandecimiento; pues aunque el rey y la princesa quisiesen que se casase con el marqués de los Velez, si Constanza decia que nó al pié del ara, el escándalo no podia ser más terrible.

Perez, sin embargo, conocia el carácter de su hermana, y comprendiendo que debia aterrarla, para dominarla más completamente se levantó irritado, pero fingiendo mayor cólera todavía, y la dijo con acento inexorable:

—Aún cuando fueses tan loca que dijases *nó* al sacerdote, los cánticos y los sonidos del órgano apagarían tu voz, porque el rey y yo queremos que seas la esposa de Fajardo, y nuestra voluntad tiene que ser superior á la tuya.

Estas palabras causaron en la pobre niña el efecto que deseaba Antonio Perez. Constanza era débil, y acostumbrada á esa obediencia pasiva que concluye por enervar la voluntad, su anterior decision era más bien producida por un acceso de cólera que por un pensamiento meditado y estudiado friamente. Así fué que, al oir á su hermano aquellas terribles palabras, comprendió lo inútil de sus esfuerzos, aterróse á la idea de luchar con el mismo rey, miró en torno suyo y se vió sola, y.... no pudo disimular su miedo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó con todo el dolor de su corazon. ¡Oh! ¡no quieras matarme, hermano!... ¡no seas mi verdugo! Yo te lo suplico.

—Es inútil.

—¡Por la memoria de nuestra madre!....

—Es inútil; está tu suerte decida....

—¡Oh! ¡prefiero el cláustro.... condúceme á un convento, Antonio!

—Nó; serás la esposa de Fajardo.

—¡Dios mio!

—Ya te lo he dicho, y... basta.

—¡Ah! exclamó la pobre niña cayendo de rodillas sobre la alfombra, ¡ten compasion de mí, hermano mio!

—No es posible; mi palabra es ántes que tú. Tiene que cumplirse tu destino, y se cumplirá.

—Aún nó, contestó una voz á sus espaldas, como la voz del ángel custodio de la pobre víctima.

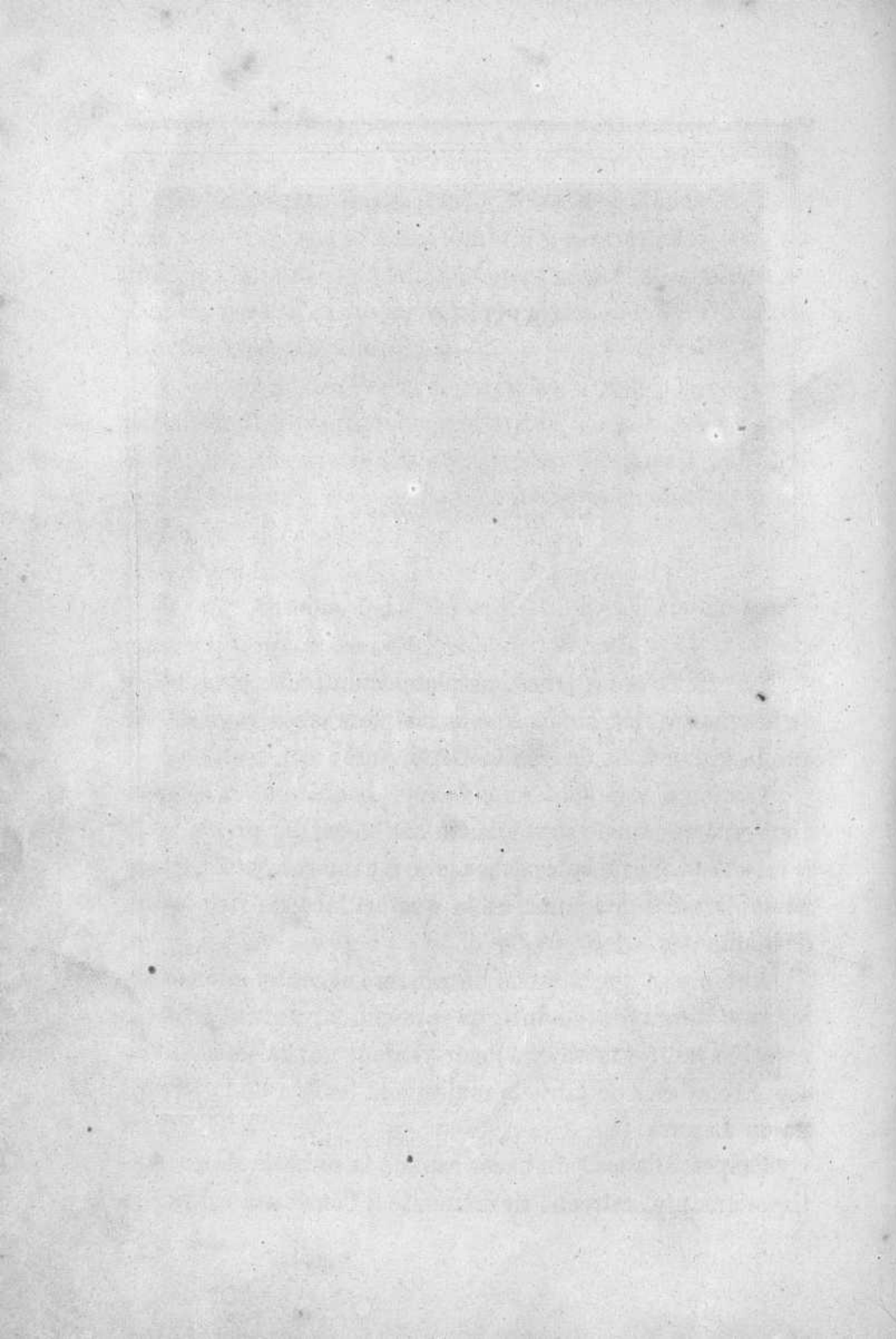
Constanza y Antonio volvieron la cabeza, y retrocedieron.

En la puerta de la cámara veíase una mujer.

Era Blanca de Lanuza.



¡Ten compasion de mí! hermano mio.



CAPÍTULO VI.

Un socorro inesperado.

En efecto, era Blanca, resplandeciente de juventud y de hermosura, iluminada por un esplendoroso rayo de sol que la circundaba de una brillante aureola.

Vestia un traje de terciopelo rojo bordado de oro, y encima una túnica de raso blanco con fleco de perlas. Una camiseta de encaje cubría sus blancos hombros, y sólo dejaba descubierta su garganta, en la que brillaba un rico collar de diamantes.

Antonio se quedó mudo de asombro al contemplar la arrogante figura de su antigua prometida; nunca le había parecido tan hermosa, y á decir verdad, nunca como entonces había brillado tanto la majestuosa belleza de la hermana de Lanuza.

Empero Blanca, sin hacer caso de la sorpresa de su antiguo amante, estrechó tiernamente á Constanza contra su

corazon, y cogiéndola en brazos, como pudiera hacer con un niño recién nacido, se sentó con ella en el divan.

Perez, de pié, contemplaba á las dos damas sin decir una palabra y con ademan sombrío y contrariado.

Aquel silencio no podia prolongarse por mucho tiempo. Blanca, por fin, exclamó, mirando á Antonio Perez con una fria y altiva tranquilidad:

—Señor Antonio Perez, doy gracias al cielo porque me ha permitido llegar á tiempo para evitar á esta pobre criatura el mayor de los sacrificios que pueden exigirse á una mujer, y á vos un nuevo crimen cuyas consecuencias tal vez fueran muy terribles.

—¡Cómo!

—Señor Antonio Perez, prosiguió Blanca, no me interrumpais, siquiera por cortesania. Sed galante, ya que no sois noble. Esta pobre niña que estrecho en mis brazos convulsa y llorosa, es vuestra hermana, á quien debiérais proteger y servir de padre. ¿Por qué la tiránizais y os trasformais en su verdugo?

—Señora, ¿habeis concluido?

—Sí. Responded.

—Constanza es una loca, cuya felicidad deseo. La propongo un enlace que ha de labrar su dicha, y se niega á obedecerme.

—¿Su dicha? ¡Ah! Si deseais su felicidad, dejadla casar con Juan de Lanuza. ¿Ignorais, por ventura, que le ama?

—Nó; pero su enlace con vuestro hermano es imposible, porque no soy yo sólo quien ha ofrecido á D. Pedro Fajardo la mano de Constanza, sino el rey; ya veis que es imposible no obedecerle.

—¿El rey decís?

—Sí, señora.

—¡Ah! pues si no es más que eso, yo os aseguro conseguir de S. M. que revoque su palabra.

—¿Vos, señora?

—¿Dudais acaso?

—¡Oh! nó ciertamente; pero no puedo ni debo consentirlo.

—¿Y por qué?

—Por causas que os ruego permitais me las reserve.

—No admito esa disculpa.

—Entonces....

—Oídme: he andado muchas leguas para que me oigais; he esperado esta entrevista hace dos años, y sólo la tengo, siendo para mí tan dolorosa, por la felicidad de mi ahijada, de esta niña querida á quien tanto amo. He venido para conseguir que Constanza sea dichosa, y estoy dispuesta para esto á dirigiros las mayores súplicas.

—Yo soy el único que tiene derecho sobre mi hermana, repuso el secretario friamente.

—Es verdad; pero por lo mismo no podeis abusar de ese derecho. Todo derecho abusivo deja de ser derecho. Además, yo tambien le tengo, y en nombre de nuestro pasado, os suplico, Perez, que no violentéis á Constanza.

—¿En nombre del pasado, señora?

—¿Por qué os admira?

—¿Y sois vos, Blanca de Lanuza, quien se atreve á invocarme ese pasado?

—Sí.

—¡Ah! prosiguió Antonio sonriéndose sarcásticamente;

rechazo ese recuerdo en vuestros labios, porque sin duda habeis olvidado que heristeis en él mi dignidad y mi orgullo.

—¡Yo! ¡estais loco!

—Sí, vos. ¿No me dirigisteis una carta insultante, que aún conservo?

La hermana de Lanuza se sonrojó de cólera, y despues de un breve silencio dijo á su falso amante:

—Señor secretario, os suplico que no hablemos de ciertas cosas, no por mí, sino por vos. No me obligueis á que compare mi conducta con la vuestra, mis sufrimientos con vuestros placeres, mi resignacion con vuestro despecho, mi desinterés con vuestra ambicion. No hablemos de sucesos pasados, porque no son ellos la causa de mi venida. No querrais que, obligada por vos, juzgue vuestra conducta pasada y la manera doble y fementida con que rompisteis aquellos lazos; no querrais que haga una relacion de todos aquellos sucesos, empezando por vuestra egoista conducta, cuando dejásteis solas, por venir á Madrid, las cenizas todavía calientes de vuestra madre, y continúe vuestra biografia hasta el momento en que sólo por una casualidad providencial fué á mis manos una carta que nunca debió ir. ¡Cómo! ¿llega á tanto vuestra imprudencia, que quereis haceros la víctima arrojando sobre mi frente toda la mancha que desde aquel instante cubre la vuestra? ¡Ah! no me obligueis á hablar.... Os advierto que ya no soy aquella niña tierna y sencilla que se estremecia á la menor amenaza, á la menor violencia, nó; hoy soy fuerte, fuerte como vos, decidida como vos y orgullosa como vos. Hoy hablaré, y hablaré muy alto, más que vos, y hoy conseguiria ser escuchada y.... tal vez vengada, señor Antonio Perez.

El secretario palideció. La firmeza y gravedad de su antigua amante le impresionaron. Vióse sujeto á aquella mujer por la malhadada carta, y mordiéndose los labios de cólera porque se veía vencido, se atrevió, no obstante, á defenderse y resistirse hasta la última trinchera.

—Entonces, señora, dijo á la hermana de Lanuza con acento convulsivo, ¿qué habeis venido á buscar á mi casa? ¿qué quereis?

—Que no sea sacrificada mi ahijada, le contestó Blanca con más dulzura.

El secretario pareció vacilar por un momento, pero cegado por la cólera, dijo por fin:

—Señora, el rey lo quiere, y mi hermana se casará con D. Pedro Fajardo.

—¡Oh! ¡madrina mia, no me abandones! replicó la pobre niña arrojándose en los brazos de Blanca.

—Nó, hija mia, la dijo ésta levantándose del sillón en que estaba sentada; tranquilízate, pues no te casarás con el marqués de los Velez.

—¿Y quién podrá impedirlo si yo lo mando? exclamó Perez, ya trastornado por la cólera.

—¿Quién? repuso Blanca.

—Sí, señora, ¿quién?

—Yo.

El secretario dió un paso, porque aquel yo era una terrible amenaza, y no pudo menos de inspirarle miedo.

Confundido y avergonzado, no pudo resistir la severa mirada de su antigua amante, y bajó la cabeza palideciendo de cólera.

La noble hermana de Lanuza, siempre generosa, aún

con sus mayores enemigos, comprendió toda la ventaja de su situacion y no quiso abusar de ella. Tuvo lástima de aquel hombre que habia matado su alma y sus sentimientos ante el ara de su ambicion y sed de riquezas, y tuvo lástima de él, porque le pareció que en aquel momento debia de sufrir un combate horrible, una prueba dolorosísima.

Impulsada, pues, por su noble idea, miró por un momento al amilanado secretario y despues á Constanza. Creyó que no debia abandonar á la pobre niña indefensa á la tiránica autoridad de su hermano, que la sacrificaria seguramente á su ambicion, pero tambien creyó que su antiguo amante se veia comprometido con Felipe II, el cual á su vez habia empeñado su real palabra. Consideró, pues, que no debia aterrar á Antonio más de lo que tenia que abrumarle con su decision de salvar á Constanza, y despues de un momento de silencio, Blanca, procurando contener su justa cólera, trató de sonreirse dulcemente.

—Antonio, dijo al secretario, nada de venganzas entre nosotros, ni nada de rencores en la ocasion presente. Trate-mos esta cuestion como dos antiguos amigos. Vos decís que el rey ha prometido á D. Pedro Fajardo la mano de vuestra hermana; pues bien, vos, que poseéis todo el favor del rey, estoy segura de que si le revelais la justa oposicion de Constanza á ese casamiento, cederá á vuestras reflexiones. Felipe II no os niega nada, y no os negará, creedme, este favor. Decidle la verdad y.... mi hermano y yo le hablaremos. Juan ha sufrido un largo cautiverio por servirle; ha estado expuesto á perecer; se ha portado como leal, segun justifican sus mismos enemigos: el rey ha de premiar sus penalidades y sus esfuerzos; decidíos, y yo diré á mi hermano que pida

al rey como premio la libertad de Constanza. ¿Qué tiene que ver Constanza con vuestras rencillas ni vuestros planes? ¿Por ventura no podeis sosteneros en el poder más que con ella?

Durante estas palabras, Antonio habia vuelto á reanimarse algun tanto, pues empezaba á creer que Blanca no conservaria en su poder la malhadada carta, cuando ya no le habia amenazado con ella. Así fué que, siendo este temor la causa de su amilanamiento, apenas hubo desaparecido, su cólera volvió á estallar más fuerte que nunca.

—Señora, dijo á Blanca mirándola fijamente, veo que á pesar de todo insistís en vuestra petición.

—Y insistiré, tenedlo por cierto.

—Pero mi palabra está dada, y he de cumplirla. Ya os lo he dicho.

—Y yo os ruego que falteis á ella, porque en vez de deshonraros demostrará que no quereis abusar del derecho que teneis sobre esta pobre niña.

—¡Imposible, señora!

—Yo os lo suplico, Antonio.

—En vano os cansais.

Blanca comprendió entónces que toda condescendencia era inútil, y decidida á salvar á su ahijada, añadió:

—Desistid, Antonio; no me obligueis á cometer una infamia.

—¡Una infamia vos!

—Sí, una infamia para venceros.

—¡Ah! ¡qué pesadez, señora!... ¿no os he dicho ya que es imposible?

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Sí, señora.

—Pues bien, gritó Blanca con violencia poniendo las manos sobre la cabeza de la pobre niña: hija mia, ofrecí á tu madre moribunda velar por tu dicha, y debo cumplir mi promesa.

Y dirigiéndose á Perez, prosiguió:

—Ahora, señor secretario, no acuseis al cielo si os sucede algun mal, porque ya veis si he trabajado para impedirlo. Empero cegado por vuestro orgullo creéis dominarlo todo, y desgraciadamente Dios ya se ha cansado de consentiros, y vuestro poder se bambolea.... Tan cierto como me llamo Blanca de Lanuza y soy rica-hembra de Aragon, si no des-haceis el odioso himeneo con que pretendéis sacrificar á mi ahijada, mando al rey la carta vuestra que tengo en mi poder, dirigida á Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, y os pierdo á vos y á ella. Nunca lo haria por vengarme, como no lo he hecho, ya lo veis; pero la felicidad de Constanza es para mí ántes que todo.

Antonio retrocedió verdaderamente aterrado.

—¡Oh! exclamó precipitadamente, ¿seriais capaz de abusar de esa carta? Eso sería una vileza.

—Ya me conocéis, y sabéis que soy capaz de hacer siempre lo que digo y de sostener lo que hago.

—¿Pero eso sería perderme?

—Así lo creo.

—Y vos, señora....

—Desistid y nada temais.

—¡Ah! me es imposible; ¿qué diria la córte? todo está preparado y....

—Eso no es cuenta mia. He venido de Nápoles á impedir el matrimonio de mi ahijada Constanza, y éste no se efec-

tuará, aún cuando os pierda á vos y á la princesa de Eboli.

—Pero ¿qué he de hacer?

—Ya os lo he dicho; por lo demás disponedlo todo como mejor os parezca.

Y volviéndose á Constanza, añadió:

—Venid, hija mia. Quiero que paseis conmigo el día de hoy para que podáis tranquilizaros. Venid.

Y sin esperar la respuesta del atónito secretario de Estado, cogió á Constanza de la mano y salió con ella de la cámara.

—Pero ¿me he de hacer?

mejor se hacen.

— Ya o lo he dicho: por lo demás disponedlo todo como

7. *Y. polytrichos* & *Y. polytrichos* 7

CAPÍTULO VII. —

1944. *Journal of the Royal Society of Medicine*, 37, 10, 101-102.

Y sin esperar la respuesta del alto cargo secretario de Estado, como a Constantina de la mano y salió con ella de la casa.

INDEX

Grandes acontecimientos.

Dos meses habian pasado desde la llegada á Madrid de Juan y Blanca, y durante este tiempo sucedieron grandes acontecimientos.

Con asombro y escándalo de la corte, el enlace de Constanza con el marqués de los Velez se habia diferido á petición de la princesa de Eboli, mandando ir á D. Pedro Fajardo hácia Portugal para sujetar á los revoltosos.

El rey habia acogido muy bien á Juan y á Blanca, nombrando á aquel Montero Mayor, y prodigando á ésta toda clase de atenciones; así fué que, como sucede en tales casos, los dos hermanos fueron considerados en mucho por la alta sociedad, haciéndose de moda hasta los colores que preferian para sus vestidos.

Blanca, hermosa y nueva en los salones aristocráticos, era el ídolo de los más distinguidos caballeros, con harta

envidia de la princesa y Antonio Pérez, que, sujetados por la imprudente carta, tenían que devorar su cólera y consentir que Constanza viese y hablase todos los días á su prometido.

Los dos jóvenes, que se amaban con el más acendrado cariño, eran tan felices, que no aspiraban á mayor dicha; pero Blanca velaba por ellos, pues no ignoraba cuántos enemigos tenían.

Así las cosas, dióse un baile en palacio para obsequiar al duque de Alba, que habia vencido á los flamencos, y este baile cambió completamente el aspecto de las cosas.

Juan y Blanca asistieron á él, é hicieron, sin quererlo ni esperarlo, dos grandes conquistas de amor: Blanca la del poderoso duque de Alba, y Juan la de la princesa de Eboli.

D. Pedro Alvarez de Toledo, llamado el gran duque de Alba por sus grandes victorias, era distinguido, noble y de los más importantes de la corte de Felipe II.

Anciano de sesenta años, aún conservaba gran parte del vigor de su juventud, y dotado de un corazón ardiente y entusiasta, tenia todavía á aquella edad pretensiones amorosas. Entusiasmado con la guerra, para la que habia nacido, y adquiriendo en ella la justa fama de un distinguido general y de un campeón valiente y esforzado, no se ocupaba para nada de la galanteria ni de las mujeres. Las llamaba riéndose muñecas de movimiento, á quienes se da cuerda, y de las cuales los hombres tienen el resorte en su coqueteria y vanidad. Pero al ver y hablar á Blanca cambió de opinion, enamorándose perdidamente de ella, con esa pasión exclusiva y entusiasta que sólo comprenden los niños y los viejos. Los primeros, porque al salir de la infancia

ven el mundo de color de rosa, y creen encontrar en las mujeres ángeles, haciendo del amor un paraíso sobre la tierra; y los segundos, porque comprendiendo que la vida de ilusión se les escapa, y que el invierno de sus canas hiela la sangre de las jóvenes, se asen á sus últimas impresiones con el delirio que el náufrago coge el madero salvador que ha de conducirle á la apetecida orilla.

El duque de Alba no se limitó á ser un amante tímido, pues hombre de gran voluntad, se hizo presente á Blanca, y la veía todos los días y la hablaba de amor con elevado lenguaje. Blanca toleraba con trabajo sus galanteos y apenas le atendía, verdaderamente apasionada del Corsario Negro. Haciendo de aquel amor la ilusión y la historia de su vida, comprendía que para ella no había más allá que Fernando.

Las almas fuertes y los corazones bien templados lloran y resisten el primer desengaño, la primera ilusión de la niñez desvanecida; pero ¡ah! cuando han acariciado una segunda esperanza, tal vez más vehemente que la primera, su irrealización podría causarles hasta la muerte. Blanca, que amó á Perez con su entusiasmo de niña, lloró con lágrimas acerbas la decepción de su amante, y sólo la dignidad, el orgullo, y sobre todo el tiempo, que todo lo mitiga, lograron curarla de su dolor; pero al amor de Perez sucedió el de Fernando, y á esta su segunda pasión, más frenética y vehemente que la primera, había consagrado por completo su esperanza, y perder ésta sería tal vez perder su vida.

Blanca, sin embargo, no dudaba. Confiaba en el amor del Corsario, porque le era necesario, porque no podía ser bueno ni grande sin ella. Además, tenía pruebas tan

ciertas, tan verdaderas del amor de aquel hombre, que no le era dado dudar.

La pasión ó el amor que sentia la princesa de Eboli por Juan, era en un todo distinta.

Doña Ana de Mendoza, amada ciegamente por el rey, que ponía todos los días á sus piés su cetro y su corona, creía que para ella nada habia imposible, y que sus caprichosos deseos habian de ser acatados por todo el mundo: al ver á Juan de Lanuza, sintió un vehemente deseo de ser amada por él, y para conseguirlo echó mano de toda su graciosa é irresistible coquetería. Pero Lanuza permaneció frío é impasible, no mirando en Doña Ana otra cosa que la amiga del rey.

Juan amaba la pureza de Constanza tanto como su hermosura, y la princesa de Eboli no encontró más que indiferencia en el gallardo Montero Mayor. Entónces lo que fué un amoroso capricho empezó á convertirse en una pasión frenética, que fué conocida de toda la corte.

Las murmuraciones consiguientes se sucedieron unas á otras, y Antonio Perez las oyó como todo el mundo, y no pudo ménos de pedirla explicaciones; mas ella ni aún si quiera se disculpó, y trató á su antiguo amante con tan desdeñosa indiferencia, que enloqueciéndole de rabia y de celos, pues amaba á Doña Ana más aún que á su ambicion, la llenó de ofensas y dictérios y juró vengarse. Esta conducta arrastró á la princesa á prohibir al secretario la entrada en su casa, y el amante ofendido, comprendiendo que estaba perdido si no buscaba un aliado poderoso, se decidió á implorar á su manera la proteccion de Juan de Lanuza.

Con efecto, Antonio Pérez, odiado por el duque de Alba, aborrecido por la nobleza y perseguido por el hijo de Escobedo, que ayudado de Mateo Vazquez continuaba acusándole del asesinato de su padre, no tenía más escudo que la princesa, que tanto podía influir en su favor con el rey, y esta proteccion veia tambien que iba á faltarle, pues Doña Ana se habia convertido en su enemiga al amar á Juan de Lanuza.

Así pues, en tan crítica posición, y no pudiendo volver los ojos á ninguna parte, se acordó del compañero de su infancia, que tanto podia á la sazón en la corte, y empleando todo su talento, llegó á ofrecerle la mano de Constanza, sin parecer que se la ofrecia obligado por los acontecimientos.

Juan de Lanuza tenia muchos motivos para aborrecer á Antonio: aparte de su infame conducta con Blanca, el secretario habia demostrado en todas ocasiones unos sentimientos tan opuestos á los del jóven, que éste no podia menos de sentir hacia él una antipatia irresistible é incapaz de ser vencida por nada. Pero Juan no era rencoroso; su noble alma no podia alimentar por mucho tiempo el recuerdo de las ofensas recibidas, y dispuesto á perdonar, creíase feliz por poder alargar su mano á su enemigo á la más pequeña satisfaccion que éste le diese. Además, Juan amaba mucho á Constanza; su matrimonio era casi imposible si á él se oponia Antonio Pérez, y Constanza era precisamente la prenda que le ofrecia el orgulloso y al parecer arrepentido favorito. Juan, pues, aceptó y creyó en la nueva amistad de Antonio, y decidido á servirle, le ofreció con toda la inmensidad de su alma contribuir á sostenerle en el

poder. El secretario aceptó su ofrecimiento, y respiró. Próximo á perder el favor de la princesa, adquirió el de Juan de Lanuza; y si bien es verdad que el segundo no tenía con el monarca tanta influencia como la primera; también lo es que Doña Ana de Mendoza caminaba sobre un abismo, y el día ménos pensado, cualquier intriga cortesana la desemmascararía y arrojaría de su pedestal. La protección del Montero Mayor no sería tan eficaz, tan poderosa, pero sí más segura y estable, y el secretario era demasiado astuto para no comprenderlo así y no trabajar por adquirirla.

Entretanto, Doña Ana de Mendoza empezaba á comprender que todos sus esfuerzos para hacerse amar de Juan serían infructuosos; y para colmo de su despecho, no tardó en saber que el secretario se habia reconciliado con el hermano de Blanca. Esta reconciliacion, que parecia una alianza meditada en contra suya, acabó de enloquecerla, y decidióse á luchar con todos cuantos pretendieran oscurecer su dominacion.

A este fin recurrió al duque de Alba, que amaba á Blanca, y le propuso emplear todo su valimiento para conseguir que la jóven le diese su mano, siempre que él trabajase con Felipe II para derrocar el viejo poder de Antonio Perez y el naciente de Juan de Lanuza.

D. Pedro Alvarez de Toledo no accedió de muy buena gana á las pretensiones de la princesa, bien porque creyese poder conseguir sin su ayuda la mano de Blanca, ó bien porque en su altivo y casi fiero carácter le pareciese una indignidad tomar parte en intrigas mujeriles; pero Doña Ana tenia talento y una elocuencia persuasiva é irresistible. Tales y tantas fueron las razones que dió al duque en apoyo

de su idea, que si no logró convencerle, á lo ménos le obligó por cortesía á admitir sus ofrecimientos.

No era el duque de Alba hombre capaz de faltar á una promesa ofrecida, mucho más cuando al trabajar por cuenta ajena lo hacía tambien en obsequio suyo; y decidido á servir á la princesa, empezó á estudiar el terreno para vencer á Antonio Perez y á Juan de Lanuza. Además, ya sabemos que aborrecia al primero y miraba con malos ojos la rápida elevacion del segundo, de manera que todo contribuyó á hacerle aceptar la alianza que le proponia la despechada Doña Ana.

El horizonte, pues, se iba cargando de nubes, y la tempestad podia estallar de un momento á otro: si esto sucedia, si el rayo llegaba á desprenderse, ¿á quiénes abrasaria en su carrera? ¿quiénes serían las víctimas de su furor?

CAPÍTULO VIII.

Una aliada leal.

Pocos dias despues de los sucesos referidos, Doña Ana recibió un aviso de Felipe II para que le esperase aquella tarde en la casita del bosque.

Esta posesion, regalo del rey, estaba situada en el Pardo, sitio real fundado por el emperador Carlos V, y la constituia un bello y delicioso jardin, con una casita ó pabellon en su centro, lindo como un nido de amor, y casi oculto por un pequeño bosque de árboles frutales.

Como es de suponer, la princesa obedeció la orden de Felipe II, tanto más cuanto esperaba conseguir en aquella entrevista dos gracias que deseaba alcanzar de su régio amante; y mandando preparar su carroza se dirigió á la linda posesion, llegando á ella hácia la mitad del dia.

El conserge, único guardian de la casa y jardin, recibió á su señora con todos los cumplimientos debidos, introdu-

ciéndola en una pequeña, pero preciosa salita, adornada al gusto bizantino, y en la cual los mármoles, los dorados, los espejos y la porcelana ostentaban á porfía su belleza en los mil y mil objetos que adornaban fantásticamente la habitación.

El traje que vestía la princesa era arrogante, pero sencillo. Consistía sólo en una ancha túnica de terciopelo negro muy descotada, descubriendo sus blancos hombros, su bien torneada garganta, en la que descansaba un grueso collar de esmeraldas, y sus brazos cubiertos con ricos brazaletes de esmeraldas y brillantes. El cabello, agrupado en menudos rizos que bajaban hasta sus hombros, estaba alisado en la frente y adornado con una corona de hojas de hiedra naturales, que la daban el aspecto de una bacante ú ondina.

Con aquel traje y aquel tocado, Doña Ana no podía tener una hermosura más tentadoramente sensual, pues la palidez que cubría sus mejillas y la penumbra azulada que rodeaba sus párpados, parecía ser el efecto de un abuso de amor.

Doña Ana, sentada en un pequeño divan de terciopelo blanco con flores de oro, mirábase sonriendo en un espejo grande que se hallaba colocado enfrente de ella; mas de repente el espejo se movió y giró, apareciendo en su lugar una puerta, y en su dintel un hombre embozado.

La princesa, que conoció á aquel hombre, pues no era otro que Felipe II, se levantó aproximándose á él con los brazos abiertos.

—¡Gracias á Dios! dijo enlazando sus torneados y desnudos brazos al cuello del monarca, ¡gracias á Dios que habeis venido!... ¡Dos horas esperandolo!

—No es mía la culpa, la contestó el rey; cuando iba á ve-

niir llegó Antonio Perez con una porcion de asuntos, que me entretuvieron y que no podía menos de despachar por ser urgentísimos.

Doña Ana fingió admirablemente un gesto de disgusto.

—¡Siempre Antonio Perez! ¡Siempre los asuntos de Estado!

—¿Y qué quereis, Ana? Los reyes no nos debemos á nosotros mismos, y somos más esclavos que el último de nuestros vasallos. Además, que hace algunos dias Antonio Perez me detiene más de lo justo. Trabaja con una actividad febril, y sobre todo cuando sospecha que vengo á veros, — empieza á hablar de los asuntos más graves.

—Comprendo, señor, exclamó la princesa con amarga ironía: Antonio Perez trata, hace más de un mes, de alejar á V. M. de mi lado; y creedme, pero esta descarada oposicion me fatiga y me disgusta.

—Es verdad que el secretario no se muestra muy propicio con vos.

—¿Luego son ciertas mis sospechas?

—En algun tanto sí, porque la verdad es que aún ha llegado á decirme.... Pero dejemos esto, añadió el rey de pronto, dejemos esto y hablemos del duque de Pastrana. ¿Cómo sigue ese querido niño?

La princesa, que habia palidecido de cólera, no pudo contenerse al ver la reticencia de Felipe II, y le dijo visiblemente irritada:

—Señor, os suplico que no os detengais, porque quiero saber en qué ha podido calumniarme el señor Antonio Perez. Ya me voy cansando de sus insultos.

—Princesa, ni Perez ni otro ninguno se atrevería á in-

sultaros, porque yo sabría castigarle. El secretario de Estado se limita á quejarse de la influencia que supone teneis sobre mí, pues dice que es fatal para la nacion.

—¿Eso ha dicho?

—Eso tan sólo, y no creo que pueda irritaros tanto.

—¡Ah! V. M. no conoce á ese hombre, cuando cree que sólo le anima vuestro mejor servicio al hablaros así; pero sabed que, si eso dice, no es nada más que por una torpe venganza.

—¿Y por qué ha de desear vengarse de vos?

—Porque yo no quiero venderle mi influencia con los extranjeros, respondió Doña Ana, ciega ya de cólera; porque yo no quiero compartir con él el precio que recibe por cambiar los decretos de vuestro Consejo; porque yo no quiero buscarle compradores para los altos cargos del Estado que infamemente vende.

El rey miró á Doña Ana severo y firme como un juez. En aquella mirada, que era una acusacion, no se podia en verdad conocer que era el mismo hombre amante y apasionado que habia ido allí á buscar al objeto de su amor.

Despues de un momento de silencio, Felipe II dijo á Doña Ana con acento frio, implacable, enérgico, con ese acento de mando que no puede equivocarse con ninguno otro:

—Princesa, vuestras acusaciones son muy graves. ¿Sabeis lo que habeis dicho?

—Sí, señor.

—¿Sabeis que acabais de acusar á Antonio Perez de alta traicion, de lesa majestad?

—Sí, señor.

—¿Y sabeis cómo castiga el rey Felipe II esos delitos?

La princesa, que habia bajado la vista, la levantó aterrorada, y no se atrevió á desplegar los labios, comprendiendo que habia llevado demasiado lejos su odio.

Así fué que, despues de una breve pausa, procuró serenarse, y dijo al rey con voz balbuciente:

—Señor, no tengo pruebas de esos delitos, y quizás estas sospechas son sólo aprensiones del duque de Alba, que, como sabeis, es uno de vuestros mejores servidores.

—¿Es decir que no hay pruebas?

—Pruebas, nó, señor, y perdonadme si os he disgustado.

Felipe II pareció tranquilizarse, y sus ojos volvieron á mirar cariñosamente á la princesa.

Esta respiró y se atrevió á sonreír al rey.

—Sí, sí, prosiguió éste; Alba me es tan adicto, que muchas veces su celo le hace ver fantasmas. Persuádome que mi viejo lobo de los combates me sirve mejor de lejos que de cerca, porque si por aquí ha de esparcir tales patrañas.... Pero dejando este enojoso asunto, porque yo no he venido aquí á hablar de cuestiones de Estado, ¿qué os decía esta mañana en San Gerónimo D. Pedro de Toledo?

—Me hacia un empeño para el rey de España, en el que creo que Felipe de Austria no desairará á su Ana.

—Ciertamente que nó; contadlo por hecho. ¿Qué es ello?

—La llave de gentil-hombre de vuestra cámara para el hermano de su amada D. Juan de Lanuza.

—Ya sé el romántico amor del duque por la noble aragonesa, y en verdad que lo merece, porque es encantadora.

—¡Cielos! exclamó la princesa enseñando al rey su ebúrnea dentadura con la sonrisa más seductora del mundo.

¡Encantadora! habeis dicho! ¿querreis darme celos, Felipe?
— ¡Oh! ¿estás loca? Todas ellas, ¡por hermosas que sean, tienen al lado de tu belleza la pálida claridad de las estrellas.

— Gracias, señor, exclamó Doña Ana, satisfecha con aquel cumplido, gracias: ¿Con qué puedo decir al duque que su deseo se verá satisfecho?

— Seguramente que sí.

— ¿Y qué diriais si aún os pidiera otra gracia?

— ¿Otra?

— Sí, señor.

— Diria que yo mucho confiabas en mi condescendencia, pero que habias adivinado mis deseos de complacerte.

— ¿Luego puedo tambien contar con ella?

— Si me es posible, concedida.

— Pues bien, desearia que Doña Blanca de Lanuza fuera nombrada dama de honor de la reina, con lo cual haciais tambien un obsequio al duque y un nuevo honor á Juan de Lanuza, que tan dispuesto se encuentra á servirlos.

— Es verdad, pero es imposible, porque ya sabes que mi esposa escoge su servidumbre.

— Yo os lo suplico encarecidamente.

— No puede ser.

Doña Ana no se dió por vencida, y acostumbrada á conseguir de su régio amante concesiones de alguna más entidad que aquella, fingió entristecerse con la negativa del rey, é hizo con la cabeza un gracioso mohin de disgusto.

— ¡Ah! exclamó; no esperaba ciertamente que me desairáseis señor; pero...

—Vamos, Ana, dejemos ese nombramiento para otro día. Ya lo pensaré.

—Perdonadme, pero ahora os digo á mi vez que no puedo ser, porque he prometido á D. Pedro de Toledo un despacho de dama de honor para su amada, y no quiero faltar á mi palabra.

—¿Pero no sabes que mi esposa elige por sí misma las personas de su servidumbre, y que yo la he acostumbrado á no mezclarme en sus nombramientos?

—Pues por lo mismo no debe extrañarla que por una vez la imponga una camarista. Además, este deseo del duque de Alba tiene por objeto captarse las simpatías de Blanca de Lanuza.

—¿Y por qué no le pide él?

—Porque ha creído que á mí no me le negaríais, y no quiere quitarme esta ocasion de deberos una nueva gracia, replicó la princesa mirando al rey voluptuosamente.

Felipe II, que á pesar de su carácter sentíase trastornado cuando Doña Ana le miraba de aquella manera, cogió sus manos y estampó en ellas un ardiente beso.

—¡Qué exigente eres, querida! la dijo el rey ya vencido; tendrás tambien ese nombramiento, pero no vuelvas á pedirme otro que no pueda yo concederte directamente.

Doña Ana, satisfecha de su triunfo, estrechó tiernamente las manos del rey, que en aquel momento y contra todo lo que esperaba la princesa, se levantó para retirarse.

—¿Qué, os vais ya? le preguntó admirada.

—Sí; tengo que trabajar mucho, mucho, y se ha hecho demasiado tarde. Si hubiese venido más temprano.... pero ya te lo he dicho, los negocios de Estado no tienen espera.

—¡Ah! siempre son los negocios primero que yo.

—Casi siempre; pero en compensacion de este disgusto te preparo una sorpresa.

—¿Y qué es eso?

—Mañana á las ocho vendrá Santoyo para acompañarte á Valsain. Yo saldré para el Pardo y luego me iré desde aquí á reunirme contigo. En Valsain pasaremos dos dos tres hermosos dias de amor lejos de la corte y de los negocios.

Una nube de disgusto pasó por los ojos de la princesa al oir estas palabras, porque tres dias ausente de Madrid, sin poder ver á Juan, era indudablemente un terrible tormento, mucho más cuando no ignoraba la pasion del Montero Mayor por la hermana de Antonio Perez. Pero conoció que tenia que plegarse á las circunstancias, y haciendo un violento esfuerzo procuró sonreirse.

—¡Ah! dijo al rey, ciertamente que acabais de proporcionarme con ese proyecto una verdadera sorpresa, porque estad seguro, señor, que ni aún aquí os recibo tranquila.

—¿Y por qué?

—La murmuracion es tan insidiosa, que de todo saca partido; pero yo os prometo olvidarlo todo en esos tres dias.

—¿Es decir que accedes?

—Con toda mi alma. ¿Podiais dudarlo, señor?

—Nó.

—Y mucho más cuando espero que Santoyo me traerá los dos despachos.

—Sí, yo procuraré convencer á la reina, si se opone, para conseguirlo; y en cuanto al otro es cosa corriente. Te ofrezco, pues, los dos despachos.

Y despues de estas palabras, que hicieron estremecer de

alegría á la princesa, el rey cogió sus manos, se las besó apasionadamente, y salió de la salita por la puerta principal.

Doña Ana le acompañó hasta la de la casa.

Después, pensativa y grave, volvió á la habitación en que había estado con el rey, y dió un pequeño grito retrocediendo.

Un hombre estaba allí.

abandonamente, y salió de la sala por la puerta principal.

Doña Ana le acompañó hasta la de la casa. Después, pensativa y grave, volvió a la habitación en que había estado con conde. CAPÍTULO IX.

Un amante despreciado.

Sentado en el mismo sillón que había ocupado la princesa, colérico é iracundo, veíase á Antonio Perez.

Doña Ana le miró con desprecio, y se aproximó á él después que le hubo reconocido.

—¡Vos aquí! le dijo con despreciativo desden; ¿cómo habéis entrado? ¿á qué habéis venido?

—A convencerme de vuestra deslealtad, señora.

—¡Ah! veo que tengo precision de despedir al conserge, ó manifestarle que no os deje entrar en este pabellón.

—Os engañais, señora, contestó el secretario, pálido de ira; esta llave de la puerta falsa que vos misma me entregásteis hace algun tiempo, ha sido la que me ha introducido aquí sin anuencia de vuestro conserge. Dentro ya y detrás de aquel espejo, he oído toda la conversacion que habéis tenido con el rey.

—¿De veras? Entónces nada tengo que deciros.

—Es verdad, señora, repuso el secretario, conteniendo con dificultad la tempestad que rugia en su pecho; tengo que daros un millon de gracias por el buen lugar que me habeis hecho con el rey.

—Antes que vos era yo, le dijo la princesa con una frialdad irritante. Habeis tratado de malquistarme con S. M., y he debido destruir vuestras malas artes y las sospechas que habiais hecho concebir al rey con vuestras continuas é imprudentes habladurias.

—Con efecto; mas para rebajarme á mí no teniais necesidad de haber ensalzado al duque de Alba.

—Esa es una medida prudente, y vos que sois tan buen diplomático, comprendereis el objeto de mis alabanzas.

—Sí, repuso Antonio con amargura; sin duda buskais en D. Pedro de Toledo el amor y la proteccion que rechazais de Antonio Perez.

—¿Estais loco?

—Es muy posible, porque me he convencido que nada os importa mi honra ni mi vida.

—¿Habeis respetado, acaso, la mia?

—Yo no os he calumniado.

—Ni yo tampoco. No es la primera vez que recibis dinero porque el rey varíe de modo de pensar. Dígalo si no la pensión que os pagan el rey de Francia y D. Juan de Austria.

—Perez se levantó rojo de cólera.

—Señora, exclamó con acento convulsivo, rechazó vuestras acusaciones, porque habeis sido mi cómplice muchas veces. Si ciertas intrigas se descubrieran; si por ciertos de-

litos habia de rodar mi cabeza, la vuestra tendria tambien que ser cortada. ¿No he seguido vuestros consejos? ¿no he obedecido vuestras inspiraciones? ¿no me he doblegado hasta á vuestras amenazas?

—Todo eso podrá valeros delante de un tribunal, pero no delante de mí. La verdad es que habeis sido y sois un ministro concusionario.

—¡Señora! gritó Antonio.

—Cuidado, señor Antonio Perez, repuso Doña Ana con fria amenaza ocupando el sillón que habia dejado su amante; cuidado en lo que decís, porque estais en mi casa, y puedo arrojaros de ella de una manera ignominiosa. Acoraos que el horizonte de vuestro porvenir es muy oscuro; que cada día os creais más y mayores enemigos; que la cuestion de Escobedo se complica, gracias á la actividad y al extraño favor que una mano oculta dispensa á ese Mateo Vazquez, y que puede muy bien suceder que vayais á parar á un calabozo. Retiraos, sed prudente y olvidad esta escena. Vuestra fortuna os vuelve la espalda, y ¡ay de vos si os abandona por completo!

Estas reflexiones aterraron al secretario de Estado; pero su cólera era mayor que su terror, y no pudo contenerse. Loço de ira y de celos, pues á su pesar amaba á la princesa más que la habia amado nunca, se pasó la mano por la frente, y la dijo con una grosería tan brutal, que era la expresion más fiel del estado de su ánimo:

—¡Señora! ¡señora! todas vuestras amenazas caen tambien sobre vos, porque os juro no hundirme en el abismo sin que me precedais. Habeis faltado al rey tanto como yo, y estais ligada á mí por todos los actos de vuestra vida pri-

vada. Cuidado os digo tambien; rabio de celos y de cólera, y temblad no me vengue, ya que hoy soy reemplazado por Juan de Lanuza como yo reemplacé á otros muchos.

La princesa se estremeció, y dos lágrimas de cólera asomaron á sus ojos.

—¡Oh! exclamó furiosa, sois un mal caballero; y si en mi corazon quedase aún algun recuerdo de vuestro amor, las infames palabras que acabais de decir lo borrarían. El hombre que se atreve á insultar á una dama, bien poco se puede esperar de él.

El secretario bajó la cabeza avergonzado y guardó silencio.

Doña Ana prosiguió:

—Si me habeis amado, si habeis estado expuesto continuamente á que el rey lo supiera y os perdiese, era por vos y no por mí, porque en vuestro amor no habia más que vanidad, porque estábais temiendo siempre que os reemplazase por otro. Habeis buscado en mí, no á la amante, sino á la protectora; me habeis amado, porque era la favorita de Felipe II, porque mi amistad podia elevaros, porque era un escalon para vuestra fortuna. Tal vez por esto mismo no habeis amado á Blanca de Lanuza; tal vez por esto la habeis despreciado y olvidado de una manera tan indigna; y aunque conocíais que valia mucho como mujer, la creisteis muy poco para vos y despreciásteis su cariño. (Pero concluyamos; mis reflexiones no pueden convenceros y mis acusaciones os harán reir. Despreciadlas enhorabuena, pero dejadme.... todo ha concluido entre nosotros, y no teneis derecho para pedirme cuentas de mi conducta. Retiraos.

Antonio Perez, que habia escuchado á Doña Ana como

el reo que oye su sentencia, abrumado de vergüenza, no pudo sufrir por más tiempo el grito de su alma, y levantó la vista y clavó sus ojos apasionados y ardientes en la bella fisonomía de la princesa.

Esta sostuvo aquella mirada con una frialdad desgarradora para el enamorado Perez, que despues de un momento de silencio dijo á la princesa con acento ahogado:

—Señora, he venido para deciros que, á pesar de todo, á pesar de vuestras perfidias, os amo como siempre, porque mi suerte lo quiere así. No penseis jamás encontrar correspondencia en Juan de Lanuza, pues hace muchos años que es el prometido esposo de mi hermana, y no puedo faltar á mi palabra.

—¿Y qué quereis decirme con eso?

—Desengañaros, princesa.

—¿Y es así como recomendais vuestro amor?

—Sí, porque os amo á pesar mio.... porque os aborrezco y no puedo olvidaros; porque sois una necesidad de mi vida, y quisiera romper mi corazon para que no latiese por el vuestro.... ¡Ah! ¿no habeis comprendido, Ana, que es frenética mi pasion, que es ciega, loca é impetuosa como un torrente, ciega como el huracan que lo destruye todo? ¿A qué me conduce? No lo sé, no quiero saberlo. Ya os lo he dicho; os amo á mi pesar, quisiera aborreceros, vengarme de vos, haceros desaparecer.... pero no puedo; mi alma grita por la vuestra, mi corazon se ahoga léjos de vos.... vuestro amor es mi vida, y.... le maldigo sin embargo.... ¿qué más quereis, señora?

Doña Ana se quedó pensativa y murmuró casi en voz baja:

—¡Oh! estais loco, Antonio Perez.... No sabeis lo que os decís....

—Perdonadme, prosiguió el favorito, olvidando ya toda su cólera por aquel amor, que era la única y verdadera pasión de toda su vida; perdonadme.... si dije al rey alguna cosa que pudiera ofenderos; y creedme, olvidad á Juan de Lanuza, amadme como ántes y seamos amigos. Defendámonos mutuamente, y procuremos vencer á toda esa orgullosa aristocracia, que nos desprecia porque nos tiene miedo.... Vivamos el uno para el otro y....

—Callad, repuso Doña Ana interrumpiendo al secretario con un gesto de desden, callad, Perez; me habeis insultado, y no puedo amaros ya.

—¡Oh! ¡perdon, Ana, perdon!

—Retiraos; os he escuchado más de lo que debia. Y puesto que conservais la llave de esa puerta falsa, dádmela; pues ya no os pertenece.

—¡Ana! volvió á exclamar el secretario.

—Dadme esa llave, repitió la princesa con una tenacidad fria é inexorable.

Antonio Perez lanzó un rugido de cólera al ver la inutilidad de sus ruegos, y miró á su amante con sañudos ojos.

—Nó, la dijo convulsivamente, no os la doy, no quiero dárosla.

—En ese caso la conservareis como un ladron, y yo impediré que penetreis aquí mudando la cerradura y aún la puerta.

—¿Es decir que me declarais la guerra?

—Ves lo quereis, veremos quién pierde más.

—¡Ah! gritó el secretario, estrujando con cólera su som-

brerillo de terciopelo negro, guerra quereis porque me creeis vencido; pues yo os la declaro mortal, horrible, implacable. Veremos quién vence á quién; aún soy mucho, aún puedo mucho, y yo os juro por la salvacion de mi alma, que Lanuza ha de aborreceros tanto como me aborreceis á mí.

—Marchaos, marchaos, gritó Doña Ana, marchaos, ó haré que os echen.

—Sí, me marchó; pero ya que me arrojais el guante, le recojo.

—¡Guerra á muerte! añadió la de Eboli levantándose.

—¡Guerra! contestó el secretario poniéndose el sombrero y saliendo de la estancia por la misma puerta que habia salido Felipe II.

Doña Ana se quedó sola, y por un momento permaneció inmóvil, contemplando el sitio por donde habia desaparecido el secretario. Despues apoyó su torneado brazo en los mullidos almohadones del divan é inclinó la frente quedándose pensativa.

CAPÍTULO X.

Seis cartas.

Al otro día de la marcha de Doña Ana para Valsain, Blanca, envuelta en una bata de terciopelo azul adornada de pieles, con los cabellos recogidos en una cofia de encaje y los piés apoyados en los morrillos de la chimenea de su gabinete, tenía enfrente de sí un pequeño velador de cedro que sostenia un cofrecillo de plata, del cual la ricahembra sacaba algunos objetos.

Eran estos varias cartas, un anillo de oro con unas armas casi borradas, y un rizo de cabellos negros, que la jóven besó amorosamente y después colocó al lado de la sortija.

Por último, en otro extremo del cofrecillo habia una arrugada y vieja carta, que Blanca miró con disgusto, pero que guardó cuidadosamente.

Aquel cofre era el santuario de Blanca, ese retiro igno-

rado en que la mujer amante guarda con religioso respeto todos los recuerdos de su amor. Para una digna alma apasionada, la cosa más sencilla tiene su significado; una flor mística dada por el sér amado, una cinta que él arrancó de sus cabellos y luego tocaron sus manos, un rizo, una carta amorosa.

La jóven tenia en su santuario todas estas cosas, dadas por Fernando; y cuando queria estar á solas con él en continua correspondencia, se encerraba en su retrete y contemplaba su tesoro con afanosa admiracion, como un avaro sus doblones, como un jóven poeta el primer ejemplar impreso de su primera obra.

El amor de Blanca, ardiente, inmenso, se alimentaba en la ausencia con recuerdos, que besaba mil y mil veces cubriéndolos de lágrimas. Despues le parecia que se sentia más animada, pues el alma enérgica del Corsario hablaba á la suya un lenguaje misterioso en cada uno de aquellos objetos; mas ¡cosa particular! entre aquellos recuerdos del amor más puro y desinteresado, conservaba la dama un papel que odiaba y despreciaba, pero que era el escudo que podía salvarla de las intrigas de Perez y de la princesa; porque hay objetos odiosos que se guardan con tanto afan como los de amor, ó para vengarse de la persona á que pertenecen, ó para despreciarla todos los dias y tenerla con ellos sujeta. Con todo, Blanca tenia aquella aborrecida carta separada de sus recuerdos de amor, pues le parecia una profanacion el unirla en nada á Fernando, y estaba sola en un compartimiento de la cajita.

Blanca sacó y separó todas las cartas del Corsario y se puso á leerlas con afan.

Creemos que nuestros lectores no se disgustarán de conocerlas, y vamos á tomarnos la libertad de transcribirlas.

Veánlas aquí:

CARTA PRIMERA.

«Vuestra carta, amada Blanca, en la que me participais haber llegado á Madrid, me animó mucho, pues estoy extremadamente triste léjos de vos.

«No hay en mi casa un sitio en que no os recuerde y en que no os llame; pero ¡ay! sólo el silencio me responde.

«En la cámara que habitásteis, todo está triste, helado, aterrador, muerto como un sepulcro. Os llamé en ella, y nadie me contesta: ¡en ella! ¡en donde tantas veces oí de vuestros labios palabras de amor! ¡en ella! ¡en donde me jurásteis un amor eterno y ser para siempre mía!

«Os llamo en los jardines, desiertos sin flores ni pájaros, en los cuales yo os conducía del brazo cuando estábais enferma.

«Clamo por vos en el bosquecillo de naranjos, y en él recuerdo los primeros consejos de bondad que me disteis, cuando con virtuosa energía reprendíais mis instintos vengativos. Y todos estos sitios permanecen mudos; estais ausente, y con vuestra ausencia vuelven mis horribles dudas.... ¡Oh! por Dios, ¡compadeceos de mí! ¡soy muy desgraciado!

Fernando.»

CARTA SEGUNDA.

«Hoy he despedido con cuantiosos regalos á casi todos
»mis piratas.... Quiero obedeceros, amor mio. Nó, no me
»digais que me complazco en esta vida de azares.... Yo la
»detesto, pues vos, cual estrella brillante, cual faro salvador,
»habeis aparecido en la lóbreguez de mi camino y me redi-
»mireis con vuestro amor puro.

»Detesto la Sicilia; odio este palacio encantador, donde
»tan feliz fuí á vuestro lado, y donde hoy soy tan desdicha-
»do. Vendí mis galeras, y sólo me quedé con una que me
»conducirá á Francia al lado del duque de Guisa.

»Mañana dejo para siempre estos sitios, y corro en pos
»de la gloria, que espero alcanzar por vos; pero tengo unos
»recelos terribles.... Si despues de haber dejado mi vida de
»corsario; despues de abandonar por vos mi venganza, me
»engañáseis; si mañana, cuando con una posicion honrosa,
»con un nombre ilustre, me presento á reclamar vuestra pro-
»mesa y os hallo unida á otro hombre... ¡ah! os mataria
»y me mataria despues sin dudar, sin vacilar un momen-
»to.... Mas nó, nó; vos no me hundireis en el abismo del
»asesinato, de la maldicion de Dios y los hombres. Sois
»demasiado buena, sincera y pura para engañarme.... ¡Oh!
»perdonad á un loco que no sabe lo que se dice.

»Os amo tanto, os adoro con tan frenética pasion, que
»mi amor es una religion, un culto idólatra; porque cual
»ángel de luz, no dudásteis en descender hasta este infeliz
»á quien una terrible venganza habia degradado y conver-
»tido en un sér reprobado por las leyes.... ¡Ah! gracias,

»gracias, gracias mil veces por tanta bondad.... De rodillas
»como á una santa os adora

Fernando.»

CARTA TERCERA.

»En este momento recibo vuestra última carta, y en ella
»leo una y mil veces las advertencias que me haceis y el
»temor que mostrais de que no siga el buen camino que
»vuestro amor me marca. Nó, nó, ángel de bondad; tened
»completa seguridad en mi conversion, que es sincera, debi-
»da al cariño que habeis sabido inspirarme y á la esperanza
»de llamaros algun dia mia al pié de los altares.

»Hoy habeis conseguido un nuevo triunfo, porque no sa-
»beis cuán terrible combate he sostenido. Escuchad, Blanca,
»escuchad.

»Cuando yo estaba más descuidado, entró hasta mi
»habitacion un hombre rodeado de caballeros y tropa, y me
»dijo que era el duque de Alba. No sé por qué, el aspecto de
»este noble me disgustó y causó repulsion; creo que mucho
»influirá la horrible fama que le rodea, mas con todo esto le
»acogi con exquisita finura. El me pidió noticias del per-
»verso Corsario Negro, al que tenia orden de prender y lle-
»var á Madrid; pero que como era un cobarde (son sus ex-
»presiones), no se atrevia á presentarse ante él y tenia que
»buscarle. Os confieso que me costó trabajo contenerme y
»no enseñar á aquel soberbio duque lo que vale el Corsario
»Negro; mas felizmente vuestro recuerdo me salvó, pues yo
»no queria ser preso por evitaros tal disgusto. Me con-
»tuve pues, y le dí unas noticias falsas de mi persona, con
»lo que quedó muy satisfecho, y se marchó.

«Al quedar solo, recordé las facciones de aquel hombre,
»y me inspiraron un odio instintivo, uno de esos senti-
»mientos que nos acometen cuando vemos un animal fiero
»que puede dañarnos; y no influye nada el que viniese á
»prenderme, pues la misma mision traía vuestro hermano y
»jamás pude odiarle. El horror que el duque me inspiró es
»un presentimiento de que ha de causarme alguna espan-
»tosa desgracia, y por eso mi alma le repele.

«Voy á marchar. Desde Francia os escribiré. Amadme
»mucho, pues bien lo necesita el infeliz

Fernando.»

CARTA CUARTA.

«Hace ocho dias que llegué á esta, amada mia, siendo
»recibido por el duque de Guisa con la más bondadosa indul-
»gencia y afectuosa amabilidad. Más que un servidor ó ca-
»pitan, soy su mejor amigo, ó huésped, pues él mismo me
»acompañó á ver lo más notable que encierra París, y des-
»pues de presentarme al rey, lo hizo á los demás príncipes
»de la sangre, de quienes, como sabeis, es próximo pariente.
»¡Oh! Blanca adorada.... parece que desde que estoy en
»Francia me siento más animado, mis ideas no son tan lú-
»gubrementemente angustiosas; la esperanza de alcanzar á mi
»bien amado me sostiene y alienta en la carrera que voy á
»emprender. El duque me dijo que no podia llamarme ni el
»Corsario Negro ni Fernando tan sólo, y él con benévola
»amistad puso en el nombramiento que por su mediacion
»me dió el rey Enrique III de coronel de los donceles, Fer-
»nando de Nápoles, y como tal soy conocido en París.

«Espero impaciente vuestras cartas; para adelantar más envío á Bayona á Pietro para que me las traiga.

«Aquí se hacen activamente los preparativos de guerra contra el hijo de Soliman, el magnífico Amed-Barba-Roja, y la escuadra no puede ser más brillante. La mandará el duque de Guisa como generalísimo, y sus hermanos los duques de Mayena y Lorena irán de generales á sus órdenes, y lo mismo el conde de Luxemburgo, Castillon y Mongmorena; en fin, Blanca, lo más distinguido de la nobleza de Francia. Es una guerra puramente de religion, y el Sumo Pontífice ha concedido á sus adalides muchas preeminencias é indulgencia plenaria al que muera en ella. Las armas son, una banda de seda roja con una cruz blanca bordada. Esta banda se ciñe al pecho atravesando desde el hombro derecho á la cintura.

«Yo, gracias á la bondad del duque de Guisa, mando un cuerpo de donceles jóvenes de las primeras familias de la Gascuña; ninguno de ellos pasa de veinticinco años ni baja de veinte.... ¡Oh! Blanca, Blanca, juro por vuestro amor que moriré, ó el nombre de D. Fernando de Nápoles lo he de hacer más célebre para el servicio de la religion que hice el del Corsario Negro para mi venganza. ¡Ah! cualquiera que adopte siempre será prestado, pues desgraciadamente ignoro cuál es el que me corresponde llevar. ¡Oh! ¿puede haber nada más triste que no tener nombre, no saber á quién se debe el sér? Blanca ... si un hombre me dijera ¡yo soy tu padre! le serviría de rodillas, aún cuando perteneciese á la clase más baja de la sociedad. Pero nó, nó; un presentimiento me dice que no os desmerezco, que corre por mis venas una sangre tan noble como la vuestra,

»y que quizás algun dia una corona de conde ó duque ce-
 »ñirá mi frente. Y si no fuese así; si jamás pudiese saber
 »quién es mi padre, yo, yo me conquistaré una posicion
 »elevada y honrosa.

»Vos, con un noble y digno corazon, no dudásteis en
 »amar con toda la efusion de vuestra alma pura al hombre
 »cuya cabeza estaba puesta á precio. ¡Oh! ¿cómo pagaros tan
 »sublime abnegacion? Con mi vida entera, que consagraré
 »á vos y que dedicaré á haceros dichosa.

»Adios, animadme.

Fernando.»

CARTA QUINTA.

«¡Maldicion! Por algo detestaba yo al duque de Alba...
 »¿Conque ese perverso viejo se atreve á amaros y á publicar
 »su amor? ¡Oh! mi cabeza está hecha un volcan, mi frente
 »arde.

»Hace mucho tiempo que no he recibido ni una carta
 »vuestra. ¿Qué os pasa? ¡Dios mio!

»Aquí se dice públicamente que habeis enloquecido al
 »viejo lobo de los combates, y que está sumiso á vuestras
 »plantas, donde vos le reteneis con ambiciosa coquetería
 »para serviros de él. Si esto fuera cierto, correria á España
 »y le mataria, entregándome despues á Felipe II.

»¡Ah! mis presentimientos no me engañan nunca; por
 »algo repelia mi corazon al duque.... ¡Necio de mí! ¿Por-
 »qué no le habré matado en Sorrento, cuando se atrevió á
 »insultarme? Al ménos no sufriria en este momento los
 »tormentos que padezco.

Fernando.»

CARTA SEXTA.

«¡Ángel de luz! perdóname, porque los celos me enloquecieron. ¡Oh! he estado loco algunas horas.... ¡Cuánto he sufrido!

«En este momento me entrega Pietro vuestras cartas adoradas, y el fiel servidor llora de alegría al referirme que fué á Madrid por veros, y que os encontró tan amante como siempre para este villano que no dudó en ofenderos con injustas sospechas.

«Ya sabeis que mi genio violento unido á las dudas horribles que me martirizaban, me han hecho delirar.... ¡Perdonad una y mil veces mis infames palabras, y no me castigueis con vuestro silencio! Hacedos cargo que cuando os conocí estaba sumido en la desesperacion de la venganza, y que vos fuisteis mi redencion, mi salvadora, por lo que os profeso un amor tan frenético, que es un culto idolatra: sois para mí, amor, padres, familia, esposa prometida, y por último, mi religion, mi Dios. Por vos he vuelto á la virtud y por vos creo en la grandeza de la Providencia.

«Juzgad, pues, cuál no sería mi sufrimiento al pensar que pudiérais engañarme. Por eso el dolor me hizo desvariar; y no dudeis, nó, amor mio, que á ser ciertas mis sospechas, me hubiera dado la muerte.

«Una y mil veces besé la banda que me habeis enviado bordada por vuestras manos.

«¡Oh! ¿cómo podré pagaros tantos favores, ángel mio? con la sangre toda de mis venas, y aun sería poco, muy poco.

»Todo está ya dispuesto, y el duque de Guisa me anunció que me prepare á marchar.... ¡Ah! me muero de deseos de veros.... Si no fuera por desobedeceros, correria á Madrid á despedirme de vos, porque ¿quién sabe cuándo os volveré á ver?

»Partiré léjos, muy léjos, á conquistar una posicion para vos.... ¡Oh! ¡quién me diera un trono para ofrecérosle, amada mia! ¡qué bien sentaria una corona de reina sobre esa frente majestuosa!

»No sé lo que me digo; pueda yo daros un nombre esclarecido por mi valor y por mis hazañas. El ser esposa de un héroe debe halagar tanto á una mujer como el serlo de un rey.

»¡Oh! ¡cuánto agradecimiento siente mi corazon por vos, que me sacásteis del abismo donde me hallaba metido! Sólo el amor era capaz de tan noble redencion; sólo el alma de una mujer como vos podia interesarme, admirarme, y luego enamorarme con la más exaltada passion, con el más frenético delirio, con el arrebató grande é inmenso que siento. Mi corazon os idolatra tanto, que hay momentos en que se desborda; le ahogan las emociones que siente. Mi alma, comprimida por la venganza, vuestro amor la engrandeció, y os bendigo.

Fernando.»

Blanca leyó dos ó tres veces cada una de estas cartas, y al concluir apoyó la cabeza en sus manos y prorumpió en amargas lágrimas.

CAPÍTULO XI.

Los despachos de honor.

Dos horas hacía que Blanca permanecía con la cabeza apoyada en sus manos y en esa soñolencia del pensamiento que vaga de uno á otro objeto, cuando su camarera María la anunció al duque de Alba.

La ricahembra hizo un gesto de impaciencia y disgusto, y cerró rápidamente el cofrecillo, no sin que su camarera fijase en él su codiciosa mirada, y mandó á ésta que hiciera pasar al duque.

D. Pedro Alvarez de Toledo venía vestido con extremada elegancia y lujo. Conociase á primera vista en lo escogido de su traje, que deseaba halagar y deslumbrar á la mujer que tanto queria, mostrándose cortés y procurando ocultar con las galas y pedrería las huellas indelebles que los años habian impreso ya en toda su persona, y especialmente en su rostro.

Al llegar al lado de la jóven se quitó su sombrero cham-

bergo con pluma y joyel de perlas, y se inclinó galantemente, no sin dirigir al misterioso cofrecillo una curiosa y hasta colérica mirada, como si hubiese adivinado ó le hubiesen dicho lo que contenia.

—Perdonad, Doña Blanca, dijo á la jóven; creo que he llegado en una ocasion bastante inoportuna, á juzgar por la expresion de vuestro rostro, y duélome mucho de ello, porque no quisiera molestaros en lo más mínimo. ¿Permitís que me retire?

—¡Oh! no en verdad, señor duque. El amigo de mi padre siempre será bien recibido en mi casa. Sentaos pues, y si es á mi hermano á quien buskais, se le dará aviso en seguida.

El duque se mordió los labios con despecho.

—¡Ah! exclamó con amargura, comprendo que sólo á título de amigo de vuestro padre pueda venir aquí, ó en busca de vuestro noble hermano; pero ¿no sabeis ya, encantadora Blanca, que mi más ardiente deseo es poder penetrar aquí con otro título más dulce?

—Señor, no os comprendo, repuso Blanca bajando la vista y sonrojándose.

—¿No me comprendéis, señora?

—No en verdad, os lo aseguro. El título de amigo es demasiado dulce para un hombre de vuestra clase y talento que comprende lo que vale la verdadera amistad; y no dudo en afirmaros que es leal y sincera la que os profesa mi familia!

—¡Vuestra familia! ¿vos.... nó?

—Yo tambien os estimo; valeis mucho, sois noble y leal, y os respeto.

—¡Oh! callad, callad, exclamó el duque, algun tanto despedido al ver lo bien que se defendia Blanca, callad; conzco que voy á ofenderos, pero perdonadme, no puedo permanecer indiferente á vuestros hechizos.

—¿Os burlais, señor duque?

—Dios me libre de ello; ¿por ventura no habeis conocido que os amo? ¿no os lo he dicho otras veces?

—Nó, repuso Blanca con dignidad; nada me habeis dicho, ó por lo ménos nada he comprendido.

—¿Tan poco caso habeis hecho de mí?

—Creo no haberos faltado nunca, señor duque, porque os respeto y me respeto.

—Bien, bien; ¿pero es posible que hayais olvidado lo que os manifesté el otro dia?

—No lo he olvidado, caballero; pero vi solo en vuestras palabras una chanza ó una galanteria.

—¡Ah! pues os equivocásteis, señora; os hablaba con todo mi corazon.

—Si tal hubiera pensado, no os hubiera recibido, señor duque.

D. Pedro hizo un gesto de disgusto. Aquella entereza comenzaba á herir su altivez.

—¿Cómo, señora, dijo á Blanca, verdaderamente admirado, si hubiérais sabido que os amaba no me habríais recibido?

—Cierto. Una dama no debe recibir sola al hombre que la galantea, por más que éste sea tan caballero y leal como vos lo sois, señor duque. Así pues, permitidme creer que el objeto de vuestra venida no ha sido hablarme de vuestro amor, y permitidme avise á mi hermano para que os reciba como mereceis.

—¡Oh! sois implacable, señora.

—Nó, repuso Blanca sonriéndose; soy tan sólo una dama aragonesa que sabe cuánto vale su honor y la facilidad con que en la corte se murmura de todo y se enlodan las reputaciones más acrisoladas. Las mujeres, señor duque, no tenemos otra defensa, no podemos hacer callar á las hablillas del vulgo más que con una conducta intachable; desgracia es para nosotras, que no podemos demostrar á veces cuanto padecemos y sufrimos.

—Pero yo sé lo que valeis, señora, y os respeto tanto como os amo. Me trae á vuestro lado una noble decision, y no puedo creer que atribuyais á mis palabras un liviano pensamiento.

—Sois demasiado leal para que haya podido calumniaros.

—Entónces, si estais segura de la lealtad de mis intenciones, ¿por qué no quereis responderme?

—¿Y qué quereis que os diga?

—¿Sois libre para amar, Blanca?

—Nó, señor duque.

—¡Ah! ¿amais á otro?

La jóven comprendió que no debia llevar su sinceridad hasta el extremo de confesar su amor por Fernando, pues esto podia acarrearla la enemistad del duque, y sonriéndose levemente, dijo á D. Pedro de Toledo:

—Nó, tampoco amo á nadie.

—Entónces no comprendo por qué no sois libre.

—Porque yo no puedo mandar sobre el corazon; y hasta ahora, creedme que nada me ha dicho.

—¿De modo que puedo esperar?

—Esperad, señor duque; pero no os doy ningun derecho,

pues no os impongo ningún plazo. A nada me obligo, señor, entendedlo así: Ahora recurro á vuestra hidalguía, para que cortando esta conversacion, que se ha prolongado demasiado, me permitais llamar á Juan.

—Llamadle, señora, exclamó el duque, que loco de amor, habia creído ver una esperanza en las palabras de la jóven, llamadle; pues lo mismo que á vos, le preparo una agradable sorpresa.

Blanca llamó á María para que avisase á Juan, el cual se hallaba en aquel momento conversando con la hermana de Perez.

El jóven se apresuró á cumplimentar al poderoso guerrero español, y pasó en seguida á saludarle, ofreciendo á Constanza no dejarla sola por mucho tiempo.

—¡Guárdeos Dios, señor duque! le dijo entrando en la sala.

D. Pedro alargó su mano al Montero Mayor.

—El os conserve en su gracia, caballero Lanuza, le contestó el duque inclinándose.

—¿Y á qué debo la alta honra que me dispensais?

—¡Ah! aunque viejo y soldado, soy muy amigo de las sorpresas gratas, y más á las personas que aprecio. Vos, don Juan, estais en este caso, así como vuestra amable hermana, y he venido con una comision que me ha complacido grandemente.

—¿Una comision decís? repuso Lanuza.

—Ciertamente. El rey ha tenido á bien nombraros su gentil-hombre, y la reina, dama de honor á vuestra hermana, y ved aquí los despachos.

Y al decir esto sacó de su escarcela dos pliegos cerrados

con un sello de cera encarnada, y dió á cada uno de los dos hermanos el que respectivamente les correspondía.

Blanca y Juan se admiraron al encontrarse con aquellos honores que no habian solicitado; pero gratamente sorprendidos, miráronse mutuamente, y Blanca dijo al duque:

—¡Ah! os confieso francamente que me habeis dado una satisfaccion, porque ha sido siempre mi más grande deseo pertenecer á la servidumbre de la reina. Doña Ana de Austria es una noble y digna princesa.

—Por mi parte, añadió Juan, os confieso tambien, señor duque, que no creo merecer ese honor; pero por mucho que me satisfaga, no puedo admitirle sin saber á quién debo agradecérselo. No lo he solicitado, como sin duda sabeis, y extraño que S. M., por mucha que sea la deferencia con que me mire, se haya acordado de honrarme con tan alta distincion.

Lanuzá, al hablar así, miraba fijamente al duque de Alba, pues pundonoroso y altivo, creia no deber aceptar aquel cargo si venia por recomendacion de la princesa de Eboli, pues esto le obligaria para con ella, y Lanuzá no queria deberla nada.

El duque oyó al jóven con cierto asombro é inquietud; preciso nos es decir que llevaba encargo, no solamente de no ocultar al jóven el origen de aquel nombramiento, sino de hacerle ver que sólo lo debia á la influencia y generosidad de la princesa de Eboli; pero tan diplomático como guerrero, comprendió que debia ser prudente y muy parco en sus explicaciones.

—¿Qué quereis que os diga? dijo á Lanuzá despues de un

momento de silencio; ¿conocéis alguna persona que se interese por vos?

—Sí en verdad, aunque lealmente puedo aseguraros que a nadie he dado motivos para que me favorezca de tal modo.

—Y esa persona ¿se halla en disposicion de conseguir de S. M. estos dones?

—Sí, duque; y debo deciros que de cualquier persona lo admitiria, menos de esa. Ahora permitidme no os diga su nombre.

—Estais en vuestro derecho, señor de Lanuza, replicó el duque mordiéndose los labios; pero cuando estos favores se reciben del rey, solamente al rey deben agradecerse.

—Y á vos tambien, exclamó Blanca sonriéndose; sabemos que podeis mucho con S. M., y sin duda habeis contribuido á la extension de estos despachos.

A D. Pedro no le disgustaba ciertamente que Blanca creyera deberle aquel honor, y contestó á la jóven con una sonrisa, que era una ratificacion tácita de su sospecha.

—En ese caso, añadió Lanuza alargando la mano al duque, os damos las gracias, y os las damos doblemente, porque nada podeis esperar de nosotros. Hoy mismo me presentaré en palacio con mi hermana á ofrecer á S. M. la expresion de mi sincera gratitud.

—Y yo, añadió el duque levantándose, os dejo, amigos míos, hasta la noche, que nos reuniremos en palacio. Entretanto, no olvideis la desinteresada amistad que os profeso, y permitidme estrechar vuestras manos en prueba de ella.

La doble intencion de estas palabras hizo sonreir imperceptiblemente á la hermana de Lanuza, que dijo al du-

que, tambien con doble intencion, y como para demostrarle que le habia comprendido:

—Gracias, señor duque; por lo que respecta á mí, podeis contar con mi amistad, y ved aquí mi mano, que no niego nunca á un amigo, por más que, como mujer, valga mi amistad muy poca cosa.

Despues de estas palabras, el duque respondió alegremente con una galantería, y saludando á Blanca, salió seguido de Juan, que le acompañó hasta su litera.

LIBRO TERCERO.

TRAICION.

CAPÍTULO PRIMERO.

Más explicaciones.

Blanca entró al servicio de la reina Doña Ana de Austria el 1.º de Mayo de 1579. Los dos hermanos llevaban ya dos meses al servicio de los monarcas y eran de estos extremadamente queridos.

Constanza comenzó por disgustarse con el nombramiento de su prometido, porque le atribuía á la influencia de Doña Ana de Mendoza, y temia que la gratitud obligase á Juan; pero los acontecimientos ulteriores por un lado, las protestas de Lanuza por otro, y la indiferente conducta de éste para con la princesa, acabaron por tranquilizar á la joven, haciéndola concebir la esperanza de su próximo enlace por la mayor intimidación de su prometido con el rey.

La princesa de Eboli, cada vez más convencida de que no alcanzaria el amor de Lanuza, y cada vez más enamorada, formaba mil proyectos para conseguir sus deseos, y co-

metía imprudencias sobre imprudencias que la alejaban del Montero Mayor.

Mientras trabajaba en interés propio, no descuidaba tampoco vengarse de Antonio Perez, del cual referia al rey casi diariamente mil y mil detalles de su administracion, que no podian ménos de hacerle perder su prestigio; y con efecto, Felipe II, que sin duda se iba ya cansando de su ambicioso secretario, comenzó á mirarle con malos ojos y á reparar en algunas circunstancias que hasta entónces no habian llamado su atencion.

Gracias á este manejo de la astuta princesa, Antonio Perez caminaba sobre un abismo, y agobiado por su conciencia y temiendo que estallase la cólera del rey, se decidió á asegurarse de hecho el favor de Lanuza, para contrarrestar los maquiavélicos planes de la princesa de Eboli, y á este fin pidió licencia al rey para casar á su hermana con el jóven Juan de Lanuza.

Felipe II, que apreciaba á su Montero Mayor, accedió á los deseos de su todavía influyente secretario; pero cuando Doña Ana de Mendoza supó todo esto consideróse vencida, y avisó á D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez, que, como sabemos, estaba apasionado de Constanza y habia obtenido del monarca ántes que Juan la promesa de ser esposo de la jóven. El marqués estaba en Portugal por aquella época; pero enterado de lo que ocurría por Doña Ana de Mendoza, pidió y obtuvo licencia para regresar á la corte por algunos dias, y esto complicó la situacion, porque su primer cuidado fué presentarse al rey en demanda de la promesa que se le habia hecho.

Felipe II comenzó á enojarse por tantas rencillas é intri-

gas como producía la persona de Constanza. El favorito antiguo se había presentado á hacer frente al nuevo, y Felipe II no podía olvidar que Fajardo era uno de sus mejores servidores, y que estaba apoyado por el duque de Alba y por la princesa, á quien tanto amaba. Esto así, el monarca no quiso por entónces contentar á ninguno de los pretendientes, y dilató su resolución para más adelante, si bien se comprendía y se adivinaba que la venida de Fajardo había dado á la princesa todas las probabilidades de vencer en aquella cuestión.

Como comprenderán nuestros lectores, toda la corte estaba enterada de estos proyectos y contraproyectos, y la mayoría de sus individuos, enemiga de Antonio Perez, se inclinaba al partido desfavorable para el pobre Juan de Lanuza.

La cuestión del matrimonio de Constanza dejó, sin embargo, por algún tiempo de llamar la atención de la corte, porque sucesos de más importancia vinieron á fijar su atención.

El duque de Guisa, acompañado de la flor de la nobleza francesa y del bravo español D. Fernando de Nápoles, había vencido en un combate naval al poderoso Amed-Barbaroja enfrente de la isla de Rodas, causándole un terrible estrago y echándole á pique casi todas sus galeras. Esta victoria salvó al Gran Prior de la orden de caer en poder de los turcos y entregar la ciudad, y esta circunstancia hizo que desde Rodas los valientes campeones fuesen llamados á Roma y obsequiados espléndidamente por el Santo Padre.

En esta batalla, y entre los mil y mil hechos heroicos que el mismo Papa se dignó premiar, fué uno de los más atrevidos y beneficiosos para la completa dispersión de la

escuadra enemiga, el apresamiento de la galera que conducia al hijo del sultan, jefe segundo de la escuadra turca, y esta presa habia sido hecha por el célebre Corsario Negro, ya D. Fernando de Nápoles, como saben nuestros lectores.

Su Santidad, despues de premiar á todos los jefes que se habian distinguido, quiso reconocer particularmente el brillante hecho de armas del Corsario, y á este fin le dió su apostólica bendicion, nombrándole conde romano con el título de marqués de la Galera.

Blanca, cuando supo todo esto, sintióse inundada de una legítima y orgullosa alegría, pues no podia ménos de conocer que ella era la primera causa de la elevacion y gloria que Fernando acababa de conquistarse, y no tardó en escribirle manifestándole que volviese á Francia, que continuase peleando al lado del duque de Guisa, bien contra los turcos ó contra los hugonotes, y que de allí á muy poco tiempo pediria á su familia el beneplácito para su enlace y marcharia á Francia para ser su esposa, ya que se habia hecho digno de ella.

Fernando suplicó á Blanca que la permitiese venir á Madrid para verla; pero no lo consintió, porque esa voz misteriosa del vulgo, que todo lo dice, sin que se sepa por dónde lo adivina, susurraba ya vagamente que el noble D. Fernando de Nápoles, marqués de la Galera, era el antiguo Corsario Negro, y Blanca temia que Felipe II no quisiera perdonarle, y que si le descubria en Madrid, le hiciese pagar muy cara su desobediencia y su odio.

Esta sospecha del vulgo llegó, como debemos suponer, á oídos del duque de Alba y Doña Ana de Mendoza, y el primero, demasiado astuto para dar crédito á las protestas de

Blanca, de que no amaba á nadie, sospechó, y sospechó bien, que la ricahembra amaba á un hombre, y que era muy fácil que este hombre fuera el Corsario Negro. Comunicó el duque sus recelos á la princesa de Eboli, que convino en ello por algunos particulares que conocia de la estancia de los dos hermanos en el palacio del Corsario, y que le habia referido Antonio Perez, el cual tenia conocimiento de ellas por su hermana Constanza, que á su vez los sabía por su prometido. Doña Ana entónces manifestó al duque todo el odio que encerraba su corazón por Juan de Lanuza, al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles; y decidida á jugar el todo por el todo, manifestó á Toledo que no se atrevia á vengarse de Blanca ni de su hermano, porque aquella conservaba una carta que podia comprometerla.

D. Pedro le ofreció trabajar cuanto le fuera posible junto al rey para que se decidiera á casar por fin á Constanza con Fajardo, si la princesa en cambio de este favor se atrevia á presentarse á Blanca y pedirla su mano para el duque. Doña Ana vaciló al principio; pero conviniéndola no desperdiciar la proteccion del poderoso aristócrata, le dió palabra de satisfacer sus deseos, dejando para un extremo último el realizar la venganza que ya habian concebido.

El horizonte, pues, se iba cubriendo de nubes, y si hemos de ser sinceros, debemos decir que la tempestad no podia tardar mucho, y que Blanca, Juan, Constanza y Antonio Perez, era muy probable que fuesen las víctimas de aquellas intrigas de ambicion y de amor.

Lo único que parecia favorecer algo á nuestros más queridos personajes, era la atencion con que el rey observaba los repetidos triunfos de las armas francesas, y por lo tanto

la ninguna que prestaba á las exigencias de sus cortesanos. Y con efecto, Felipe II no era envidioso, pero empezaba entónces á soñar con la posesion de la corona de Francia. Este país se hallaba entónces agitado por la guerra civil: la Santa Liga, á cuyo frente se hallaba el mismo rey Enrique de Valois, acusaba á éste de católico hipócrita y fundaba todas sus esperanzas en el duque de Guisa; en tanto que los hugonotes, deseando vengar la sangre de sus amigos derramada en la célebre noche de San Bartolomé, trabajaban tambien para destronar al rey y colocar en el trono á un príncipe calvinista.

Felipe II, que no podia ser indiferente á estos acontecimientos, y que odiaba de muerte á los hugonotes, porque además de la aversion que le inspiraban sus heréticas doctrinas, sabía que fomentaban la insurreccion de los Países-Bajos, escribía cartas sobre cartas á su embajador en París y á otras personas influyentes, para que Enrique III mantuviera sus resoluciones, disgustándole sobremanera la tregua firmada en Poitiers con los calvinistas, que le obligó á exclamar en un momento de enojo: *«Es incompatible la conservacion de la fè católica en Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte (1).»*

Todos estos acontecimientos distraian al rey lo bastante para no pensar, como hemos dicho, en las intrigas que se desarrollaban al lado de su persona; pero esta misma indiferencia no podia ménos de contribuir al triunfo de la princesa y del duque de Alba, porque les daba más tiempo para preparar sus planes, contando, como contaban, con elemen-

(1) Histórico.

tos más poderosos que Juan de Lanuza y Antonio Perez.

Al cabo de algunos dias, la princesa indicó á D. Pedro de Toledo que ya se habia decidido á ir aquella misma tarde á ver á Blanca, indicándole que le esperaria por la noche para darle cuenta del resultado de su peticion y embajada.

D. Pedro, anhelando saber lo que habia decidido la hermana de Lanuza, aunque sospechaba cuál habria sido su resolucion, no faltó, como es de suponer, á la cita, y aquella misma noche se presentó en casa de la princesa.

CAPÍTULO II.

Proyectos de venganza.

Cuando el duque de Alba se presentó delante de la princesa de Eboli, encontró á ésta sentada en un divan pálida y convulsiva.

El viejo guerrero adivinó que le esperaba una mala noticia, pero fuerte aún para luchar consigo mismo, se aproximó á Doña Ana y la saludó en silencio.

—¡Oh! ¡Dios mio! le dijo ésta, sentaos, duque, sentaos, y dispensadme si os he recibido de una manera tan poco afectuosa.... Estoy irritada y no puedo contener la cólera que me domina.

—No tengo nada que dispensaros; pero.... decidme ¿habeis visto á Blanca?

—Sí, duque.

—¿Y la habeis hablado?

—Más de una hora he estado con ella.

—¿Y qué ha dicho?

—¿No os lo dice mi cólera? ¿no adivinais que mi emba-
jada ha sido inútil?

D. Pedro se estremeció levemente, pero se contuvo.

—¿Conque he sido despreciado? dijo á la princesa.

—¡Oh! despreciado, amigo mio, como no lo ha sido
nunca el hombre más digno de desprecio.

—Señora....

—Oidme.... Blanca de Lanuza rechaza vuestra mano,
porque dice que sois viejo, y porque ama á otro.

El duque palideció de cólera. Sublevóse todo su orgullo
al escuchar aquellas palabras, y los celos le trastornaron
completamente.

—Está bien, dijo á la princesa con amarga ironía; aprue-
bo la sinceridad de esa dama, que no teme despreciarme
por viejo, y que no teme tampoco mi cólera ni mi poder.
¡Ah! princesa, princesa.... creo que nos hemos equivocado
al haber pretendido conquistar ese corazon por medio de la
gratitud.... Tanto Doña Blanca como su hermano, se han
creído dignos de los favores que han alcanzado en la corte,
y creen sin duda conseguir el favoritismo de Felipe II y de
la reina. Sólo así me explico que haya rechazado mi propo-
sicion y que prefiera tenerme por contrario, cuando ella no
puede contar más que con el apoyo de su hermano y el del
intrigante Antonio Perez. Pues bien, ella lo quiere, cúmpla-
se su destino. Hay personas que ellas mismas cavan el abis-
mo en que se precipitan, y no debemos compadecerlas. Mis
sospechas eran ciertas; Blanca ama á otro hombre, y ese hom-
bre no es otro que el marqués de la Galera, el antiguo Cor-
sario Negro. Pues bien, yo os juro vengarme de ese hombre.

—¿Vos, duque?

—Sí.

—¿Y cómo? ¿Acaso vais á marchar á Francia para pedirle un combate?

—Nó, señora. El duque de Alba no puede batirse con un pirata, con un bandido destinado á ser presa del verdugo.

—Entónces ¿cómo vais á conseguir vuestra venganza?

—Tengo otros medios.

—¿Otros?

—Sí, y permitidme me los reserve hasta que pueda decirlos: «princesa, ya estoy vengado.»

—¡Ah! repuso la princesa lanzando un suspiro, ¡dichoso vos que podeis vengaros y contaís con medios para hacer sentir á vuestros enemigos todo el peso de vuestro odio. ¡Ah! cualquiera cosa daria por poder hallarme en vuestro lugar.

—¿Y quién os lo impide?

—La carta que Blanca posee, ¿no os lo he dicho ya otras veces?

—Sí, pero esa carta juro depositarla en vuestras manos.

La princesa se estremeció de alegría.

—¿Vais á arrancar á Blanca esa carta?

—Sí.

—¿Luego es cierto que la tiene?

—Ciertísimo.

—¿Y cómo habeis de apoderaros de ella, cuando Blanca la guardará y conservará como un tesoro?

—Los tesoros tambien se roban.

—Sí, pero no cuando tal vez se llevan consigo.

—Tranquilizaos, Doña Ana, y confiad en mí, prosiguió el

duque llevándose la mano al pecho; os juro por mi honor traeros esa carta, y de este modo mi venganza será más completa.

—¡Oh! tan completa, que no podeis figuraros cuál será su término, porque dueña de esa carta, yo destruiré todo el poder de esos altivos y orgullosos aragoneses.

—Mucho aborreceis á esos jóvenes.

—¡Ah! prosiguió Doña Ana con una energía casi salvaje, si hubiéseis venido conmigo habríais visto de lo que son capaces esos noblezuelos. Ni mis reflexiones, ni mis promesas, ni mis súplicas, porque he suplicado, duque, nada ha podido hacerles variar de opinion. Y luego la risa del sarcasmo brillando en los labios de Blanca, empleando en su lenguaje palabras de doble sentido, con las que pretendia arrojarle al rostro mi amistad á Felipe II.... ¡Ah! callemos, callemos, no puedo olvidar aquella escena; y si mucho aborrecia á esa mujer, mucho más la aborrezco ahora.

—Bien, princesa, bien, dijo el duque con cruel alegría al ver á Doña Ana tan dispuesta á secundar sus terribles planes, bien; vos me comprendéis como yo os comprendo, y ya está dicho, nos serviremos mutuamente.

—Sí, sí, venguémonos.

—Conforme; pero es necesario hacerlo con calma, porque á pesar de todo nuestro poder, Antonio Perez es aún poderoso y tenemos que luchar con él.

—¿Y qué os importa?

—Nada, pero la prudencia exige algunas precauciones. Por lo demás ya podeis figuraros si yo he de tener miedo al favorito.

—Lo creo así, pero soy de vuestra opinion, y en prueba

de ello me parece aceptareis la idea que acaba de cruzar por mi mente.

—Sepámosla, princesa.

—Traigamos á Antonio Perez á nuestro lado.

—¿A nuestro lado, señora?

—Sí, duque, sí.

El orgulloso noble hizo un gesto de disgusto.

—Cualquiera cosa preferiria á aliarme con Antonio Perez, dijo á Doña Ana; es un hombre á quien detesto, y cuya mano he jurado no volver á estrechar nunca. ¿Qué falta nos hace Antonio Perez?

—¿No lo comprendéis? exclamó la princesa, que en aquel momento sentia más la necesidad de que el secretario se opusiese al enlace de Constanza con Juan de Lanuza; ¿no comprendéis que Perez, por mucho que haya decaído en el ánimo de S. M., es aún lo bastante poderoso, si no para vernos, al ménos para darnos mucha guerra? ¿Cómo se oculta á vuestro claro talento que á pesar de todo es el más poderoso de nuestros enemigos, y que vencido ó inutilizado éste, los demás ni aún se atreverian á nombrarnos?

—Sí, todo eso es cierto; pero mi orgullo no me permite unirme con un hombre de su clase.

—¿Y qué os importa? exclamó la princesa con su cinica audacia. Cuando en medio de un combate os encontráis sin espada, ¿acaso rechazais la del último de vuestros soldados que encontréis á vuestros piés? Aquí la cuestión es de defensa y venganza, y para conseguirlo todos los instrumentos son buenos. Antonio es sólo un instrumento; sirvámonos de él, y despues despreciadle, arrojadle lejos de vos, si así os parece conveniente.

El duque, que habia palidecido durante su conversacion con la princesa, se sonrió con cierta ferocidad que desdecia de su noble apostura, y dijo á Doña Ana despues de un breve silencio:

—En verdad, señora, que ignoraba todo lo que valeis para la intriga, y me complazco mucho más en reconocer tan buenas disposiciones, porque perteneceis á mi escuela.

—¿Luego sois de mi opinion?

—Sí, señora, me habeis convencido.

—¿Aceptais los servicios de Antonio Perez?

—Los acepto, pero con una condicion. Yo no he de hablarle ni he de comprometerme en nada con él.

—Sea, puesto que lo exigís. Yo seré la que le hable.

—En ese caso podeis avisarle cuando querais, pero se me ocurre una duda.

—¿Una duda?

—Sí, princesa. ¿Quién nos responderá de su fidelidad?

—El amor que me tiene, dijo sonriéndose Doña Ana, y además, su propia conservacion. Sabed que hace ya algunos dias que me consta que trabaja para reanudar su amistad conmigo.

—En ese caso vuelvo á repetiros que podeis avisarle.

—Pues voy á mandarle llamar.

—Bien, señora, repuso D. Pedro levantándose: ahora sólo me resta recordaros nuevamente que no cedais en lo más mínimo respecto á nuestra venganza.

—¿Y podeis dudarle, cuando anhelo tanto como vos poderme vengar? Pero no se olvide vuestra promesa, confio en ella, y....

—Podeis confiar, señora. Estoy acostumbrado á no faltar nunca á mis palabras.

Y el duque, despidiéndose de la princesa, salió de la casa, dirigiéndose á su palacio, pálido de cólera y de dolor por el desprecio que acababa de recibir de la hermana de Lanuza.

Doña Ana entretanto se dirigió á un secreter sonriéndose malignamente, y sacando útiles de escribir, extendió una corta misiva, que mandó llevar á Antonio Perez por uno de sus criados de más confianza.

En aquella carta, la orgullosa y altiva dama que tanto habia despreciado á su amante, le rogaba fuese á verla en las primeras horas del siguiente dia para comunicarle algunos asuntos de importancia.

Tan cierto es que el odio y la venganza trastornan la razon y son más fuertes que todas las demás pasiones.

CAPÍTULO III.

Tal amo, tal criado.

La princesa de Eboli conocia mejor que el duque de Alba el corazon humano. Al dia siguiente Antonio asistió á la cita, asombrado y sin saber qué pensar de Doña Ana, pero salió de ella enemigo declarado de los hermanos Lanuza.

La princesa supo adormecerle y trastornarle con los effluvios voluptuosos de sus magníficos ojos negros; y cuando el pobre secretario, ébrio de amor, se arrojó á sus piés suplicándole que le amara, se lo ofreció así, le perdonó por completo y le puso de manifesto las ventajas que su alianza podria proporcionarle.

La princesa le dominó como á un niño, y consiguió de él que se separase de los hermanos Lanuza, que consiguiese del rey licencia para casar á su hermana con el marqués de los Velez, y reclamase del duque de Guisa la persona del marqués de la Galera para hacerle morir en el

cadalso por sus fechorias y delito de lesa majestad cuando era el pirata Corsario Negro.

Todo se lo ofreció el aturdido Antonio, y aún hizo más.

Engañado tan astutamente por aquella mujer y creyendo en su nueva amistad, le confesó todos sus celos, todos sus proyectos y el temor en que habia vivido durante el tiempo de su enemistad con ella.

Con el apoyo del voluble y enamorado privado, el triunfo de la princesa era tan seguro, como segura la derrota de los Lanuza y Constanza.

La tempestad que por tanto tiempo se habia ido condensando sobre sus cabezas, iba ya á estallar de un modo terrible.

La misma noche que el duque de Alba concertó con Doña Ana de Mendoza la perdicion de Blanca y de Juan de Lanuza, mandó llamar á su fiel criado Roque, el cual era siempre el encargado de todas sus resoluciones más secretas.

Roque era astuto y ambicioso. Habíase entregado en cuerpo y alma, como suele decirse, á su señor, y le obedecía pasivamente, sin más esperanza que la de unos cuantos escudos y unas palabras afectuosas.

Roque tenia una presencia demasiado bella, y segun la crónica escandalosa de aquellos tiempos, no tan morales ni virtuosos como algunos creen, más de una encopetada dama y de una rica plebeya habia depuesto su orgullo y su dinero á los piés del arrogante y gentil escudero.

No tenemos necesidad de decir que Roque aprovechaba

las ventajas que esto podia proporcionarle, sin descuidar por eso el servicio de su señor.

Un dia vió por casualidad á la bella María, doncella de Blanca, á quien nuestros lectores ya conocen, y Roque la siguió, la habló y alcanzó de ella una cita amorosa.

María no podia ser insensible á la belleza del escudero, y le amó. Como no habia amado hasta entónces, le amó con toda la impetuosidad de su naturaleza de fuego, y al cabo de muy pocos meses la pobre camarera no tenia más sueño que Roque ni más ambicion que ser su mujer, lo cual no entraba por mucho en el ánimo del escudero, si bien jamás le habia indicado su repugnancia al matrimonio.

En las repetidas y frecuentes entrevistas de los dos amantes, María habia empezado por descubrir á Roque algunas particularidades de la vida de Blanca, y Roque á su vez se las habia manifestado á su amo.

Ahora bien; los sucesos que hemos referido obligaban al duque de Alba á aprovecharse de cualquier medio para conseguir sus fines, y no le pareció mala idea sobornar á María por medio de su escudero Roque.

Con estos antecedentes, nuestros lectores comprenderán lo que vamos á referirles.

Roque, segun su costumbre, se presentó á su amo con respeto, pero con esa libertad que proporciona el trato íntimo de dos personas, por más que sean desiguales en categoría y posicion.

—Mi buen Roque, le dijo D. Pedro, tratando á su criado con una deferencia tan marcada, que no pudo ménos de llamar la atencion de éste: tengo que hablarte largamente,

y consiento que te sientes delante de mí. Aproxima ese escabel y escucha.

Roque, algun tanto aturdido, obedeció.

—¿Cómo vas de amores con la linda camarera de Doña Blanca?

—Perfectamente, señor.

—¿Hace mucho tiempo que no la has visto?

—Ayer.

—¿Y cuándo volverás á verla?

—Mañana.

—Bien, muy bien, prosiguió el duque con el acento del profesor que examina á un discípulo y no encuentra nada que añadir ni quitar á sus respuestas, muy bien; ¿y desde el último dia no has vuelto á saber nada de particular acerca del amante de Doña Blanca?

—Creo que os dije, señor, que el hombre á quien ama esa señora, es el antiguo Corsario Negro.

—¡Ah! ¿te lo habia dicho ya María?

—Sí, señor.

—Entonces ya es otra cosa. Lo único que me habias dicho, era que sospechabas fuera ese hombre por algunas frases sueltas de tu amante, pero nada más. ¿Conque el prometido esposo de Doña Blanca de Lanuza es el Corsario Negro?

—Sí, señor.

—¿Y qué más te ha dicho María? ¿no has podido averiguar alguna otra cosa?

—Tambien me dijo que su ama piensa marchar á Francia para casarse con él, despues que obtenga el beneplácito de su padre el Justicia mayor de Aragon D. Juan de Lanuza,

con el objeto de casarse con él al mismo tiempo que su hermano D. Juan se enlace con Doña Constanza Perez.

El duque se sonrió con diabólica ironía.

—¡Pobres muchachos, dijo, qué anticipadas llevan sus ideas, y no saben que todas van á ser destruidas! ¿Y qué más te ha dicho María?

—Nada más.

—Pues bien, es preciso, mi buen Roque, que mañana cuando te reunas con tu amante, trates de averiguar si Doña Blanca posee algunas cartas del Corsario.

—¿Y si las posee?

—Es preciso que se apodere de ellas y te las dé.

—Señor, repuso el escudero mirando asombrado al duque, esto ya no me parece tan fácil.

—No lo es; pero tienes astucia y talento, y no dudo que podrás conseguirlo. Si lo alcanzas, si esas cartas vienen á mi poder, has hecho tu fortuna, Roque.

—Bien, señor, replicó el escudero iluminando sus ojos un relámpago de codicia, haré todo lo posible; pero si me permitís, voy á acabaros de revelar otros detalles que tal vez os convenga conocer. Sé por María que su señora fué la prometida esposa de Antonio Perez, del cual conserva una carta que la envió por equivocacion, y con la cual puede perderle y perder á la princesa de Eboli. ¿Os parece que esa carta deba venir con las otras?

—¿Quién lo duda, cuando es la principal de todas?

—Entonces lo más acertado será obligar á María á que me entregue cierto cofrecito de plata, que es donde conserva toda su correspondencia, un anillo y un poco de pelo de su amante.

—¡Ah! es cierto. He visto ese cajoncito en la cámara de Doña Blanca, pero no hace falta que se le arrebate, es de plata, y no quiero que María pase por una ladrona; puede dejar la cajita y traerte su contenido, ¿comprendes? —

—Sí, señor.

—Quedas en libertad de ofrecer á esa muchacha el oro que sea necesario por su condescendencia.

—Me parece que no hará falta mucho dinero. Bástame que la ofrezca casarme con ella lo más pronto posible.

—¡Oh! ¿tanto la has enamorado? exclamó el duque riéndose.

—¡Phs! añadió Roque con toda la fatuidad posible en un hombre de su clase. Me quiere mucho; y en verdad, señor, que si la doy palabra de casarme con ella muy pronto y la pongo mi amor por precio de su condescendencia, es capaz de entregarme, no digo todas las cartas de su señora, sino hasta su misma persona y la de su amo, si así se lo exigiera.

—Pues no eres poco feliz, mi buen Roque.

—¡Báh! señor, me doy la enhorabuena de poder utilizar en beneficio vuestro mis relaciones con esa chica, la cual ciertamente que ignora mi voto de vivir siempre en el celibato.

—¿Luego no piensas casarte con María?

—Nó, señor. Es mujer, y mujer demasiado charlatana. Hoy, incitada por mis preguntas, me descubre todos los secretos de su señora, y mañana podía descubrir los míos. Nó, señor, nó, no pienso ni quiero casarme.

—Haces muy bien, Roque. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿crees poder conseguir lo que deseo?

—Sí, señor.

—¿Y mañana?

—Creo que mañana; pero si mañana no me es posible, no tardaré mucho en alcanzarlo.

—¿Sabes ya que es preciso no conciba ninguna sospecha?

—Eso no es posible, señor.

—Entonces....

—Perded cuidado; no encuentro medio de decirle que sustraiga á su ama el contenido de esa cajita sin que sospeche que para alguna cosa quiero yo ese contenido. No es muy posible se figure que sea yo el interesado en poseer esos objetos, y sus sospechas recaerán en vos, sin que sea fácil evitarlo....

—¿Entonces puedo comprometerme?

—Nó, señor, porque yo la halagaré con vuestra protección, la diré que si os sirve puede contar con vuestra ayuda, y si se opusiera la amenazaría con vuestra cólera, hasta amedrentarla. Creo que bastará lo primero. Con tal que yo la diga.... María, si haces esto, mi noble amo y señor te recibirá en su servicio y me dará licencia para casarme contigo y unos centenares de escudos para criar la prole que pueda venir, estoy segurísimo que cierra los ojos de alegría, abusa de la confianza que su ama deposita en ella, me trae todo lo que la pida y.... no descubre á nadie que ha trabajado en obsequio vuestro. ¡Oh! la conozco muy bien, señor. En el fondo es una muchacha excelente.

—Y mucho más excelente si me sirve con lealtad.

—Eso sí, os lo aseguro.

—Pues bien, entonces nada tengo que decirte. Procura verla sin falta mañana mismo, ya que no puede ser hoy, y si te hace falta dinero, pídelo.

—Alguna cosilla, señor, replicó Roque con cierta fruición inexplicable; mañana tenemos la cita en la *hostería del Cuerno de oro*, y ya sabéis que en esas casas siempre se gastan algunos escudos.

—Sí, ya lo sé.

—¿De manera que puedo contar con alguna cosa?

—Con lo que quieras; ya sabes que nunca he pagado mal tus servicios.

—Lo sé, mi buen señor, y puedo aseguraros que vuestra generosidad me obliga tanto como el afecto que os profeso. ¡Ah! ¡qué lástima que en esta ocasión no pudiera yo servirlos por mi mismo como en tantas otras!

—Las circunstancias no pueden ser siempre las mismas. De todos modos, si consigues obligar á María á que me traiga esas cartas, y sobre todo la de Antonio Perez, puedo asegurarte que es uno de los mayores servicios que me has hecho, y por lo tanto uno de los que más largamente te premie.

—¡Oh! gracias, gracias, mi buen señor; y en cuanto á poseer esas cartas, casi me atrevo á daros mi palabra de hombre honrado de que no os quedareis sin ellas.

—Mucho confías....

—Tanto como en mí mismo, señor.

—Bien, entónces nada tengo que decirte. Mañana cuando llegue el momento de acudir á la cita, avisame para darte algunos escudos. Ahora vete; es ya tarde y quiero descansar. Avisa á mis pajes Rogel y Martino.

Roque se inclinó, y salió de la cámara de su amo frándose las manos de alegría y calculando ya los medios de que podría valerse para conseguir de María las cartas que tanto deseaba poseer el duque de Alba.

La comision no dejaba de ser espinosa, pero no era difícil de ningun modo. María se habia encaprichado seriamente del jóven y apuesto escudero, y engañada por la esperanza de ser su mujer, era muy capaz de vender á su misma señora, cuanto más entregar unas cartas cuyo verdadero valor no comprendia.

Por otro lado, Roque era astuto y persuasivo. Poseia esa elocuencia picaresca de los truhanes de alguna educacion, tipos característicos de aquella época, y no podia ménos de hallar argumentos para convencer á María de las ventajas que aquella traicion podria proporcionarles, convenciéndola al mismo tiempo del ningun valor de aquellas cartas, y asegurándola que sólo era una broma inocente lo que con aquel hecho se queria jugar á su señora.

Era, pues, muy posible todo aquello, dados los caractéres y situacion de nuestros personajes, y era más posible todavía que, conseguido, produjese una série no interrumpida de desgracias para Constanza y los dos hermanos Lanuza, gracias al odio que les profesaba la princesa de Eboli, don Pedro de Toledo y el mismo secretario de Estado, á pesar de su reciente amistad con el heredero del Justicia mayor de Aragon.

¿Cuál sería, pues, el resultado de toda aquella intriga? ¿En qué pararian aquellos odios, aquellos celos, aquellos amores? ¿Quiénes serían las víctimas de aquellas dobles intrigas? ¿Venceria el vicio á la virtud, la imprudencia al verdadero amor, la bastardía á la nobleza, el mal al bien? No tardaremos en saberlo.

CAPÍTULO IV.

La hostería de El Cuerno de oro.

En una de las calles más retiradas de la parte alta de Madrid, y que no nombramos porque se nos ha extraviado la apuntación de su nombre, existía por la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que referimos, una casucha pobre y miserable, en cuya planta baja se hallaba instalado Maese Petovin.

Maese Petovin era italiano de nacimiento, según decía, aunque á decir verdad, lo mismo podía ser italiano que tunecino. Era un hombrecillo de pequeña estatura y gordo como un buey, recordando su figura y la esférica zona de su vientre los toneles de vino que adornaban las paredes de sus bodegas. Vestía rigurosamente de blanco, lo mismo en verano que en invierno, y á pesar de su obesidad era listo como una ardilla. Su conversacion nada tenia de agradable, y su acento extranjero era completamente desapacible.

No obstante sus defectos físicos, maese Petovin era todo un personaje en la corte de España, y lo mismo le conocía el encopetado noble, que el más humilde plebeyo. Decíase, para ponderar sus innumerables amigos, que el círculo de estos empezaba en el rey y concluía en el verdugo, con lo cual queda demostrado que era una notabilidad en la coronada villa.

Su fama era debida, más que otra cosa, á sus conocimientos culinarios, á la amabilidad con que trataba á los que iban á honrar su establecimiento, y á la economía de los precios que habia establecido; pues maese Petovin era propietario y cocinero de una hostería en la casa ya mencionada.

Efectivamente, en la parte superior de la ancha puerta que daba paso á la hostería, y suspendida de un grueso y elevado mástil, ondeaba al viento una bandera de tela blanca, en la cual se hallaba pintado un inmenso y abigarrado cuerno amarillo. Aquel cuerno queria ser el alegórico de la abundancia, y el color amarillo queria decir que era de oro. Como la alegoría no era ciertamente muy completa, la prevision de Maese Petovin habia hecho pintar debajo del cuerno, con letras grandes, un letrero que decia: *Hostería del Cuerno de oro*, con lo cual quedaba completo el emblema, y el hambriento más torpe no podía equivocarse en la clase y categoría del establecimiento.

Ahora bien; atravesando la puerta penetrábase en una reducida habitacion, donde habia varios armarios con botellas de diferentes vinos y licores, así como unas cuantas docenas de platos y demás útiles correspondientes al servicio de una mesa. De esta habitacion se pasaba á una sala, don-

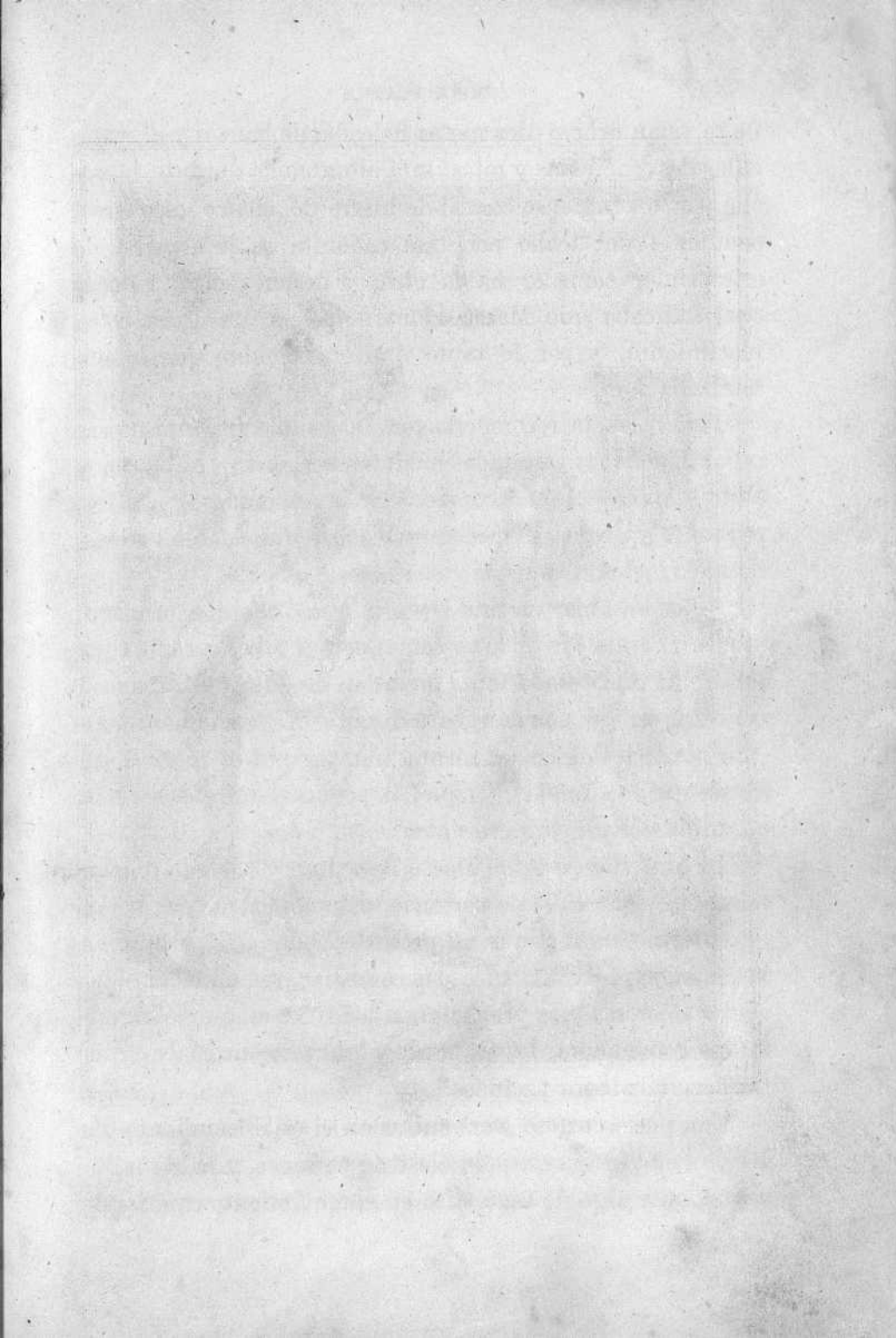
de se veían ocho ó diez mesas rodeadas de bancos y algunas sillas desvencijadas y rotas; sala alumbrada durante la noche por un inmenso candil de hierro de cuatro mecheros, pendiente del techo por una cadenita. A la derecha de este primer comedor habia otro, y despues otro, todo lo cual indicaba que Maese Petovin poseia un gran establecimiento, y por lo tanto que era hombre que lo entendia.

Peró la mejor recomendacion del establecimiento no era seguramente las ya citadas habitaciones, siempre abiertas y á disposicion del público, sino varios reservados cuartitos, pequeños y decentemente amueblados, que Maese Petovin llamaba metafóricamente «los nidos de amor.»

Nidos de amor en una hostería, era bastante prosáico, porque el amor diz que no come; pero á veces sucedia que una dama encopetada tenia precision de entrar allí á tomar un refrigerio, ó dos amigos á discutir reservadamente algun punto teológico, al mismo tiempo que se zambullian algun par de chuletas, y aquellos pequeños retretes servian admirablemente para estos casos.

La hostería, pues, de Maese Petovin era visitada diariamente por toda clase de personas, para muchas de las cuales el comer no era más que un pretexto; pues allí se zurcian las intrigas, hilvanábanse las comedias, remendábanse las cartas amorosas y se proyectaban todos los ataques que, entónces como ahora, los truhanes y tahures concertaban contra los ciudadanos pacíficos.

Era, pues, curioso ver entrar en el establecimiento de Maese Petovin tan variada clase de personas, y habia indudablemente algo de fantástico en el movimiento interior de





¡Oh! mi bella señora, exclamó deshaciéndose en cortesías

aquella casa, y más aún en la continua movilidad de su obeso y rechoncho propietario.

Descrita mal ó bien la hosteria del Cuerno de oro, ya habrán comprendido nuestros lectores que en ella era donde se daban sus amorosas citas el escudero del duque de Alba y la doncella de Blanca de Lanuza, pues la enamorada María, á pesar de todo su amor, no hubiera consentido ciertamente que Roque la hubiera acompañado por las calles de Madrid, teniendo como tenia muy en cuenta su honestidad y la murmuracion del maldiciente vulgo.

Ahora bien, como Roque habia dicho á su amo, dos dias despues de la escena que hemos referido en el capítulo anterior, y á las cuatro próximamente de la tarde, María entraba en la mencionada hosteria arrebujaada en un manto oscuro, que á pesar de cubrirla enteramente, dejaba adivinar bajo sus pliegues el gracioso cuerpo que ocultaba.

Como no era la primera vez que la jóven penetraba allí, no titubeó al atravesar la primera pieza, en la cual en aquel instante se hallaba Maese Petovin desocupando una botella de excelente vino.

El italiano miró á Maria, y la conoció sin duda, porque soltando la botella, quitóse su blanco gorro y se inclinó como lo hubiera hecho delante de la reina Ana.

—¡Oh! mi bella señora, exclamó deshaciéndose en cortesías, vuestra presencia en mi casa me enorgullece de satisfaccion, y créome recompensado con que honreis mi establecimiento.

—Adulador estais, Maese Petovin.

—Señora, rindo el más ferviente culto á la justicia, y soy entusiasta por todo lo bello.

—Vamos, no se puede con vos. Hablais más de lo que buenamente puede oír una doncella recatada.

—Doliérame muy mucho haberos disgustado.

—No en verdad; pero decidme, *¿ha venido?*

Este *ha venido*, especie de oración elíptica, como dicen los gramáticos, quería decir *¿ha venido ya Roque?* Pero Maese Petovin, que adivinaba por un gesto toda una frase, se sonrió con benevolencia y ordenó á María que le siguiese.

La muchacha cubrióse otra vez el rostro para atravesar las dos piezas que anteriormente hemos descrito, causando en su por entonces escasa concurrencia un murmullo de admiración su aire gracioso y su andar ligero y leve.

El hostelero, siempre con la gorra en la mano, abrió por fin uno de los cuartitos reservados, y deteniéndose en su dintel, dijo á un joven que se hallaba dentro:

—Señor Roque, si esperando estábais y os aburriais, dejad de aburriros, porque la hora es llegada.

Roque se levantó para recibir á María.

Maese Petovin se quedó inmóvil en la puerta, esperando sin duda órdenes del apuesto escudero.

Con efecto, éste le mandó servir un tasajo de jabalí y una lengua estofada con su correspondiente vino y servidumbre, con lo cual el hostelero se inclinó respetuosamente y dejó solos á los dos amantes.

—¡Cuánto has tardado hoy, mi querida María! dijo Roque contemplando con avidez el rostro levemente sonrojado de la graciosa camarera.

—Sí, repuso ésta, he tardado más de lo que creía, porque la señora está algo indispuesta de salud, y como soy su don-

cella de más confianza, no he podido venir hasta que la he dejado en el lecho.

—¿Pero está enferma de gravedad?

—No, no, disgustos. Ya sabes lo que te he dicho; la pobre ama mucho al Corsario Negro, y desearía poder irá su lado. Además, cada dia suceden cosas más extrañas en la casa; hoy ha tenido un pequeño disgusto con el señor por culpa de tu amo.

—¿Por mi amo?

—Sí; parece ser que ya no va por allí, y se ha enemistado con D. Juan.

—¡Pchs! ¿y qué nos importan todas esas cosas?

—Nada ciertamente.

—Caballito. Hablemos de nosotros.

—¿Y qué tienes que decirme, buena pieza?

—¡Oh! repuso con énfasis el escudero del duque, tengo que decirte tantas cosas, que no sé por dónde empezar.

—¡Dios mio! me asustas.

—Pues no te asustes, la cosa no es para tanto.

Maese Petovin penetró al mismo tiempo, llevando en una bandeja lo que Roque le había pedido, marchándose silencioso y grave, despues de haber colocado sobre la mesa varios platos y dos botellas de vino.

Roque comenzó á servir á María, y la escanció un vaso de riquísimo aragonés.

—Bebe, chica, la dijo sonriéndose; este vino es paisano tuyo, y debe conocerle tu paladar.

—No tengo gana.

—Bebe; comiendo se habla mejor.

—Bien, pues come y empieza á hablar; ya estoy deseán-

do saber esas tantas cosas que tienes que comunicarme.

Y haciendo un gracioso mohín de cabeza, prosiguió:

—Apuesto doble contra sencillo á que entre tanto como tienes que decirme no vas á darme ninguna noticia buena.

Roque se sonrió y apoyó sus codos en la mesa y su barba en sus manos mirando fijamente á María.

—¿Conque nó, éh? la dijo: ¿crees que no voy á decirte nada bueno? me parece que sí; pero ántes sepamos qué es á lo que tú llamas bueno.

—¡Toma! ¿no lo sabes ya?

—Nó.

—Eres un bribon, que te haces el desentendido, y tengo que decirte que yo no puedo seguir así. Mi madre me parió para casa honrada ¿lo entiendes? y si no me llevas al altar....

—Pues precisamente de eso quiero hablarte.

—¿De veras?

—Tan de veras, y si no juzga.

—Pues dí, dí.

Y la muchacha, con las mejillas encendidas de felicidad, se dispuso á escuchar á su amante.

Roque comió un bocado y bebió un vaso de vino, se limpió los labios con el extremo del mantel, y despues volvió á su primitiva postura, diciendo por último á María:

—Tú me quieres mucho, ¿no es verdad?

La camarera de Blanca le miró con cierto asombro.

—¿Puedes dudarlo? le dijo.

—Nó, pero bueno es que me lo repitas en este momento. Pues bien, tú me quieres y yo te quiero; hemos nacido para vivir juntos, para casarnos.... Dios, que es bueno, nos ha

unido, y yo quiero casarme, tú también, ¿no es verdad?

—¿Pero á qué me haces esas preguntas?

—Bueno es que me lo repitas en este momento.

—Ya sabes que soy yo quien más frecuentemente te ha exigido esa promesa.

—Pues bien, ¿estarías dispuesta á hacer cualquier sacrificio para facilitar y hacer posible nuestra boda?

—Ya lo creo; ¿pero á qué son esos misterios y preguntas? ¿sabes que me vas alarmando?

—Pues no te alarmes, María, la cosa es bien sencilla, y cuando te la explique la conocerás como yo.

—¿Y qué te detiene?

—Ya nada, escucha: para casarnos necesitamos algunos escudos, que yo no tengo y que tú no tendrás tampoco; después, y ya casados, tú no puedes continuar con tu señora ni yo al servicio del señor duque, y como no nos hemos de mantener del aire, necesitamos algunos doblones para poder vivir. Para esto es indispensable que nos protejan nuestros amos.

—Mi señora me protegerá, Roque.

—Lo creo, pero mi señor no me protege tan desinteresadamente como tu ama. Ayer le hablé sobre nuestros proyectos y dificultad de realizarlos, y me dijo:—Roque, cástate si la chica es bonita y buena; pero si quieres que yo te ayude en tu nuevo estado, es preciso que me sirvas con la lealtad que acostumbras en una intriga inocente que traigo entre manos. Si lo haces, no sólo te ayudaré, sino que cuidaré de tus adelantos, enviándote á una de mis posesiones de conserje ó administrador, con lo cual podrás sostener tus obligaciones con decencia.—¿Y qué es lo que quereis de mí? le

dije.—Que procures venga á mi poder el contenido de cierta caja de plata que posee Doña Blanca de Lanuza.—¿Y cómo? repuse.—Eso es cuenta tuya, añadió. Y he aquí, mi querida María, la base de nuestra felicidad y de nuestra conversacion esta tarde, porque no sé cómo pensarás acerca de esto.

Y Roque concluyó mirando á María fijamente.

Por el pronto la camarera se habia estremecido de alegría, pero despues de espanto. El precio que ponian á su futura dicha era quizás excesivo, tanto más, cuanto que era una horrible traicion á su señora. Asi que, la primera idea que atravesó su mente fué de repulsion á la pretension del duque de Alba.

—¡Oh! nó, nó, dijo á Roque, eso sería un robo, un robo infame; no quiero.

El escudero, que no esperaba una negativa tan terminante, abrió los ojos verdaderamente asombrado.

Despues exclamó:

—María, ¿he oido acaso mal?

—Nó, no quiero.

—¿Sabes lo que te dices?

—Sí.

—¿Y asegurarás todavía que me quieres tanto?

—Te quiero, Roque, más que á las niñas de mis ojos, te amo como no he amado á ningun hombre; pero hacer traicion á mi señora, nunca.

—Pues mira, María, si no haces eso, no pienses en mí, repuso el escudero de una manera resuelta.

La pobre muchacha palideció estremeciéndose levemente.

Roque prosiguió diciendo:

—Por dura que te sea la condicion que te impongo, no hay más remedio que aceptarla; porque, mi querida María, los que servimos estamos bajo el dominio de nuestros amos, y sus caprichos tienen que ser leyes para nosotros. Mi señor me lo ha exigido así, y no tengo más remedio que obedecerle.

—¿Pero no conoces que es una infamia?

—Nó.

—¿Qué dices, Roque?

—Nó, no es una infamia, porque mi señor no quiere hacer de las cartas que guarda ese cofrecito un uso punible, hija mia. Yo, que conozco á mi amo, sé que es incapaz de cometer una felonía.

—Pero si yo accediera á lo que me propones, ¿qué diria mi señora?

—Por el pronto se enfadaria, pero despues ya se la pasaria el enfado.

—¡Ah! no la conoces. Es buena, afable, generosa, es para mí casi una hermana; pero cuando se la ofende tiene la energía de un hombre, y... tengo miedo.

Roque conoció que María empezaba á vacilar, y la dijo para acabar de convencerla:

—Pues hija mia, tengo el sentimiento de decirte que si no damos gusto á mi amo, no puedo casarme contigo.

María levantó sus ojos, en los que brillaba una lágrima, y miró aturdidamente al escudero como si no le hubiese comprendido.

Este prosiguió:

—Ya ves, yo no tengo nada, absolutamente nada, y sin nada ¿cómo hemos de casarnos? Ahora somos dos, y luego

seríamos tres, y luego cuatro, y luego.... ¿quién sabe á dónde iríamos á parar? Yo no quiero hacerte desgraciada casándome sin un escudo, y....

—¿Y quién te ha dicho que mi señora no nos protegería?

—Tu señora será muy buena, pero qué quieres, es mujer, y por lo tanto hoy depende de su hermano D. Juan, y mañana si se casa dependerá de su marido. Por generosa que sea, su proteccion no puede bastarnos, y sobre todo no puede llegar á la que mi amo el señor duque me ha ofrecido.

María no tenia mucha confianza en lo que por ella pudiese hacer su señora, no por falta de generosidad, sino porque la veia demasiado ocupada en sus propios y graves asuntos; así es, que no pudiendo ménos de caer en la tentacion, dijo á Roque despues de un breve silencio:

—¿Y qué es lo que te ha ofrecido el señor duque?

—¡Oh! cuidar completamente de nosotros. Figúrate que me ha ofrecido pagar todos los gastos de la boda, regalarme algunas docenas de maravedises de oro y nombrarme administrador de una de sus posesiones, con lo cual, no solamente asegura mi presente, sino tambien mi porvenir, poniéndome en el caso de salir de la clase escuderil, á la que pertenezco. Ya puedes conocer que administrador de una posesion suya, tendria criados y tú criadas, lo cual es ciertamente un porvenir más halagüeño que el que hayas podido concebir. Por mucho que por nosotros hiciera tu señora no sería tanto, y jamás saldríamos de servir, y jamás podríamos reunir algunos escudos para nuestra vejez. ¿Conque qué te parece? ¿merece ó no el pequeño sacrificio que nos impone?

—¡Oh! repuso María enjugándose la lágrima que brillaba en sus negras pestañas, porque la proposicion de Roque, y

sobre todo aquello de los criados y los maravedises de oro era tentador; ¡oh! ciertamente que no podíamos aspirar á mayor dicha, ¡pero es tan grande el precio!

—¿Así lo crees?

—Y así lo es, Roque.

—No lo veo yo con los mismos ojos que tú, porque estoy convencido de que mi amo no ha de abusar de la posesion de esas cartas.

—¿Y quién nos lo asegura?

—Yo te lo aseguro, que le conozco muy á fondo, pues hace más de diez años que le sirvo.

—Pero he oído decir que el duque de Alba es muy vengativo, y como sus relaciones con mi señora no son muy afectuosas.... temo....

—Nada temas, María; todas esas cosas son hablillas del vulgo porque mi amo es muy severo con sus inferiores y enemigos, pero injusto nunca. Además, es todo un caballero, y no se valdria de una traicion para vengarse de tu señora, aun cuando la aborreciera más que yo al diablo. El objeto de querer esas cartas, es poder realizar una inocente intriga, una broma que reserva á tus amos, pues no obstante su carácter sombrío, el duque es muy bromista algunas veces.

María comenzaba á vacilar, no por las seguridades que le daba Roque, sino por las promesas del duque. Sí, debemos decirlo, por más que pueda entristecer á aquellos de nuestros lectores que sientan algunas simpatías por la camarera de Blanca; María amaba mucho á Roque y era ambiciosa. Tenia esa vanidad casi ingénita en la mujer, y aquello de que casándose con Roque iba á tener criados, bi-

llia en su mente con una intensidad dolorosa. De pensamiento en pensamiento vino casi á convencerse de las palabras de su amante, ó por mejor decir, á darse por convenida, no pareciéndole ya imposible que el duque de Alba quisiera dar con aquellas cartas alguna inocente broma á los hermanos Lanuza.

Su silencio hizo comprender á Roque que empezaba á vacilar, y no quiso por lo tanto desperdiciar la ocasion de dar el último golpe.

—Mi buena María, la dijo, dando á su voz el acento más cariñoso posible, despues de todo lo que te he dicho para convencerte, hay además otra circunstancia que no dudo concluirá por decidirte. Estoy seguro que tu irresolucion estriba, más que en otra cosa, en el temor de que tu ama eche de ménos esa correspondencia ántes de que hayas dejado su compañía; ¿no es así?

—Ciertamente.

—Pues bien; yo te prometo, porque así me lo ha asegurado mi amo, que si esta noche me das esas cartas, mañana á la misma hora te las devolveré para que las coloques en su sitio. Esto te acabará de demostrar que mi amo no quiere abusar de ellas.

—Sí; pero ¿y si no te las devuelve?

—Me lo ha ofrecido, y nunca falta á su palabra, María.

Por inverosímil que esta última seguridad debiera parecer á la muchacha, es lo cierto que acabó de convencerla, por lo que despues de una corta lucha venció su vanidad y su amor á sus deberes, y dijo á Roque sonriendo:

—Tengo la cabeza trastornada con lo que me has dicho, pero veamos si puedo entenderte.

—Habla, María.

—Si yo te doy las cartas del cofrecito.

—Las cartas y todo lo que tenga dentro.

—Bien, sea así. Si te lo doy esta noche, ¿mañana por la noche me las devolverás sin faltar ninguna?

—Ciertamente.

—¿Y si yo hago esto te casarás conmigo?

—Antes de quince días, María. ¿Pues no lo estoy deseando tanto como tú?

—Bien, bien, Roque; sé que me quieres, pero déjame continuar mis preguntas. En premio de mi condescendencia, ¿el señor duque nos pagará los gastos de la boda?

—Todos.

—¿Y nos dará algunos maravedises de oro?

—Me los tiene ofrecidos.

—¿Y te nombrará administrador de cualquiera de sus posesiones?

—Sí.

—¿Y tendremos criados?

—Naturalmente. ¿Pero á dónde vas á parar con tanta pregunta?

—Porque necesito animarme y recordar todo esto para resolverme á engañar á mi ama.

—No seas tonta, María, es un engaño tan inocente, que cuando conozcas sus consecuencias te has de reir por lo gracioso.

—¿Le conoces tú?

—No me ha dado detalles el señor, ni yo se los he pedido, como puedes suponer.

—Es claro.... Pues bien, Roque tuyas serán las cartas.

El escudero se frotó las manos lleno de alegría. —

—Ya somos felices; exclamó escanciando á la jóven un vaso de vino. —

—Ya podemos llamarnos marido y mujer, y ya. ¡Oh! cuántos envidiosos vamos á tener! —

—¡Dios lo quiera, Roque, exclamó María lanzando un suspiro, porque á pesar de todo no se encontraba tranquila. —

—¿Pues no lo ha de querer? exclamó el escudero levantándose; Dios quiere todo lo bueno, y no creo que le hayamos faltado en ninguna cosa grave. Pero chica, vámonos. Ya han tocado las Ave Marías, y te acompañaré hasta cerca de tu casa para que me entregues eso. —

—¿Tan pronto? —

—Cuanto ántes me las des, ántes vuelven á tu poder. Además, ¿no me has dicho que tu señora está algo enferma? —

—Sí. —

—¿Pues qué mejor ocasion que ahora? —

Convencida María con esta reflexión, se levantó, echóse el manto sobre la cabeza, y sin hablar ni una palabra, pues la emocion que sentia era muy viva, salió con Roque de la hostería. —

Maese Petovin se quitó su histórico gorro cuando pasaron por delante de él, y se inclinó gravemente como pudiera haberlo hecho delante de los personajes más ilustres.

Roque y María continuaron atravesando algunas calles, siempre silenciosos, ella delante y él á alguna distancia, hasta que llegaron á una calleja á cuyo extremo opuesto se hallaba situado el palacio que ocupaban los dos nobles aragoneses. —

Entonces María se detuvo.

—Espérame aquí, dijo á Roque con voz convulsa de emocion; no quiero que ningun paje ni escudero vea que me acompañas.

—¿Pero vas á bajar el cofrecito?

—El cofrecito nó, porque es de plata y....

—Quiero decir, lo que él contiene.

—Sí, en seguida.

—Pues espero.

Y Roque se separó de María, empezando á pasearse con el aire más distraído é indiferente del mundo.

Trascurrió un cuarto de hora, media hora, y María no volvía. El escudero comenzaba á impacientarse y su satisfaccion á desaparecer, temiéndose que la muchacha hubiera desistido en el momento supremo.

Su temor, sin embargo, no pudo prolongarse por mucho tiempo. Al fin divisó una mujer que se le acercaba precipitadamente, y no tardó en reconocer á María.

—Toma, le dijo ésta entregándole un pequeño paquetito, aquí está todo lo que contenia la cajita. No dirás que he faltado á mi palabra.

—Ni tú que he faltado á la mía. Yo te lo prometo.... te lo juro....

—¡Ah! si me engañas, replicó la jóven con lágrimas en los ojos, maldito seas y maldito sea tu amo.

—Amen, añadió Roque, que no era muy crédulo en eso de maldiciones y anatemas.

Entonces y como una muestra de su acendrado amor, fué á besar la mano de María, segun sabia que lo hacian los caballeros á sus damas; pero la jóven, casi sollozando, se

habia ya separado de él, y se dirigia rápidamente hácia el palacio de sus señores.

Roque se echó á reir.

—¡Pobre chical! murmuró, no merece ciertamente ser engañada; pero no he nacido para casado, y el señor duque no quiere matrimonios á su servicio. Paciencia y alegrémonos con la recompensa ofrecida; que al fin

El oro es dinero

Y la mujer no lo es.

Y volviendo á lanzar otra carcajada, desapareció bien pronto per las próximas callejas.

CAPÍTULO V.

Primeras nubes.

Ha trascurrido un mes desde los últimos acontecimientos. Blanca de Lanuza pasó casi todo este tiempo en el lecho del dolor, y cuando ya empezaba á convalecer, recibió la muy triste noticia de que su padre se hallaba enfermo de gravedad.

Todo parecía volverse en contra de los dos hermanos. Juan de Lanuza corrió al lado de su padre, y pudo tener el consuelo de verle luchar con la muerte hasta vencerla. Entónces y como Blanca habia quedado en Madrid casi sola, pues únicamente la hacía algunos ratos de compañía la hermana de Antonio Perez, resolvió volverse á la corte, pero su padre se lo impidió.

—Nó, hijo mio, le dijo, no vuelvas á Madrid. He sabido de la corte cosas demasiado infamias para que consienta que permanezcas en ella, y hoy mismo avisa á tu hermana para que se halle aquí con su servidumbre ántes de quince dias. No quiero estar por más tiempo separado de vosotros, pues que para nada os hace falta alternar con la orgullosa nobleza de Castilla. Además, yo soy muy viejo y necesito

que me ayudes. Eres mi heredero, y es preciso que vayas aprendiendo á conocer la dignidad que todo el reino de Aragon ha confiado en mi familia, puesto que has de sucederme en ella, y es necesario que sepas ejercerla.

Con motivo de esta resolucion, Juan escribió á Blanca la voluntad de su padre, y extraviado por su ciego amor á Constanza, la aconsejó que procurase persuadir á la jóven que la acompañase en su viaje, aunque su hermano se opusiera, pues ya en Aragon no se atreveria á reclamarla y tendria que consentir en que fuera esposa de Lanuza.

La ricahembra recibió esta carta con alegría. Su estancia en la corte era ya un continuo peligro para su tranquilidad, y sin la compañía de su hermano no podia continuar viviendo en ella.

No pareciéndole del todo imprudente la idea de Juan respecto á Constanza, aconsejó á la jóven que debia seguirla si queria llegar á ser la esposa de su prometido, y la pobre niña, que respetaba á Blanca como á una madre, accedió á todo disponiéndose para aquel viaje, que tenia para ella todas las circunstancias de una fuga.

La marcha, sin embargo, no pudo verificarse tan pronto como hubieran querido, porque la enfermedad de Blanca se agravó con la noticia de lo de su padre, y su nueva convalecencia era muy lenta y dolorosa.

La resolucion que habian tomado no era en verdad muy prudente, pero sí precisa. Hay ocasiones en que la prudencia puede ser un mal, ó inútil cuando ménos, y una de estas ocasiones era la en que se encontraban Blanca y Constanza.

Efectivamente, aparte de las consecuencias que podia acarrearla el robo de la correspondencia del Corsario y la

carta de Antonio Perez á Doña Ana de Mendoza, robo que Blanca no sabía todavía, encontrábanse solas y rodeadas de enemigos. El único apoyo que podían tener era el del secretario de Estado, y éste, enloquecido por la princesa, se había entregado por completo á la voluntad de su amante y del duque de Alba.

Además, por muy desesperanzada que hubiese estado ya la princesa de Eboli de conseguir el amor de Juan de Lanuza, la marcha de éste á Zaragoza y las noticias que había adquirido de que ya no pensaba volver á la corte, acabaron de enloquecerla y aumentaron más todavía su cólera, cólera que tenía que estallar sobre Constanza y Blanca, que en aquellos dias no tenían ni un protector ni un amigo.

¡Ah! la mujer vana y sorberbia que sólo por capricho ama á un hombre, siendo desairada por él, es temible en su aborrecimiento, pues cual sangrienta pantera quisiera devorar á todos sus enemigos. Por eso molestaba continuamente á Constanza, impidiéndola que viese ni consolase á Blanca, y para conseguirlo la retenía á su lado con los más frívolos pretextos, gozándose en el martirio que ocasionaba á la jóven.

Antonio, vuelto á la gracia de aquella cortesana innoble, era su servidor más ardiente, su más sumiso esclavo. Enamorado de ella con un frenesí que llegaba al delirio, había-se olvidado de todos sus desprecios, y los dos hermanos tenían en él uno de sus enemigos más implacables.

D. Pedro Fajardo, el noble y digno marqués de los Velez, cooperaba á todas estas indignas tramas sin saberlo, y sólo anhelaba ser el esposo de la linda hermana del secretario. Es verdad que algo sospechaba del amor de Constanza

por Juan de Lanuza, pero nunca creyó que fuera una pasión tan absoluta en la joven, y mucho ménos en Juan, lo cual parecia confirmarle la marcha de éste á Zaragoza y su decision de no volver á Madrid.

El marqués de los Velez ignoraba los ocultos proyectos de su rival para casarse con Constanza, y ofuscado por su amor, tenia ese tesoro rico de esperanza que acompaña siempre á las grandes pasiones, y que no se pierde sino después de mucho tiempo y multiplicados desengaños.

Fijo en esta idea y obligado á permanecer la mayor parte del tiempo en Portugal, á donde le llamaban sus deberes, aprovechaba todas sus venidas á Madrid para pedir al rey que resolviera el asunto de su matrimonio con Constanza; y Felipe II, que comenzaba á aburrirle aquel negocio, y que tenia otras cosas mucho más graves en que pensar, se contentaba con oir al enamorado caballero, darle buenas promesas y dejar correr los dias tras los dias.

Como nuestros lectores pueden conocer por esta ligera narracion, la situacion de nuestros personajes casi no habia variado en la apariencia, si bien en el fondo de todas aquellas intrigas iba condensándose alguna cosa que debia de estallar con terrible ímpetu.

Ya por fin Blanca pudo levantarse del lecho, y escribió á sus padres y hermano manifestándoles que de allí á muy pocos dias se pondria en camino, pues estaba preparando el viaje, y al mismo tiempo aconsejó á Constanza que procurase ocultar á sus enemigos sus proyectos, y hasta engañarles si la era posible con una fingida aquiescencia á sus planes y deseos.

Constanza era incapaz de fingir, pero comprendió todo

el valor de aquel consejo, y violentándose sonrió al marqués de los Velez, á su hermano y á Doña Ana de Mendoza.

Ninguno de estos tres personajes sospecharon lo más mínimo, y D. Pedro Fajardo, loco de alegría porque creía haber conseguido el aprecio de Constanza, hacía lenguas de su belleza y de sus virtudes, y abrazaba cordialmente al duque de Alba, con el cual no le unian las simpatías más verdaderas.

D. Pedro Alvarez de Toledo presenciaba impasible todas las fases que iba adquiriendo aquel asunto, y no volvió á visitar á Blanca, ni aun tuvo la delicadeza de enviar durante su enfermedad un paje para enterarse de su salud.

Ya un día el drama que se iba preparando en el silencio, ó como hemos dicho otras veces, la tempestad que se estaba formando, llegó á estallar con toda su terrible fuerza, porque para algo se habían sustraído á Blanca las cartas de su amante, y por algo se había sobornado á su infiel y vana camarera.

El día á que nos referimos, María salió de la casa para no volver á ella, alarmando á Blanca, que, bien distante de comprender la verdad, temía la hubiese sucedido alguna desgracia.

Cerca ya del anochecer, y cuando Blanca y Constanza estaban arreglando un pequeño cofre, en el que colocaron sus joyas, la hermana de Lanuza, no pudiendo permanecer tranquila con la ausencia de su doncella, fué á su habitación para ver si había vuelto; pero al mismo tiempo de penetrar en ella dió un agudo grito, porque vió salir un hombre de su cámara, que se adelantó hacia ella como la estatua de un sepulcro.

CAPÍTULO VI.

Los dos amantes.

En efecto, era el Corsario Negro, embozado en una larga capa y vestido con el traje de coronel de los donceles reales de Enrique de Francia.

Debajo de su capa lucía un riquísimo traje de terciopelo y oro, llevando ceñida á la cintura la magnífica espada que debia á la munificencia del gran Prior de la orden, por su heroico comportamiento delante de Rodas.

En el brazo derecho llevaba una cinta blanca con herretes de diamantes, distintivo de su grado de coronel.

Nada en verdad más hermoso y noble que el aspecto del Corsario; imposible sería encontrar más altiva dignidad en una frente que la que brillaba en la de Fernando.

Blanca le miraba extasiada, y por la primera vez en su vida, la orgullosa joven se encontró inferior á su amante, y se halló sin fuerzas para resistir la emoción de placer que embargaba sus sentidos. Nunca en sus sueños de amor habia podido soñar un sér más bello y arrogante que el Corsa-

rio, y nunca como entónces se habia creído tan feliz. — ¡Oh! ¡Blanca mia! exclamó por fin el Corsario Negro, á quien desde ahora llamaremos Fernando, mirando apasionadamente á la aturdida y extasiada jóven, y estrechando sus manos con ternura; ¡oh! ¡Blanca mia! ¡Quisiera tener más poder en mis ojos para miraros más! Diera mi fama, que tanto ambicioné, si creyera que os amaba poco. ¡Miradme! añadió sonriendo; todo lo que soy lo debo al amor que me inspirásteis. Hace unos cuantos meses que me dejásteis en Nápoles, no siendo mas que el Corsario Negro, y hoy me encontrais convertido en D. Fernando de Nápoles, vencedor de los turcos en Rodas y querido y respetado en Francia y en Italia. ¡Bendita seais, porque todo os lo debo á vos! ¡Bendita, porque me sacásteis del crimen y del envilecimiento, abriendo á mi porvenir inmensos horizontes de felicidad y de gloria, donde la fama que conquiste ha de circundar mi frente con la aureola de los héroes, en vez de mancharla con la lúgubre celebridad de los grandes criminales! ¿Quién sino vos habria sido capaz de hacer este milagro? ¿Qué sino el amor hubiera podido regenerarme, redimirme, levantarme del polvo, para colocarme en las nubes? Blanca.... os debo más que la vida.... os debo mi honra.... os debo mi conciencia, que hoy sabe distinguir el bien del mal. Os debo todo cuanto soy, y vuestro amor puro como el oro en el crisol, ha sido para mí como la estrella de Belén para los tres reyes del Oriente, y hoy es mi misma alma encarnada en la vuestra por la misericordia del Eterno.

—Fernando, murmuró en voz baja Blanca de Lanuza reclinando su frente sobre el hombro de su amante con una

confianza de niña; Fernando ¡cuánto os amo! ¡Gracias por vuestras palabras! ¡Gracias por todo lo que acabais de decir!... Pero ¿á qué habeis venido? ¿Por qué no me habeis esperado en Francia? ¿Ignorais los peligros que os cercan en Madrid? ¿No sabeis que teneis aquí enemigos implacables?

—Sí; pero me habeis llamado, y yo os habia prometido acudir á vuestro llamamiento.

—¡Yó! gritó la jóven retrocediendo aterrada; ¿yo llamaros, cuando mañana ó pasado he de salir para Zaragoza?

—Blanca, exclamó Fernando cruzando sus pupilas un relámpago sombrío, ¿á qué negar ahora que me habeis mandado venir?

—¡Dios mío! ¿Cómo quereis que os llamase, cuando sé que vuestra presencia en Madrid puede acarrearos la muerte?

—Entónces... ¿cómo explicais el aviso que he recibido?

—¡Un aviso vos!

—Sí, Blanca.

—¿De mí?

—De vos, señora.

—¡Ah! gritó la hermana de Lanuza llevándose la mano á la frente; os juro que no os entiendo, que no comprendo, que no sé lo que me pasa....

—Señora, cuando nos separamos en Nápoles, os dije que si algun dia os hallábais en peligro ó no podíais escribirme, me remitiéseis el anillo que os entregué, y que en su vista yo volaria á salvaros. Pues bien, Blanca, ¿no os acordais de esto?

—¡Oh! sí, sí....

—Pues bien, el anillo está aquí.... me lo dió en París un

hombre, el cual me dijo que me esperábais.... Por esto he venido, Blanca.

La jóven palideció intensamente y cogió la mano de Fernando para examinar la sortija.

—¡Oh! exclamó contemplándola ávidamente, ¡es la misma, la misma, y no he sido yo quien os la he enviado!...

Y de pronto, exhalando un grito, se dirigió á su secreter, cogió el cofrecito de plata y le abrió, quedándose inmóvil de espanto y de pena.

El cofrecito estaba vacío.

—¡Dios de bondad! exclamó, cayendo desvanecida en un sillón, ¡estoy perdida! ¡estais perdido!.... ¡me han robado el anillo.... vuestras cartas.... la de Antonio Perez á la princesa, que era mi escudo de salvacion!... ¡Traicion! ¡traicion!

Fernando la contempló aterrado.

—¿Qué teneis, Blanca? la dijo; ¿qué ha pasado aquí?

—¿Qué tengo? contestó la jóven retorciéndose los brazos con desesperacion, ¡que estais perdido! ¡que habeis sido víctima de una villana traicion! ¡que vuestra vida está en peligro! ¡Oh! ¿no comprendéis que me han robado la sortija para atraeros á una emboscada infame? ¡Quizás al salir de aquí os esperen asesinos pagados para mataros! ¿Ignorais que en la corte de Felipe II, bajo el gobierno de Antonio Perez, ese medio infame se ha hecho ya de costumbre para deshacerse de los enemigos poderosos que no se pueden herir frente á frente? ¿Habeis olvidado á Escobedo?... Pero ¡Dios mio! ¡quién habrá sido el ladrón!...

—Tranquilizaos, Blanca.... acaso os exaltais sin motivo.

—¡Oh! nó, nó.... conozco la nobleza corrompida de Castilla, conozco de lo que es capaz; ¿cómo quereis que me en-

gañe, cuando el rey os odia, Antonio Perez os teme y el duque de Alba os aborrece? ¡Huid! ¡huid! tal vez sea tiempo aún ¡Oh! ¡la maldición de Dios nos persigue!... ¡Cuando yo iba á buscaros á Francia para ser vuestra esposa!... Pero decidme... ¿quién os ha introducido en mi habitación?

—María, vuestra camarera de confianza.... Me esperaba en el zaguán y....

—¿Qué decís! Si María no ha estado hoy en casa.

—Dentro es posible, pero fuera os lo aseguro. Ya os he dicho que me estaba esperando.

—¡Ah! exclamó Blanca con angustia, ¿conque es cierto? ¿De quién fiarse entonces, si esa mujer que tanto parecía quererme me ha vendido? Mas.... no, no.... Yo os salvaré.... os lo juro.

Y aproximándose á la puerta de la cámara, llamó dos ó tres veces á su escudero Pedro.

Este se presentó azorado.

—Pedro, le dijo con una energía inexplicable, disponed un caballo y esperad con él junto al postigo del huerto. Si lograis que un caballero huya en él, pedidme cuanto querais.

—Corro á cumplir vuestras órdenes, mi buena señora, dijo Pedro retirándose.

Blanca se aproximó á Fernando.

—¿Comprendeis al fin? le dijo.

—Sí, la contestó con fiereza. ¡Infames! ¡engañarme así para tenerme á su merced!... mas ya verán cómo D. Fernando de Nápoles vale tanto como el Corsario Negro que fué su pesadilla. Júroles vender muy cara mi vida, y que han de pagar muy cara su traición.

—Callad.... yo no quiero que hagais alardes de un valor

inútil. Quiero que huyais y que os salveis para mí. Ya lo habeis oído, un caballo estará á vuestra disposición dentro de muy pocos minutos, y huid á Zaragoza al lado de mi hermano Juan, y desde allí podeis pasar á Francia, donde iré á reunirme con vos.

—Pero ¿y si todo esto fuera una sospecha?

—No seais loco; ¿se os figura que os han hecho venir de París con buen fin? ¿Pensais que me han robado las cartas con intencion de dejarnos tranquilos, y que María ha desaparecido por una leve causa? No... el peligro es grande, eminente; terrible... dentro de un momento el caballo estará dispuesto.... ¡huid en él!

—¡Huir! dijo Fernando con altivo desden; ¡huir como un cobarde ó un ladrón!

—Sí, porque yo lo quiero.... ¿no me jurasteis obedecerme en todo?

—Verdad, Blanca, mas no en lo que me deshonorase.... yo no vuelvo la espalda á mis enemigos.

—¡Por Dios, Fernando.... yo os lo suplico!

—Es inútil.

—¡Ah! ¡compasion!...

Y Blanca empezó á sollozar tan fuertemente, que Fernando la tuvo lástima.

—Bien mio, la dijo despues de un momento de duda, te obedeceré, huiré á Zaragoza, pero es preciso que me acompañes.

—¿Yo con vos? ¿qué pretendéis, Fernando?

—Una cosa bien sencilla, señora.

—¡Oh! no es posible; me llamo Lanuza, y antes que todo es mi honor.

—Mucho raciocináis para amar mucho.

La ironía de estas palabras causó en la pobre jóven el mismo efecto que si hubiera sido herida mortalmente. Apretóse la cabeza con sus dos manos, y se incorporó como una frenética.

—¡Me insultais! ¡me insultais!... ¡dudais de mí, y me veis destrozada por la pena!... ¡sois cruel!... ¡me amais, y no teneis compasion de mi afliccion! ¡Dios mio!... Fernando, ¿qué os he hecho?...

Y Blanca cruzó sus manos y fijó sus ojos, empañados por las lágrimas, en el pálido aunque tranquilo rostro de su amante.

Pedro se presentó en el mismo momento.

—Señora, exclamó inclinándose, el caballo está ya dispuesto y por la calle principal he oido bastante ruido de gente.

—Pues vete con él y examina si la puerta falsa está vigilada por alguien. Sube en seguida, en seguida.

Y añadió volviéndose á Fernando:

—Ya lo habeis oido.... aprovechad estos cortos momentos.... ¡huíd! ¡huíd pronto!

—Nó, si no me acompañais.

—¡Oh! ¡por compasion.... respetad mi honra!... la nobleza entera sabe ya que os amo, y.... además Constanza Perez se encuentra tambien aquí.... marchad.... marchad.... yo me reuniré con vos en Zaragoza.

—Venid ó me quedo, contestó el inflexible Fernando.

Blanca, agobiada de emocion, cayó de rodillas en medio de la sala sollozando con la mayor amargura. Despues se incorporó súbitamente; habia oido un rumor vago y confuso

en la calle, como el producido por las voces de muchos hombres que hablasen á un mismo tiempo. Entré bellas, creyó distinguir la del duque de Alba. El shot absorber á...

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó con desesperacion, ¡qué horrible lucha! ¡qué situacion más terrible!... Por un lado mi honra.... por otro su vida.... pues bien, perezca mi honra. ¡Que la arrastren por los suelos las murmuraciones cortesanas!... Huyamós, Fernando.... ven.

Y sin saber que tuteaba á su amante, trastornada, ciega, le cogió de un brazo y fué á arrastrarle consigo fuera de la habitacion; pero se encontró sin fuerzas para andar.

Fernando se sintió conmovido.

—Nó.... exclamó estrechando las manos de su prometida, me iré solo.... no quiero que nadie tenga derecho á hacer ruborizar esa frente tan pura.... estaba loco, Blanca.... perdonadme, y.... adios....

—¡Oh! ¡gracias, gracias, exclamó Blanca arrojándose en los brazos de Fernando, loca de dolor y desesperacion, gracias por haber sido generoso conmigo! ¡Oh! la mujer más pura y más honrada no tiene más honor que el que su amante la concede.... Entre mi amor y mi honra, mi honor; entre tu vida y mi nombre, tu vida.

—Adios, dijo el Corsario besándola en la frente y desprendiéndose de sus brazos, adios, Blanca.... adios.

En aquel momento volvió Pedro á aparecer, pálido como un cadáver.

Fernando se detuvo.

Blanca, anonadada y sin saber lo que hacía, cayó de rodillas en medio de la pieza.

—¿Qué sucede? le preguntó el Corsario.

—¡Oh! señor, repuso el criado, no es posible la fuga....

—¿Qué dices?

—Está rodeada toda la casa, y en el postigo del huerto hay un alcalde de corte con su ronda de alguaciles.

—¿Qué hacer, pues?

—Ya nada, señor, añadí Pedro. El palacio está lleno de soldados mandados por el duque de Alba y el señor Antonio Perez.

—¡Ah! gritó Blanca en el paroxismo de su dolor, ¡perdida mi esperanza!... ya es tarde para huir!... ¡Fernando! ¡Fernando mio!

Y comenzó á llorar.

Pedro tenía razon. Oíanse por la escalera las pisadas de muchos hombres armados, y poco despues.....

Descansemos.

CAPÍTULO VII.

Infame traicion.

El duque de Alba, Antonio Pérez y un capitán de guardias de Castilla del rey, entraron en la cámara de Blanca.

Los soldados se quedaron en la antecámara.

—¿Qué buscáis, señores, aquí á esta hora? preguntó Blanca haciendo un poderoso esfuerzo para mostrarse tranquila.

—Nada contra vos, hermosa dama, contestó el secretario de Estado con insultante ironía; venimos á prender á un hombre que se ha refugiado en vuestra cámara, y que nuestro rey D. Felipe II desea ver en su poder.

Blanca palideció de indignación.

—¿Y es en la cámara de una noble dama aragonesa á donde el rey D. Felipe manda que se persiga á sus enemigos, atropellando su dignidad y su decoro?

—El rey, señora, dijo con acento rencoroso el duque de Alba, manda que se prenda á los traidores donde quiera que se les encuentre, aunque sea en las mismas iglesias.

Al oír estas frases, Fernando, que se había contenido por no acabar de acongojar á Blanca, no pudo ya detener su

cólera, y se adelantó con arrogancia hasta colocarse enfrente del duque.

—¿Quién es el que se atreve á llamarme traidor, cuando estoy aquí por una traicion infame? dijo con acento vibrante y lleno de suprema majestad. ¿Quién es el mal caballero que habla así de D. Fernando de Nápoles? El traidor sois vos y los que os acompañan, señor duque.

D. Pedro se estremeció de cólera.

—¡Oh! ahora os conozco, cobarde Corsario, y os aseguro que esta vez no me engañareis como en Nápoles.

—Concluyamos, prosiguió Fernando mirando con desprecio al duque de Alba. ¿Quién de vosotros, nobles caballeros, es el que viene á prenderme?

—Yo, Hugo de Moncada, contestó el capitán de guardias de Castilla. Tal es la orden que he recibido de los mismos labios del señor rey D. Felipe.

—¡Vos, primo! exclamó la jóven, ¡vos allanais mi casa como esos dos dignos caballeros!

—Señora, mi deber es obedecer al rey; lo siento en el alma, pero.....

—Ved lo que haceis, D. Hugo, dijo Blanca friamente. Este caballero se llama D. Fernando de Nápoles, marqués de la Galera, conde romano de la Bandera y coronel de los donceles reales del rey de Francia, el cual llevará muy á mal que se ultraje á su servidor.

D. Hugo pareció vacilar algun tanto; pero el duque de Alba se sonrió con rabia, exclamando violentamente:

—Capitan, por mi cuenta y riesgo prended á ese hombre. Es el Corsario Negro, un conspirador terrible.

—Sí, es verdad cuanto dice el señor duque, añadió Antonio Perez.

Blanca se puso lívida de cólera y sintió que su cabeza comenzaba á desvariarse ante el torrente de odio que aquella traición habia echado en su alma.

—¡Infames! ¡malos caballeros! exclamó con acento ronco, demasiado sabéis que D. Fernando es inocente; harto sabéis que no ha venido á conspirar; pero le teneis miedo, y no os atreveis á deshaceros de él de otro modo más digno.... Pues bien, yo le salvaré á pesar vuestro.

—Vuestro interés le pierde, repuso el conde.

—Os cansais en balde, añadió el secretario de Estado; hemos venido en busca del Corsario Negro, y ¡por Dios que no hemos de irnos sin él!

Blanca, desesperada, se volvió á su primo el capitán:

—¡Ah! D. Hugo, mi noble primo, ¿tendréis valor para prender á un hombre indefenso en la cámara de una dama?

—Que en verdad cuida bien poco de su reputacion cuando de tal manera le recibe.

La ricahembra lanzó un ¡ay! doloroso al oír aquellas palabras para mengua de su honra, y se cubrió el rostro con sus manos; pero Fernando, ciego ya, se aproximó al duque de Alba, que era quien las habia pronunciado, y le dijo con voz terrible:

—¡Miserable! no contento con atraerme á una infame emboscada, insultais en mi presencia á la mujer que adoro y pretendéis deshonorarla; pero no será así. Capitán don Hugo, añadió con altiva arrogancia, yo soy el Corsario Negro, que he venido á ver á Doña Blanca de Lanuza para rogarla me diese hospitalidad, pues me llamaban á España

mis intereses particulares. Os prevengo que no me dejaré prender tan fácilmente, y que estoy dispuesto á matar á alguno de vuestros soldados.

—¡Oh! no le hagais caso, primo, gritó Blanca delirante; cree que me perjudica porque se le ha encontrado en mi cámara, y no duda en acriminarse delitos que no ha cometido. ¡Oh! por favor.... creedme, D. Hugo....

Y sin saber lo que hacía, presa de ese delirio de la desesperacion que tanto se asemeja á la locura, la pobre joven, leyendo la resolucion más cruel é inexorable en las fisonomías de Antonio Perez y D. Pedro de Toledo, fué á la puerta de la cámara, la abrió violentamente y dijo á los guardias que se hallaban en ella:

—Nobles soldados españoles, guardias del rey.... entrad en mi cámara, yo lo deseo.... venid.... venid todos....

Los soldados con su teniente D. Juan de Moscoso, penetraron en la habitacion, y ya en ella, Blanca les dijo sin tener conciencia de lo que hacía:

—Señores.... creéis prender á un conspirador, y os engañais.... este caballero es mi prometido.... mi amante; y yo, no reparando en nada.... le recibia en mi habitacion.... Pues bien, ¿qué tiene que ver Felipe II que una dama de su corte tenga un amante? ¿qué le importa esto? ¿es acaso un crimen? pues este es el único delito del señor, y por eso no se le puede prender, porque entónces habria que prender á media corte.... ¿no habeis oido? ¿qué haceis que no os marchais ya?

El duque y Perez miraron asombrados á la jóven; ella, que era tan idólatra de su honra, la perdia creyendo salvar al Corsario....

Aquello era el amor llevado hasta el heroismo.

—¡Callad, prima mía! la dijo en voz baja Moncada.

Blanca no hizo caso de esta interrupcion, tal vez porque no la habia oido.

Fernando se estremeció de felicidad y de espanto: de felicidad, al verse amado de una manera tan profunda; y de espanto, porque empezaba á comprender la suerte que le esperaba, preso en poder del rey Felipe.

—¡Oh! nó, nó, exclamó; yo no puedo consentir que por salvarme sufra en lo más mínimo el honor de esta dama.... Prendedme y llevadme fuera de aquí; y en cuanto á vos, noble Blanca, ¡bendita seais mil veces por el interés que demostrais por un desgraciado!

Y al acabar de decir esto, besó respetuosamente la túnica de la jóven.

Moncada, vivamente impresionado por aquella escena, se volvió hácia su teniente como pidiéndole consejo.

—¿Qué os parece? le dijo; ¿á quién debemos creer, don Juan de Moscoso?

—Mi capitan, le respondió, con permiso de estos señores y el vuestro, yo creo que si ese caballero es sólo un amante, estamos demás aquí; si tales delitos se castigasen, muchos tendríamos que ir presos. Si quereis que vaya á decir al rey lo que ocurre y que S. M. resuelva, volveré en seguida.

—No hace falta, dijo imperiosamente D. Pedro de Toledo; ya os he dicho, señor capitan, que prendais á ese hombre bajo mi responsabilidad, sea ó no el Corsario Negro. Soy vuestro superior y os mando obedecerme. Apoderaos de él, D. Hugo.

El capitan de guardias de Castilla se adelantó, aunque

con repugnancia, á D. Fernando. Mas Blanca, con la rapidez del rayo le echó los brazos al cuello, y dijo con la voz ahogada por las lágrimas:

—¡D. Hugo de Moncada! á ver si os atreveis á separar á vuestra prima del marqués de la Galera.... ¡Oh! añadió con violencia, ¡oh! si estuviese aquí mi padre el Justicia mayor de Aragón, ó mi noble hermano D. Juan de Lanuza, no os atreveríais á tratarme de este modo.

—Señora, contestó Moncada con respeto, compadeceos de mí y dejadme cumplir las órdenes de mis superiores. Vos no sabéis lo que haceis.... Estais loca, y mañana el nombre de Doña Blanca de Lanuza aparecerá deshonorado, y os infamará Madrid y Zaragoza, y las damas de la corte se burlarán de vos, y.... Por Dios, señora.... señora.... reponéos.

Pero Blanca estaba frenética, y en vez de hacerle caso exclamó delirante:

—¡Maldito sea vuestro rey! ¡Maldita la corte de España, y malditas las intrigas que en ella se ponen en juego para perder á mi noble Fernando!...

—Acabemos, dijo Toledo, verde de cólera.

—Y se acercó á Blanca para cogerla de un brazo y separarla del Corsario; pero éste, que comprendió su accion, pálido de ira, separó á su amada y azotó el rostro del duque de Alba con su guantelete, exclamando:

—¡Cobarde, que te valiste de la más infame traicion para perder á un rival dichoso, en guardia al momento, ó te cruzo el rostro con mi espada como á un felon y mal caballero!

Al ver la espada desnuda Blanca, sin fuerzas ya para contener su dolor, lanzó un grito y cayó desmayada sobre el divan que habia ocupado Fernando, mientras que D. Hugo,

Antonio Perez y algunos soldados se interponian entre los dos rivales.

—Pero el duque de Alba no era cobarde, y la ofensa que acababa de recibir habia herido su orgullo de militar y su dignidad de caballero.

—Y desasiéndose de Antonio Perez, que queria sujetarle, desenvainó tambien su espada, y dijo al Corsario:

—¡En guardia, ladron!... El hacha del verdugo castigará tus proezas del golfo de Nápoles; pero es preciso que yo lave con tu sangre la huella que has impreso en mi mejilla. ¡En guardia!

—¡En guardia! repitió el Corsario.

—¡Oh! duque, exclamó Antonio Perez, ¿vais á exponeros para castigar á un villano?

—Permitidme, señor, replicó D. Hugo, permitidme hacer os observar que yo no puedo consentir este duelo. Soy el jefe de esta fuerza y....

—Y yo lo soy vuestro, caballero Moncada.

—Sin embargo.... insistió el capitán.

—Retiraos, exclamó el duque, ciego ya de ira; aquí no manda nadie más que yo.

Y al decir esto, se puso en guardia cruzando su espada con la de Fernando.

Los demás espectadores ni se atrevian á moverse.

Empezó el duelo. El duque, ciego por la cólera y el coraje, cometia mil torpezas atacando siempre en falso y quedándose al descubierto, por lo que la lucha no fué de muy larga duracion. A los pocos momentos el orgulloso general exhaló un grito de dolor y cayó bañado en su sangre. La espada del Corsario le habia atravesado el pecho.

—¡Cielo santo! exclamó Antonio Perez acercándose al herido; el duque espira, señores, y S. M. nos va á hacer responsables de su muerte.... Pronto, una litera y conducidle á su palacio.

Y volviéndose al Corsario, añadió:

—¡Malvado ladron! ¡habeis asesinado al noble duque! y aunque no tuviérais más delito, éste os costaria la cabeza. Disponeos para morir.

—Nada me importa, pero le he vencido en combate leal.

Cuatro soldados sacaron del ensangrentado retrete el cuerpo del duque de Alba, y el secretario de Felipe II siguió á la triste comitiva.

Al salir Constanza, que habia oido el combate y los gritos de Blanca y del duque, se precipitó á ver lo que ocurría, y exhaló un ¡ay! doloroso al ver el cuerpo ensangrentado de D. Pedro.

—¡Qué veo! exclamó Antonio Perez acercándose á ella, ¿estabas aquí, hermana mia?

—Sí; ¿qué ha pasado, Antonio?

—Una desgracia.... ya lo ves.... El duque de Alba acaba de ser asesinado.

—¡Oh! ¡qué horror!... ¿Quién le ha muerto?

—El Corsario Negro.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Y Blanca?

—Desmayada....

—¡Ah! déjame socorrerla....

—No es posible.... Vente.... vente.... tú no puedes ni debes ver estas cosas....

—¿Pero no dices que está desmayada? exclamó la pobre niña llorando.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no quieres que la vea?... ¿no es mi hermana?

—Sí; pero ya están sus doncellas para esto. Tú á casa, ven.... te acompañaré....

Constanza, aturdida y temblando ante la sangre y el desórden que reinaba en la habitacion, siguió á su hermano llorando convulsivamente, y sin atreverse á levantar la vista del suelo por no encontrarse con las irritadas miradas de aquellos bravos soldados, que creían muerto á su general por un infame bandido.

Mientras el cuerpo de D. Pedro de Toledo era transportado en una litera á su palacio, Antonio Perez subió á su carroza y acompañó á su hermana hasta su casa. Despues corrió al palacio real para contar al rey lo ocurrido, no sin temer que el monarca le echase una severa filípica por no haber impedido á viva fuerza que el duque hubiese sido herido por el Corsario.

Entretanto, Blanca continuaba desmayada y en la misma actitud que habia caído en el divan; y despues que hubieron sacado los soldados el cuerpo del duque de Alba y quedado solos D. Hugo de Moncada, Moscoso, el Corsario y cinco ó seis guardias, el primero dijo á Fernando con cierto respeto, que era una deferencia á la desgracia de su situacion:

—Señor, aunque con sentimiento, tengo que cumplir las órdenes de mi rey. Dadme vuestra espada.

—Tomadla, capitan, contestó con dignidad el Corsario, pero tratádmela bien, pues es un regalo del gran Prior de

Rodas y está bendita por el Sumo Pontífice. Ya comprendéis, añadió con tono despreciativo, que nadie sino vos era digno de tomarla en sus manos. Estoy á vuestras órdenes.

—¿Teneis algo que mandar?

—Nada, D. Hugo. Sólo desearia saber á dónde voy á ser conducido.

—Por ahora tengo orden de llevaros á las prisiones del alcázar; pero despues ignoro lo que podrá disponer Felipe II.

Fernando se volvió y dirigió á Blanca una mirada sin fin. En sus ojos, que respiraban todavía una santa cólera, brillaron dos lágrimas, que rodaron, como avergonzadas por las mejillas del desgraciado, é inmóvil y abismado en amargas reflexiones permaneció unos cuantos minutos.

—¡Oh! ¡qué tristes debieron ser aquellos momentos para el hombre que iba ya á tocar el cielo de la dicha, y se veia sumido en el infierno de la desgracia!... ¡qué horribles debieron ser los pensamientos que cruzaran su mente en aquellos instantes en que se veia perdido por la más infame de las traiciones, y perdido cuando ya no podia haberle duda de lo ardientemente que era amado!...

Por fin el Corsario suspiró, y volviéndose á D. Hugo, le dijo con ácento que no parecia el suyo:

—Capitan, estoy á vuestras órdenes; podemos partir.

La triste comitiva salió de la cámara, dejando en ella á la desmayada jóven, y poco despues una litera, rodeada de piquerós y alguaciles mandados por un alcalde de corte y D. Hugo de Moncada, conducia á las prisiones del alcázar á Fernando de Nápoles.

Tal fué el resultado de la infame traición de María.

LIBRO CUARTO.

EL SENTENCIADO A MUERTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Súplicas inútiles.

El Corsario Negro fué conducido desde el palacio de Benavente á las prisiones del alcázar, pues Felipe II tenía un miedo terrible de que pudiese escapársele tan grande enemigo.

El duque de Alba, herido de gravedad, estuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte; pero al fin venció su robusta naturaleza, y entró en la convalecencia.

Disgustado de la corte y no pudiendo sufrir el sonrojo de verse despreciado por Blanca y vencido por el Corsario Negro, pidió permiso al rey para retirarse á sus haciendas, á las que marchó, llevándose consigo á Roque.

La marcha de Roque abrumó de pena y de espanto á María, porque con ella se acabó de convencer de lo que ya sospechaba estremeciéndose: que su amante la habia engañado sólo para apoderarse de las cartas de su señora.

Como Felipe II odiaba tanto á Fernando, la causa que mandó formarle siguió su curso rápidamente; y como entón-ces no era la tramitacion tan larga y complicada como ahora, á los quince dias ya habia recaido sentencia de muerte contra el desgraciado Corsario.

Con esta sentencia y el odio del monarca, sólo un milagro podia salvar al prometido de Blanca de Lanuza; pues fué inútil cuanto hicieron algunas personas para revocar aquella sentencia, alcanzando sólo del rey que se concediesen al reo treinta dias para que se arrepintiese de sus crímenes y entrase en el gremio de la religion católica.

Blanca, anonadada de afliccion, estuvo en el lecho del dolor más de veinte dias sin poderse dar cuenta de lo que pasaba en su alma; pero cuando ya pudo salir de él y se enteró de la sentencia que pesaba sobre su amante, su desesperacion fué tan profunda que, olvidando su orgullo y el odio que inspiraba á la princesa de Eboli y al secretario de Estado, resolvió presentarse á estos y pedirles la vida del hombre que tanto amaba.

Eran las únicas personas que podian apartar del cuello de Fernando el hacha del verdugo, pues ni aún la misma esposa de Felipe II y D. Pedro Fajardo, que interesados por Blanca habian suplicado al rey, pudieron conseguir del severo monarca la esperanza más pequeña.

¡Ah! nunca la altiva Blanca habia suplicado por ella á la princesa y á Antonio, pero nada la detenia al tratarse de aquel hombre á quien amaba con locura, á quien idolatraba con frenético delirio. El amor de Blanca era una religion entusiasta; aquel hombre que ella habia regenerado y redimido, sacándole de la abyeccion de su vida criminal, iba á

morir por amarla tanto, ella era la causa, aunque inocente, de su muerte.

Al mes próximamente de la prision del Corsario Negro, Blanca, agotada ya toda esperanza, se decidió á implorar su perdon de la princesa de Eboli y de Antonio Perez. Sacando fuerzas de flaqueza, pensando sólo en su prometido, abrumada de pena y desfallecida, pálida, desconocida, casi moribunda, mandó preparar su litera, y vestida de negro se presentó en el palacio de Doña Ana, que la mandó pasar á su más elegante y suntuoso estrado.

El sol penetraba dulce y magnífico en el salon de la princesa, que vestida con un riquísimo traje de corte lleno de joyas, formaba un extraño contraste con la angustia de la infeliz Blanca.

La ricahembra, al encontrarse delante de Doña Ana, no pudo contener su emocion, y se precipitó á sus piés cogiendo sus manos, que llenó de lágrimas.

La princesa se estremeció de alegría, pero de una alegría infame. Veia á sus piés á aquella orgullosa jóven que por tanto tiempo casi la habia dominado con la carta de Antonio, y la dijo con acento frio levantándola suavemente:

—Alzad, señora... no es este el lugar que os corresponde por vuestra cuna, por mucho que pueda corresponderos por vuestras pasadas imprudencias, alzad. Doña Ana de Mendoza está acostumbrada á ver á sus piés al mismo monarca de dos mundos, y no puede afectarle ni conmoverle vuestra humilde y suplicante actitud. Sentaos y hablemos; creo adivinar el objeto de vuestra venida, pero no obstante, hablemos, señora.

—¡Oh! ¡por piedad, princesa, sed buena con el que en

nada os ha ofendido, y no me dirijais esas miradas de hielo!...

—¿Buena con él? ¿Y quién es ese él?

—D. Fernando de Nápoles.

—¡Ah! sí, el célebre y malvado Corsario Negro, que ha vertido por esos mares tanta sangre española.... Sí, sí, el Corsario Negro, traidor y rebelde á Felipe II. Y decidme, ¿qué tengo yo que ver con ese hombre?

—¡Oh! no me habéis así, Doña Ana.... exclamó la jóven estremeciéndose. ¿A qué esa fingida sorpresa, si sabéis muy bien lo que deseo de vos?

—¿Que lo sé? no en verdad; me lo figuro únicamente. ¿Es acaso que interceda por ese hombre para con S. M?

—Sí, sí.

—Comision inútil, señora.

—¡Inútil! ¡Oh! nó.... el rey no puede negaros nada, y os concederá el perdon de D. Fernando.

—El rey me negará el perdon de ese hombre, que por otra parte no quiero pedirle.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—¿A qué os he de engañar, señora? ¿Creeis que fuera yo tan estúpida, que despues de haber trabajado para vengarme desistiera de mi venganza cuando va á realizarse tan pronto?

—¿Pero qué daño os ha hecho D. Fernando?

—Ninguno, es verdad; y os advierto que no soy yo la que le ha traído aquí: eso es cosa del duque de Alba, celoso por el amor que profesais á ese hombre. Por lo demás, lo que debeis agradecerme es el haber trabajado para apoderarme de la carta que teniais de Antonio Perez dirigida á mí, y

con la cual me habeis hecho más guerra que toda la corte junta. Ahora es mia la ocasion, y me vengo.

—Pues bien, vengaos de mí, pero perdonad á D. Fernando.

—Yo no puedo vengarme de vos directamente, y satisfago mi venganza contribuyendo á que ese hombre perezca bajo el hacha del verdugo, pues de este modo os causo un dolor horrible que tardareis en desechar.

—¡Pero eso es cruel, princesa!

—Un poco, replicó la cortesana sonriéndose satánicamente; un poco, lo confieso, pero me es muy grato.

—¡Oh! ¡Dios mío! repuso Blanca, no pudiendo concebir tanta bajeza; comprendo que odíeis á vuestros enemigos, ¿pero á mí, señora, que nada hos he hecho?

—¿Nada decís? ¡Qué descaro!...

—Señora....

—Nada.... ¿Decís que nada me habeis hecho, y habeis pretendido arrebatairme en la corte de Felipe II el primer puesto que sólo á mí corresponde? ¿No sabeis que he sufrido mucho, que he tenido celos de vos, aunque no hayais dado ocasion para ello? ¿No sabeis que vuestra fama ha eclipsado á la mia, y que con la carta que poseiais de Antonio Perez me habeis obligado á consideraros, á obedeceros, á conseguir del rey gracias para vos y vuestra familia? ¿Habeis olvidado las escenas que tuvieron lugar en vuestra casa, cuando por complacer á D. Pedro de Toledo fuí en su nombre á pedir la mano de esposa? ¿No recordais vuestras palabras insultantes, vuestra orgullosa contestacion? Y además, prosiguió Doña Ana aproximándose á la pobre jóven y bajando algun tanto la voz, sabed, si es que lo ignorais, aunque lo dudo, que

loca de amor por vuestro hermano, le ofrecí mi mano honrándole en ello, y me despreció y serió de mí. Necesito vengarme, y la muerte del Corsario me venga. ¡Ah! vos me obligásteis con la carta de Antonio á permitir el enlace de D. Juan con Constanza, amándole tanto, porque os juro que le amaba como no he amado á ningun hombre. Ahora bien, ¿continuais creyendo despues de lo dicho que no tengo motivos para vengarme de vos?

—Sí, sí, vengaos de mí, exclamó Blanca desalada, pero tened compasion de D. Fernando, que no os ha ofendido.

—Cierto, pero su muerte os hará padecer, y vuestro dolor hará padecer á D. Juan; ved aquí por qué la muerte de ese hombre me venga de vos y de vuestro hermano.

La pobre jóven lanzó un grito de angustia indefinible.

—¡Oh! ¡por piedad, señora.... olvidadlo todo!... ya sabeis que amo á D. Fernando con todo mi corazon, con toda la vehemencia de mi alma. Si deseábais verme humillada, ya lo habeis conseguido, pero salvadle, Doña Ana, y en el último rincon del mundo bendeciremos vuestro nombre. Si queda en vuestro corazon un átomo de bondad, pedid al rey el perdon de D. Fernando.

—¡Imposible! gritó más bien que dijo la princesa.

—¡Imposible!

—Sí, señora.

—¡Oh! por piedad.

—No hay piedad, no puede haberla.

—¡Ved lo que sufro!

—Cuanto mayor sea vuestro sufrimiento, más grande es mi venganza: cuantas más lágrimas vertais, mayor será mi complacencia.

Al escuchar estas palabras la hermana de Lanuza, exhaló un grito y se cubrió la cara con sus manos. Empezaba á conocer que su humillacion era estéril, que sus lágrimas no conmovian el alma seca y gastada de aquella aristócrata sin pudor, y por un momento permaneció abismada en su quebranto, como si hubiese perdido la facultad de sentir.

Además, Doña Ana, que habia empezado aquella conferencia con cierta hipócrita política, ibase ya tambien trastornando, y sus últimas palabras, y más que sus palabras el acento con que las habia dicho, revelaban la cólera que rugia en su pecho y su decision de concluir aquella entrevista de una manera grosera é insultante.

Así fué, que despues de un momento de silencio, viendo que Blanca permanecia con el rostro oculto entre sus manos, llorando amargamente, se levantó del sitio que ocupaba, y dijo á la jóven arreglándose los rizados encajes de su escote: —Señora, creo que con lo dicho hemos terminado esta conversacion; ya sabeis mi modo de pensar. Consolaos con vuestra suerte, y pensad que en este mundo la felicidad no es eterna. Llorad ahora los dias de embriagadora dicha que pasásteis en el palacio del Corsario Negro, cuando entrásteis en él como una prisionera y salisteis como una soberana.

Blanca se estremeció. Su orgullo, herido por aquellas indignas palabras, la hizo levantar la frente y mirar con altivo desafio á la maligna princesa.

—Señora, la dijo despues de un breve silencio, insultar al que suplica, es una bajeza.

—¿Acaso intentais reprendirme?

—No, pero sí enseñaros á tratar como se debe á las damas que valen tanto como vos.

—¡Qué decís!

—Me habeis insultado, habeis manchado mi reputacion con vuestros labios impuros y venales; y ya que no pueda conmóveros con mis lágrimas ni aterraros con la carta de Antonio Perez, que me habeis robado por una traicion, quiero deciros cuanto se me ocurra, quiero que sepais la opinion que me mereceis, el concepto en que os tengo; quiero, en fin, deciros que respeteis á Doña Blanca de Lanuza, porque va mucha distancia de ella á Doña Ana de Mendoza.

—¡Qué oigo! ¿Os atreveis á tratarme así en mi casa?

—Lo mismo que os trataria delante de la corte, delante del rey, delante del orbe todo.

—Salid, salid, exclamó la princesa, roto ya el freno de su colérico despecho con las palabras firmes de la jóven, salid, dejadme.... Vuestro amante morirá, ó dejaré de llamarme Ana de Mendoza.... Salid....

—Si, os dejo, princesa, os dejo.... Permanecer en vuestra casa es deshonorarse, porque aún en medio de vuestro envilecimiento no conservais siquiera lo que jamás suele perder la mujer; «la sensibilidad de su corazon.»

—Salid, volvió á repetir Doña Ana.

Blanca prosiguió:

—Pero vos, señora, habeis avanzado tanto en el vicio, que ya no podeis retroceder ni aún para ejercer un acto de caridad; Dios os lo pague, señora, y os lo perdone, porque si no, ¡qué triste vejez os espera!

Y con una altivez digna y mesurada, sin saludar á la princesa, cubrióse con su manto, exhaló un sollozo, que era más bien un quejido, y salió de la sala confundida de dolor, de cólera, quizás de espanto.

CAPÍTULO II.

Antiguos rencores. Blanca pensó en el momento de aumentar el dolor de la pobre joven.

Desde la plazuela de Santa María, donde vivía la princesa de Eboli, Blanca se dirigió en su litera á la calle del Sacramento, á casa de Antonio Perez, pues éste vivía en un extenso edificio contiguo á la iglesia de San Justo.

La pobre joven temía, y con razón, que su antiguo prometido la recibiese como Doña Ana; pero se había ya hecho un deber de hacer todo lo posible por alcanzar el perdón de Fernando, y no quería dejar de hablar á Antonio Perez, por poca esperanza que tuviera de conseguirlo.

Trastornada, convulsa de cólera y de dolor por la escena últimamente descrita, Blanca llegó á la casa de su amante, en la que fué introducida por un portero y guiada al mismo despacho del secretario por un joven paje.

Nada más lujoso y rico que esta gran pieza, llena de preciosidades artísticas y muebles ostentosos. Los armarios encristalados contenían una multitud de manuscritos árabes y griegos que valían sumas inmensas, y que demostraban la fastuosidad más que la erudición de su propietario.

Las paredes, cubiertas de terciopelo blanco bordado de

oro, lucian á los brillantes rayos del sol. El pavimento estaba oculto por una finísima estera de la India de brillantes colores, y los escabeles y sillones eran de cedro con asientos de brocado azul. Por último, en una gran jaula de alambre dorado se veían varios pajarillos que cantaban alegremente la próxima venida de la primavera.

Aquella estancia tan alegre y respirando dicha, no podía ménos de aumentar el dolor de la pobre jóven.

Blanca penetró en el despacho con el manto ocultando su rostro, y al ver Antonio Perez aquella figura rígidamente cubierta que se le aparecía como un fantasma negro, levantó la vista de un legajo de papeles que estaba consultando, y exclamó con admiración:

—¿Quién sois, señora? ¿qué queréis?

La hermana de Lanuza tuvo que hacer un esfuerzo para hablar, pero dominando su emoción, dijo por fin al favorito: —Soy una antigua amiga del señor secretario de Estado, que viene á implorar de él una gracia.

Perez se estremeció al sonido de aquella voz, aunque no pudo conocerla completamente por lo mucho que el dolor la habia alterado; pero siempre fino y galante, se levantó de su sillón y se inclinó ante la desconocida.

—Si puedo complaceros en lo que deseais, la dijo, no dudeis, señora, que lo haré.

—¡Oh! gracias, gracias, señor. El favor que vengo á pedirós podeis hacerlo ciertamente, pero os negareis á ello en cuanto sepais que es Blanca de Lanuza la que viene á suplicaros.

Y al mismo tiempo, quitándose el manto, descubrió su pálido rostro al asombrado favorito.

Blanca tomó asiento en un escábel, y fijó sus ojos llenos de lágrimas en su antiguo prometido.

Este tardó en responderla, el asombro le habia hecho enmudecer, y por un momento no pudo hacer más que mirar á Blanca con una admiracion que nada tenia de fingida.

—Señor, exclamó por fin la jóven, os he dicho que venía á pedir os una gracia, y tambien que tal vez no me la concediéráis al saber que era yo quien la solicita. ¿Es justa mi sospecha?

—Nó, señora: si lo que pedís depende de mí exclusivamente, contadlo por concedido; pero si no es así, permitidme que no os engañe dándoos esperanzas que luego veríais deshechas. Hablad, señora, y sepamos en qué puedo servir os.

Blanca suspiró. Las palabras y el acento de Antonio Perez eran corteses y hasta afectuosas; pero Blanca conocia muy á fondo á aquel hombre, y sabía que el fingimiento era su eterno disfraz. No podia, pues, confiar en ellas.

—Perez, exclamó por fin, os suplico que no finjamos ni vos ni yo. Hace mucho tiempo que nos conocemos, y creo tener derecho á que suprimais, como suprimo, todas las fórmulas de sociedad. Perez.... vengo á pedir os la vida de Fernando, de D. Fernando de Nápoles, cuya prision dicen que es obra vuestra, y que como sabeis, va á morir. Perez, ¿estais dispuesto á servirme?

El secretario de Estado hizo un gesto de impaciencia, y contestó friamente:

—Lo que me pedís, señora, no es cosa mia, sino del rey.

—Pero vos podeis mucho con el monarca.

—No me falta influencia; pero no puedo comprometerme en este asunto.

—¿Qué teméis?

—Trabajar en vano. El Corsario Negro ha ofendido muchísimo al rey para que éste pueda perdonarle, aunque le pidiera su vida el mismo rey de Francia.

—¿Luego no hay esperanza?

—Tal lo creo, señora.

La jóven se estremeció é inclinó la frente.

Después de un momento de silencio, y no dándose aún por vencida, exclamó con toda la ingenuidad de su alma:

—Perez, ruégoos por lo que más ameís en el mundo, que no influya para nada en vuestra decision el odio que me profesais. Vedme humillada, vencida: una traicion que no quiero calificar, ha puesto en vuestras manos la carta que conservaba de vos á la princesa, que era mi única arma; no puedo ya defenderme, no puedo atacaros; estoy á vuestra voluntad; sed generoso y compadeceos de mí.

Y las lágrimas cubrieron completamente el rostro de la jóven; mientras el favorito de Felipe II, con una calma admirable, y que era un insulto al estado de la jóven, ocupó su asiento y ató el legajo de papeles que estaba consultando.

—Perdonad, Blanca, exclamó por fin; ya os he dicho que nada puedo hacer en obsequio vuestro por D. Fernando de Nápoles; porque el rey no le perdonará aunque le pidiera su vida el mismo rey de Francia; pero os suplico que no me recordéis que tengo de vos antiguas y sangrientas ofensas que no se borran nunca, porque todos los días brotan sangre.

—¡Vos! exclamó Blanca admirada, ¿vos ofensas de mí?

¡Oh! eso parece un grosero insulto. ¿Quién de los dos fué el que faltó á la fé jurada?

—Cierto, contestó el secretario con amargura, yo falté á lo que como amante os debía; pero ¿quién fué el primero en romper nuestras relaciones? ¿fuisteis vos, ó yo? ¿no me despreciásteis con altiva indiferencia, prohibiéndome que jamás pronunciara vuestro nombre, y ordenándome imperiosamente que os entregase cuantos recuerdos tenia de vuestro cariño?

—¿Y qué queréis que yo hubiese hecho?

—Esperar á que os diese mis disculpas.

—¡Vuestras disculpas! repuso Blanca con acento en que se traslucía tanta cólera como dolor; yo no podía creer en vuestras disculpas porque ya habia perdido la fé de vuestro amor.

—Pero es lo cierto que fuisteis vos quien rompió nuestras relaciones.

—Señor secretario de Estado, exclamó Blanca con severa dignidad, yo os suplico que cortemos este asunto de conversacion, pues quiero que veais en mí, no á Blanca de Lanuza, sino á una pobre mujer que viene á pedir os la vida de su esposo.

—¡De su esposo! ¿Conque vos, tan orgullosa y tan altiva, no dudais en dar la mano de esposa á un hombre reprobado por las leyes?

—¡Oh! callad. Callad. D. Fernando de Nápoles vale tanto como vos.

—Señora, exclamó Perez, á quien estas últimas palabras habian exasperado, yo no puedo hacer nada en favor de vuestro héroe. Dirigios al rey, y si él le perdona, me congratularé de ello.

—¡Ah! ¿y cómo quereis que vaya al rey, si vos y la princesa sois los que más habeis trabajado para la prision de D. Fernando?

—Tal vez, dijo Antonio con tono glacial.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó la pobre jóven, ya completamente desesperada, ¿será verdad que permaneceréis insensible á mi ruego? ¡Oh! yo os lo suplico por la vida de vuestro hijo.

Perez pareció conmoverse algun tanto, pero ántes que Blanca se hubiese apercibido de aquella emociion de ternura, fugaz y breve como un relámpago, ya se habia repuesto, y su fisionomía expresaba la más completa indiferencia.

—Perdonad, señora, dijo á Blanca; siento insistir repitiéndoos lo que ya os he dicho. Nada puedo hacer por vos.

—¡Oh! sois muy cruel.

—Soy, señora, un digno servidor de mi rey, á quien no puedo hacer traicion aconsejándole que perdone la vida á su mayor enemigo; esta es la verdad.

—¿Luego creéis....

—Yo no creo nada, señora; he concluido.

—¡Ah! ¡quiera el cielo que ese rey á quien decís que servís lealmente, no me venga algun dia! Acordaos que pesa sobre vos la sangre de Escobedo.

Y levantándose, salió de la sala, dejando al secretario algun tanto conmovido con aquel recuerdo y aquella especie de profecía lúgubre y terrible.

CAPÍTULO III.

Nobleza de alma.

Mientras la desgraciada Blanca de Lanuza agotaba todos sus recursos para conseguir el perdón de Fernando y se humillaba, como hemos visto, inútilmente á su antiguo prometido y Doña Ana de Mendoza, los dos favoritos no quisieron detenerse en sus planes, y sin ninguna clase de consideración, intimaron á Constanza que se dispusiese á ser la esposa de Fajardo.

La ahijada de Blanca conoció que ya no había esperanza para ella. Su madrina, ocupada con la prisión de su amante, de nada podía servirla; además estaba espiada por María, su infiel camarera, á la cual Doña Ana había colocado á su lado para que la diese cuenta de sus acciones.

La pobre niña estaba aterrada.

Era la tercera vez que se la mandaba dar su mano al marqués de los Velez, que cada día estaba más enamorado de ella, y sin amigos ni deudos que la libertasen, conoció que no tenía más recurso que confiarse á la generosidad y nobleza de su mismo prometido.

Así fué que, aparentemente resignada con su suerte, dijo

á la princesa de Eboli y á su hermano que estaba dispuesta á enlazarse con Fajardo, y aquel mismo día solicitó por María una conferencia con él.

Al saber D. Pedro la resolución de la jóven, sintió un placer infinito, porque la amaba de veras, y mucho más cuando ella misma le suplicaba que fuese á verla, pues tenía que hablarle.

Al recibir esta orden el marqués, vistióse con estudiada elegancia y se presentó en la casa de su futura esposa.

Constanza le recibió vestida con desaliño. Estaba densamente pálida, pero tranquila, y en su bello rostro brillaba una dulce y triste resignación que la hacía aparecer aún más bella.

Cuando el marqués de los Velez fué introducido en su habitación, las tintas del carmin colorearon levemente las mejillas de la jóven, pero se repuso y contestó con encantador desembarazo al galante saludo de D. Pedro.

—Retiraos, María, dijo á la camarera, que permanecía inmóvil esperando órdenes; la conferencia que voy á tener con el señor marqués es reservada, y por lo tanto no quiero que la escucheis. Idos.

María se puso roja de despecho, pero no teniendo otro remedio que obedecer, hizo una reverencia y salió.

Constanza y Fajardo quedaron solos. Era la primera vez que él podía hablar sin testigos á aquella mujer que tanto amaba, y por algunos momentos no supo qué decirle. La jóven, así que María hubo salido, cerró cuidadosamente la puerta, fué á su alcoba, la registró, y lo mismo hizo con la salita del baño. Después de echar las llaves á

todas las puertas, persuadida de que nadie la podia escuchar, tomó asiento y dijo á D. Pedro con tono grave:

—Sentaos, si gustais, señor marqués.

Fajardo se sentó y miró á la jóven con sorpresa.

—Comprendo vuestro asombro, prosiguió Constanza con amargura, pero espero que cesará en cuanto os manifieste por qué quiero hablaros tan á solas. Si no hubiese cerrado todas las puertas, esa despreciable sirvienta me estaria escuchando, porque es la espía que han puesto á mi lado mi buen hermano y Doña Ana de Mendoza.

—¿No es esa la camarera que hizo traicion á Doña Blanca de Lanuza? preguntó el marqués de los Velez.

—La misma.

—Pues en verdad, señora, que nó es la servidora más digna de vos.

A los labios de Constanza asomó una triste sonrisa, y dijo al marqués lentamente:

—Os admira esa circunstancia, y no podeis ménos de asombraros con razon; pero más os admirareis cuando sepais todo lo que tengo que deciros. Hoy es la primera vez que puedo hablaros á solas, pero os he llamado porque sé lo que valeis como honrado y como leal. No creo que defraudareis mis esperanzas, y desde luego estoy persuadida de la nobleza de vuestros sentimientos.

—Lisonjero es en verdad el concepto que habeis formado de mí, y os doy gracias por el honor que me dispensais; exclamó el marqués inclinandose con respeto.

—Nó, caballero; al juzgaros noble y leal, creo haceros justicia, porque las alabanzas no sientan muy bien en los labios de una dama que se encuentra sola.

—Eso me indica que sois digna de mi amor, y que mereceis la adoracion que os profeso.

—¡Ah! ¡cuán bueno sois, señor marqués! pero oidme.

—Hablad, Constanza, ya os escucho.

—Cuando me hicisteis el honor de pedir mi mano, prosiguió la jóven, yo amaba á D. Juan de Lanuza con todas las fuerzas de mi corazón y la vehemencia de mi alma. Conozco á Lanuza desde niña, y desde niña le amé, no habiendo encontrado despues en ninguna parte felicidad posible sino con el recuerdo del hermano de mi pobre madrina. Cuando me dijeron que vos queriais honrarme con vuestro amor, di mis excusas para rechazarle, porque yo no queria ser vuestra esposa sin amaros, y yo no podia amaros porque amaba á D. Juan. Sabía que érais digno de una mujer que os amase tanto como mereceis, y como yo no podia corresponderos, rechacé vuestra mano. La princesa de Eboli y mi hermano, por miras interesadas, no hicieron caso de mis súplicas, y hoy me obligan nuevamente á que me case con vos. Pero decidme, señor marqués, si yo os confieso que no os amo, que no puedo amaros, que seré desgraciada con vos, y que vos lo sereis conmigo, ¿continuareis pretendiendo mi mano? ¿tendreis valor para conducir violentamente al altar á una jóven abandonada que os abre su corazón y que no quiere mentiros por interés un cariño que no siente? Decidme, ¿habré apelado en balde á vuestra generosidad?

Fajardo se puso pálido y llevó la mano al corazón, como si acabase de recibir en él una herida. Sus ojos se fijaron en la jóven tristes y expresivos, y no pudo contener un suspiro que se escapaba de su pecho.

—¡Ah! señora, exclamó por fin con voz ahogada, ¿me habeis mandado llamar para esto?

—¿Os pesa haber venido?

—Constanza.... os doy gracias por vuestra sinceridad, conozco lo que vale, pero era tan dulce el porvenir que me habiais hecho concebir con vuestra cita....

—Perdonadme, marqués, he preferido causaros este dolor, que presto dareis al olvido, á engañaros infamemente. Además, estad seguro que si yo me casara con vos, os haria desgraciado, porque debe ser muy horrible la union eterna de dos seres cuando no se aman lo bastante para que sus almas no formen más que una.

—Bellísima es la idea que teneis formada del matrimonio, Constanza, repuso el marqués con amargura; he sido un necio en creer que pudiera inspiraros cariño: no soy ya jóven, es verdad.

—Os engañais; y creed que si mi corazon no amase á don Juan de Lanuza, sería vuestro, vuestro completamente.

—Bien, señora, es una desgracia; ¿pero no puedo esperar que algun dia....

—Perdonadme, me es imposible; mientras tenga corazon, no podrá ser de nadie más que de él.

—¿De Lanuza?

—Sí.

D. Pedro se levantó convulso y aturdido, y se inclinó saludando á Constanza.

—¿Cómo, señor! ¿me abandonais? le preguntó la jóven adivinando que iba á irse.

—¿Y para qué me necesitais ya? no en vano habeis recurrido á lo que llamais mi nobleza. Desde aquí iré á palacio,

y diré al rey y á Perez que renuncio á vuestra mano por motivos particulares.

—¡Oh! no hareis tal, porque tengo que pedir os un favor.

—Hablad, señora.

—Ya sabeis que estoy sola, es decir, que no tengo más familia ni pariente que mi hermano. Antonio es hoy mi enemigo y trabaja en contra de mi dicha; yo os tomo por mi caballero; defendedme de su tiránica tutela.

—Pronto estoy á obedeceros, señora, y os doy gracias porque os fiais de mi honor.

—¡Oh! sois digno de mi amistad, marqués.

—Que yo agradezco en lo mucho que vale. Decidme, pues, en qué puedo servir os.

—Os suplico que no vayais á ver al rey ni á mi hermano, pues no os oirian ni uno ni otro. Deseo que al salir de aquí manifesteis al rey, á la princesa de Eboli y á Antonio, que estoy conforme con ser vuestra esposa, y esta noche á las doce me esperareis en el jardin con una litera y me conducireis á....

—¿A dónde, señora?

—Al lado de....

—¿Vuestro amante?

—Señor marqués, contestó la niña lanzando un suspiro, soy honrada, y vuestra suposicion es sin duda hija del despecho. Esta noche me acompañará mi camarera Luisa, y con ella y guardada por vos, me acogeré al amparo de mi tia la abadesa de las Huelgas de Búrgos, de donde el rey no se atreverá á sacarme, pues aparenta respetar esas santas casas. Si no teneis inconveniente en hacerme este servicio, esta misma noche partiremos para el convento.

—Señora, exclamó D. Pedro estrechando las manos de la jóven en un arrebato de noble abnegacion, me honrais tanto con la confianza que os merezco y con el placer de acompañaros; me llena de tan legítimo orgullo el que os confieis á mí, pues me demuestra que me conocéis muy á fondo, que olvido vuestra indiferencia y el dolor que me causais. Confiaros podeis en mí, que soy español y caballero.

—¡Oh! por eso me he atrevido á suplicaros este favor.... ¡Cuán bueno sois!

—No hagais caso, señora, prosiguió el marqués procurando sonreír; mi conducta es tan vulgar, que no merece ser admirada. Os confiais á mí sin temor que me venga del desprecio que me habeis hecho, más ó ménos justo, pero siempre desprecio, y al confiaros me obligais con vuestra confianza más que con vuestras palabras.

—¿Es decir que puedo contar con vos?

—Ciertamente.

—¿Y con una litera?

—Sí, señora, hasta una legua de Madrid, pues despues ya tendré preparado un carruaje de camino y las órdenes oportunas para que lleguemos á Búrgos lo ántes posible.

—¿De modo que os espero esta noche?

—A la hora que me digais.

—A las doce, si os parece.

—A las doce; ¿no tendreis, Constanza, inconveniente en que me acompañe algun escudero?

—Siendo leal, ninguno.

—Pues bien, hasta la noche.

—Esperad, aún no he concluido. Si parto esta noche, necesito despedirme de mi madrina.

—Es muy justo, señora. ¿Pero qué quereis?

—Que me acompañeis al calabozo del Corsario Negro, porque estoy segurísima que he de encontrar en él á Blanca.... ¡Pobre madrina mia!.... Si al fin decapitan á don Fernando....

—Pues es lo más posible, Constanza.

—¡Qué horror! ¿Y aún quereis que no trate de huir de la princesa y Antonio Perez, cuando me consta que son ellos los que han inspirado á los jueces y al mismo monarca la idea de hacerle ejecutar en un cadalso público?

—¿Ellos?

—Así se dice, y así lo creo, marqués.

—Pero bien, hasta ahora no me habeis dicho....

—Es verdad, ¿lo que deseo de vos? ¡Ah! sí, sí; pues bien, quiero que me acompañeis á despedirme de mi madrina. Vos conoceis el palacio, y además, yo sola no podría ir. ¿Os parece que me acompañe mi doncella María?

—Sí, señora, aunque sería mejor su compañera.

—Es que deseo vea por sus propios ojos la situación de mi madrina, á quien tanto debe, las consecuencias de su delación, para que se horrorice de sí misma.

—Como gustéis, señora, estoy á vuestras órdenes. . . .

.

Un cuarto de hora despues, Constanza con el marqués de los Velez y María, se dirigia al real palacio, en donde se hallaba preso D. Fernando de Nápoles, en la seguridad de que Blanca no se hallaria muy léjos de él.

CAPÍTULO IV.

Dios y Satanás.

La prision que ocupaba el Corsario Negro estaba situada en el viejo alcázar (que ardió en tiempo del rey D. Felipe IV, edificándose sobre sus ruinas el que existe en la actualidad). El calabozo de Fernando era un espacio de ocho piés cuadrados, con ladrillos carcomidos por la humedad, y dos pequeñas ventanas ó tragaluces con gruesos barrotes de hierro, que daban á un tiempo oscuridad y lóbreguez. Su mueblaje consistía en una tarima de pino con un gergon de paja y unas sábanas gruesas y no muy limpias, una mesa, que tenia encima un santísimo cristo en una urna, y á sus piés la Biblia, un sillon de baqueta y un pequeño taburete.

En un principio Blanca habia querido cambiar este grosero mobiliario, pero la fué absolutamente prohibido, así como mejorar los alimentos del preso; pues la venganza y el odio del rey llegaba hasta el extremo de hacer comer á Fernando el pobre, mezquino y repugnante alimento de los presos comunes, para que el desgraciado sufriese, á más del dolor de su cautiverio, la falta de todas las comodidades á que estaba acostumbrado.

Blanca, pues, no tenía más remedio que contemplar el mezquino ajuar de la prision y las comidas de su amante, sin poder hacer nada por él, más que llorar y llorar, á pesar de todo su valor y energía.

A las doce de la mañana del mismo dia en que Constanza rompió tan noblemente su compromiso con D. Pedro Fajardo, hallábase Fernando sentado en el sillón de baqueta escuchando, ó por mejor decir aparentando escuchar la lectura de algunos párrafos de la Biblia, que le leía y comentaba un fraile de rostro venerable sentado á su lado en el taburete.

Fernando conservaba puesto el elegante traje que llevaba cuando fué preso en el palacio de Benavente. Su hermosa figura no habia decaído en nada, y lo único que en él se notaba era un poco de palidez y algun tanto amortiguado el brillo de sus ojos.

Con rostro tranquilo miraba fijamente al suelo, sin hacer caso de la lectura del libro de los libros, y sólo cuando el religioso se detenía para comentar ó explicar algun versículo, era cuando levantaba la cabeza y asomaba á sus labios una imperceptible sonrisa de desprecio.

Al principio el religioso no habia notado aquella sonrisa, pero no tardó en comprenderla, y cerrando lentamente el volumen, dijo al Corsario con bondadosa humildad, pero grave y severo al mismo tiempo:

—Hijo mio, veo con sentimiento que te burlas de mí.

Fernando movió la cabeza con desdeñosa indiferencia y no contestó.

—¡Oh! hijo mio, prosiguió el religioso cruzando las manos con emocion, acuérdate que el rey te ha dado un

mes para arrepentirte, y que de este mes ya han pasado tres dias. Procura aprovechar este tiempo, porque despues será tarde; mañana darás cuenta al Juez supremo de todos tus actos y pensamientos en la tierra, y ha de castigarte por los planes de odios y venganzas que alimentas en tu corazon.

En la voz del sacerdote habia una súplica tan tierna, que Fernando se sintió conmovido.

—Perdonad, padre mio, dijo al anciano, es verdad cuanto decis, ¿pero qué deseais? ¿qué quereis que haga?

—Que te confieses, que pidas perdon á Dios por tus culpas, y ruegues á él por el rey, como él rogó por los que le sacrificaban.

Al oir nombrar al rey el Corsario, levantó la cabeza y dijo con una voz que la cólera hacía temblorosa:

—¡El rey! ¡infame! Le odio, le aborrezco; mi corazon no respira más que saña y venganza. ¡Oh! si yo pudiese salir de aquí....

—Calla, calla, hijo mio, acuérdate de Dios y di con él: «Perdonadlos, Señor, porque no saben lo que se hacen.»

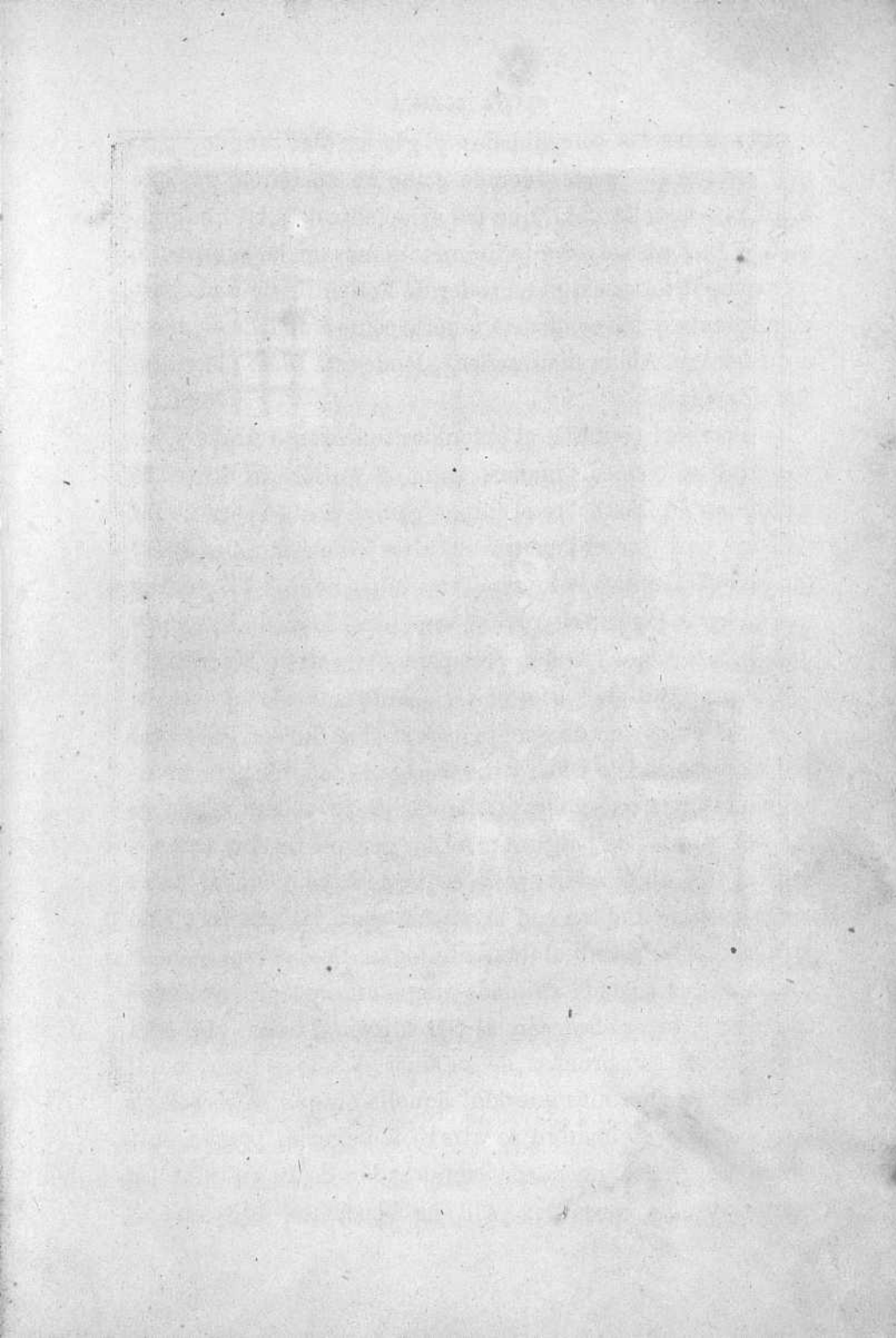
—¡Ah!

—Eres cristiano, y ántes que todo debes pensar en tu salvacion, en Dios....

—¡Dios! dijo con voz opaca Fernando cruzando las manos y apoyándolas en sus rodillas, ¡Dios decís! ¿y en dónde está su justicia? Yo tenia una vida reprobada, padre mio, porque deseaba vengarme del rey, que me habia ofendido mucho; pero un ángel me reprendió mi conducta, y tocó mi corazon de tal manera, que me trasformó de soberbio en humilde, de vengativo en bondadoso, de pirata en soldado de la fé; pues bien, yo, que al abandonar la vida de Corsario aban-

donaba todas las comodidades y glorias del mundo, porque era tan rico y considerado como un monarca; yo, que abandono aquella vida, que me arrepiento de ella, que prometo á Dios no volver á teñir mis manos en la sangre de mis compatriotas, caigo en poder de Felipe II por una traicion infame, y me condena á muerte como á un ladrón, como á un herege. Ahora bien, señor, ¿dónde está Dios? ¿dónde su Providencia?

—¡Pecador! contestó el sacerdote con acento grave y levantando al cielo sus manos, como si quisiera contener la maldicion de Dios sobre el impío, ¿quién eres tú para dudar de Dios, para querer penetrar sus altos é inexcusables fines? ¿acaso podrá nunca comprenderlos tu pequeñez? Vil gusano que te arrastras por el polvo, átomo perdido en la inmensidad de la creacion, ¿quién eres para atreverte á levantar la frente y preguntar á Dios el por qué de sus obras? ¿quién eres para exigirle una cuenta de sus actos? Luzbel era el ángel más querido de Dios, y la soberbia le sepultó para siempre en las eternas sombras.... Humilla tu soberbia, pobre mortal, y antes de preguntar á Dios por qué no obra con arreglo á tu inteligencia, mira en torno tuyo y ve si todas las criaturas cumplen con la mision para la que han sido creadas; sí, todas, absolutamente todas. Desde el sol que nos presta su luz hasta el animado átomo microscópico que puebla el aire, todos obedecen al Sér supremo, todos son obra suya, todas son pruebas de su amor. Y sólo el hombre, el hombre, su obra más querida, aquella en que se recreó su bondad, sólo el hombre se atreve á negarle, porque, miserable pigmeo, no puede comprender de lo infinito las causas de las causas.... ¡Ah! no blasfemes, hijo mio....





¡Pobre y santa mujer!... ¡Cuánto te hago sufrir!

Dios te ve, te escucha, y no perdona al que le niega.

El tono inspirado del sacerdote, su actitud noble y elevada, su voz grave y patética, conmovieron á Fernando, que, avergonzado de su frenesí impío, inclinó la frente diciéndo al mismo tiempo:

—¡Oh! padre mío, perdonadme.... No temo la muerte, no soy un cobarde.... mas ¡ay! cuando era tan desgraciado y la buscaba, nunca quiso venir; y hoy que podía ser dichoso, dichoso y bueno.... ¡ah! esto es horrible.

Y apoyando la cabeza en sus manos, permaneció así más de ocho minutos, y quizás no habría variado de actitud en mucho tiempo, si la puerta de la prision no se hubiese abierto y presentádose en ella Blanca, vestida de luto, desalada y llorando.

El Corsario levantó la cabeza, y dejando el sillón salió á su encuentro.

—¡Fernando! exclamó la hermana de Lanuza, ya tan sólo nos resta morir.... ya no hay esperanza.... He rogado.... he suplicado.... todo inutilmente.... Esas gentes tienen el corazon de los tigres.

El Corsario se estremeció, y las ideas volcánicas y horribles que por un momento le habían abandonado, volvieron á cruzar su mente en revuelto torbellino.

—¡Oh! exclamó, ¡pobre y santa mujer, cuánto te hago sufrir! maldice el día en que me conociste.

—No, no.... bendito el momento en que te amé, en el que tu corazon se conmovió á la bondad y á la justicia.

—¡Justicia! ¡bondad! gritó el pirata furioso, ¿dónde están? yo no las veo por el mundo. Tú, digno ángel, padeces y lloras, y la princesa de Eboli ríe y es feliz.

—No es tarde aún, dijo con voz solemne y profética Blanca. Fernando mio, nada de comparaciones; Dios lo quiere, acatemos su voluntad suprema.... ¡Oh! es horrible, espantoso, pero es preciso que mueras como caballero y como cristiano. El venerable Fray Agustin, que está presente, es un digno ministro del Señor; á él es preciso que te entregues para poder comparecer en su presencia.

Y Blanca, al mismo tiempo que trataba de animar á Fernando, se deshacia como él en lágrimas amargas, al recordar que aquel hombre tenia que morir de allí á pocos dias en las manos del verdugo.

El Corsario, al ver la desesperacion de Blanca, hizo un gesto de cólera y fué á hablar, pero Fray Agustin se lo impidió exclamando al mismo tiempo:

—Hijo, ten resignacion y no maldigas la justicia, porque no puedes apelar de ella. Se te ha juzgado y condenado segun las leyes del reino; implora clemencia, mas no te quejes de Dios, porque la muerte que sufres la has merecido; derramaste sangre por una venganza, y la sangre pide sangre.

—Callad, dijo Fernando completamente extraviado por la cólera; ¿os atreveis á decirme que mi suerte es justa, y tan sólo por una traicion infame me veo en este estado? ¡ministro de un Dios de paz! añadió con sarcasmo, ¿aprobais el modo con que se apoderaron de mí mis enemigos?

—El Señor me libre de eso, repuso el religioso dulcemente; la manera no ha podido ser más inicua, pero despues te se ha hecho justicia. El rey de España nada tiene que ver con los servicios que has podido hacer á otra nacion; pues él satisface en tí antiguos agravios. La noble defensa que

prestaste á los caballeros de Jerusalem, Dios te la recompensará, pero Felipe II te condena con razon.

—Pues yo os contesto que me burlo de él, de vos y de la razon, gritó el pirata pálido de ira: si yo no hubiese dejado mi vida aventurera, no me veria en tan miserable estado: si fuera aún el Corsario Negro, mi bandera de venganza ondearia en el golfo de Nápoles; mi cabeza no debia ser cortada por el hacha del verdugo, sino por un cañon enemigo; ¡nécio de mí el dia en que abandoné mi galera Rita! ¡maldito el momento en que despedí á mis piratas y de Corsario me trasformé en guerrero para recibir de Dios ó del destino tan brillante recompensa!...

—Calla, Fernando, por compasion, dijo la desolada Blanca; cada una de tus palabras es una aguda puñalada que se clava en mi corazon. ¡Oh! añadió con la más cruel amargura, bien conozco que me maldices porque he sido la causa de que te encuentres aquí.... mas ¡ay! yo tambien sufro mucho.... no soy tan indulgente como vos, reverendo padre; digo y diré delante de todo el mundo que el rey es un perverso, á quien Dios ha de castigar irremisiblemente. Hacía ya mucho tiempo, Fernando, que le habias ofendido.... la sentencia no es justa, nó.

El Corsario, al oir la voz de Blanca tan triste y dolorida, se calmó como por encanto, contestándola con ternura:

—Perdona, ángel mio, porque la cólera me ciega.

—Pues bien, eso es lo que no quiero que te suceda, repuso Blanca; procura tranquilizarte, y oye la santa palabra de este venerable sacerdote; ella te reanimará, Fernando; escúchale, escúchale.

—Sí, hijo mio, prosiguió Fray Agustin cogiendo las ma-

nos del Corsario, serénate y ponte en disposicion de perdonar á tus enemigos y verdugos; porque el monarca no sea justo, no puedes maldecirle ni reprobarle, porque tambien tendrá su castigo. Piensa tan sólo en preparar tu alma para comparecer delante del Juez supremo, y deja para los espíritus cobardes los odios y las venganzas. Hijo mio, las almas más grandes son las que perdonan.

—¡Oh! gracias, gracias, padre mio, por ese lenguaje, exclamó Blanca besando agradecida las manos al sacerdote. Habladle siempre así, y Fernando os escuchará, estoy segura de ello.

Y volviéndose hácia el Corsario, prosiguió con ternura:

—Oye á Fray Agustin, yo te lo ruego; no pienses ni un sólo momento en la injusticia que se te ha hecho ni en vengarte, pues esas malas pasiones sólo las sugiere el espíritu del mal. No, Fernando, no, prosiguió con energia; elige entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal. De rodillas te ruego que dominando tu altivo carácter, pienses en Dios como cristiano y en tus deberes como caballero. Eres bueno, Fernando mio; muéstrate grande.... la prueba es terrible.... Dios lo quiere, sometámonos á sus juicios, y ora.... ven, Fernando, oremos juntos.

Fernando nada contestó, pero fué á arrodillarse con su amada impresionado hondamente con sus palabras, cuando la puerta de la prision se abrió de repente, y entró un caballero y una dama, que casi violentamente conducian á otra mujer.

Esta era María, la infiel doncella de Blanca.

El caballero D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez, y la dama Constanza Perez, la hermana del favorito.

CAPITULO V.

Las súplicas de dos ángeles.

Constanza, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó en los brazos de su madrina sin poderla dirigir la menor palabra, porque el exceso del dolor se lo impedía.

En cuanto á la traidora María, pálida y aterrada, no se atrevia á dirigir sus ojos á Fernando ni á su hermana de leche. Pero de pronto la infeliz criatura, más imprudente que infame, engañada á su vez por Roque, á quien no había vuelto á ver desde el momento que le entregó el contenido del cofrecillo, representándosela su traicion con los más negros colores, el remordimiento que ya la agobiaba la abrumó completamente, y calenturienta y loca cayó de rodillas á los piés de Blanca.

—¡Perdon! ¡perdon! dijo; me engañaron, señora mia. Nunca creí que el entregar vuestras cartas trajese tantas desventuras.... ¡perdonadme!...

—¡Aparta, Judas! la contestó Blanca con desprecio.

—¡Ah! ¿eres tú la buena y honrada María? exclamó con acento sarcástico el pirata; debo darte las gracias, pues por tí he sido cogido traidoramente y condenado á muerte.

—¡A muerte! gritó María exhalando un ¡ay! desgarrador. ¡Oh! nó, nó, no puede ser.... ellos me dijeron que era tan sólo una broma.

—¡Broma sangrienta! exclamó el Corsario.

—Sí, repuso el sacerdote. D. Fernando de Nápoles, con el nombre de Corsario Negro, está sentenciado á morir dentro de veintiseis dias.

—Esa es tu obra, mujer, repuso el marqués de los Velez cogiendo bruscamente á María por un brazo; por tu infame traicion va á morir uno de los mejores caballeros de este siglo.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó María retorciéndose los brazos desesperada, ¿para qué habré venido aquí? ¡ah! todos me han engañado.... todos.... el duque de Alba, el señor Antonio Perez, la princesa de Eboli.... todos.... todos. ¡Condenacion y muerte para ellos!... Señora, añadió poniéndose de pié y mirando á Blanca, ellos han causado mi infamia y la perdida de vuestro amante.... pero os juro que lo han de pagar de una manera horrible.

Y como una demente salió de la prision, excitando la curiosidad de los soldados de guardia por la expresion de demencia que retrataba su fisonomía.

—Padre mio, dijo Blanca al sacerdote, seguid á esa mujer, pues quizás sus remordimientos la hagan cometer un nuevo crimen.

El religioso saludó y salió.

Despues, D. Pedro Fajardo se aproximó al Corsario Negro.

—Señor, le dijo hondamente conmovido, dadme los brazos; he hecho cuanto he podido por salvaros, pero todo ha sido inútil. Ahora permitid que me retire; tengo mucho

que hacer, lo cual podrá explicaros mi señora Doña Constanza; adios. Quizás ya no volvamos á vernos, pero sabed que si el destino se hubiera mostrado ménos duro con vos, habríais encontrado en mi amistad la amistad de un hombre de bien.

Fernando abrazó cordialmente al noble D. Pedro, y éste salió de la prision hondamente afectado.

Las dos damas y el pirata quedaron solos.

Hubo un momento de silencio.

—Sentaos, señoras, dijo el pirata á las dos jóvenes, sentaos en esos magníficos divanes.... yo me recostaré en el lecho.

Blanca y Constanza se colocaron al lado del Corsario, y la segunda exclamó con amargura:

—Muy triste es para mí, noble D. Fernando, que la primera vez que veo al salvador de mi prometido y de mi querida madrina, sea en tan triste y deplorable estado.

—Señora, la contestó el pirata, ciertamente que soy muy desgraciado, y necesito de toda mi fuerza de voluntad para que la desesperacion no me haga hacer extremos de loco y acciones de cobarde. Tengo un placer en conocer á la amada de mi amigo Lanuza, del que siento no poder despedirme ántes de morir.

Las últimas palabras del Corsario fueron interrumpidas por los sollozos de las dos jóvenes.

Constanza procuró serenarse, y despues de un momento de silencio, dijo á su madrina:

—Blanca mia, vengo á despedirme de tí, porque Doña Ana y Antonio me obligan á que dé la mano de esposa á D. Pedro Fajardo, y por huir de su violencia me retiro al

convento de las Huelgas con mi señora tía, habiendo quedado el señor marqués en acompañarme.

—¿El mismo te acompaña?

—Sí.

—¡Oh! ¡cuán noble y leal es su conducta!

—Ciertamente, replicó el Corsario; lástima es que tan cumplido caballero sea español y súbdito de Felipe II.

—Y ya en el convento, prosiguió Blanca, el rey no se atreverá á violentar tu voluntad, y tu tía no se opondrá á tu matrimonio con mi hermano, y sereis dichosos.

—Así lo creo, repuso Constanza ingénuamente.

—¡Locura! exclamó el Corsario; basta que seais buena y digna para que la desgracia os persiga siempre. La dicha es sólo para los corazones mezquinos y miserables.... la virtud está condenada á vivir siempre entre cadenas.

Habia en estas palabras un despecho tan profundo, que la hermana de Perez miró asombrada al Corsario. Era la primera vez que oía frases tan desconsoladoras y terribles.

—¡Oh! Fernando mio, exclamó Blanca cogiéndole las manos, yo te suplico que no hables así y no blasfemes en estos momentos; la cólera te ciega, y debes perdonar.

—¿Perdonar, Blanca?

—Sí, perdonar de corazon; no hagas estériles mis trabajos.... no mueras como un herege impenitente y renegando del cielo.... no sea una maldicion tu última palabra, yo te lo suplico; la muerte no es más que un cambio de vida, pero hay que entrar en ella completamente purificado si Dios ha de premiarnos allí; apaga tu cólera y ruega conmigo.

—Sí, sí, repuso Constanza; haced, señor, lo que os dice mi madrina; ¿qué conseguireis con desesperaros y no conforma-

ros con vuestra suerte? Nó, nó, orad, y ya vereis cómo la oracion os consuela y os anima; no dejeis á mi hermana Blanca en la duda de vuestra eterna suerte.... yo tambien os lo suplico, señor....

—¿Pero ha de triunfar la maldad y verse perseguida la virtud? ¿no hace esto dudar de la bondad de Dios? ¡Oh! Blanca.... Blanca.... cuando recuerdo que me encuentro en este estado por una vileza, mi sangre hierve, y quisiera disponer del rayo para exterminar á mis enemigos: no puedo perdonar al rey mi muerte y vuestraagonia; no me es posible orar, porque mi corazon no respira más que hiel, y....

—¡Calla, desgraciado! exclamó Blanca, calla por Dios.... piensa en tí.... reflexiona y.... por mí siquiera, hazlo por mí, Fernando.

Habia en el acento de la jóven tal desesperacion y amargura, que el Corsario clavó su mirada en el hermoso rostro de su amante.

Despues, una lágrima brilló en sus párpados y lanzó un suspiro.

—¡Oh! exclamó por fin, ¿qué podré negarte, mi querida Blanca? ¿me pides por tí que me arrepienta? pues bien, oraré, oraré porque tú me lo mandas; ¿qué más quieres?

—¡Oh! nada más, Fernando; oye á Fray Agustin, haz caso de sus evangélicas palabras y ten confianza en Dios.

—¿Me lo exiges tú, Blanca?

—Te lo exijo y te lo suplico.

—Pues que venga Fray Agustin. Ya estoy dispuesto á todo.

—¡Ah! gracias, gracias, Fernando.... no sabes toda la felicidad que inunda mi alma en este momento.... Ven, ven,

dijo á Constanza cogiéndola de una mano; ven, oremos los tres, demos gracias á Dios porque ha enviado al alma del réprobo un rayo de su bendita luz. Ven, ven.

Y arrodillándose con Constanza en el centro de la lúgubre prision, comenzaron á orar en silencio, miéntras Fernando, que habia permanecido de pié con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, concluyó por impresionarse y cayó tambien de rodillas.

Poco despues, Blanca y Constanza se levantaron.

El Corsario hizo lo mismo.

—Madrina mia, dijo á la ricahembra la hermana de Antonio Perez, tengo precision de retirarme para disponer lo necesario á mi fuga. ¿Quieres acompañarme hasta cerca de mi casa? Quisiera enterarte de todos mis proyectos, pedirte consejos, y como parto esta misma noche, ya no podremos volvernos á ver. Además, me parece que debemos dejar por unas horas á D. Fernando; luego volverá el sacerdote, y conviene que escuche sus palabras.... ¿quieres acompañarme, madrina?

Blanca titubeó por un momento, pero el Corsario la animó.

—Vete con Constanza, la dijo; tiene razon, Fray Agustín volverá de un momento á otro, y quiero estar solo con él. Pero no tardes mucho; tu vista es para mí lo único que me anima y fortalece.

—Pues bien, parto con mi ahijada, puesto que lo quieres así y que conozco el cambio que han sufrido tus ideas. Adios pues, hasta luego.

Constanza comenzó á llorar.

Fernando la cogió una mano.

—Adios, bella niña, quiera el cielo haceros más feliz que á mí, y que unida con vuestro prometido, á quien tanto amais, Dios os bendiga y os conceda una vejez tranquila y dichosa. Por mi parte sólo os pido que no me olvideis; que conserveis siempre un grato recuerdo del hombre que pudo matar á vuestro esposo y no lo hizo, del hombre á quien visteis por primera vez con un pié en la eternidad abrumado por la más injusta de las condenas. Decid al noble Lanuza que no me olvide tampoco, y que en sus momentos de desesperacion, si alguno tiene en su vida, se acuerde de mi estado y compare.

Y al mismo tiempo la estrechó tiernamente entre sus brazos como á una hermana muy querida.

Blanca comenzó á sollozar, y Constanza se sintió desfallecer. Por un momento sólo se escucharon en la lúgubre estancia suspiros y ayes, hasta que la hermana de Lanuza, haciendo un violento esfuerzo, cogió á su ahijada y la sacó casi violentamente de la prision.

Fernando, en el mismo instante cayó de rodillas y se cubrió el rostro con sus manos.

CAPÍTULO VI.

La cólera de un rey.

Algunos días después de la huida de Constanza á Búrgos, el rey D. Felipe II se paseaba impaciente por una de las cámaras de su alcázar, arrugando colérico entre sus manos varias cartas con sellos de diferentes colores.

—¡Oh! decía paseando á largos pasos, el rey de Francia me pide la libertad del Corsario Negro, su servidor, y lo mismo me suplica el Papa y el gran Prior de Rodas. ¡Necios! se les figura que tan fácilmente he de soltar mi presa.... ¡Ah! si alguno de ellos fuera Isabel Tudor.... tal vez lo pensaría, porque Isabel no se vendría con súplicas ni reflexiones, sino que prepararía un ejército para vengar su ofensa.

El monarca se detuvo enfrente de un escabel, en el que tomó asiento, y se puso á leer una de las cartas que tenía en su crispada mano.

—Nó, nó, exclamó cuando concluyó de leerla; yo no puedo acceder á ninguna de esas peticiones. ¡El Corsario Negro debe morir, y morirá! Conozco al rey de Francia; es tan indolente, que dentro de tres días ya no se acordará de

su servidor. Además, tiene demasiado que hacer con los malditos hugonotes para que se acuerde por mucho tiempo del Corsario. Por otra parte, el duque de Guisa, su protector, es mi enemigo más que mi aliado. Aspira tal vez al trono de Francia, y la defensa que hace del catolicismo es más interesada de lo que parece. Poco pierdo con desairarle. En cuanto al gran Prior de San Juan, es demasiado débil para atreverse conmigo, y callará. Sólo, pues, queda ya el Santo Padre: á éste le apaciguaré con la fundacion de un convento ó alguna nueva iglesia, y todo quedará á mi gusto, desapareciendo del mundo un hombre que se atrevió á desafiarme, que tuvo en sus manos mi vida y me perdonó estúpidamente, y que ha alcanzado una celebridad que no quiero me haga sombra.

El rey se levantó, volviendo á comenzar sus paseos.

—¡Ira de Dios! prosiguió diciendo; bien ha hecho D. Pedro Fajardo en retirarse á sus haciendas y no presentarse en la corte, despues de su romántica aventura de amparar doncellas desvalidas, pues si no puede ser que le hubiera costado algo oponerse á mis órdenes. ¡A su edad hacer caso de lamentos de mujer! Por cierto que la niña lo ha entendido.... ¿Mas qué me importa este asunto? Que se case enhorabuena con Lanuza, ya que el necio del marqués no ha querido sostener sus derechos.

En aquel momento, Santoyo pidió permiso para entrar.

Concedido por el rey, se presentó en la cámara con respetuoso continente.

—Señor, dijo al monarca inclinándose, una mujer, que dice venir en nombre de la señora princesa de Eboli, desea hablar con V. M.

—Que pase, Santoyo.

Poco despues, María, la antigua camarera de Doña Blanca, se presentó en la cámara real.

—¿Qué quereis? la preguntó el monarca con acento cariñoso, pues sabido es que Felipe II hablaba con tanta amabilidad á las personas de la clase inferior que iban á pedirle alguna gracia, como altivo y severo se mostraba siempre con los individuos de la nobleza.

—Señor, contestó María, turbándose algun tanto por la severa majestad del monarca, vengo á delatar á V. M. un crimen infame, y temiendo no me recibiese, me he valido del nombre de Doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

El rey frunció el ceño.

—¿Comprendes á lo que te has expuesto, mujer, con tomar el nombre de una tan ilustrè dama?

—Sí, señor.

—¿Y no sabes que voy á castigarte, si la revelacion que vas á hacerme no es tan importante que disculpe tu atrevimiento?

—Sí, señor, volvió á repetir la camarera.

—Entónces, di pronto y concluyamos. Pero ántes dime quién eres.

—Soy camarera de la señora princesa de Eboli desde hace unos dias; no ignoro sus secretos, y vengo á revelar á V. M. uno que le ofende en alto grado.

—¡A mí! ¡Estás loca, mujer! ¿Qué me importan los asuntos de Doña Ana de Mendoza?

—Señor, ya he dicho á V. M. que conozco todos los secretos de la princesa.

Y María recalcó la palabra todos para hacer compren-

der al rey que no ignoraba sus relaciones con Doña Ana.

Felipe II se revolvió impaciente en su sillón. Estaba tan poco acostumbrado á aquella entereza de lenguaje, que no pudo ménos de irritarse.

—Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, prosiguió María con un acento de inexplicable venganza, tiene relaciones criminales con el secretario de Estado señor Antonio Perez.

El monarca se puso pálido de ira y de asombro. Levantóse del sillón, cogió á María bruscamente de un brazo, y olvidándose de su dignidad, en el parasismo de sus celos, dijo á la jóven con violencia:

—¡Desgraciada! ¿sabes lo que has dicho? ¡Las pruebas.... las pruebas de lo que dices, ó te las arrancará el tormento!

—Se las daré á V. M.

—Pronto.... ahora mismo.

—Ahora mismo no es posible.

—Pronto.... y ¡ay de ti si no me obedeces!

—Señor, replicó María con una entereza que parecía imposible en sus años y en su posición, esta misma noche, si quiere ocultarse V. M. donde yo le diga, lo verá por sus propios ojos y....

—¡Oh! nó.... no puede ser, gritó el monarca interrumpiendo á la jóven; ¡tú has mentido, mujer! has calumniado á la dama más ilustre de mi reino, sin duda por espíritu de venganza; pero infeliz de ti, porque no volverás á ver la luz del sol.

—Señor, replicó María sin arredrarse, haga V. M. de mí lo que quiera; pero ántes, por honor de V. M., no desoiga mis advertencias.... ¡Ah! no sabe V. M. cómo se le está vendiendo.

Felipe II era religioso, y un juramento para él tenía más fuerza que todas las pruebas posibles. Así fué que, cogiendo á la jóven de un brazo, la aproximó á una mesa en que se veían algunos libros, cogió uno en octavo, le abrió por una página que tenía una cruz y la obligó á poner la mano sobre ella (1).

—Jura, la dijo, jura por esta santa cruz que has dicho la verdad, que no me has engañado.

—Lo juro, y así Dios me niegue la dicha eterna si es mentira cuanto he dicho á V. M.

Felipe II cayó anonadado sobre el sillón.

Ya no podia caberle duda. La princesa de Eboli, á quien tanto amaba, le estaba engañando; y Antonio Pérez, que le debía todo lo que era, le engañaba también....

Por un momento no pudo dominar su emocion, pero Felipe II poseía un carácter de hierro y una energía casi sobrenatural. Sabía arrancarse el corazón sin derramar una lágrima, sonriéndose muchas veces; y así fué que, después que María hubo pronunciado su juramento, cerró el libro lentamente, le colocó en su sitio y se volvió á la jóven. La tempestad rugía deshecha en su pecho, pero no se oía ni se traducía por ninguna expresion.

—Te creo, mujer, la dijo, ahora te creo; y si has sido perjura, peor para tí, porque te entregaré á la Inquisicion para que te quemen. Esta noche..... ¿dices que esta noche podrás darme las pruebas?

(1) Este libro era el Breviario Romano de Pio V, en 8.º, impreso en Amberes, año de 1573. Se conserva en el cuarto del Escorial donde falleció Felipe II, con los demás libros de su uso diario.

—Sí, señor.

—¿Y cómo?

—Porque esta noche están citados el señor Antonio Perez con Doña Ana.

—¿Y por dónde entra el secretario?

—Por la puerta falsa del jardin.

—¡Ah! ¿tiene llave?

—Sí, señor; sólo para V. M. y para él se abre aquella puerta.

—¿Y á qué hora es la cita?

—A las diez de la noche.

—¿Y tú qué vas á hacer ahora? ¿qué recompensa quieres por tu servicio?

—Ninguna, señor; voy á retirarme á un convento.

—¡Ah! ¿qué me place, mujer! prosiguió Felipe II; de esta manera no te extrañará la conducta que voy á seguir contigo.

—Señor....

—Nadie más que tú sabe con certeza que yo amo á Doña Ana de Mendoza, y nadie más que tú ha visto al rey de España agobiado por el dolor de un desengaño. Para que tú no puedas nunca revelar esto, es preciso que sufras tu suerte; desde este momento estás presa.

—Señor....

—Pero no temas nada; si no me has engañado seré tu protector y entrarás de novicia en el convento de las Urselinas, lo cual, si es verdad lo que me has dicho de que deseas ser monja, es un premio para tí.

—¡Ah! ciertamente, señor, y doy á V. M. las más humildes gracias.

—Ahora permanecerás en palacio, pues has sabido demasiadas cosas para que pueda concederte ni un momento de libertad; resignate y espera.

—Señor, ya he dicho á V. M. que yo no espero nada del mundo; no tengo familia, y mi única ambicion es morir en el cláustro.

—Bueno; mañana serás conducida á él.

Y tocando un timbre, dijo á Santoyo, que se presentó inmediatamente:

—Quedas encargado de la custodia de esta mujer hasta mañana que te dé órdenes; y no la dejes que se comuniqué con nadie.

—Bien, señor.

—Tambien deseo, Santoyo, que para esta noche á las diez estés aquí y me proporciones un traje vulgar, pues tenemos que correr cierta aventura disfrazados.

—Bien, señor, volvió á repetir el ayuda de cámara algun tanto asombrado.

—Quiero tambien, prosiguió el rey, que avises inmediatamente al señor Ruipero Maldonado, alcalde de córte, para que se presente en mi alcázar ántes de la puesta del sol, y tambien á mi secretario Gerónimo de Zayas, para que se persone acto seguido.

Despues de estas palabras, María salió con Santoyo y el rey quedó solo.

Entónces fué cuando, obedeciendo á su corazon, se dejó arrastrar por los dolorosos pensamientos que cruzaban su mente, y apoyó en sus manos su frente enardecida.

CAPÍTULO VII.

Redencion.

Gracias á los virtuosos y sábios consejos de Fray Agustin y á las súplicas de Blanca, el Corsario Negro empezaba á flaquear en sus ideas de dudas é instintos vengativos; mas aquel ángel de abnegacion que tanto le amaba, no estaba aún satisfecho.

Quería que Fernando perdonase de corazon á sus verdugos, lo cual no estaba muy distante de conseguir, porque el amor puro, la voluntad y la constancia lo consiguen todo.

Fernando, cuando no tenia á su lado al digno Fray Agustin ó á Blanca, le abandonaban las fuerzas, y caia en la más espantosa desesperacion.

¡Ay! no era nada de extraño. Jóven, hermoso y amado con pasion, restándole tan sólo quince dias de vida.

El Corsario Negro tenia un valor sereno é indomable en los combates; mas las fuerzas le faltaban cuando contaba los momentos que le quedaban de vida. En el furor de una batalla dar ó recibir la muerte, no necesita un valor extraordinario; pero esperarla en una prision dia por dia, hora por hora y momento por momento, es una agonía espantosa.

y cruel, mucho más cruel y espantosa cuando la muerte se recibe en un lugar infamante y por mano del verdugo.

Pensando en su desgraciada posicion se hallaba el Corsario Negro una mañana, abatido y desesperado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada fija en el suelo. Sólo, sin testigos, podia dar rienda suelta á su dolor.

—¡Oh Dios! murmuraba el infeliz, ¡cuán desgraciada ha sido mi vida! Educado casi por caridad, sin padres que cuidasen de mi infancia y de mi juventud, sin un nombre que poder llevar legítimamente, la primera emocion que sentí fué villanamente correspondida, y la venganza me arrastró al crimen, viviendo en él como un facineroso reprobado por las leyes y odiado por la sociedad. ¡Pero cuando vos, Dios mio, compadecido de mi infortunio, me miraste con ojos de amor, enviándome un ángel de bondad y de virtud para que regenerara mi alma y me sacase del lodazal en que vivia, cuando ya habia vuelto mis ojos al bien y mi alma empezaba á comprender la hermosura de la virtud, cai en la más espantosa de las desgracias.... he venido á parar á sufrir la más denigrante de las muertes.... la muerte por mano del verdugo!

Y abrumado de dolor lanzó un suspiro, y permaneció silencioso por algun tiempo.

De pronto la puerta de la prision giró sobre sus goznes, y Blanca apareció con un papel en la mano.

Detrás la seguia Fray Agustin.

—Mira, Fernando, exclamó Blanca, mira como al fin es recompensada la virtud. He aquí una carta de Constanza.

—¿Es dichosa?

—Tanto como deseaba.

—Dios la conserve su dicha.

—¿Quieres que te la lea?

—Sí, sí, oigámosla, ¡pobre niña!

«Convento de las Huelgas.

»Madrina y hermana mia, pues ya puedo darte este nombre: En este momento vengo del altar, y en él me he desposado con mi amado Juan; Dios al fin se compadeció de mi, dándome lo que tanto deseaba. Estoy muy contenta y soy feliz; tan sólo me faltas tú, querida Blanca, para ser completamente dichosa.

»Lee esta al noble D. Fernando de Nápoles; en su buen corazón se alegrará y regocijará con mi dicha; pero nó, no se la leas.... habría de causarle mucha pena comparar su estado con el mio; la felicidad no debe presentarse á los ojos del desgraciado, porque parece un insulto.

»Ha acompañado á mi Juan tu querida madre Doña Catalina de Urrea, y me consta que tu padre el digno Justicia mayor de Aragon, que no ha podido venir por no abandonar su gobierno, trabaja activamente porque seas dichosa.

»Mañana ó pasado salimos para esa, á fin de recogerte y pasar todos á Zaragoza, despues que el noble D. Fernando haya cumplido su martirio.

»Adios; abraza en mi nombre y el de Juan á D. Fernando, y dile cuánto le ama tu

Constanza.»

Despues de la lectura de esta carta, hubo un momento de silencio.

—Ya que nosotros no podemos ser dichosos, exclamó por

fin el Corsario, que lo sean ellos, dignos tambien de santa dicha.

—¡Oh! sí lo serán, porque se aman con un cariño verdadero y profundo. Dios es justo, amado mio, y dará la felicidad á esos nobles seres.

—Sí, replicó Fray Agustin; no dudeis nunca, hijo mio, de la bondad y del poder de Dios. Tú mismo, abocado á morir, sin esperanzas de ser perdonado, ¿quién sabe lo que puede sucederte todavía? Para Dios no hay nada imposible.

—Lo sé, padre mio, repuso el Corsario resignado; que Dios perdone á mis enemigos como yo los perdono. Perdonadlos, Dios mio, pues en mi corazon, bien lo sabeis, no queda el menor rumor. No siento ya morir en un lugar infame, porque no hay nada infame más que el crimen, y no es mi suerte debida á ningun feo ni torpe delito.

—¡Oh! gracias, gracias, Fernando, exclamó Blanca transportada de alegría, gracias por esas palabras que me revelan tu arrepentimiento. Oremos, padre mio, y demos gracias al Señor porque ha iluminado con un rayo de su luz bendita el alma de Fernando; oremos.

El fraile y la doncella se arrodillaron al lado del Corsario, y por espacio de media hora los tres oraron con religioso silencio.

Fray Agustin fué el primero que se puso de pié.

—Hijo mio, dijo á Fernando con imperiosa dulzura, ¿es verdadero vuestro arrepentimiento? ¿estais decidido á seguir en un todo mis consejos?

—Mi venerable padre, repuso el pirata mirando fijamente al sacerdote, mi conversion es tardía, pero sincera. Estoy dispuesto á conformarme en todo con lo que dispongais,

como no me mandéis separarme de mi amada Blanca, mi ángel de redencion.

—¡Oh! nó, dijo el sacerdote; Doña Blanca es una noble y virtuosa doncella, cuya presencia me ayuda mucho. No es eso lo que yo exigiré de vos, sino que domineis vuestro orgullo, pidiendo al rey en un memorial perdon de lo que le habeis ofendido.

—Señor, contestó el pirata vacilando, ¿y si el rey lo atribuye á cobardia ó miedo, ó se le figura que quiero pedirle mi vida?

—Es vuestro soberano, y le debeis obediencia. Fuísteis traidor á sus leyes, os rebelásteis contra él, y en justicia os corresponde implorar perdon.

—Pero padre mio, ¿es esa una cosa absolutamente precisa?

—Necesaria, contestó el sacerdote con imperio; la pasion que más os domina es el orgullo y la venganza, y Dios no quiere en su reino ni á los rencorosos ni á los soberbios. En la carta-memorial que dirigireis al monarca le suplicareis con dignidad que os perdone cuanto le habeis ofendido; mas nada le hablareis de vuestra vida.

—¡Qué sacrificio tan grande me pedís, señor! exclamó Fernando; ¡humillarme á Felipe III!

—Hazlo por mí, le dijo Blanca cogiéndole las manos cariñosamente.

El Corsario pareció vacilar por un momento, pero despues exclamó lanzando un suspiro:

—Escribiré lo que gustéis, padre mio; ya veis que no tengo ni odio, ni venganza, ni orgullo.

—Bien, bien, hijo, dijo con alegría el sacerdote, poniéndole con solemnidad las manos sobre su cabeza; en este mo-

mento sois más grande que cuando en Rodas arrebatásteis la galera y la bandera al gran capitán mahometano, porque os habeis vencido á vos mismo dominando vuestras rencorosas y ardientes pasiones. Bendito el momento en que esta digna señora os conoció para traeros por la senda del bien, y alabado el día en que mis superiores me mandaron venir á vuestro lado.

—Señor, repuso el pirata, no me elogieis, no soy digno de alabanza.

—Querido hijo, repuso el sacerdote con amor, ahora es la mejor ocasión para oíros en el tribunal de la penitencia, y si os creo preparado, daros el pan de vida.

Blanca se puso de pié.

—Hasta luego, exclamó; os dejo, porque aquí no es necesaria mi presencia. Volveré á la tarde, pues tengo que implorar de vos, padre mío, una gracia inmensa.

La jóven besó la mano al sacerdote, y abrazando tiernamente al Corsario, salió de la prisión.

Algunas horas después se celebraba en el encierro del Corsario uno de los más grandes misterios de la caridad de Dios.

La Eucaristía.

CAPÍTULO VIII.

Traicion para los traidores.

Todos los relojes de la coronada villa de Madrid señalaban las diez de la noche del día 28 de Julio de 1579.

La princesa de Eboli y Antonio Perez, ignorando la tempestad que tenian sobre sus cabezas, estaban á aquella hora sentados á una mesa llena de manjares y licores suntuosos.

La princesa vestia una túnica de seda blanca muy descolada, y su fisonomía revelaba la más grande satisfaccion. Perez, con un traje desaliñado, pero elegante, apoyaba uno de sus brazos en el sillón de Doña Ana, mirando á ésta con amorosa embriaguez.

Los dos amantes se creian ya seguros y felices. Todos sus enemigos habian sido vencidos, y hasta sus amigos, aquellos que podian hacerles sombra, se habian retirado de la córte dejándoles libre el campo, como sucedia con el duque de Alba y el marqués de los Velez.

Nada, pues, turbaba la dicha de los dos favoritos. Aquella misma noche Antonio Perez, que habia estado despachando con el rey hasta las nueve, recibió de éste frases lisonjeras y expresiones afectuosas.

—¿Sabes, Ana, decía Perez á la princesa con el acento de la satisfaccion más envidiable, sabes que mi hermana y el marqués nos han jugado una pasada bien célebre? La niña hipócrita nos engañó y el caballero se burló de nosotros. ¡Bah! poco me importa que al fin se haya casado con Lanuza, ¡qué demonio! no era fácil desvanirlos; ¡qué amor más novelesco!

—Déjales seguir su destino, contestó la de Eboli con impasibilidad; si te he de hablar con franqueza, no lo siento, porque ya estaba incomodada de tan enojoso asunto. La niña llorando siempre, Lanuza revolviendo la corte para buscar empeños, y por último, su orgullosa hermana amenazando.... ¡Ah! pero bien me he vengado de ella.... Su amante morirá en el patíbulo.

—¡Cuerpo de Dios y qué hazaña le hemos jugado!

La princesa se echó á reir, y Antonio Perez la imitó.

—Y dime, Ana, prosiguió el secretario de Estado, ¿no sientes que Juan de Lanuza se haya casado con Constanza?

La princesa se encogió de hombros desdenosamente, y contestó á Perez con altiva frialdad:

—Harias muy bien en no recordarme aquel capricho de niña mimada, pues te repito que con placer me veo libre de una cosa tan fastidiosa. Y sobre todo, hartó tiene que sufrir con la desgracia de su hermana Blanca.

—¿Te gozas en su sufrimiento?

—Sí.

—¡Ah! eso es porque le amas todavía.

—No seas niño, Antonio. Una mujer de mis condiciones no puede sentir una verdadera pasión por imberbes mance-

bos como lo es Juan de Lanuza. Además, no congeniábamos.... El era todo alma, todo espíritu, y yo....

—Sea así, contestó Perez, dominado como siempre por el influjo irresistible que sobre él ejercía la princesa; pensemos, pues, en nosotros, Ana: todos me agobian; el malhadado asunto de Escobedo va tomando cada vez colores más sombríos, y no sé en qué vendrá á parar. Tan sólo soy feliz los ratos que paso á tu lado, porque me olvido en ellos de mi fatal y resbaladiza posicion.

—¿Pues qué, no te amo yo tambien?

—Sí, Ana, sí.

—¿Y qué puedes temer amándote tanto?

—¡Ah!

—¿Quién puede hacerte daño? ¿Quién se atreverá á disgustarte?

—Todos, exclamó con desaliento Perez; los nobles, el pueblo, la familia de Escobedo; y para mayor desgracia mia, hace unos dias que tengo unos presentimientos tan tristes.... Ana, te lo confieso, no soy cobarde, pero tengo miedo á ese incomprensible y sombrío monarca, y estoy decidido á marcharme á Inglaterra con mis riquezas.

—¿Tú?..

—Sí. ¿Qué puedo esperar ya aquí?... El rey tiene cada dia una disposicion de ánimo más difícil de contentar y....

—¡Viejo insufrible! exclamó colérica la princesa; te aseguro que cada dia le aborrezco más.

—Calla por Dios, Ana, dijo Antonio asustado, aplicando su mano á los labios de la dama; si alguno te oyese.... estábamos perdidos.

La princesa soltó una carcajada, y contestó:

—Vamos, esta noche estás insufrible con tus temores. ¿Por qué no eres tan franco como yo? Dí, ¿no te alegrarías que muriera el rey? El es quien nos incomoda y fastidia en todo. ¿Qué felices seríamos sin su odiosa presencia!

—¿Y tú me preguntas si deseo su muerte? ¿no sabes cuánto le odian mis celos? ¡Oh! Ana... Ana... ¿cómo no detestar al que es el estorbo de nuestra felicidad? Y tener siempre que estar temblando, recatándose de que sepa.... Si hubiera quien le matase sin comprometerme, daría la mitad de mi fortuna....

Ante este horrible pensamiento, que en honor de la verdad no había ocupado seriamente la imaginación de la princesa, ésta se estremeció y cerró los ojos.

—Calla, no me digas eso, exclamó por fin; hay ideas del infierno, y esa es una.... Nó, nó, hablemos de otra cosa.

—Sí, sí, hablemos, repuso el secretario, pálido como la muerte, hablemos de nosotros. Decidido como estoy á refugiarme en Inglaterra, vente conmigo, Ana.

—Nó, eso es una locura, porque daría lugar á que la corte entera se riese de mí y me despreciase. Ten valor y confianza en mí, querido Antonio, y no recurras á esa huida hasta un último extremo. Entónces puede ser que te siguiera.

—¡Ah! ¿puede ser nada más?

—Cuando se verifique ya veremos. Veo que el miedo te hace ver visiones y....

—¿Pero qué ruido es ese? exclamó Antonio incorporándose.

La princesa se levantó asustada, porque sonaba ruido de pasos y armas en las habitaciones próximas; y Antonio Pe-

rez, siempre con el temor de ser preso, palideció y se retiró al fondo de la pieza.

—¡Oh! es gente de tropa; ¿qué pasa aquí, Dios mío!

—¿Quién allana mi casa de este modo? exclamó la princesa levantando la colgadura que daba paso á las habitaciones exteriores.

Pero al mismo tiempo retrocedió como Antonio Perez, porque en el dintel de la puerta apareció Santoyo con don Hugo de Moncada, el primo de Blanca, y doce ó catorce guardias de Castilla.

D. Hugo miró altivamente á la princesa y mandó entrar en el retrete á su teniente y á tres soldados.

Después se dirigió á Doña Ana.

—¿Sois vos, señora, Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa viuda de Eboli, duquesa de Pastrana y condesa de Melito?

—Sí, yo soy. ¿Qué quereis?

—¿Y vos, añadió el inflexible D. Hugo dirigiéndose á Antonio Perez, sois el señor D. Antonio Perez, secretario de S. M. el muy poderoso señor D. Felipe II?

M —Sí; ¿pero acaso no me conoceis, D. Hugo?

—En este momento, no; soy sólo un oficial de S. M., dispuesto á cumplir las órdenes que acaba de entregarme.

—¿Ordenés? exclamaron á un mismo tiempo la princesa y Antonio Perez.

—Ordenes terminantes y severas, que tienen por o bieto poner á buen recaudo vuestras personas.

—¡Presos! ¿Quién sois vos, gritó la princesa pálida de ira, quién sois vos para prender á Doña Ana de Mendoza?

—Un leal servidor de S. M. Ved aquí la orden.

Y enseñó á la asombrada princesa y al atónito Antonio Perez, una hoja de papel con la firma del rey y el sello real con cera encarnada, que no contenía mas que algunas palabras.

Con su lectura, el secretario perdió todo su valor al verse perdido, y la princesa, á pesar de su orgullo, cayó tambien anonadada sobre el divan.

Moncada, que era el tipo del militar severo en el cumplimiento de su deber, y que odiaba instintivamente á Perez por su conducta cuando la prision del Corsario, se volvió hácia él y le dijo con acritud:

—Señor, la orden es terminante y hay que obedecerla. Disponeos á seguir á mi teniente el caballero Moscoso!

—¿Y á dónde me llevais?

—A vuestra casa, bajo la vigilancia de un alcalde de corte.

—¿Y no se me permitirá ántes ver al rey?

—Nó; la orden no dice nada de eso.

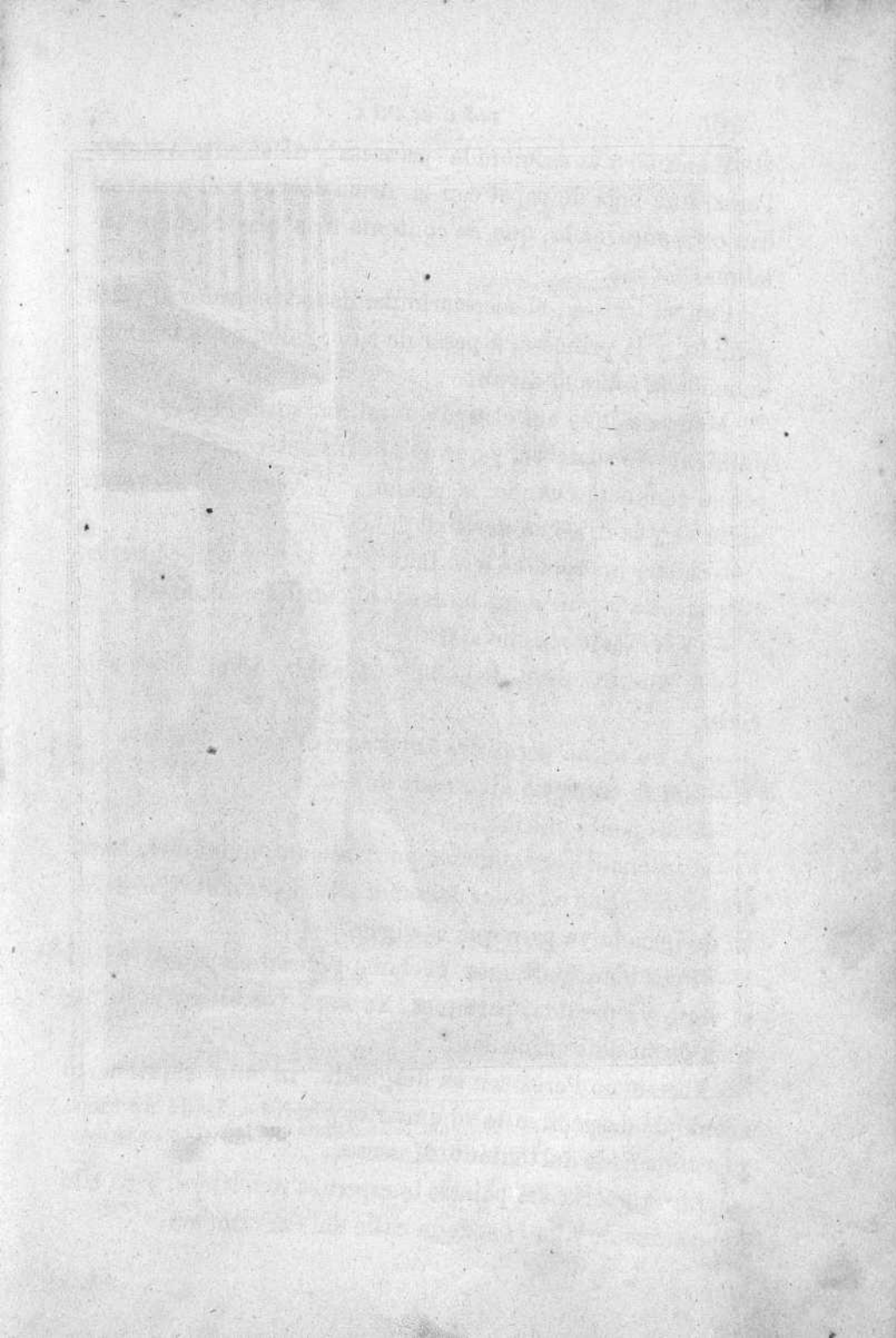
—Pues por lo mismo....

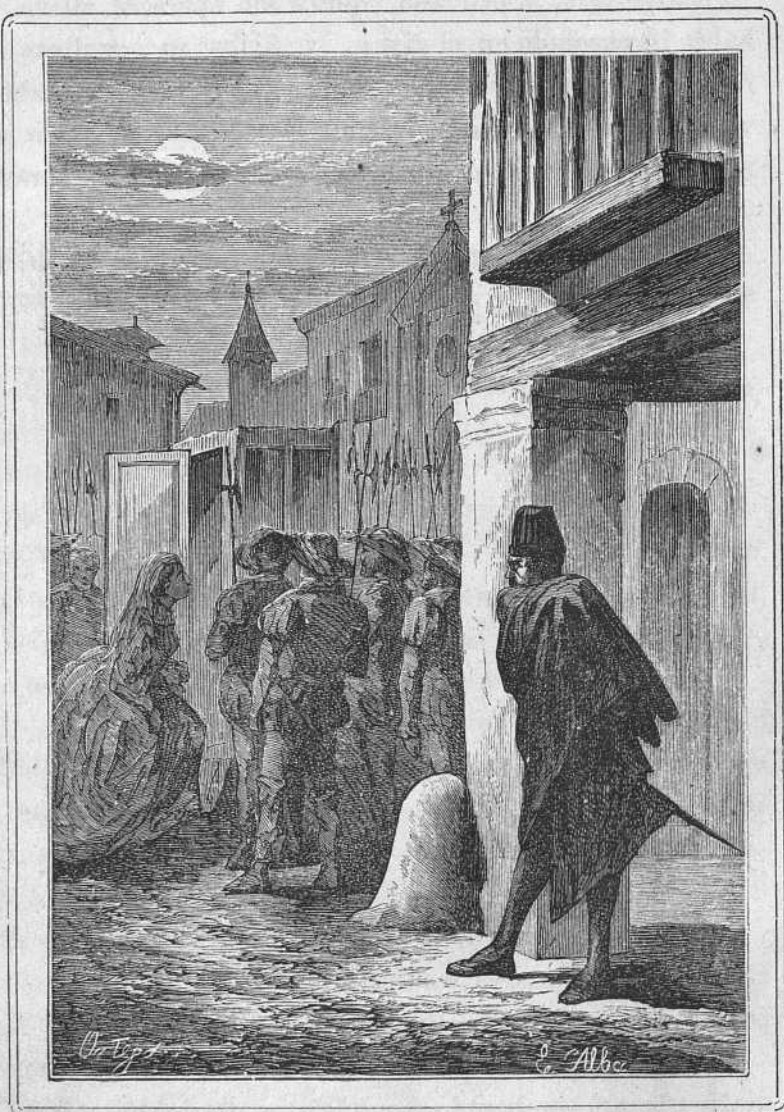
—Perdonad; por lo mismo yo debo cumplimentarla hasta que os entregue en poder del señor alcalde de corte que S. M. ha designado ya para que os vigile.

—Pues bien, partamos, exclamó Perez desesperado y loco al verse ya perdido, partamos. Yo haré ver al rey la injusticia de su determinacion.

Abrumado Perez con su desgracia, ni aún siquiera se acordó de despedirse de su amante, y salió rodeado de tropa y acompañado del teniente Moscoso.

En la puerta del palacio le esperaba una litera, y en ella fué conducido á su casa de la calle del Sacramento.





Allí permaneció inmóvil como una estatua hasta que la litera y escolta desaparecieron completamente.

Entretanto, la princesa, queriendo aparecer altiva, se habia incorporado en el divan, y fijaba su orgullosa mirada en el pundonoroso D. Hugo, que fingia no haberla visto; pero viendo que el tiempo trascuria, no pudo menos de hacérselo notar con los términos más finos y respetuosos.

Entonces Doña Ana se levantó y preguntó á dónde iba á ser conducida.

—A la fortaleza de Pinto, señora.

—¿Y quién va á acompañarme?

—Yo, señora.

—¿Y el carruaje?

—En una litera que ya está dispuesta en el portal de la casa.

—Pues bien, permitidme variar de traje.

—Os esperaremos, señora.

Doña Ana llamó á dos camareras, y metiéndose en su alcoba, salió poco despues en traje de camino.

Parecia que iba serena, y hasta una leve sonrisa dibujaban los extremos de su boca; pero sus labios temblaban, y la palidez de sus mejillas era densa como la de un cadáver.

En esta disposicion, y apoyándose en el brazo de don Hugo, bajó la escalera y subió á la litera, que bien pronto partió, perdiéndose en la oscuridad.

Quando la princesa subia á la litera, un hombre de mediana estatura, embozado completamente hasta los ojos y cuyo traje no indicaba una elevada posicion social, fijó su centelleante y sombría mirada en la princesa, y allí permaneció inmóvil como una estatua y casi oculto por las som-

bras que proyectaban los portales de Santa María, hasta que la litera y su escolta desaparecieron completamente.

Entonces Santoyo se aproximó á él, y se detuvo respetuosamente como si esperase sus órdenes; pero el hombre misterioso continuó por espacio de algunos minutos contemplando el sitio por donde habia marchado la princesa.

Después se embozó y caló hasta las cejas el sombrero de fieltro, cuyas anchas alas acababan por ocultar su fisonomía, dió dos pasos hácia Santoyo, y le dijo imperiosamente una palabra en latin, que era sin duda una contraseña, porque Santoyo se embozó en su capa y echó á andar hácia el alcázar.

El hombre misterioso le siguió.

¿No han adivinado nuestros lectores quién era este hombre, á pesar de su traje y de las precauciones que tomaba para no ser reconocido?

Pues era....

Felipe II (1).

(1) Histórico, como casi todos los detalles que hemos referido de la prision de la princesa de Eboli y Antonio Perez.

CAPÍTULO IX.

Abnegacion

A las seis de la tarde del siguiente día en que fueron presos Antonio Perez y la princesa de Eboli, Fray Agustin se encontraba al lado del Corsario leyendo varios capitulos de la Biblia y comentándolos sabiamente con más fruto en verdad y más atencion por parte de Fernando, que la vez primera que le habia leído aquellos mismos capitulos.

El pirata, siguiendo los preceptos del sacerdote, habia escrito á Felipe II pidiéndole perdon y suplicándole mandase enterrarle en las bóvedas de la iglesia de San Francisco, donde se habia educado y pasado su infancia.

Cuando más abstraídos estaban en su lectura, abrióse la puerta, y apareció Blanca envuelta en un manto de terciopelo negro, por entre cuyos pliegues se distinguia un traje riquísimo todo blanco.

Fernando la contempló aturdido, y Fray Agustin con un asombro inexplicable.

Blanca pareció no notar el efecto que habia producido su presencia, y despues de sonreír dulcemente á su amante, dijo á Fray Agustin con tono grave y digno:

—Señor, en el tiempo que duró la impenitencia de mi amante, no pensé en nada más que en su conversion; conseguido esto, os pregunto, padre mio, á vos que sois un modelo de virtud y caridad cristiana, ¿faltaré á los preceptos de nuestra santa religion al ser su esposa, puesto que va á morir?

El sacerdote la miró estupefacto, y el Corsario lanzó un grito.

—¡Cómo, hija mia! exclamó el primero, ¿habré comprendido mal? ¿quereis acaso casaros con Fernando?

—Esa ha sido mi pregunta y ese es mi deseo.

Fray Agustin y el Corsario retrocedieron dos pasos. Mentira les parecia tan sublime abnegacion.

—Hija mia, la dijo el sacerdote despues de un momento de silencio, lo que deseais es permitido, porque á Fernando le faltan más de tres dias para subir al cadalso. Si esto no fuera así, no sería posible, como no fuera para legitimar alguna pobre criatura. Pero hija mia, ¿sabeis á dónde os conduce vuestra heroica abnegacion? La esposa de un hombre á quien sentencian las leyes del reino, es despreciada y queda sin honra; y vos, que sois noble é hija de una de las primeras familias de España, ¿quereis ser la viuda de un ajusticiado? ¡Oh! querida señora, no hagais tal cosa, porque podría pesaros despues.

—Nó, nó, repuso Fernando cogiendo con efusion las manos de su amante; yo no quiero, Blanca mia.... no quiero morir con la horrible tortura de que mi muerte arroja sobre tu frente una mancha deshonrosa. Eres aún muy jóven, y dentro de tres ó cuatro años podrás ser esposa de un hombre que te haga feliz. ¿Cuál sería tu suerte si te ca-

sases conmigo? El desden y la indiferencia de la familia de Lanuza; el desprecio de los pequeños y de los poderosos. Nó, nó, amada mia; te idolatro con demasiado delirio para exponerte por mi dicha á representar tan triste papel.

—¿Quiere decir, contestó la jóven con exaltacion, que me rechazas, que me desprecias?... ¿Qué me importan las habilllas del mundo? ¿qué vale la opinion de la nobleza? Para nada necesito de ella, porque despues de tu muerte tengo lo suficiente para pagar mi dote en un convento, donde pienso retirarme, esto es, prosiguió con amargura, si el dolor no me quita la vida, que será lo más probable; pues cuando pienso que vas á separarte de mi lado para no volver á verte, las fuerzas me abandonan, mi cabeza desvaría y mi sangre se hiela.

—¿Será verdad? exclamó el Corsario, ¿estarás decidida á llevar adelante tu heroico proyecto? ¡Tú, tú la esposa y la viuda de un hombre á quien va á matar el verdugo!... ¡Oh! ¡cuánto miente el destino! ¿recuerdas la profecía de la gitana? «Sereis reina,» te dijo.... ¡qué bien se cumple!

Blanca se sonrió tristemente.

—Aceptad, hijo mio, replicó el religioso, y ved en esta decision de Doña Blanca una nueva prueba de la bondad de Dios.

—¡Ah! sí, acepto.... eres una santa.... ¡bendita seas!

Y Fernando se arrodilló á los piés de la jóven y besó su túnica con religioso respeto.

—Cuando gusteis, padre mio, exclamó la hermana de Lanuza dirigiéndose al sacerdote, estoy bien dispuesta para recibir este sacramento; sólo á vos esperamos.

—Hija mía, antes tengo que mandar á mi convento por algunas cosas indispensables. Esperadme aquí.

—Fray Agustín salió, y volvió á los ocho ó diez minutos con los libros necesarios y las sagradas vestiduras.

Púsoselas, oraron los tres en silencio, y delante del Cristo que se hallaba dentro de la urna, se verificó la santa ceremonia.

¡Oh! habia una solemnidad extraña en aquel enlace celebrado en una prision entre un hombre condenado á muerte y que sólo algunos días le restaban de vida, y aquella mujer noble, hermosa, rica, y que tanto podia esperar por sus riquezas, por su belleza y por su clase.

Los padrinos de la boda, á quienes Fray Agustín introdujo en la prision bajo el pretexto de consolar al cautivo, lo fueron el carcelero y su esposa, dignos en verdad de firmar la fé de casada de la distinguida ricalienbra.

¡Triste y terrible irrisión de la suerte!

Fray Agustín, despues de dar la bendición nupcial á los dos jóvenes, puso con solemnidad la mano sobre sus cabezas, y les dijo enternecido:

—Hijos míos, no pido á Dios que os haga felices, porque vuestra desgracia no os dará tiempo para tener la más pequeña rencilla, mas le ruego fervorosamente os dé fuerzas para sufrir el terrible golpe que os espera.

—Muy terrible, señor, contestó la desposada. Pero ¡ay! ello habria de ser de todos modos, y al ménos así habremos gozado algunos momentos de legítima dicha.

El virtuoso sacerdote los abrazó con ternura, y salió para llevar á su convento los libros y vestiduras que habia traído, quedando en volver lo más antes posible.

Blanca y Fernando quedaron solos.

—¡Oh! mi amada Blanca, dijo el Corsario con amargura, ¿qué has hecho? ¿qué porvenir tan triste y espantoso no será el tuyo despues de mi muerte? Quiera Dios que algun dia, desesperada al verte envilecida, no maldigas mi memoria.

—¡Envilecida! ¡estás loco! El envilecimiento está en el crimen, no en la desgracia.

—¡La desgracia! Horrible es en verdad la que nos persigue. Estar doce dias reunidos, y separarnos despues para siempre.

—¡Resignacion! dijo Blanca cogiéndole las manos; que mi presencia te anime en vez de desalentarte.... ¡Es la voluntad de Dios!

—Bendita sea, contestó Fernando con religioso respeto; yo la acato, pero sufro.

—Además, prosiguió Blanca mirando amorosamente á su esposo, mientras hay vida, la esperanza existe. ¿Quién sabe lo que podrá suceder?

—¿Confías aún?

—Sí.

—¡Ah! el afecto te hace delirar, Blanca mia.

—Nó. Desde que se ha verificado la santa ceremonia, me encuentro más fortalecida. No sé por qué, tengo un presentimiento de que no vas á morir.

—¡Pobre Blanca! ¿Ignoras que Felipe II no perdona nunca?

—Lo sé; pero acuérdate lo que Constanza nos decia. Ella, mi madre y mi hermano se acercan á Madrid, á donde llegarán dentro de dos ó tres dias. Los tres implorarán tu per-

don; ¿qué no harán cuando sepan que eres mi esposo? Mi mismo padre, al saberlo, vendrá también á la corte, y tal vez consiga, por lo ménos, que la sentencia de muerte te se permute por un destierro en algun castillo, en donde seríamos felices.

—¡Ah! y tan felices, mi adorada Blanca, repuso el Corsario dejándose arrastrar, á su pesar, por las palabras de la jóven.

—Además, no es esto todo, prosiguió la hermana de Lanuza; ya sabes que nuestros mayores enemigos han perdido el favor del rey, y no encontrará en su palacio más que personas que le pidan tu libertad ó tu vida.

—¡Oh! ¡Dios mio! si tu presentimiento fuera una verdad, ¡cuál no sería entónces mi reconocimiento á ese rey! Pero mi sentencia de muerte ha sido ya firmada, y no querrá ¡imposible en su carácter! faltar á su firma. Por otra parte, ahora comprendo que le he ofendido mucho.

—Sí, pero mucho ha de poder en su ánimo mi hermano, mi padre, la reina, yo misma.... ¡Ah! espera, espera. Dios es bueno y grande, Fernando mio.

—Sí, Blanca, Dios es bueno.

Y cogiéndola de la mano, la hizo dar un paseo por la prision, diciéndola con amarga ironía:

—Este es el palacio que te ofrece tu esposo.... esta es la grandeza que has venido á encontrar.... este es el fausto que puedo ofrecerte.... ¡una prision! ¡Pobre esposa mia!

—Calla, calla, no desvaríes....

—Sí, por cámara, de desposados, una prision lóbrega y helada; por banquete de boda, una miserable cena; por lecho nupcial, un jergon miserable y sucio.

Blanca no le contestó una palabra, pero se arrojó en sus brazos.

El Corsario la estrechó tiernamente, y por un momento aquellas dos almas tan dignas una de otra, tan combatidas por la desgracia, tan nobles, tan bellas, se confundieron en una sola; por un momento sólo se oyó en la habitacion el latido acelerado de sus dos corazones, al mismo tiempo que sus lágrimas, corriendo tambien en silencio, se confundian como sus espíritus.

En el mismo momento Fray Agustin penetró en la prision.

CAPÍTULO X.

Ultimos dias de un reo condenado á muerte.

Las esperanzas de la vida son como esas nubecillas de verano, de brillantes y diáfanos colores, que se disipan fugazmente, sin dejar en el azulado espacio ni la menor huella de su presencia.

Blanca habia confiado en que faltaban todavía doce dias para que se cumpliera la horrible ejecucion de su esposo, y habia confiado, debemos decirlo, de una manera lógica y fundada. Pero los dias trascurrieron, y llegó el noveno sin que sus esperanzas se realizasen. ¿Y cómo?

Vamos á decirlo.

El carruaje que de Búrgos conducia á Madrid á la familia de Blanca, volcó á tres leguas de Avila, y la anciana Doña Catalina de Urrea, así como Lanuza, salieron heridos gravemente. Tuvieron, pues, que detenerse en Avila, porque les era imposible continuar su camino, y Blanca recibió por un propio la triste nueva, al mismo tiempo que se le comunicaba al Justicia mayor de Aragon.

¿Qué hacer en aquel conflicto? Blanca se echó á los piés del rey suplicándole que demorase la sentencia por quince

ó veinte dias, y participándole que el reo era ya su esposo; el rey permaneció inflexible y nada pudo conseguir.

Quando en medio de un camino desierto, el viajero perdido ve en el horizonte una luz que le anima haciéndole concebir la esperanza de que pronto podrá descansar, y esta luz desaparece súbitamente, el desaliento de su alma es más terrible todavía que ántes de haberla divisado.

Tal era la situacion de Blanca y de Fernando.

Blanca, sentada en el viejo sillón de baqueta, sostenia en sus brazos la cabeza de Fernando, que dormia profundamente. El pirata estaba sentado en el taburete, y sus negrísimos cabellos, que cubrian el cuello de su esposa, formaban un extraño contraste con su diáfana y nacarada blancura.

La jóven le miraba con una tristeza dolorosa, y de vez en cuando le estrechaba la cabeza contra su seno con un movimiento convulsivo.

—¡Oh! murmuraba; duermes y descansas, esposo mio, en tanto que yo velo. La suerte cruel nos va á separar muy pronto, y tu sueño, que ahora disfrutas, te impide sufrir como yo padezco. ¡Qué bello día! prosiguió sollozando; ¡cuántos seres felices gozarán con él, en tanto que yo sufro terribles y espantosos dolores! ¡Oh! ¡cuán hermosa se ostenta la naturaleza, como si quisiera...

Al acabar de pronunciar estas palabras, comenzó á llorar como una Magdalena.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡vos que sois tan justo! ¿por qué consentís esta injusta muerte?

Y al mismo tiempo una de sus lágrimas, cayendo en la boca de Fernando, le hizo estremecer y despertarse.

—¡Lloras, esposa mia, la preguntó, lloras? pero ¿por qué?

¿No hace un mes que estamos esperando este terrible momento? ¿acaso te faltará el valor en el instante supremo?

—La hora se acerca, dijo Blanca con acento lúgubre y helado.

—Y bien, Dios lo quiere. ¿No me has enseñado á respetar sus juicios?

De pronto, Blanca se estremeció y se puso de pié exhalando un grito horrible.

—¿No has oído? dijo al pirata.

—¿Qué?

—Vienen á buscarte.

—¡Es posible! El sol está ya sobre el horizonte y...

—Pero vienen ya....

Con efecto; oíanse pasos y descorrer cerrojos y llaves.

El Corsario se puso tambien de pié.

—¡Esposa querida.... Dios te sostendrá y dará fuerzas!...

¡No me abandones en el último momento!... Ven, Blanca, ven....

Pero Blanca habia caído anonadada sobre el lecho, sin fuerzas ya para resistir su dolor; y de pronto, cuando el Corsario la tocó para que se levantase, irguióse altiva é iracunda.... sus ojos despedían rayos de fuego.... sus manos estaban crispadas, y mirando intensamente á Fernando, exclamó como una loca:

—¡Oh! ¡yo no quiero que mueras!... Al primero que se acerque y te toque le despedazaré con mis dientes como una pantera furiosa y.... ¡infeliz de él!

—¡Blanca! ¡Blanca mia!

—¿Qué me importa á mí Fray Agustin ni ese rey tirano que quiere asesinarte? No saben aún de lo que es capaz

Blanca de Lanuza.... no saben que corre por mis venas la sangre de cien héroes, y que si me desafían; sé también manejar una espada.

—¡Blanca, por Dios!

—Aparta tú, no supliques.... Aquí no hay que suplicar.... El rey y sus cortesanos son unos tigres sedientos de tu sangre; quieren beberla porque eres superior á ellos.... Nó.... nó.... combatamos.... que vengan.... que vengan.... los sicarios de ese rey corrompido y cruel.... que vengan y los haré polvo.... si tocan á uno solo de tus cabellos....

—¡Dios de bondad! gritó el Corsario desesperado, ¡loca! ¡loca! ¡Dios mio! ni aún me queda el triste y horrible consuelo de despedirme de ella, porque no me oye....

En efecto, Blanca, anonadada y quebrantada por el dolor, no habia podido sufrir impunemente la pérdida de su última esperanza. Despues, los dias que habia pasado encerrada casi totalmente con su esposo, habian debilitado su razon propendiéndola á la locura. Por eso cuando oyó el ruido de los cerrojos y adivinó que habia llegado el instante fatal, su razon ya conturbada, no pudo resistir tan doloroso golpe.

La infeliz estaba loca, ó por mejor decir la atacó un vértigo que la hizo perder la cabeza.

—¡Oh! ven, ven aquí, Fernando, exclamó llevándosele al otro extremo de la habitación; ven, que no te vean.... que no te encuentren.... si te encuentran te matarán, y yo no quiero que mueras.... ¿Qué iba á hacer sin tí?

—¡Blanca, repetia Fernando, por Dios, Blanca, escúchame!

—Ya te escucho.... Sí, sí, eres mi esposo; pero esos hom-

bres quieren matarte, y yo no quiero.... nó.... nó.... ¡Oh! te amo tanto....

Y la desgraciada, como si en aquel momento la horrible tempestad que rugía en su mente hubiera cesado por completo, echó sus brazos al cuello del pirata, lanzó un ¡ay! trisísimo y se desmayó.

Aquel desmayo salvó su razon y quizás su vida.

El Corsario la colocó en el lecho, cogió el cántaro del agua y la roció la frente, al mismo tiempo que la puerta se abrió, y aparecieron en su dintel dos hombres. Blanca abrió los ojos, y lanzando un grito, se incorporó al reconocerlos.

El uno era Felipe II.

El otro un desconocido.

CAPÍTULO XI.

La mano de Dios.

Blanca y el Corsario se levantaron por un movimiento convulsivo al reconocer á Felipe II, el cual, conociendo el estado de sus almas, les dijo con una afectuosidad que empleaba muy raras veces:

—Sentaos, amigos míos, sentaos; desde este momento estais libre, jóven, y agradeced al nombre de vuestro padre la libertad que os concedo.

—¡Mi padre! exclamó Fernando con un acento inexplicable; ¡conque tengo padre! ¡tengo un nombre legítimo que llevar, sea el que sea! ¡Oh! prosiguió con ternura, conducidme en seguida á los brazos de mi padre. ¿Quién es? ¿dónde está? ¿cómo se llama?

Entónces el desconocido que acompañaba al rey, que era un caballero anciano que vestia un uniforme extranjero lleno de cruces y condecoraciones, se aproximó al pirata, y le dijo gravemente:

—Vuestro padre, señor, no existe hace algunos años; pero no debo hablar delante de esta dama sin saber lo que os corresponde. ¿Quién es, señor?

—¡Un ángel! ¡una santa! ¡mi esposa!

—¡Vuestra esposa!

—Sí, señor; ¿qué tiene de extraño? Aunque sin nombre, envilecido, condenado á muerte como el más miserable de los criminales, encontré un ángel de abnegacion y redencion, que no dudó con noble heroismo unir su suerte con la mia. Por ella agradezco de rodillas la vida que me concedéis, porque no hace muchos instantes que el dolor de mi sentencia la hizo delirar, y su locura la hubiera conducido á la muerte. Podeis, pues, noble anciano, hablar cuanto querais delante de ella.

—En ese caso y con vuestro permiso hablaré, señor, repuso el desconocido.

—¿Y mi madre? preguntó el pirata.

—Vuestra madre también está en el cielo, porque era una santa; pero no os falta familia.

—Mas decidme, señor, esos padres que he perdido, y cuya conducta conmigo he odiado tantas veces, ¿no tenían un nombre?

—Señor, repuso el extranjero con respeto, vuestros padres no han sido culpables en teneros solo y abandonado, porque ignoraban la suerte que os habia cabido.

—¡Qué decís!

—La traicion y el crimen os separaron de sus brazos cuando aún érais muy pequeño.... En cuanto á vuestro nombre, no soy yo quien debe decirosle, sino el ilustre rey D. Felipe II, porque á él sólo corresponde revelárosle.

Entonces el rey, altivo, grave y con majestuoso paso, se adelantó hasta ponerse al lado de Fernando, y con imperiosa voz le dijo:

—Arrodillaos, jóvenes, porque vais á saber el nombre de vuestro padre y el rango de vuestra familia.

Fernando, admirado, pasmado, lleno de estupefaccion, cayó á los piés del rey, y su esposa, todavía algun tanto trastornada y más admirada todavía, le imitó, cayendo tambien de rodillas junto al lecho miserable.

El rey de España los miró fijamente durante un segundo, y luego, apoyando su mano en el hombro del pirata, dijo con voz solemne, acentuada y lenta:

—Vuestro padre se llamaba Luis Fernando de Austria, rey de romanos, emperador de Alemania y rey de Hungría y de Bohemia, mi ilustre tío. Vuestro hermano primogénito es el actual emperador de Alemania; vuestra hermana Doña Isabel es reina de Escocia. La segunda, Doña Ana, es mi esposa; y vos, desde hace muchos siglos, venís de linaje de reyes.

Fernando, pálido, asombrado, bajó la cabeza; mas el rey D. Felipe prosiguió:

—Alzaos, D. Carlos Fernando de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, segun el testamento de vuestro padre.... alzaos y abrazad á vuestro primo.

Blanca, al escuchar estas palabras, dió un grito de asombro y se levantó.

En cuanto al que de repente acababa de saber su ilustre origen, estaba tan asombrado, que no podia alzarse del suelo por que sus rodillas se doblaban.

¡Oh! aquella noticia era la justicia de Dios que premiaba su arrepentimiento, era subir á la cumbre de la grandeza humana desde la desgracia más horrible; de una helada prision, al rango de rey; del cadalso, al trono. Nada tenia,

pues, de extraño su anonadamiento; pues hay alegrías tan inesperadas y tan grandes, que dejan á los que las experimentan tan quebrantados como si sufriesen un gran dolor.

Pero Fernando hizo por último un esfuerzo, y se puso de pié.

—¡Pero Dios mio! exclamó, ¿qué es lo que escucho? ¿es esto verdad? ¿yo hijo de reyes? ¿yo rey?

El caballero del bordado uniforme se acercó entonces á él.

—Señor, le dijo con el mayor respeto, yo soy el duque de Brademburgo, enviado por el emperador, mi augusto pariente, cerca del rey de España. Rodulfo II ansía el momento de estrechar contra su corazón á su perdido y llorado hermano. Cuando yo explique á V. M. los lances de su novelesca historia, se persuadirá que cuanto le sucede es la pura realidad.

—Sí, primo mio, añadió el monarca español, la misma sangre corre por nuestras venas. El emperador Carlos V, mi augusto padre, era hermano del vuestro. Mi esposa Doña Ana es también vuestra hermana; así, pues, fuera rencores.

Sé que teniais algunos motivos para estar quejoso de mí, mas olvidadlos como yo olvido vuestra rebeldía. Somos cercanos parientes, y espero que seremos amigos. En este momento uno de mis coches os conducirá á la embajada alemana, y jamás se sabrá que el futuro rey de Hungría y de Bohemia es el célebre Corsario Negro. Felipe de España lo callará por el honor de su familia; pues como el primogénito de la rama mayor de la casa de Austria, es el que más la representa. Mañana mismo partireis para Francfort con todo secreto, acompañado del noble duque de Bradem-

burgo; pero ántes vuestra hermana Doña Ana, mi esposa, tendrá el placer de abrazaros. Si os acompaña Doña Blanca os profetizo muchos disgustos con vuestro hermano mayor Rodulfo; pues como el matrimonio se ha verificado sin su beneplácito, y cuando ignorábais el nombre de vuestro padre, es completamente nulo.

Blanca se estremeció.

—Señor, dijo al rey, al casarme con D. Fernando, jamás pude figurarme que algun día habia de ocupar un trono, pues no es fácil que yo tuviese miras interesadas hácia un desgraciado que iba á morir. Mi casamiento es tan válido como el de V. M.; sin embargo, ya sabeis, señor, y pruebas he dado de ello, que amo á D. Fernando con toda mi alma; así es, que si por mí no ha de poder ocupar el trono que el cielo le destina, le dejaré libre y pediré al Santo Padre la nulidad de mi enlace.

—¡Estás loca! exclamó Fernando sonriendo con amorosa ternura; Fernando ó Fernando de Austria no tendrá jamás otra esposa. Mi casamiento fué verificado por mi libre y espontánea voluntad, y no puede deshacerse aún cuando le anulase una bula pontificia, añadió con nobleza; no podia anular mi palabra, la palabra de un caballero. Si á mi casamiento le falta alguna formalidad, dispuesto estoy á dársela, pero nunca me separaré de tí. Si el pueblo donde voy á ser rey no quiere recibirme como reina y te rechaza por no ser princesa de la sangre, seré tan sólo un príncipe en la corte de mi hermano, y renunciaré mi corona; y si mi hermano no tuviera contigo las consideraciones debidas y que nadie merece mejor que tú, viviremos en un país extranjero como un caballero particular. El rango que yo tenga tú

le disfrutarás, esposa mia, porque legitimamente te corresponde; y feliz ó desgraciado, rey ó corsario, siempre he de ser tu Fernando.

—¡Bien! ¡bien! señor, gritó con entusiasmo el duque de Brademburgo; no en balde corre por vuestras venas la sangre de cien reyes. Sois un noble príncipe, y sereis un digno rey. Los húngaros y bohemios acogerán con placer al rey que el emperador Rodolfo les envíe, y estoy seguro que no rechazarán á esta hermosa dama. El emperador mi señor es bueno, y apreciará en lo que vale á la esposa de su hermano. ¿Por qué habeis de dejar de ser rey, señor? ¿Por qué renunciar á los derechos que os da vuestro nacimiento? Nó, nó, señor, sed rey de Hungría con vuestra esposa, pues no es la primera señora particular á quien el amor de un monarca ha sentado en el trono. Reina sois, señora mía, prosiguió dirigiéndose á Blanca con respeto; y yo, Gustavo de Elbecin, duque de Brademburgo y príncipe del Sacro-Imperio, os reconozco como mi reina; dadme vuestra mano, señora.

Blanca se la dió, y el duque estampó en ella un beso respetuoso.

—Alzad, le dijo Blanca; no es ese el lugar que debe ocupar el portador de tan felices nuevas, que es al mismo tiempo un noble caballero.

Fernando abrazó á su noble pariente, y dijo á Blanca con emocion:

—Blanca mia, el duque de Brademburgo ha sido el primero en tributarte el homenaje de reina y en reconocerte como tal; abrázale, y que sepa siempre que no ha de considerarte nunca como su soberana, sino como su amiga.

La hermana de Lanuza abrazó á Brádemburgo como su esposo deseaba.

—¡Qué me place! exclamó Felipe II. Veo, Doña Blanca, que sois digna de ser reina, y mucho me alegraré que el emperador Rodulfo os dé el título de tal, porque es un distinguido honor que se hace á una noble de mi corte, á una dama española.

Blanca besó con respeto las manos á su anciano soberano, y éste la abrazó con efusion.

Fernando, que todavía no habia estrechado la mano del rey, le abrazó tambien en aquel momento, y los cuatro salieron de la prision en un coche de Felipe II, siendo llevados al palacio de la embajada de Alemania.

¡Oh mudanza de las cosas humanas! El que habia de salir en una carreta acompañado de un sacerdote agonizante para sufrir una muerte ignominiosa, ocupaba un rico carruaje al lado de su rey, que era su próximo pariente, yendo él mismo á sentarse en un trono.

CAPITULO XII.

Una historia antigua.

Algunas horas despues, Blanca y Fernando, ricamente vestidos y brillando en sus ojos el contento y el placer, se hallaban en un salon del palacio de la embajada alemana con el duque de Brademburgo, que mirando afectuosamente al nuevo rey, le dijo:

—Señor y primo mio, V. M. estará sin duda impaciente por saber los sucesos extraños que obligaron á sus ilustres padres á tenerle oculto por tanto tiempo, y voy, si me lo permite V. M., á darle completa cuenta de ello.

—¡Oh! sí, mi buen duque.... ya podeis figuraros cuán grande será mi deseo.

—¿Entónces puedo dar principio?

—Ciertamente.

—Pues oíd, señor.

Y el anciano comenzó de esta manera:

—Desde muy jóven, principe mio, estuve en compañía del emperador de Austria, vuestro ilustre padre, cuando todavía no se habia sentado en el trono. Parientes los dos bastante cercanos, aunque yo tenia mucha ménos edad que

él, no guardaba secretos para mí. D. Fernando era noble, impetuoso y de pasiones tan violentas, como apocado y tranquilo su hermano D. Carlos, padre de D. Felipe II.

A los cuarenta años, señor, ya era vuestro padre rey de romanos hacía mucho tiempo, esperando suceder á su hermano D. Carlos en el imperio de Alemania, cuando su esposa Doña María, hija del emperador, cayó gravemente enferma de una fiebre ardiente que la llevó en quince dias al sepulcro.

No es posible deciros el sentimiento del rey; pues fué tan grande y tan inmenso, que todos creimos iba á seguir á su esposa. Su hermano D. Carlos, para consolarle, le llamó á España, y D. Fernando partió de Francfort, acompañado de su único hijo el príncipe Rodolfo, que tenia entónces quince años, y de una pequeña servidumbre, de la que yo formaba parte.

Al año de estar en Madrid vuestro padre, comenzó á encontrarse más tranquilo, y pronto recuperó su alegría y el genio propenso á las aventuras amorosas, que tanto le agradaban.

A una de estas debeis, señor, el haber nacido.

Doña Leonor de Haro, hija del conde de este nombre, era una doncella hermosísima de veinte años, y su discrecion y virtud eran iguales á su belleza. D. Fernando la vió, y se enamoró de ella hasta el extremo de no hacer caso de las hablillas del vulgo ni de las murmuraciones de su servidumbre, la cual adivinaba que el príncipe amaba á la española más de lo que le convenia.

Con efecto, la jóven estaba prometida al duque de Alcudia, opulento napolitano y general de las tropas que

tenia el emperador en Flandes. Pero D. Fernando de Austria, á pesar de sus cuarenta años, era un competidor temible, y además de su gallarda figura, tenia un talento muy vasto y una conversacion encantadora. A los dos meses, Doña Leonor se encontró vivamente impresionada por vuestro padre, y su amor fué tan grande como el suyo; pero la dama era una virtud muy sólida, y la ardiente pasion que alimentaba por el principe se estrellaba contra su honor y recato.

D. Fernando, enamorado como un adolescente de quince años, comenzaba á perder la razon, y su amor llegó al extremo de no reparar en nada. Comprendiendo que jamás le pertenecería Doña Leonor si no la hacía su esposa, no dudó en proponerla un matrimonio secreto que tranquilizase los escrúpulos de la virtuosa dama. El sacrificio que D. Fernando hacía no podia ser más grande, pues comprometia su elevacion al trono imperial, que estaba muy próxima con la abdicacion de su hermano D. Carlos, que acababa de retirarse á Yuste. Mas ¡oh principe mio! cuando un hombre se enamora de veras, no repara en lo que puede costarle su amor, y está siempre dispuesto á sacrificarlo todo por la mujer que ama. Vuestro padre al fin ofreció á Doña Leonor su nombre y su mano, que es cuanto un hombre puede dar, y el matrimonio se celebró como era consiguiente en secreto por el obispo de Gante, y sin más testigos que mi esposa y yo, que fuimos los padrinos.

Por secreto que el matrimonio se hubo celebrado, pronto empezó á susurrarse en la corte, y vuestro padre se encontró comprometidísimo. Los electores de la dieta de Asburgo no querian para emperatriz de Alemania á una dama particu-

lar, y el duque de Sajonia, gran elector, que era uno de los más influyentes, y que deseaba casar á su hija Doña Inés con vuestro padre, empezó á trabajar para conseguir sus ambiciosos deseos de la manera más torpe y más indigna. El rey de España D. Felipe protegía á su tío con dinero y soldados, no queriendo que le venciese el margrave de Esse, su competidor en el imperio; así fué que con estas revueltas, la presencia de vuestro padre se hizo necesaria en Alemania, y tuvo que partir.

Con el más grande sentimiento se apartó de Doña Leonor á los tres meses de casado, dejándola acompañada de mi esposa, miéntras yo marchaba con él á Alemania.

Vuestra madre lloró mucho, porque un secreto presentimiento la decia que no volveria á ver á su esposo, y quiso acompañarle disfrazada de paje. D. Fernando amaba á Doña Leonor apasionadamente, y hubiera accedido á sus deseos, pero yo le manifesté que era una locura que podia comprometerla, puesto que vuestra madre se hallaba ya en cinta.

Por último, vuestra madre se quedó en Madrid.

Mi augusto primo y yo partimos para Alemania, y encontramos aquellò hecho una Babel. Tres principes se disputaban el imperio. Roberto de Fredimburgo, el margrave de Esse y D. Fernando de Austria. El de Fredimburgo estaba apoyado por el influyente elector duque de Sajonia, con la promesa de que se casaria con Doña Inés, pues el ambicioso padre queria á toda costa que su hija fuese emperatriz. El margrave de Esse por toda la poblacion de Asburgo, de donde era natural; y finalmente, vuestro padre, por ser rey de romanos hacia mucho tiempo, era el que tenia más probabilidades y derechos de ocupar la silla, pues aparte de su

título, que es el distintivo de los herederos del imperio, era nieto del emperador Maximiliano, y la Alemania entera no podia olvidar los beneficios que á éste debía.

Dos meses estuvimos batallando con mil y mil intrigas, pero al fin vuestro padre D. Fernando pudo dominar á sus enemigos y rivales, y fué electo César Augusto por la dieta en la iglesia de San Bartolomé de Francfort.

Durante este tiempo estuvimos recibiendo noticias de Madrid por correos extraordinarios que enviaba mi esposa. Doña Leonor seguia adelantando en su embarazo, y deseando cada vez más abrazar á su idolatrado esposo.

Entónces supimos que habia tenido una explicacion muy violenta con el duque de Alcudia, el cual habia reclamado sus derechos á su amor, y pidió á su esposo que declarase público su matrimonio, pues su posicion iba haciéndose equívoca y violenta.

D. Fernando no podia complacerla miéntras no estuviese asegurado completamente en el trono y sin enemigos á quienes temer, por lo que la escribió manifestándola que de allí á muy poco tiempo daria satisfaccion á sus muy justos deseos.

Pasaron cuatro meses y nos hallamos por fin libres de todos los competidores que nos podian hacer la guerra. Entónces vuestro padre pensó en su coronacion de emperador, la cual se verificó en Aquisgran con toda pompa. Mas don Fernando, que era un gran político, quiso hacer el imperio herencia de su familia, y á este fin nombró é hizo coronar por rey de romanos á su hijo Rodolfo.

El mismo dia de la coronacion de vuestro hermano, una carta de mi esposa nos anunció la fausta nueva de vuestro

nacimiento, nueva que llenó de inmensa alegría á D. Fernando, el cual no tuvo ya más pensamiento que elevar á vuestra madre al trono, y para llevarla á Alemania, me envió á Madrid con un acompañamiento muy lucido.

Llegué á Madrid una noche oscura de invierno y.... ¡oh! señor, dijo con emocion el anciano caballero, jamás se me olvidará aquella noche terrible, que aún creo tener ante mí vista.

—¡Dios mio! exclamó Blanca sin poderse contener, interrumpiendo al narrador, ¿qué fué lo que pasó aquella noche?

—Vais á saberlo, señora. Oidme.

Y el duque de Brademburgo continuó diciendo:

—Queriendo sorprender á mi esposa y á vuestra noble madre con las alegres noticias de que era portador, entré en la casa que ocupaban por una puerta excusada del jardin, y subí al aposento de la duquesa. Mi esposa al verme se arrojó en mis brazos lanzando gemidos de espantoso dolor, y me llevó, loca de desesperacion, á la cámara de vuestra madre. ¡Santo cielo! Entónces ví á Doña Leonor bañada en su sangre, atravesada de tres puñaladas y acostada en su lecho ya cadáver. La cuna que vos debíais haber ocupado estaba revuelta, pero vos no estábais allí. El asesino os habia robado.

—¡Pobre madre mia! murmuró el Corsario lentamente.

—Sí, pobre y desgraciada, exclamó Blanca.

El duque prosiguió:

—Cai de rodillas á los piés del lecho de vuestra infeliz madre, y mis lágrimas corrieron juntas con las de mi esposa. Despues de un gran rato pregunté á la duquesa cómo se habia cometido aquel horrible crimen, y me dijo que hacía

una hora que la despertaron los gritos de Doña Leonor, y que acudiendo á su socorro con algunos criados, se la encontraron moribunda, bañada en su sangre y exclamando débilmente que su asesino era el duque de Alcudia, el cual se habia llevado á su hijo y una cajita que contenia las cartas del emperador y la fé de bautismo del pequeñuelo. Que sospechaba de Luisa, su camarera, puesto que la jóven habia desaparecido llevándose algunas joyas y la llave del jardin, por donde suponía que debian haber entrado los asesinos.

Miéntas vuestra pobre madre estaba refiriendo esto con voz apénas inteligible, pues espiró á los pocos momentos, mi esposa habia enviado á los criados en busca de la justicia, y ésta no tardó en presentarse.

Con efecto, al poco rato se llenó la casa de jueces, alcal-des de córte y soldados, pues hacía muchos años que no se habia cometido un crimen tan espantoso. Pero ¡ay! todas cuantas pesquisas se hicieron para descubrir al asesino fueron inútiles. El rey D. Felipe, que no ignoraba los lazos que unian á Doña Leonor con su tío, mandó prender á todos los parientes del duque de Alcudia y confiscarles sus bienes; más tedo fué en vano, porque el duque no pareció.

Al saber el emperador de Alemania, vuestro augusto padre, el trágico y desgraciado fin de su esposa, la desesperacion y dolor que sintió fueron iguales á sus deseos de venganza.

Envió un posta al rey D. Felipe, diciéndole que quería se hiciesen á Doña Leonor honores de emperatriz, y habiendo accedido el monarca español, la que en vida fué una noble castellana, tuvo, muerta, los funerales de una reina, y con

la mayor pompa y aparato fué enterrada en el convento de las Salesas Reales.

Cumplido este deber, D. Fernando sólo pensó en buscar á los asesinos de Doña Leonor. Ofreció un millon de florines al que le presentase al duque de Alcudia muerto ó vivo, y cien mil escudos á los que le diesen noticias de su paradero; el rey de España por su parte tampoco escaseó los ofrecimientos; mas el cielo ó el infierno protegía al duque, porque no se dió con él.

El emperador, loco de dolor y de angustia, sólo pensó ya en buscar al hijo que le habia dejado aquella esposa adorada; pero ¡oh primo mio! tan poco afortunado fué en una cosa como en otra.

Por espacio de diez años buscó inútilmente al asesino de Doña Leonor y á vos, y al fin desesperanzado, cayó en una languidez tan terrible, que amenazaba conducirle al sepulcro. Inútiles fueron los esfuerzos que para distraerle hacía su hijo Rodulfo; el emperador, cada día más triste y sombrío, llegó á inspirarnos serios temores, hasta que los principes del imperio, compadecidos de la situacion de su soberano, y creyendo que una nueva esposa lograría tal vez distraerle, le rogaron encarecidamente que se casara. D. Fernando resistió un año, mas por verse libre de las importunidades de sus vasallos, escogió por esposa y se casó con Doña Isabel de Portugal, princesa muy bella y virtuosa.

La jóven emperatriz fué la alegría de la Alemania, y al poco tiempo dió al emperador dos hijas hermosísimas, que son Doña Isabel, reina de Escocia, y Doña Ana, reina de España; pero la desgracia perseguia á las esposas de D. Fernando de Austria. La emperatriz salió un día acompañada

de algunos escuderos y picadores, y queriendo que su caballo diese una violenta carrera, le castigó con ardor. El bruto se desbocó, y arrojó á Doña Isabel á algunas varas de distancia, dando su cabeza contra una piedra, y la emperatriz fué conducida moribunda á su palacio, donde espiró á las tres horas, dejando á sus dos hijas en la cuna.

Tantas desgracias y penas tenían que acabar con la vida de D. Fernando, y su energía empezó á decaer, encontrando algun consuelo cuando mi esposa y yo le hablábamos de su perdido hijo.

Entonces, señor, fué tal el frenesí con que el emperador volvió á buscaros, que creímos se volvía loco; mas como siempre, sus pesquisas fueron inútiles, y desesperado volvió á su languidez y desaliento.

Por fortuna suya, un suceso político vino á devolverle en algun tanto su vigor. Permitidme os le manifieste en pocas palabras.

—Sí, sí, contádmelo todo, mi buen duque, exclamó Fernando; todo lo que se refiere á mi noble padre, excita mi curiosidad y simpatía; contádmelo, no creais aburrirme por esto. — ¡Ah! no sabeis cuánto le he amado á pesar de no haberle conocido.

—Continúa, pues, con vuestro beneplácito, exclamó el duque.

Y prosiguió: — Ladislao II quiso engrandecer su reino á costa de la Hungría, que pertenecía al imperio de Alemania, y amenazó á Buda con un ejército poderoso. D. Fernando le salió al encuentro, acompañado de su hijo el príncipe Rodolfo, y le derrotó completamente, quedando muerto en la batalla el

mismo Ladislao. Este no tenía hijos, con lo cual la Bohemia fué conquistada e incorporada al imperio, formando con Hungría un reino floreciente, que Rodolfo, heredero del imperio, fué á gobernar.

De esta manera y por esta causa vos, señor, estais destinado á reinar en Bohemia al mismo tiempo que en Hungría, lo cual os coloca en primera línea entre todos los soberanos electores de la gran dieta alemana que constituyen el imperio de vuestro hermano.

Trascurrieron muchos años, y las princesas Doña Isabel y Doña Ana, que eran encantadoras, fueron solicitadas por muchos príncipes y reyes. Doña Isabel, que era la mayor, fué desposada con Jacobo VI de Escocia, y D. Fernando se encontró gravemente enfermo en las fiestas de la boda. Conociendo su fin cercano, mandó llamar de Buda á su hijo, y Rodolfo se presentó en Francfort. El emperador hizo su testamento público, que obligó á jurar y respetar á todos los príncipes del imperio y nobles más poderosos, instituyéndolos en el heredero del reino de Hungría y de Bohemia, para el día en que llegáseis á parecer y reclamarlo á vuestro hermano.

Aquel padre que tanto os amaba sin conoceros, quiso dejaros una suerte brillante aun despues de su muerte.

Rodolfo juró sobre los santos evangelios cumplir la última voluntad de vuestro padre, y D. Fernando, más tranquilo, le bendijo, y espiró muy pocos días despues.

Rodolfo fué coronado emperador de Alemania, y yo era uno de sus más íntimos consejeros y amigos, y por mi direccion mandó de virrey á Hungría á mi sobrino Mauricio de Sajonia, príncipe digno y muy adicto á la casa de Austria, pues aquel reino no podia ni debia considerarse mas que

como un depósito que vuestro hermano guardaba para vos. Ya habíamos perdido las esperanzas de encontraros, cuando hace dos años que, entre la comitiva que el rey don Felipe envió por su esposa Doña Ana, fué un sacerdote de aspecto fiero y sombrío, que pidió al emperador permiso para encerrarse en el monasterio de Dominicos de Aquisgran. Rodulfo se lo concedió, y el religioso empezó á hacer una vida llena de penitencia y maceraciones.

Así siguió hasta que llegó la hora de su muerte, y creyendo que no habia para él salvacion, pidió con insistencia verme ántes de morir.

Sorprendido de tal peticion, é ignorando quién podria ser aquel religioso que con tanto deseo queria verme ántes de espirar, me presenté en el monasterio.

Introdujéronme en su celda, y hallé al desgraciado pidiendo á gritos perdon á Dios por los crímenes que pesaban sobre su conciencia.

Vióme; y me cogió una mano.

—¿Sois el duque de Brademburgo? me dijo con voz ahogada.

—Sí, y vengo á saber en qué puedo servirlos, le contesté afectado hondamente.

—¡Ah! repuso. Necesito vuestro perdon para comparecer ante el Juez supremo; necesito que me le concedais en nombre de los desgraciados á quienes ofendí y me han precedido en el viaje á la otra vida.

—¿Pero quién sois?

—¿Habéis olvidado á Leonor de Haro?

—¿Cómo olvidar á aquella noble mártir, victima de un infame asesino?

—¡Pues bien, ese infame asesino soy yo!

—¿Vos? grité retrocediendo.

—¡Sí! yo soy el duque de Alcudia....

Y juntando sus manos, exclamó ya casi sin aliento:

—¡Oh! ¡perdonadme.... perdonadme.... en nombre de vuestro señor el emperador Fernando.... perdonadme, conde de Brademburgo!

—Os perdono, le dije solemnemente.

Y entonces el arrepentido caballero me contó en breves palabras que sus celos le habían arrastrado á matar á Doña Leonor, y que pensaba haber hecho lo mismo con vos; pero compadecido de vuestra inocencia y tierna edad, os depositó en el convento de San Francisco el Grande de Madrid, con una carta para el Reverendo Prior, en la que le decia que os bautizara poniéndoos los nombres de Fernando, Carlos, Isidoro, un anillo que pertenecía á vuestro padre y un bolsillo para vuestra educacion y adelantamiento.

Como debeis suponer, inmediatamente puse en conocimiento del emperador vuestro hermano cuanto el duque de Alcudia me habia referido, é inmediatamente me envió á Madrid con plenos poderes para el rey D. Felipe.

Es inútil deciros que el duque de Alcudia murió ántes de mi salida de Francfort, arrepentido de su crimen.

Llegué á España hace un mes, y después de innumerables pesquisas y de haberme informado de los religiosos de San Francisco, os encontré cuando la justicia del rey iba á caer sobre vuestra cabeza.

No necesito deciros que D. Felipe, apenas supo que érais hijo de su tío, corrió él mismo á ponerlos en libertad.

Yo, señor, al veros, no me quedó la menor duda que

erais el hijo de mi angusto primo D. Fernando, pues además de tener el distintivo de todos los príncipes de la casa de Austria, que es el labio inferior algo caído y grueso, sois un retrato á vuestro padre. El rey D. Felipe halla en vos esa misma semejanza, y por eso no ha tenido el menor inconveniente en reconoceros como pariente suyo, mucho más despues de haber visto el anillo que os pertenecia con las armas de la casa de Austria, y la carta y fé de bautismo que, referente á vos, entregó el duque de Alcudia al prior de San Francisco, cuando os abandonó en las gradas del convento, cuyos papeles han sido encontrados entre los de la princesa de Eboli, sin que hasta ahora hayamos podido saber cómo llegaron á sus manos.

—¡Ah! muy fácilmente, señor, exclamó Blanca. Esos papeles los conservaba yo en mi poder y me fueron arrebatados por una infiel camarera, vendida á los enemigos de mi esposo.

—Sí, añadió el antiguo pirata. Cuando sepais mi rara y terrible historia, que más bien parece un cuento, os enterareis de todos esos detalles, que ahora no podeis explicaros.

—Es verdad, prosiguió el duque de Brademburgo. Pero ahora, señor, permitidme concluir dándoos un consejo. Hasta aquí habeis llevado una vida indigna de un príncipe. Sé que vuestra noble esposa os ha redimido, sacándoos del mal y librándoos del precipicio que os habíais abierto á vuestros piés; pero vais á mandar sobre un reino rico y floreciente, y acordaos siempre que si las faltas de los hombres particulares pocas veces traspasan la época en que viven, los delitos de los reyes pasan á la posteridad por la severa voz de la historia.

—Mi noble primo, contestó con régio ademan Fernando, mi historia no puede ser más rara y extraña. A ella son debidas mis faltas anteriores, que os juro hacer olvidar con dignos y heroicos hechos. La compañera de mi vida, que debo á Dios, me ayudará con sus dulces y juiciosos consejos; y si no dejo en la historia un nombre tan brillante como el de mi augusto tío el emperador Cárlos V, no será tan bajo é indigno como el de Enrique IV el Impotente.

Varias cartas

Vamos á concluir la primera parte de este libro con tres ó cuatro cartas, que nos harán de entender á nuestros lectores del resultado de todos los sucesos que hemos incluido en ella.

Hecho así, desearíamos para continuar nuestro trabajo, el cual le falta todavía bastante, pues supongamos que nuestros lectores han de hacer vivamente conocer el fin de todos los personajes con quienes han hecho conocimiento. Dicho esto por vía de advertencia, vean aquí las citadas

cartas:

CARTA PRIMERA

DE BLANCA Á SU PADRE D. JUAN DE LANUZA

Mi querido padre y respetable señor: Empleo esta ocasión pidiéndole perdón por no haberle escrito en tanto tiempo, y sobre todo por haber dado mi mano de esposa á D. Fernando de Nápoles, hoy por su buena estrella y la misericordia de Dios, hermano de S. M. I. Roberto II.

CAPÍTULO XIII.

Varias cartas.

Vamos á concluir la primera parte de este libro con tres ó cuatro cartas, que acabarán de enterar á nuestros lectores del resultado de todos los sucesos que hemos incluido en ella.

Hecho así, descansaremos para continuar nuestro trabajo, al cual le falta todavía bastante, pues suponemos que nuestros lectores han de desear vivamente conocer el fin de todos los personajes con quienes han hecho conocimiento.

Dicho esto por vía de advertencia, vean aquí las citadas cartas:

CARTA PRIMERA.

DE BLANCA Á SU PADRE D. JUAN DE LANUZA.

«Mi querido padre y respetable señor: Empiezo esta
»carta pidiéndoos perdon por no haberos escrito en tanto
»tiempo, y sobre todo por haber dado mi mano de esposa á
»D. Fernando de Nápoles, hoy por su buena estrella y la
»misericordia de Dios, hermano de S. M. I. Rodulfo II, y

»rey electo de Hungría y de Bohemia, á cuya capital nos
»encaminamos para la celebracion de las ceremonias oficia-
»les de la coronacion y jura de mi esposo.

»Ya sabeis, padre y señor, por mi querido Juan, las raras
»aventuras de nuestro encuentro con el Corsario Negro y mi
»amor hácia ese hombre tan extraño, bueno y noble en
»medio de su infamante profesion. Ya sabeis tambien la
»historia del Corsario Negro y las causas que le impelieron
»á rebelarse contra su rey y señor levantando bandera ene-
»miga y persiguiendo á los soldados de Felipe II para ven-
»garse de él. Tambien sabeis el triunfo que mis reflexiones
»consiguieron sobre el ánimo del Corsario, y la promesa
»que me dió, bien pronto cumplida, de abandonar su mal
»camino y conquistarse un nombre honrado en los campos
»de batalla, purificando con su sangre, derramada en defen-
»sa de la fé del Crucificado, todos sus pasados crímenes y
»atropellos.

»Pues bien, mi querido padre; mi alma, impresionable
»y entusiasta, no pudo permanecer indiferente á los atrac-
»tivos de aquel hombre misterioso, que en verdad tenia más
»de caballero que de bandido, y no ignorais cuánto le amé,
»si bien no le dí esperanzas hasta que me convencí de su
»profundo y verdadero arrepentimiento.

»Cuando esto se verificó; cuando ya no pudo caberme
»duda que Fernando de Nápoles (nombre que el mismo
»Santo Padre le concedió al absolverle de sus pasados extra-
»víos) tenia en sus venas la sangre de los héroes, le ofrecí
»solemnemente mi amor, pero sin ocultarle que era preciso
»solicitar y conseguir vuestro permiso y beneplácito.

»Pero una intriga odiosa, debida al odio que le profesa-

»ba el rey D. Felipe II, le llevó engañado á Madrid, donde
 »fué preso, juzgado y sentenciado á muerte, sin que pudie-
 »ran servirle ni los méritos contraídos en defensa de la re-
 »ligion católica al lado del duque de Guisa, ni la influen-
 »cia del rey de Francia, ni la del mismo Padre Santo. El
 »desgraciado iba, pues, á morir, y á morir cuando la mise-
 »ricordia de Dios le habia hecho comprender la dicha de la
 »virtud iluminando su alma con los más puros resplande-
 »dores.

»Emperó Fernando se resignó con su suerte; y yo, que
 »le amaba; yo, que veia acercarse poco á poco el momento
 »terrible; yo, que en vano habia recurrido, implorando su
 »perdon, á la princesa de Eboli, á Antonio Perez, á la reina,
 »al mismo monarca, y nada habia conseguido; yo, que le
 »veia próximo á caer en el abismo de la duda y renegar de
 »Dios; yo, que le amaba tanto, perdon, padre mio, me case
 »con él para endulzar sus últimos momentos, para darle al-
 »gunos dias de felicidad, para concluir mi obra de reden-
 »cion, sacrificando mi vida entera en aras de la pasión que
 »aquel desgraciado habia hecho nacer en mi seno.

»Algun dia, muy próximo en verdad, os referiré con
 »todos sus detalles mi enlace y las causas que le motiva-
 »ron, y ruégos, padre y señor, que hasta entónces no juz-
 »gueis mi conducta con una severidad que me parece no
 »haber merecido.

»Verificóse mi matrimonio en la misma capilla, casán-
 »donos el sacerdote que la religion habia dado al preso para
 »auxiliarle en aquellos dias de prueba, y fueron testigos el
 »carcelero y su mujer. Nada, pues, falta á mi enlace
 »mas que vuestra bendicion, que humildemente os pido y

»que no dudo me enviareis en cuanto leais esta carta.
 «Ahora bien, señor; el mismo día de ser sacado de la
 »prision para colocarle en la capilla, es decir, tres dias antes
 »de su muerte, cuando creíamos que todo habia concluido,
 »la divina Providencia con su bondad y justicia dispuso
 »las cosas de otro modo, y en sus inexcusables juicios
 »habia mandado á la muerte que se alejara. Aquel día,
 »señor, el rey D. Felipe II entró en la prision de D. Fernan-
 »do, donde yo me hallaba, acompañado de un anciano ex-
 »tranjero. El rey dijo á mi esposo que estaba libre. ¡libre!
 »Juzgad, padre mio, nuestra sorpresa, ¡libre cuando iba á
 »subir al cadalso! No me olvidéis el que escapó de la prision.
 «Felipe II dijo á mi esposo que el caballero que le acom-
 »pañaba era el duque de Brademburgo, favorito del empera-
 »dor de Alemania Rodolfo II, y manifestó á mi esposo abra-
 »zándole, que estaba libre, porque era primo suyo é hijo na-
 »tural de su tío D. Fernando, habido en una dama españo-
 »la llamada Doña Inés de Haro. El caballero que acompa-
 »ñaba á S. M. ratificó todo lo que acababa de decir, y nos
 »refirió el por qué mi esposo habia sido abandonado por su
 »ilustre padre, y el por qué siendo hijo de emperadores y
 »descendiente de reyes, habia vivido oscuro, sin nombre y
 »casi sin fortuna.

«Duélonme, señor, no poder referiros ahora la peregrina,
 »á la par que triste historia del nacimiento de Fernando,
 »pero ya os la contaré algun dia, y entonces vereis cuán
 »grande es la misericordia de Dios para los que de veras le
 »respetan y aman.

«Ahora bien, padre mio, mi mayor deseo era el haber
 »corrido á vuestros brazos, pero la desgracia, que ya sabreis,

»acaecida á mi madre, vuestra noble esposa, me obliga á
»volar á su lado, debiendo, en cuanto alcance su bendicion
»materna, partir á Buda con mi esposo. Hechas que sean las
»ceremonias de la coronacion, nos apresuraremos mi esposo
»y yo á volar á vuestros brazos, si es que vos no podeis
»dejar por un par de meses el gobierno de Aragon, que con
»tanto aplauso y gloria de mi familia desempeñais.

»Hoy mismo salimos de Madrid. D. Felipe II, para ocul-
»tar que su primo D. Fernando de Austria es el tan cono-
»cido Corsario Negro que habia sentenciado á morir estran-
»gulado por mano del verdugo, ha hecho correr la voz que
»se le habia escapado de la prision en compañía de su car-
»celero, el cual con su mujer han sido alejados de Madrid
»con una buena suma para que guarden el secreto y sean
»felices el resto de su vida.

»La añagaza del rey ha sido creida por el vulgo, y en
»este momento que os escribo, en la embajada alemana oigo
»las voces del populacho, que murmura en contra del Corsa-
»rio Negro, cuya astucia le ha quitado el placer de verle
»morir en la plaza. No necesito deciros que mi esposo no
»inspira sospechas, y que nadie, absolutamente nadie, ha
»imaginado ni cree que D. Fernando de Austria sea el an-
»tiguo Corsario Negro.

»¡Bendita sea la misericordia de Dios, que de tal modo
»deja brillar su justicia!

»Adios, padre mio, perdonadme y bendecid mi matri-
»monio, única circunstancia para ser dichosa. No demoreis
»esta satisfaccion á vuestra hija, que os respeta y os ama.

Blanca de Lanuza.»

CARTA SEGUNDA.

DE D. FELIPE II Á FERNANDO.

«Mi querido primo D. Fernando: Como deseais, todo está
»ya arreglado para vuestra marcha y nombrada la escasa
»servidumbre que necesitareis en el camino.

«Duélome no poder daros un último abrazo por esta mal-
»dita gota que ha empezado á molestarme y porque los ne-
»gocios del reino me traen siempre á mal llevar. Recibid,
»sin embargo, en esta carta que os envío particularmente
»con mi servidor Santoyo, mi bendicion y mi enhorabuena,
»y quiera S. D. M. conduciros con bien á vuestra nueva
»patria y daros en vuestro futuro *gobierno* el acierto
»que necesitais. Quiera su divina clemencia iluminar siem-
»pre vuestro corazon y vuestra razon, ésta para que no os
»aparteis de la justicia, y aquel para que ameis como fiel
»súbdito é hijo del Papa la católica religion en que habeis
»nacido, para que nunca os dejeis arrastrar al infierno por
»las nuevas heregias, y fundeis en el corazon de esa Ale-
»mania, en donde vais á mandar, un sólido baluarte de la
»fé católica, tan combatida en aquellos pueblos por los im-
»pios calvinistas.

«Dad un abrazo en mi nombre á vuestra noble y bella
»esposa Doña Blanca de Lanuza, cuya belleza corre á la par
»de su virtud, y decidla que mi justicia la ha vengado de
»sus enemigos; pues la princesa de Eboli Doña Ana de Men-
»doza, vivirá el tiempo que Dios la dé de vida en la for-
»taleza de Pinto; el señor Antonio Perez, preso en su casa
»por ahora, y el duque de Alba, á pesar de todo su vali-

»miento, le he desterrado tambien á sus posesiones de Andalucía.

»Recib d, primo mío, mi bendicion, y dadme parte de
»vuestra llegada   Francfort, haciendo presente   vuestro
»hermano; mi primo, mis deseos por su prosperidad y
»gloria.

Vuestro, Felipe, rey de España.»

CARTA TERCERA.

DE MARÍA   BLANCA.

«(Convento de Ursulinas de Madrid.)»

»Mi buena señora: Con el alma transida de pena y la

»conciencia levantada, os pido humildemente perdon por la

»traicion tan inicua con que he pagado vuestras bondades.

»Quisi rame haber muerto antes de cometerla, pero di oídos
»al espíritu maligno, y pequ , mi buena señora, pequ .

»Perdonadme, sois buena y no querreis hacerm  sufrir el

»peso de vuestro resentimiento, porque estoy arrepentida

»sinceramente, y el reverendo padre, rector de esta santa

»casa, me ha dicho que si no me perdonais, Dios no me per-

»donar  tampoco.

»Yo no sabía, es verdad, que tanto daño podía haceros

»entregando   vuestros enemigos las cartas que pose ais del
»Corsario Negro y del señor Antonio Perez, y no sabía tam-

»mia, pretextando que, después de daros con ella una broma
 »inocente, me las devolverian intactas; y para conseguirlo,
 »fingió amarme un escudero del duque de Alba, á quien yo
 »¡pobre de mí! di oídos y creí en sus falsas protestas.
 »«Le amé, mi buena señora, y cuando ya el miserable
 »conoció que yo no podia negarle nada, cuando comprendió
 »que le amaba más que á mi vida, díjome que si le entre-
 »gaba vuestras cartas, su amo, el señor duque, nos protege-
 »ría, y que si no, no podia casarse conmigo, porque eran
 »aquellas cartas el precio que el duque ponía á su consenti-
 »miento.

»Loca, trastornada, di oídos y crédito á sus protestas, mi
 »amor me cegó, olvidé ingratamente todos vuestros bene-
 »ficios, olvidé tambien que debia la vida al Corsario Negro,
 »y robándoos las susodichas cartas, di con ellas, al entregar-
 »selas á mi falso amante, eterna sepultura á vuestra felici-
 »dad y á mi reposo. ¡Justo castigo de Dios!
 »«Cuando supe todo el daño que habia hecho, la desespera-
 »cion se apoderó de mí. Reconcí lo enorme de mi falta
 »y lo estéril del sacrificio, pues mi amante me despreció
 »burlándose indignamente, y loca de dolor y de ira me pre-
 »senté al señor rey D. Felipe II. y le descubrí, para vengar-
 »me de vuestros enemigos, las relaciones que existian entre
 »el señor Antonio Perez y la princesa.

»«¡Ah! señora... el rey se puso tan irritado al saberlo,
 »que creí iba á mandarme descuartizar; pero admitió mis
 »pruebas, y convencido de la falsedad de Doña Ana de Men-
 »doza, la mandó prender, juntamente con el señor Antonio
 »Perez. A juzgar por su cólera y lo severo de su justicia, es
 »muy posible que esas dos personas, cómplices y fautores de

»mi delito, no vuelvan á ver la luz del sol, á pesar de sus riquezas y de su elevada alcurnia.

»Mi venganza estaba satisfecha, pero habia descubierto al rey que yo sabia sus amores con la princesa de Eboli, y me condenó á vivir en un convento, siendo trasladada desde el palacio á éste.

»La pena no es equivalente al delito, porque yo, dolorida y angustiada, ya habia resuelto retirarme á un cláustro para expiar en la soledad mi indigno proceder; pero yo os prometo, mi buena señora, expiar mi delito castigándome yo misma, á fin de alcanzar de Dios el perdon que hoy me parece necesario para mi tranquilidad.

»Dadme tambien el vuestro, señora; y si aun es tiempo, si la inflexible sentencia no se ha cumplido y vive todavia vuestro amante, suplicadle que me le envíe tambien y me perdone su muerte.

»¡Oh! ¡qué horrible es haber causado la muerte de una persona, y de una persona que ningun daño me ha hecho!

»Aliviad con vuestro perdon la pesadumbre de mi conciencia, y rogad por esta infeliz, que morirá en el cláustro olvidada de todos, rogando á Dios por vuestra dicha y la dicha de vuestra querida familia.

Maria.»

P. D. ¡Bendito sea el poder de Dios! A última hora he sabido que el Corsario Negro ha logrado escaparse de la cárcel. Mi delito, pues, ya no causará su muerte, y tal vez dentro de algun tiempo seáis dichosa á su lado.

»Bendita sea su clemencia!

Maria.»

CARTA CUARTA.

DE LA PRINCESA DE ÉBOLI Á ANTONIO PEREZ.

«(Pinto.)

«Señor Pérez: Os envío esta carta con Luisa, la única
 »camarera de confianza que el rigor del rey ha permitido
 »que me acompañe. No sé cuál será vuestra suerte ni cuál
 »será la mía, pues demasiado conoceis á Felipe II. Es muy
 »posible que se olvide de nosotros y nos pudramos en nues-
 »tros respectivos encierros, si bien en vuestra cárcel no os
 »faltarán los cuidados de vuestra familia.

«El rey se muestra conmigo más cruel que con vos, sin
 »duda porque me cree más culpable, y no ha permitido á
 »mis parientes que vengan á verme, contentándose con
 »decirles que me ha conducido aquí en castigo *de la in-*
 »*fluencia que ejercia sobre vos para que no os reconciliáseis*
 »*con Mateo Vazquez* (1), ese subalterno vuestro que ha to-
 »mado á su cargo vengar la muerte de Escobedo, no siendo
 »ni su pariente, ni aún siquiera su amigo. ¡Ah! siempre
 »este malhadado asunto de Escobedo saliendo á la superficie
 »como los cuerpos en descomposicion de los que mueren
 »ahogados. Preveo que os va á traer muchas desgracias ese
 »proceso, porque se me figura que Felipe II busca en él el
 »pretexto para vengarse de vos, dando á su venganza el co-
 »lorido de una severa justicia. Ya habeis visto las alternati-
 »vas que ha tenido ese asunto hace un año; todo en él es

(1) Histórico.

»anómalo, irregular é incomprendible, y no me extrañará
»¡Dios os libre de ello! que mañana ú otro dia os lleven á
»un castillo, ú os entreguen á la Inquisicion para que sufraís
»un castigo muy terrible.

»Amigo mio, nuestra caida es ya irreparable.... Dícen-
»me que el rey ha mandado recoger vuestros papeles, y si
»ha visto entre ellos algunos que vuestra imprevision puede
»haber dejado, ni vos ni yo volveremos á gozar de nuestra
»libertad.

»¡Qué irrisión de la suerte! ¡qué cambio tan horrible!

»Conozco el carácter del rey, y me temo que no nos per-
»done nunca. Me temo que haya sabido *lo que jamás debió*
»*saber*, y me figuro que la delacion ha partido de la cama-
»rera de Doña Blanca de Lanuza, que creyéndola muy adic-
»ta á nuestras personas coloqué conmigo, y vos quisisteis
»que fuera la guardiana de vuestra hermana. ¡Ah! si mis
»sospechas son ciertas, que Dios nos salve, porque Felipe II
»se ha de vengar de nosotros horriblemente.

»Trabajad, amigo mio, por vos y por mí, más por vos,
»porque vuestra causa es peor que la mia, y no olvideis en
»su desgracia á quien de veras os profesa una amistad leal.

Ana de Mendoza.»

CARTA QUINTA.

DE ROQUE AL DUQUE DE ALBA.

«(Fuente de Cantos.)

»Mi muy poderoso y noble señor y amo: Hoy he tomado
»posesion del cargo con que V. E. se ha servido honrarme

»en gracia del último servicio que presté á V. E. en el
»asunto del Corsario Negro.

»Rendido humildemente á vuestros piés, os doy gracias
»por vuestras mercedes, y huélgome mucho al considerar
»que V. E. me áprecia en lo que valgo, pues no ha sufrido
»equivocacion al creerme muy capaz de administrar esta
»vuestra bella posesion de Extremadura.

»Siguiendo los gustos de V. E., ocúpome muy poco de
»mujeres, y habiéndome desembarazado de mi cómplice
»María, difícilillo será que ninguna otra vuelva á oirme
»una frase de amor.

»He sabido con sentimiento que S. M. ha desterrado á
»V. E. despues de mi salida de Madrid, y por este pueblo
»se hallan los ánimos levantados contra la injusticia del
»rey con V. E.; y aunque supongo que la causa sea el asun-
»to del Corsario, por las desazones que ha proporcionado á
»S. M., guárdome muy bien de decírselo á nadie.

»Creo, sin embargo, que valeis mucho, mi noble señor,
»para que el rey os conserve por mucho tiempo léjos de su
»gracia; y si creéis que de algo puedo serviros, soy siempre
»vuestro criado, que humildemente os besa los piés.

Roque Cernuda.»

CARTA SEXTA.

DE JUAN DE LANUZA Á BLANCA.

«Mi querida hermana: Dios nos dé á todos resignacion
»y valor.

«Hé recibido tu triste y desconsoladora carta, y ya no
»hay remedio.... La venganza de Felipe II caerá sobre el
»noble D. Fernando de Nápoles, sin que nadie mas que Dios
»pueda evitarlo....

«Valor, hermana mia. Dios no quiere que seamos dicho-
»sos; y ahora que yo podia serlo con Constanza, pues ya
»hace dias que te escribió diciéndote que nuestro enlace se
»habia verificado, tengo el sentimiento de saber tu cruel
»destino, y el destino más horrible aún que aguarda al
»noble D. Fernando.

«¡Ah! ¡Dios lo quiere!

«Apénas recibimos tus cartas, nuestra madre se apresuró
»á emprender el viaje en nuestra compañía, con el fin de
»echarnos á los piés del rey y suplicarle concediera la vida
»á D. Fernando, pues ya la habia yo referido toda su histo-
»ria y tu amor por tan cumplido caballero; pero poco ántes
»de llegar á Avila volcó la silla de posta que nos conducia,
»y tanto nuestra madre como yo, hemos salido heridos del
»golpe.

«Esto nos impide correr á salvar á D. Fernando. Procu-
»ra alcanzar de Felipe II demoré la sentencia, y quizás todo
»podrá arreglarse todavia.

«La herida de nuestra madre no es grave, ni la mia
»tampoco, pero nos impide continuar la marcha.

«Ruega á Dios nos alivie pronto, y haz por conseguir lo
»que ántes te he dicho.

«Hoy escribo detalladamente á nuestro padre para que
»haga tambien todo lo posible por salvar al pobre D. Fer-
»nando.

«Enviale mis recuerdos, como asimismo los de Constan-

»za, y el cielo te dé la fortaleza y resignacion que falta te
»hace para sufrir tu suerte.

«Tuyo Juan»

«Mi querida hermana: ¡Loado sea Dios y alabado su

»poder!

»Hemos recibido tu carta, en que nos participas el inex-

»perado cambio que ha habido en tu suerte, y poco nos ha

»faltado para volvernos locos de contento.

»¿Conque D. Fernando de Nápoles es primo de Felipe II,

»hermano del emperador de Alemania y rey electo de

»Hungria y de Bohemia? ¿Conque la predicción de la gita-

»na se ha cumplido? ¿Vas á ser reina? ¡Ah! bien lo mere-

»ces, Blanca mia; digna eres de ceñir tu frente con una co-

»rona real y de emplear tu buen corazon y tu talento en

»beneficio de todo un pueblo.

»Solo amarga nuestra alegría el sentimiento de que vas

»á separarte de nuestro lado; pero este sentimiento no pue-

»de competir con nuestra dicha.

»¡Ah! ¡qué feliz serás unida ya á ese hombre tan noble

»y tan bueno que tanto quieres! ¡cuál no será tu satisfac-

»cion al ver que los sacrificios de tu vida han sido tan bien

»recompensados! ¡Oh! ¡seguramente que creerás soñar cuan-

»do compares tu situacion presente con la que tenias hace

»unos dias!

»¡Misterios impenetrables de Dios! ¿Quién podrá jamás

»comprenderlos hasta que se revelan, como ha sucedido
»ahora?

»Constanza goza con tu felicidad tanto como con la
»suya propia, y ella y nuestra madre te piden que no de-
»mores tu venida á ésta antes de partir para Buda, como
»nos dices, pues desea abrazarte y bendecirte á tí y á su
»nuevo hijo. Ven pronto. Yo ya estoy bueno y saldré á es-
»perarte con Constanza dos ó tres leguas fuera de la pobla-
»cion para recibirte dignamente como la reina de Hungría
»y de Bohemia. Nuestra madre, aunque ya fuera de todo
»peligro, se encuentra todavía en su lecho, y por eso no po-
»demos ir á Madrid á buscarte y á dar las gracias á Feli-
»pe II, que tan bien se ha portado con su nuevo pariente.

»He tenido un sentimiento al saber la prision de Anto-
»nio Perez y la princesa de Eboli, pues por mucho que cono-
»zca los abusos que han cometido, son mis semejantes. Cons-
»tanza, como puedes suponer, ha llorado por su hermano;
»pero he tratado de convencerla que su prision no durará
»mucho, y que cuando vayamos á Madrid hablaremos al rey
»en favor de Antonio.

»Ven pronto, querida Blanca, te esperamos con los bra-
»zos abiertos, como igualmente á tu noble esposo el héroe
»de Rodas.

»Tuyo

Juan.»

CARTA OCTAVA.

DE BLANCA Á SU FAMILIA.

«(Buda.)

»Mis queridísimos padres y hermanos: En este momento
»volvemos mi esposo y yo de la catedral, donde ha sido co-
»ronado solemnemente como rey de Hungría y de Bohemia.

»Un correo particular os llevará ésta, mis amados
»padres y hermanos, apresurándome á comunicaros tan
»fausta nueva en un momento que tengo libre, pues hoy es
»un dia completísimo de fiesta, y dentro de media hora es
»la recepcion oficial, á la que asistirá toda la nobleza de los
»dos reinos unidos, y despues los pobres, que segun costum-
»bre en la coronacion de los reyes, tienen derecho á recibir
»de la propia mano del rey cierta limosna, en recuerdo de
»la célebre santa y reina de Hungría Isabel.

»Quisiera que hubiéseis estado todos aquí, para que par-
»ticipárais de nuestra felicidad y alegría, ó al ménos pode-
»ros enviar una descripcion exacta de las ceremonias y re-
»gocijos públicos; pero no siendo esto posible por hoy, me
»limitaré á pedir os otra vez, mis buenos y queridos padres,
»la bendicion que ya me habeis concedido solemnemente, y
»á vosotros, hermanos míos, vuestras oraciones para que sea
»feliz y pueda siempre aconsejar á mi esposo lo más acerta-
»do y prudente para su gloria y la felicidad de sus pueblos

»Todas las calles de la poblacion están colgadas de tapi-
»ces y sedas ricas, y los gallardetes y guirnaldas de flores

»se mecen al viento por do quiera. Las músicas entonan al
»aire sus armonías, y los pifanos y demás instrumentos
»guerreros contribuyen con sus bélicos sonidos á que la
»alegría sea general. Toda la poblacion baila y rie, y hasta
»los mismos hebreos, de los cuales hay aquí un gran núme-
»ro, atentos sin duda á congraciarse con su nuevo soberano,
»han formado sus extrañas danzas y contribuyen á la alegría
»general.

»El palacio de Buda parece todo él de oro, segun el
»lujo con que está decorado y los mil y mil uniformes y
»trajes bordados de oro de los cortesanos y títulos del impe-
»rio que han venido con el mismo emperador Rodulfo II á
»honrar la ceremonia y á rendir pleito homenaje á su nuevo
»rey.

»Por mi parte puedo deciros que Fernando ha causado
»en sus pueblos una impresion muy favorable, y que todos
»se prometen muchas dichas bajo su dominacion.

»Quiera el cielo que sea así, y que yo, feliz con mi espo-
»so, le vea caminar siempre hacia la gloria que él aspira
»y que yo tanto deseo.

»Adios, mis buenos y queridos padres y hermanos. La
»hora de la recepcion se acerca y no puedo extenderme más.»

»No olvideis á vuestra hija

Blanca.»

Y aquí terminamos esta coleccion epistolar para descansar por algunas horas y proseguir nuestra narracion.

PARTE SEGUNDA.

LOS FUEROS DE ARAGON.

LIBRO PRIMERO.

EL MARQUÉS DE LOS VELEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Antiguos amigos.

Empezaba el año de 1590, es decir, que hacía próximamente once años que habian tenido lugar los sucesos ya referidos en nuestra primera parte.

A un cuarto de legua de Zaragoza existia por aquella época una magnífica posesion campestre, cerrada por una verja de hierro y formada por un extenso y frondoso jardin y un palacio soberbio y elegante.

Esta casa, que llamaba la atencion de todos los que iban por primera vez á Zaragoza, pertenecía á D. Juan de Lanuza, Justicia mayor de Aragon, y era por los años que hemos citado anteriormente, residencia del hijo del Justi-

cia, bien conocido de nuestros lectores, y de la esposa de éste Constanza Perez.

Esta casa no existe hoy, pues fué derribada por disposicion de Felipe II, segun diremos más adelante, y en su lugar el viajero puede contemplar ahora una ermita cuyo nombre no recordamos, y fundada dos siglos despues por uno de los descendientes de D. Martin de Lanuza, baron de Biescas, hermano del Justicia mayor.

Todo cuanto el lujo de aquella época habia inventado, se hallaba en aquel magnífico edificio, pues sus grandes y extensos salones, sus galerias enristaladas, sus patios, sus caballerizas, sus almacenes, todo se hallaba construido y decorado con el mayor gusto y esplendor.

Es verdad que D. Juan de Lanuza era muy rico, y no lo era ménos su esposa Doña Catalina de Urrea, y fácil es de presumir que su hijo Juan, á quien tanto querian, ocupase una de las mejores fincas que poseia el noble aragonés.

Ahora bien; ya que nos hemos enterado del lugar de la escena, introduzcámonos en el interior del magnífico alcázar, hasta llegar á uno de sus más lindos salones.

En él se veia á una dama, que podria tener unos veintisiete años, alta, bastante gruesa y de una belleza impresionable y seductora, vestida de terciopelo verde y encajes negros, que, sentada en un alto sillón, acariciaba y jugaba con dos preciosos y angelicales niños.

El mayor podria tener unos seis años, y nada más seductor que su linda cabeza, orgullosamente levantada, sus ojos negros y altivos, y todos sus movimientos, que si bien revelaban su inocencia, traducian tambien perfectamente

la entereza de carácter y severa dignidad que habia heredado de su padre.

La niña, pues la otra criatura era una niña, tenia dos años ménos, y era un verdadero angelito de ojos azules, de cutis sonrosado, de cabellos de oro, siempre sonriendo, siempre contenta y siempre feliz.

Enfrente de este grupo encantador veíase á una jóven de unos diecisiete años de edad, bordando en una labor de tapicería, y tan abstraída con su trabajo, que ni levantaba la vista de él, ni siquiera movia sus ojos. Esta jóven se llamaba Violante, y era huérfana, ó por mejor decir, no tenia padres conocidos, habiendo pasado su juventud en el convento de las Huelgas de Búrgos, del cual la habia sacado, hacía diez años, la caridad y el afecto de la otra dama.

Esta dama era Constanza, hermana del desgraciado Antonio Perez, ya dichosa y feliz al lado de su esposo Juan de Lanuza, y aquellos dos niños hijos suyos, llamándose el varon Juan, como su padre y abuelo, y la niña Blanca.

Violante habia recibido de sus padres adoptivos todos los cuidados imaginables, y á su vez los queria con todo su corazon. Su carácter era dulce y sufrido y su abnegacion ilimitada. Jamás pensaba en sí misma, y frecuentemente daba á los pobres hasta sus mismos vestidos, lo cual la habia creado por todos aquellos contornos una aureola de benedicion que se extendia por algunas leguas.

Como todas las naturalezas delicadas y espíritus soñadores, Violante era susceptible de un modo inaudito, y teniendo siempre en su memoria la oscuridad de su nacimiento, encontraba en cualquiera frase un insulto á su dolor, y

entonces se erguia altiva y coloraban sus mejillas los encendidos rayos de la cólera. Esta predisposicion á enojarse, que indicaba un corazon nada vulgar, la hacian aparecer orgullosa y algunas veces imprudente; pero bien pronto se arrepentia, y una lágrima suya desarmaba al más irritado de sus censores.

Constanza Perez habia procurado muchas veces corregir aquella susceptibilidad, que podia confundirse con un defecto; pero todos sus consejos fueron inútiles, porque la niña, que en todo la respetaba ciegamente, por más esfuerzos que hacia ella misma para corregirse, olvidábase á lo mejor y dejaba estallar el grito de su orgullo.

No obstante la oscuridad y misterio de su nacimiento, misterio y oscuridad que en aquella época era imperdonable, gracias á la angelical belleza de la niña y á la proteccion y afecto que la dispensaban el futuro Justicia de Aragon y su esposa, algunos caballeros é hijos-dalgos de Aragon habian solicitado su mano, pero Violante los habia rechazado á todos, porque su puro corazon no habia amado todavía, y separarse de sus padres adoptivos le parecia la mayor de las desgracias.

Tres ó cuatro dias ántes del en que la presentamos á nuestros lectores, la hermosa niña habia negado su amor y su mano á D. Martin de Lanuza, baron de Biescas, tio de Juan, como hermano de su padre el Justicia mayor, y fácil es suponer que esta negativa que ofendió al pretendiente, disgustó tambien á la familia Lanuza, pues era una especie de desprecio hecho á uno de sus principales individuos.

Por este motivo, Violante permanecia seria y silenciosa, bordando en su tapicería, sin atreverse á mirar á Constan-

za, por temor de hallar en su rostro las huellas todavía del disgusto que su conducta la había causado.

Silenciosas continuaron las dos damas por espacio de algún tiempo, hasta que el reloj del palacio dió la una.

Al oír el sonido metálico de la campana, la esposa de Lanuza levantó la cabeza y miró á Violante, pero Violante continuó impassible su trabajo.

—¡La una ya! exclamó la primera algún tanto alarmada; ¡la una y mi esposo sin venir!... ¿qué le habrá sucedido, Violante?

—Nada, señora, repuso la jóven sin levantar la vista de su labor.

—¿Nada dices, y sabes que jamás le gusta hacernos esperar para comer? ¡Ah! prosiguió con cierta dureza, eres una ingrata, Violante; Juan te quiere como un padre cariñoso, y porque ayer te ha dirigido algunos graves consejos que no han sido de tu gusto, hoy no te acuerdas de él ni te alarma su tardanza, sabiendo como yo que nunca ha tardado tanto.

La jóven dejó de bordar, y dos gruesas lágrimas humedecieron sus ojos.

—¿Ahora lloras? prosiguió Constanza; ¿y á qué ese llanto? ¿por ventura te he dicho alguna ofensa?

—Madre mia, repuso el niño abrazando á su madre, no regañes á mi hermana, que si llora es porque siente tu reprehension; ¿no es verdad, Violante?

Y el niño, saltando de las rodillas de su madre, se abrazó al cuello de su hermana adoptiva.

Violante le abrazó y besó con delirante anhelo.

Constanza se sintió desarmada.

—Vamos, vamos, rapaz, dijo á su hijo afectuosamente,

¿quién te ha dicho que yo he reprendido á Violante, cuando sabes que la quiero tanto?

—¡Oh! ¡madre mia, repuso la jóven sollozando, soy muy desgraciada!

—¡Desgraciada tú! no ofendas á Dios. ¿Qué te falta á nuestro lado?

—¡Oh! ya os cansais de tenerme....

—¡Qué dices!

—Ya os fastidio sin duda ninguna, cuando tanto deseais que me case, y....

—¡Niña! exclamó la esposa de Lanuza severamente, no tienes padres ni nombre conocido, y un esposo te le dará. Por mucho que te queramos, más te amaria D. Martin de Lanuza, que no es por cierto tan anciano para que le hayas rechazado como lo has hecho.

—¿Pero si no le amo, señora?

—Ya lo sé, pero tampoco le aborreces.

—¡Ah! ciertamente que nó.

—Pues bien, no aborreciéndole, no era tan grande el sacrificio. Pero en fin, hija mia, no hablemos más de esto.

—¡Oh! me estais atormentando....

—¿Qué dices, niña?

—Me estais recordando lo que yo quisiera olvidar por completo.... mi oscuro é ignorado origen.

—Es cierto, pero este recuerdo no puede ni debe ofenderte en mí.

—Señora....

—Nó, prosiguió Constanza con entereza; eres para nosotros como una hija, nada te falta; sólo deseamos tu felicidad, y no te violentamos más que en aquello que, segun

nuestra experiencia, creemos que te perjudica. Y si no, Violante, sé franca conmigo. Si amas á algun caballero y temes no ser correspondida por tu desgraciada situación, confíesamelo, y te prometo hablar á Juan para que vea qué se puede hacer. ¿Amas á alguno?

—Nó, señora.

—¿De veras?

—Os lo juro, mi querida madre.

—Pues entónces no llores, que todos te queremos mucho, y.... ¿no es verdad, Juanito, que quieres mucho á tu hermana mayor?

—Mucho.... tanto como á Blanca, contestó el niño abrazando á Violante.

—Ya lo ves, prosiguió Constanza sonriendo y acariciando al *rapaz*, como le llamaba; todos te quieren aquí, y tú murmuras algunas veces. Eso no es justo, hija mia.

—Señora....

—Todo ha concluido; dame un beso y.... en paz.

Y la buena Constanza abrazó á Violante, que, desarmada, se sonrió, besando á su vez á los dos niños.

Despues de estas palabras hubo un momento de silencio.

Constanza fué quien le rompió.

—¡Oh! ¡Dios mio! indudablemente algo ha sucedido á Juan.... Hora y media ya de retraso.... ¿si habrá recibido alguna otra carta de mi hermano, que haya hecho necesario abrir el Consejo del Justicia?

Violante se levantó.

—¿Quereis, mi querida madre, que le pregunte á García si sabe alguna cosa?

—Ves, si, si; el paje de órdenes de mi esposo quizás sepa algo.

Violante salió, y volvió á los pocos momentos.

—¿Qué hay? preguntó Constanza anhelante.

—D. García me ha dicho que ignora si en el palacio del Justicia mayor se ha recibido algun pliego, pero que acaba de llegar á la Aljafería un enviado extraordinario del rey.

—¡Del rey! dijo Constanza alarmada; ¿qué buscará en Zaragoza el señor D. Felipe II?

—Acaso los asuntos de vuestro hermano, objetó la jóven con timidez.

—Tienes razon, repuso la esposa de Lanuza, pero entonces me alarmo mucho más.

—¿Y por qué, madre mia?

—¿No sabes que Antonio Perez pretende acogerse al Justicia mayor de Aragon, implorando como aragonés el derecho de la manifestacion?

—Sí, señora.

—¿Y que al rey no le conviene ni puede consentir de buen grado que mi hermano consiga ese derecho?

—Sí, señora.

—Pues entónces ¿cómo te extraña mi temor? ¡Ah! hija mia.... tú no sabes quién es Felipe II.

—¿Tan malo es, señora?

—¡Oh! calla, calla, prosiguió la esposa de Lanuza, cada vez más alarmada; tú no entiendes estas cosas, y Dios te libre de que algun dia tengas que conocer y rogar á Felipe II. ¡Ah! rey incomprensible y funesto.... misterio vivo que ninguno de sus más fieles servidores ha llegado á comprender.... rey gigante y hombre pigmeo, duro, rígido,

cruel, que jamás rie, que se altera muy pocas veces, que nunca ha vertido una lágrima, alma de hielo en un cuerpo de bronce. ¡Oh! calla, calla, tú no entiendes de estas cosas....

Constanza cerró los ojos por un momento, como si viese cruzar por el espacio la imagen del rey, que tanto temia, y se sentó en el sillón que habia ocupado, en tanto que Violante, asustada tambien, volvía á coger su labor murmurando: —¡Oh! ¡qué infame debe ser ese rey cuando mi madre le juzga así!

Los niños se pusieron á jugar.

No habian trascurrido diez minutos, cuando se oyó en uno de los patios un ruido como de hombres y caballos; iba Constanza á dirigirse á la galería, deseosa de saber la causa que lo motivaba, cuando la puerta de la sala se abrió, y apareció en su dintel Juan acompañado de otro caballero.

La esposa de Lanuza miró al desconocido por un momento, y despues alargó sus dos manos con la más afectuosa cordialidad.

—Caballero Fajardo, le dijo, ¿vos aquí.... en mi casa? —seáis bien venido.

El marqués de los Velez se inclinó.

—Dejadme que os vea ántes, mi hermosa señora, y luego os explicaré la causa de mi venida.... ¡Oh! prosiguió entusiasmado, siempre bella; Lanuza, debeis ser el hombre más feliz del mundo, y yo os felicito por ello. ¿Y son vuestros esos niños? prosiguió dirigiéndose á Constanza.

—Sí, marqués.

—Bellos.... muy bellos, exclamó suspirando; serán dignos herederos de vuestras virtudes, amigos míos.... ¡Oh! en este momento, yo que conozco todo el pasado, al veros aquí,

no puedo menos de creer en la bondad y justicia de Dios. Quiera el cielo apartar de vuestra querida familia las sombras de la desgracia. Sed siempre dichosos.

—Gracias, amigo mio, exclamó Lanuza sonriendo.

—Gracias, señor, exclamó Constanza conmovida.

D. Pedro Fajardo fué á sentarse, cuando reparó en la jóven huérfana.

—¡Ah! perdonad, señora, exclamó inclinándose con respeto; dispensadme.... no os habia visto.... ¿sois hermana de Doña Constanza? no lo sabía....

—¡Oh! nó, repuso la esposa de Lanuza; es una huérfana, hija nuestra por el afecto que la profesamos.

Violante se ruborizó y bajó los ojos.

El marqués volvió á inclinarse y se sentó.

D. Pedro Fajardo, á pesar de tener ya cincuenta años, continuaba siendo el noble y caballeresco marqués de los Velez, que ya conocen nuestros lectores; pues vestido con un lujo desusado, y dotado de una presencia distinguida, que realizaba sus maneras cortesanas y lo afectuoso de su lenguaje, sólo representaba cuarenta años, y no desdecía ciertamente su figura al lado de la de Juan.

Su pasado amor por Constanza habia desaparecido, pues el noble marqués, comprendiendo que nada podia esperar despues que supo el matrimonio de la mujer que tanto queria, procuró resignarse con su suerte, y lo consiguió. La resignacion trajo bien pronto el olvido, y ya no se acordaba de Constanza más que como de una hermana muy querida á quien deseaba ver y estrechar su mano, por lo que, al ser presentado á ella, habia experimentado una sensacion inexplicable de dicha.

En cuanto á Lanuza, sólo diremos de él que estaba más bello, más arrogante y más reflexivo. La vida tranquila y dichosa que llevaba con su familia, le habia hecho engruesar algun tanto, y compartiendo ya con su anciano padre los grandes asuntos del Justiciazgo de Aragon, habia adquirido su rostro esa sombra de vaga tristeza que aparece siempre en los hombres que se dedican á la administracion de justicia, fruto de un estudio y meditacion continua. Este aspecto daba á Lanuza una presencia tan distinguida, que se hacia amar apenas se dejaba ver, y justificando con sus actos lo digno que era de aquel afecto, habia adquirido en todo el reino de Aragon una popularidad que aventajaba con mucho á la de su padre.

Despues que el marqués se hubo sentado, Violante se atrevió á mirarle fijamente, y sus ojos expresaron la más cándida admiracion.

Con efecto, para la pobre criatura, que apenas conocia el mundo, y que no habia visto otro hombre más digno de ser querido que su padre adoptivo, la presencia distinguida del marqués, el lujo de su traje, lo caballeresco de sus movimientos, lo insinuante de su voz, parecieron á la jóven otras tantas maravillas, y sin saber por qué, se encontró subyugada por aquel desconocido, cuyo nombre ignoraba todavia. Instantáneamente su admiracion se reconcentró por un momento, y lanzó un suspiro tan involuntario, que la hizo sonrojarse.

¿Qué queria decir aquel suspiro?

Más adelante lo sabremos.

—¡Ah! marqués, marqués, exclamó Constanza, despues que D. Pedro y su esposo tomaron asiento y mandó á los niños al jardin, nunca olvidaré lo que hicisteis por mí y

vuestra conducta de entónces. Han trascurrido once años sin vernos, y no obstante, vuestro recuerdo no se ha apartado de mi memoria, porque expusisteis por salvarme algo más que vuestro corazon, expusisteis la vida. Hoy os veo en mi casa, y hoy es uno de los días más dichosos para mí.

—No es menor mi satisfacción, señora, exclamó D. Pedro algún tanto conmovido: os encuentro rodeada de una encantadora familia y demostrando en vuestro rostro que nada falta á vuestra felicidad; y yo, que os aprecio con toda mi alma, no puedo ménos de sentir aquí, á vuestro lado, algo de la atmósfera de placer que os rodea.

—Amigo Fajardo, exclamó Lanuza sonriendo, vais á concluir porque mi esposa tenga que deberos en media hora, más flores que las que la he dicho en los once años que llevamos juntos, y esto me causa envidia, porque....

—¿Y qué culpa tengo yo de que no sepais apreciar en lo que vale una esposa como la vuestra?

—¿Y por qué no os casais, marqués? le dijo Constanza; ¿no os da envidia nuestra dicha?

—Sí, señora.

—Pues entónces....

—¿Y creéis que me sea tan fácil casarme?

—¿Y por qué nó?

—¿Conoceis á otra Constanza Pérez que se halle libre?

—¡Ah! exagerais lo poco que valgo....

—Nó, señora; os jurò que soy sincero.

—Bien, añadió Lanuza; pero de todos modos ¿no os sería posible encontrar una mujer digna de vos?

—Sí, eso es, repitió Constanza apoyando la idea de su esposo.

—Señora, mi primera tentativa me salió tan mal, que no me atrevo á hacer otra segunda.

La esposa de Lanuza se sonrojó y guardó silencio, pero su esposo la sacó de su turbacion, diciendo á Fajardo:

—Valeis demasiado, amigo mio, para que una mujer que tenga el corazon libre no os conceda su afecto y su mano.

—¿Qué decís, Lanuza? replicó el marqués riendo; ¿á mis años esperar que una jóven me quiera? como no sea por mi fortuna....

Al escuchar estas palabras Violante, levantó la cabeza para mirar á D. Pedro, asegurando en su conciencia que habia dicho un disparate, y largó otro suspiro.

Este suspiro, hermano gemelo del anterior, se marchó con él.

—¿Y venís por mucho tiempo á Zaragoza? le preguntó Constanza, tratando de dar á la conversacion otro giro más animado.

—Quizás por un mes, señora mia.

—¡Ah! pues entónces ya os haremos mudar de parecer y de ideas.

Violante, al oir que el marqués iba á estar un mes en Zaragoza, exhaló un tercer suspiro.

—¿Un mes habeis dicho? prosiguió Constanza.

—Sí, señora.

—¿Tan graves asuntos os han hecho dejar la córte?

—Es el enviado extraordinario que el rey D. Felipe manda á los magistrados aragoneses y al Justicia mayor, dijo Lanuza con gravedad.

—Sí, señora, añadió el marqués; triste es la mision que el rey me ha dado.

—No hablemos de política, repuso Constanza disgustada; para mí, siempre sereis un noble y antiguo amigo, y como tal espero que me concedais lo que voy á pedir.

—Hablad, amiga mia.

—Venid á hospedaros en nuestra casa.

—Imposible, señora.

—¡Qué decís, marqués!

—La verdad, mi bella Constanza, replicó D. Pedro gravemente. La misión que me ha confiado el rey, me impide habitar bajo el mismo techo que el hijo del Justicia.

—¿Pero qué tiene que ver la amistad con los negocios de Estado?

—No insistas, esposa mia, objetó Lanuza. El marqués se quedaría si le fuera posible, estoy seguro de ello.

—Y podeis estarlo, amigo mío.

—Cuando no se queda, es porque se lo impedirá tal vez la voluntad del rey, y el rey es ántes que nosotros.

—¿Y dónde vais á hospedaros?

—En la Aljafería, señora.

—¿De manera, replicó Constanza, algun tanto ofendida con la repulsa del marqués, qué aquí no sois D. Pedro Fajardo, sino el enviado de rey?

—Nó, señora, contestó con dignidad el caballero; el enviado del rey no ha venido ni vendrá á vuestra casa, porque nada tiene que hacer en ella, y por lo tanto yo soy aquí D. Pedro Fajardo, y si me lo permitís, vuestro más sincero amigo.

—Perdonad, exclamó la esposa de Lanuza con efusion; no puedo ménos de irritarme cuando pienso en ese asunto.... ¡Se trata de mi hermano!

El marqués se estremeció.

—Es una horrible fatalidad que me persigue, verme siempre obligado por el destino á causaros algun pesar.

—¿Luego son ciertas mis sospechas?

—Sí, señora.

—¿Es un asunto de Antonio Perez?

—Sí, señora.

—¡Ah! decidmele, exclamó Constanza anhelosamente.

—No puede ser, esposa mia, la dijo Lanuza.

—¿Por qué, Dios mio? ¿no soy su hermana?

Fajardo se sonrió.

—Sí, hermana de Antonio Perez, pero no es Antonio Perez quien me ha enviado á Aragon, sino el rey, y es su encargo el que debo conservar en el secreto.

—Pero yo creo....

—Perdonad, amiga mia, no puedo faltar á mi palabra, y os suplico no os empeñéis en que falte á mis deberes.

—Sí, añadió Lanuza, no seas niña, Constanza; D. Pedro no puede revelar á nadie su comision, mas que al Justicia.

—¿Es decir que á tí tampoco?

—Tampoco, señora, exclamó el marqués.

Constanza lanzó un suspiro, y convencida en su claro talento que no debia insistir, exclamó enjugándose una lágrima:

—¡Cómo ha de ser, caballero Fajardo; veo que aún conservais mucho cariño á la corte y á Felipe II.

—Me distingue, señora, y le debo obediencia.

—Pero lo que está haciendo con mi hermano es una tiranía.

—Sí, Constanza, sí. Ya sabeis que soy amigo de Antonio.

—¿Y trabajais en contra suya?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vuestra mision....

—La ignorais, y por lo tanto son gratuitas vuestras sospechas.

—¡Ah! ¡perdonad, perdonad, amigo mio! pero es mi hermano, y la saña con que se le persigue me indigna.

—Teneis razon, señora.

—¿Y en qué estado se halla su proceso? ¡Hace tanto tiempo que no sabemos de Antonio....

—Pues oidme, y os daré detalles que tal vez no conozcais ni vos ni vuestro esposo.

—¡Oh! sí, sí, hablad, hablad.

—Ya sabeis, señora, que Antonio Perez cuando fué preso, fué conducido á su casa, en donde estuvo cuatro meses sin que nadie volviera á molestarle. En aquella situacion, el rey marchó á Portugal, é inquieta su mujer Doña Juana Coello, fué á echarse á los piés de S. M. pidiéndole el perdon de su marido, logrando ver al rey en Aldea Gallega. Felipe II la mandó arrestar, y despues de haber ordenado al alcalde de córte Tejada hiciese una sumaria informacion del hecho, cuando se la llevó, el mismo rey la arrojó á la chimenea poniendo en libertad á Doña Juana Coello. Ved aquí, amigos míos, uno de los detalles más incomprensibles de este asunto. Cuando el rey volvió á Madrid, los enemigos de Antonio no se descuidaron, y lograron que el rey mandase procesar á Perez, no tan sólo por lo de Escobedo, sino tambien por haber abusado de la confianza que habia inspirado á S. M. Trascurrió un año sin que este segundo proceso llegara á sentenciarse, aunque poco despues se dió

sentencia, que Felipe II firmó, condenando á Antonio Perez como traidor y concusionario, á pagar cuarenta mil ducados, á ser desterrado de la corte por diez años y á restituir doce millones doscientos veinticuatro mil setecientos noventa y tres maravedises. Para que no pudiera sustraerse á esta sentencia, ya sabeis que fueron á prenderle á su casa, que hasta entónces le habia servido de prision, y que habiendo logrado escaparse por un balcon y refugiarse en la iglesia de San Justo, fué sacado de ella, trasladándole á la fortaleza de Turuégano. Pues bien, Perez trató de escaparse para venirse á Aragon, pero fué descubierta su tentativa, y se agravó el rigor de sus padecimientos. Entónces le pidieron ciertos papeles que habia sustraído, y sabiendo el rey que se hallaban en poder de Doña Juana Coello, la mandó arrestar con sus siete hijos, amenazándola con tenerla en la prision miéntras viviese, sin darla más alimento que pan y agua, si no le entregaba los papeles. Doña Juana se resistió, y fué preciso que vuestro mismo hermano la escribiera un billete con su sangre á falta de tinta, mandándola que obedeciese al rey. Ya comprendereis, señora, que los papeles más interesantes no estaban en poder de Doña Juana.

—Sí, sí, continuad, Fajardo.

El marqués prosiguió:

—Después de la entrega de los papeles, se aligeró la prision de Perez, volviósele á Madrid, y aunque no gozaba de libertad, podía recibir á su familia y amigos: yo estuve con él algunas veces.

—¡Oh! la conducta del rey es inexplicable, exclamó Lanuza.

—Tan inexplicable, que por entónces, hablando un dia

con Rodrigo Vazquez, que es, como sabeis, el juez que entiende en la causa por el asunto de Escobedo, me dijo Vazquez: *«El rey, unas veces me da priesa y me alarga la mano; otras espacio y me la encoge. No lo entiendo, ni alcanzo los misterios de las prendas que debe de haber entre rey y vasallo.»* Ya sabeis, señora, que habian ido desapareciendo todos los cómplices que se suponian á vuestro hermano, y la opinion pública dijo que habian muerto violentamente, y acusó á Antonio.

—Eso no es verdad, gritó Constanza exasperada; ¡esa es una horrible calumnia!

—Sí, amiga mia, así lo creo; pero quiero que os entereis de todo, por más dolorosos que os sean estos detalles. Pues bien, Insausti, el asesino principal de Escobedo, murió en Sicilia; Miguel Bosque, su compañero, en Cataluña; y entonces un tal Antonio Enriquez, hermano de otro de los asesinos, bajo el pretexto de salvarse de aquella especie de venganza oculta, acusó á mi amigo como autor principal de la muerte de Escobedo.

Rodrigo Vazquez, que tanto odia á Perez, se aprovechó de esta acusacion, é hizo público el proceso, trasladando á Antonio á la fortaleza de Pinto, como más segura.

Tomáronse declaraciones, se llamaron á testigos, pero nada podian probar los enemigos de Perez; y por entonces se aconsejó á mi amigo que tratara de reconciliarse con el hijo de Escobedo y por unos cuantos ducados hacerle desistir de la demanda. Pedro de Escobedo desistió y recibió veinte mil ducados; firmóse el acta del desistimiento en debida forma; pero amigos míos, la cuestion era vengarse de Perez, y este sacrificio no le sirvió de nada.

—¡Oh! el rey, el rey, exclamó la esposa de Lanuza.

—Sí, repuso el marqués sombrío; no convenia á Felipe II que su antiguo secretario fuera absuelto. Así que, esparciéndose rumores de que el rey habia tenido parte en el asesinato de Escobedo, Vazquez escribió al rey lo que ocurría, y el rey le contestó en una carta que se halla unida al proceso: *«Decid á Antonio Perez que ya sabe como le mandé matar á Escobedo por las cosas que él tiene entendidas, que á mi servicio conviene que las declare.»* Este último golpe era terrible. Por él se pedia castigase á Antonio, no por haber dado muerte á Escobedo, sino por haber dado al rey un mal consejo. De esta manera S. M., escudado con su gerarquía, no podia temer ni aún las murmuraciones de sus vasallos, en tanto que el pobre Antonio aparecia como acreedor á la pena de muerte por haber engañado al rey hasta el extremo de disponer la muerte de Escobedo. Tal es, pues, señora, el estado de vuestro hermano; ahora, para que nada os falte por saber, tomad un ejemplar impreso de los muchos que se han hecho circular por Madrid de una carta del rey al juez Vazquez, que se ha unido á los autos (1).

Constanza tomó el papel, y leyó lo siguiente:

«Podeis decir á Antonio Perez de mi parte, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber él hecho matar á Escobedo y las causas que me dijo que habia para ello; y porque á mi satisfaccion y la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, que yo le mando que las diga, y dé particular razon de ellas, y muestre y haga verdad las que así me dijo, de que vos

(1) Históricos todos estos detalles.

»teneis noticia, porque yo os las he dicho particularmente, »para que habiendo yo entendido las que así os dijere y »razon que os diere de ello, mande ver lo que en todo con- »vendria hacer. Madrid 4 de Enero de 1590.—Yo el rey (1).»

Cuando Constanza concluyó de leer esta carta, comenzó á llorar amargamente, pero su esposo y D. Pedro Fajardo la consolaron.

Este último la dijo:

—Tranquilizaos, señora, el asunto de Antonio está muy malo; pero no debemos desesperar. Os he referido esos detalles, para que al emplear vuestras influencias en su favor, podais hacerlo con conocimiento de causa, y sobre todo, para concluir diciéndoos que Antonio Perez, aunque pocos, cuenta aún con algunos amigos que no dejarán que se cumpla la horrible venganza del rey.

—¡Ah! defendedle vos, marqués, exclamó Constanza deshaciéndose en lágrimas; vos podeis mucho... defendedle.

—Haré lo posible; soy su amigo. Ahora permitid que me retire.

—No os olvideis, Fajardo.

—Qué ingratitud, vendré siempre que pueda.

—No sabeis cuánto siento que no admitais mi hospitalidad, le dijo Constanza.

—No es posible, á lo ménos por ahora.

Y el marqués, alargando su mano á Lanuza, estrechó tambien las de Constanza, é inclinándose delante de la huérfana, salió del salon acompañado del hijo del Justicia.

(1) Histórica.

Violante le vió partir, y se quedó mirando fijamente á la puerta por donde habia desaparecido.

Despues se llevó la mano á la frente, y lanzó un suspiro.

¡Cuatro suspiros en tan poco tiempo!

Cuatro letras tiene la palabra *Amor*.

¿Se habria enamorado Violante del marqués de los Velez?

Ya lo sabremos.

CAPÍTULO II.

El marqués de los Velez enamorado.

Ocho días hacía que D. Pedro Fajardo había llegado á Zaragoza, y desde la primera visita que hizo á Juan de Lanuza, no había vuelto á ir por su casa, con sorpresa de Constantza y su esposo, y curiosidad de Violante, que se moría de impaciencia por volverle á ver.

Pero el marqués, que era un cumplido caballero, que apreciaba muy de veras á sus antiguos amigos, tenía sus motivos para no volver á pisar los umbrales de la casa de Lanuza.

El marqués se había enamorado de Violante.

Confesábaselo aturdido y hasta avergonzado, porque según creía, aquel amor era un sarcasmo y una locura á su edad; pero no podía olvidar á la jóven, á quien sólo había visto por una hora.

Es cierto que para el amor basta un minuto, ménos todavía, y las pasiones repentinas suelen ser las más verdaderas, ya que no las más felices, y á D. Pedro le había bastado una hora para enamorarse perdidamente de Violante.

La hermosa y pura niña le recordaba los plácidos días

de su juventud, aquella época en que todo lo veía de color de rosa, y sentía latir su corazón como entónces, y soñaba su mente las mismas alegrías.

Ahora bien, el marqués amaba, y amaba mucho, á pesar de sus cincuenta años, pero tenía talento, y comprendió que no podía ser correspondido. Y con efecto, él, por bella que fuese su presencia, por rejuvenecido que se conservase, su juventud no podía pasar de ser relativa, pero nunca podría igualar á Violante. Además, la jóven ocupaba una posicion que no podía hacerla mirar con buenos ojos un matrimonio desigual é interesado, porque era demasiado bella para no poder tener fé en su porvenir y en su fortuna. Esto así, el marqués conoció que no era ni sería nunca correspondido, y temió el ridículo de arriesgar una declaracion para recibir una negativa.

Acordábase del desprecio de Constanza, no obstante contar por aquella época diez años ménos, y temia, con razon, que se repitiese la misma escena.

Ante esta reflexion, D. Pedro se encontraba sin fuerzas para abrir sus labios, y no pudiendo abrirlos, comprendió que no debía volver al lado de Violante.

Esfuerzos inmensos é inauditos le costó llevar á cabo esta digna y dolorosa decision, porque por su desgracia, cuantos más dias iban trascurriendo sin ver á Violante, más y más se acordaba de ella.

Su conducta no dejó de disgustar á Juan y á su esposa, extrañándoles tal indiferencia en un tan cumplido caballero; pero el jóven no quiso irle á ver, ofendido en cierto modo y por temor de que sus visitas pudieran comprometerle.

Y con efecto, no ignorando por su padre la mision que

habia llevado á Aragon el marqués de los Velez, cual era investigar los ánimos del pueblo si estaban en pró ó en contra de Antonio Perez, y ayudar al virey, marqués de Almenara, en contra de la autoridad del Justicia, D. Pedro no podia ir con mucha frecuencia á casa de Juan de Lanuza, hijo del Justicia, sin que el virey sospechase y al mismo pueblo llamase la atencion tal intimidad precisamente con la familia de la autoridad que llevaba encargo de vigilar é intervenir. Lanuza creyó al principio que éste, y no otro, era el motivo de la ausencia del marqués, y así se lo manifestó á Constanza; pero Constanza, que le apreciaba muy de veras, no se dió por convencida.

Un suceso, sin embargo, vino á echar por tierra los prudentes propósitos del marqués de los Velez, decidiéndole á volver á ver y aun á hablar á Violante.

El corazon es loco, y como el corazon no envejece, pues los que envejecen son los sentidos, el corazon de D. Pedro pudo más que su cabeza, no obstante el talento que le distinguia.

En una de sus frecuentes visitas al marqués de Almenara, encontró á éste reprendiendo severamente á su hijo.

D. Pedro quiso retirarse, pero el virey no le dió tiempo.

—Señor enviado, le dijo, podeis entrar y oir lo que digo á este mala cabeza, tanto más, cuanto que vos por vuestra posicion y años tendreis mis mismas opiniones.

—¡Oh! señor virey, mucho estimo el honor que me dispensais al darme cuenta de vuestros disgustos de familia; pero ya que es así, permitidme que me nombre juez árbitro en esta cuestion y sentencie con arreglo á mi conciencia.

—Con mucho gusto, le contestó el marqués presentándole

le un sillón para que tomase asiento. Tengo buenas noticias de vuestro talento, y no dudo que sabreis persuadir á mi mal aconsejado hijo.

—Veamos, veamos, siempre será algun cuentecillo de amores.

—Exactamente.

—¡Pchs! la juventud es rica de afecto y prodiga sus dones, señor marqués.

—Seguramente, replicó Almenara; pero eso, que es una verdad, y una verdad infalible, no autoriza á Rodrigo para lo que preténde hacer. Quiere casarse.

—¡Hola! ¿casarse á los dieziocho años? porque no creo que seais mucho más viejo.

—Nó, señor, repuso el jóven algun tanto aturdido.

—Ya veis, señor marqués, continuó Almenara, si el proyecto tiene algo de razonable. Pero no es esto todo; mi hijo ama á una mujer indigna de él.

—¡Padre mio! gritó Rodrigo con voz suplicante.

Pero el virey le miró friamente, y prosiguió:

—Ama á una mujer, que lo mismo puede tener en sus venas sangre real, que sangre del verdugo, porque jamás ha conocido á sus padres.

—¡Triste desgracia! replicó D. Pedro.

—Sí que lo es; pero una mujer así no puede ser la esposa del heredero de mi nombre.

—Nó en verdad, marqués.

—¿Luego lo confesais?

—Ciertamente.

—Entónces sois de mi opinion y nada tengo que deciros. Mi hijo quiere casarse con esa mujer, ¿qué os parece?

—Que ateniéndome sólo á vuestras noticias, bien puedo en conciencia sentenciar en favor vuestro. Pero si no hay inconveniente, sepamos cuál es la posicion actual de.... esa dama.

—Equívoca, señor enviado.

—¡Padre! volvió á exclamar el jóven.

—Sí, insistió Almenara con calor, equívoca, muy equívoca. Esa mujer sin familia, sin nombre, está protegida por una de las principales familias de Aragon, y esa proteccion acaba de desautorizarla.

—¿Una familia principal?

—La más principal del país, señor marqués.

D. Pedro se acordó de Lanuza, pero ni remotamente de Violante.

—La familia más principal de Aragon, creo, señor virey, que es la del Justicia.

—Exactamente.

—¿Y es esa familia la que protege á esa jóven?

—Como que la consideran cual si fuera hija suya.

—Pues no la he visto.

—¡Ah! marqués, os es infiel la memoria ó....

—¿Es acaso Violante? exclamó recordando de pronto.

—Justamente.

—¿La protegida de Juan de Lanuza, hijo?

—Sí, señor.

—¿Y es á Violante á quien vuestro hijo ama?

—Hasta el extremo de querer casarse con ella.

—¡Ah! exclamó Fajardo.

Y este ¡ah! era una exclamacion de sorpresa, de duda, de dolor, de rabia, porque el pobre marqués se veia obligado

á consentir que el orgulloso noble insultara en su presencia á Violante, y porque comprendia ya que su amor era más imposible todavía.

Tal vez Violante correspondiera á Rodrigo.

La emocion que experimentó le embargó el habla por algunos momentos, tanto, que hijo y padre se miraron de cierta manera y se comprendieron mutuamente.

El marqués, conociendo que habia descubierto á aquellos dos nobles algo de lo que pasaba en su alma, pretextó una urgencia precisa; dió á Rodrigo, frio é indiferente, consejos encaminados á hacerle desistir de aquel amor, y se retiró á sus habitaciones.

Cuando se encontró en ellas, tuvo que apretarse el pecho, porque el corazon queria salirsele de él á pedazos, y en más de media hora el noble marqués no pudo formar ni decirse por ningun partido, segun lo trastornada que se hallaba su mente.

Pero al fin, tranquilizándose y conociendo que debia arriesgar el todo por el todo, y declarar á los padres adoptivos de Violante lo que sabia para que obraran como tuvieran por conveniente, resolvió ir á visitarlos, como lo verificó al siguiente dia.

CAPÍTULO III.

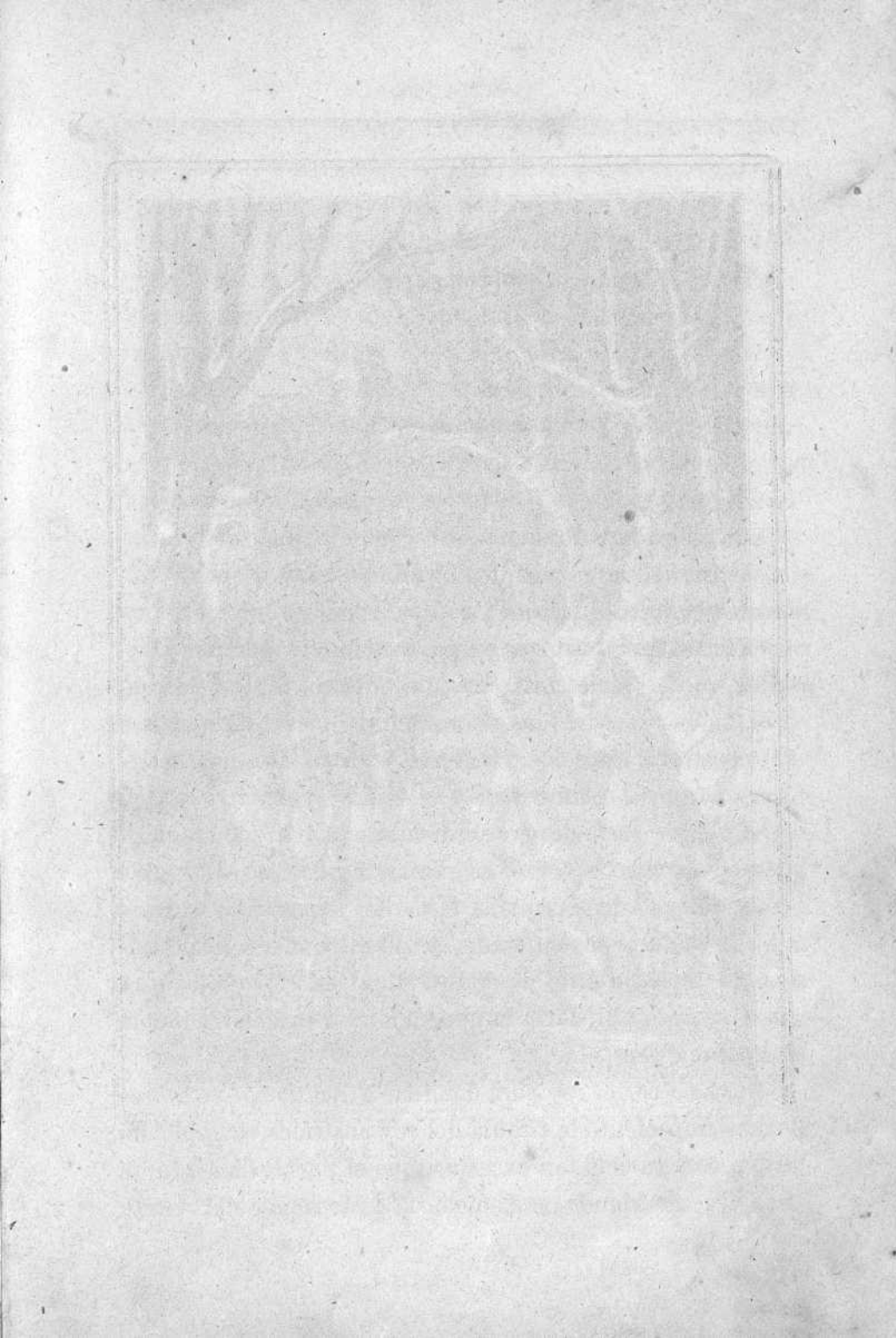
Los dos amores.

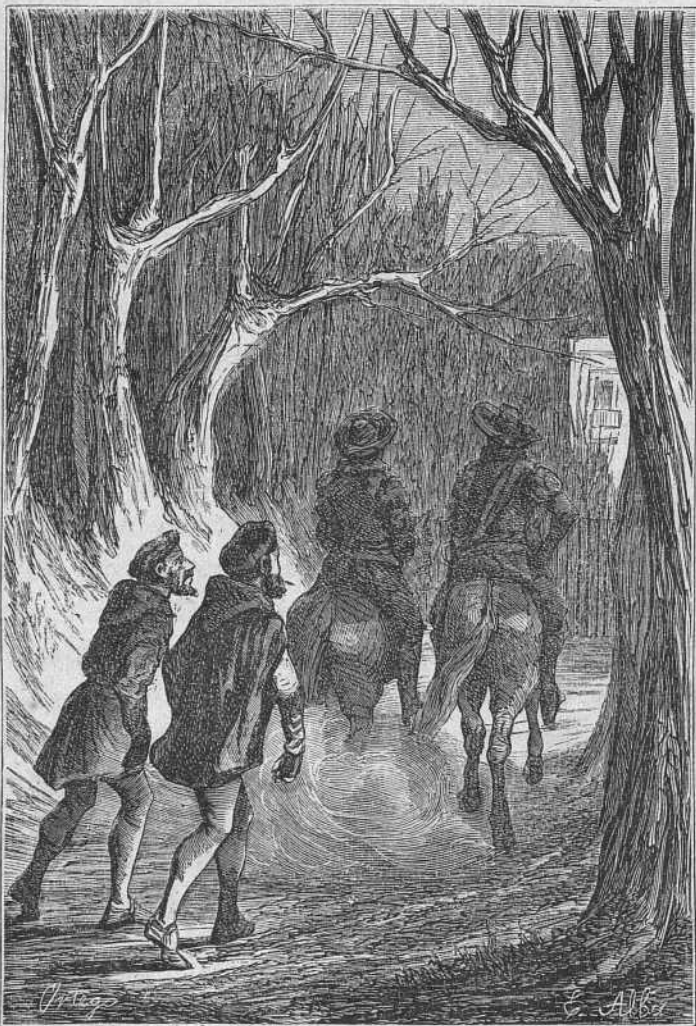
A las diez de la mañana del siguiente día, dirigíanse por el camino sombreado de magníficos árboles que de Zaragoza conducía directamente al palacio de Juan de Lanuza, dos caballeros, ginetes en dos magníficos caballos y seguidos de dos escuderos, que caminaban á pié y luciendo en sus petos de cuero las armas del marqués de Almenara.

Con efecto, estos dos caballeros eran D. Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara, y su hijo D. Rodrigo.

El virey de Aragon era un hombre ya entrado en años, tan seco de cuerpo como de alma, rígido, orgulloso, inaguantable. La más pequeña falta de respeto á su persona la hacía castigar severamente, y disculpando con su posicion de representante de Felipe II el excesivo lujo de su casa y séquito, satisfacía impunemente su vanidad, dándola el nombre de respeto.

Enviado por el rey para dominar á Aragon, que sobre-
llevaba impaciente la tiranía del rey austriaco, cumplia su
mision con un celo tan excesivo, que el pueblo de Zaragoza
anhelaba, mugiendo en silencio, la destruccion del virey.





Padre é hijo caminaban al paso.

En cuanto á su hijo, era digno de su padre, si bien por sus pocos años no tenia su ambicion ni sus deseos de mando y tiranía.

Padre é hijo caminaban al paso para disfrutar por mayor tiempo de los benéficos rayos del sol, que brillante y con un cielo límpido, templaba la atmósfera gratamente.

Rodrigo iba silencioso y con la cabeza baja, en tanto que el virey, que nunca podia inclinar la suya (tal era su costumbre de llevarla siempre orgullosamente levantada), contemplaba no léjos el término del camino, y en él el magnífico palacio de Lanuza, fin de su viaje, en cuyos cristales se reflejaba el sol como en inmensos espejos.

No era el carácter de D. Iñigo muy á propósito para permanecer por mucho tiempo silencioso, y mucho ménos al lado de su hijo, á quien adoraba muy de veras; así fué que, volviéndose á mirarle, acercó su caballo al del jóven, y le dijo con cierta acritud amarga:

—Mi buen Rodrigo, muchas veces se me figura que Dios se ha equivocado contigo. Paréceme que hubiera andado más acertado haciéndote mujer que hombre, porque la más pequeña emocion te trastorna por completo. ¿Qué tienes? ¿en qué piensas?

—En Violante, señor.

—¡Mal rayo sobre Violante! ¿Acasó no vamos á verla ahora mismo?

—Sí, señor.

—¿Y no vas á hablarla?

—Sí, señor.

—¿Y no vas á ofrecerla tu amor si encuentras una ocasion favorable?

—Sí, señor.

—Pues entónces ¿qué más quieres?

Rodrigo suspiró y guardó silencio.

El virey le miró desdeñosamente.

—Caballero Rodrigo, le dijo, guardaos delante de mí de suspirar como una mujer.

—Perdonad, señor.

—Estáis perdonado, pero.... que no os conozca cobarde.

Como nuestros lectores comprenderán, despues de tales palabras entre un padre y un hijo, la conversacion no puede proseguir; y así fué que los dos caballeros no volvieron á despegar sus labios.

Poco despues oyeron á su espalda el trote de un caballo, y padre é hijo volvieron naturalmente la cabeza.

—¡Qué miro! exclamó Almenara frunciendo el ceño; el marqués de los Velez se acerca á nosotros.

—Sí, señor; pero no creo que seamos nosotros el fin de su viaje, sino el palacio de Lanuza.... ¡Ah! mis sospechas son ciertas....

—Creo que sí, hijo mio, exclamó el virey; ese viejo ama á Violante.

Los ojos del jóven lanzaron rayos de cólera.

—Prudencia, prosiguió Almenara, prudencia, Rodrigo. El marqués de los Velez es un noble demasiado poderoso para declararle la guerra frente á frente. Prudencia y déjame arreglar esté asunto.

—¿Cómo, señor?

—Eso es cuenta mia. Silencio, ya se acerca.

Cuando D. Pedro Fajardo se aproximó á ellos, iba pálido de cólera; la vista de aquellos dos hombres le hizo perder su

serenidad, y á pèsar de todo su talento cortesano, el saludo que les dirigió fué ceremonioso, frio, casi insultante. Su mirada se encontró con la del jóven, é involuntariamente se comprendieron.

Aquella mirada era ya un desafio, una declaracion de guerra.

—Dios os guarde, señor virey, dijo á Almenara conteniendo la marcha precipitada de su tordo alazan; ¿habeis venido á disfrutar al campo de tan bellissimo dia?

—Sí, marqués de los Velez, contestó el virey con aparente indiferencia, pero fijando sus ojos en el rostro de Fajardo, sí; el dia está muy bueno y he querido aprovecharle para venir á ofrecer mis respetos al hijo de D. Juan de Lanuza. Le debo una visita y no he podido pagársela hasta hoy. Y vos, marqués, ¿venis tambien á verle?

—Sí, señor.

—Es un noble caballero, añadió Almenara.

—Sí, señor.

—Vos debeis conocerle á fondo, porque sois uno de sus mejores amigos.

—Es verdad, repuso Fajardo con la nobleza que le caracterizaba; soy uno de sus mejores amigos, y hace muchos años que le conozco.

—Entónces, y aquí en confianza, debe ser vuestra posicion muy violenta.

—¿Por qué?

—La comision que os ha traído aquí, puede convertirnos en enemigo de la familia Lanuza.

—No lo comprendo....

—¡Ah! nó, repuso Almenara, expresando con aquellas dos

palabras todo un mundo de sospechas infames, de pensamientos villanos.

El marqués de los Velez le miró fijamente.

—Perdonad, señor virey, le dijo con firmeza; puedo servir á D. Felipe II sin ofender á la familia Lanuza, y S. M. lo ha comprendido así, cuando me ha honrado con tan grave comision, sin embargo de no ignorar los lazos de amistad que me unen con ella. Por lo tanto, no creo que vos os atrevais á suponer lo que ni el mismo rey ha supuesto.

Almenara miró de reojo á Fajardo, y habiendo llegado ya á la verja del palacio de Lanuza, se apearon de sus caballos, que dejaron á sus escuderos.

Pocos minutos despues, se hallaban en presencia de Lanuza y Constanza.

Los dos esposos recibieron á los tres caballeros con la amabilidad que les caracterizaba, si bien extrañándose de ver á Almenara y su hijo en compañía de Fajardo.

Durante los primeros momentos, la conversacion recayó sobre asuntos indiferentes, hasta que Fajardo preguntó á D. Juan de Lanuza por su hermana Blanca.

—¡Ah! le dijo el caballero, mi hermana Blanca, señor marqués, está sin duda destinada por Dios á dejar un grato recuerdo en la historia de Alemania y España. Ya sabeis cuán querida es de sus vasallos y de toda la familia de su esposo; pues bien, ahora trata de llevar á buen término un asunto de Estadô con Felipe II, que en verdad está bastante espinoso.

—¿Con Felipe II? exclamó el virey.

—Sí, Almenara.

—¿Vuestra hermana reside en Madrid?

—Nó, señor; en Buda.

—¡Ah! ¿se halla casada con algun príncipe aleman?

—Sí, señor, repuso Constanza; es la esposa de D. Fernando de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, hermano del actual emperador de Austria y primo de Felipe II.

—¿Qué oigo? exclamó asombrado el virey, ¿vuestra cuñada es prima de S. M?

—Por parte de su marido.

—¿Y reina?

—De Hungría y de Bohemia.

—Señora, prosiguió el orgulloso caballero inclinándose respetuosamente, pero con acento maligno, ignoraba todo lo que me habeis referido, y os felicito por ello, así como á vuestro esposo.

—Gracias, marqués, le dijo Juan; la fortuna de mi hermana ha sido ciertamente una gran fortuna.

—Pero es muy digna de ella, exclamó Fajardo.

—Ya lo creo, añadió Constanza. Mi madrina, porque habeis de saber, señores, que la reina Blanca me tuvo en la pila, ha sido bastante desgraciada en su primera juventud, y su felicidad no es más que una recompensa á sus virtudes.

—¡Oh! prosiguió Almenara, mucho celebro haber sabido tan gratas nuevas, porque la dicha de mis amigos es para mí como la mía propia; pero si no fuera por temor de una indiscrecion, os preguntaria cómo la hermana de vuestro esposo ha conseguido sentarse en el trono de San Estéban, porque los principes, y sobre todo los principes extranjeros, jamás se enlazan sino con princesas de la sangre.

—Señor virey, le dijo Juan, la historia del matrimonio

de mi hermana, es una verdadera historia que me permitireis no revele, porque no me han autorizado para ello. Sólo puedo deciros que si algun día la historia patria consagra una página á la vida de Blanca de Lanuza, os aseguro que ha de ser una de sus páginas más brillantes.

—Cierto que sí, replicó Fajardo, sintiendo vivos deseos de contestar al orgulloso virey; yo conozco esa historia, y no solamente os confirmo, caballero Almenara, lo que acaba de decir D. Juan de Lanuza, sino que de mi cuenta propia os añado, que la actual reina de Hungría es una de las reinas de más virtudes y talento. Sus vasallos la adoran y la admiran; su consejo es solicitado por Rodolfo II, emperador de Austria, y hasta nuestro mismo rey no se desdén tampoco de obedecer sus inspiraciones.

—¿Tanta es su influencia?

—Más de la que podeis concebir.

El virey se inclinó como asintiendo al juicio de Fajardo. Ahora bien, durante este diálogo, Rodrigo, que se hallaba sentado junto á Violante, la miraba codiciosamente y de un modo algun tanto atrevido; pero habiendo tratado de hablarla inútilmente, exclamó poco despues dirigiéndose á la esposa de Lanuza:

—Señora mia, dispensadme si tengo que pedir os un favor, para el cual espero vuestra benevolencia. Soy muy aficionado á los pájaros, y sé que en vuestro hermoso jardín teneis una magnífica coleccion.

—¡Oh! sí, es verdad, exclamó la jóven con la amabilidad que formaba la base de su carácter; tengo una pajarera muy linda, y si lo que deseais es verla, con mucho gusto os la enseñaré, amigo mio.

—No me atrevia á exigir tanto, señora, repuso el joven sonrojándose de alegría.

—Pues venid, señores, venid. El dia está hermosísimo; y ya que el señor virey es hoy la primera vez que honra esta casa, tanto mi esposo como yo tenemos mucho gusto en enseñarle nuestras inocentes distracciones.

Al escuchar estas palabras todos se levantaron, y Rodrigo se apresuró á ofrecer su brazo á Violante, que con visible repugnancia le aceptó, mirando tristemente á Fajardo.

El marqués de los Velez, no quedándole ya ninguna duda del amor de Rodrigo por la huérfana, palideció de cólera, pero ofreció su brazo á Constanza.

—Ea pues, dijo Almenara á Lanuza, ya que por un capricho de mi hijo os incomodamos, dispensadnos, señor don Juan, y enseñadnos las preciosidades de vuestra linda casa.

—¡Oh! exclamó Lanuza sonriendo, preciosidades no vereis en ella. Lo mejor ya lo habeis visto, señor virey....

—¿Lo mejor?

—Sí en verdad, mi esposa y mis tres hijos.

—¡Ah! gracias por la galantería, exclamó Constanza riendo.

—Señora, añadió el virey inclinándose, lo que acaba de decir vuestro esposo es más que una galantería, es una verdad que reconocemos.

—Gracias, señores, gracias.

Después de estas palabras, todos nuestros personajes bajaron al jardín, yendo delante Juan de Lanuza con el virey; después Constanza con Fajardo y detrás Rodrigo con Violante.

Con marcada intencion, el heredero de Almenara fué

poco á poco acortando el paso, hasta que dejó adelantar un gran trecho á las otras parejas, y entónces miró á Violante, que iba encendida de rubor y de cólera.

—Perdonad, bella Violante, la dijo; no sé cómo habreis juzgado mi intempestivo deseo, pero os suplico que seais indulgente porque sólo vos teneis la culpa.

—¿Yo?

—Sí en verdad, señora.... No me era posible hablaros y....

—¿Qué os detiene? le preguntó la jóven al ver que no seguía.

—El respeto que me inspirais.... Temo que mis palabras os ofendan.

—¿Vais á proponerme algo indigno?

—Señora....

—No lo creo, os hago esta justicia, y por lo tanto no comprendo el por qué de vuestro temor.

Rodrigo volvió á mirar á la jóven. Creíala más inocente, es decir, ménos acostumbrada á seguir una conversacion en el terreno equívoco en que la habia colocado, y encontrándose más turbado que la jóven, no supo qué responderla.

Violante se detuvo y miró con despecho al jóven.

La pobre niña habia adivinado lo que Rodrigo tenia que hablarla, y resuelta á rechazarle, deseaba terminar pronto aquella conversacion para dejar la compañía del presuntuoso jóven.

—Caballero, le dijo, decidme todo cuanto tengais que revelarme, pues deseo reunirme pronto con mi familia.

—¿Tan disgustada venís conmigo?

—Créome honrada en ello; pero.... ¿qué teneis que decirme?

—Que os amo, señora, repuso el joven aturdidamente.

—¡Ah! exclamó Violante bajando la vista, ¿me amais, caballero D. Rodrigo?

—Con toda mi alma, señora.

—¿Y sabéis quién soy yo? replicó la joven con una valentía que acobardaba más y más al pretendiente, ¿sabéis la posición que ocupo en esta casa?

—Sí, señora.

—¿Y creéis que vuestro padre consienta vuestro amor?

—No es un misterio para él.... Adora en mí y....

—¡Ah! exclamó Violante llevándose la mano al seno, como si hubiera sentido un dolor en el corazón, perdonad, señor, pero creo que la esperanza os engaña. El hijo único de uno de los más nobles y poderosos caballeros de Castilla, no puede ser esposo de una mujer sin nombre alguno....

—Señora....

—¡Oh! nó.... nó. Si es verdad que me amais, vuestro amor os extravía, y queréis alcanzar un imposible.

—¿Es decir que me rechazais?

—Debo hacerlo.

—Señora....

—Yo no puedo llevar vuestro nombre, y.... ya podeis comprenderme....

Habia tal entereza en estas palabras, que Rodrigo palideció de cólera y el orgullo de su sangre se reveló indignado.

—¿Es decir que me despreciais?

—No os desprecio, caballero Rodrigo. Una mujer puede

muy bien negar su mano á un hombre, sin que esto sea despreciarle. ¿Cómo he de despreciaros cuando no admito vuestro amor porque os considero mucho para mí?

—Señora.... ya sabeis que soy el heredero del virey de Aragon.

—Pues por eso mismo os rechazo.

—Ya sabeis que mi padre puede mucho y....

Violante fijó sus húmedos ojos en el jóven, y un relámpago de noble altivez pasó por ellos.

—¡Ah! exclamó con un acento extraño, ¿qué quereis decir?

—Nada, señora.

—Habia creído que me amenazábais, que queriais imponeros.

—¿Y si mi amor me llevara hasta ese extremo?

—Entónces os despreciaria.

—Señora....

—Hemos concluido, exclamó Violante, que leyó en el rostro del mancebo una innoble amenaza; perdonadme.... quiero reunirme á mi familia.

Y desasiéndose del jóven, le saludó friamente y aceleró el paso.

Rodrigo lanzó un mugido de cólera, y apretó con sus crispadas manos el encaje de su golilla.

—¡Ah! exclamó, yo te juro, orgullosa mujer, que has de ser mia ó de Satanás.

Y se reunió con su padre.

Mientras este diálogo tenia lugar entre los dos jóvenes, otro que debemos tambien conocer, se verificaba entre Constanza y Fajardo.

El marqués de los Velez, impulsado por su noble cora-

zon, y debemos decirlo, por sus celos, se propuso advertir á Constanza que no se fiasse del virey, y con este fin, apénas se vió á su lado, la dijo gravemente:

—Mi querida amiga, voy á aprovechar esta ocasion favorable para haceros una advertencia cuya oportunidad dejo á vuestro buen criterio. El marqués de Almenara es enemigo de vuestro esposo y de vuestro hermano.

—¡Qué decís, marqués!

—La verdad; de vuestro esposo, porque es hijo del Justicia mayor, cuya autoridad en este país eclipsa la suya; y de vuestro hermano, porque ha adquirido casi todos los bienes que fueron de Antonio, los cuales perderia si volviera Perez á la gracia del monarca.

—¡Oh! me asustais, amigo mio.

—No ha sido esa mi intencion. Muy al contrario, sabiendo que teneis un corazon valiente, he querido advertiros de un peligro que amenaza á vuestro esposo, pero que es un peligro que podeis evitar.

—¿Y cómo, marqués?

—Aconsejando á mi amigo Lanuza que no se fie demasiado de las afectuosas protestas de Almenara y que guarde siempre con él una prudente reserva.

—¡Oh! se lo diré, se lo diré, y os doy las gracias con todo mi corazon.

Y Constanza, siempre buena, estrechó afectuosamente la mano del marqués.

Casi al mismo tiempo se les reunió Violante, en cuyo rostro, ligeramente alterado, se conocian aún las huellas de la cólera y del despecho que le habia causado su conyersion con Rodrigo.

Constanza, al ver á Violante, dejó el brazo de D. Pedro, y éste se aprovechó de aquella circunstancia para aproximarse á la jóven, porque deseaba vivamente hablarla y saber lo que habia causado su disgusto.

No tardó en poder conseguir sus deseos.

Como Violante iba al lado de Fajardo y Lanuza y el virey delante y muy distraidos con su conversacion, cuando Rodrigo se acercó á Constanza la vió casi sola y la ofreció respetuosamente su compañía.

La esposa de Lanuza, pensativa aún con lo que D. Pedro la habia dicho, aceptó el brazo del jóven, y aunque violentandose, entabló con él una conversacion indiferente.

Violante y Fajardo podian, pues, hablar sin que llamaran la atencion de sus amigos.

La jóven iba silenciosa, y D. Pedro, no obstante su cortesania, silencioso tambien, hasta que, hallándose ya cerca de la pajarera, término del paseo, el marqués se decidió á hablar para aprovechar aquella coyuntura.

—Bella Violante, siento en el alma que la curiosidad de D. Rodrigo os proporcione este mal rato.

—¿Por qué, caballero?

—Se me figura que venís disgustada.

—¡Ah! no ciertamente.

—¿Es decir que me equivoco? Tanto mejor; á vuestra edad, Violante, la tristeza debe echarse al olvido.

—Señor marqués, soy melancólica por naturaleza, y además no tengo motivos para estar alegre.

—¿No os aman vuestros protectores?

—Más que merezco; pero... ya lo habeis dicho, «*vuestros protectores.*»

El marqués comprendió el pensamiento de la huérfana, y repuso.

—Perdonad si he exacerbado vuestro sentimiento. Ya sé que no tenéis padres, pero D. Juan y Doña Constanza os quieren como á una hija.

—Pero decidme, marqués, exclamó Violante, fijando sus ojos en la noble fisonomía del caballero, por mucho que me quieran, ¿no me querrían más mis padres? Por otro lado, ¿qué porvenir es el mio?

—El de toda jóven digna, noble y bella.

—¡Ah! cuánto os equivocais.... La oscuridad de mi nacimiento parece que da derecho á todo el mundo á insultarme impunemente y....

De pronto añadió como si obedeciera á una idea súbita:

—Oídme, señor marqués. En este momento acabo de experimentar este efecto. Ya habeis visto que D. Rodrigo de Almenara me ha dado el brazo; pues bien, ¿sabeis con qué objeto?

—¿Acaso con el de declararos su amor?

—Ciertamente.

—Pero eso....

—Ya sabeis tambien que mi matrimonio entre ese noble y yo es imposible. D. Rodrigo debe comprenderlo así.... Luego al ofrecermé su amor, ¡oh vergüenza! era dirigirme un insulto.

—¿Y vos le habeis rechazado?

—Quizas con demasiado enojo.

—¿No le amais?

—Nó, señor marqués.... Aunque fuera posible nuestro matrimonio, no sería su esposa.

Dr. Pedro suspiró y miró á la jóven. Quiso hacer la última prueba; adquirir la conviccion de que Violante no amaba á nadie, y la dijo despues de un momento de silencio:

—¿Sin duda, mi querida niña, vuestro corazon no es libre?

—No lo es, le contestó clavando en él sus ojos.

—¿Amais?

—Amo, señor marqués.

—¿Y no sois correspondida, segun preveo por el acento de vuestra respuesta?

—Creo que nó.

Fajardo se pasó la mano por la frente. Ya no podia tener esperanza. Violante amaba á otro, y aunque no era correspondida, no podria amarle á él.

El noble caballero, lleno de dolor, no se atrevió á despegar sus labios, y oyendo latir su corazon, que por la segunda vez de su vida era más fuerte que su cabeza, inclinó la frente pensativo.

Violante le imitó.

Violante amaba al marqués de los Velez, ¿á qué negarlo? La noble apostura y gallarda presencia del caballero habian impresionado á la pobre niña, y por la primera vez latia su corazon al amor. Al principio no habia podido darse cuenta de aquel sentimiento, pero no tardó en explicársele, y llena de una vaga esperanza habia creido por algunos momentos ser correspondida de Fajardo.

Pero despues comprendió que no era así. La aparente indiferencia del caballero, su torpeza en no comprenderla, su afectuosa familiaridad, que parecia la de un padre, convencieron á la jóven de que su corazon latia solo.

Por eso tambien inclinó la frente y continuó el paseo silenciosa, mirando distraida, ora al cielo, ora á los árboles, como si quisiera hacer huir de su mente una imágen dolorosa fijando su atencion en los objetos fisicos que la rodeaban.

CAPÍTULO IV.

De esta manera llegaron á la pajarera y....

Algun tiempo despues, el marqués de Almenara con su hijo y Fajardo, montaban nuevamente en sus caballos, y despidiéndose de Violante y los dos esposos volvieron á Zaragoza.

El marqués de Almenara, al salir de la pajarera, se volvió á mirar á Violante, y le echó una mirada tan profunda, que no pudo evitar ser correspondida, y á esto debieron añadir que D. Roberto Fajardo, que tambien estaba á la joven, sentía igualmente las mismas dudas.

El Fajardo, á pesar de su posición oficial en Aragón, posición que le habia valido para el hijo del Justicia mayor, habia ido á la pajarera muchas veces porque en algunas partes se encontraba una jaja que al lado de Violante.

Esta felicidad no estaba exenta de amarguras. El pobre muchacho recordaba que ya tenia cincuenta años y la joven solo diez años. Veía en el espejo que algunas veces le tocaban en su bigote y sus cabellos castaños, lo hacian aparecer todavía de muchacho, y recordaba con pena el presente con el futuro y la vida futura de Violante.

Hay seres en el mundo destinados á padecer siempre y el marqués de los Vélez era uno de ellos.

Para las noches en el insomnio mas horrible y el día en el mas espantoso tormento, porque de día veía á la mu-

CAPÍTULO IV.

Dudas del corazón.

Hemos dicho en el capítulo anterior que Violante amaba al marqués de los Velez, y le amaba sin esperanza, porque no podía creer ser correspondida, y á esto debemos añadir que D. Pedro Fajardo, que tambien amaba á la jóven, sufría igualmente las mismas dudas.

D. Pedro, á pesar de su posicion oficial en Aragon, posicion que le impedia visitar diariamente al hijo del Justicia mayor, habia ido á su palacio muchas veces porque en ninguna parte se consideraba más feliz que al lado de Violante.

Esta felicidad no estaba exenta de amarguras. El pobre marqués recordaba que ya tenia cincuenta años y la jóven sólo dieziseis. Veia en el espejo que algunas hebras plateadas en su bigote y sus cabellos casi blancos, le hacian aparecer todavía de más edad, y recordaba con pena el precioso cabello castaño y la rica juventud de Violante.

Hay séres en el mundo destinados á padecer siempre, y el marqués de los Velez era uno de ellos.

Pasaba las noches en el insomnio más horrible y el dia en el más espantoso tormento, porque de día veia á la huér-

fana encantadora, y de noche la veía también en sus sueños más hermosa aún.

Frecuentes veces le preguntó Lanuza con cariñosa solicitud, qué era lo que tenía para estar tan triste; pero Fajardo ocultaba su amor en el fondo de su pecho, y sonriéndose entonces, negaba su tristeza ó la hacía proceder de muy distinta causa.

El marqués creía que una niña tan hermosa como Violante, y cuyo corazón ya no era libre, no podría jamás amar á un hombre de su edad y de su carácter serio y grave.

Esta creencia falsa y funestamente arraigada en su corazón, le hacía sufrir, así como igualmente á la huérfana, porque la pobre niña también le amaba mucho.

Con efecto, Violante no había visto en el marqués ni sus años, ni sus canas, ni su gravedad, y sólo se había detenido en su bella figura, en su gallardía, en la nobleza de sus sentimientos y en el claro talento que parecía poseer. ¿Qué la importaba á la soñadora Violante que el marqués tuviese algunos años más que ella?

Pero cuando vió que el marqués de los Velez huía de ella, que la miraba siempre triste y aún impaciente, como si su presencia le molestase, la jóven creyó, no solamente no ser amada, sino despreciada por el marqués.

Al atravesar su mente esta sospecha, su orgullo se rebeló indignado, fué más fuerte que su amor, y para pagar al marqués aquél supuesto desprecio, comenzó por despreciarle.

El marqués sólo vió en esta indiferencia el descontento de Violante, sin duda por haber conocido que la amaba, y tratando de ocultar su amor, ó por lo ménos de dis-

frazarle, abstúyose por algunos dias de dirigirla la palabra.

De este modo aquellas dos criaturas que tanto se amaban, se hacian mutuamente desgraciadas por falta de sinceridad, ella creyendo que una pobre huérfana, sin familia, no podia ser amada por un caballero de la posicion y nobleza del marqués, y éste porque temia la burla de Violante si la declaraba su amor, creyendo que sus cincuenta años hacian imposible que una mujer le quisiera, como no fuese por su fortuna.

Pero Violante padecia más. Siempre es la mujer la que en el reparto de los sufrimientos ha cogido la mayor parte, porque el corazon de la mujer es más entusiasta que el del hombre, y por consecuencia más delicado y susceptible.

La infeliz niña lloraba en silencio su amor, y muchas veces al levantarse, la aureola lívida que circundaba sus párpados indicaba bien claramente por cierto la ninguna quietud de su espíritu.

Buscando la soledad, muchas mañanas se levantaba muy temprano para pasear por el jardin; pero la escarcha del mes de Enero que hollaba con sus pequeños piés y el aire sutil que recibia, tenian que producirla algun mal, como se lo produjeron.

Con efecto, á los ocho dias de estos paseos matinales, acometió á la niña una fluxion de pæcho, que la obligó á permanecer en el lecho muy cerca de veinte dias.

No tenemos necesidad de decir si la cuidarian Juan y Constanza, queriéndola tanto como á sus propios hijos; pero sí debemos consignar que el marqués de los Velez, al ver á Violante en peligro, no pudo contener su dolor, y pasó á la

cabecera de su lecho muchas horas velándola y cuidándola como un sincero y leal amigo.

Este comportamiento que pudo haber dejado conocer á Violante el verdadero estado del corazón del marqués, no produjo á éste ningún beneficio en sus amorosas esperanzas, porque Violante lo atribuyó á compasiva caridad.

Constanza Perez, con esa especie de doble vista que en algunas ocasiones despliegan las mujeres de algún talento, habia adivinado que la tristeza de Violante, y hasta su enfermedad, tenia por causa el amor. A este fin hizola varias preguntas, y la pidió repetidas veces que la confesase la verdad y la fuera sincera; pero Violante permaneció inflexible, y el secreto de su amor quedó oculto en su pecho.

Constanza no dejó de comunicar á Juan sus sospechas, y Juan no dejó tampoco de tratar de inquirir la verdad; pero la huérfana le dijo á él lo mismo que á su madre adoptiva, y nada pudo conseguir.

Es un fenómeno digno ciertamente de estudio esa tenacidad que á veces se apodera del alma en no querer descubrir la causa ó el objeto que causa su desventura, y no hay nada que lógicamente pueda justificar este fenómeno, pues en muchas ocasiones tiene conciencia de que si hablase conseguiria su dicha.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Violante continuó encerrando en sí misma el secreto de su amor, causando su propia desgracia y á la vez la de Fajardo, porque el noble caballero cada dia se iba convenciendo más y más de que no inspiraba á la hermosa huérfana mas que una amistad fria é indiferente.

Tal era la situacion respectiva de nuestros personajes,

cuando Violante pudo por fin dejar el lecho y dar gracias á Dios de haberla libertado de los brazos de la muerte.

Entonces y para completar su convalecencia, el doctor la prescribió pequeños paseos por la mañana cuando el sol estuviera en su mayor fuerza, y obedeciendo este mandato, más por sugerencias de sus padres adoptivos que por su voluntad, Violante comenzó á salir todos los dias un par de horas en silla de manos, unas veces acompañada sólo de su camarera Agueda, otras de los niños y otras de Constanza y de Lanuza.

En ninguno de aquellos paseos quiso acompañarla el marqués, temiendo que su presencia molestase á la jóven, y esto acabó de convencer á Violante, que D. Pedro Fajardo no la amaba ni podía amarla.

La situación respectiva de nuestros personajes.

Después de esto lo que sigue es que Violante continúa su vida en la casa de su padre, y no hay nada que lógicamente pueda justificar este fenómeno, pues en muchas ocasiones tiene conciencia de que si hubiese conseguido su dicha.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Violante continúa su vida en la casa de su padre, y no hay nada que lógicamente pueda justificar este fenómeno, pues en muchas ocasiones tiene conciencia de que si hubiese conseguido su dicha.

La situación respectiva de nuestros personajes.

CAPÍTULO V.

El rapto.

Una de las últimas mañanas que Violante salió á dar su acostumbrado paseo, veíase un hombre paseando cauteloso por los alrededores del palacio y mirando fijamente á su elegante peristilo, como si esperase á alguno que habia de salir por él.

Este hombre tenia trazas de escudero por sus maneras desembarazadas y su apostura militar, pero su traje no estaba en armonía con su físico, puesto que vestia de paño de Segovia y calzaba unos gruesos borceguies, muy semejantes á los que usaban los pastores y gente del campo. Un observador habria tal vez sospechado de la verdadera personalidad de aquel hombre, aventurándose á creer que aquel traje podia muy bien ser un disfraz, y es muy posible que no se hubiera equivocado en mucho, puesto que indudablemente aquel hombre era un espía.

Con efecto, oculto detrás de los gruesos troncos de un grupo de árboles que se hallaban al otro lado del camino, frente por frente de la casa, miraba sin pestañear la puerta de la misma, y de pronto su rostro se iluminó por un rayo

de alegría casi salvaje, y lanzó una exclamacion de satisfaccion completa.

¿Qué habia visto?

Salir de la casa una silla de manos conducida por dos hombres y acompañada de otros dos y una mujer anciana.

Era indudable que el misterioso desconocido estaba esperando á aquellas personas, pues apénas hubieron traspuesto la verja de hierro y se dirigieron á un pequeño bosquillo de tilos que se veía á unos quinientos pasos del palacio, el hombre salió de su escondite, tomó el camino que iba á la ciudad y aceleró el paso con una precipitacion que era tan misteriosa como su traje

Como comprenderán nuestros lectores, dentro de la silla de manos iba Violante y el primogénito de Juan de Lanuza.

La huérfana se encontraba ya casi restablecida, y los colores de la salud teñian sus mejillas de un delicado carmin. Iba, sin embargo, triste y pensativa, con la imaginación llena de dolorosos recuerdos y el alma apenada por su desgraciado amor. En aquellos instantes acordábase del marqués de los Velez con una insistencia desgarradora, porque sucede con frecuencia que aquello que más se desea olvidar es lo que más tarde se olvida.

El día estaba templado y hermosísimo. El sol inundaba con su benéfica luz los campos, y la brisa suave y ligera que murmuraba entre los troncos de los árboles, era apacible y perfumada con el aroma de los tomillos y romeros que empezaban á florecer. Los campos comenzaban á vestirse con el verdor de las primeras yerbas y los pajaritos revoloteaban alegremente al aspecto de la naturaleza, que parecia despertar de su letargo.

Bello é impresionable era el espectáculo que rodeaba á la jóven, más bello todavía para quien, como ella, acababa de salir de una enfermedad que la habia puesto á las puertas de la muerte; pero Violante continuaba pensativa y triste, sin ser bastante á animarla ninguna de las bellezas de la naturaleza, ni la conversacion que se empeñaba en sostener el hijo de Lanuza.

Al lado de la silla de manos caminaba su camarera Agueda, sobresaltada ligeramente y mirando á su alrededor con una impaciencia é inquietud sospechosas.

El primogénito de Lanuza, charlatan como todos los niños felices, se cansó por último de hablar solo, y viendo que no podia conseguir hacer hablar á su *hermanita*, decidió callarse, y con un gesto encantador de fastidio y aburrimiento, apoyó su hermosa cabeza en el seno de la jóven preparándose para dormir.

Al cabo de media hora de marcha, los conductores de la silla se pararon para relevarse, y esta detencion sacó á la huérfana de su ensimismamiento.

Entonces levantó la cortinilla de seda, y vio que habian llegado al bosquecillo de tilos, y que no léjos de allí corria un manso y tranquilo arroyuelo saltando jugueton en su lecho de casquijo.

Violante quiso bajar, pero su camarera no se lo permitió.

Advertimos á nuestros lectores que desde allí se veia el palacio de Lanuza.

—Nó, nó, hija mia, exclamó la anciana, mirando de soslayo á los conductores de la silla; esto está húmedo y no es prudente que os sentéis aquí. Más adelante, en el fondo del bosquecillo, hay una pradera deliciosa.

—Pero allí no tendremos agua.

—Si tal, este mismo arroyo.

—Entonces será aquel sitio tan húmedo como éste.

—Nó, hija mia, porque allí no están los árboles tan espesos y el arroyo no lleva tanta agua.

—Pero de todos modos, yo deseo caminar á pié.

—Bien, eso no importa.

Y Agueda ayudó á bajar á Violante, que respiró con fuerza el olor de los tomillos que crecían en aquel terreno.

Juan bajó tambien, y dejando á su hermana que se apoyase en el brazo de la camarera, empezó á correr y á brincar con la delirante alegría de sus pocos años.

La comitiva volvió á emprender la marcha, y no tardaron en llegar á la pradera designada por Agueda.

Desde aquel sitio ya no se veía el palacio, pues le ocultaban los árboles, que empezaban á cubrirse de hojas.

La huérfana no reparó en ello, porque nada podía sospechar.

—Ved aquí, mi querida hija, exclamó Agueda indicando á Violante un magnífico grupo de tilos á cuyo pié corría el arroyuelo, ved aquí agua, sombra y sol.... El sitio no puede ser más bello, y no hay humedad, porque se halla más ventilado. ¿No os parece acertada la elección?

—Acertadísima, mi buena Agueda.

—Entonces ¿nos sentamos aquí?

—Y almorzaremos si Dios quiere.

—Sí, sí, exclamó el niño brincando de alegría; vamos á almorzar, que tengo ya apetito, y despues, miéntas descansais, yo me voy con Pedro á correr por ahí.

Pedro era uno de los criados.

Con efecto, Violante, Agueda y el niño se sentaron en la menuda yerba, y la anciana, cogiendo una cestita que llevaba al brazo, sacó de ella una perdiz y algunas pastas y confituras.

Entretanto, los conductores con la silla habian desaparecido, retirándose á una distancia respetuosa.

Violante, entretenida con la belleza del sitio, que no podia ser más hermoso y encantador, comenzó á destrozár la perdiz y á dividirla entre ella y sus dos comensales como una madre con sus hijos.

Durante el almuerzo, ninguno de nuestros personajes pronunció una palabra; pero concluido que fué, Agueda recogió el servicio y volvió á colocarlo en la cesta, diciendo á Violante:

—Dios sea loado, mi querida hija. Veo que habeis comido con apetito, y eso me indica que ya estais buena.

—Sí, en este momento me encuentro muy bien, Agueda. ¡Oh! ¡es tan hermoso el campo!

—Ya lo creo, exclamó Juan, no hay nada más hermoso, porque en Zaragoza no puedo correr ni jugar como aquí.... lo cual me aburre.

—¿Y por qué no juegas?

—Porque estoy reposando el almuerzo, repuso el niño con una formalidad que hizo sonreír á la jóven; papá me ha dicho que despues de comer no se debe jugar para que sienta bien la comida.

—Bien, señor, exclamó Agueda; pero ese descanso no hace falta cuando se ha comido tan frugalmente como nosotros.

—¿De veras?

—Sí, añadió Violante.

—¡Ah! prosiguió el niño, de modo que si me asegurais que no me ha de hacer daño.....

—Nó, Juanito.

—Entónces me voy á jugar con Pedro. ¿Por dónde se han marchado?

—Están detrás de aquellos árboles, le contestó Agueda, indicando al niño un grupo de tilos al lado opuesto al que se encontraban.

Juan fué á levantarse, cuando por aquel mismo sitio aparecieron seis hombres embozados en capas negras y con antifaces en el rostro.

El niño lanzó un grito de terror y se abrazó á Violante, mientras que Agueda, fingiendo no poder dominar su miedo, se levantó y echó á correr, desapareciendo detrás de los árboles.

El niño y la jóven quedaron solos, y se pusieron de pié.

La jóven palideció, pero hizo un violento esfuerzo para serenarse, y preguntó á los enmascarados qué se les ofrecía.

—Poca cosa, bella dama, exclamó el que parecia jefe de ellos, que era el mismo que hemos visto espiando el palacio de Lanuza; poca cosa, que os vengais con nosotros.

—¿Con vosotros?

—Sí.

—¿Y quién sois? ¿quién os manda?

—Somos unos hombres, y nos manda nuestro amo.

—¿Pero quién es vuestro amo?

—Un hombre como nosotros.

—¿Y á dónde quereis conducirnos?

—Al lado de ese hombre.

—Ah! ¿sabeis que mi padre es el hijo de D. Juan Lanuza?

—Pues precisamente porque lo sabemos nos hemos presentado. Si hubiérais sido otra cualquier mujer, os habríamos dejado tranquila.

Violante se estremeció, miró en torno suyo, y se vió sola con Juan rodeada de aquellos hombres en medio de un bosque, desde el cual nadie podía verla, é impulsada por su terror, comenzó á llamar á sus criados pidiendo socorro.

Pero ninguno acudió á sus voces.

—¡Ah! exclamó palideciendo, los miserables han huido, ó me han vendido infamemente.

—Sí, señora, exclamó uno de los enmascarados, para estas sorpresas se necesitan muchos cómplices.

—Tranquilizaos, añadió el que parecía jefe, ningún daño queremos haceros; y si nos seguíis sin oponer resistencia, os tendremos todas las consideraciones debidas, puesto que así se nos ha encargado.

—¡Pero Dios mío, á media legua de Zaragoza tal atropello, y siendo Justicia mayor D. Juan de Lanuza! Esto parece increíble.

—Un poco, es verdad; pero quien manda manda.

—¿Y quién es el infame que os manda á vosotros?

—Nuestro amo.

—¿Pero quién es?

—Venid y no tardareis en saberlo.

—¡Ah! seguiros.... jamás, jamás, contestó Violante con arrogancia y mirándolos altivamente.

Entónces, al ver su actitud, el jefe de aquellos hombres hizo un movimiento de cólera.

—Señora, exclamó, no hagais resistencia, porque podriamos haceros algun daño. Seguidnos, pues, voluntariamente, porque hemos venido por vos, y os llevaremos á pesar de vuestras súplicas y amenazas. No nos obligueis á poner las manos sobre vos para conduciros violentamente.

—¡Cielo santo! ¿pero qué se quiere de mí? exclamó Violante aterrada y estrechando al niño, que miraba á los enmascarados con ira más que con miedo.

—Señora, ya os hemos dicho que nuestra misión se reduce á conduciros á un coche, en el cual os espera nuestro amo.

—¿Pero quién es vuestro amo?

—Ya lo sabreis; por ahora nada más podemos decir.

Violante midió con una mirada la situación, y comprendió que la resistencia era inútil; porque ¿qué podría hacer ella y el niño Juan contra seis hombres?

Por un momento y no dudando de su camarera, resolvió entretener á aquellos hombres para dar tiempo á Agueda que llegase al palacio y pidiese socorro; así fué que por un instante guardó silencio, como si estuviese meditando el partido que debía tomar.

Pero aquellos hombres tenían prisa, bien por temor de ser sorprendidos, ó por deseo de concluir pronto, y uno de ellos empezó á murmurar, manifestando al que parecía jefe que concluyesen pronto, porque su amo estaba esperando y no debían hacerle aguardar mucho.

Estas palabras arrancaron á Violante su última aunque vaga esperanza de ser socorrida, y comenzó á exhalar gritos horribles tratando de huir; pero los miserables la rodearon y sacaron sus armas, que brillaron siniestramente á los rayos del sol.

Entonces la huérfana se detuvo, cogió al niño de la mano, y evitando ser tocada por aquellos hombres, que la inspiraban el temor de los reptiles, hizo un violento esfuerzo sobre sí misma para serenarse, y les dijo con altiva aunque aparente serenidad:

—No quiero luchar con vosotros, porque sería una locura. Concluyamos de una vez; conducidme á donde queráis, pero os advierto que seré vengada.

—Nada tememos. El que nos manda es poderoso, y él nos defenderá. Venid, señora.

—Vamos.

Y Violante echó á andar con paso no muy seguro, llevando al niño de la mano.

Entonces el que hacia de jefe se adelantó con fingido respeto.

—Perdonad, dijo á Violante; siento mucho tener que deciros que ese niño no puede acompañaros.

—¿Cómo! ¿pues qué vais á hacer con él?

—Conducidle á su casa con el mayor cuidado.

—¡Oh! eso sí que no lo consiento.

—Ni yo tampoco, repuso Juan mirando altivamente á los seis hombres y agarrándose al brazo de su hermana.

El jefe de los raptos pareció vacilar por un momento, dando á entender que no estaba muy acostumbrado á aquel oficio; pero después volvió á insistir en su idea de que el niño se separase de la joven.

—No quiero, exclamó la tierna criatura con decisión. Aunque me mateis no me separareis de mi hermana; no puedo defenderla, pero he de saber á donde quereis conducirla.

—Hijo mío, te llevaremos al lado de tu madre.

—Mi mamá no tiene ahora necesidad de mis cuidados. No quiero.

—Señora, exclamó el jefe, que empezaba ya á perder la paciencia, nos estáis haciendo desperdiciar un tiempo precioso, y esto ya es demasiado. Os hemos dicho que el niño no puede venir, y en vano os empeñais, porque entónces haré uso de la fuerza.

—¿Y os atreveréis á separarme violentamente de él?

—En seguida si no obedecéis.

—¡Qué horror!

—¡Sois unos infames! exclamó el niño con los ojos llenos de lágrimas, al ver que sus ruegos ni amenazas conmovían á aquellos hombres. ¡Ah! porque soy pequeño os burlais de mí. Si yo tuviera veinte años, no os llevaríais á mi hermana, ni me separaríais de su lado, porque os mataría con mi espada uno á uno.

—Es valiente el rapaz, exclamó uno de aquellos hombres.

—No desmiente la sangre que corre por sus venas, añadió otro.

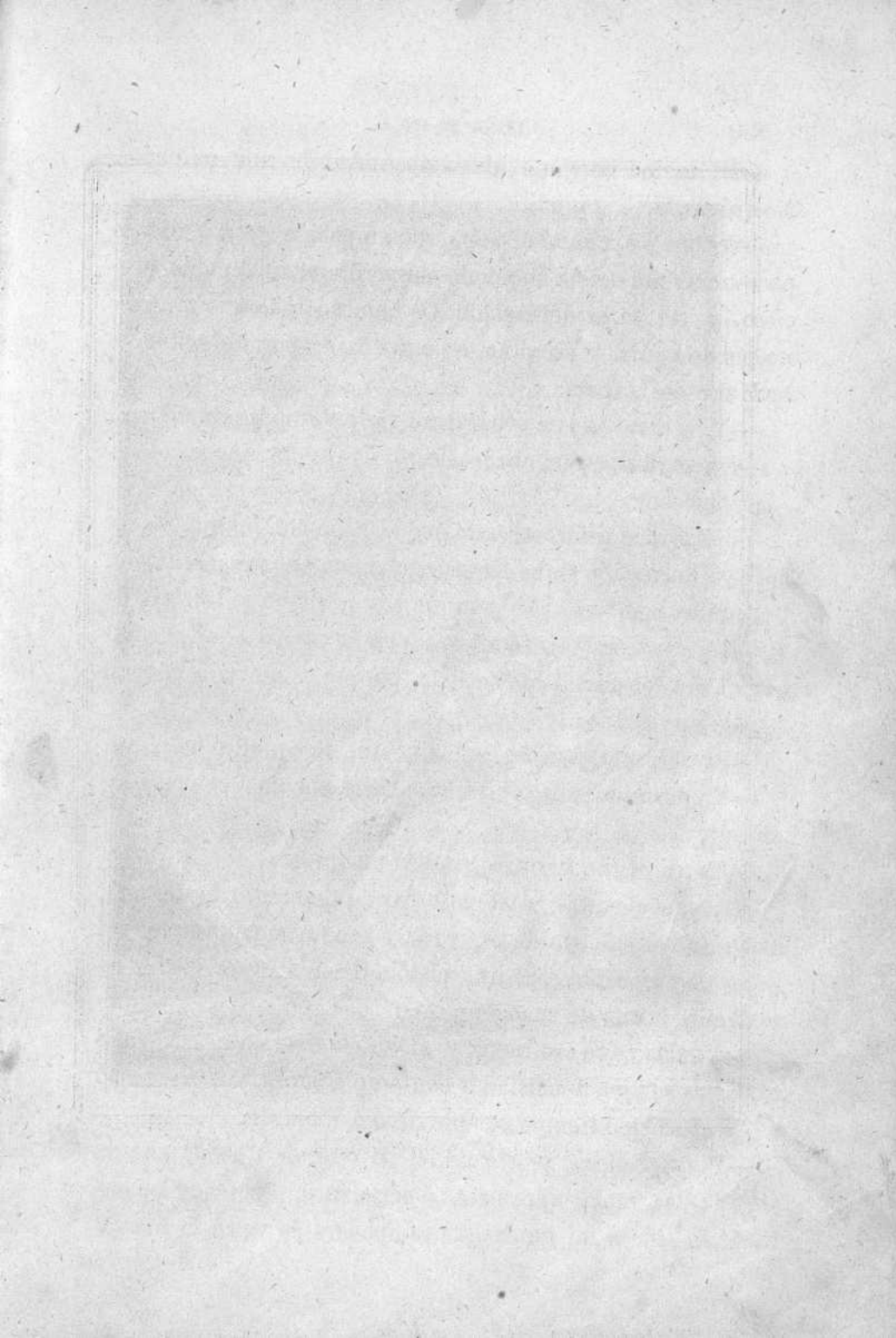
—Es un digno Lanuza, repitió un tercero.

Después de estas palabras hubo un momento de silencio, hasta que el jefe, ya desesperado y con ánimo de imponer á la jóven y al niño, sacó una pistola de su cintura, y dijo ferozmente á uno de sus cómplices:

—García, coge ese rapaz y llévatelo á su casa á la fuerza. Estas son ya demasiadas contemplaciones.

Y al mismo tiempo se aproximó á Violante.

—Y vos, señora, prosiguió, si no quereis que os suceda alguna desgracia, apresuraos á seguirnos, porque de lo contrario mando á mi gente que se apodere de vos á la fuerza.





Y exhalando un grito cayó desmayada sobre la yerba.

Violante, al ver la pistola en la mano de aquel hombre y al llamado García aproximarse bruscamente al niño, cogérle en brazos arrancándosele violentamente y desaparecer con él, no pudo dominar su terror, y exhalando un grito cayó desmayada sobre la yerba.

—¡Mil rayos! exclamó el jefe, este es un desmayo oportuno.... ¡Lástima que no le hubiera dado ántes! A ver, tres aquí; conducid al carruaje á esta buena chica con mucho cuidado, y los demás á sus puestos.

Con efecto, tres de los raptores cogieron á la desmayada jóven, y levantándola con respetuoso cuidado, echaron á andar seguidos de los otros dos.

Al mismo tiempo oíanse los gemidos de Juan, que era arrebatado por el otro hombre; pero sin duda le llevaba en brazos é iba corriendo, porque su llanto comenzó muy pronto á no percibirse, hasta que se extinguió completamente.

Al otro extremo del bosque y no léjos de un camino, veíase un carruaje tirado por cuatro mulas, y en él fué colocada la desmayada jóven.

Con el movimiento para colocarla en el coche volvió en sí y abrió los ojos lanzando un suspiro, lo cual hizo sonreír al jefe de los raptores, que la dijo con todo respeto:—

—Señora mia, vuelvo á deciros que os tranquiliceis y que no temais nada. Mañana á estas horas es muy posible que bendigais el disgusto que ahora os proporcionamos. Yo voy en el pescante; si algo necesitais, llama.

Y cerrando la portezuela con un pasador, subió efectivamente al pescante, y el carruaje echó á rodar velozmente.

El cobarde rapto ya se habia verificado; pero ¡cuánta sangre tenia que costar!

Violante al ver la pistola en la mano de aquel hombre y al llamado García aproximarse bruscamente al niño, corrió en brazos armados de él, y desahogado por el grito con él, no pudo dominar su terror, y exclamando un grito

CAPÍTULO VI.

— ¡Mi rayos! exclamó el niño, esto es un huracán y oportuno. ¡Pasadme que no le habéis dado antes! A ver, tres aplausos, conduid al carruaje a esta buena chica con mucho

El amor de D. Pedro Fajardo.

Con efecto, tres de los rayos cogieron a la desmayada y la levantaron con respetuosa curiosidad, echando a

A la misma hora que Violante era robada tan villanamente, el marqués de los Veléz entraba en el palacio de Lanuza y solicitaba de él una entrevista.

Un paje le introdujo en el gran salón de recibí, y después, por no hallarse D. Juan en el palacio, a la cámara de Constanza.

La hermosa dama estaba bordando en una labor de tapicería, y al ver entrar al marqués, se levantó y le salió al encuentro, estrechando su mano con la más afectuosa familiaridad.

— ¡Oh! marqués! marqués! le dijo, ¡seáis bien venido! y os doy gracias por tan grata sorpresa. No esperaba que hoy nos honráis tan temprano.

— ¡Gracias, amiga mía; pero debo confesaros con mi acostumbrada franqueza, que hoy no os debo agradecerme esta visita.

— ¿Cómo no? ¿qué os he hecho a vos?

— Hoy busco a D. Juan para un negocio mío.

— ¡Ah! cuánto lo siento entonces, señor marqués!

—¿Por qué?

—Mi esposo ha marchado á Zaragoza llamado por su padre.

—No he perdido nada, amiga mia; porque si bien me obliga esta circunstancia á volver otra vez con el mismo objeto, cábeme tanta satisfaccion hallarme á vuestro lado, que debo considerarlo como una dicha.

Constanza se sonrió.

—¡Ay! marqués, si alguien os escuchara, creería que vuestra galantería era una declaracion amorosa.

—Y lo es sin duda en el buen sentido de la palabra. Me encuentro tan feliz á vuestro lado en esta casa, que puedo aseguraros, amiga mia, que lo olvido todo.

—Sois un buen amigo, y al apreciáros como mereceis, no hacemos más que pagaros lo mucho que os debemos.

—Señora.

—Yo no puedo olvidar lo que hicisteis por mí, exclamó Constanza alargando su mano al marqués.

D. Pedro se inclinó y lanzó un suspiro, porque aquel recuerdo trajo á su mente el de Violante.

—¿Y tardará mucho D. Juan?

—Lo ignoro, porque no sé tampoco la verdadera causa de su viaje. Pero si es muy urgente lo que teneis que decirle y puedo yo manifestárselo.....

—Señora, repuso el marqués vacilando, no tengo por qué no revelar á vos lo que venia á decir á mi amigo; pero temo que os burleis, Constanza.

—¿Burlarme de vos?

—Sí, señora.

—¿Y por qué?

—Porque.... ¿qué diríais si os confesase que estoy locamente enamorado?

Constanza miró por un momento al marqués y después se echó á reír.

—¿Lo veis? prosiguió Fajardo, ya os estais riendo y aún no os he dicho casi nada.

—¡Dios me perdone, marqués! prosiguió Constanza sin dejar de reír; cierto es, muy cierto que me burlo, pero no de vos, sino de vuestros pobres temores.

—¿Luego creéis....
—Creo que nada hay más natural sino que esteis enamorado; sois soltero y teneis, puedo decíroslo sin temor, brillantes cualidades para ser correspondido.

El marqués de los Velez respiró con más libertad y estrechó las manos de la dama.

—¿Conque vos creéis, amiga mia, la dijo, que á pesar de mi edad y de estas canas, que son un corolario de aquella, aún puedo esperar ser amado?

—Ya se ve que sí.

—¿Aún cuando la mujer que yo ame sea mucho más joven que yo?

—Seguramente. Y si no es así, os aseguro que es muy descontentadiza.

—Señora, acordaos que vos....

—¡Oh! sois muy cruel y no olvidais ciertas cosas. Yo no correspondí á vuestro amor porque amaba á Juan. Si hubiera sido libre, habria aceptado complacida vuestra mano.

—Pero desde entónces acá han transcurrido once años y estoy ya muy viejo.

—Habeis perdido tan poco que....

—¿Luego creéis....

—Ya os lo he dicho. Si vuestra dama es libre, por muy jóven, por muy poderosa, por muy alta que sea su cuna, debe honrarse con vuestro amor. La modestia, amigo mio, es una de vuestras mejores cualidades; pero valeis mucho, marqués, yo puedo decíroslo sin rubor y sin lisonja.

—Gracias, Constanza, os aseguro que me habeis dado la vida.

—¿Pero no podemos saber el nombre de esa dama?

—Sí, señora; tengo que revelárosle, porque despues de pedir os consejo he de solicitar vuestro permiso.

—¿Cómo se llama?

—Es una niña pura y hermosa, añadió Fajardó con pasión, una criatura encantadora y angelical.

—Vamos, sois como todos los amantes. Adornais á vuestra dama con todas las cualidades más esclarecidas, y en verdad que todas debe poseerlas para ser digna de vos.

—¡Oh! no me confundais, amiga mia. Yo soy el que no la merezco, y por eso no me he atrevido á decirla nada.

—¿Ignora vuestro amor?

—Sí.

—¿Luego no sabeis si sois ó no correspondido? Entónces, ¿qué clase de consejo es el que solicitais, marqués?

—Escuchadme y comprendereis mis temores.

—¿Es más noble que vos?

—No lo sé.

—¿Es más rica?

—Nada creo que posea.

—Entónces no os comprendo, y aún sospecho que quereis reiros de mí.

—Libreme Dios de tal, mi querida amiga, repuso Fajardo gravemente; pero creo que esa dama vale tanto, que tengo miedo....

—¿La conozco yo?

—¡Oh! hace mucho tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Violante, señora.

Constanza miró al marqués asombrada verdaderamente; cualquier nombre esperaba, menos el que acababa de oír.

—¡Violante! repitió sin poder dar crédito á lo que oía.

—Sí, Constanza. Deciros cómo ha nacido mi amor, es imposible, porque yo mismo no lo sé. Sólo puedo aseguraros que al verla tan bella, tan pura, tan sola, porque no tiene en el mundo más proteccion que la de la caridad, mi corazón latió fuertemente, y viejo y todo, comenzó á soñar de nuevo. Cuando adiviné el estado de mi alma quise retroceder, y para dominarme dejé de venir, como habeis visto, pero fué en vano; el remedio no produjo efecto, y conocí que no podia vivir sin verla. ¡Ah! burlaros de mí, reiros, Constanza: un pobre viejo enamorado de una niña, y enamorado verdaderamente, es un espectáculo risible, pero no para mí, os lo aseguro. Nunca me he tenido por loco ni tarambana, he procurado siempre que la cabeza domine al corazón; pero es ley divina, cuando Dios dice *ama*, no hay otro remedio mas que amar.

El marqués se pasó la mano por la frente y lanzó un suspiro; despues apoyó la cabeza en sus manos y continuó silencioso, miéntras la esposa de Lanuza le contemplaba conmovida y demostrando el más afectuoso interés.

Trascurrido un momento de silencio, dijo ésta por fin al marqués:

—Amigo mio, os he escuchado con atencion, y muy distante en mi ánimo de burlarme de vuestro afecto. estoy dispuesta á servirlos. ¿Qué quereis de mí?

—Nada, señora, nada más que un consejo.

—¿Quereis que hable á Violante?

—¡Oh! nó....

—Entónces....

—La amo demasiado para querer deberla á nadie más que á ella misma.

—¿Pero estais decidido á casaros con una niña pobre que no tiene padres conocidos?

—Nada de eso puede influir en mi amor.

—Pues bien, ¿quereis que aproveché en obsequio vuestro la influencia que tengo sobre Violante?

—¡Ah! ¿sin violentarla?

—Ciertamente. Yo tambien la quiero demasiado para obligarla á aceptar un esposo aborrecido.

—En ese caso acepto y os doy las gracias, amiga mia. Además, tambien desearia otra cosa.

—Decid, marqués.

—Informaos con vuestro claro talento si Violante ha entregado ya su corazon. Mucho me temo que sea así.

—Sobre este particular puedo aseguraros que nada sé, aunque tanto mi esposo como yo hemos tratado de saberlo.

—La tristeza de Violante es para mí muy significativa.

—Y lo mismo para nosotros, y ved aquí la causa de nuestros temores y sospechas.

—¿Y nada habeis conseguido?

—Si hemos de creer á esa pobre niña, no ama á nadie, pues cuantas veces se lo hemos preguntado, otras tantas nos ha dicho que nó.

—¿Y vos qué creéis?

—Que en eso miente. Y aún hay más; creo que su tristeza tiene por causa la soledad en que vive. Se halla precisamente en la edad de los amores, de los sueños, y como tiene talento conoce que su posicion la obliga á rechazar toda idea de matrimonio, porque es muy altiva, y no podría sufrir que el hombre á quien diera su mano la arrojase algun dia al rostro la oscuridad de su origen.

—¡Oh! eso indica un alma elevada.

—Y la tiene, mi querido amigo. Es digna de un porvenir brillante, y quiera el cielo seais vos el que se le proporcione, porque no sabeis cuánto me alegraría.

—¡Oh! trabajad en mi favor, Constanza.

—Perded cuidado, ya sabeis cuánto os aprecio, y no solamente yo, sino tambien mi esposo, procuraremos averiguar la impresion que habeis causado en Violante.

—¡Oh! entónces os deberé la felicidad de toda mi vida.

—Y nosotros la satisfaccion de haber asegurado el porvenir de esa niña que tanto queremos, librándonos al mismo tiempo de los compromisos que nos crea con su hermosura. Y á propósito de esto, voy á pedir os un favor.

—Hablad, disponed de mí.

—No sé si habreis adivinado que D. Rodrigo de Almenara galantea á Violante.

—Lo presumia, exclamó Fajardo palideciendo; pero ¿y ella?

—Nada temais. Violante no le ama, no puede amarle.

—¡Oh! ¿de veras?

—¿A qué habría de engañaros, marqués?

—Perdonad....

—Estais perdonado; pero dejadme proseguir. La pobre niña padece mucho con la continua persecución de ese jóven, porque tiene de atrevido todo lo que le falta de caballero, y más de una vez me ha suplicado que hable á mi esposo para que haga desistir á D. Rodrigo de sus pretensiones. Ya conoceis que esto sería provocar un conflicto entre el marqués de Almenara y Juan. Los dos ya se aborrecen bastante para añadir más leña al fuego de su odio, y como Almenara quiere tanto á su hijo, estoy segura que provocaria una desgracia. Es cierto que mi esposo nada puede temer; pero tengo miedo al virey, porque es hechura de Felipe II, y ya sabeis con qué objeto.

—Discurris acertadamente, señora.

—Almenara aborrece á mi esposo, no tanto por esa antipatía que al vicioso produce la virtud, cuanto porque mira en él un ardiente defensor de los fueros de Aragon y un presunto heredero del cargo de Justicia, que tanta sombra le hace.

—Es verdad.

—Pues bien, por estas razones nada he querido decir á Juan; pero vos no estais en este caso. Sois amigo de Almenara, os hospedais en su compañía, habeis traído á Aragon una mision oficial que os coloca por encima del virey, sois el favorito de Felipe II, y todo esto hace que el marqués os considere y respete como debe respetaros. Pues bien, habladle de las atrevidas pretensiones de su hijo, y decidle que se oponga á ellas. Nadie mejor que vos puede

hacerlo, y nadie como vos está más interesado en que don Rodrigo no vea en Violante una joven vulgar y sólo digna de culpables y deshonrosos devaneos. —

—Perded cuidado, señora, exclamó el marqués de los Velez, hablaré á Almenara y al mismo Rodrigo, y si es preciso, si Violante acepta mi amor, le diré que se guarde muy bien de acordarse de ella, pues la he elegido para esposa.

—¡Oh! entónces desistirá. —
—Es muy posible, porque de lo contrario podría sucederle alguna desgracia.

—Pero es que yo no quiero comprometeros.

—Nada temais.

—Recordad que el marqués de Almenara ama á su hijo con vehemencia.

—No importa. Tengo medios para hacerme respetar y hacer desistir á D. Rodrigo de sus venales pretensiones, toda vez que ni es amado, ni es su nombre el que ha ofrecido á Violante.

—Constanza fué á darle las gracias, pero la puerta de la cámara se abrió, y apareció en ella Juan de Lanuza con un papel en la mano y el rostro radiante de alegría.

—¡Pues bien, por estas razones nada ha querido decir á Juan, pero vos no estáis en este caso. Sois amigo de Almenara, os hospedáis en su compañía, habéis tratado á Almenara una misión oficial que os coloca por encima del nivel, sois el favorito de Felipe II, y todo esto hace que el marqués se considere y respete como debe respetar. Pues bien, hablando de las tretas y pretensiones de su hijo, y de todo que se oponga á ellas. Nada mejor que vos puede

«Queridos padres y hermanos: Me apresuro á participaros una buena nueva. Es posible que dentro de tres ó cuatro meses parta para España á buscar un esposo, pues es probable que tenga á mi sobrino, para tratar con el rey D. Felipe un importante negocio de Estado.

«Antes de salir de aquí ya volveré á escribirlos, participándoles la buena noticia. Una alegría y un sentimiento. Vosotros salid á recibirme algunas leguas de Vitoria.

—¡Querida mia, querida mia, ella viene! gritó Lanuza sin saludar al marqués.

—¿Quién? exclamó Constanza saliéndole al encuentro, ¿mi madrina?

—Sí, la persona que más quiero despues de tí.

Y reparando entónces en Fajardo, añadió dándole su mano: —

—Perdon, marqués, pero es tanta mi alegría porque voy á ver á mi querida hermana despues de diez años de separacion, que no sé lo qué hago ni lo qué digo.

—Tambien yo tendré una satisfaccion en saludar á la ilustre reina de Hungría, y os doy la más afectuosa enhorabuena.

—¿Pero cuándo viene? preguntó Constanza impaciente.

—Lee esta carta que acabán de recibir mis padres.

—¿Es suya?

—Lee, lee.

Constanza cogió el pergamino, y leyó lo siguiente:

«Buda 6 de Noviembre año de J. C. 1589.

»Queridos padres y hermanos: Me apresuro á participa-
»ros una buena nueva. Es posible que dentro de tres ó cua-
»tro meses parta para España á daros un abrazo, pues es
»probable que tenga que acompañar al archiduque Alberto,
»mi sobrino, para tratar con el rey D. Felipe un importante
»negocio de Estado.

»Antes de salir de aquí ya volveré á escribiros, partici-
»pándoos la fecha cierta de mi salida, pues quiero que todos
»vosotros salgais á recibirme algunas leguas de Zaragoza.

»¡Ah! ¡no sabeis cuánto tenemos que hablar, y cuánto,
»cuánto he de deciros!

»Adios, mis queridos padres y hermanos. Fernando os
»saluda y os envia igualmente sus recuerdos.

Blanca..»

—¡Magnífico! exclamó Constanza, loca de alegría; la ve-
nida de mi madrina va á producir grandes cambios en la
corte del rey, y mi pobre hermano será puesto en libertad,
porque se interesará por él con Felipe II.

—Así lo espero, repuso Lanuza. Blanca tiene muchos mo-
tivos de queja contra Perez, pero es generosa, y se compa-
decera del pobre perseguido.

—Amigos míos, añadió Fajardo, no sabeis cuánto me
alegro saber de Doña Blanca, y sólo siento no poderla salu-
dar aquí en el seno de su familia.

—¿Y por qué nó?

—Porque aún no se sabe cuándo vendrá, y el día ménos
pensado puede llamarme el rey. Pero no importa, de todos

modos yo tambien os prometo hablarle por mi pobre amigo Antonio.

—¡Oh! gracias, Fajardo.

—Y es muy posible que consigamos alguna cosa. Vuestra noble hermana, amigo Lanuza, goza en la corte de Felipe II de un gran prestigio, y sé que el rey la consulta con alguna frecuencia. Casi puedo deciros el negocio de Estado que obliga á Doña Blanca á venir á Madrid con el archiduque, pues no es un misterio para nadie que el heredero de Rodolfo II ama apasionadamente á la infanta Isabel Clara, siendo por ésta correspondido. El rey no mira con muy buenos ojos este enlace, pues entra en su política casarla con el rey de Francia, y como Doña Blanca quiere tanto á su sobrino, vendrá con él para realizar su boda.

—Y lo conseguirá si se empeña, dijo Constanza.

—Ya lo creo, añadió Fajardo; Doña Blanca es la única persona que tiene alguna influencia con Felipe II, y además, preciso es convenir que en este asunto la razon está de su parte. ¿A qué buscar por medio del matrimonio de la infanta con el rey de Francia la alianza de este país, cuando casándola con el archiduque se consigue la union y solidaridad de intereses entre Alemania y España, que son los imperios más dilatados?

—Ciertamente que sí, exclamó Lanuza.

—Además, prosiguió el marqués, la venida de vuestra noble hermana puede quizás salvarnos de un peligro, porque no puedo ocultaros que, tanto vuestro padre como vos, caminais sobre un abismo en el negocio de Antonio Perez.

—¡Dios mio! ¿qué peligro amenaza á mi esposo? gritó Constanza alarmada.

—Soy el amigo más sincero que teneis, prosiguió Fajardo, y no puedo ni debo ocultaros lo que hay. Si vuestro padre como Justicia mayor de Aragón concede á Antonio Perez el beneficio de la manifestacion, se pierde, y con él las libertades aragonesas.

—Felipe II no se atreverá á tanto.

—Felipe II se atreve á todo, ya os lo he dicho otras veces, y hoy os lo repito. Si Perez es recibido en Zaragoza, el rey hollará vuestros fueros.

—Pues bien, exclamó Lanuza con noble entusiasmo, os juro que no he de ser yo el que haga á mi padre desistir de su noble propósito, y os juro contribuir á que Antonio sea manifestado, si más feliz que la otra vez, logra fugarse de su prision. Mi padre ha encanecido en el cumplimiento de sus deberes, y no retrocederá; y en cuanto á mí, ya me conocéis bastante para dudar de mis intenciones.

—¡Pero Dios mio! exclamó Constanza aterrada, ¿tan grave es el peligro que nos amenaza?

—No tanto, añadió el marqués, ya arrepentido de haber suscitado aquella cuestión; esperemos que Doña Blanca lo arregle todo, que es lo más probable, y si no de algo hemos de servir los amigos. Tranquilizaos, Constanza; por ahora ese peligro no está próximo ni es seguro.

Después de estas palabras hubo un momento de silencio, pero fué interrumpido por la repentina entrada del niño Juan, que apareció en la sala llorando y seguido de la atónita y asombrada servidumbre.

Todos volvieron la cabeza, y la madre, al ver á su hijo con los vestidos desgarrados, llorando y solo, se precipitó hacia él desalada y loca.

—¡Hijo de mi vida! ¿qué te ha sucedido?

—A mí nada, madre mia, exclamó el niño, pero á Violante sí.... ¡pobre Violante!

—¿Qué ha pasado á Violante? preguntó Fajardo con angustia.

—Unos hombres negros se la han llevado.

—¿Qué dices! gritó Lanuza.

—¡Dios mio! exclamaron Constanza y el marqués.

—¿Y á dónde se la han llevado? preguntó Juan.

—No lo sé, papá. Estábamos en un bosquecillo almorzando, cuando aparecieron unos hombres con caretas. Entonces Agueda y los criados huyeron y nos dejaron solos á Violante y á mí con los ladrones. Despues se han llevado á mi hermanita, y uno de aquellos hombres me cogió, y á pesar de mis esfuerzos, me echó al hombro y me ha traído hasta cerca de la verja.

—¿Y despues?

—Despues ha echado á correr como un ciervo, y yo he llamado á Luis y Federico.

—¡Ah! nos han robado á Violante, exclamó Constanza deshaciéndose en lágrimas.

—Sí, repuso Lanuza sombríamente, nos la han robado; pero ¡ay del desgraciado raptor! pues juro que he de castigar su villanía aunque fuera el príncipe de Asturias.

—¡Oh! y yo juro matarle como un perro.

—Pues bien, exclamó Lanuza dirigiéndose á los criados, vosotros idos y preparad dos caballos para marchar en seguida; y vos, marqués, ayudadme á buscar á Violante.

—Soy vuestro en cuerpo y alma. ¿Pero no sospechais de alguna persona?

—Nó.

—Pues yo sí.

—¿Y en quién recaen vuestras sospechas?

—Permitidme ocultároslo, en la persuasión de que, si no me equivoco, pronto volverá Violante á esta casa.

—¿Pero quién la habrá robado? exclamó Constanza.

—Algun amante despreciado, señora, contestó el marqués con intencion.

—¡Ah! repuso la esposa de Lanuza comprendiendo á don Pedro, pues bien, marchad y traedme á mi hija.

—Perded cuidado, añadió el marqués; os juro por la cruz de mi espada que he de encontrar á Violante, y que he de castigar en su raptor tan villano atrevimiento.

—Y yo te juro tambien, esposa mia, añadió Lanuza, no dejar en Zaragoza piedra sobre piedra hasta encontrarla: lo primero que voy á hacer es ir á casa de mi padre para que nos ayude en nuestras pesquisas. Vámonos, amigo mio.

Y acercándose al pequeño Juan, le abrazó y besó en la frente, diciéndole para consolarle:

—Hijo mio, no llores, que los hombres no deben llorar nunca, y con tu llanto afliges más á madre. Tranquilízate, que muy pronto volverás á ver á tu hermanita. Adios.

El marqués entretanto habia estrechado la mano de Constanza, y la decia bajando la voz:

—Sospecho de Rodrigo de Almenara, y ahora mismo voy en su busca.

—¡Oh! yo tambien.... traedme á Violante, y defendedla como si ya fuera vuestra esposa.

Dichas estas palabras, los dos caballeros montaron en sus caballos y salieron en direccion de Zaragoza.

Al cabo de una hora de viaje, Violante dejó de llorar y quiso manifestarse fuerte y digna con sus lágrimas. —

CAPÍTULO VIII.

Lo que fué de Violante. —

El coche en que fué conducida Violante, era un magnífico carruaje tirado por cuatro mulas que le llevaban á escape, rodeada por una nube de polvo.

Guarnecido interiormente de seda, las persianas eran de cristales de colores, sin duda para evitar que la jóven pudiese ver á través de ellos el sitio por donde la llevaban y adivinar tal vez el objeto de su viaje.

Segun la magnificencia del carruaje, Violante, cuando volvi6 en sí y pudo serenarse, supuso que su raptor era muy rico, lo cual la hizo estremecer, porque la riqueza en poder de un infame es el elemento más corruptor y terrible de la sociedad.

La pobre niña lloraba y se lamentaba tristemente, sin que sus lágrimas pudieran interesar á nadie ni sus lamentos conmoviesen á sus raptores, y llena de pena, se estremece al considerar el peligro que la amenazaba y la inquietud que en aquellos momentos reinaria en el palacio de Lanuza.

Además, otro pensamiento triste y desgarrador la abru-

maba también. Ignoraba la suerte que habría cabido al niño, y aún cuando no podía creer que le hubieran causado ningún mal, no sabía dónde podrían haberle conducido.

Al cabo de una hora de viaje, Violante dejó de llorar y quiso manifestarse fuerte y decidida, ya que con sus lágrimas nada podía conseguir.

Enjugó los ojos y murmuró con acento enérgico:

—Lucharé con todas mis fuerzas para recobrar la libertad que tan injustamente me han arrebatado.

Impulsada por este pensamiento la hermosa niña, fué á abrir una de las persianas para respirar el aire y ver si conocía el camino por donde iba, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque como ya sabemos, la persiana tenía echada por la parte exterior un pequeño pestillo.

Al convencerse de su debilidad, Violante se retiró al fondo del carruaje y se recostó en su guarnecido, completamente desalentada.

El coche siguió rodando rápidamente por espacio de dos horas, y volvió á detenerse para mudar el tiro.

Entonces el jefe de los raptos abrió la portezuela y preguntó á Violante si quería comer, pues eran ya las cinco de la tarde.

—¡Oh! nada quiero, respondió altivamente la huérfana. Sólo deseo que me volvais al palacio de D. Juan de Lanuza, donde hace ya muchas horas que debía estar.

—Perdonad, la dijo el enmascarado, no son esas las órdenes que he recibido, señora.

—Así lo supongo, pero entonces dejadme tranquila, pues no quiero tomar alimento.

—Señora....

—Primero me moriré de hambre.

El enmascarado nada dijo, pero tomó de uno de sus compañeros una pequeña cesta y la colocó en el carruaje á los piés de la jóven.

—Haced lo que gustéis, la dijo friamente; pero se me ha encargado que os trate con las mayores consideraciones, y debo hacerlo. En esa cesta encontrareis fiambres, pastas y dulces, así como una ó dos botellas de exquisito vino. Cumplo con mi deber trayéndooslo; si lo rechazais, peor para vos, señora.

Y el hombre, despues de decir estas palabras, se separó de la portezuela y cerró el carruaje, volviendo á echar el pestillo.

Dos minutos despues, el coche volvió á rodar.

—¡Dios mio! gritó la infeliz Violante, ¿habrá una mujer más desgraciada que yo? ¿Y todavía quieren que coma? ¡Ah!

Y sin hacer caso de la cestilla, la empujó bruscamente con el pié al fondo del coche.

Con el golpe se abrió, esparciéndose su contenido y rodando dos platos de plata, que llamaron la atencion de la huérfana por el escudo grabado que tenían en su centro.

Entónces cogió uno para examinarle, y vió que el escudo de armas lo componía una barra de azur en campo de gules con estrellas, surmontado con una corona de marqués.

La pobre niña no conocia mas que al marqués de los Velez y al de Almenara, y sus sospechas recayeron en estos. Ignoraba el escudo que correspondia á cada uno de ellos, pero creia recordar que el perteneciente al de los Velez era un leon de oro en campo de plata con una co-

rona de azur, y tomando este vago recuerdo como una evidencia ó un hecho consumado, empezó á estremecerse al considerar que era indudablemente su raptor el mismo don Rodrigo de Almonara.

Fija en esta idea, tantas y tantas vueltas la hizo dar por su imaginacion, con tal insistencia se apoderó de su mente, de tal modo hirió su pecho, que la pobre niña, débil aún á causa de su enfermedad, agitada, convulsa, fué acometida de un fuerte parasismo que la hizo caer sobre el asiento.

El coche siguió rodando otras dos horas, y la jóven sin dar señales de vida.

Llegaron á otro sitio para volver á mudar el tiro, y el enmascarado, apeándose del pescante, volvió á abrir la portezuela.

La noche ya habia cerrado y estaba negra y oscura.

—¿Necesitais algo, señora mia? dijo á Violante, sin ver que se hallaba desmayada.

Hubo un momento de silencio, hasta que el hombre se cansó de esperar respuesta.

—¿No quereis contestarme, señora?

Igual silencio.

—¿Estais durmiendo acaso? añadió ya con enojo.

Pero el mismo silencio le respondió.

—¡Ah! ¡diablo! exclamó poniendo el pié en el estribo para examinar el fondo del carruaje, no puede haberse escapado, porque las persianas estaban cerradas.... ¿Pero qué es esto? añadió tocando á Violante y reconociendo que se hallaba tendida en el fondo del coche, ¿se habrá muerto acaso? Esto sólo nos faltaba. ¡Eh, muchachos, luces pronto, pronto!

Y cogiendo á la huérfana, la incorporó sentándola nuevamente.

—¡Ah! respira, exclamó colocando su mano en el seno de Violante. Vive aún.... traed un poco de agua.

Uno de sus compañeros le dió una pequeña cantimplora, y rociando con agua el pálido rostro de la jóven, ésta lanzó un tenue suspiro.

—¡Animo, señora mia! la dijo el enmascarado; colocaos bien en el asiento y tratad de volver en vos. ¡Qué diablos! los males de este mundo no son nunca tan grandes como nos parecen. Tranquilizaos.

Y encendiendo un farolito, que sin duda preventivamente habia sido fijado en el techo del carruaje, se sentó frente á la jóven, mandando á sus compañeros que acelerasen la marcha.

El carruaje volvió á rodar velozmente.

Despues de algunos momentos de abstraccion, la pobre niña fué poco á poco volviendo en sí, y comprendiendo que nada tenia que temer de su acompañante, pudo mirarle y contemplarle en silencio.

El aspecto de aquel hombre era ciertamente tranquilizador, y no revelaba ni en su traje ni en la parte visible de su rostro, la profesion que Violante le habia atribuido; la de bandido.

Al cabo de unos diez minutos, el enmascarado sacó de la cesta una fuente de plata con un pastel de anguila, cortó de él un pedazo y llenó de Jerez una de las copas.

Hecho así, dijo á Violante:

—Comed, señora, estais desfallecida, y este vinillo os reanimará; comed y hablaremos.

—¿Pero quién sois y á dónde me llevais?

—Comed y os lo diré, mi buena señora.

—¿Me lo direis si acepto?

—Sí, os lo juro.

La jóven, aunque con visible repugnancia, tomó un pedacito del pastel y bebió un poco de vino.

—Hablad, dijo en seguida al enmascarado, hablad pronto.... sacadme por Dios de esta horrible duda.

—Preguntadme.

—¿Quién sois?

—Una persona que está obligada á obedecer.

—¿Por qué me habeis arrebatado de mi familia?

—Por obedecer á quien tiene sobre mí derecho de vida y muerte.

—¿Y á dónde me llevais?

—A la casa de un hombre que os adora y que se muere de amor por vos.

—¿Quién es ese hombre?

—No puedo deciroslo.

—¿Entónces para qué me habeis engañado?

—Señora, os he dicho ya más de lo que debía. Sabed que se me ha prohibido dirigiros la palabra.

—¿Quién os lo ha prohibido, vuestro amo?

—Sí, señora.

—¡Ah! cruel y villano es ese caballero.

—Señora...

—¡Oh! decidme su nombre.... sólo su nombre; ¿qué os importa revelármele, si ya estoy en vuestro poder y dentro de algunas horas he de ver á quien os manda?

—Sí, es verdad; pero lo único que puedo deciros, es que

lleva sobre su frente una corona de marqués, y es uno de los más nobles y poderosos caballeros de España, tanto por sus riquezas, como por el favor que goza con D. Felipe II.

Estas palabras hicieron estremecer á Violante, porque la recordaron nuevamente á D. Pedro Fajardo. Con efecto, ¿quién otro habia de ser su raptor que el marqués de los Velez? ¿no era marqués? ¿no era favorito de Felipe II? ¿no era el noble más poderoso de España? ¿á quién, sino á él, podian convenirle aquellos detalles?

Ahora bien, bajo este supuesto, la conducta de Fajardo demostraba á Violante que estaba apasionado por ella, y este descubrimiento inundó su alma de alegría. Es cierto que aquel rapto le parecia un absurdo en las ideas del marqués; pero cuando se fijaba en esta circunstancia trataba de disculparle, y hasta le encontraba digno de perdon en un hombre enamorado. ¡Así es el corazon humano!

La jóven tenia conciencia que se ejercia con ella una violencia infame é indigna, pero ejecutada por el hombre que tanto amaba, le parecia más perdonable, considerándolo como una locura más que como un crimen, y suponiendo desde luego que al marqués sólo le habria llevado, al arrebatarla de su familia, la idea de obligarla á que le amase, pero de ningun modo la de abusar de su posicion.

Estas reflexiones y otras muchas de la misma índole que omitimos por no hacernos molestos, tranquilizaron algun tanto á Violante, si bien no podia considerarse dichosa, porque su reputacion habia sufrido con aquel rapto un golpe terrible y su querida familia otro no ménos doloroso.

Algun tanto más tranquilizada, suplicó al enmascarado

que guardase silencio, y de este modo continuaron el resto del camino.

El carruaje detúvose por fin, y su compañero de viaje se apeó del coche.

—¿Hemos llegado ya? preguntó la jóven impaciente y deseando adquirir la certeza de que su raptor era el marqués.

—Sí, señora, la dijo aquel hombre ofreciéndola su brazo para que se apoyase en él. Venid, el amo os espera.

La huérfana aceptó conmovida y sonrojada el brazo del enmascarado, y con él atravesó un jardín inmenso, un peristilo magnífico y un patio con columnas, sin más compañía que la de aquel hombre y sin más luz que la del farol que éste llevaba.

Después subieron por una magnífica escalera, y penetraron en varios salones alhajados con el mayor gusto.

Violante miraba todo aquello con cierto temor no exento de placer, pero sus dudas desaparecieron ¡pobre niña! cuando al entrar en una cámara, que era la que se la había destinado, vió á una anciana y reconoció en ella á su camarera.

La presencia de Agueda la tranquilizó. Ya no podía caberle duda; su raptor era el marqués de los Velez, pues sólo á él se le habria ocurrido colocar al lado de la jóven á su más querida y honrada camarera.

Al llegar á aquella sala, el enmascarado soltó el brazo de la jóven y la dijo inclinándose respetuosamente:

—Señora, aquí concluye mi misión. El señor marqués no estará en el palacio cuando no ha salido á recibiros; pero mañana si le veis, os suplico le hagais presente la conducta que he seguido con vos.

—Así lo haré, le contestó la jóven; podeis retiraros.

Y arrojándose en brazos de su camarera, no pudo contener su emoción y comenzó á llorar.

—Vamos, vamos, mi querida hija, la dijo Agueda, tranquilizaos y no os alarmeis por tan poca cosa. Mi presencia debe indicaros que...

—¡Oh! en este momento, mi buena Agueda, no llore por mí, sino por mis queridos padres.

—No tardarán en tener conocimiento de ellos. —¿Y cómo recibirá D. Juan de Lanuza la noticia de mi rapto? ¿Perdonará al marqués esta violencia?

—Ya lo creo, mucho más cuando el marqués es tan noble y los quiere tanto.

—¿Y por qué en vez de arrebatarme del lado de mi familia no les ha descubierto su amor?

—Porque cree que vos no le amareis nunca.

—¡Ah! ¿eso cree?

—Ciertamente, señora.

—¡Dios mío! ¿no ha conocido lo contrario?

Agueda, que todavía no había comprendido la causa de la tranquilidad de Violante, la miró con cierto asombro.

—Sí, Agueda, sí, prosiguió diciendo, amo al marqués tanto como él á mí, y estoy segura que mi familia habría aceptado su amor, y hoy... hoy no sé lo que pasará. — Un rapto siempre es odioso.

—¿Pero vos le perdonais?

—Le amo demasiado para no ser indulgente.

—¿Tanto le amais, hija mía?

—¡Oh! con toda mi alma.

—¡Ah! si él lo hubiera sabido...

—¿Y tú estabas en el complot?

—Perdonadme, hija mia, però no pude resistir á sus ruegos, y además por protegeros y...

—Gracias, Agueda, gracias, Dios te lo pague. Contigo nada puedo temer, porque me quieres mucho.

—Pues ya lo creo, hija mia. ¿No sabéis que hace ya ocho años que estoy en vuestra compañía?

—¿Y el marqués de los Velez, no vendrá hasta mañana?

—¿El marqués de los Velez?

—Sí, el enmascarado que me ha traído lo ha dicho así, ¿no se lo escuchaste?

Agueda se quedó pensativa, porque comenzó á adivinar el error de la jóven; pero se guardó muy bien de desengañarla.

—Sí, sí, la contestó sonriéndose maliciosamente; esta noche el señor marqués ha ido á Zaragoza, porque como sabéis, tiene allí sus negocios, y además porque quiere dejarnos descansar hasta mañana. Así pues, hija mia, venid, este es vuestro lecho y en aquella habitacion está el mio.... acostaos, descansad y procurad dormir. Yo guardaré vuestro sueño y.... tranquilizaos, ántes de tres dias estareis con vuestra familia, y el señor marqués de los Velez habrá ya pedido vuestra mano.

—¡Oh! mi buena Agueda, si Dios te escuchase....

—¿Pues no me ha de oír? ¿Es acaso algun imposible?

—No ciertamente, pero....

—Vaya, vaya.... á dormir, hija mia y hasta mañana....

Y Agueda besó con cariño á Violante en la frente.

Media hora despues, la inocente criatura dormia dulcemente, y todo el palacio se hallaba sumido en el más profundo silencio.

CAPÍTULO IX.

Un padre y un hijo.

A las diez de la mañana del siguiente día, deteníase un carruaje á la puerta del palacio de Almenara, y se apeaba de él el viejo é infatuado virey de Aragon.

Su rostro, siempre pálido y enjuto, expresaba en aquel momento la innoble pasion de la cólera, y sus ojillos, verdes como los del buho, brillaban fosfóricamente en sus profundas cavidades.

Sin saludar á los criados, que salieron á recibirle, subió precipitadamente la ancha y espaciosa escalera que conducia á las habitaciones, y siempre en silencio atravesó varias cámaras, hasta que llegó á la que solia ocupar durante su permanencia en la quinta.

Entónces se quitó el sombrero de fieltro con pluma que cubria su cabeza, descinóse la espada, quitóse la capa, que arrojó sobre un escabel, y dijo al criado que le habia seguido, el cual permanecia de pie á la entrada de la habitacion:

—Mendo, ¿está mi hijo en el palacio?

—Sí, señor.

—Pues avisale para que se me presente inmediatamente.

Mendo, que no era otro que el jefe de los raptos de Violante, se inclinó con respeto, y no muy tranquilo salió á cumplimentar la orden del virey.

Poco despues D. Rodrigo se presentó á su padre.

En el rostro del mancebo pintábase la más terrible inquietud, y podíase leer en él el disgusto que le causaba la repentina é inesperada visita de su padre.

D. Iñigo de Mendoza miró á su hijo por algunos momentos, y despues le dijo con voz de mando:

—Cerrad aquella puerta, D. Rodrigo, y venid á sentaros á mi lado. Tengo que hablar con vos de un asunto muy importante.

El jóven obedeció al caballero.

—Muy bien, prosiguió el marqués de Almenara; ahora escuchadme, D. Rodrigo. Ayer me habeis dado un grave disgusto, poniéndome en un compromiso más grave todavía. Ayer ha desaparecido del palacio del hijo del Justicia la jóven Doña Violante, á quien vos amais como un necio, y es preciso que me digais qué habeis hecho de esa jóven.

D. Rodrigo palideció levemente.

—Señor, murmuró, ántes de contestaros permitidme os haga una pregunta.

—Hacedla.

—¿Quién sois en este momento, el virey de Aragon, ó el marqués de Almenara mi querido padre?

—El virey de Aragon, ó lo que es lo mismo, vuestro juez.

—¿Y de qué me acusais?

—Del rapto de Doña Violante.

—Señor, ya sabéis que la amo, repuso el jóven con firmeza.

—Lo sé, replicó Almenara; sé que amais á Doña Violante como un niño loco, pero antes que amante y que niño sois el heredero de Almenara, y el hijo de un noble no roba villanamente doncellas....

—Señor....

—Silencio, D. Rodrigo. Habeis cometido un crimen que debia castigar severamente; pero no os doy más que una pena. Pasado mañana, Doña Violante ha de ser restituida á su familia. D. Juan de Lanuza y el marqués de los Velez andan revolviendo á Zaragoza para encontrar á esa jóven, y su estancia en este palacio nos compromete. Ya sabéis que odio á D. Juan de Lanuza, al hijo como al padre; ya sabéis que aborrezco á D. Pedro Fajardo, y aunque como hombre he tenido un rato de satisfaccion al tener noticia de vuestro atrevimiento, como autoridad no puedo consentirlo. Pasado mañana, pues, devolvereis esa jóven á su familia.

—Pero señor....

—No admito réplicas.... Si la amais, tratad de haceros amar, yo no os lo prohibo; si no lo conseguís sereis un torpe, un mentecato, y no puedo consentir que abuseis de vuestra posicion. ¿Por ventura sois ya algun niño sin experiencia en las lides de amor, ó quereis vencer sin haber combatido?

—Señor, no he hecho más que empezar el combate....

—¡Ah! habeis inaugurado con una traicion vuestra amorosa campaña; ¿y creéis nobles esas armas?

—Nó, padre mio....

—Pues entónces....

—Perdonad, pero amo tanto á Violante, que si me concedis vuestro permiso....

—¡Silencio!... no me habéis de ese descabellado matrimonio. ¿En tan poco os estimáis, D. Rodrigo, para dar vuestro nombre á una mujer sin fortuna, que puede muy bien ser la hija del verdugo?

—¡Oh! callad.... sois inflexible, señor.

—Y lo seré. Por otro lado no ignorais mi enemistad con su familia; y sabedlo de una vez para siempre.... yo no quiero contraer compromisos con los Lanuzas. No ignorais la alta mision que D. Felipe II me ha encomendado; es muy posible que andando el tiempo tenga que declararme enemigo de esa familia, y vuestra alianza me haria perder mi libertad de accion, y el rey ya no confiaria en mí. Amad á Doña Violante, sea enhorabuena; galanteadla, solicitadla, no me importa; pero no me comprometais, y sobre todo no abuseis de vuestra posicion. Lo que habeis hecho es indigno; y si se descubre, ¿en qué compromiso me poneis? ¿habeis meditado las consecuencias?

D. Rodrigo inclinó la frente como avergonzado, pero no tardó en volverla á levantar más orgullosa todavía.

—Padre mio dijo al marqués de Almenara, Violante ama á D. Pedro Fajardo, segun anoche he sabido por su camarera.

—¿Y teneis celos?

—Señor....

—Lo siento, pero no puedo evitároslo. Si Doña Violante ama al marqués, lo cual dudo, tratad de aburrirle hasta que desista. Entre él y vos no podeis tener miedo á la competencia.

Después de estas palabras, padre é hijo continuaron silenciosos por algun tiempo, hasta que el virey, dominado el primer ímpetu de su cólera, dijo á D. Rodrigo con acento más afectuoso:

—El marqués de los Velez, hijo mío, sospecha de tí, y es muy capaz de venir á buscarte. Si descubre que esa jóven se halla aquí, puede ocasionar un escándalo, y por lo tanto es preciso que la alejes.

—¿Y cómo, señor?

—Como la has traído.

—¿Y he dejarla marchar?

—Así como has mandado traerla.

—¿Pero no deciais hace un momento que os alegraba la desaparicion de Violante, porque os vengaba de D. Juan y del marqués de los Velez?

—Sí.

—¿Y no quereis autorizar mi conducta con esas palabras?

—Nó.

—Pues permitidme ofrecerla mi mano.

—Aunque fuera hija de D. Juan y de Doña Constanza; ya te he dicho por qué.

—Mirad, señor, que la amo con toda mi alma....

—En cambio ella te aborrece con toda la suya.

—¿Preferiríais que desistiera?

—Tampoco. Tu amor es mi venganza, ya te lo he dicho. Pero ten un poco de paciencia, espera y trabaja.

—Yo habia pensado un medio y....

—No me lo digas; siempre será tan imprudente como tu conducta.

—Imprudente, creo que nó, pero arriesgado, sí. Pero vos que tanto me quereis, ¿no encontraríais algun medio para conmover el corazon de Violante?

—No hay ninguno, á ménos en el órden de mis ideas.

—¿Es decir que no puedo esperar nada?

—Eso no puedo decírtelo, estriba en tí, y por lo tanto sólo eres tú el responsable. Prepara el terreno y sé el instrumento de mi venganza, porque odio de muerte á esos hombres.

—¿Pues qué mayor venganza que el haberme traído á Violante?

—Sí, pero es una venganza muy amarga. ¿Qué dirá Aragon entero?

—Señor, perdonadme.... Desisto.

—¿Desistes?

—Sí, señor.

—¿Es decir que volverás esa jóven á su casa?

—Dentro de tres dias.

Los ojos del marqués brillaron siniestramente, y por un momento su altiva fisionomía expresó tan perfectamente la satisfaccion del odio que profesaba á D. Juan y á D. Pedro Fajardo, que el mismo mancebo se estremeció.

Ahora bien, las ideas y las doctrinas del marqués de Almenara eran tan disolutas é inmorales como nuestros lectores han podido comprender; pero en aquella ocasion, al mismo tiempo que trataba de inculcar en su hijo el innoble pensamiento que acariciaba, repugnábale demostrársele de una manera abierta y decisiva.

Y aquí debemos hacer una ligera observacion para justificar esta especie de antagonismo ó contrariedad que pa-

rece existir entre los hechos y las ideas del marqués.

Las personas que, como el virey de Aragon, han recibido una educacion esmerada y pertenecen por su cuna á la más alta clase social, jamás sacrifican las apariencias, porque estas son como el antifaz de su fisonomía. Un hombre vulgar ó grosero no habria ciertamente reprendido á su hijo, ni amenazádole con su reprobacion si no devolvia la jóven á sus padres adoptivos; pero en la clase del marqués, por gangrenada que se tenga el alma, la putrefaccion nunca aparece.

Todas las pasiones se modifican infinitamente, segun la educacion, clase y temperamento del que á ellas vive esclavo, y por eso un mismo delito, una misma accion, un mismo hecho se presenta con tan variadas formas, con tan múltiples detalles. El libertino de la alta sociedad no es ciertamente como el libertino de baja estofa, la impudencia se cubre con el velo de la hipocresía, y en ocasiones dadas tal vez se evita el mal ejemplo.

El mal ejemplo en el vicio es el escándalo.

Ahora bien, el marqués de Almenara odiaba á D. Pedro Fajardo y al padre adoptivo de Violante, y en el fondo de su corazon alegrábale sobremanera la conducta de su hijo; pero hablando con él y discurriendo tranquilamente, no podia ménos de hacerle ver la villanía de su accion. Además, el virey temia el escándalo, y con el escándalo la muerte de su favor con Felipe II, y por consiguiente la pérdida de su empleo, no siendo esta circunstancia ó temor lo que ménos contribuia á su doble modo de pensar.

D. Iñigo era un mal caballero; otro cualquiera habria hablado á su hijo con ménos intencion, pero pertenecia al

número de los que provocan los conflictos y luego rechazan las consecuencias para quedar siempre bien.

Fijo en esta idea, volvió á explicar á su hijo su pensamiento, descubriéndole algun tanto más el velo de su intencion, pero amenazándole nuevamente con castigarle si no devolvía la jóven á su familia; y despues de media hora larga de reflexiones y consejos, rendido de cansancio por su largo y precipitado viaje, se despidió del jóven y se retiró á su habitacion á descansar por breve tiempo.

D. Rodrigo, dudando y vacilando, no se atrevia á tomar ningun partido, y abismado en sus ideas y sentado en un escabel con la frente apoyada en sus manos, permaneció más de un cuarto de hora, hasta que le sacó de su abstraccion la voz de la infiel y desleal camarera de Violante.

CAPÍTULO X.

Desengaño.*

La vieja camarera saludó á Rodrigo por tres veces, haciendo otras tantas contorsiones con su cuerpo flaco y demacrado, y le dijo con la más ridícula prosopopeya:

—Señor, vengo á daros una buena noticia. Violante desea vivamente veros en su cámara.

—¡Ah! sin duda querrá apostrofarme....

—Me parece que nó, prosiguió Agueda con maliciosa sonrisa y como si no hubiese comprendido el engaño que habia tranquilizado á la hija adoptiva de Lanuza. No sé por qué, pero á juzgar por su acento y por el tono cariñoso de su voz, puedo aseguraros que no le sois indiferente.

—¿Qué dices?

—Tal lo presumo, al ver que se ha tranquilizado por completo, se ha vestido con la sonrisa en los labios, y me ha dicho con la alegría en el rostro, que desea vivamente veros.

—¿Pero estás loca, Agueda? prosiguió el jóven, no dando crédito á lo que oía; ¿es posible que Violante esté contenta?

—Así lo parece.

—¿Y te ha dicho que me ama?

—Tanto como eso, nó; pero cuando en vez de llorar y desesperarse, empezando por maldeciros y maldecirme, se sonríe alegremente, me indica su vivo deseo de veros pronto y me perdona y me abraza, creo que no puede caberos duda.

—Entónces ¿cómo se explica su anterior indiferencia?

—¡Phé! cosas de mujeres.... caprichos, veleidades.

—¿Es decir que tú crees....

—Que sois, señor, el mortal más afortunado del mundo, cuando os habeis hecho amar de esa orgullosa y altiva niña.

—Tendrá quizás esperanzas de ser mi esposa, y como no hay en España más que un D. Rodrigo de Almenara....

—Tambien es posible; pero de todos modos conseguís una victoria que, la verdad, señor, siempre me ha parecido imposible. Conque venid.... no hacedla esperar, señor.

—¿Pero está aguardando?

—En su misma cámara.

—¿Y ha aceptado el aderezo que te dí ayer y el traje que te encargué la presentases en mi nombre?

—Ni lo uno ni lo otro, señor.

—Entónces....

—Eso nada indica. Ya os he dicho que es muy orgullosa, y que no era fácil aceptase por mi mediación vuestros obsequios.

Rodrigo permaneció un momento dudando, pero al fin su pasión y su vanidad pudieron más que sus reflexiones. Olvidóse de la indiferencia que siempre le habia mostrado Violante, creyó que sus desprecios, como Agueda le habia dicho, eran sólo astucia de mujer, y escuchando á su corazón, levantóse del escabel en que se hallaba sentado y siguió á la infiel camarera.

Aquella noche, y como comprenderán nuestros lectores, Violante no habia podido dormir. Ocupada su mente con los sucesos de aquel dia, ya se fijaba en la desesperacion que su raptó habria producido en su familia, ya temia haber sido engañada por su camarera, ya, en fin, se dejaba arrastrar por su amor, y se sonreia dulcemente al comprender cuánto la amaba el noble D. Pedro Fajardo.

En honor de la verdad, debemos decir que Violante estaba dispuesta á perdonar al marqués su locura, porque no hay nada que la mujer perdone más fácilmente que las ofensas que recibe de su amante cuando estas tienen por causa su profundo amor; pero tambien debemos decir que se sentia como violenta al analizar la conducta del noble Fajardo. Y con efecto, el pundonoroso caballero que tanto la amaba, era más noble en sus hechos que en su cuna, y el raptó de una mujer, por muchas causas que puedan justificarle, siempre es un hecho feo y repugnante. Esto así, la pobre niña no podia ménos de extrañar aquella conducta que tan ajena le parecia de las ideas del marqués, y un vago temor, una especie de inquietud solia frecuentemente apoderarse de su ánimo.

Bien pronto, sin embargo, huian sus temores y sus sospechas, y dejándose arrastrar por las más halagüeñas esperanzas, consentia que su mente se recreara en dulces y soñadoras imágenes, creyéndose feliz con haber adquirido la conviccion de ser ardientemente querida.

¡Pobre Violante!

Con tan opuestas ideas y agitada la imaginacion por tan encontrados sentimientos, no es muy posible dormir, y Violante no habia dormido en toda la noche.

Al siguiente día llamó á Agueda, de la que quiso adquirir algunas noticias de su raptor; pero Agueda era astuta, y conociendo el terreno, satisfizo su curiosidad de una manera embozada dejándola en las mismas dudas.

Así las cosas, Violante, que deseaba vivamente hablar al marqués para que la devolviese á su familia, instó á su camarera que le avisara, y sentándose en su cámara, apoyó la frente en sus manos y esperó.

En esta actitud la encontró el hijo de Almenara.

Al ruido que produjo la puerta al abrirse, Violante levantó la cabeza y quiso dibujar una sonrisa; pero en vez de sonreirse se incorporó como si hubiera sentido la mordedura de una serpiente, se llevó las manos á los ojos para convencerse sin duda de que no soñaba, y volvió á caer sobre su asiento casi desvanecida de terror y de espanto.

¡El desengaño era muy terrible!

A un recibimiento tan poco análogo con el que se presumía, Rodrigo se detuvo en medio de la sala y miró á la camarera con iracundos ojos.

Agueda, previendo la escena que iba á tener lugar, le pareció conveniente retirarse, dejando solos á los dos jóvenes.

Ya hemos dicho en otra parte, que el joven amaba de veras á la huérfana; pues bien, al verla casi desmayada, pálida como un cadáver y convulsa, su primera idea fué indudablemente generosa, y se aproximó á Violante conmovido.

—Perdonad, la dijo apasionadamente, os amo como un loco, Violante, y os he robado para decíroslo sin que me rechaceis. Pero no era este el recibimiento que esperaba...

Agueda me habia dado esperanzas que veo desvanecidas....
¿No me amais, señora?

—Nó.... exclamó la huérfana tratando de reponerse de su dolorosa sorpresa; no os amo porque sois un mal caballero....

—¡Ah! teneis razon; pero si quisiérais amarme, yo os juro....

—Callad, no quiero oír vuestros juramentos.... devolvedme á mi familia y....

—¿Me amareis si eso hago?

—Nó, nó....

—Entónces ¿cómo quereis que pierda las ventajas que he conseguido?

—Ninguna.... Seré vuestra prisionera, pero no vuestra amante....

—El tiempo....

—El tiempo no me hará ceder.... os lo prometo.

—¿Luego tan to me aborreceis?

—Con toda mi alma.

—Entónces Agueda me ha engañado.... ¿No me esperabais, Violante?

—Yo.... tan léjos estaba de suponer que érais vos mi carcelero, que he podido venir sin morirme de pena.

—¿Luego á quién creíais encontrar en esta casa?

—A un caballero que vale más que vos.

—¿Al marqués de los Velez?... ¡Ah! ¡maldito sea! exclamó el jóven mesándose los cabellos; ese hombre va á causar vuestra ruina y la mia, señora, porque os prometo vengarme de él.

—¿Tan traidoramente como de mí, no es verdad, D. Rodrigo?

El jóven palideció, y por un momento sus labios, comprimidos por la cólera, no le dejaron emitir ninguna frase; pero despues que consiguió dominarse algun tanto, añadió sentándose al lado de Violante:

—Escuchadme, señora.... Voy á hablaros como un amigo por la última vez, porque en verdad os aseguro que ya me va cansando el papel de suplicante. Soy el heredero de una de las más nobles y principales familias de España, y hasta ahora he conseguido todo lo que han ambicionado mis ojos. Os ví y os amé. Os confesé mi amor y me rechazásteis con dureza; y yo, acostumbrado á mandar siempre, me humillé hasta suplicaros de rodillas vuestro amor, sin que en esto creyera rebajarme, porque valeis mucho, señora. Empero vuestro desprecio avivó mi locura, y lo que empezó capricho concluyó por pasion frenética; os amo, pues, como un loco. No pudiéndoos arrancar ni una palabra afectuosa, sorprendí vuestro amor por D. Pedro Fajardo y me creí humillado, porque jamás pude sospechar que le prefiriérais á mí. Con tal descubrimiento la ira me cegó é ideé el proyecto del rapto. Soborné á vuestra camarera, tomé mis medidas, y pude al fin apoderarme de vos. Al realizar esta idea no ignoraba el compromiso que contraia, quiero decir, el delito de que me hacía reo, y por lo tanto esto debe deciros si mi decision es irrevocable. Amadme, Violante, el destino ó la fatalidad lo quiere; volveréis al lado de vuestra familia si correspondeis á mi amor, sólo entónces, porque no he de ser tan necio que vaya á inutilizar el buen éxito de mi empresa. Nadie sabe que estais aquí, y por mucho que os busquen no sospecharán que el hijo del virey de Aragon es vuestro carcelero; además Agueda me pertenece y os será imposible

no solamente fugaros, sino ponerlos en comunicacion con vuestra familia. Esto es todo lo que tengo que deciros, Violante; ved, pues, lo que os conviene, y si quereis ser feliz y convertirme en el hombre más dichoso del mundo, amadme un poco. Yo no os pido tampoco un amor ardiente ni apasionado, porque no me gusta exigir imposibles, pero dadme esperanzas de amarme algun dia, y esto sólo me trasformará en otro hombre. Si así me lo ofreceis, juro respetaros y consideraros; si me declarais la guerra, tanto peor para vos.

Rodrigo calló, y Violante comenzó á sollozar. Sus palabras la demostraron la necia y peligrosa temeridad de aquel jóven libertino, y encontrándose en su poder, se halló sin fuerzas para defenderse. Presintió los horrores de una lucha estéril é infructuosa, lucha continua que se veria precisada á sostener de dia y de noche, al mismo tiempo que la desesperacion heriria tambien á sus padres adoptivos.

La pobre niña iba ya á arrojarse á las plantas de su raptor para suplicarle que desistiera de sus horribles proyectos, cuando uno de esos rayos benditos que Dios envia á las almas en sus tribulaciones más terribles, iluminó su mente con su luz.

A su brillante claridad, Violante, que á pesar de su juventud era valiente y enérgica, comprendió que con un poco de astucia podia quizás salvarse; y haciendo un poderoso esfuerzo dijo á D. Rodrigo, enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas:

—Caballero, yo no os amo.... si os dijera que si os engañaria, y por mucho que os aborrezca, más aborrezco la ficcion. Si yo os hubiese visto algo más razonable; si en vez

de querer imponerme vuestro amor me hubiéseis suplicado; si en lugar de arrebatarme del lado de mi familia, arrojando sobre mi honor una nota tan infamante, os hubiéseis limitado á ofrecermé vuestro cariño, ¡quién sabe, D. Rodrigo!... Cuando os conocí no os aborrecia, y no habria sido difícil que os hubiese amado en algun tiempo. Pero quisisteis conseguir mucho en poco tiempo, y las mujeres, que somos muy orgullosas, nos conmueve y nos persuade más una súplica que un mandato, un suspiro que una amenaza.

—Y bien, ¿por qué no seguis, señora? exclamó el jóven viendo que la huérfana se detenia; ahora os permito que me digais todo cuanto se os ocurra y que seais franca conmigo. Hablemos, pues, y concluyamos. Luego será ya tarde.... vuestro destino tiene que cumplirse ántes de una hora.

Violante se estremeció y miró al jóven frente á frente.

¡Oh! ¡costábale tanto trabajo poder dominar su orgullo y fingir una serenidad que tan distante se hallaba de ella!

—D. Rodrigo, exclamó por fin, ya lo veis, cada una de vuestras frases es una amenaza inconveniente y....

—Sí, señora, porque estoy loco, ya os lo he dicho.

—¿Y qué creéis conseguir de esa manera?

—Tal vez nada, pero....

—Variad de conducta, yo os lo suplico. Devolvedme á mi familia y....

—No lo penseis, Violante; eso nunca.

—Mirad que puede causaros algun disgusto la arbitrariedad que estais ejerciendo conmigo....

—¿Y qué me importa?

—¿Tan ciego estais?

—¡Ah! si pudiéseis leer aquí, os estremeceríais, exclamó el jóven llevándose la mano al corazon.

—Pues bien, prosiguió Violante lanzando un suspiro, sed razonable y os prometo lo único que puedo prometeros sin engañaros.

—¿Y qué es, señora?

—Olvidar al marqués de los Velez y decidir á mi corazon á que lata por vos.

—¡Ah! gritó el jóven aproximándose á Violante de tal manera, que la pobre niña retrocedió instintivamente con marcada repugnancia; si fuérais capaz de prometerme eso.... yo os juro que habíais de ser completamente dichosa.

—¿Y me devolveríais á mi familia?

—Nó, eso nó, pero tambien cederia algo.

—¿Algo nada más?

—¿Y qué esperanza me quedaba si volvíais á ver al marqués de los Velez, y léjos de mí os burlábais de mi inocencia?

—¿Tan falsa me creéis?

—¡Oh! nó, pero temo un engaño, y creedme.... no me encuentro con valor para dejaros marchar.

—Entónces ¿qué guardábais para premiar mi abnegacion?

—Permitiros habitar este palacio, sin más testigos que Agueda, y salir á recorrer sus jardines y sus bosques.

—¿Sólo ensanchais mi cárcel?

—¿Y os parece poco, señora?

—¡Ah! ¡cuán poco generoso sois, D. Rodrigo!

—¿Y qué más quereis? ¿No sois sola?

—Sí.

—¿Teneis familia?

—Nó.

—Pues bien, yo os ofrezco familia, amor, casa, fortuna, placeres.... Yo os daré todo lo que os falte si me amais.... sed mia y yo seré completamente vuestro. Cifraré en vos mi vida entera, seré noble y honrado por vos, y algun dia, añadió bajando la voz y cogiendo la mano de Violante, algun dia, cuando mi padre muera y yo sea libre, mi nombre será el vuestro, y la sociedad tendrá que recibirnos como á mí. ¿Qué más he de ofreceros?

Violante retiró su mano de la del jóven y le miró por un momento.

En aquel instante expresaba tal pasion la fisonomía de D. Rodrigo, que la huérfana adivinó que no mentia, y vió su triunfo seguro.

Emperó aquella misma pasion que se le revelaba tan indubitavelmente, la hizo estremecer de miedo, porque si Dios no la socorria dándola valor para engañar al jóven y defenderse de su locura, no tendria más remedio que sucumbir.

—Hablad, prosiguió D. Rodrigo con fuego, ¿qué decís, Violante? ¿qué resolveis?

—Lo que ántes os he manifestado. Que esperéis y confiéis en mí.

—¿Me amareis algun dia?

—Sí, D. Rodrigo.

—¿Me amareis mucho?

—Eso depende de vos.... vuestra conducta ha de ser la que ha de conquistaros mi afecto.

—¿Y olvidareis á D. Pedro Fajardo?

—El dia que os diga, mi corazon es vuestro, os lo diré porque ya no pertenecerá á ninguno.

—Pues bien, si no me engaÑais, mi palabra es tambien palabra. Si veo que tratais de vencer la injusta aversion que os inspiro, procuraré por todos los medios posibles hacerme digno de vos, Violante.

—Eso es lo que deseo.

—Pero nõ habeis de pedirme que os devuelva á vuestra familia.

—No os lo pediré, pero vos respetadme....

—Os lo juro.... de este modo comprendereis que no merezco vuestro odio; que no soy un miserable ni un villano como habeis creido; que soy sólo un pobre loco que os ama con toda su alma.

Y D. Rodrigo cogió la mano de la jóven y la llevó á sus labios, causando en la pobre niña un estremecimiento de cólera y de horror; pero logró contenerse y fingir una amabilidad que era su única esperanza.

Con efecto, si Violante conseguia inspirar al jóven la suficiente confianza para que la dejase vagar por el palacio, estaba ya libre, porque no habia de faltarla una persona que avisase á su familia del lugar de su retencion, ó en último caso apelaria á la fuga, por peligrosa y arriesgada que fuese en sus resultados.

En cuanto al jóven, su loca pasion le hacía tambien concebir esperanzas irrealizables, pero debemos decir que con aquel proyecto conseguia dos resultados: hacerse amar de Violante, segun creia, y convencer á su padre de que le permitiera sostener en el palacio á la mujer que amaba, hasta que fuese suya, toda vez que los escrúpulos del

marqués se circunscribian á la violencia del rapto y al temor de que Lanuza descubriese que era su hijo el raptor de la pobre niña.

Aquel mismo dia participó á su padre la escena que acabamos de referir, y consiguió en efecto su permiso para que la jóven continuase en el palacio, toda vez que *ella se avenia á habitar en él*.

Esta concesion nos demuestra la moralidad del viejo don Iñigo de Mendoza y la educacion que daba á su hijo, jóven de pasiones impetuosas, necio y presuntuoso.

En cuanto á la promesa de matrimonio hecha por el jóven á Violante, nuestros lectores comprenderán que no la causaria ningun efecto, toda vez que amaba á D. Pedro Fajardo, y que su complacencia ó resignacion sólo tenia por objeto engañar á D. Rodrigo para poder burlar sus esperanzas y volver al lado de su familia.

Pero los acontecimientos, como vamos á ver, trastornaron todos estos planes, porque es infalible que Dios defiende y protege á los que en él esperan y confían.

CAPÍTULO XI.

Cómo el amor de D. Pedro Fajardo hizo más que la autoridad del Justicia para descubrir á Violante.

Mientras esto tenía lugar en la quinta del marqués de Almenara, la familia de Lanuza y D. Pedro Fajardo ponían en movimiento todo el séquito de alguaciles, familiares, soldados, esbirros y demás gente destinada á la caza de los criminales é individuos de mal vivir, pero todo inútilmente, porque por desgracia á las cuarenta y ocho horas ni unos ni otros habian conseguido descubrir la menor huella de aquel rapto maravilloso, que por lo maravilloso parecia imposible.

Una circunstancia, sin embargo, vino á arrojar alguna luz sobre aquel misterio.

D. Pedro Fajardo estuvo á ver al marqués de Almenara, para ponerse de acuerdo acerca de las medidas que debian tomar para hallar á la jóven, ya que nada habian dado de sí las que habian puesto en ejecucion hasta entónces. D. Iñigo de Mendoza, como debemos suponer, ayudaba falsamente con su poder y consejos á D. Juan de Lanuza y D. Pedro Fajardo, pero sus consejos sólo tendian á hacer distraer la atencion de la verdad, y su poder se limitaba á en-

viar emisarios por todas partes, ménos por el terreno en que se hallaba situada su posesion. El marqués de los Velez, en una de sus conferencias y de una manera accidental, le preguntó por su hijo, y el virey se turbó. Su turbacion llamó la atencion del caballero, pero se hizo el desentendido y admitió como buena y leal la excusa que le dió Almenara.

D. Pedro Fajardo, aguijoneado por sus celos y no dudando del amor que profesaba á Violante Rodrigo de Almenara, hizo que uno de sus más fieles criados, llamado Sancho, procurase averiguar de los del virey el paradero del joven heredero; y Sancho, que era astuto, no tardó en adquirir la noticia de que Rodrigo se hallaba hacía dos dias en su quinta de Almenara, situada á seis leguas de Zaragoza.

Ya no pudo caberle duda á D. Pedro Fajardo, porque habia contradiccion entre esta noticia y lo que Almenara le habia dicho acerca de su hijo, por lo que sin confiar á nadie sus esperanzas ni sus proyectos, á las doce de la noche del tercer dia que Violante estaba en poder de Rodrigo, el noble caballero salió de la Aljafería montado en un soberbio caballo de camino, embozado en su capa, con sus armas listas y seguido de su fiel Sancho, que tambien ginete en un vigoroso potro, tomaba en aquella aventura nocturna tanto interés y decision como su amo.

Los celos habian iluminado la mente del marqués de los Velez, y no podemos ménos de convenir que en esta ocasion no le habian engañado.

La noche estaba fria y lluviosa, silbando el viento de un modo siniestro y lúgubre; pero Fajardo, con la paciencia, no diremos de un estóico, sino de un enamorado, sufría el

viento, la lluvia y el frío sin quejarse ni murmurar de su mala suerte.

No así su escudero Sancho, el cual, no teniendo los motivos que el caballero para sacrificar sus horas de reposo exponiéndose á sufrir las contrariedades de aquel viaje, se lamentaba de vez en cuando de su mala estrella, y refunfuñaba cada vez que el aire, agitando la especie de tabardo que le cubría, dejaba su rostro al descubierto de la lluvia.

Amo y criado anduvieron más de una legua sin atreverse á hablar; pero Sancho, ya impaciente, concluyó por perder la paciencia, y dijo al marqués con acento de muy mal humor:

—Ciertamente, señor, que es muy bueno lo que vamos á hacer, y por ende, Dios no puede abandonarnos; pero confesad que la noche no puede estar más inaguantable, y sólo nos faltaba, lo cual no es imposible, que por cualquier incidente quedásemos desmontados. Entónces.... ¡por Santiago apóstol que nos íbamos á divertir!

—No temas nada, Sancho. ¿Acaso no estás acostumbrado á estas cosas? ¿No te has educado en los campamentos?

—Sí, señor, y como sabeis he dado algunas pruebas de valiente; pero nunca he caminado seis leguas de noche sufriendo el agua, el viento y el frío, y casi sólo, porque dos hombres en un camino y á estas horas no valen cuando más, mas que uno y medio.

—¿En tan poco me aprecias?

—Señor, perdonadme.... el medio me considero yo.

—No es así. Vales mucho como valiente, mi buen Sancho, y voy tan tranquilo en tu compañía como si me llevase un tercio entero.

—Sí, pero hubiera sido más prudente hacernos acompañar de Ruy y de Francisco.

—Ya sabes que esta expedición es un secreto.

—Lo había olvidado, señor.

Y el escudero lanzó un suspiro.

Al cabo de una hora de marcha, el camino que recorrian formaba una pendiente bastante rápida, y los caballos, no pudiendo asegurarse bien en el terreno, caminaban al paso y escurriéndose frecuentemente.

Sancho volvió á impacientarse.

—Lo dicho, señor, exclamó como si la conversacion no hubiera estado interrumpida, lo dicho. Esta noche vamos á tener que caminar á pié, lo cual completaria las delicias del viaje. ¡Dios me valga! pero á fé de Sancho, que los riñones ya me duelen de tanto trabajar para sostenerme en la silla.

—Pues ántes eras un ginete consumado.

—Sí, señor, de día.

—¡Ah! eso es otra cosa.

El acento afectuoso y algun tanto risueño del marqués, alentaron al escudero para proseguir la conversacion.

—Jurara que os estais burlando de mí, señor marqués.

—De tí, nó, pero de tus temores, ciertamente.

—Y qué ¿no son fundados?

—Nó. Los caballos son ágiles y fuertes, tropiezan, pero no caen. Haz lo que yo, figúrate que vas sentado en un magnífico colchon de pluma.

Otro suspiro de Sancho demostró á D. Pedro el valor que daba su criado á aquella dulce suposicion.

—Vamos, vamos, le dijo para animarle y distraerle, un

soldado como tú, debe siempre mostrar su valor y su firmeza. Además ¿no has sido tú el que más principalmente ha iniciado este viaje?

—Sí, señor, porque despues de sabido lo sabido, me ha indignado el proceder del hijo del virey, y me ha inspirado mucha lástima la pobre Doña Violante de Lanuza.

—Que es muy posible sea con el tiempo tu ama.

—¡Cómo, señor! Doña Violante....

—Callemos, Sancho, y conténtate con esta noticia por ahora, que nadie sabe más que tú.

—¡Oh! ¡señor, cuánto me alegraría! Sólo dos veces he visto á Doña Violante y....

—¿Qué te ha parecido?

—Digna esposa vuestra.

—Pues ámate y anima un poco á tu caballo. El camino parece que mejora y la lluvia no es tan fuerte.

—Es verdad, pero ya es tarde el remedio. Voy empapado como si me hubiera caído al río.

—Pues anda, anda, y que Dios nos ayude....

—¡Que nos ayude!

Y el buen escudero, alentado efectivamente con las palabras de su amo y con la perspectiva de una excelente recompensa, que sería doble si Doña Violante llegaba á ser su ama, metió espuelas á su caballo y le sacó al trote siguiendo el ejemplo de su señor.

Dos horas largas sostuvieron este paso, sin que amo ni criado pronunciasen la menor frase, porque uno y otro iban sumidos en un pensamiento, y con el calor de la carrera casi no sentían la frialdad del agua que penetraba en sus huesos.

Efectivamente, el marqués de los Velez miraba aquel viaje como la prueba más poderosa que de su amor podia dar á la jóven, y considerando que no le seria ingrata, creíase ya obtener su amor y su mano.

Sobre este particular, preciso nos es decir que las ideas de D. Pedro no eran muy absurdas, porque los peligros que arrostraba por salvarla tenian que ser agradecidos, y en la mujer no hay más que un paso de la gratitud al amor. Además, habia conocido que Violante era entusiasta por todo lo extraordinario, y que poseyendo una imaginacion soñadora, la interesaban vivamente las empresas atrevidas, y aquella tenia que conmoverla mucho más, porque era ella su objeto y su fin.

Cuando un hombre expone su vida por una mujer, es muy difícil que si ella es libre no le ame, porque la mujer es agradecida y nunca paga con fria ingratitud los beneficios que recibe. D. Pedro Fajardo sabia además que la huérfana poseia un alma hermosa y noble, y desde luego se consideraba dueño de su gratitud y de sus simpatías. Esto conseguido, el amor naceria despues.

Sumido en estos agradables pensamientos continuó el camino silencioso, sin hacer caso, ó por mejor decir, sin notar el mal humor de su escudero, que cada vez se traslucia mejor por murmuraciones más desembozadas.

Ya por fin, la luz del crepúsculo matutino comenzó á asomar por el oriente, y con ella la esperanza renació de nuevo en el pecho de Sancho y del marqués, que empezaba también á impacientarse.

—¡Oh mi buen Sancho! exclamó el caballero, indicando al escudero el horizonte, que parecia limitar el camino que

seguian; no léjos de aquellas montañas está el término de nuestro viaje. Animo pues, que el triunfo es nuestro.

—Señor, repuso Sancho, ¡Dios lo quiera! pero por mi parte no confío todavía.

—¿Y por qué?

—¿Quién sabe si Doña Violante estará en la quinta? Nosotros sólo sabemos que es D. Rodrigo quien se encuentra en ella.

—¿Y habria de faltar de Zaragoza si estuviera solo? ¿Y me habria engañado su padre? ¡Ah! nó, nó, Sancho, tengo seguridad de encontrarla allí.

—La Virgen os escuche, señor.

Y santiguándose devotamente el viejo soldado, hincó las espuelas á su cabalgadura y la hizo tomar un galope que no era ciertamente muy caritativo.

D. Pedro le siguió al mismo paso.

Una hora despues divisaron á muy corta distancia la dorada verja de la quinta, y el marqués de los Velez detuvo su cabalgadura y se apeó con la ligereza de un jóven.

—Quédate aquí, dijo á Sancho, dándole su alazan; es preciso que te aproximes á la quinta por el lado opuesto del camino, y que te ocultes detrás de los árboles ó de aquellas peñas, para que no puedan divisarte desde el interior de la posesion, ¿comprendes?

—Sí, señor.... ¿Pero no he de acompañaros?

—Nó. Ahora voy sólo á observar, y si nada consigo con mis observaciones, veremos lo que he de hacer.

—Pero ¿y si me necesitais de pronto?

—Te avisaré con un silbido.

—¿Y vais á caminar á pié la distancia que todavía nos separa de la quinta?

—Seguramente. Esto me será provechoso, porque seis horas de camino á caballo no son muy convenientes á mi edad.

—Sois de hierro, mi buen señor.

—¿Conque estás enterado?

—Perfectamente, ya sabeis que no soy torpe.

Con efecto, despues de pronunciadas estas palabras, Sancho siguió el camino y despues terció á la derecha de la quinta, miéntras que el marqués, sacudiendo su capa, se separó tambien y siguió una senda que terminaba en la misma posesion.

El sol comenzaba á alumbrar nuestro hemisferio, y las currucas y pajarillas de nieve á piar saludando al dia y saltando alegremente por los surcos de los labrados campos.

El escudero no tardó en desaparecer de la vista de don Pedro, el cual, con la mano puesta en el corazon, porque la emocion le ahogaba, llegó por fin á la quinta, y embozándose en su capa, comenzó sus exploraciones.

CAPITULO XII.

¡Asombro!

Al mismo tiempo que el marqués de los Velez y su escudero Sancho llegaban á la quinta de Almenara con el cansancio en el cuerpo, pero la esperanza en el corazon, la pobre Violante, que como las dos noches anteriores tampoco habia podido dormir aquella, se levantaba del lecho y llamaba á su infiel camarera para que la ayudase á vestir.

Agueda, que dormia aún, se levantó de mal humor, y al presentarse á su jóven señora, la reprendió por el capricho de madrugar tanto en el invierno; pero Violante la contestó con altivez, y la camarera comprendiendo que se habia excedido, se compuso.

Segun la orden que la infame mujer habia recibido de Rodrigo, no podia dejar ni un solo momento á su señora, pero sí debia obedecerla en todo, procurando con su comportamiento contribuir á que la jóven se resignase más pronto con su cárcel.

Agueda habia recibido del hijo del virey algunos escudos por premio de su traicion y la promesa de que nunca la

abandonaria; así fué que se decidió á obedecerle ciegamente, por lo que permaneció delante de su ama como un centinela de vista, aún despues de no necesitar ya sus servicios.

La compañía de aquella mujer arrancaba á Violante su única esperanza, reducida como sabemos á hablar por entre la verja del jardin al primer aldeano que transitase por aquellos alrededores, para que pusiera en conocimiento de Lanuza el sitio donde la tenian como presa.

Por uno de esos efectos tan comunes en las situaciones desesperadas, en las cuales pierden los caractéres el colorido propio que les distingue, Violante olvidó por completo su orgullo, y no creyó humillarse rogando y suplicando á su infiel camarera que reparase su traicion devolviéndola á su familia. Creyó, y creyó bien, que si lograba excitar la codicia de Agueda con un premio mayor que el que le habia ofrecido Rodrigo, no era difícil que la obedeciese, porque poco podia importarla engañar y vender á su nuevo amo habiendo vendido ya á sus primeros señores.

Abstraída Violante en estos pensamientos, permaneció muy cerca de dos horas impacientando á la vieja, la cual no pudo por ménos de decirle para interrumpir el lúgubre silencio que las rodeaba:

—Hija mia, creo que ya es bastante tarde, segun la altura en que se encuentra el sol, y D. Rodrigo se habrá levantado seguramente. ¿Quereis recibirle, hija mia?

La huérfana lanzó sobre Agueda una mirada de profundo desden, y despertando de su ensimismamiento con aquellas palabras, la contestó con voz convulsiva:

—Te he prohibido absolutamente que me hables de don

Rodrigo, y si persistes en tu empeño, yo trabajaré para que te separe de mi lado.

—Agueda se sonrió.

—Hija mia, créo, ¡Dios me perdone! que me amenazais.

—Y crees la verdad.

—¡Ah! entonces debó manifestaros que estais en un error si creéis inspirarme miedo, porque soy demasiado necesaria á D. Rodrigo para que se atreva á despedirme.

—Si yo insisto en ello, si le pongo por precio de mi amor tu castigo, ya puedes figurarte si te guardaria consideraciones.

Agueda dejó de sonreirse. Empezaba á comprender que Violante tenia razon, y no atreviéndose á exasperarla guardó silencio.

De pronto la huérfana se levantó é indicó á la vieja que la acompañase.

—Ven, la dijo con voz resuelta, bajemos al jardin. Quiero disfrutar del sol y del campo.

Agueda se limitó á mirar á la jóven, como si tratase de leer en su rostro la intencion verdadera de aquel paseo matutino, y la siguió bajando con ella al jardin.

Violante se dirigió á un cenador que se encontraba colocado en el ángulo que formaba la verja, y que gracias á la estacion, estaba casi desnudo de follaje.

En él habia un banco rústico circular, en el que tomó asiento, imitándola la vieja.

Al cabo de unos cuantos minutos, Violante levantó la cabeza y miró á Agueda fijamente.

Agueda quiso sostener aquella mirada fija y acusadora, pero no le fué posible. Un vago temor la hacia estar

inquieta é impaciente, como si temiese que próxima á ella iba á estallar una mina ó se abriera el cráter de un volcan. Con sus ojillos algun tanto apagados, escudriñaba el interior y exterior del jardin con una prolijidad y atencion que revelaban sus temores, y no se atrevia á separarse de Violante como si temiese ser sorprendida.

—Escucha, Agueda, exclamó por fin la huérfana rompiendo aquel largo silencio, tú eres en verdad una mala mujer cuando te has atrevido á engañar á tus amos.

—Señora, el afecto que os profeso....

—Dejémonos de hipocresías, Agueda.... te conozco bastante para creer esa disculpa. Tú eres codiciosa y te has vendido á D. Rodrigo por un puñado de oro.

—Es cierto que he recibido algo, repuso la vieja impudentemente, pero aún me falta recibir lo mejor.

—¡Ah! ¿tanto te han ofrecido?

—Mucho, señora.... De no haber sido así, yo no os hubiera entregado á ese jóven.

—¡Y lo dices con esa calma!

—Si, hija mia. ¿No acabais de manifestarme que no quereis hipocresías? pues os soy sincera y....

—Basta, me repugna oírte hablar así, y te ruego no hables mientras no te pregunte.

—Bien, señora.

—Pero quiero que me escuches, porque tengo que hacerte una proposicion que aceptarás desde luego.

—¿Una proposicion?

—Sí.

—Hacedla pues, replicó Agueda con extrañeza.

—Cuando por cien escudos se vende á una persona á

quien se debe todo, mejor se venderá por doscientos á una á quien no se la debe nada; ¿no es así?

—Sí, señora, replicó la vieja con más asombro todavía.

—Pues bien, prosiguió Violante haciendo un poderoso esfuerzo para contener su indignacion, próxima á estallar ante tanta bajeza; pues bien, ¿cuánto has recibido de don Rodrigo?

—Señora.... exclamó Agueda dudando.

—No vaciles ni te extrañes. Respóndeme, que te conviene ello.

—Pues bien, no puedo comprenderos, hija mia; pero si es una simple curiosidad la vuestra, no tengo por qué no satisfacerla.

—Pues habla.

—He recibido cincuenta escudos.

—¡Qué oigo! ¿Y por esa miserable suma te has expuesto á ser presa y condenada por nuestras leyes? ¡Oh! ¡qué infamia!

—Además, se me ha ofrecido una pension vitalicia decente y bastante para poder vivir con desahogo sin tener necesidad de nadie.

—En poco has tasado tu conciencia, repuso Violante con desprecio; conocias lo poco que valia, y te has deshecho de ella por una limosna.

—Una limosna que, si Dios me da salud, representa algunos centenares de maravedises de oro.

—Pues bien, vuelvo á decirte lo que al principio de esta conversacion: si por cincuenta escudos has engañado á tus señores, ¿engañarias por doscientos á D. Rodrigo?

Agueda miró asombrada á la jóven no comprendiéndola, ó tal vez no queriéndola comprender.

—¿Qué dices?

—Hija mia, exclamó por fin, vuestra proposicion es demasiado vaga y no sé qué objeto os proponeis con ella.

—Puedes figurártelo.

—Pues os juro....

—No te creo. Eres demasiado venal para no haberme comprendido.

Agueda se revolvió impaciente en su asiento.

—Hija mia, válgame Dios, me parece que me estais insultando.

—La verdad nunca es un insulto; pero aún cuando así fuera, motivos tengo para insultarte y maldecirte.

—Pero señora, si sólo por vuestro bien....

—Sella el labio, replicó Violante levantándose exasperada: no añadas á tu infame accion la torpeza de la hipocresía. Déjame en paz, y ¡ay de ti si me incomodas mucho! porque con tal de castigarte diré á D. Rodrigo que prefiero á tu vigilancia la de su misma persona.

—Pero hija mia....

—Déjame sola, vete.

Y Violante, que habia callado y sufrido demasiado para su orgullo, se levantó exasperada para retirarse, midiendo á la camarera con una mirada de supremo desprecio; pero al volverse lanzó un grito de júbilo y de asombro, y cruzó las manos sobre el pecho, fijando sus ojos, en los que brillaba la más pura alegría, en la parte exterior de la verja.

Agueda siguió con la vista la direccion de aquella mirada y tambien lanzó un grito, pero un grito de espanto.

El marqués de los Velez estaba allí contemplando con

un éxtasis infinito de amor y de adoracion á la pobre niña, que en aquel momento se estremecía de felicidad.

Pero D. Pedro Fajardo no era hombre capaz de hacer las cosas á medias; ántes que Violante volviese en sí de su arrobamiento y Agueda de su estupor, ya habia saltado la verja y caído delirante de felicidad á los piés de la jóven.

—¡Al fin!... exclamó como un insensato.

La hermosa niña leyó en aquellas palabras algo más que la satisfaccion de haberla encontrado y devolverla á su familia; vió en ella todo el amoroso delirio del marqués, y ébria de felicidad por aquel doble descubrimiento, sintió que su cabeza se desvanecía, y se apoyó con sus manos trémulas en los hombros del caballero exhalando un suspiro.

El marqués entónces se incorporó y la condujo al asiento obligándola á sentarse. Despues se sentó igualmente, cogió sus manos y estampó en ellas un ardiente beso.

Por esa extraña y misteriosa comunicacion de las almas que han sido creadas para vivir juntas, tambien el marqués comprendió que era amado de Violante.

Agueda, aterrada y sobrecogida, permanecía como una idiota de pié á la entrada del cenador, mirando estúpida-mente á D. Pedro y á Violante, sin atreverse á huir ni hacer el menor movimiento.

En las grandes crisis morales, los labios permanecen mudos, porque solo es el corazon el que habla; pero cuando estas crisis terminan, entónces empiezan las confidencias, los proyectos, las frases dulces y apasionadas, como esos cantos misteriosos de los antiguos bardos escoceses, que parecian reflejar en su ritmo y poesía la dulce tranquilidad de sus lagos y las tormentosas cimas de sus montañas.

—¡Dios mio! exclamó por fin Violante, ¿estábais aquí? ¿habeis podido saber dónde me hallaba? ¿venís á liberarme?

—Sí; mi corazon, que solo sueña con vos, no podia engañarme, añadió el marqués, sin echar de ver que sus palabras eran una verdadera declaracion amorosa; los celos que me inspiraba el villano caballero que os arrebató del seno de vuestra familia, iluminaron mi mente y me hicieron venir aquí.... No me he engañado.... ¿Cómo engañarme si os amo como un loco, si ha sido mi alma la que ha llorado por la vuestra?

—¿Luego vos me amais, D. Pedro? repuso la jóven con las mejillas encendidas de felicidad.

—Desde que os vi.

—¿Y habeis ocultado vuestro amor?

—Todos lo ignoran, ménos Doña Constanza.

—¡Ah! exclamó Violante fijando en el cielo sus hermosos ojos con una expresion tan sincera de inmensa alegría, que hizo estremecer al noble Fajardo. ¡Ah! ¿vos me amais, don Pedro?

—Sí, con toda mi alma, con ese puro y santo amor que todo lo embellece y eleva, con ese sentimiento absoluto que hace imposible la falsía, porque no se puede disfrazar.... Pero ¿y vos, Violante? ¿Seré tan feliz como pueda esperar ser correspondido?

—¡Oh! ¿cómo me haceis esa pregunta? ¡Dios eterno! ¿Acaso mi turbacion y mi alegría no os lo han revelado ántes que mis palabras?

—¿Luego es verdad que me amais?

—Sí, caballero Fajardo.

—¿Luego vuestra alegría no ha sido únicamente por la esperanza de que mi brazo os conducirá al lado de vuestra familia?

—Nó.

—¿Y sereis mi esposa?

—Cuando querais, exclamó Violante trastornada de felicidad.

—¡Oh Dios mío! ¿merezo yo tanta dicha?

Y aproximándose á Violante, que avergonzada tenia la cabeza baja, cogió sus manos y la dijo tratando de dominar su emocion:

—Pues bien, desde este momento os considero como mi esposa y nadie ni nada podrá ya separarnos. Me habeis dado con vuestras palabras la felicidad mayor de mi vida y yo os juro hacerme digno de ella. Ahora, permitidme por un momento que procure dominar mi delirio para que pueda libertaros del poder de D. Rodrigo. Hablemos por un momento con la fria razon. Decidme, Violante.... ¿quién es esta mujer?

—Un nuevo Judas, Fajardo.

—¡Qué oigo!

—Esta es la camarera que tenia en casa de mis padres, que se ha vendido á D. Rodrigo ¡asombraos! por cincuenta escudos de oro.

D. Pedro la miró fijamente.

La vieja no pudo resistir aquella mirada y permaneció silenciosa.

—¿Conque habeis sido vos la cómplice de D. Rodrigo? ¿Conque falsa y venal, ingrata á los favores que diariamente recibíais de vuestra señora, la entregais á un miserable

seductor, llevando la consternacion al seno de toda una familia? ¡Ah! yo os prometo que he de ponerlos á buen recaudo y que en un perpétuo encierro purgareis vuestro delito. Por ahora que Dios os guarde; idos y marchad á decir á vuestro noble amo que el marqués de los Velez ha venido á quitarle la victoria.

—Sí, sí, añadió Violante, corred, corred á decírselo.

Agueda tembló por un momento, pero despues su arrugada fisonomía tomó una expresion de satánica complacencia, y lanzando un rugido de cólera, enseñó sus puños cerrados á los dos amantes en señal de amenaza, y se precipitó corriendo hácia el palacio.

—¡Oh Dios mio! exclamó Violante asustada, esa mujer nos va á perder. Va á avisar á D. Rodrigo y....

—Nada temais.... Eso quiero yo.... ¡que venga!

—Vendrá con todos sus criados.

—Tanto peor para él; pero por si acaso.... venid, salgamos, lo que yo quiero es sacaros de aquí.

—¿Y quién me va á acompañar?

—Mi escudero Sancho, que está escondido detrás de aquellas peñas.

—¿Y vos?

—¿Yo?

—Sí, sí, no quiero que expongais vuestra vida. Si quereis que huya.... venid conmigo.

—¡Oh! por favor.... obedecedme, Violante, yo os lo ruego.

Y dando un silbido prolongado, dos minutos despues Sancho se encontraba junto á la verja:

—¡Cómo! ¿Era verdad? ¿Estaba aquí la noble señora? exclamó Sancho admirado.

—Sí....

—¡Oh! gracias á Dios!... ¡Por Santiago, que el bribon va á rabiarse como un perro!

—Sancho, ayúdame á descerrajar la puerta de la verja, y huye con Doña Violante.

—¿Pues y vos?

—Han avisado á D. Rodrigo y bajará de un momento á otro.

—Acompañado de todos sus criados, y os matará, D. Pedro, exclamó la jóven rompiendo á llorar.

—¿Matarle? gritó el escudero. Por mi santo patron que eso no ha de suceder. Esperad un momento y tendrán que habérselas conmigo.

—Obedece, exclamó el marqués, exasperado al ver que su leal escudero trataba de escalar la verja para colocarse á su lado; obedece y calla.... Abramos la puerta, y en seguida huye con Doña Violante á la ermita de San Fermin. Si no voy á ella dentro de media hora, deja á esta dama encomendada al santo ermitaño y ven á recoger mi cadáver.

—¡Cuerpo de Cristo! ¿qué pretendeis, señor?

La huérfana se cubrió el rostro con sus manos, sin fuerzas ya para contener su terror.

—¡Mil rayos sobre ti! exclamó el caballero, al ver que Sancho no le obedecía. ¿Querrás hacer lo que te mando, ó....

—Bien, señor, bien, os obedezco, exclamó Sancho con acento compungido.

Con efecto, Violante y el marqués de los Velez se aproximaron á la puerta de la verja, cuya cerradura no tardó en saltar, en el mismo momento en que Rodrigo, espada en mano y seguido de Agueda, aparecía en el jardin lívido de cólera.

Violante, al verle, lanzó un grito y se desmayó.

D. Pedro cogió á la jóven, y ayudado de su criado la sacó fuera, volviendo á entrar para colocarse delante de la puerta.

Ya dentro, desenvainó su espada y esperó al caballero, en tanto que Sancho, con lágrimas en los ojos y sintiendo no poder tomar parte en aquella lucha, cogió á la huérfana en sus brazos y desapareció con ella detrás de las rocas.

CAPITULO XIII.

Los dos rivales.

Quando Rodrigo llegó frente á frente del marqués de los Velez, Violante ya habia desaparecido con Sancho, por lo que exhaló un grito de furor y de odio.

Agueda se detuvo mucho ántes de acercarse á la verja, sin duda porque tuvo miedo al lance que preveia.

—¡Paso! exclamó el jóven al ver que D. Pedro no se movia ni se apartaba de la puerta; ¡paso, ó lo haré por encima de vuestro cadáver!

—Sois tan loco como mal caballero, le contestó el marqués con una frialdad irritante; ¿acaso habeis creido que iba á ceder á vuestras amenazas?

—¡Paso! volvió á exclamar el jóven con acento terrible.

—No lo permita Dios, repuso D. Pedro; he jurado salvar á Doña Violante, y la defenderé y salvaré aún á costa de mi vida.

—¡Ah! ¿y creéis por ventura que no sé manejar una espada?

—¿Y creéis, caballero D. Rodrigo, que yo no la sé manejar tambien?

—Entonces ¿qué esperamos? Los dos no cabemos en el mundo. Vos amais á Violante, yo tambien. Defendeos.... en guardia, marqués de los Velez.

D. Pedro vaciló por un momento. En su noble corazon le repugnaba siempre verter sangre, aún siendo en su propia defensa, y á pesar de su odio al jóven, no podia ménos de inspirarle tanta compasion como aborrecimiento, porque le veia dominado por la embriaguez de la locura, que es ciertamente más peligrosa y terrible que la del vino.

Así fué que en vez de cruzar su espada con la del jóven, la bajó apoyándose en ella, si bien no apartaba sus ojos del rostro del mancebo para no ser sorprendido por un ataque repentino y brusco.

—Jóven, exclamó despues de un momento de silencio, veo que la ira os ciega, y en esa disposicion no es muy prudente que riñais. Posible sería que os atravesáseis vos mismo con mi espada, y por mucho que os aborrezca y os desprecie, el objeto principal de mi mision ya está conseguido, y doliérame mataros.

—¿Y á qué esa compasion que no admito? ¿por ventura esperais que yo la tenga de vos?

—Nó, repuso D. Pedro con fina ironía; vos sois incapaz de pensar así, porque corre por vuestras venas sangre ardiente é impetuosa.

—Entonces ¿por qué no quereis batiros?

—Ya os lo he dicho, porque me inspirais lástima. Tengo la seguridad de mataros.

—Eso lo veremos.

—¡Oh! ciertamente que sí. Vuestras mismas palabras me lo indican.

—¡Cómo!

—Sí. ¿Creeis poder alcanzar á Violante, que en este momento se hallará á una legua de aquí?

—Pues por eso mismo quiero mataros.

—¿Y qué habreis conseguido?

—¡Vengarmel! ¡ira del cielo!

—¡Ah! repuso el marqués con la misma frialdad y aparente indiferencia, ¡cuán loca y presuntuosa es la juventud!... Por vuestro bien, retiraos y dejadme salir. No quiero que vuestro padre me pida después su hijo.

—¿Y qué os importa?

—Temo á mi conciencia, jóven.

—¿Vos conciencia? gritó el mancebo tratando de exasperar al marqués; ¿cuándo la habeis conocido, si abusando sin duda de alguna imprudente confianza habeis logrado saber que Violante estaba aquí?

Este insulto hizo palidecer á Fajardo, pero aún tuvo fuerzas para contenerse.

—Os equivocais, D. Rodrigo. Vuestra traicion me autorizaba en verdad á haber empleado los mismos medios para averiguar el paradero de Doña Violante, pero no he querido parecerme á vos. ¿Creeis que vuestra conducta merece copiarse?

—¡Señor marqués!

—Reponeos, jóven.... Mi cabeza tiene ya muchas canas, y ya que no respeteis la virtud ni la nobleza, respetad la ancianidad.

—¿Yo respetaros?

—Os lo suplico.

—¿Yo respetaros? volvió á exclamar el jóven crispando

sus manos la cólera; ¡ah! en verdad, señor marqués, que me habeis creído algun necio. En este instante no veo en vos más que á un hombre como yo, que ama á la mujer que amo, que me la ha robado y que es preciso que muera. —

—No será por el filo de vuestra espada. —

—Pues entónces ¿por qué dudais? Defendeos. —

—No lo espereis. —

—Entónces sois un cobarde. —

—¡Caballero D. Rodrigo! exclamó Fajardo estremeciéndose como si hubiese sentido en el rostro la mano de su rival, el hombre que cuenta cinco campañas y ha peleado casi toda su vida en defensa de su patria y de su rey, no puede ser un cobarde. —

—Sí, volvió á repetir el jóven, sois un cobarde cuando no quereis reñir conmigo, y todo lo que la fama ha publicado de vos, es mentira, mentira, mentira. —

—¡Caballero! —

—¡Ah! ni aún con esto es bastante; pues bien, veamos ahora. —

Y ciego, sin saber lo que hacía, levantó la mano para dejarla caer sobre el rostro de D. Pedro; pero éste, que no apartaba de él sus ojos, detuvo su accion y levantó su formidable espada. —

—¡Ah! le dijo, la intencion basta para la ofensa.... Lo siento, voy á mataros. —

Y cruzó su hierro con el del jóven. —

Agueda huyó aterrada. —

Rodrigo atacó á Fajardo con una imprudencia tan manifiesta, que descubriéndose, tuvo por un momento su vida á la voluntad de su enemigo; pero éste, siempre noble, aún

en medio de su cólera, no se aprovechó de aquella ventaja, contentándose con defenderse é imponer al jóven con la fuerza y agilidad de su brazo todavía vigoroso.

La lucha duró unos ocho minutos, hasta que el hijo de Almenara comprendió que le iban faltando las fuerzas, y quiso concluir. Entónces, cerrando los ojos y sin cuidarse de la defensa, tendió con ímpetu su brazo, y la punta de su espada se clavó en el izquierdo de D. Pedro.

Al sentirse herido el caballero retrocedió un paso, pero brillaron sus ojos con un relámpago de fuego; su noble fisonomía se contrajo más de cólera que de dolor, y su espada, rápida como una exhalacion, buscó el pecho del jóven, que cayó hácia atrás como si hubiese dejado de existir.

—¡Diablo! murmuró D. Pedro inclinándose al herido, creo que le he muerto, y no eran esas mis intenciones.... Pero nó, nó.... añadió desabrochando su ropilla y viendo la herida, se ha desmayado del susto; he conseguido mi objeto, inutilizarle por un par de meses.

Despues de estas palabras vaciló no sabiendo qué hacer, hasta que viendo la sangre que Rodrigo estaba perdiendo, corrió al palacio.

En su puerta encontró á Agueda, que pálida como la muerte, habia presenciado el desafio escondida entre unos árboles, y al ver caer á su nuevo amo, se dirigia azorada á participárselo á la servidumbre.

—¡Eh! buena mujer, la dijo D. Pedro, junto á la puerta principal de la verja, ha caido herido D. Rodrigo de Almenara; avisa inmediatamente á sus criados y que le trasladen á su lecho. Corre si no quieres que muera.

Despues de pronunciar estas palabras, que acabaron de

atardir á la vieja, volvió atrás, pasó al lado del jóven (que en aquel momento abría los ojos), sin duda para decirle algo, pues se inclinó; pero al mismo tiempo vió á la servidumbre toda salir armada y vociferando del palacio, y temió por su vida.

Entónces envainó su espada y salió al campo, perdiéndose bien pronto por los accidentes del terreno.

Los criados, cuando llegaron al lado de su amo, se detuvieron en vez de perseguir al agresor, que habia desaparecido como por encanto, y cogiendo en brazos al imprudente D. Rodrigo, le llevaron á su lecho.

En cuanto al marqués, no tardó en llegar á la ermita de San Fermin, en donde le esperaban Sancho y Violante.

Esta le recibió con los brazos abiertos llamándole en su delirio con los nombres más dulces, miéntras que Sancho, práctico en curar heridas como soldado viejo, vendaba la que su señor habia recibido en el brazo izquierdo.

—¡Oh! le decia Violante, dichosa como no lo habia sido en su vida, sois un héroe, señor marqués.... y nunca podré olvidar ni pagar tanto heroismo y valor. No en vano vuestro recuerdo no se apartaba de mi memoria, y en medio de mis sombríos pensamientos parecia que una voz celestial me presagiaba que iba á deberos vida, libertad y honor....

Y el marqués, escuchando el dulce metal de aquella voz de niña, que parecia el acento de un serafin, sentia una felicidad inexplicable, y su alma entera parecia mecerse en océanos de ventura.

Sancho concluyó brevemente de vendar la herida, y preparó los caballos.

—Venid, dijo D. Pedro á Violante, apresurémonos, porque

tal vez seremos perseguidos. Lleguemos cuanto ántes al palacio de Lanuza, y ya en él, que se atrevan á atacarnos. Venid.

Y Violante, dejándose llevar como una niña por el noble y enamorado caballero, montó con él en su alazan, y seguidos de Sancho, que loco de alegría, ya daba por bien empleados todos los inconvenientes de aquel viaje, regresaron á Zaragoza con el corazon lleno de esperanzas y la mente de ventura.

CAPÍTULO XIV.

Violante con su familia.

La desaparicion de Violante habia producido en la familia de Juan de Lanuza un trastorno completo, pues desde el jefe de ella hasta el último de los criados, adoraban á la jóven y recordaban todas las bellísimas prendas de su carácter y sus sentimientos más bellos todavía. No tenemos necesidad de decir la desesperacion de Constanza, al ver que habian ya trascurrido cuatro ó cinco dias sin conseguir averiguar el paradero de la jóven, y reflejándose su desesperacion en su hijo y esposo, la dulce tranquilidad de la casa habia desaparecido siniestramente.

Constanza no ignoraba que tanto su esposo como el Justicia mayor de Aragon, como el mismo virey, habian agotado todos los medios que tenian á su alcance para descubrir el paradero de la jóven, y como ninguna de sus medidas habia producido efecto, Constanza comenzó á alarmarse seriamente.

¿Qué habria sido de Violante?

La esposa de Lanuza profesaba á la huérfana un cariño casi de madre, y no podia resignarse con la idea de perder-

la de un modo tan dolorosamente imprevisto. No diremos que amase á la pobre niña como á sus propios hijos, pero sí que la amaba mucho, que se habia acostumbrado á ella, y que recordando su hermosura temia, con fundamento, que la desgraciada fuese víctima de algun osado é infame libertino.

Su dolor la habia hecho olvidar hasta el asunto de su propio hermano; y cada vez que Lanuza entraba en su casa, y preguntándole si habian conseguido descubrir alguna cosa, recibia una respuesta negativa, no podia ménos de afligirse y de llorar desaladamente.

En cuanto á su esposo, su situacion era casi la misma; y si la mitad de su renta hubiera tenido que sacrificar para encontrar á Violante, la habria sacrificado sin vacilar, sin dudar un momento.

Al cabo de cinco dias de espera, de sobresalto continuo, de zozobra y de amargura, la noble familia comenzó por perder la esperanza de recobrar á la pobre huérfana, porque inútilmente se habian agotado ya todos los recursos y todos los elementos que las autoridades poseen en circunstancias semejantes.

Tal era la situacion de la casa cuando Violante regresó á ella.

Ahora bien, la noche del mismo dia en que el marqués de los Velez arrancó á la huérfana del poder de D. Rodrigo de Almenara, Constanza, ya inconsolable, se habia encerrado en su cámara sin querer recibir ni aún á sus hijos. Un negocio urgente retenia á Juan en Zaragoza al lado de su padre, y la desconsolada dama, sola con su dolor, dejaba que el llanto inundase sus mejillas, sin acordarse que las lágrimas surcan el rostro de arrugas indelebles.

Tal era su situación, cuando oyó bastante ruido de gente y caballos en el patio del palacio, y aunque no esperaba á su esposo, creyó sería él, y salió de su cámara para recibirle y preguntarle, como de costumbre, si se habia conseguido adquirir algunas noticias.

Pero de pronto la puerta de la cámara se abrió con estrépito, y ántes que pudiera ver quién entraba en ella de un modo tan brusco, se sintió abrazada estrechamente, y oyó una voz que la dijo:

—¡Oh madre mia! ya estoy á vuestro lado.

Era, con efecto, Violante, seguida del marqués de los Velez, el cual cerró la puerta, viéndose en la cámara inmediata toda la servidumbre que, loca de alegría, habia acompañado hasta allí á la tan llorada huérfana.

Constanza conoció la voz de su hija adoptiva, y por un momento no pudo hablar; despues se separó de ella, la miró ávidamente como si no diera crédito á sus ojos, y exclamó con toda la intensidad de su maternal cariño:

—¿Tú, Violante? ¿Eres tú? ¿No estoy soñando?

—Nó, madre mia, nó, señora.... soy yo.... yo, que ya estoy libre y á vuestro lado. ¿Y mi querido padre?

—En Zaragoza; pero.... ¡Dios mio! si te estoy viendo y no lo creo....

—Pues miradme... miradme bien, soy la misma.... vuestra Violante....

—¡Ah! sí, sí, eres mi hija.... mi hija, por quien tanto hemos llorado.

Y abrazándola tiernísimamente, la arrastró hácia un escabel y se sentó á su lado, sin querer soltar sus manos, que estrechaba con ternura.

En aquel movimiento, Constanza vió al caballero, el cual, comprendiendo su distraccion, se habia retirado respetuosamente.

—Perdonad, mi querido amigo, le dijo tendiéndole su mano blanca y torneada; sin duda habeis entrado con mi querida hija.... y.... no os habia visto; perdonadme.

—¡Qué decís, madre mia! exclamó la jóven. ¿Creeis que el marqués de los Velez ha entrado conmigo?

—Sí.

—Pues ha hecho mucho más.... me ha acompañado.

—¿Desde dónde?

Desde el palacio que me servia de prision.... Sí, es á él á quien debo la libertad.

—¿Al marqués?

—Sí, señora.

—¡Oh! noble amigo mio, repuso Constanza estrechando la mano del caballero con la más sincera gratitud, ¿habeis sido vos el libertador de mi hija? ¿os debemos este beneficio?

—Dios me ha proporcionado esa felicidad, señora.

—¡Cómo pagárosle! ¡Con nuestra propia vida!... y aún es poco.... Siempre noble, amigo mio. ¡Oh! ¡cuán grande me pareceis en este momento!

—Y se ha expuesto por mí, añadió la jóven.

—¿Tambien eso?

—Y viene herido.

—¡Herido! gritó Constanza alarmada.

—¡Oh! tranquilizaos, le dijo el marqués con pasion: un ligero rasguño, señora.... un poco de sangre de ménos en el cuerpo y una inmensa felicidad en mi alma.

—¡Qué decís!

—Señora.... he sido tan generosamente recompensado, que casi me avergüenzo de mí mismo.

—¡Cómo!

—Amiga mia, añadió D. Pedro aproximándose á Constantza y mirando amorosamente á la huérfana, que se sonrojó y bajó los ojos, por mucho que conozca la inconveniencia de entablar en estos momentos una conversacion algo larga, no puedo ménos de solicitar esta gracia de vuestra amabilidad; ¿me la concedéis?

—¿Y podeis dudarle? Despues de lo que habeis hecho.... ¡Ah! si, si, hablad.... referídmelo todo.... quiero saber cómo habeis conseguido lo que ni el Justicia mayor ni el mismo virey han alcanzado.

—Pues bien, escuchadme; pero ántes tengo que haceros una súplica.

—¡Todavía!....

—Necesito que me prometais ocultar á todo el mundo el nombre del raptor.

—¿Y por qué?

—Porque es muy poderoso y....

—Me estais asustando, amigo mio.

Y como viese que el marqués se sonrió en vez de contestarla, añadió dirigiéndose á Violante:

—¿Quién ha sido el miserable que se apoderó de ti, hija mia?

—D. Rodrigo de Mendoza.

—¡El hijo del virey!

—Sí, señora.

—¡Dios de bondad! ¿Y lo sabe su padre?

—Es de presumir que sí, añadió Fajardo, y por eso mismo es preciso que esto quede en el secreto. El marqués de Almenara es muy poderoso, y ya sabeis que odia á la familia de Lanuza, y especialmente á vuestro esposo: si llega á saber que os lo he revelado, quizás se vengue de vuestro esposo y de mí. El marqués es digno padre de su hijo.

—¿Pero querrá Juan sufrir en silencio tal ultraje?

—Es necesario, señora. Además, vuestra hija se halla ya á vuestro lado, y D. Rodrigo ha sido castigado duramente.

—¡Cómo!

—Por mí, señora.

—¿Es acaso él quien os ha herido?

—Sí, Constanza.

—¿Ha habido un duelo?

—Terrible, madre mia, añadió Violante estremeciéndose al recordar el peligro en que se habia visto Fajardo, terrible. D. Rodrigo y el marqués sacaron las espadas, y yo no pude ver más porque perdí el conocimiento.

—¡Pobre niña! Ciertamente que en tu situación semejante escena....

—¡Ah! os juro que era horrible.... Además ¡he padecido tanto estos dias!...

—¿Y Agueda? ha sido cómplice, ¿verdad?

—Sí, señora.... se habia vendido á D. Rodrigo.

—¡Infame! Lo mismo sucedió cuando María, la doncella de mi madrina Blanca; la vendió también, entregando sus papeles á la princesa de Eboli y á D. Pedro Alvarez de Toledo.

—Sí, añadió Fajardo, y por cierto que aquella traicion estuvo muy próxima á ocasionar la muerte del actual rey de Hungría D. Fernando.

—¿Y habeis muerto á D. Rodrigo?

—Nó, señora, le he atravesado el pecho, inutilizándole para un par de meses.

—Me haceis temblar, marqués.

—¿Por qué, señora?

—El virrey va á tomar de vos una venganza terrible.

—No le temo. He obrado con arreglo á mi conciencia y cumpliendo con los deberes de caballero. He tenido en mi mano la vida de D. Rodrigo y me he limitado á herirle; no se me puede pedir más. Por otra parte, el negocio es tan feo para ese jóven, que su mismo padre estoy seguro que se avergüenza de él, y nó querrá darle publicidad al pedirme una satisfaccion, que yo le daria, pero en medio del Consejo del Justicia. Callará y sufrirá en silencio y.... ya vereis cómo es el primero que viene á daros la enhorabuena y á estrechar mi mano por mi fortuna.

—Pero eso será una hipocresía, y cuando ménos os figu-
reis....

—Descuidad, estoy á su misma altura, y el marqués de Almenara no se atreve con sus iguales. Tranquilizaos.

—Y bien, hasta ahora no me habeis dicho cómo habeis conseguido salvar á mi querida hija, y tengo deseos de oíroslo referir.

—Preguntádselo á Violante, á quien tambien se lo he referido.

—¡Oh! nó, repuso la jóven, nó, caballero Fajardo.... De derecho os pertenece esa narracion, y si lo haceis por modestia, entónces hablaré....

El marqués miró amorosamente á la jóven y contó en breves palabras todo lo que ya saben nuestros lectores

acerca de los medios de que se habia valido para salvar á Violante, y de la ayuda leal y sincera prestada por Sancho, su escudero.

—Cuando concluyó, Constanza volvió á tenderle la mano, y le dijo:

—Mucho valiais para nosotros, marqués, pero desde hoy no tendrá límites nuestro agradecimiento. Permitidme que mi esposo premie á ese vuestro criado la ayuda tan desinteresada que os ha prestado, y estad seguro que, tanto mi esposo como yo, quisiéramos poderos mostrar toda nuestra gratitud.

—¡Ah! señora, exclamó D. Pedro lanzando un suspiro que hizo sonrojar á Violante, en vuestras manos está el único premio al que aspiro y con el cual me creeré excesivamente recompensado.

—¿En mi mano?

—Sí, amiga mia.

—¿Y qué tardais en decirlo? Os lo concedo, y Juan os lo concederá tambien; hablad, ¿qué es ello?

—Amo á Violante, Constanza.

—¿Vos? exclamó la esposa de Lanuza mirando asombrada al caballero.

—Sí, replicó el marqués, la amo con toda mi alma y su amor es lo único á que aspiro. Concededme su mano.

—¡Cómo! ¿quereis casaros con ella?

—Para ser feliz.

—¿Sabeis....

—Todo, Constanza.

—Pero ¡Dios mio! no salgo de mi sorpresa....

—¡Ah! la creo natural, amiga mia; soy ya tan viejo....

—¡Oh! nó.... comprendedme, marqués.... sois tan digno de ser amado, que no me extrañaría saber que una mujer os habia entregado su corazon; pero jamás he conocido que sintiéseis por mi hija adoptiva más sentimiento que el de una amistad sincera.

Y volviéndose á Violante, añadió:

—Y tú, mi querida hija, ¿qué dices? Habla sin temor, soy tu madre y sólo deseo tu felicidad.... Vamos, di.... Por algun tiempo he creido que tu corazon no era libre. ¿Eres libre, Violante, para unir tu suerte con la del marqués?

—¡Ah madre mia! exclamó Violante ocultando su rostro en el seno de Constanza y llorando de felicidad.

La esposa de Lanuza comprendió la causa de aquella emocion, y por extraña que le pareciese no dudó de ella. Entónces besó á Violante, y cogiendo sus manos la dijo casi al oido:

—Hija querida, ¿amas al marqués de los Velez?

—Más que á mi vida, la contestó la jóven en el mismo tono.

Otro beso fué el premio de su respuesta, y en voz más alta la dijo:

—¿Es decir, mi querida Violante, que puedes aceptar libremente la mano del marqués? Pues bien, ¿le quieres por esposo?

—Sí, replicó la jóven con acento casi apagado.

El marqués se estremeció de alegría, y una lágrima de felicidad se desprendió de sus ojos desapareciendo en su blanco bigote.

—¡Ah! exclamó sonriéndose la esposa de Lanuza, vuestra

emocion me garantiza la sinceridad de vuestro afecto, señor marqués.

—Señora.... perdonad esta lágrima.... es la primera que la felicidad me ha hecho derramar durante mi vida.

—Esa lágrima os honra, y.... Violante os pertenece. Os debe la libertad, la vida y la honra; nadie tiene derecho á poseerla más que vos. Sois noble y caballero y la hareis feliz. ¿Pero cómo habia de figurarme....

—Misterios del alma, amiga mia.

—Teneis razon, marqués. Ahora que ya lo hemos hablado todo, permitidme haceros una advertencia. Respecto á vuestro enlace con Violante, ya sabeis que no soy yo quien puede ni debe disponerlo; pero os aseguro que mañana mismo hablaré á Juan.

—Mañana vendré á saludarle y á pedirle formalmente la mano de su querida hija adoptiva. Yo sólo deseo que recomendeis mi pretension.

—¿Por ventura creéis que os hace falta? ¿Acaso ignora mi esposo lo que valeis? Si sabe que sois correspondido, ¿qué ha de decidir sino complaceros haciendo dichosa á esta querida niña?...

—¿De manera que puedo confiar en mi ventura?

—Os habeis hecho bien digno de ella.

—¡Oh! gracias, mi buena amiga, gracias.

Despues de estas palabras D. Pedro se levantó, y despidiéndose hasta el siguiente dia, besó la mano á Violante, y acompañado de Sancho salió de la quinta de Lanuza, sin permitir, como Constanza deseaba, que le acompañasen dos criados hasta dejarle en Zaragoza.

Cuando la esposa de Lanuza y Violante quedaron solas,

tuvieron una larga conversacion, que no trascribimos por no creerlo indispensable, y en la cual la huérfana abrió por completo su corazon á su madre adoptiva, manifestándola que amaba al marqués desde el primer dia que le hubo visto, y confesándola sus dudas, sus temores y su dolor al creer que no era correspondida.

En aquella conversacion, que mejor podremos llamar conferencia, Violante refirió con todos sus detalles lo que habia sufrido durante aquellos cinco dias y la manera infame y venal con que el hijo del marqués de Almenara habia solicitado sus favores.

Constanza la escuchó extasiada de felicidad y la cubrió de besos y abrazos, no cansándose de admirarla; y despues que la jóven preguntó por sus queridos hermanitos, que en aquel momento, como es de suponer, se hallaban durmiendo, tuvo que recibir los plácemes y la enhorabuena de toda la servidumbre.

Ya al amanecer y rendidas de cansancio y de emocion, Constanza y Violante decidieron recogerse para descansar un rato, miéntras que D. Juan de Lanuza volvía á la quinta, libre ya de los negocios que le retenian al lado de su padre.

LIBRO SEGUNDO.

LA CÔRTE DE HUNGRÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Blanca de Lanuza once años despues.

Por uno de esos misteriosos arcanos de la Providencia, la desgracia, que tanto habia perseguido á Blanca de Lanuza y al Corsario Negro desde el instante en que se vieron por primera vez en el golfo de Nápoles, parecia haberse alejado por completo de su lado, pues en los once años que no los hemos visto, ni la más pequeña nube habia turbado su dicha.

Dicha ciertamente envidiable y sólo igual en las novelas y romances caballerescos, porque todo cuanto puede acariciar la imaginacion, todo rodeaba y embellecia la existencia de los dos esposos.

El amor que se profesaban mutuamente, amor que habia sacado á Fernando de su abyecta posicion, en vez de disminuir ó entibiarse con el tiempo, habíase aumentado año

tras año, y siempre dichosos, no habia para Fernando otra mujer como Blanca, ni para Blanca otro hombre como Fernando.

Para colmo de su dicha, Dios habia bendecido su union dándoles tres hijos, de los cuales les vivia el último, preciosa criatura de seis años, rubio como el oro y blanco como el nácar.

Ahora bien, para que la dicha de Blanca fuese completa, la suerte la habia rodeado de una aureola de celebridad que se extendia por casi todo el viejo mundo, y si era querida como esposa y madre en el seno de su familia, era considerada como mujer de talento por todos los parientes de su esposo y por los hombres políticos más importantes de la época.

Con efecto, en muchas ocasiones su voto decisivo habia resuelto más de una cuestion política, y reinando en Hungría por su esposo, reinaba en las principales córtes de Europa por su talento y su energía.

En los primeros meses de su casamiento, el augusto hermano de Fernando y los demás individuos de la familia, habian recibido á la española con marcada indiferencia, sin duda porque no corria por sus venas sangre de reyes; pero bien pronto su indiferencia se trasformó en amistad y su amistad en entusiasmo. El mismo emperador Rodolfo II la hacía con frecuencia magníficos regalos, y en algunas ocasiones habia consultado á su cuñada los negocios más árduos de su imperio.

Ya hemos dicho que Felipe II participaba tambien de esta admiracion hácia la reina de Hungría; admiracion que en el carácter del sombrío monarca es la mayor prueba de

lo mucho que valia la española y del justo renombre que habia sabido conquistarse.

Los pueblos que por el rescripto del emperador habian pasado á la dominacion de Fernando, se consideraban cada dia más felices con sus nuevos reyes, pues Blanca y su esposo regian su pequeño reino con tal justicia, buen tino y prudencia, que los malcontentos y ambiciosos, que siempre existen aún en los más felices estados, no formaban en aquel territorio ni aún sombra que pudiera eclipsar á los dos reyes.

Inflexibles en la administracion de la justicia; espléndidos para premiar el mérito y la virtud; protectores de las artes y ciencias; esclavos de su palabra; comunicativos con los súbditos de la clase más inferior; siempre acudiendo á socorrer la desgracia donde quiera que se presentase; económicos en sus gastos y administracion, para no gravar á los pueblos con cargas excesivas; previsores para no mezclarse en cuestiones extranjeras que pudieran comprometer la integridad ó la paz de su territorio; poseyendo, en fin, todas esas cualidades que deben adornar á los jefes supremos de los Estados, Fernando y Blanca eran de continuo bendecidos y cada dia que trasecurria más ardientemente adorados.

Su situacion era, en verdad, envidiable; pero como en los palacios de los reyes la intriga siempre ejerce su influencia, y como nunca faltan palaciegos que aspiren á medrar á la sombra de todo lo más sagrado y respetable, Blanca y Fernando tenian tambien sus ángeles malos, sus enemigos, sus difamadores.

En la residencia real de Buda, el mal genio de Blanca

era la condesa Ludgarda de Clémort, viuda del conde de Quinsongto, antiguo chambelan del imperio.

La condesa desempeñaba en el palacio las funciones de camarera mayor de Blanca, destino que la correspondia por su cuna, á pesar de las pocas simpatías que inspiraba á su señora. La condesa era una mujer de extraordinaria hermosura, jóven aún y riquísima, lo cual la hacía representar un envidiable papel; pero libre en su conducta, y lo que es peor, vengativa é inexorable con las personas que la despreciaban, su fama era bastante equívoca y su reputacion muy dudosa. Con efecto, Ludgarda se habia quedado muy jóven viuda del conde de Quinsongto, y arrastrada por sus pasiones habia alimentado por mucho tiempo la crónica escandalosa de la capital. En la época en que la presentamos á nuestros lectores, amaba al magyar Giorgey, conde de Buda, y éste era el ángel malo de Fernando.

Giorgey ocupaba con respecto á su soberano la misma posicion que Ludgarda con Blanca, es decir, era uno de sus primeros y más nobles servidores. Dotado de una ambicion desmedida, vengativo en sus odios, inmoral en sus costumbres y escéptico en creencias religiosas, el conde de Buda era el tipo más acabado del palaciego intrigante, vanidoso y corrompido.

Como el mal siempre busca al mal, Ludgarda y Giorgey se habian unido por el amor y la conformidad de sus ideas, y dispuestos á sacar de sus disposiciones para la intriga el mejor partido posible, empleaban su funesta pasion en tener siempre en pié una intriga diabólica.

Con frecuencia Blanca y Fernando se habian visto obligados á imponer un castigo á aquellos dos servidores bajo

la forma de un viaje voluntario, pero su elevada cuna, sus riquezas y su poder obligaba á los reyes á volverlos á admitir en sus servicios.

Ludgarda y su amante el conde de Buda, habian tratado en más de una ocasion de desunir á los régios esposos con calumnias y murmuraciones, y sus intrigas y liviandades era la única sombra que oscurecia en algun tanto la dulce paz que reinaba en el palacio de los reyes de Hungría.

Por fortuna de nuestros dos más queridos personajes, la corte entera les queria y respetaba, é importábalos por lo tanto muy poco que sus dos más allegados palaciegos fuesen indignos de su confianza.

Para completar estas ligeras noticias debemos decir que el buen sacerdote que tanto habia contribuido á la regeneracion moral del antiguo Corsario, es decir, Fray Agustin, desempeñaba junto á los reyes de Hungría el cargo de su director espiritual y preceptor privado de su hijo.

Esto así, acompañaremos á nuestros lectores á una de las cámaras del palacio real de Buda, donde encontraremos á Blanca, vestida de terciopelo azul bordado de oro, sentada en un magnífico sillon, teniendo á sus piés á su lindo hijo el principe Alberto, y á su derecha al archiduque Alberto de Austria, hijo de su cuñado Rodulfo II.

Blanca era siempre la hermosa y bella jóven que nuestros lectores conocen ya. Los años parecian haberla respetado, y si su belleza habia sufrido alguna modificacion, era ciertamente en sentido favorable.

Es verdad que la felicidad rejuvenece, y Blanca era muy feliz.

La esposa del antiguo Corsario Negro sostenia con el ar-

chiduque una animada conversacion, en tanto que el pequeño Alberto, subido sobre las rodillas de su madre, se entretenia en besar y acariciar los bucles de la cabellera de Blanca.

Era el archiduque de estatura más bien baja que alta, sin que por esto se le pudiera considerar como un jóven de fisico despreciable, porque de cutis blanco, cabellos rubios y ojos azules, poseia además una presencia distinguida, un lenguaje persuasivo y un claro talento, que le hacian ser uno de los más bellos y apuéstos jóvenes de la época.

Vestia sencillamente de terciopelo negro, sin bordados, azabaches ni piedras preciosas, lo cual hacia resaltar más la nítida blancura de su cutis.

Blanca apreciaba mucho al jóven por las cualidades que le distinguian, y porque Alberto, que apenas habia conocido á su madre, profesaba á la española un respetuoso cariño que parecia una adoracion.

Esto así, oigamos el diálogo que sostenian.

—No os disculpeis, Alberto, le decia Blanca en tono de dulce reconvencion; sois un ingrato, cuando hace más de tres dias que viviendo en Buda y en mi mismo palacio, no os habeis dignado venir á verme....

—¿Pero no os he dicho ya, mi buena tia, que....

—No admito esa disculpa.... ¿Ocupado vos? ¿Y en qué? ¿qué estudio habeis comenzado, ni qué negocio puede robaros el tiempo?

El jóven permaneció un momento indeciso y miró á Blanca.

—Vamos, prosiguió ésta mirándole tambien y sonriéndose, sin duda teneis algo que decirme y os falta el valor; ¿qué es ello, archiduque?

—¡Ah! ¿me habeis comprendido?

—Creo que sí. Sin duda el amor por vuestra prima Isabel Clara....

—Pues bien, tía mía, habeis acertado. Estoy desesperado y triste. Ya sabeis que la amo y....

—¿Qué os detiene?

—El temor de que me juzgueis como un loco.

—¿Y por qué?

—Porque no tengo valor para sobrellevar la desgracia que me amenaza.

—¿Una desgracia á vos?

—Sí, tía mía.

—¿Desgracia de amores?

—Sí, sí. Hace tres dias he recibido una carta de Isabel.

—¿Y es esa carta la causa de vuestro dolor?

—Ciertamente.

—¿Pues qué os dice en ella?

—Que Felipe II quiere casarla con el rey de Francia.

La reina de Hungría se sonrió.

—Tranquilizaos. Os aprecio, archiduque; y yo, que conozco el grande amor que profesais á la infanta Isabel y la conveniencia de vuestro enlace con ella, me atrevo á intervenir en este asunto, oponiéndome á la voluntad del rey Felipe.

—¿De veras, señora?

—Ciertamente. La oposicion mayor, creedme, Alberto, no está en el rey de España, sino en vuestro padre, pues como sabeis, no consentirá ayudaros por no dar pretexto á Felipe II de decir que ha mendigado su alianza.

—Entonces ¿cómo quereis que me consuele?

—¿Cómo? obrando como un hombre y dejáncos guiar por mis consejos.

—¡Ah! si no es más que eso.... os prometo obedecer.

—Tambien me lo prometisteis el otro día, y sin embargo, os encuentro cada vez más compungido y desesperado.

Alberto suspiró y cogió la mano de su tia.

—Señora, la dijo conmovido, teneis el secreto de leer en los corazones y de llevar la esperanza á los ánimos más sombríos. Voy á confesaros una idea, ó por mejor decir un proyecto, que estoy seguro aceptareis. El os demostrará que estoy decidido á todo ántes que renunciar al amor de la infanta de España.

—Veamos ese proyecto.

—He decidido ir á Madrid.

—¿A Madrid?

—Sí, señora.

—¿Vos solo, archiduque?

—Sí, de incógnito.

—¿Sin licencia de vuestro padre?

—Seguramente.

—¡Ah! exclamó Blanca con acento algun tanto severo, es una imprudencia ese proyecto.... y os juro no permitir que le lleveis á cabo.

El archiduque miró asombrado á Blanca.

—Sí, sí, prosiguió ésta contestando á aquella mirada, una imprudencia cuyos resultados no habeis considerado bien. Y si no, decidme.... ¿qué ibais á conseguir con presentaros en la corte de España?

—Ver á Isabel.

—¿Y qué más?

—Dios lo sabe.

—Pues bien, si Dios sabe eso, yo sé todo lo malo que sucedería. Vuestro padre se enteraría de vuestra marcha y os obligaría á regresar tal vez como prisionero; á nosotros nos dejábais comprometidos por no haberos vigilado, y Felipe II, que vería en vuestro viaje una falta de respeto á su majestad y la autoridad de vuestro padre el emperador, os consideraría como un jóven imprudente esclavo de sus pasiones y robustecería su negativa con estos argumentos.

—Pero señora....

—¡Ah! no prosigais esa idea, que no iba á proporcionaros mas que desgracias.

—Y bien, si esto os parece absurdo, indicadme otro camino. ¿Qué he de hacer?

—Esperar y dejarme meditar. ¿No os he prometido intervenir en el asunto?

—Sí, señora.

—Pues tened confianza en mí y animaos, Alberto.

Y despues de un momento de silencio prosiguió bajando la voz afectuosamente:

—Ireis á Madrid y vereis á Isabel Clara.

—¡Ah! mi querida tia, ¿accedeis á mi idea?

—De ningun modo.

—Entónces....

—Oidme.... He dicho que ireis á Madrid, y he dicho mal.

—¡Cómo!

—He debido decir que iremos.

—¿Iremos? no os comprendo.

—Pues es muy fácil. Voy á acompañaros.

—¿Vos, tia mia?

—Ciertamente. Y en vez de un viaje de incógnito, llevaremos servidumbre, é iremos á España para que visiteis sus monumentos, es decir, los que no habeis visto en vuestro viaje anterior, en aquel viaje en que visteis por primera vez á la infanta y os enamorásteis ciegamente. Pues bien, esto será el pretexto de nuestro viaje, pero en realidad será vuestro matrimonio su objeto. Veré á Felipe II, le hablaré, le haré presente la inconveniencia de casar á su hija con el rey de Francia, bajo el punto de vista político, que es precisamente por lo que él desea esa boda, y le propondré un proyecto que es muy posible acepte y considere ventajoso. Ya sabeis que tengo alguna influencia con vuestro tio, y que escucha mis consejos con alguna reflexion; confiad, pues, en mí, y animaos. No olvidéis que en todas las cuestiones graves de la vida, el camino derecho es siempre el más corto y el que ofrece más probabilidades de llegar con felicidad al término del viaje. Vuestra idea no podia ménos de causar disgustos y colocaros en peor situacion; la mia puede conduciros al objeto, y si no, tiene la ventaja de no haceros representar un papel indigno de vos.

—¿Y es posible, señora, que por mí hagais un viaje tan largo?

—Tanto mejor para que me lo agradezcáis, respondió Blanca sonriendo.

—¡Oh! con toda mi alma, tia mia, repuso el archiduque besando agradecido la mano que le alargó la reina. Pero decidme, prosiguió, ¿es posible que dejeis á vuestro hijo?

—Quedará con su padre, y además nuestra ausencia no ha de ser muy larga. En dos ó tres meses habremos despa-

chado nuestra comision, y esto porque de ir á España quiero saludar á mi querida familia.

—Y mi noble tio, vuestro esposo, ¿no se opondrá á este viaje?

—Nó. Ya sabeis que es razonable, y os aprecia mucho para impedirme que proteja vuestras amantes esperanzas.

—¿Y tardareis en decidiros?

—Nó. Pero no seais impaciente.

—¡Ah! recordad que Felipe II puede comprometerse por completo con el rey de Francia, y entónces....

—Descuidad, hasta ahora no pasan de proyectos.

—Creo, sin embargo, que ya se han entablado algunas negociaciones y....

—Descuidad vuelvo á repetiros. ¿No teneis confianza en mí, archiduque?

—Sí, mi querida tia.

—Pues entónces, dejadme obrar y tranquilizaos. Soy más vieja que vos, y tengo por lo tanto más experiencia.

CAPÍTULO II.

Un consejo de familia.

Al acabar de pronunciar Blanca las palabras con que terminamos el capítulo anterior, abrióse la mampara que daba paso á la régia estancia, presentándose en ella el rey de Hungría, el antiguo Corsario Negro.

Fernando apenas habia envejecido, y dotado de una naturaleza de hierro, la terrible campaña que habia sostenido en la Transilvania por espacio de cuatro años, aumentó su vigor y su salud en vez de disminuirle. Fernando era el mismo que ya conocen nuestros lectores; noble en su apostura, bello en su presencia, hermoso de rostro, de habla expresiva y dulce, de mirada afable y cariñosa.

Vestia fastuosamente, segun acostumbraba; pero el lujo de su traje no daba á su persona ese aire de ridícula vanidad y prosopopeya que suele comunicar á la generalidad de la gente.

Cuando entró en la cámara que ocupaba su esposa é hijo con Alberto, sonrióse dulcemente, y con la satisfaccion del avaro que contempla sus riquezas, así abarcó con su mirada el grupo que formaban aquellos tres seres queridos.

Alberto, al verle, se levantó con respeto.

Blanca le tendió su mano.

El niño saltó al suelo y abrazó sus rodillas.

—Creo que he venido en mala ocasion, exclamó riéndose y con acento de la más afectuosa broma; creo que he interrumpido vuestra conversacion, y lo siento, porque sin duda yo no puedo saberlo, cuando la habeis suspendido al verme.

—Pues esa creencia es completamente falsa, repuso Blanca sonriéndose.

—¿Falsa, esposa mía?

—Como que si no hubieses venido, iba á mandarte llamar.

—¿Pues qué ocurre?

—Que hay necesidad de celebrar un consejo de familia, como tú dices.

—¿Y qué cuestion vamos á dilucidar en él?

—Mi viaje á España.

—¿Tu viaje?

—Sí, mi querido Fernando.

El rey se sentó al lado su esposa con la curiosidad retratada en su fisonomía.

—Escucha, prosiguió Blanca mirando cariñosamente al archiduque, ya sabes que nuestro querido sobrino Alberto tiene en España su corazon, es decir, ama á una española, á la infanta Isabel Clara. Sabes tambien que Felipe II quiere casar á su hija con el rey de Francia, y sabes tambien que el pobre Alberto está desesperado y aburrido con tan desgraciado amor.

—Perfectamente, todo eso sé; pero no comprendo aún el objeto de tu viaje.

—Arreglar con Felipe II el matrimonio de Alberto con la infanta, haciéndole desistir de sus primeras ideas.

—¿Y crees convencer al monarca español?

—Seguramente.

Fernando se quedó un momento pensativo, y luego exclamó con acento grave:

—Con efecto, veo, mi querida esposa, que es preciso un consejo de familia para hacerte cambiar de ideas. No conoces sin duda al monarca español cuando tales esperanzas tienes, y no conoces tampoco la posición que ocupas en la actualidad para arriesgarte á entablar personalmente unas negociaciones que podrían ser infructuosas.

—Pero tío mío, exclamó Alberto, que veía disgustado que el rey no aprobaba el proyecto de Blanca.

—Niño, dijo Fernando al archiduque, vos no veis en esta cuestión mas que el resultado que os finge el deseo. Creeis sinceramente que si vuestra noble tía marcha á Madrid y puede hablar á Felipe II, el negocio está ya terminado, y creedme, no es así. Por de pronto, vos no podríais acompañarla sin permiso de vuestro padre mi augusto hermano, y yo no os dejaré partir sin su permiso.

—Pero señor....

—No os apureis, exclamó la reina interrumpiendo al joven, hablemos sin precipitarnos; y vos, archiduque, os suplico permanezcais silencioso.

—¡Ah! ¡es tan triste ver la oposicion de mi tío D. Fernando!...

—Yo no me opongo á vuestro casamiento con la infanta Isabel Clara, exclamó Fernando; yo me alegraría infinito que pudiera verificarse, porque la amais mucho y seríais

felíz; pero no quiero que la reina de Hungría se exponga á sufrir un desaire del monarca español ni que vuestro padre me acuse de proteger proyectos insensatos.

—Creo que exageras, mi querido esposo, exclamó Blanca; ya sabes la influencia que ejerzo en el ánimo de Felipe II y las consideraciones que le merezco: es por lo tanto posible que en esta cuestion lograra tambien vencerle, y si no lo conseguia, desde luego no temo que me tratase mal ni me hiciese ningun desaire. Por otra parte, mi mision no puede ser oficial; voy á España á ver á mi familia, á la que hace once años que no he visto, y Alberto me acompaña en la expedicion; ¿hay nada más natural? ¿puede enfadarse Felipe II porque yo trate de aconsejarle que es conveniente y política la boda de su hija con nuestro sobrino? ¿puede tu hermano el emperador llevar á mal ni oponerse á que su hijo el archiduque sirva de caballero á su tia en su viaje de placer? Creo que no.

—Bajo ese punto de vista no son tantas las dificultades; pero sin embargo, aún existen algunas.

—Dilas, pues, porque si realmente las hay, te aseguro no volverte á hablar de este asunto.

—Primeramente la falta que me haces á mi lado.

—¿Como reina ó como esposa?

—Como esposa, mi querida Blanca, respondió el antiguo Corsario con cariño.

—¡Oh! ciertamente que sí, exclamó la reina conmovida: la despedida sería muy triste, porque ya sabes cuánto sufrimos cuando no estamos juntos; pero algo hemos de hacer por el pobre Alberto y por el engrandecimiento de nuestra casa.

—¿De nuestra casa?

—Sí en verdad.

—¡Por San Huberto! ¿Vas á querer persuadirme que el engrandecimiento de la casa de Austria estriba en el matrimonio de Alberto con la hija de Felipe II?

—Seguramente.

—¿Sabes lo que dices?

—¿Pues no lo he de saber, si mucho ántes que nuestro querido sobrino pensara en la infanta Isabel, ya habia yo calculado las consecuencias de ese enlace?

—¿Y cuáles serán segun tu opinion?

—Escucha. ¿Reconoces en el heredero de Felipe II el talento de su padre?

—De ningun modo.

—¿Crees que el príncipe de Asturias, educado en el misticismo y con alma de mujer, sepa gobernar el imperio dilatado que su padre le entregará á su muerte?

—No, nó.

—¿Y no será una desgracia para nuestra causa, cuyo primer representante es Felipe II, que ántes de que su cadáver se haya convertido en polvo, la mayor parte de los Estados que hoy le rinden obediencia se subleven y emancipen?

—Ya lo creo; pero todo eso....

—Eso tiene que suceder, y sucederá. Pues bien, si Felipe II, en lugar de casar su hija con el rey de Francia, que ningun beneficio directo puede producirle, pues la alianza con los franceses siempre ha de ser ficticia, casase á su hija con el archiduque Alberto, y le diera los Países-Bajos á título de soberanía, ¿no habria asegurado nuestra casa la po-

sesion de esos paises, hoy casi independientes, protegidos por Holanda y la Inglaterra, y mañana libres por completo?

Fernando se quedó un momento pensativo.

—Creo que tienes razon, dijo por fin; tal vez hayas planteado la cuestion en su más interesante y verdadero terreno.

—Me alegro que lo conozcas, y por lo tanto que convengas conmigo en que el matrimonio de Alberto con la infanta Isabel Clara, es uno de los enlaces que más beneficios pueden traer á la casa de Austria. Si yo doy estas razones á Felipe II, es casi imposible que desconozca sus ventajas, y si las conoce, todo lo habremos vencido. La infanta se casará con el archiduque.

—Pero ¿y si no las reconoce?

—¡Oh! eso corre de mi cuenta.

—Sí, sí, exclamó Alberto apoyando á Blanca, porque en ello le iba su felicidad, como acababa de decir; sí señor, mi noble tia conseguirá lo que desea, como ha conseguido otras muchas cosas más difíciles, y aliento la esperanza, no solamente de que mi augusto tio D. Felipe dará su consentimiento, sino tambien las gracias.

—Niño, repuso Fernando, en esta cuestion, y no obstante vuestro talento, no veis muy claro, porque estais ofuscado con vuestro amor. Pero aconsejaos de quien querais y ya vereis lo que dicen. Además, es preciso la licencia de vuestro padre.

—¿Y para qué?

—Os hallais en Buda contra toda su voluntad, pues desea teneros á su lado; y si nada hasta ahora os ha escrito, es porque ha querido demostrarnos la confianza que tiene en

nosotros. ¿Cómo quereis que si se opone á vuestro viaje vaya yo á consentirlo?

—Pero tío, ¿no me es acaso permitido acompañar á la reina de Hungría como un simple caballero? Si vos no podeis ir por los cuidados de vuestro gobierno, ¿quién mejor que yo para servirla y protegerla?

—Y luego, si el rey de España se opone, ¿qué dirán los demás países?

—Nada pueden decir, exclamó Blanca con decision y aún con altivez; nada, porque no sería la primera embajada inútil que se ha celebrado entre los reyes, y además, yo no quiero llevar ese carácter. Voy á ver á mis padres, y de paso saludo al rey; ¿hay nada más verosímil?

—Sí; ¿pero y nuestro hijo? repuso el antiguo Corsario, recurriendo á este extremo para hacer desistir á su esposa de aquel viaje, ¿y Alberto, Blanca? ¿no es verdad, hijo mio, que mamá no debe separarse de tí?

—Nó, nó, exclamó el niño subiendo de un salto á las rodillas de su padre, teneis razon, papá; mamá no debe ir á Madrid.

—¿Y por qué no debo ir, ángel mio?

—Porque no quiero quedarme solo.

Blanca besó al niño en la frente, y despues la hermosa criatura, que para contestar á la interpelacion de su padre habia abandonado un juguete mecánico, corrió al lado de uno de los balcones á proseguir su juego.

Blanca entónces, sonriéndose, prosiguió:

—Ahora me convenzo más y más de que tu oposicion, Fernando, no es hija de tu conviccion, sino de tus temores de que pueda sobrevenirme alguna desgracia.

—¿Y por qué ahora lo crees así?

—Porque no encontrando argumentos, has recurrido á nuestro hijo.

El rey se sonrió maliciosamente, y el archiduque, que estaba sufriendo un terrible martirio, porque tan pronto le parecia que el viaje iba á efectuarse, como que Blanca desistiría de él, dijo á su tío con voz insegura:

—Señor, permitidme por última vez que os manifieste lo que siento. Amo á la infanta Isabel Clara como un loco; cuando estuve en Madrid hace tres años, era casi un niño, pero al ver á mi querida prima creí volverme loco de admiracion. ¡Es tan bella! Ya sé que los príncipes no debemos tener corazon, y que casi siempre ese absurdo que se llama razon de Estado, máscara para cohonestar ciertos hechos, nos esclaviza y nos hace vivir más desgraciados que el último pastor de nuestras montañas. Pero además de mi amor, recordad, mi querido tío, que yo no soy el heredero del imperio de Alemania, que mi destino no va unido á la corona de mi augusto padre, pues es Maximiliano quien ha de sucederle, y que por lo tanto, mi posicion me permite poder obrar con alguna más libertad en todo lo que á mi porvenir se refiera. Ahora bien, señor, siempre he sido con mi padre en su corte, su hijo segundo, es decir, nunca he obtenido ni las distinciones ni el afecto que mi hermano mayor; siempre he vivido bajo la dependencia de Maximiliano, que desde muy pequeño me hizo sentir la distancia que le separa de mí; siempre he sido el último en mi familia, y tal vez el último en el imperio; ¿quereis, pues, señor, que tambien ahora destroce mi pecho y me avenga á destrozarme yo mismo el alma, por consideraciones á mi posicion, que nin-

guna ventaja me ha proporcionado nunca? ¿quereis que rechace ese dorado sueño de mi vida que me hace tan feliz, despues que tantos y tantos sueños he visto desvanecidos? ¿Os negareis, tanto como me apreciáis, á contribuir que sea un poco dichoso como hombre, ya que como príncipe de sangre real nunca he podido serlo?

—¡Ah! exclamó la reina conmovida, tiene razon Alberto, debemos hacerle feliz, Fernando.

—Archiduque, le dijo el rey, tambien conmovido, pero procurando ocultar su emocion, es cierto que no sois el heredero de vuestro padre, pero podeis serlo algun dia. Vuestro hermano puede morir y....

—Aún en este caso, me parece digna la infanta Isabel Clara de sentarse en el trono imperial.

—Indudablemente.

—Pues entónces....

—Entónces, Alberto, os habeis olvidado de lo más grave. No es vuestro padre, mi augusto hermano, el que se opondrá á vuestra boda, sino Felipe II.

—Por eso quiere ir á Madrid mi querida tia, repuso el jóven decidido; no ignorais, señor, cuánto la aprecia el rey de España y....

—¿Y si sufre un desaire?

—Yo te aseguro no recibirle, exclamó Blanca.

—Pues bien, prosiguió Fernando, no hallando argumentos para continuar sosteniendo su negativa, llamemos á Fray Agustin, y si le parece prudente tu viaje, marcharás á España.

—¿Es decir que aceptarás su opinion?

—Como siempre. Ya sabes que Fray Agustin se equivoca muy pocas veces.

—Pues entónces, llamémosle.

El archiduque se estremeció. Cuando ya creia haber vencido, presentábase una nueva dificultad, porque si el confesor de sus tios se oponia á aquel viaje, lo cual no era imposible, adios esperanzas de convencer á Fernando.

Su mal humor se tradujo en su fisonomía, y el rey no pudo ménos de decirle sonriendo:

—Me parece, archiduque, que no confiais mucho en la licencia de Fray Agustin.

—Creí, señor, no necesitarla, respondió el jóven con algun despecho.

—Pues creísteis mal. En los negocios de Estado ya sabeis que jamás consulto á ese santo hombre, porque se ha negado siempre á intervenir en ellos, alegando que es indigno de un servidor de Dios servir á los reyes en negocios mundanos; pero en nuestras cuestiones de familia no doy un paso sin su consejo. No temais, pues, si teneis la conviccion de que es razonable ese proyectado viaje, pues vuestra alarma parece indicar que no estais muy seguro de ello.

—Señor, yo.... replicó el jóven aturdido.

—Nada, nada, replicó Blanca levantándose, llamemos á Fray Agustin. Estoy tranquila.

Y dirigiéndose á la puerta, abrió la mampara y llamó á una camarista.

—Mi querida Ludgarda, la dijo, decid á un paje que avise al reverendo Fray Agustin, á quien esperamos en mi cámara S. M. el rey y yo; ahora veremos, prosiguió volviendo á ocupar su sitio al lado de Fernando, ahora veremos quién vence.

CAPÍTULO III.

Fray Agustin, once años despues.

Algunos minutos despues, Fray Agustin se presentaba en la cámara de la reina de Hungría.

Nuestros lectores ya conocen al santo y venerable anciano que tanto habia contribuido á la regeneracion moral del antiguo pirata, y ahora sólo debemos decirles que el buen sacerdote habia envejecido mucho por el excesivo trabajo que habia echado sobrè sus hombros.

Con efecto, sin temor á su edad ya avanzada y al clima frio y húmedo de Hungría, tan perjudicial para su naturaleza ya gastada, el buen pastor se habia dedicado con tal asiduidad á los trabajos de su santo ministerio, que habia envejecido en aquellos once años como si hubieran trascurrido treinta. Fray Agustin tenia ya sus escasos cabellos blancos como la nieve, su espalda se habia encorvado, sus piernas flaqueaban y tenia necesidad de apoyarse en un baston; su voz se habia hecho convulsa y débil, y toda su naturaleza casi se encontraba ya en esa fase de la vejez que se llama decrepitud. Fray Agustin, sin embargo, conservaba su alma vigorosa y fuerte, y su razon, siempre serena, des-

pejada y brillante, no habia perdido tampoco la lucidez de sus juicios.

— Cuando penetró en la cámara de Blanca, se inclinó con respeto delante de Fernando, pero éste se levantó presentándole el mismo sitio que ocupaba, y le dió su brazo para que en él se apoyase.

— Despues que se hubo sentado, Blanca le dijo sonriéndose:

— Padre mio, hace ya mucho tiempo que no acudíamos á vuestras luces para que nos reconciliásemos el rey mi esposo y yo; pero hoy recurrimos á ellas, porque en cierta cuestion, de que os impondremos, estamos muy desacordes.

— Sí, sí, repuso Fernando, queremos que despues de haber oido nuestro pleito, sentencieis á favor del que creais que piensa más prudentemente.

— ¡Cómo! exclamó el anciano, ¿es posible, hijos mios, que no penseis de un mismo modo, cuando nunca os he conocido disidencia?

— Tranquilizaos, añadió el rey sonriendo; ni Blanca ni yo nos hemos indispuerto. Es un asunto casi extraño á nuestra familia.

— Entónces....

— Por favor, Fray Agustin, repuso el archiduque con impaciencia al ver que la conversacion no recaia directamente sobre el viaje á España, oíd lo que van á deciros mis nobles tios, porque si no va á hacerse eterna esta conferencia.

Los reyes miraron al jóven reprendiéndole, pero el anciano se sonrió, diciéndole con bondad:

— Las palabras de V. A. me han tranquilizado, señor, y descubierto el objeto de esta entrevista.

—¿Conque lo habeis adivinado? exclamó Blanca.

—El señor archiduque es un excelente y noble jóven que honrará ciertamente el apellido que lleva, pero es demasiado impaciente, y la impaciencia es hermana de la imprudencia. Además, eso me indica que no sabe sujetar sus pasiones, y es preciso que se acostumbre á ello. V. A. se halla en una posicion que le obliga á ser mejor que la mayoría de los hombres, porque son delitos en los principes y reyes lo que sólo pueden ser faltas en los vasallos.

El jóven se sonrojó de vergüenza, y no atreviéndose á replicar, guardó silencio.

—Señor, prosiguió Fray Agustin dirigiéndose al rey, por la interrupcion del archiduque he comprendido que se trata de su matrimonio con la infanta Doña Isabel Clara. Es un matrimonio que apruebo, y como os dije el otro dia, estoy dispuesto á ir á Madrid en vuestro nombre á solicitar el consentimiento y aprobacion de Felipe II, si así lo creéis conveniente.

—Con efecto, añadió Blanca, habeis acertado, padre mio; pero no es precisamente por resolvernos para lo que necesitamos vuestros consejos, sino para que nos digais si creéis prudente y razonable que vaya yo á Madrid á arreglar personalmente ese asunto.

—¿Vos, hija mia?

—Sí; mi idea es ir á España á visitar á mis ancianos padres, y de paso tratar de convencer á nuestro augusto primo de lo conveniente que es el enlace de su hija Isabel con el archiduque Alberto. El viaje podrá durar unos tres meses, y tres meses trascurren en seguida. Para esto os hemos llamado. Queremos que con el talento y lealtad que

os caracteriza, nos digais, señor, qué os parece mi idea.

—Me parece, hija mía, una idea algun tanto imprudente.

—¡Ah! exclamó el archiduque palideciendo, pues vió todas sus esperanzas destruidas de un golpe.

—Muy bien, dijo Fernando complacido de que el sacerdote pensara como él.

Blanca no dijo por el pronto una palabra, pero no se dió por vencida. Muy al contrario, cada vez más segura de conseguir un buen resultado, se sonrió y dijo al anciano:

—Creo, padre mio, que he de convencerlos, y voy á intentarlo. ¿Qué es lo que encontrais imprudente en mi idea?

—El exponeros á recibir un desaire de D. Felipe II, y el que, esposa del rey de Hungría y de Bohemia, representeis un papel indigno de vos. El papel de embajador no es, hija mía, el que mejor conviene á vuestro sexo.

—Perdonad, hace muchos siglos que tambien las reinas pueden servir y han servido de embajadoras. En nuestra misma historia contemporánea podeis ver á dos princesas representando este papel en negocios algo más complicados y difíciles que el que nos ocupa.

—¿Dos princesas? repuso el rey.

—Sí en verdad. Luisa de Saboya, madre de Francisco I de Francia, cuando este rey estuvo preso en Madrid, ella fué la que trató de su libertad con la hermana del emperador Carlos V, Margarita de Austria, gobernadora entónces de Flandes. La entrevista se celebró en Cambray, y en ella demostraron que tambien las mujeres servimos para llevar á feliz término los asuntos más espinosos. Algun tiempo despues, la reina de Francia, Catalina de Médicis, esposa de Enrique II, hizo en nombre de éste la paz con el rey Fe-

lipe de España, dándole por esposa á su hija Isabel de Valois, y consiguió lo que tal vez no hubieran alcanzado los dos monarcas, por no saber dominar el odio que se profesaban mutuamente.

—Es verdad, exclamó Fray Agustin.

—Ya veis por lo tanto, padre mio, repuso Blanca, que de todas maneras no sería yo la primera reina que descendia al papel de embajador, mucho más cuando en la ocasion presente no es el papel de embajador oficial el que me arrego, puesto que mi viaje ha de ser de incógnito y exclusivamente como un viaje de familia.

—Sí, sí, exclamó el anciano, todo lo que habeis dicho, señora, es verdad, y desde luego estoy seguro que si vais á España y hablais al rey, conseguireis lo que tanto anhela el señor archiduque, porque Dios os ha concedido el don de la palabra.

—¿De modo que, segun eso, padre mio, añadió Fernando, mi querida esposa ha logrado convencerlos?

—Convencerme de la utilidad de su viaje, sí, pero de la conveniencia de que marche á España, nó.

—¿Y qué temeis?

—Hija mia, es un viaje un poco largo y vuestro esposo no puede abandonar su reino.

—Justo, exclamó el antiguo pirata.

—Es verdad, replicó Blanca, pero yo tampoco pienso ir á Madrid sola con mi servidumbre, porque me acompañará el archiduque, y vos tambien, padre mio.

—¡Cómo! exclamó Fernando asombrado, ¿quieres que Fray Agustin se exponga á las molestias de un viaje?

—Sí, sí, repuso el sacerdote; iré, iré, y en este caso ya

me habeis convencido, hija mia. Con S. A. y yo y la servidumbre necesaria, nada podrá sucederos.

—Pero vos....

—Descuidad, hijo mio, me encuentro fuerte, y además, perdonad mi flaqueza, pero no quisiera morir sin volver á ver mi querida patria y abrazar á mis hermanos de religion.

—¿Luego accedeis?

—Sí.

—¡Oh! exclamó el archiduque respirando como si le hubiesen quitado un gran peso; entónces ya soy feliz, y os aseguro, mi querido tio, que ántes que á la reina la suceda ninguna desgracia, me ha de suceder á mí.

—¿Y el permiso de vuestro augusto padre, Alberto?

—No insistas en ello, exclamó Blanca; no pongas dificultades sobre dificultades. El permiso de tu hermano no hace falta ninguna.

—¿Cómo que no?

—El archiduque irá á Madrid acompañándome, no á solicitar la mano de Isabel. El emperador Rodulfo, que me aprecia, nada ha de decir porque Alberto vaya conmigo, pues si yo fuera con carácter oficial, entónces ya variaba la cuestion.

—Ciertamente, añadió el sacerdote; aún cuando el verdadero objeto de este viaje sea el arreglo de esa boda, como no aparecerá así, no hay compromiso en que venga S. A. con nosotros. Además, recuerdo lo que el otro dia, hablando de este enlace, me dijisteis, y estoy seguro que el emperador Rodulfo, si conseguimos casar á S. A. con la infanta de España, se ha de dar por muy satisfecho.

—Veo que mi esposa y la esperanza de volver á vuestro

país os han hecho cambiar de ideas completamente, mi querido padre, exclamó Fernando.

El anciano se sonrió como acostumbraba.

—No os negaré, hijo mio, dijo al rey, que no contribuyan algo esas circunstancias para haber cambiado de ideas; pero no obstante, puedo aseguraros que si me he adherido al proyecto ha sido porque lo creo beneficioso y libre de los inconvenientes que en él veía ántes de conocer sus detalles.

—¿Es decir que ya no me queda otro remedio que ceder?

—Nada más, replicó Blanca riendo.

—Pues bien, sea; tienes mi permiso.

—¡Oh! exclamó Alberto cogiendo la mano de su tío, ya vereis, señor, cómo volvemos á Buda dichosos y victoriosos de nuestro empeño, y cómo mi augusto padre os da las gracias por haber accedido á nuestras súplicas.

—Sois un jóven atolondrado, archiduque, le dijo Fernando reconviéndole afectuosamente; si el negocio sale bien y todo se consigue como deseamos, el emperador nada dirá, porque nada podrá decir; pero si os sucediera alguna desgracia, ó llegase á sus oídos que á pesar de su prohibicion, el principal objeto de vuestro viaje era el amor á la hija de Felipe II, creed que me reprenderia seria y justamente, acusándome de haberle desobedecido y engañado. Así pues, marchad, he dado ya mi palabra, pero no os regocijeis anticipadamente del éxito de vuestro viaje, porque podeis sufrir un desengaño muy terrible.

Estas palabras causaron en el jóven una impresion tan dolorosa, que hizo sonreír á Fray Agustin y exclamar á Blanca condolida:

—¡Ah! querido esposo, no seas tan cruel con Alberto; pa-

rece que te complaces en verle triste. ¿Por qué le pronosticas sucesos desagradables cuando la probabilidad de ellos es tan remota? Vamos, vamos, prosiguió dirigiéndose al archiduque, tranquilizaos, vuestro tío se chancea con vos. ¿No veis cómo se rie?

Efectivamente, Fernando concluyó por reirse al ver el efecto que sus palabras habian causado en el enamorado jóven, y le dijo con cariño:

—Tranquilizaos. Mi idea no ha sido alarmaros, mi querido Alberto; pero oid este consejo. Nunca os dejéis arrebatrar por futuras alegrías ni dolores, porque el hombre no puede leer en el porvenir, y es tan gran delito desconfiar de Dios, como confiar demasiado en uno mismo.

—Bellísimo consejo, exclamó el anciano.

—¿Y cuándo pensais emprender el viaje? añadió el rey.

—Lo más pronto posible, dijo Blanca.

—¿Qué servidumbre piensas llevar?

—Para mí, sólo una camarista. ¿Y vos, Fray Agustin?

—Yo, nadie; me basto á mí mismo.

—Pues bien, entónces, repuso Fernando, pueden acompañaros cinco criados y dos pajes, otro para Alberto y la condesa de Quinsongto.

—Preferiria en su lugar á la de Kuinsong.

—¿A quién? ¿á Herta?

—Sí.

—Y yo tambien os recomiendo á esa jóven, añadió el anciano; soy su confesor y sé lo que vale. Además, debeis protegerla y separarla de su tia la condesa Ludgarda de Quinsongto, por razones que algun dia podré revelaros.

—¿Conque es desgraciada Herta?

—Como ninguna mujer, hija mia.

—¡Ah! pues entónces, añadió el esposo de Blanca, que sea Herta quien te acompañe. Yo habia elegido á la condesa de Quinsongto por ser de alguna más edad y desempeñar á tu lado el cargo de camarera mayor.

—Por mi parte, exclamó el archiduque, loco de alegría con aquellos proyectos, yo llevaré si me lo permitís, á mi paje Humberto, pues es el que más simpatiza conmigo.

—No hay inconveniente, es un muchacho leal é hijo de un valiente y pundonoroso militar que murió en el campo del honor. Humberto irá con vos.

—Magnífico, exclamó Blanca; ya estoy deseando partir por ver á mis padres y hermanos.

—Puedes enviarles un correo.

—Sí, sí, hoy mismo saldrá para anticiparles algunos dias la alegría de verme.... ¡Ah! ¡qué contentos van á recibirme!

—Siento no poder ir contigo, mi querida esposa.

—¿Ahora ya lo sientes?

—Ya ves, me quedo solo y....

—¿Pues y nuestro hijo? añadió bajando la voz.

—¡Pobre niño! replicó el rey, ¡qué dias tan tristes va á pasar durante tu ausencia!

—Que te prometo será lo más corta posible.

—Sí, eso sí, exclamó el anciano religioso; todos hacemos falta en Buda. Ahora, hijos míos, permitid me retire para disponer algunas cosas.

Fray Agustin salió seguido de Alberto y Fernando, que tambien se despidieron de Blanca, y entónces ésta cogió á su hijo y le cubrió de besos, acordándose que, aunque por poco tiempo, iba á separarse de él.

CAPÍTULO IV.

La partida.

Algunos días despues, veíase en todo el palacio real de Buda la animacion que precede á los viajes, pues todos los empleados de los reyes de Hungría corrian de un lado á otro llevando bultos, dando y recibiendo órdenes, preparando objetos, miéntras que cuatro carruajes tirados por tres pares de robustos potros, se hallaban en la puerta del alcázar llamando la atencion de los por entónces tranquilos y escasos vecinos de la capital de Hungría y de Bohemia.

El momento de la partida se acercaba.

Todos nuestros personajes, á excepcion de Blanca y Fernando, se hallaban contentos y alegres, pues todos esperaban por lo ménos divertirse.

Con efecto, el archiduque Alberto creia ya haber conseguido la mano de su adorada Isabel, gracias á los consejos de su tia Blanca, y esta idea le abrumaba de alegría, porque era el primer amor que habia hecho latir el corazon del jóven.

Nada más bello y hermoso que los dorados sueños de una fantasía virgen la primera vez que la ilumina el fuego del

amor; nada más poético y dulce que esa esperanza del alma que se mece blandamente como las flores en sus tallos delicados, y que ora ardiente y entusiasta, ora dulce y tranquila, siempre aparece bella, encantadora é inexplicable. En esos instantes de abstraccion en que el espíritu parece que se remonta á su cuna primitiva para aspirar el aroma de los cielos, no se sentiria ciertamente el embate de un golpe mortal, porque parece que la materia pierde la facultad de sentir. Como en una linterna mágica la imaginacion crea y ve pasar uno en pos de otro todos los pensamientos de ventura que ha soñado en su amoroso delirio, y esas imágenes hechiceras que aparecen y desaparecen para reaparecer y extinguirse, se graban en el corazón como las imágenes en el cristal en la cámara fotográfica. En estos momentos no se piensa más que en amar, y el archiduque, que se encontraba en tal situacion, ni se acordaba de su padre, ni de sus tíos, ni de nadie, y sólo con la mente fija en Madrid, creíase ya en los brazos de la infanta Isabel Clara, estrechado por ella, y oír el dulce metal de su voz jurando amarle siempre y ser suya ó de ninguno.

Por esta razon, Alberto no habia podido leer en el rostro de sus tíos el sacrificio que hacian al separarse por servirle, y con ese egoismo preexistente al amor, léjos de pensar en ellos, ni aún se acordaba que su tia Blanca iba á acompañarle en aquel viaje.

Respecto á Fray Agustin, su alegría, si bien no era tan visible, no por eso era ménos intensa.

Cuando se llega á la vejez, léjos de la patria que se ha conocido desde los primeros años, parece que su recuerdo se graba más y más en la mente, llegando á ser en algunos

pobres desterrados una idea fija que les ha abierto las puertas de la locura. Presentir la proximidad del último y eterno viaje; sentir ya el frío de la muerte; ver poco á poco irse secando las fuentes de la vida, sin hallar un remedio para contener el progreso hácia la tumba; sentirse, en fin, morir, sin volver á saludar la patria, cuyas flores, cuyo cielo, cuyo sol, cuyo aire nos parece distinto de la naturaleza que nos rodea en el desierto, es un amargo dolor que no puede endulzar nada, nada, ni aún siquiera ese bálsamo divino llamado consuelo, ni esa luz llamada resignacion. En esos momentos, el recuerdo de la perdida patria que nunca volveremos á ver, es tan punzante como el de una persona querida que hemos visto morir en nuestros brazos llamándonos con los nombres más dulces. En vano es pedir al cielo resignacion, en vano es que los cuidados de la familia, del amor, de la sociedad, de la gloria, rodeen al moribundo; por encima de todas estas afecciones, los ojos de su alma buscarán su suelo nativo, y el último suspiro de su pecho será para la patria en que vió la luz primera.

Fray Agustin hacía ya once años que faltaba de ella, y se sentia caminar á la tumba á pasos de gigante. Sus deberes, su posicion, le impedian murmurar, ni aún siquiera demostrar su deseo; pero cuando vió que aún podia verla, cuando se acercaba el momento de saludar á sus buenos hermanos y recordar con ellos el tiempo que habia trascurrido, el pobre anciano se sintió con fuerzas para emprender aquel viaje, que si no alargaba su vida, por lo ménos parecia prolongársela, y como un niño dichoso dejóse arrastrar de su placer, y casi podemos decir que olvidó tambien á Blanca y á Fernando.

En cuando á Herta, la camarera elegida por Blanca para acompañarla en su expedicion, no era tampoco la ménos feliz. Toda su vida habia sido una continuada cadena de dolores. Poseyendo todo cuanto en el mundo puede dar la felicidad, no habia gozado sin embargo ningun momento de dicha, y era hermosa, jóven y rica, sin haber reido nunca. Huérfana desde muy niña, y recogida por su tio el conde de Quinsongto, uno de los primeros nobles de Hungría, bien pronto la pobre criatura empezó á sufrir los malos tratamientos de la condesa Ludgarda, esposa de su tio. A la muerte de éste, se encontró con que la habia nombrado por heredera de toda su inmensa fortuna, lo cual, si bien la hacía poderosa, la acarreó todo el odio y animadversion de su tia. Desde aquella edad, doce años, Herta no habia tenido un instante feliz, y tiranizada por su tia, ultrajada, maltratada, llegó casi á desesperar de su suerte. Cuando la juventud la comunicó sus bellezas, y Herta pudo sin jactancia considerarse como una de las jóvenes más bellas de Hungría, la condesa de Quinsongto, que se veia casi pobre y expuesta á quedarse arruinada el dia que su sobrina se casase, trató de inutilizarla para el matrimonio, procurando que manchase su buena reputacion la mancha vergonzosa de unos amores ilícitos. Herta, sin embargo, salió victoriosa de la lucha, y la condesa, su tia, se desesperó inútilmente. Pero en los combates largos, la victoria es siempre dudosa, y Herta tembló, y tembló en verdad que pudiera al fin conseguir la condesa su perverso objeto. Cuando estos temores, conocidos de su confesor Fray Agustin, llegaban á su mayor grado, Blanca la propuso si queria acompañarla á Madrid, y la pobre niña, que en aquel viaje se separaba de

su tia, y en aquella separacion veia su salvacion, no titubeó en aceptar, y en aceptar loca de placer. Su alegría era por lo tanto sincera y justificada. Parecia la alegría de los niños en sus juegos infantiles, reflejándose en sus ojos, en la expresion de su fisonomía, en sus ademanes.

Todos, pues, en aquel viaje se prometian tres meses de placer, y todos esperaban de él alguna satisfaccion, excepto la persona que le habia provocado.

Con efecto, Fernando y Blanca veian con terror acercarse el momento de la partida. Para ellos, que en aquellos once años no se habian separado nunca, que se amaban como en los primeros dias de su matrimonio, que no podian vivir sin verse y sin oirse, una ausencia de tres meses era una eternidad de dolores.

Blanca, sobre todo, que iba tambien á separarse de su hijo, sintió que las fuerzas la abandonaban, y si no hubiera sido por su dignidad, habria desistido de aquel viaje. Mil presentimientos á cual más funestos la asaltaron diariamente; y ella, que nunca habia sido cobarde ni supersticiosa, tuvo miedo y creyó en ellos como en hechos consumados. En su dolor, dolor que no habia previsto, olvidábase de la felicidad ó desgracia de Alberto, á quien tanto queria, y olvidábase de sus padres y hermano, á quienes queria mucho más.

Para ella no habia más mundo que su hijo y esposo, y aunque aquella ausencia iba á ser corta, pareciale que iba á separarse para siempre. ¡Ay! en aquellos dias de preparativos ¡cuántas veces la encontró el archiduque llorando en silencio y suspirando! y si la preguntaba conmovido por qué lloraba, limitábase á decirle:

—Tengo mucha pena, no sé por qué. Estoy triste, no teniendo por qué estarlo.

Alberto la oía y la consolaba, pero nada. Hubiera temido hacerla desistir de aquel viaje á la más pequeña frase que pronunciara en su contra, y estaba demasiado enamorado para no posponer á su amor la tranquilidad de su tia.

El mismo día señalado para la marcha, y cuando ya los carruajes y la comitiva se hallaban dispuestos en el patio del palacio, Blanca, vestida de terciopelo y pieles, se hallaba sentada en su cámara, cuando en ella penetró su esposo.

Fernando estaba pálido y conmovido.

—¡Pobre criatura! exclamó enjugándose una lágrima rebelde que se empeñaba en rodar por su mejilla, se ha quedado tan contento porque le he engañado.

—¿De quién hablas?

—De Alberto.

—¡Oh! Dios mio, es verdad. ¿Sospecha alguna cosa?

—Nó. Sabe que vas á emprender un viaje, pero ignora á dónde y su objeto. Afortunadamente le he dejado al cuidado de la menina española Doña Estefanía y muy entretenido con sus juguetes. Cree que vais á volver dentro de una hora.

—¡Pobre ángel mio!

—No te apures por él, Blanca. Queda á mi lado, y te juro no perderle de vista. ¡Ah! ¡ójala me hallara yo en su situación sin tener que afligirme! ¿Pero no conoces ahora los inconvenientes de este viaje?

—Nó.

—¿Que no dices?

—Ciertamente. Mi temor y mi pena no consisten en la

duda de si saldré bien ó mal de mi cometido, sino porque temo separarme de tí.

—¿Y á qué ese temor? ¿Crees que durante tu ausencia voy á olvidarme de tí?

—Nó, tampoco.

—Pues entónces, te juro que no te comprendo.

—Me estás engañando, prosiguió Blanca; finges muy bien, pero te se conoce. ¿A qué poner en duda mis temores, cuando tú tambien en este momento te falta muy poco para llorar?

—¡Blanca!...

—No disimules. Es la primera vez que nos separamos despues de once años, y no sabes cuán feliz me hace la emocion que leo en tu rostro. Eso me indica que me amas como entónces.

—¿Y has podido dudarle? exclamó Fernando atrayendo á Blanca hácia su pecho; ¿has podido creer ni sospechar que habia desaparecido mi amor, ó por lo ménos que se habia entibiado? ¿Ignoras hasta dónde llega mi delirio? ¿Crees que haya algo en el mundo que pueda hacerme olvidar que te debo todo lo que soy, pues sin tu amor ya no existiria? ¿A quién sino á tí debo el nombre que tengo, la corona que ciño, la familia que he recobrado, la fama que me rodea, la honra que me pertenece? Sin tus consejos, Blanca querida, yo habria continuado mi vida de pirata, y más tarde ó más temprano hubiera concluido por caer en poder de Felipe II. ¡Oh! y además, ¿cómo no amarte, cuando creo en tu amor como en Dios? La mujer que, como tú, hija de padres ilustres, rica, hermosa, entrega su corazon á un corsario, á un hombre infamado y perseguido por la sociedad como una

fiera dañina, y en los momentos en que este hombre va á expiar sus delitos en un cadalso dejando por toda herencia un nombre infame, esa mujer recoge su nombre, y por dar al infeliz unas cuantas horas de suprema dicha, dice á la sociedad que se separa de ellos: «El nombre de ese criminal, es hoy el mio, porque soy su esposa,» ¿crees, Blanca mia, que se pueda dudar de ese amor, de esa abnegacion, de ese desinterés? ¡Ah! con estos recuerdos ¿cómo he de dudar de tí? Nunca, Blanca, nunca. Me ofendes al suponer que puedo olvidar el tiempo pasado, que puedo dejar de amarte ni un solo dia. Nó, te amo hoy más que entónces.... mucho más.

Y el antiguo corsario cogió la cabeza de su esposa y la cubrió de besos, delirante de emocion.

—¡Ah! repuso la reina, ¡qué feliz soy, Fernando! Mucho sufrimos cuando por una traicion infame estuviste próximo á perecer; pero Dios ha sido justo y ha recompensado aquellos terribles dolores con la más santa é inefable de las dichas.

—Entónces ¿por qué lloras?

—Temo este viaje.

—¡Blanca!

—Le temo, no sé por qué.

—Pues recuerda que has sido tú quien le ha provocado.

—Sí.

—Entónces....

—Fernando mio, no puedo decirte de qué ni por qué tengo miedo. Voy acompañada de personas que darian por mí su vida si fuese necesario; voy á abrazar á mis padres y hermanos, á quienes no he visto en tanto tiempo; voy á mi patria á visitar el castillo de Ambeler, donde mi infancia

se ha deslizado pura y tranquila como un lago sereno, y sin embargo nada de esto me satisface ni me anima. Parece que mi corazón presagia alguna desgracia; y créeme, esposo mío, créeme, pero si fuera posible todavía, suspendía el viaje ó desistía de llevarle á cabo.

—Aún es tiempo si quieres.

—¡Ah! nó.... ¿Qué dirían Alberto y tu hermano? Nó, nó, ya no es posible retroceder. Además, ya sabes que no soy cobarde, y mucho ménos cuando se trata de la felicidad de los demás; esos pobres niños confían en mí, y sería una crueldad engañarlos.

—Sí, tienes razón; parte pues.

Dichas estas palabras, reinó un momento de silencio, empleado por los dos esposos en mirarse ávidamente como si quisieran resarcirse en unos cuantos minutos del tiempo que iban á permanecer sin verse; hasta que Blanca, más animosa aún que Fernando, hizo un violento esfuerzo para dominar su emoción y hasta sus temores, y le dijo procurando sonreírse:

—Soy una loca, Fernando mío, al presentir desgracias por este viaje, pues hasta ahora todo cuanto necesitábamos para llevarle á cabo lo hemos conseguido fácilmente.

—Es cierto, repuso el rey; para mí lo más difícil era que Rodolfo consintiese en que Alberto te acompañase, por temor de que la maledicencia viese en su ida á España el asunto de su matrimonio con la infanta Isabel; pero no solamente ha accedido, sino que, como sabes, en contestación á la carta que le escribiste, te ha contestado autorizándote á que trataras con el rey Felipe ese asunto; siempre que lo hagas de una manera digna.

—Cierto. Sin duda las reflexiones que le hacia en la mia acerca del porvenir de Alberto, le han decidido á mostrarse más flexible. ¡Pobre muchacho! No me puedes negar la gloria de haber visto en este negocio más claro que ninguno de vosotros.

—Ya lo creo, pero eso no es nuevo en ti, mi querida Blanca.

—¡Cómo!

—Siempre has pensado lo mejor, y tus consejos no solamente se distinguen por su oportunidad y su precision, sino por su conveniencia y sus ventajas. ¡Ah! conoces el arte de gobernar mejor ciertamente que muchos hombres.

—Además, prosiguió la hermana de Juan de Lanuza, tratando de animarse con sus mismos argumentos, la servidumbre que me acompaña en mi viaje es escogida, y la compañía del virtuoso Fray Agustin no sabes lo que me alienta.

—Mucho me alegre que vaya contigo. Llevas en él un consejero leal y un hombre que conoce la corte del rey Felipe muy á fondo, y puede servirte de mucho.

—Pienso aprovecharme de sus luces y relaciones con el alto clero de España.

—¿Y para qué?

Blanca miró fijamente á Fernando.

—¿No lo supones?

—Creo que no será para que inclinen el ánimo del rey á que dé su hija al archiduque, porque siendo este asunto reservado....

—Ya lo creo. Además, en ese asunto si hay alguna persona que pueda conseguir convencer á D. Felipe, soy yo.

—Ciertamente.

—¿Y aún así no adivinas para qué quiero aprovechar la influencia de Fray Agustín y sus relaciones en la corte de España?

—Nó.

—¡Ah! querido esposo, la felicidad te ha hecho ser egoista; no te acuerdas de los que sufren.

—Blanca....

—No te enfades, pero.... ¿has olvidado á Antonio Perez?

—¡Dios mio! ¿Y vas á abogar por ese hombre? exclamó el antiguo pirata con cierto despecho.

Blanca le miró tratando de descubrir el verdadero sentimiento que dictaba á su esposo aquellas palabras, y convencida de que no eran celos, se sonrió tristemente contándole:

—Esposo mio, Dios da al mundo una cantidad de felicidad, dejando á los hombres el cuidado de repartírsela, é imponiéndoles por lo tanto la obligacion de que sean justos en el reparto. El egoista ofende á Dios faltando á este deber, porque avaro de ella, en el momento en que es dichoso ni se acuerda de la desgracia ajena, ni se atreve á dar alguna parte de la suya, ni exponerla en beneficio de otro hombre.

—Pero....

—Déjame concluir.

—Creo que me estás dando una leccion.

—¡Ah! es verdad, y te suplico la admitas.

El rey se sonrió.

—Vamos, sigue, sigue, dijo á Blanca; está visto que vales más que yo, y te escucho.

La reina prosiguió diciendo:

—Segun este principio, uno de los principales deberes del hombre honrado es no mirar con indiferencia la suerte de sus semejantes, y si él es dichoso, todavía con mayor motivo, porque debe algo de su dicha al desgraciado que no le ha tocado nada en el repartimiento. Pues bien, Antonio Perez es un desgraciado. Yo no miro en él al orgulloso favorito de Felipe II; al cortesano venal que quiso enriquecerse vendiendo los secretos de su rey; al hombre que despreció á su esposa, y siempre encenagado en el lupanar del vicio, olvidó sus deberes de esposo y padre. Tampoco veo en él al mal caballero que quiso vengarse de mí por medio de una traicion infame, y que dueño de tu persona, sin que le hubieses ofendido, se negó obstinadamente á pedir al rey tu perdon; nó, Fernando, no veo nada de esto. Antonio Perez, por culpable que haya sido, está bastante castigado; porque haber sido rico, poderoso, respetado, libre, y verse pobre, humillado, despreciado y preso, es un cambio demasiado terrible. Además, no es esto todo. Once años de prision con dos sentencias próximas á ejecutarse; enfermo y envejecido por la atmósfera emponzoñada de las cárceles; separado de su familia, con la muerte delante de los ojos y el alma turbada de remordimientos, Antonio Perez es hoy digno de ser respetado y protegido por su desgracia, bien merece que yo le dirija una mirada compasiva y procure aliviar su triste estado.

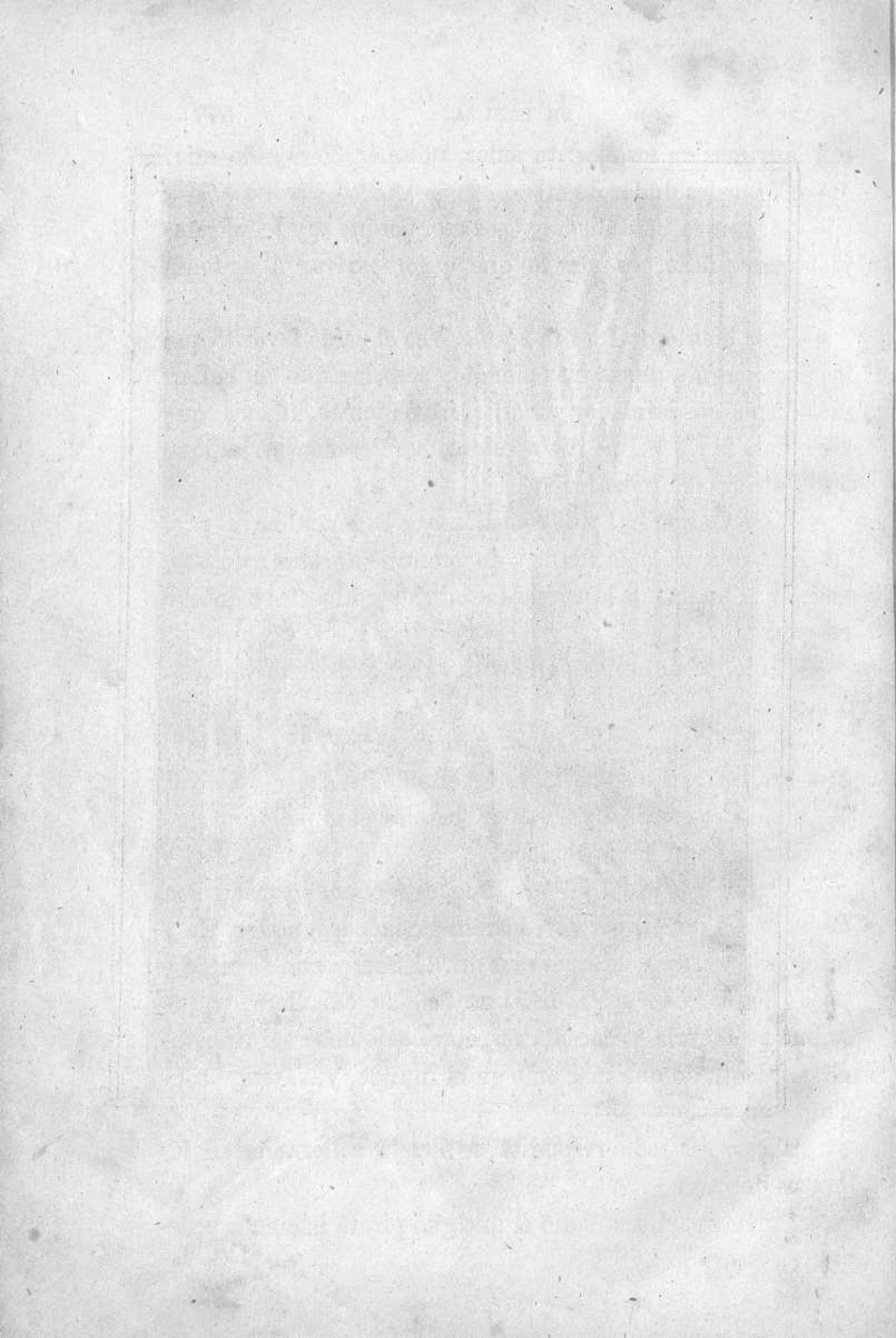
El rey, que habia oido á Blanca conmovido de emocion, no pudo contenerse cuando concluyó de hablar, y la estrechó tiernamente contra su pecho.

—¡Cuán buena eres, Blanca mia! la dijo.

—Ese es el mayor premio á que aspiro, le contestó Blanca



¡Cuán buena sois! Blanca mía.



con lágrimas en los ojos: tu amor, tu amor, Fernando mio.

—¿Y puedes dudar de él?

—Nó; nunca he dudado, y por eso, porque soy feliz, completamente feliz, es por lo que quiero salvar á Antonio Perez.

—Pues bien, que Dios te ayude. Vea el caído favorito que las personas á quienes más ofendió, son las que se hallan más dispuestas á trabajar por él; ¿pero no temes, Blanca, que odiándole tanto Felipe II, tu interés por Perez te perjudique en el ánimo del monarca?

—Nó, creo que nó; y si es así.... que Dios perdone al rey.

No habia acabado Blanca de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la cámara se abrió, y Alberto se detuvo en su dintel.

—Perdonadme, mis queridos tios, ignoraba que vendria á molestaros.

—Nada de eso, archiduque; ¿qué se ofrece?

—Fray Agustin se halla ya esperando, y....

Blanca se sonrió tristemente, pero se puso pálida.

El momento habia llegado.

—Archiduque, le dijo Fernando, estrechando con efusion la mano del jóven, por vos, la reina Blanca, vuestra tia y mi querida esposa, se separa de mí.... Sois ya un hombre y puedo confiar en vuestra palabra. Sed su caballero, y juradme protegerla y hacedla respetar como debe ser respetada. Os confio lo que más amo en el mundo, y.... tengo confianza en vos.

Alberto por toda respuesta se arrojó sollozando en los brazos del rey.

—Partid, partid, añadió el antiguo pirata haciendo pode-

rosos esfuerzos para que las lágrimas no inundasen sus mejillas, partid, y que Dios os guarde. Sólo deseo saber de vosotros todas las semanas.... Vamos, Alberto.... esa debilidad ya es cobardía. Sé que me apreciáis y que comprendéis en toda su extension el sacrificio que por vos hago. No necesitáis más. Sois hijo de reyes, y teneis un corazon puro. Confio en vuestra prudencia, en vuestro talento y en vuestra gratitud. Vamos pues.

Y cogiendo del brazo á Blanca, que densamente pálida no se atrevia á mirar á su esposo por temor de no poder contener su llanto, salió seguida del archiduque.

En la antecámara, Blanca se despidió de la córte, y seguida de su servidumbre, bajó la ancha escalera de mármol con paso vacilante y la frente inclinada, y apretando contra su seno el brazo de su esposo como si ya no hubiera de volver á verle.

En el gran patio del palacio veíanse ya dispuestos los carruajes, y en uno de ellos colocado á Fray Agustin, que tambien impresionado dolorosamente, no habia querido despedirse de su *querido hijo*.

Silenciosa y con los ojos llenos de lágrimas, Blanca subió al carruaje, apretó contra sus labios las manos de su esposo, lanzó un suspiro, y se dejó caer en él llorando sin consuelo.

Fernando se separó de la portezuela, y.

Cinco minutos despues, los carruajes salieron del alcázar y bien pronto se perdieron de vista.

Fernando subió á sus habitaciones, en las que se encerró no queriendo recibir á nadie, y entónces dejó correr tambien sus lágrimas, porque se ahogaba de pena.

Despues de un momento de debilidad, se irguió altivo, tratando de vencer su emocion; mandó llamar al pequeño Alberto, y cuando éste se hubo presentado, le subió sobre sus rodillas y besó su rubia cabellera.

Entónces el príncipe, al ver el dolor de su padre, comenzó tambien á llorar y á afligirse, preguntándole por su madre.

—Pronto vuelve, hijo mio, le dijo Fernando; ha ido á dar un paseo con Alberto y Fray Agustin.... Mañana ya estarán todos aquí.

—Pues entónces ¿por qué lloras, papá?

—Porque no he podido ir con ellos.

—¿Y por qué? replicó el niño con esa insistencia de la infancia.

—Tengo que hacer, y además, para qué no te quedases solo.

—¿Pero por qué no me han llevado?

—Porque hace mucho frio.

—¡Ah! pues yo no le tengo, papá.

—Sí, sí, le hace.

—Bueno, no llores, papá.

Y la criatura acarició con sus manitas la negra cabellera de Fernando, besándole repetidas veces.

El rey, en medio de su dolor se sintió consolado con las caricias de su hijo. ¡Son tan dulces para un padre! Y levantándose para dominar por completo su emocion, á fin de no demostrar su pena en el consejo que tenia que celebrar

aquel día, dijo al pequeño Alberto cogiéndole de la mano:

—Ven, hijo mío, vamos á pasear en el esquife por el jardín, y pescaremos unos pececitos, ¿quieres?

—Ya lo creo.... me gustan mucho los peces de oro y plata y navegar por el lago. Vamos, vamos.

Y Alberto, con esa volubilidad de la infancia que tan pronto llora como rie, lanzó un grito de placer y comenzó á saltar loco de alegría.

Fernando salió de su cámara.

A aquella misma hora, Fray Agustín, que iba en el mismo coche de Blanca, empleaba todos los recursos de su oratoria y elocuencia para consolarla y animarla, sin que pudiera conseguirlo por completo, porque la reina de Hungría no podía olvidar que habia dejado en el palacio de Buda á las más queridas prendas de su corazón, es decir, á su esposo y á su hijo.

En cuanto á Alberto y Herta, no tenemos necesidad de decir que iban alegres. El primero iba á conseguir su deseo de visitar á Isabel Clara, y Herta, que nunca habia salido de Buda, hallaba en cada accidente del camino, en cada casa, en cada árbol, una nueva sorpresa, un nuevo motivo de alegría.

Ahora que Dios conceda á nuestros personajes un feliz viaje, y despidámonos de ellos hasta que les encontremos en Madrid, en donde veremos las consecuencias que produjo.

¿Quién puede hasta tanto leer lo que está escrito en el libro de lo futuro?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

de los capítulos contenidos en este tomo.

PARTE PRIMERA.

Redencion por amor.

LIBRO PRIMERO.

El Corsario Negro.

	Págs.
CAPÍTULO 1.º —Un combate en el mar.	5
» 2.º —Un duelo con la muerte.	17
» 3.º —Antecedentes.	23
» 4.º —Despues de la catástrofe.	29
» 5.º —El amor de una rica hembra.	36
» 6.º —Un paseo á la luz de la luna.	43
» 7.º —Un recuerdo al pasado.	51
» 8.º —Fernando.	59
» 9.º —Consejos infructuosos.	72
» 10. —Los dos hermanos.	83
» 11. —Amor dudoso.	96
» 12. —Poder del amor.	103
» 13. —La partida.	112

LIBRO SEGUNDO.

Los dos favoritos.

CAPÍTULO 1.º —Dos nuevos y dignos personajes.	121
» 2.º —El rey D. Felipe II.	134
» 3.º —Constanza Perez.	147
» 4.º —Un golpe terrible.	156
» 5.º —Violencia.	165
» 6.º —Un socorro inesperado.	171
» 7.º —Grandes acontecimientos.	180
» 8.º —Una afiada leal.	187
» 9.º —Un amante despreciado.	196
» 10. —Seis cartas.	203
» 11. —Los despachos de honor.	213

LIBRO TERCERO.

Traicion.

	Págs.
CAPÍTULO 1. ^o —Más explicaciones.	221
» 2. ^o —Proyectos de venganza.	228
» 3. ^o —Tal amo, tal criado.	235
» 4. ^o —La hostería de <i>El Cuerno de Oro</i>	244
» 5. ^o —Primeras nubes.	261
» 6. ^o —Los dos amantes.	266
» 7. ^o —Infame traicion.	275

LIBRO CUARTO.

El sentenciado á muerte.

CAPÍTULO 1. ^o —Súplicas inútiles.	285
» 2. ^o —Antiguos rencores.	293
» 3. ^o —Nobleza de alma.	299
» 4. ^o —Dios y Satanás.	307
» 5. ^o —Las súplicas de dos ángeles.	315
» 6. ^o —La cólera de un rey.	322
» 7. ^o —Redencion.	329
» 8. ^o —Traicion para los traidores.	335
» 9. ^o —Abnegacion.	343
» 10. —Ultimos dias de un reo condenado á muerte.	350
» 11. —La mano de Dios.	355
» 12. —Una historia antigua.	362
» 13. —Varias cartas.	376

PARTE SEGUNDA.

Los fueros de Aragon.

LIBRO PRIMERO.

El marqués de los Velez.

CAPÍTULO 1. ^o —Antiguos amigos.	393
» 2. ^o —Tal amo, tal criado.	414

	Págs.
CAPÍTULO 3.º — Los dos amores.	420
» 4.º — Dudas del corazon.	436
» 5.º — El rapto.	441
» 6.º — El amor de D. Pedro Fajardo.	452
» 7.º — Una alegría y un sentimiento.	461
» 8.º — Lo que fué de Violante.	467
» 9.º — Un padre y un hijo.	477
» 10. — Desengaño.	485
» 11. — Cómo el amor de D. Pedro Fajardo hizo más que la au- ridad del Justicia para descubrir á Violante.	497
» 12. — ¡Asombro!	505
» 13. — Los dos rivales.	517
» 14. — Violante con su familia.	524

LIBRO SEGUNDO.

La corte de Hungría.

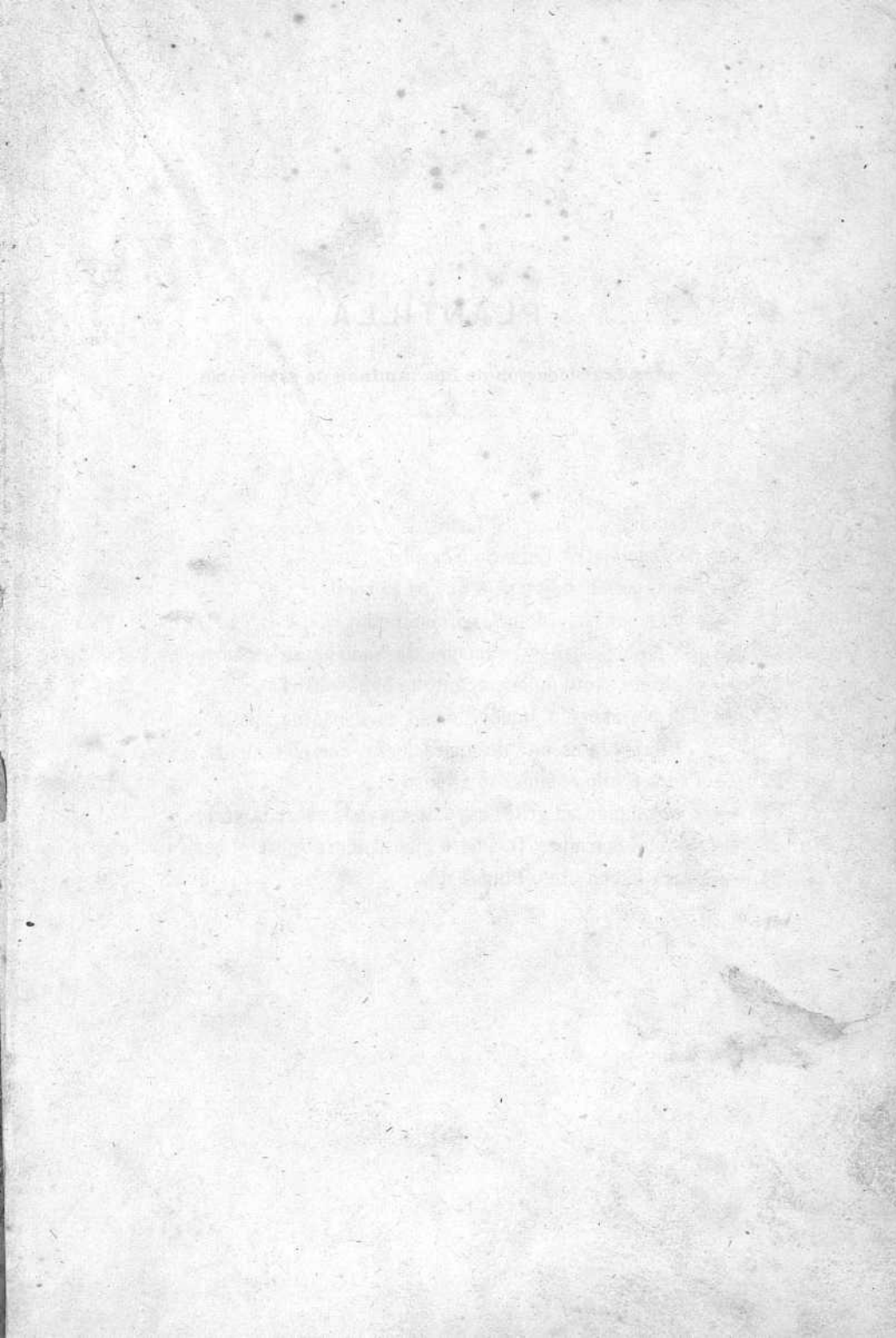
CAPÍTULO 1.º — Blanca de Lanuza, once años despues.	535
» 2.º — Un consejo de familia.	546
» 3.º — Fray Agustin, once años despues.	556
» 4.º — La partida.	565

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas de este tomo.

~~~~~

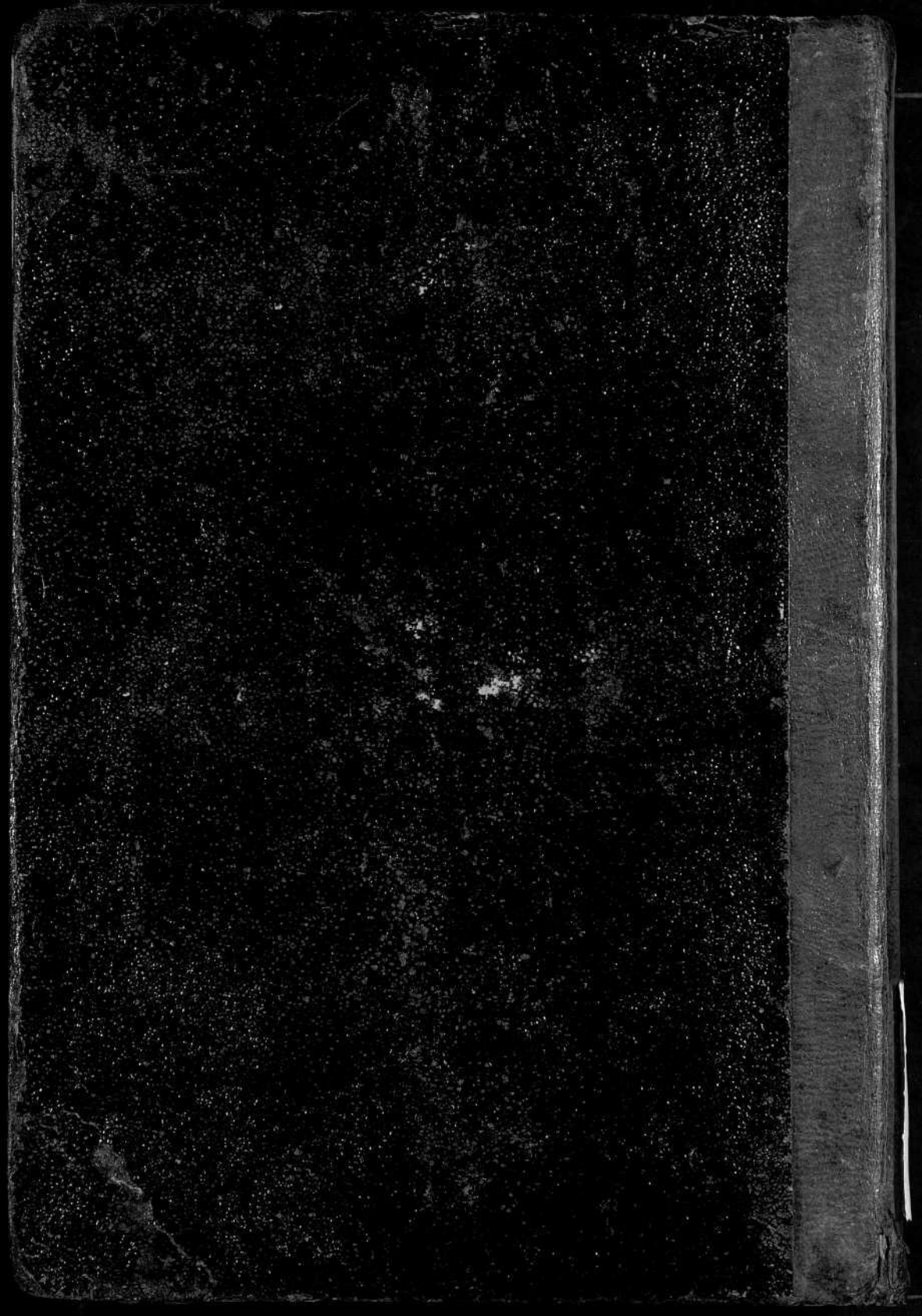
|                                                                                                                                       | <u>Pags.</u>    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------|
| 1. <sup>a</sup> — Portada. . . . .                                                                                                    | 1. <sup>a</sup> |
| 2. <sup>a</sup> — ¡Dios mio! ¡El Corsario Negro! . . . . .                                                                            | 16              |
| 3. <sup>a</sup> — ¡Idos, no me obligueis á que os lo repita! . . . . .                                                                | 102             |
| 4. <sup>a</sup> — ¡Ten compasion de mí, hermano mio! . . . . .                                                                        | 170             |
| 5. <sup>a</sup> — ¡Oh mi bella señora! exclamó deshaciéndose en cortesías. .                                                          | 247             |
| 6. <sup>a</sup> — ¡Pobre y santa mujer, cuánto te hago sufrir! . . . . .                                                              | 311             |
| 7. <sup>a</sup> — Allí permaneció inmóvil como una estatua, hasta que la<br>litera y la escolta desaparecieron completamente. . . . . | 341             |
| 8. <sup>a</sup> — Padre é hijo caminaban al paso. . . . .                                                                             | 421             |
| 9. <sup>a</sup> — Y exhalando un grito, cayó desmayada sobre la yerba. . .                                                            | 451             |
| 10. — ¡Diablo! murmuró D. Pedro inclinándose sobre el herido. .                                                                       | 521             |
| 11. — ¡Cuán buena eres, Blanca mia! . . . . .                                                                                         | 576             |











COHA BLANCA  
DE LANUTI

G 36432